

C O S E C H A S   Y   S I E M B R A S

Reflexiones y testimonios  
sobre un pasado de matemático

por

Alexandre GROTHENDIECK

Tercera Parte:

E L   E N T I E R R O   (II)  
o La Llave del Yin y del Yang

A la memoria  
de Claude Chevalley

COSECHAS Y SIEMBRAS (III)

EL ENTIERRO (2)

o

La Llave del Yin y del Yang

XI	El difunto (que no termina de morir...)	
	1. El incidente – o el cuerpo y el espíritu	98
	2. La trampa – o facilidad y agotamiento	99
	3. Un adiós a Claude Chevalley	100
	4. La superficie y el abismo	101
	5. Elogio de la escritura	102
	6. El niño y el mar – o fe y duda	103
XII	La Ceremonia Fúnebre	
	1. El Elogio Fúnebre	
	(1) Los cumplidos	!104, 47
	(2) La fuerza y la aureola	105
	2. LA LLAVE DEL YIN Y DEL YANG	
	(1) El músculo y la tripa (yang entierra a yin (1))	106
	(2) Historia de una vida: un ciclo en tres movimientos	
	a. La inocencia (los esponsales del yin y del yang)	111
	b. El Superpadre (yang entierra a yin (2))	108
	c. Los reencuentros (el despertar del yin (1))	109
	d. La aceptación (el despertar del yin (2))	110
	(3) La pareja	
	a. La dinámica de las cosas (la armonía yin-yang)	111
	b. Los esposos enemigos (yang entierra a yin (3))	111'
	c. La mitad y el todo – o la fractura	112
	d. Conocimiento arquetipo y condicionamiento	!112'
	(4) Nuestra Madre la Muerte	
	a. El Acto	113, 112
	b. La Bienamada	114
	c. El mensajero	114'
	d. Angela – o el adiós y el hasta pronto	115
	(5) Rechazo y aceptación	
	a. El paraíso perdido	116, 112
	b. El ciclo	116'
	c. Los cónyuges – o el enigma del “Mal”	117
	d. Yang hace de yin – o el papel de Maestro	!118, 116'
	(6) La matemática yin y yang	
	a. El arte más “macho” <sup>1</sup>	119
	b. La bella desconocida	120
	c. Deseo y rigor	121
	d. La marea que sube...	122
	e. Los nueve meses y los cinco minutos	123
	f. Las Exequias del Yin (yang entierra a yin (4))	124
	g. ¿Supermamá o Superpapá?	125
	(7) La inversión del yin y el yang	
	a. La inversión (1) – o la esposa vehemente	126
	b. Retrospectiva (1) – o las tres hojas de un retablo	127
	c. Retrospectiva (2) – o el nudo	127'
	d. Los padres – o el corazón del conflicto	128
	e. El Padre enemigo (3) – o yang entierra a yang	129
	f. La flecha y la ola	130
	g. El misterio del conflicto	131
	h. La inversión (2) – o la revuelta ambigua	132, 129
	(8) Amos y Servidor	
	a. La inversión (3) – o yin entierra a yang	133
	b. Hermanos y esposos – o el doble sello	134
	c. Yin el Servidor, y los nuevos amos	135

<sup>1</sup>(N. del T.) En español en el original.

d. Yin el Servidor (2) – o la generosidad	136
(9) La garra en guante de terciopelo	
a. La zarpa de terciopelo <sup>2</sup> – o las sonrisas	137
b. La inversión (4) – o el circo conyugal	138
c. La violencia ingenua – o el traspaso	139
d. El esclavo y el pelele – o las pullas	140
(10) La violencia – o los juegos y el agujón	
a. La violencia del justo	141
b. La mecánica y la libertad	142
c. La avidez – o el mal asunto	143
d. Los dos conocimientos – o el miedo a conocer	144
e. El nervio secreto	145
f. Pasión y carpanta – o la escalada	146
g. Padrazo	147
h. El nervio del nervio – o el enano y el gigante	148
(11) El otro Uno-mismo	
a. Rencor aplazado – o el retorno de las cosas (2)	149
b. Inocencia y conflicto – o el escollo	150
c. La circunstancia providencial – o la Apoteosis	151
d. El desacuerdo (1) – o el recuerdo	152
e. El desacuerdo (2) – o la metamorfosis	153
f. La puesta en escena – o la “segunda naturaleza”	154
g. Otro Uno-mismo – o identificación y conflicto	155
h. El Hermano enemigo – o el traspaso (2)	156
(12) Conflicto y descubrimiento – o el enigma del Mal	
a. Sin odio y sin piedad	157
b. Comprensión y renovación	158
c. La causa de la violencia sin causa	159
d. Nichidatsu Fujii Guruji – o el sol y sus planetas	160
e. La oración y el conflicto	161
f. Convicción y conocimiento	162
g. El hierro más candente – o el viraje	162'
h. La cadena sin fin – o el traspaso (3)	162''

---

<sup>2</sup>(N. del T.) Traducción inexacta de la expresión figurada *Patte de velours*, que indica intención de dañar disimulada bajo una dulzura afectada.

## XI El difunto (que no termina de morir...)

(98) (22 de septiembre) La última en fecha de las notas del Entierro (dejando aparte algunas notas a pie de página) es del 24 de mayo – va a hacer pues de eso cuatro meses. Las dos semanas siguientes, hasta el 10 de junio, se consagraron sobre todo a releer y completar o retocar aquí y allá las notas ya escritas, sin contar una visita de un día o dos de Zoghman Mebkhout, que vino para leer el conjunto de notas del Entierro antes de que lo diera a la imprenta, y para hacerme comentarios. Yo pensaba que el manuscrito definitivo estaría listo a principios de junio, y que estaría mecanografiado e impreso (siendo optimista...) antes de las vacaciones de verano. ¡Tenía ganas de enviar mi “carta de quinientas páginas” a unos y otros antes del zafarrancho del comienzo de las vacaciones!

De hecho, el texto del Entierro todavía no está acabado en el momento en que escribo: como hace cuatro meses, aún faltan las dos o tres últimas notas – más una<sup>3</sup> que se les ha añadido entre tanto: la que acabo de empezar con estas líneas que estoy escribiendo, como un rápido resumen de lo que ha pasado entre tanto.

El 10 de junio, un nuevo imprevisto ha irrumpido en la escritura de Cosechas y Siembras, rica en imprevistos: ¡me he puesto enfermo! Un dolor de costado, repentino (el minuto antes no sospechaba nada), me ha empujado a mi cama con una fuerza perentoria, sin réplica. La postura de pie o sentado de repente se me hizo muy penosa, sólo la de tumbado en la cama parecía conveniente. Era algo verdaderamente idiota, y sobre todo en ese momento en que estaba a punto de terminar un trabajo de lo más urgente, ¡y no se hable más! Pero tumbado no se puede escribir a máquina, e incluso escribir a mano en esa posición, eso no es una sinecura...

He tardado dos semanas, durante las que intentaba mal que bien continuar mi trabajo a pesar de todo, para rendirme a esta evidencia: mi cuerpo estaba agotado y exigía con insistencia, sin que yo lo entendiera, un reposo completo.

Me costaba entenderlo, porque mi espíritu estaba fresco y alerta, inquieto por continuar el trabajo, como si tuviera una vida autónoma, totalmente separada de la del cuerpo. Estaba tan fresco y tan inquieto que le costaba darse cuenta de la necesidad de sueño del cuerpo rechazando erre que erre demorar las tareas a las que estaba dedicado, y retrasando constantemente hasta los límites del agotamiento el momento del sueño, ¡ese impedidor de caer redondo!

Durante toda mi vida y hasta hace tres o cuatro años, la capacidad ilimitada de recuperación con un sueño profundo y prolongado, había sido la compañera sólida y saludable de las inversiones de energía a veces desmesuradas: cuando el sueño es seguro, no se teme a nada, uno puede permitirse (sin que sea una locura) lanzarse a tumba abierta hasta el agotamiento en orgías de trabajo – ¡recuperándose con orgías de sueño reparador! Esa capacidad que durante toda mi vida me había parecido evidente igual que la capacidad de trabajar, la capacidad de descubrir (y seguramente ambas están íntimamente ligadas...), terminó por gastarse estos últimos años, y a veces por desaparecer, por razones que distingo mal ahora, y que aún no he intentado sondear verdaderamente. Cada vez más, cuando, después de una larga jornada sobre mi máquina de escribir (o sobre unas notas manuscritas) y obedeciendo a las exigencias de mi cuerpo que rehúsa continuar, me decido al fin a acostarme, la posición tumbada (y el alivio parcial que proporciona a la tensión de la postura sentada) enseguida relanza la reflexión. Ésta sigue durante horas e incluso la noche entera (o más bien lo que queda...). Tengo que darme cuenta de que el sistema no es rentable (suponiendo que sea *vivable* a la larga), visto que (al menos en mi caso) una reflexión prolongada sin el soporte de la escritura termina por dar vueltas en redondo, por convertirse en una especie de rumia – es una mala costumbre, y tiende a empeorar. Se ha convertido, me parece, en *el* gran foco de dispersión

---

<sup>3</sup>(23 de septiembre) De hecho, parece que esa “nota” prevista ha estallado en tres notas distintas (nºs 99-101).

de energía en mi vida en estos últimos años, cuando otros mecanismos de dispersión han sido eliminados uno a uno, progresivamente, a lo largo de los años.

Si ese mecanismo ha arraigado en mi vida con tal tenacidad, si durante todos estos últimos años he estado dispuesto a pagar tal precio, seguramente es que a algo en mí le ha traído cuenta, y se la volverá a traer llegado el momento. No sería un lujo que examinase la situación más de cerca – y más de una vez durante estos cuatro meses he estado a punto de hacerlo.

Sin duda ésta es una tarea urgente. Sin embargo he terminado por comprender que hay algo más urgente. Primero he tenido que remediar lo más apremiante: reanudar el contacto roto con mi cuerpo, ayudarle a salir del estado de agotamiento que he terminado por notar y admitir, y reencontrar el vigor desaparecido. He comprendido que para ello, es necesario que renuncie durante un tiempo indeterminado a toda actividad intelectual – aunque fuera la de meditar sobre el sentido de lo que me pasaba. Con las notas que hoy retomo termina ese largo y saludable “paréntesis” en mis grandes tareas, que en este tiempo (desde el mes de febrero de este año) se han incorporado a la escritura de “*Cosechas y Siembras*”. La presente nota es una primera reflexión, o al menos una especie de somero resumen, sobre ese “paréntesis” de cuatro meses.

Era el momento de comprender, por fin, la necesidad de un reposo total, una gran fatiga se había convertido en un profundo agotamiento. Al no saber escuchar el perentorio lenguaje de mi cuerpo, las irrisorias páginas de comentarios y retoques al Entierro, arrancadas en un estado de fatiga física en esas dos primeras semanas, lo fueron al precio de un gasto de energía que, con perspectiva, ¡me parece demencial! El caso es que después de esas proezas, tuve que permanecer acostado durante largas semanas, levantándome sólo unas pocas horas al día para las tareas prácticas indispensables.

Es notable, una vez *comprendida* la necesidad de un reposo total, no experimenté la menor dificultad en desengancharme completamente de toda actividad intelectual, sin ninguna veleidad de “hacer trampas”. Ni siquiera tuve que tomar una decisión propiamente hablando – por el mero hecho de haber comprendido, ya me había desenganchado. Las tareas que la víspera me habían tenido en vilo, de repente parecían muy lejanas, como pertenecientes a un pasado muy lejano...

No por eso el presente estaba vacío. Aunque durante semanas y meses el sueño estuvo reticente a venir, y permanecía acostado muchas horas, aparentemente en la inacción total, no recuerdo una sola vez que el tiempo se me hiciera largo. Rehacía el conocimiento de mi cuerpo, y también del entorno más inmediato – mi cuarto, o a veces un pedazo de césped o de hierba seca bañado por el sol justo ante mis ojos, allí donde por ventura me había acostado, cerca de la casa o durante un corto (y prudente...) paseo. Pasaba largo tiempo siguiendo el baile de una mosca en un rayo de sol, o las peregrinaciones de una hormiga o de minúsculas bichitos translúcidos verdes o rosas en las interminables hojas de hierba, en inextricables bosques de tales hojas que se entremezclan bajo mi mirada. También son las disposiciones en que, a favor del silencio y de un estado de gran fatiga, se siguen con solicitud las vacilantes peregrinaciones del menor flato a través de las tripas – las disposiciones en suma en que se retoma contacto con las cosas elementales y esenciales; aquellas en que se saben apreciar plenamente todas las ventajas de un sueño reparador, e incluso la maravilla que es simplemente ¡hacer pis sin problemas! El humilde funcionamiento del cuerpo es una extraordinaria maravilla, de la que no tomamos conciencia (a veces a nuestro pesar) hasta que ese funcionamiento se ve perturbado de una forma u otra.

Estaba muy claro que “técnicamente”, el fondo de mi “problema de salud” era el trastorno del sueño. Las razones profundas de ese trastorno se me escapaban y aún se me escapan. A tientas intenté sobre todo recuperar el sueño, el buen sueño profundo tal y como lo había conocido, ¡y que misteriosamente se escabullía cuando más lo necesitaba! Hasta hace poco no lo he recuperado. Inútil decir que ni se me ocurrió tomar pastillas, y si lo intenté con tisanas y agua de azahar (que conocí con esta ocasión), en el fondo sabía que a lo más eran parches. Lo que es más serio, aproveché esa ocasión para hacer cambios importantes en mi régimen alimenticio: reducción de las féculas en beneficio de las verduras y frutas

(tanto crudas como cocidas), reintroducción (moderada) de la carne como ingrediente regular de mi alimentación, y sobre todo, reducción draconiana del consumo de grasa y azúcar, de los que tenía (como muchos otros en países ricos) un desequilibrio sistemático, al menos desde el fin de la guerra. Me ayudó mucho, especialmente en darme cuenta de la importancia de tal cambio de régimen para reencontrar una vida equilibrada, mi yerno Ahmed, que practica la medicina china y que tiene muy buen “feeling” para estas cosas. Él es también el que incansablemente ha insistido sobre la importancia de una actividad corporal importante, del orden de varias horas al día, para hacer contrapeso a una intensa actividad intelectual. Si no ésta tiende a agotar al cuerpo, llevando a la cabeza la energía vital disponible y creando un fuerte desequilibrio yang.

Además, Ahmed no se ha contentado con prodigarme buenos consejos, sacados de una dialéctica yin-yang a la que soy bastante sensible, desde hace cuatro o cinco años en que tuve ocasión de familiarizarme con esa delicada dinámica de las cosas. Desde que estuve lo bastante bien como para trabajar en el jardín, y viendo que hacía lo que podía para arreglar un mini-jardín que tenía muy mal aspecto, Ahmed se adelantó a comenzar trabajos de mayor envergadura: desbrozar nuevas parcelas de terreno, traer tierra, cavar y sembrar, hacer terrazas, muros de contención, distribuir el abono... Al hilo de los días y semanas, vi desplegarse ante mí, por impulso de mi infatigable amigo, tareas suficientes para tenerme ocupado varios años, ¡si no el resto de mis días!

Eso era exactamente lo que me necesitaba, y lo que aún necesito a largo plazo para hacer contrapeso a una actividad intelectual demasiado fogosa. En este aspecto, los paseos cotidianos que pudiera imponerme, como me han aconsejado desde hace mucho, no serían de gran ayuda: la cabeza sigue rumiando durante los paseos igual que en la cama, sin distraerse con la belleza del paisaje, ¡que atravieso casi sin ver nada! Por contra, al arreglar el jardín, encargándome de que esté bien, y mejor aún cavando una hilera de verduras, no puedo dejar de poner atención y de que me penetre – darme cuenta de la textura del terreno, cómo le afecta el azadón, las plantas de la huerta y las “malas” hierbas que crecen en él, el abono y la cubierta vegetal – y darme cuenta también del estado de las plantas que se supone estoy cuidando, estado que refleja en gran medida la mayor o menor atención que les dedico. Esa actividad de jardinería, y todo lo que conlleva, responde a dos fuertes aspiraciones o disposiciones que tengo: la que me empuja a una acción en que día a día vea *salir algo de mis manos* (lo que no es el caso del paseo, y aún menos las pesas que me ha sugerido cierto colega y amigo...); y también la que me empuja a una acción en que, en cada momento, tenga ocasión de *aprender* del contacto con las cosas. Parece que estoy más dispuesto a aprender justamente en las situaciones en que “hago” algo – “alguna cosa” que tome forma y se transforme en mis manos...

Una vez superado el estado de agotamiento propiamente dicho, en mi convalecencia hice, me parece, dos tipos de actividades, o más bien, hubo dos tipos de factores importantes y beneficiosos en mis actividades diarias, tanto en la casa como en el jardín. Por una parte estaba el *esfuerzo físico*: aunque a menudo me sentía fatigado y sin ganas antes de ponerme a trabajar – cuanto más “duro” era el trabajo, me hacía manejar un pesado pico o grandes piedras digamos, más en forma me sentía después, lleno de una buena fatiga. Y también estaba el contacto con las *cosas vivas*: las plantas que hay que cuidar; la tierra que hay que preparar para que las acoja, después desbrozar o cavar; los alimentos que hay que preparar y que después como con el mismo placer con que he preparado el almuerzo; el gato que reclama su pitanza, y su parte de cariño; también los diversos utensilios y herramientas, y hasta las irregulares piedras a menudo mal pulidas que hay que girar y girar en todos los sentidos, a fin de ponerlas en los muros y se quieran tener en pie...

Esfuerzo físico y contacto con las cosas vivas – son justamente dos aspectos que faltan en el trabajo intelectual, y que hacen que tal trabajo es por naturaleza incompleto, parcial, y en el límite, si no se completa y compensa con algo, peligroso y hasta nefasto. Es la tercera vez, en apenas tres años, que he tenido ocasión de darme cuenta. E incluso está más claro ahora, que me encuentro ante una encrucijada draconiana: cambiar cierto modo de vida, reencontrar un equilibrio en que el polo yin de mi ser, mi cuerpo,

no sea constantemente descuidado en beneficio del polo yang, el espíritu o (mejor dicho) la cabeza – o si no, dejarme la piel en los próximos años. Esto es lo que mi cuerpo me ha dicho, ¡con la mayor claridad que se puede decir! He llegado a un punto en mi vida en que la necesidad de cierta “sabiduría” elemental se ha vuelto una cuestión de *supervivencia*, en el sentido propio y literal del término. Seguramente esto es algo bueno – dicha “sabiduría” se veía perpetuamente reenviada a las calendas, en beneficio de esa especie de bulimia en la actividad intelectual, que ha sido una de las fuerzas dominantes en toda mi vida adulta.

Situado en una encrucijada tan clara: “¡cambiar o reventar!” – no he tenido que preguntarme para conocer mi elección. Esto es lo que ha hecho que durante casi cuatro meses, haya podido, sin tener jamás la impresión de violentarme, abstenerme de toda actividad intelectual, matemática o no. Supe, sin tener que decírmelo, que en el límite, vale más un jardinero vivo que un matemático muerto (o un “filósofo” o “escritor” muerto, ¡qué más da!). Con un poco de malicia, se podría añadir: ¡y más que un matemático vivo! (Pero eso, eso es otra historia...)

No creo que algún día me vea en tal situación “límite”, en que tenga que renunciar a toda actividad intelectual, sea matemática o de meditación. Más bien, la tarea práctica más inmediata, la más urgente en los próximos años, me parece justamente la de llegar a una vida equilibrada en que ambos tipos de actividad coexistan diariamente, la del cuerpo y la del espíritu, sin que una u otra se vuelva devoradora y desplace a la otra. No se me oculta que es en la dirección “espíritu” donde se encuentran desde mi infancia mis dedicaciones más intensas, y que aún hoy me llevan hacia ella las dos pasiones principales que siguen dominando mi vida estos últimos años. De esas dos pasiones, la pasión matemática y la pasión por la meditación, me parece que la primera es sobre todo, si no exclusivamente, la que actúa como un factor de desequilibrio en mi vida – como algo que guarda todavía una inquietante tendencia a “devorar” todo lo demás en su solo beneficio. Seguramente no es casualidad que en mi vida los tres “episodios de enfermedad” que han marcado una situación de desequilibrio, desde junio de 1981, ocurren justamente en periodos en que la pasión matemática es la que ocupa el escenario.

Pudiera decirse que ése no es el caso en este último episodio, ocurrido durante la redacción de Cosechas y Siembras, que constituye un periodo de reflexión sobre mí mismo, por no decir un periodo de meditación propiamente dicho. Pero también es cierto que esta reflexión sobre mi pasado matemático ha estado alimentada constantemente por mi pasión matemática. Así ha sido sobre todo en la segunda parte, el Entierro, me parece, donde la componente egótica de esa pasión se ha visto implicada de manera particularmente fuerte y constante. Sin embargo, incluso en retrospectiva, no tengo la impresión de que en algún momento, esa reflexión haya adquirido un ritmo, un diapasón devorador, incluso demencial, como en las dos ocasiones anteriores en que mi cuerpo finalmente fue obligado a dar a entender un “¡basta ya!” sin réplica. Separada del contexto de toda una vida, mi actividad intelectual en el último año y medio (desde el “reinicio” con la redacción de la Poursuite des Champs, seguida por Cosechas y Siembras) parece que se realiza a un ritmo de lo más razonable, sin olvidarse de beber y comer (aunque a veces, un poquito, de dormir...). Si terminó por desembocar en un tercer “episodio de salud” (por utilizar un eufemismo), sin duda lo fue sobre el fondo de toda una vida marcada por ese sempiterno desequilibrio de una cabeza demasiado fuerte, que impone su ritmo y su ley a un cuerpo robusto que durante mucho tiempo ha encajado sin rechistar<sup>4</sup>.

Durante los dos últimos meses, he tenido muchas ocasiones de darme cuenta del irremplazable beneficio del trabajo corporal, en íntimo contacto con las cosas vivas, que me hablan en silencio de cosas simples y esenciales que los libros o la mera reflexión son incapaces de enseñar. Gracias a ese trabajo, he recuperado el sueño, ese compañero más valioso aún que la bebida y la comida – y con él, un renovado vigor, una robustez que de repente parecía desvanecida. Y he podido constatar que en esta época de la vida, si quiero realizar durante varios años todavía esta nueva aventura matemática que inicié el año

---

<sup>4</sup>Debería exceptuar los cinco años de 1974 a 1978, que no estuvieron dominados por ninguna gran tarea, y en que las ocupaciones manuales absorbieron una parte nada despreciable de mi tiempo y mi energía.



pasado, no puedo hacerlo sin poner en riesgo mi salud y mi vida, si no es con mis dos pies sólidamente plantados en el terreno de mi jardín.

En los próximos meses tendré que establecer un nuevo modo de vida, en el que diariamente tengan su lugar y se reconcilien los trabajos del cuerpo y del espíritu. ¡Hay tela que cortar!

(99) (23 de septiembre) Ayer me vi obligado a cortar por lo sano, para no seguir hasta las dos o las tres de la madrugada y quedar atrapado en un engranaje que conozco demasiado bien. Me sentía fresco y dispuesto, y si hubiese seguido mi inclinación natural, ¡hubiera continuado hasta el alba! La trampa del trabajo intelectual – al menos del que se realiza con pasión, en una materia en la que uno se siente como pez en el agua, a causa de una larga familiaridad – es que es increíblemente *fácil*. Tiras, tiras, y siempre sacas, sólo hay que tirar; a penas se tiene a veces el sentimiento de un esfuerzo, de un rozamiento, señal de que se resiste un poco...

Sin embargo recuerdo, en mis primeros años como matemático, un persistente sentimiento de pesadez, que había que superar, con un obstinado esfuerzo, dejando una sensación de fatiga. Correspondía sobre todo a un periodo de mi vida en que trabajaba con un utillaje insuficiente, incluso inadecuado; o a aquél, posterior, en que tuve que adquirir más o menos penosamente herramientas un poco “todoterreno”, bajo la presión de un medio (esencialmente, el del grupo Bourbaki) que las utilizaba constantemente, sin que viera la razón de ser, a veces durante años. Ya he tenido ocasión de hablar de esos años a veces un poco penosos (ver “El extranjero bienvenido” s. 9, y “cien hierros en el fuego, o: ¡de nada sirve hacer novillos!”, nota nº 10), en la primera parte de Cosechas y Siembras. Fue sobre todo el periodo de los años 1945 a 1955, que coincide con mi periodo de análisis funcional. (Me parece en los alumnos que he tenido después, entre 1960 y 1970, esa resistencia contra un aprendizaje sin motivaciones suficientes, en que se engullen nociones y técnicas fiándose de la autoridad de los mayores, ha sido menos fuerte que en mi caso – por decirlo todo, no la he visto en absoluto.)

Pero volviendo a mi propósito, sobre todo fue a partir de los años 1955 y siguientes cuando tuve la impresión de “volar” – de hacer mates jugando, sin ninguna sensación de esfuerzo – igual que algunos de mis mayores que tanto había envidiado por esa facilidad quasi-milagrosa, ¡que me había parecido muy fuera del alcance de mi modesta persona! Ahora, me parece que tal “facilidad” no es el privilegio de algún don excepcional (como he visto en algunos, en un momento en que tal “don” parecía totalmente ausente en mí), sino que se presenta por sí misma como el fruto de la unión de un interés apasionado por cierta materia (como la matemática, digamos), y de una familiaridad más o menos larga con ésta. Si algún “don” interviene realmente en la aparición de esa soltura, es sin duda a través del factor tiempo, más o menos largo de una persona a otra (y a veces también de una ocasión a otra en la misma persona, es verdad...), para lograr una perfecta facilidad en el trabajo sobre tal o cual tema<sup>5</sup>.

El caso es que cuantos más años pasan, más tengo esa impresión de “facilidad” cuando hago mates – que las cosas sólo piden revelarse a nosotros, a poco que uno se tome la molestia de mirar, de escrutarlas un poco. No es una cuestión de virtuosismo técnico – está muy claro que desde ese punto de vista, estoy en condiciones mucho peores que en 1970, cuando “dejé las mates”: después sobre todo he tenido ocasión de desaprender lo que había aprendido, “haciendo mates” sólo esporádicamente, en mi rincón, y con un espíritu y sobre unos temas bien diferentes (al menos a primera vista) de los de antaño. No quiero decir que basta que me encargue de un problema célebre (de Fermat, de Riemann, o de Poincaré digamos), para que me abra un camino directo a la solución, ¡en uno o dos años o incluso en tres! La facilidad de la que hablo no es la de proponerse y alcanzar cierto *fin*, fijado de antemano: probar tal conjetura o dar un contraejemplo... Es más bien la de lanzarse a lo desconocido, en cierta dirección que un oscuro

---

<sup>5</sup>Sin embargo conozco varios matemáticos, que han producido una profunda obra, y que jamás me han parecido dar esa impresión de soltura, de “facilidad” que aquí se trata – parecen ser presa de una pesadez omnipresente, que han de superar con esfuerzo, a cada paso. Por una razón u otra, el “fruto natural” del que hablamos, no ha “aparecido por sí mismo” en esas eminencias, como se supone que lo haría. Igual que no todas las uniones aportan los frutos que cabría esperar...

instinto nos dice que es fecunda, con la íntima seguridad, que jamás será desmentida, de que cada día y cada hora de nuestro viaje no puede dejar de aportarnos su cosecha de nuevos conocimientos. *Qué* conocimiento nos reserva el mañana, incluso la próxima hora en este mismo día, ciertamente lo presentimos – y es ese “presentimiento” que constantemente se queda corto, y ese suspense que le acompaña, los que constantemente nos empujan hacia delante, mientras esas mismas cosas que exploramos parecen atraernos. Siempre lo que se descubre supera a lo presentado, en precisión, en sabor y en riqueza – y lo descubierto enseguida se convierte a su vez en punto de partida y material para un nuevo presentimiento, que se lanza en busca de un nuevo desconocido ávido de ser conocido. En ese juego del descubrimiento de las cosas, la *dirección* que en cada momento seguimos nos es conocida, mientras que el *fin* es olvidado, suponiendo que en efecto hayamos partido con un fin, que nos proponíamos alcanzar. De hecho ese “fin” era un *punto de partida*, producto de una ambición, o de una ignorancia; ha jugado su papel para motivar “al patrón”, fijar una dirección inicial, y comenzar ese juego, en el que el fin verdaderamente no tiene parte. A poco que el viaje iniciado no sea de uno o dos días, sino que sea de larga duración, qué nos revelará al hilo de los días y los meses y dónde nos llevará al final de una larga cascada de peripecias desconocidas, eso es para el viajero un misterio total; un misterio tan lejano, tan fuera de alcance a decir verdad, ¡que no le preocupa! Si alguna vez escruta el horizonte, no es para la imposible tarea de predecir el punto de llegada, y aún menos para decidirlo según su gusto, sino para saber en qué punto está en ese mismo momento, y entre las direcciones que se le abren para proseguir su viaje, elegir la que siente como la más ardiente...

Tal es esa “facilidad increíble” de la que acabo de hablar, a propósito del trabajo de descubrimiento en una dirección enteramente intelectual, como la matemática. No está *frenada* ni por *resistencias* interiores<sup>6</sup> (como tan a menudo es el caso en el trabajo de meditación tal y como yo lo practico), ni por un *esfuerzo físico*, que genere una fatiga que termine por dar una señal de alto inequívoca. En cuanto al *esfuerzo intelectual* (suponiendo que se pueda hablar de “esfuerzo”, llegado a un punto en que la única “resistencia” que queda es el factor tiempo...), no parece generar fatiga ni intelectual ni física. Con más precisión, si hay “fatiga” física, no es sentida verdaderamente como tal, si no es por agujetas ocasionales, al haber estado mucho tiempo sentado en la misma posición, y otras molestias del mismo tipo. Estas se eliminan fácilmente con un simple cambio de posición. La posición de acostado tiene la desafortunada virtud de hacerlas desaparecer, y de favorecer así el relanzamiento del trabajo intelectual, ¡en lugar del tan necesario sueño!

Sin embargo hay, he terminado por darme cuenta, una “fatiga” física más sutil y más insidiosa que una fatiga muscular o nerviosa, que se manifiesta como tal por una necesidad irrecusable de descanso y de sueño. Aquí el término “agotamiento” (mejor que “fatiga”) captaría mejor la cosa, entendiendo sin embargo que ese estado no es percibido como tal, en el sentido corriente de ese término, que designa una fatiga extrema, que se manifiesta especialmente por el gran esfuerzo necesario sólo para levantarse, caminar unos pasos etc. Se trata más bien de un “agotamiento” de la energía del cuerpo en beneficio del cerebro, de su nivel de energía vital. Me parece que ese agotamiento por una actividad intelectual excesiva (quiero decir: no compensada por una actividad corporal suficiente, generadora de fatiga física y de necesidad de reposo) – ese agotamiento es gradual y *acumulativo*. Estos efectos dependen a la vez de la *intensidad* y de la *duración* de la actividad intelectual durante un periodo dado. Al nivel de la intensidad con la que realizo el trabajo intelectual, y con la edad y constitución que tengo, parece que en mí el agotamiento acumulativo en cuestión alcanza un umbral crítico, peligroso, al cabo de un año o dos de actividad ininterrumpida, sin compensación con una actividad corporal regular.

En un sentido, esa “facilidad” de la que hablo es aparente. La actividad intelectual intensa pone en juego una energía considerable, eso está claro: se toma energía de alguna parte, y se “gasta” en un

---

<sup>6</sup>Sin embargo conozco un matemático notablemente dotado, cuya relación con la matemática es típicamente conflictiva, estorbada a cada paso por poderosas resistencias, como el miedo a que tal expectativa (en forma de conjetura digamos) pueda revelarse falsa. Tales resistencias a veces pueden desembocar en un estado de verdadera parálisis intelectual. Compárese esto con la anterior nota a pie de página.

trabajo. Parece que ese “alguna parte” se sitúa al nivel del cuerpo, que “encaja” (o más bien *desembolsa*) como puede los gastos (a veces vertiginosos) que la cabeza paga sin cuento. La vía normal de recuperación de la energía proporcionada por el cuerpo, es el sueño. Cuando la cabeza se vuelve bulímica es cuando termina por usurpar el sueño, lo que significa comerse el capital-energía sin renovarlo. La trampa y el peligro del la “facilidad” del trabajo intelectual, es que nos incita incansablemente a franquear ese umbral, o a permanecer más allá cuando se ha franqueado, y que además ese franqueamiento no nos llama la atención con las señales habituales, indubitables, de la fatiga, y hasta del agotamiento. Hace falta una gran vigilancia, me doy cuenta, para detectar el acercamiento y el franqueamiento del umbral en cuestión, cuando estamos entregados por entero a la realización de una aventura apasionante. Percibir esa falta de energía a nivel del cuerpo requiere un estado de escucha hacia el cuerpo, que a menudo me ha faltado y que pocas personas tienen. Además dudo de que tal estado de comunión de la atención consciente con el cuerpo pueda desarrollarse en alguien, en un periodo de su vida dominado por una actividad puramente intelectual, con exclusión de toda actividad física.

Además muchos trabajadores intelectuales sienten por instinto la necesidad de tal actividad física, y arreglan su vida en consecuencia: jardín, bricolaje, montaña, barco, deporte... Los que, como yo, han descuidado ese sano instinto en beneficio de una pasión demasiado invasiva (o de un letargo demasiado fuerte), más tarde o más pronto pagan la cuenta. En tres años he pasado tres veces por caja. He de decir que lo he hecho sin rechistar, o mejor dicho, con gratitud, dándome cuenta en cada nuevo episodio-enfermedad de que no hacía más que cosechar los frutos de mi propia negligencia, y además, de que también me aportaba una enseñanza, que sólo él podía darme. La principal enseñanza, quizás, que me ha aportado el último de estos episodios y que acaba de terminar, es que es momento de tomar la delantera y en adelante hacer inútiles tales llamamientos al orden – o más concretamente: ¡que es momento de cultivar mi jardín!

(100) En mi reflexión de ayer y hoy, voluntariamente he dejado de lado un suceso que se sitúa en pleno episodio-enfermedad, en los primeros días de julio, en un momento pues en que todavía estaba en cama. Se trata de la muerte de Claude Chevalley.

Me enteré por un vago artículo de Libération más o menos consagrado al suceso, que una amiga me había pasado por casualidad, pensando que podría interesarme. No decía casi nada sobre Chevalley, sino un rollo sobre Bourbaki del que fue uno de los miembros fundadores. Me sentí totalmente estúpido al enterarme de la noticia. Hacía meses que estaba a punto de terminar Cosechas y Siembras, mecanografiado impreso encuadernado y todo – ¡y de ir corriendo a París para darle un ejemplar aún calentito! Si había una persona en el mundo de la que estaba seguro que leería mi tocho con verdadero interés, y a menudo con placer, era él – ¡y no estoy seguro de que haya otro!

Desde los comienzos de mi reflexión, me di cuenta de que Chevalley me había aportado algo, en un momento crucial de mi itinerario, algo sembrado en medio de una efervescencia, y que había germinado en silencio. Lo que entonces sentí que me unía a él no era un *sentimiento*, de agradecimiento digamos, o de simpatía, de afecto. Seguramente esos sentimientos estaban presentes, como también están presentes hacia tal o cual otro de los “mayores” que me acogieron como uno de los suyos, hace más de veinte años. Lo que hacía a mi relación con Chevalley diferente de mi relación con ninguno de ellos y de la mayoría de mis amigos, por no decir de todos, es otra cosa. Es el sentimiento creo, o mejor dicho, la percepción, de un *parentesco* esencial, más allá de las diferencias culturales, de los condicionamientos de todo tipo que nos han marcado desde nuestra juventud. No sabría decir si se transparenta algo de ese “parentesco” en las líneas de mi reflexión que hablan de él<sup>7</sup>. En el periodo de mi vida al que se refieren esas líneas, Chevalley quizás aparezca más como un “mayor”, esta vez al nivel de una comprensión de ciertas cosas de la vida, que como un *pariente*. Sin embargo ésa es una distancia que mi posterior maduración ha debido

<sup>7</sup>Ver “Reencuentro con Claude Chevalley – o: libertad y buenos sentimientos” (sección 11), y el último párrafo de la sección siguiente, “El mérito y el desprecio”.

reducir y tal vez abolir, como desde hace mucho fue el caso a nivel matemático, en mi relación con él igual que con mis otros mayores. Si ahora intentase captar con palabras el sentido de ese parentesco, o al menos alguno de sus signos, se me viene esto: uno y otro, hacemos “rancho aparte” – viajeros uno y otro en nuestra propia “aventura solitaria”. Hablo de la mía en el último “capítulo” (del mismo nombre) de “Vanidad y Renovación”<sup>8</sup>. Tal vez, para aquellos que hayan conocido bien a Chevalley (y también para otros), esa parte de la reflexión sugiera mejor lo que quiero expresar, que la que le cita nominalmente.

Encontrarme con él y hablarle un poco seguramente me habría permitido comprender a ese amigo mejor que en el pasado; y situar mejor ese parentesco esencial, y nuestras diferencias. Si había, aparte de Pierre Deligne, una persona a la que tenía prisa por ponerle entre sus propias manos el texto de Cosechas y Siembras, ése era Claude Chevalley. Si había una persona cuyo comentario, travieso o sarcástico, tendría para mí un peso particular, también era él. En ese día de la primera semana de julio, supe que no tendría el placer llevarle lo mejor que podía ofrecerle, ni el de escuchar otra vez el sonido de su voz.

Lo extraño – y que sin duda ha contribuido a hacerme sentir tan *estúpido* al recibir esa noticia – es que durante los últimos meses más de una vez, al evocar el próximo encuentro con Chevalley, recordaba que tenía problemas de salud – y en mí había como una inquietud, constantemente apartada, de que ese encuentro pudiera no tener lugar, que mi amigo pudiera desaparecer antes de que le fuera a ver. Por supuesto ni se me ocurrió escribirle o telefonearle, aunque sólo fuera para preguntar por su salud y cómo le iba, y decirle algunas palabras sobre mi trabajo, y mi intención de ir a verle con ese motivo. El hecho de que haya rechazado esa idea como tonta e importuna (que verdaderamente no había razón alguna que... etc.), como se hace tan a menudo en esa clase de situaciones, ilustra bien hasta qué punto yo mismo, como muchos otros, sigo viviendo “por debajo de mis capacidades” – rechazando la oscura presciencia de las cosas que me sopla un conocimiento que estoy demasiado ocupado y demasiado perezoso para escuchar...

(101) (24 de septiembre) Después de la digresión de los dos últimos días acerca del “episodio enfermedad” de estos meses, es momento de que retome el hilo interrumpido en junio, allí donde lo había dejado. Entonces preveía que habría dos últimas notas, que quedaban por escribir: un “Elogio Fúnebre (2)” (que seguiría y completaría a la nota “El Elogio Fúnebre (1) – o los cumplidos” del 12 de mayo), y un “De Profundis” final, en que contaba con esbozar un balance del conjunto de mi reflexión acerca del Entierro.

La substancia prevista de esas dos notas estaba aún caliente en el momento en que caí enfermo – estaba a punto de poner todo sobre el papel, justo el tiempo de dar una última mano al conjunto de notas anteriores, para tener el sentimiento de trabajar con una “retaguardia” sólida y bien dispuesta... Durante los tres meses (exactamente desde el 23 de junio) en que prácticamente he cesado todo trabajo sobre el Entierro, salvo algunas ocasionales correcciones de erratas, éste se me ha ido ¡ay! un poco del espíritu. Hasta me siento un poco idiota, en cualquier caso molesto, al ponerme a rellenar páginas en blanco que esperan bajo títulos-pensum, so pretexto de que éstos figuran en un índice de temas provisional, y que he tenido la imprudencia de citar aquí y allá en un texto destinado a ser publicado. Es el caso sobre todo de “El Elogio Fúnebre (2)”, y releer la primera parte “El Elogio Fúnebre (1)” (alias “los cumplidos”) no ha bastado para recalentar una substancia ¡que durante meses se ha enfriado en un rincón!

Sin embargo, ya desde el día después del 12 de mayo en que escribí esta nota, y a lo largo del mes siguiente, las manos me hormigueaban queriendo rebuscar con más profundidad en esa nueva mina que me había encontrado, sin buscarla. Cuando Nico Kuiper tuvo la atención de enviarme el folleto del jubileo de los veinticinco años de existencia del IHES, el año pasado, me pasé media hora ojeándolo (incluyendo dos reseñas, de media página cada una, sobre Deligne y sobre mí), sin encontrar nada de particular. Lo único que me chocó, era la ausencia de toda alusión a los difíciles primeros años del IHES, en que adquirió renombre en un local improvisado, yo mismo (con los primeros Seminarios de Geometría Algebraica) era el único que lo representaba “sobre el terreno”. Volví a repensar en ello unos meses más tarde, al escribir la nota “El desgarrador saludable” (nº 14), en marzo del 84. Al no estar seguro de mi memoria, le pedí a

---

<sup>8</sup>En este sentido, ver sobre todo las dos secciones “La fruta prohibida” y “La aventura solitaria”, nºs 46, 47.

Nico que me enviase otro ejemplar del folleto (al no conseguir encontrar el primero). Fue una segunda ocasión para ojear de nuevo las dos reseñas en cuestión, quizás con una mirada menos apresurada. Sin embargo, esta vez tampoco conecté, decididamente. Noto de pasada, con cierta sorpresa, que en la reseña sobre Deligne se dice que “el eje director de sus trabajos es “comprender la cohomología de las variedades algebraicas””, ¡quién lo hubiera dicho! Para olvidarme de ello durante un mes o dos (justo hasta el momento en que lo recuerdo, al escribir la nota “Rechazo de una herencia – o el precio de una contradicción”, n° 47). Por el contrario, no me doy cuenta de que en mi reseña la palabra “cohomología” no es pronunciada, no más que la palabra “esquema”. En el estado de despiste que entonces tenía, nada me hacía sospechar que ese texto anodino, algo sobrecargado de epítetos hiperbólicos, hacía las veces de Elogio Fúnebre, ¡“servido” (además) “con perfecta maestría”! Una maestría tan perfecta, que me pregunto si alguno de los lectores de ese folleto (un poco aburrido, a fuerza del deliberado propósito de pomada en todas direcciones, como exigía la ocasión hay que pensar...) se ha dado cuenta además de mí, después de mi primera y segunda lectura.

Esto se añade a una constatación que hago una y otra vez, cada vez que por una razón u otra, miro con atención más intensa y sostenida algo que antes me había contentado con mirar “de pasada”, con la atención “habitual”, rutinaria, que concedo a las cosas y sucesos pequeños y grandes que desfilan por mi vida día tras día. Tal situación se presenta con frecuencia en periodos de meditación, que muchas veces me llevan (casi siempre yendo de una cosa a otra sin propósito deliberado) a someter a un examen más atento ciertos sucesos del día o de la noche (incluyendo los sueños), que habían pasado desapercibidos en mi acostumbrado estado de atención, y cuyo sentido (a menudo claro y evidente) se me había escapado a mi atención consciente.

Cuando aquí hablo de “atención más intensa y sostenida”, en el fondo lo que quiero decir con eso, es una *mirada despierta*, una mirada nueva, una mirada que no estorben ni los hábitos de pensamiento, ni un “saber” que les sirve de fachada. A poco que por una razón u otra, dirijamos una mirada despierta, atenta sobre las cosas, éstas parecen transformarse ante nuestros ojos. Tras la aparente platitud de la superficie apagada y lisa de las cosas que nos presenta nuestra “atención” de todos los días, de repente vemos abrirse y animarse un *abismo* insospechado. Esa vida profunda de las cosas no ha esperado, para estar ahí, a que nos tomemos la molestia de conocerla – está ahí desde siempre, es parte de su naturaleza íntima, se trate de objetos matemáticos, del césped del jardín, o del conjunto de fuerzas psíquicas que actúan en tal persona en cierto momento.

El *pensamiento* es un instrumento entre otros para revelarnos y permitirnos sondear ese abismo bajo la superficie, esa vida secreta de las cosas, que sólo es “secreta” porque somos demasiado perezosos para mirar, estamos demasiado inhibidos para ver. Es un instrumento que tiene sus ventajas, igual que tiene sus inconvenientes y sus límites. Pero de todas formas, es raro que el pensamiento se utilice como instrumento de descubrimiento. Su función más común no es descubrir la vida secreta que hay en nosotros y en las cosas, sino más bien la de enmascararla y petrificarla. Es una herramienta multiusos a disposición tanto del Niño-obrero como del Patrón. En las manos de uno se convierte en vela, capaz de recoger las fuerzas de nuestro deseo y de llevarnos lejos en lo desconocido. En las manos del otro se vuelve ancla inmutable, que ni tornados ni tempestades logran romper...

La reflexión estaba a punto de extraviarse un poco, y he aquí que vuelve al punto de partida – que es la constatación sobre la que ayer también me detuve: hasta qué punto, por hábitos y condicionamientos inveterados, ¡vivo por debajo de mis dotes! (En lo que me encuentro, además, en numerosa compañía...). Gracias al progresivo descubrimiento del Entierro, a partir de hechos tan gordos como el volumen LN 900<sup>9</sup>, una atención perezosa terminó por despertarse. Una lectura de la nota “Rechazo de una herencia – o el precio de una contradicción” (n° 47) me llevó el 12 de mayo a releer por tercera vez (!) las

---

<sup>9</sup>Ver la nota “Recuerdo de un sueño – o el nacimiento de los motivos”, n° 51, así como la siguiente nota “El Entierro – o los Nuevos Padres”.

dos famosas “reseñas”. Esta vez, me doy cuenta de un insólito detalle: ¡en ningún momento nada de “cohomología” (ni de variedades algebraicas o de esquemas), en el pequeño texto en estilo ditirámico que se me consagra en el folleto jubilar! La cosa me parece lo bastante chusca como para merecer una nota a pie de página, que inmediatamente me pongo a redactar. Al hacerlo, me doy cuenta de otros uno o dos detalles “chuscos”, que no me habían llamado la atención: ya podía ser una tercera lectura, también había sido superficial, mecánica – salvo muy poco, me había limitado a *repetir, a reproducir* las lecturas precedentes. Sólo al escribir lo que debía ser una nota a pie de página, y que se convirtió en la nota “El Elogio Fúnebre (1)”, poco a poco me empecé en el juego, y una *curiosidad* se despertó, y me hizo volver otra vez sobre esos textos, mirándolos más de cerca esta vez. Sólo en ese momento se operó esa transformación de la que acabo de hablar – cuando un “abismo” se abre, una vida intensa tras la fachada plana de un discurso ditirámico, ¡servido en el chinchín de una gran ocasión! Esa curiosidad es la que ha transformado una mirada mecánica, repetitiva, distraída, en una mirada “despierta”...

“El despertar” en cuestión no fue instantáneo, sino progresivo, con el avance de la reflexión realizada en esa nota-a-pie-de-página-sic. Por decirlo todo, no fue completo hasta el punto final de esa nota, cuando la hora era tardía (creo recordar) y me incitaba a “terminarla”<sup>10</sup>. Pero nada más poner ese punto, o todo lo más al día siguiente, me di cuenta de que aún estaba lejos de haber agotado el tema del Elogio Fúnebre. Sólo entonces sentí plenamente hasta qué punto esos dos textos, tan breves y anodinos en apariencia, estaban cargados de significado, ¡verdaderas minas por decirlo todo! Y que estaba lejos de haber recorrido todo lo que tenían que decirme, a poco que me pusiera a la escucha...

(25 de septiembre) Esa noche tuve que cortar por lo sano la reflexión, justo cuando acababa de arrancar, me parecía. Sin embargo hacía tres horas y media seguidas que estaba sentado ante mi máquina de escribir, y pequeñas señales discretas comenzaban a mostrarme que ya era momento de que me levantara y me moviera.

Recuerdo bien la primera vez que fui llevado a dirigir una “atención intensa y sostenida” sobre textos escritos, y en que día tras día viví durante varios meses, la estupefaciente metamorfosis de una “superficie” apagada y plana, que coge vida y revela un sentido rico y preciso, un “abismo” insospechado. Esa fue también, a la vez, mi primera meditación de gran duración, con el espíritu de un viaje a lo desconocido, durase lo que durase... El material de partida era la voluminosa correspondencia 1933/34 entre mi padre (emigrado en París) y mi madre (aún en Berlín, conmigo que entonces tenía cinco años). Mi propósito era “conocer” a mis padres. El año anterior había descubierto que la admiración que durante toda mi vida les había tenido, y que había terminado por cuajar en una especie de piedad filial, recubría y mantenía una gran ignorancia sobre ellos. Esa fenomenal ignorancia en que toda mi vida tuve a bien mantenerme, no se me presentó en toda su dimensión hasta la larga meditación del año siguiente, de agosto de 1979 a marzo de 1980.

Comencé por “preparar el terreno” a lo largo del mes de julio de 1979, con una primera lectura de esa correspondencia, al margen de un trabajo sobre una “obra poética compuesta por mí”<sup>11</sup> a la que entonces estaba dando los últimos retoques. Cada tarde pasaba algunas horas leyendo tres o cuatro cartas-respuesta, con interés eso es seguro y, hubiera dicho entonces sin dudar, con atención. Sin embargo, oscuramente me daba cuenta de que permanecía ajeno, fuera de lo que leía – que el verdadero sentido se me escapaba. A menudo lo que leía era bastante absurdo, como si ese hombre y esa mujer que veía vivir y desfilar bajo mis ojos no tuvieran nada en común con los que había creído conocer – aquellos de los que mi memoria me restituía una imagen clara y nítida, intangible. A falta de un trabajo paciente, metódico, exigente sobre lo que leía, realizado a medida que avanzaba, sólo estaba aturullado, sin más, por lo (relativamente) poco, en esas cartas, que era lo bastante “gordo” para enganchar mi atención superficial.

<sup>10</sup>Tanto más, seguramente, cuanto que ese mismo día ya había pasado por la larga y substancial reflexión “La masacre” (nº 87), que además cito hacia el final de la nota “El Elogio Fúnebre – o los cumplidos” que se había encadenado con ella.

<sup>11</sup>Hago alusión a esa obra y al episodio de mi vida que representa, al final de la sección “El Gurú-no-Gurú, o el caballo de tres patas”, nº 45, y en la nota nº 43 que allí se cita.

Lo que así quedaba registrado se superponía sin más a lo “bien conocido”, que había sido desde mi infancia hasta esos mismos días (sin que jamás me diera cuenta, ciertamente) el fundamento invisible e inmutable de mi vida, de mi sentimiento de identidad. Suponiendo que me hubiese limitado entonces a esa primera lectura, seguramente la delgada capa de “hechos” nuevos y no digeridos así superpuesta a las capas principales, rápidamente hubiera sido erosionada y arrastrada sin dejar traza, en los siguientes meses y años.

En el momento de ese trabajo preliminar, mi dedicación principal estaba en otra parte, en la redacción de una obra que absorbía la mayor parte de mi energía. Bien me daba cuenta de los límites de un trabajo hecho al margen de otro, y que tendría que revisarlo de principio a fin, con un trabajo detallado al que me dedicaría a fondo. Preveía que sería cuestión de unas semanas – de hecho me pasé con eso siete meses seguidos, consagrados a un examen minucioso de las cartas y escritos dejados por mis padres, cuya parte más “candente” seguramente es la correspondencia 1933/34. Siete meses, además, al cabo de los cuales tuve que cortar por lo sano, al darme cuenta de que el tema (“conocer a mis padres”) era inagotable por así decir. Se había vuelto más urgente *conocerme a mí mismo*, con ayuda de todas las cosas que acababa de aprender sobre mis padres, y con eso, indirectamente al menos, sobre mi propia infancia olvidada...

Acabo de pasar casi dos horas repasando el comienzo de las notas de esa meditación sobre mis padres, iniciada el 3 de agosto de 1979. Contrariamente a lo que creía recordar, aún no me daba cuenta, si no es muy confusamente, de la necesidad de revisar a fondo, “de principio a fin” (como he escrito hace un momento), las cartas y otros textos escritos de mis padres que había leído el mes anterior. No doy nada a entender en ese sentido en mis notas. Después de una reflexión recapitulativa de un día o dos, haciendo el balance provisional de mis múltiples impresiones, un tanto confusas, suscitadas por esa lectura, en modo alguno intento retomar ésta con un trabajo detallado y meticuloso. Enseguida engancho (como algo evidente) con la lectura (también a toda prisa) de *otras* cartas (y especialmente de una voluminosa correspondencia entre mis padres en los años 1937/39), y con una reflexión paralela alimentada por las impresiones de esa lectura. Poco a poco, durante ese mes de agosto y el mes siguiente, comienzo a aprender lo que es un *trabajo* sobre una carta (o cualquier otro testimonio escrito de una vida), que permite captar su verdadero sentido, a veces patente – un sentido sin embargo que la persona que escribe a menudo se complace en ignorar, en escamotear a sí misma igual que a los demás ¡ni visto ni oído! consiguiendo a la vez explayarlo “entre líneas” de una manera a veces ostensiva, incisiva. Y debe ser raro que la insinuación o provocación (a veces feroz...) no llegue al destinatario, no sea percibida y “encajada” por él a cierto nivel, aunque no deje que esa percepción, ese conocimiento penetre en el campo de su mirada, y que él mismo entre con todas las velas desplegadas en ese mismo juego del “¡ni visto, ni oído!”. Los pasajes más oscuros, infaliblemente, los que parecen rozar la debilidad mental (o la demencia...) y desafiar toda interpretación racional, son los que a la mirada curiosa se revelan más cargados de sentido: verdaderas minas, que proporcionan llaves irremplazables para penetrar más adelante en el sentido simple y evidente que hay tras la acumulación de aparentes sinsentidos. Tales pasajes, frecuentes en la correspondencia entre mis padres, y sobre todo en las cartas de mi madre, por supuesto me “pasaron por encima de la cabeza” completamente en mis primeras lecturas, durante el mes de julio. Comencé a descubrirlos, aquí y allá, durante el mes siguiente. Sólo durante el mes de septiembre diversas comprobaciones me hacen comprender que decididamente, quizás me había perdido algo esencial en lo que tenía que aprender en las cartas de 1933/34, y me llevan a éstas, incitándome a una primera lectura “en profundidad” de algunas. Esa lectura enseguida puso patas arriba la imagen que tenía, desde mi infancia, sobre la persona de mis padres y sobre lo que había sido su relación conmigo y con mi hermana.

(102) (26 de septiembre) Héme aquí desde hace dos días en plenas “reminiscencias autobiográficas”, aunque intentaba escribir (“en frío”) la continuación de cierta nota, sobre cierto Elogio Fúnebre. ¡No sé si esta digresión me habrá recalentado un poco! Pero es momento de que haga lo que tenía previsto,

cuando me lancé un poco en la dirección de: “Sobre el arte de leer un mensaje que pretende no decir lo que tiene que decir”. Esa clase de texto-mensaje es más común de lo que sospechaba...

Ni hay que decir que la cuestión del “cómo” de ese “arte” ni se plantea, mientras se esté dispuesto (como yo lo estuve gran parte de mi vida) a creer a pies juntillas y a tomar al pie de la letra todo lo que se dice o escribe, y a no buscar ni ver, en nada y en nadie, otras intenciones que las expresamente expuestas por el interesado. Por contra se plantea cuando uno se ve enfrentado a esa sensación indefinible, que en tal declaración, perorata o narración, algo “falla”, que hay gato encerrado, que algo se ha “colado”, en alguna parte, aunque se supone que no se ha dicho (¡quién se lo iba a imaginar!). A veces es la percepción, elemental y desconcertante, de una incoherencia, de un absurdo, tan enorme a veces y al mismo tiempo insignificante en apariencia, que parece desafiar toda formulación, hasta el punto que parece ser debilidad mental o delirio. Esas situaciones están cargadas a menudo de angustia – y con un repentino aflujo de angustia, jamás reconocida como tal sino embrollada y escamoteada enseguida bajo un estallido de cólera violenta, loca, es como invariablemente reaccionaba a tales situaciones, en que el absurdo irrumpe de repente en mi vida: un absurdo inadmisibile, incomprensible, cargado de amenazas, ¡sacudiendo cada vez los fundamentos de mi serena visión del mundo y de mí mismo! Al menos así fue hasta el momento en que descubrí “la meditación”, cuando una curiosidad intrépida y atrevida desactivó y tomó el relevo de esos estallidos de cólera y de angustia...

La curiosidad, es decir el deseo de conocer, es la que me hace encontrar espontáneamente, bajo la presión de las necesidades, ese “arte” de descifrar un texto-testimonio embrollado – o hablando con más modestia, un método adecuado a las limitadas dotes y a la torpeza que tengo. Ya podía ser curioso, en una primera lectura (e incluso en una segunda) de esas cartas cargadas de sentido, todo lo esencial me pasaba por encima de la cabeza – “sólo veía el fuego”. A veces, comentando algunas impresiones confusas, sobre tal o cual pasaje particularmente oscuro y desconcertante, con la punta de la pluma lograba penetrar más en el sentido de un texto que parecía hermético. Al hacerlo, a veces tuve que copiar, con el fin de citarlos, pasajes más o menos largos, que se distinguían por su oscuridad, o porque a primera vista daban la impresión de ser “importantes”, por una razón u otra. A lo largo de los días y semanas, me di cuenta de que el mero hecho de *copiar* in extenso cierto pasaje del texto que escrutaba, modificaba de manera sorprendente mi relación con ese pasaje, en el sentido de una apertura a una comprensión de su verdadero sentido.

Eso era algo totalmente inesperado, pues la motivación inicial (al menos a nivel consciente) era cuestión de pura comodidad. Incluso recuerdo que durante mucho tiempo, tenía cierta impaciencia contenida, al consagrar un tiempo precioso a hacer ni más ni menos las funciones de copista, tascaba el freno por terminar y escribía tan de prisa como podía... Pero no hay comparación entre la rapidez del ojo al leer líneas escritas, y la de la mano que las transcribe palabra por palabra. Ya se puede escribir de prisa, el “factor tiempo” en absoluto es el mismo. Y supongo que ese “factor tiempo” no actúa de manera puramente mecánica, cuantitativa – o mejor dicho, que no es más que un aspecto de una realidad más delicada y más rica. Tampoco hay comparación en efecto, al menos en mi caso, entre la acción del ojo que recorre las líneas que otro ha pensado y escrito, y el acto de la mano que letra tras letra, palabra tras palabra reescribe esas mismas líneas. Seguramente, hay una profunda simbiosis entre la mano, y el espíritu o el pensamiento; y al ritmo que escribe la mano, y sin ningún propósito deliberado, el espíritu no puede dejar de reformular, de repensar esas mismas palabras, que se juntan en frases cargadas de significado, y éstas en discursos. A poco que un deseo de conocer anime a esa mano que reproduce cartas, palabras y frases, y anime a ese espíritu que, al unísono, las “reproduce” él también, a otro nivel, – seguramente esa doble acción crea un contacto mucho más íntimo entre mi persona y ese mensaje del que me hago escriba-redactor, que el acto, sobre todo pasivo y sin soporte ni traza tangible, del ojo que se contenta con leer.

Esta titubeante intuición va en el sentido de una antigua constatación – que en mí el ritmo del pensamiento que trabaja (se trate del trabajo matemático o de cualquier otro, incluyendo el trabajo que



llamo “meditación”) es a menudo (si no siempre) el de la mano que escribe, y no el del ojo que lee<sup>12</sup>. Y la *traza escrita* que deja mi mano (o a veces, la máquina de escribir que manejan mis manos...), al ritmo del pensamiento que progresa sin prisas y sin pausas, es el soporte material indispensable de ese pensamiento – a la vez su “voz”, y su “memoria”. Además supongo que más o menos así ha de ser (quizás en menor grado) en la mayoría si no en todos los “trabajadores intelectuales”.

(103) (27 de septiembre) De todas formas, el hecho está ahí: igual que no sabría “entrar” en una teoría matemática más que al escribirla, no empiezo a entrar en un texto-mensaje, en “el entre líneas” de un mensaje, más que al *reescribirlo*. Mi primer trabajo de meditación “sobre textos” se transformó, en una aparente platitude comenzó a abrirse un abismo vivo, y el absurdo a encontrar sentido, *a partir del momento* en que comencé a reescribir in extenso el mensaje, o (cuando éste es de dimensiones prohibitivas) los pasajes que un olfato me hacía sentir como cruciales.

Se me dirá que a falta de criterios “objetivos” fiables para garantizar la validez de una “interpretación”, presentada como resultado o final de un (¿supuesto?) “trabajo”, digamos sobre un texto, se puede hacer decir todo lo que se quiera a no importa qué texto o discurso, inventarse el “mensaje” que nos plazca darle. Nada más verdadero ciertamente – y seguramente ¡abundan los ejemplos! Además dudo (salvo quizás en una limitada disciplina como la historia – y aún ahí...) que sea posible extraer tales criterios. De todas formas no serviría de mucho: ni impedir a nadie inventarse a gogó interpretaciones fantasiosas, ni permitir a nadie sondear y descubrir el verdadero sentido de un mensaje, de una situación, de un suceso. Reglas y criterios son ingredientes de un *método*, que tiene su utilidad y su importancia (a menudo sobreestimada, en detrimento de otros factores y fuerzas de muy distinta naturaleza), como herramienta de descubrimiento y de consolidación en el desarrollo del conocimiento científico o técnico, en el de cualquier saber-hacer: conducir o reparar un coche, etc. Por contra, al nivel del conocimiento y el descubrimiento de uno mismo y de los demás, el papel del método se vuelve totalmente accesorio: es “la intendencia” va detrás, cuando lo esencial ya está ahí. E inspirarse o partir de un método, incluso aferrarse a él erre que erre, no favorece en nada la aparición de esa cosa más esencial – ¡muy al contrario!

Por decirlo de otro modo: el que parta para encontrar cierta cosa decidida de antemano (que calificará de “verdadera”, o de “verdad”) no le costará nada encontrarla, e incluso en demostrarla a su entera satisfacción – y seguramente encontrará de paso tal o cual otra, si no una infinidad, muy contenta de aliarse con él y de compartir convicciones y satisfacción. Es como el cazador de mariposas, que parte con una hermosa mariposa en su alfiler (acaso disecada), y que la saca muy contento (y a su entera satisfacción) al volver de su “caza”.

Y también está el que se encuentra ante lo desconocido, como un niño desnudo ante el mar. Cuando el niño quiere conocerlo, entra en él y lo conoce – esté templado o frío, en calma o agitado. El que es atraído por algo desconocido, y parte para conocerlo, seguramente lo conocerá mucho o poco. Con o sin alfiler, encontrará lo verdadero, o en todo caso *de lo verdadero*. Sus errores igual que sus hallazgos son otras tantas etapas de su camino, o mejor dicho, de *sus amores* con lo que desea conocer.

Bien sé de lo que hablo, pues en mi vida muchas veces he sido a ratos ese cazador de mariposas, y a ratos ese niño desnudo. No es difícil distinguir uno del otro. Dudo que los “criterios objetivos” sean aquí de gran ayuda, ¡es mucho más simple que eso! Sólo hay que usar los ojos...

Y tampoco hay ninguna dificultad en distinguir las sucesivas etapas, los sucesivos estados de decantación, en ese camino del que acabo de hablar, a partir de esa etapa “muerta” en que nada que aflore en la conciencia hace aún sospechar “algo”, más allá de cierta superficie plana y amorfa que nos presentan unos ojos somnolientos, y que a través de sucesivos “despertares” nos conduce hacia comprensión más y

---

<sup>12</sup>Esta circunstancia, que parece tener en mí un papel mayor que en la mayoría de mis colegas matemáticos, en tiempos me hizo difícil insertarme en las sesiones de trabajo colectivo del grupo Bourbaki, al verme incapaz de seguir las lecturas al ritmo que se hacían. Además jamás me ha gustado *leer* textos matemáticos, incluso los más hermosos. Mi forma espontánea de entender mates siempre ha sido *hacerlas*, o *rehacerlas* (con ayuda si es necesario, aquí o allá, de ideas e indicaciones de colegas o, a falta de algo mejor, de libros...).

más delicada, más íntima, más completa de ese “algo”. Se trate del camino en el descubrimiento de cosas matemáticas, o de uno mismo y los demás, no es de naturaleza esencialmente diferente. El sentimiento de una *progresión* en un *conocimiento*, que poco a poco profundiza (aunque sea a través de una acumulación de errores, pacientemente, incansablemente corregidos) – ese sentimiento es tan irrecusable en ese último caso como en el otro.

Esa *seguridad* – es una cara de una disposición interior, cuya otra cara es una *apertura a la duda*: una actitud de curiosidad que excluye todo temor, hacia los propios errores, y que permite descubrirlos y corregirlos constantemente. La condición esencial de ese doble fundamento, de esa *fe* indispensable para acoger la duda igual que para descubrir, es la ausencia de todo miedo (sea patente u oculto) sobre lo que “saldrá” de la investigación emprendida – de todo miedo, especialmente, a que la realidad que nos disponemos a descubrir tumbe nuestras certezas o convicciones, que defraude nuestras esperanzas. Tal miedo actúa como una profunda parálisis de nuestras facultades creativas, de nuestro poder de renovación. Podemos descubrir y renovarnos con pena y con dolor, pero no con miedo ante lo que se dispone a ser conocido, lo que se dispone a nacer. (Igual que un hombre no puede conocer a una mujer y hacerla concebir, cuando tiene miedo de ella, o del acto que le lleva dentro de ella.) Tal miedo es sin duda relativamente raro en el contexto de una investigación científica, o de cualquier otra investigación cuyo tema no implique de manera un poco profunda a nuestra propia persona. Por el contrario es la gran piedra de toque cuando se trata del descubrimiento de uno mismo o de otro.

Sin embargo, el sentimiento que acompaña a un descubrimiento, grande o pequeño, es tan irrecusable en el caso del descubrimiento de sí mismo o de otro, como en el contexto de una investigación impersonal, por ejemplo matemática. Ya he tenido ocasión de aludir a ese sentimiento. Es el reflejo, a nivel de las emociones, de la percepción de algo que acaba de pasar – la aparición de algo *nuevo* – y ese “algo” aparece como igual de tangible, igual de irrecusable (¡perdón por las repeticiones!) que la aparición de un enunciado matemático digamos, o de una noción o una demostración, que ni nos habíamos imaginado antes. Además me parece difícil distinguir o separar ese sentimiento que acompaña a un descubrimiento particular, del sentimiento de progresión del que hablé hace un momento, y que acompaña a toda investigación. Los descubrimientos “grandes y pequeños” son como los sucesivos *peldaños* que materializan una progresión, como los sucesivos *umbrales* que hemos de franquear. La progresión no es otra cosa que esa sucesión de franqueamientos de esos umbrales, de subida de cada uno de esos peldaños al siguiente.

El “sentimiento” o mejor, la percepción que refleja, que restituye ese proceso, es un “criterio” seguro, indubitable – no recuerdo que me haya inducido jamás a error, sea en mates o en meditación: que haya tenido que constatar, con el tiempo, que ese sentimiento era ilusorio. A menudo permite, sin resto de duda, distinguir lo verdadero de lo falso, o discernir lo verdadero que hay en lo falso, y lo falso que hay en lo que se supone verdadero. Pero sobre todo es una *guía* irremplazable en toda verdadera investigación – una guía presta a informarnos en cada momento (a poco que nos tomemos la molestia de consultarla) de si vamos por una ruta equivocada, o estamos en buen camino.

Las disposiciones de escucha hacia esa guía segura no son otra cosa, me parece, que lo que en otro lugar de la reflexión<sup>13</sup> he llamado “rigor”. Ese rigor no es de esencia diferente, me parece, si se trata de la exigencia en una investigación matemática, o en el conocimiento de sí mismo, y sin él no puede haber tal conocimiento. Pero ni hay que decir que eso no significa que la presencia de ese rigor, al nivel de cierto trabajo intelectual, sea garantía o señal de su presencia en el conocimiento de uno mismo o de otro. De hecho, lo cierto es lo contrario, y lo he podido constatar en innumerables ocasiones, comenzando por mí mismo. En ese tema, el “rigor” del que aquí hablo apareció en mi vida al mismo tiempo que la meditación. O mejor dicho, verdaderamente no sabría distinguir entre uno y otro. En mi vida los momentos de meditación no son otros que aquellos en que examino a mi persona (casi siempre a través

---

<sup>13</sup>En la sección “Rigor y rigor”, nº 26, en que hablo del “rigor” como una “delicada atención a la *calidad de la comprensión* presente en cada momento” en una investigación.

de mi relación con otro) con tales disposiciones de exigencia extrema conmigo mismo.

(104) (12 de mayo)<sup>14</sup> Es notable, en la breve “reseña” sobre mi obra que hay en ese mismo folleto<sup>15</sup>, ¡la palabra “cohomología” u “homología” no se pronuncia! Tampoco la palabra “esquema”. Ciertamente se habla (como exigían las circunstancias, cuando figuraba como “primera medalla Fields del IHES”) “del aspecto titanesco” de mi obra, número de volúmenes publicados, problemas esenciales planteados, con la mayor generalidad natural (extraño francés es éste), cuidadosa terminología, alusión a los “grupos de Grothendieck” (¡me juego que una de esas mayores generalidades naturales!), e incluso a los topos y su utilidad en lógica (¡y sobre todo no en otra parte!)... Pero ninguna alusión a un *resultado*, o a una *teoría* que yo hubiera desarrollado y que tal vez hubiera podido servir – hay que pensar que esos veinte volúmenes titanescos estaban rigurosamente vacíos, o todo lo más recopilaciones de problemas (jamás resueltos) y de nociones, con la mayor generalidad natural se sobrentiende: el grupo de Grothendieck está adjudicado (pues lleva mi nombre), presentado como “ancestro” de la teoría  $K$  algebraica (!) (y que no tiene nada que ver por supuesto, con la teoría  $K$  topológica, de la que no se dice ni una palabra)<sup>16</sup>; en cuanto al teorema de Riemann-Roch, deben ser los descendientes del “ancestro” los que se han ocupado de él – ¡los que hacen los teoremas de verdad, las cosas serias!

En una época en que la moda es despreciar las generalidades (tomadas a rechifla con ese giro vagamente ridículo “mayor generalidad natural”...), la pluma anónima que se ha encargado de mi elogio fúnebre me ha regalado con sobreabundancia lo que hoy es librado al desdén<sup>17</sup>. Igualmente aprecio en lo que vale (quizás sea el primero...) todo el humor de esa misma pluma anónima en este pasaje del elogio fúnebre:

“Creó en el IHES una escuela de geometría algebraica, alrededor del seminario que dirigía y *alimentada por la generosidad con que comunicaba sus ideas*” (soy yo el que subraya). Desgraciadamente, igual que mi “obra titanésca”, esa “escuela de geometría algebraica” que tan bien he alimentado está rigurosamente vacía – ni un sólo nombre se pronuncia, y nadie ha venido a quejarse de que le hayan olvidado, en todo caso no a mí.

Sin embargo me parece recordar haber visto al joven Deligne asistir fielmente a ese seminario (presuntamente vacío) entre 1965 (debía tener entonces diecinueve años) y 1969, y aprender en ese seminario y en nuestros cara a cara tanto la técnica de los esquemas, como las técnicas cohomológicas y la

<sup>14</sup>(18 de mayo) La nota que sigue ha “surgido de una nota a pie de página (en la nota n° 47) que adquirió dimensiones prohibitivas”. La he insertado aquí, pensando que esta vez este orden es más natural que el orden cronológico.

Desde el mismo momento de escribir esta nota, he sentido la necesidad de desarrollarla todavía un poco más – eso se hará en una nota que seguirá a ésta, y que aún no está escrita en el momento de escribir estas líneas. El conjunto de estas dos notas ha tomado el nombre que se imponía: ¡“El Elogio Fúnebre”!

<sup>15</sup>(18 de mayo) Se trata del folleto editado en 1983 por el IHES (Institut des Hautes Études Scientifiques) con ocasión de la celebración del jubileo de sus veinticinco años de existencia. Se le cita ya en una nota a pie de página en la nota “El desgarrador saludable” (n° 42), y de nuevo al principio de la nota “Rechazo de una herencia – o el precio de una contradicción” (n° 47), a la que la presente nota (El Elogio Fúnebre (1)) se refiere (ver la anterior nota a pie de página).

<sup>16</sup>Mis trabajos sobre el teorema de Riemann-Roch son el primer arranque con fuerza de la teoría  $K$  algebraica, y no un “ancestro”. La teoría  $K$  topológica nació el mismo año (1957) en que demostré el teorema de Riemann-Roch-Grothendieck, después de mi exposé en el seminario Hirzebruch. El “ancestro” de ese “descendiente” silenciado ¡aún no tenía un año! La teoría  $K$  algebraica (con la introducción por Bass del funtor  $K^1$  además del funtor  $K^0$  que yo había introducido) se desarrolló en los años siguientes, bajo la doble influencia del “ancestro” y del primer “descendiente” de éste.

Además tenía, desde la segunda mitad de los años sesenta, un modo de abordar una descripción de los  $K^i$  superiores (para una categoría “monomial”, p. ej. aditiva), en la línea de la tesis de Mme. Sinh. Éste era heurístico, al basarse en la intuición de la  $\infty$ -categoría de Picard envolvente, cuando todavía en ese momento (ni después) nadie se había tomado tiempo para desarrollar la noción de  $\infty$ -categoría (no estricta), i.e. la noción que ahora llamo con el nombre de  $\infty$ -campo (sobre el topos puntual). Con el esbozo de los fundamentos para un formalismo cohomológico-homotópico de los campos que me dispongo a desarrollar en La Poursuite des Champs (siguiendo directamente las ideas que desarrollé entre 1955 y 1965), ese enfoque “geométrico” de una teoría de los invariantes  $K$  superiores estará al fin disponible.

<sup>17</sup>(18 de mayo) ¡Y me quedo corto! Para una cita completa de mi Elogio Fúnebre, ver la nota “El Elogio Fúnebre (2)”.

cohomología étal – es decir, justamente las herramientas utilizadas en cada página de su obra (al menos en las que he visto). En la “reseña” consagrada a Deligne en el mismo folleto, ninguna alusión tampoco que pudiera hacer sospechar al lector que podría haber aprendido algo de mí. Sin embargo, cosa notable, mi es pronunciado tres veces en ese elogio (nada fúnebre esta vez) de Deligne (“tercera medalla Fields del IHES”). E incluso se alude en una perífrasis, con la vaguedad de rigor que ha de rodear cada aparición de mi modesta persona, al hecho de que yo habría “construido la teoría de cohomología en geometría sobre un cuerpo arbitrario” – y seguramente también “con la mayor generalidad natural”, la grothendieckería salta a la vista<sup>18</sup>. Merece la pena dar la cita completa del texto, una pequeña obra maestra en su género:

“A parir de ahí [la teoría de Hodge clásica] y de analogías  $l$ -ádicas sugeridas por Grothendieck [uno se pregunta dónde encontró tiempo Gr. para aprender cosas tan serias, mientras redactaba sus veinte volúmenes de las mayores generalidades naturales], él [Deligne] desentrañó la noción de estructura de Hodge mixta y la definió en la cohomología de toda variedad algebraica compleja. En cohomología  $l$ -ádica, por tanto [?] para variedades sobre un cuerpo finito, demostró las conjeturas de Weil, de dificultad proverbial. Este resultado es tanto más sorprendente [!!] cuanto que Grothendieck, después de haber construido la teoría cohomológica en la geometría sobre un cuerpo arbitrario [uno se pregunta qué buscaría ahí], había reducido la conjetura restante [???] a una serie de conjeturas que son hoy tan inabordables como entonces.”

Dicho en claro, lejos de haber contribuido en algo a demostrar ese sorprendente resultado de dificultad proverbial, esas grothendieckerías (de nombres que harían salir corriendo al generalista-naturalista más curtido) sólo han servido para abrumarnos con *conjeturas* (¡no hace otra cosa!) y además inabordables (quién lo hubiera dudado), tanto hoy como cuando tuvo la descabellada idea de hacerlas.

Sin embargo, creo recordar haberlas abordado, esas inabordables conjeturas, pero sin duda fue porque estaba mal informado. Fue hacia el momento en que me fui, perdón quería decir morí, y la posteridad mejor informada que yo se ha guardado mucho de meter las narices en esas cosas, en vista de que Deligne era tajante: ¡es inabordable!

Reconozco bien el estilo: se hace lo que se debe, se ha citado abundantemente a Grothendieck (ni él ni nadie puede pretender que se le entierre en este día solemne), e incluso se ha hecho una alusión-pouce a unas “analogías  $l$ -ádicas” que habrían jugado un papel en el arranque de la teoría de Hodge mixta. Debe ser la segunda vez después de la famosa media línea lapidaria de trece años antes<sup>19</sup>; ambas alusiones se parecen extrañamente a las “consideraciones de pesos” de cierto artículo de 1968<sup>20</sup>: ¡estamos “pouce”, y a la vez llevamos al lector a nuestro antojo! Aquí, aprovechando una ocasión solemne, la referencia-pouce hace algo más que marear la perdiz – la impresión que pretende sugerir ese texto sobre ese famoso Grothendieck es justamente la que lleva ese “viento” de moda que he sentido desde hace algunos años – la que hoy mismo he tenido ocasión de sentir<sup>21</sup>, ya no con el tono del elogio funerario y de las grandes ocasiones ante numerosa audiencia, sino en el de una masacre...

Sigo con la cita, que merece la pena:

“Ese teorema (exconjeturas de Weil) ha contribuido a hacer de la cohomología  $l$ -ádica una herramienta potente (inútil citar al brillante y modesto inventor de una herramienta tan potente), aplicable a cuestiones en apariencia alejadas de la geometría algebraica como, por ejemplo, la conjetura de Ra-

<sup>18</sup>(18 de mayo) En el Elogio Fúnebre, se habla de la “gran atención” que ponía en la terminología. En la utilización de expresiones ridículas como “la mayor generalidad natural” o “la teoría de cohomología en geometría sobre un cuerpo arbitrario”, claramente percibo la intención de burlarse de esa atención.

El cuidado extremo que concedo a los nombres dados se sigue de modo natural del respeto que le tengo a esas cosas, cuyo nombre se supone que expresa su esencia, o al menos algún aspecto esencial. Según los ecos que me llegan, más de una vez me ha extrañado el afectado desdén que hoy parece estar de moda frente a esa actitud de respeto, desdén que a veces se expresa con el uso de nombres abracadabrantas para nociones importantes. Sobre este tema véase la nota “La Perversidad” (nº 76).

<sup>19</sup>Esa “media línea lapidaria” se encuentra en la conferencia “Théorie de Hodge I” en el Congreso Internacional de Niza en 1970. Ver los comentarios en la nota nº 78<sub>2</sub>.

<sup>20</sup>Ver el inicio de la nota “Pesos en conserva y doce años de secreto” (nº 49), y un examen más detallado en la nota “La expulsión” (nº 63).

<sup>21</sup>Ver la nota del mismo día “La masacre”, nº 87.

manujan.

Más recientemente, ha estudiado los ciclos de Hodge sobre las variedades abelianas, dando un primer paso hacia una teoría “motívica” tal y como Grothendieck la había soñado. También demostró el mecanismo algebraico de la “cohomología de intersección”, teoría topológica de Mac Pherson y Goresky. Esto ha permitido trasponerla a la teoría  $l$ -ádica, donde se ha revelado asombrosamente útil.”

Así, una pluma anónima (que adivino que es la misma) ha terminado de reparar, un año después de la publicación del “memorable volumen”<sup>22</sup>, un pequeño “olvido” en dicho volumen. Alguien debió preguntar algo, y Deligne se dispone aquí a reparar el olvido a su manera (muy amable por su parte al citar a ese soñador de Grothendieck, ¡cuando por fin hay que hacer matemáticas serias!). Y siempre engañando al lector, visto que el “primer paso” ya se dio en 1968 con el arranque de la teoría de Hodge-Deligne, enraizada en el yoga de los motivos con el que se “alimentó” al contacto conmigo, a lo largo de los cuatro años anteriores. Ese yoga del que surgió su obra, y del que jamás supo separarse a la vez que renegaba de él, lo despachó en la perifrasis de la primera cita con el nombre de “analogías  $l$ -ádicas”. Un lector que no esté muy enterado y muy atento ciertamente no sospecharía una relación entre esas “analogías  $l$ -ádicas” que habrían jugado un papel de punto de partida (pero sobre todo nada más...) de la teoría de Hodge-Deligne<sup>23</sup>, y una “teoría motívica” que yo realmente había soñado (y un sueño endiabladamente preciso además) – si no es ésta relación: que otra vez es ese soñador de Grothendieck el que consigue (a fuerza de las mayores generalidades naturales) sugerir analogías a lo verdaderos matemáticos, que se encargan de hacer el verdadero trabajo.

En cuanto al famoso “mecanismo algebraico de la “cohomología de intersección””, estamos de lleno en el Coloquio Perverso<sup>24</sup> (sin embargo la palabra “perverso” no es pronunciada). Ciertamente se trata con mimo a una de las “cuatro medallas Fields del IHES”, vista la solemnidad de la ocasión – pero no hay que molestarse con el alumno póstumo de ese mismo Grothendieck. Mi propio entierro en esta excepcional ocasión bajo todos los focos, discurso del ministro y todo lo demás, no es el entierro por el silencio, sino por los *cumplidos*, hábilmente dosificados y administrados. Pero por supuesto, allí donde Mac Pherson y Goresky son nombrados, el silencio sobre el alumno póstumo Zoghman Mebkhout es de rigor, como lo fue dos años antes en el Coloquio Perverso, y como aún hoy lo es.

(105) (29 de septiembre) La nota “precedente”, “El Elogio Fúnebre (1) – o los cumplidos” (nº 104), es del 12 de mayo – hace más de cuatro meses. Comenzó con una nota a pie de página al “Rechazo de una herencia, o el precio de una contradicción” (nota nº 47, de finales de marzo), sólo para señalar de pasada un hecho “cómic” del que me acababa de dar cuenta. Pero al escribirla, me di cuenta al hilo de las líneas y las páginas de que esos dos breves textos de anodina apariencia que estaba comentando, sin haberlo previsto ni buscado, eran una verdadera “mina”<sup>25</sup>. Era el mismo día en que había cepillado el retablo de una masacre (nota nº 87), cuadro que había salido de las brumas poco a poco durante las pasadas semanas. De repente se materializó, tomó cuerpo por la mera virtud de una descripción enumerativa, y me interpelaba con fuerza. La masacre, y los “cumplidos”-Elogio-Fúnebre dirigidos al añorado difunto – eran como las dos partes complementarias de un mismo y llamativo retablo, ¡aparecidas ese mismo día!

¡Ciertamente tenía trabajo! Desde la mañana, “las manos hervían” por proseguir, especialmente

---

<sup>22</sup>Se trata del volumen Lecture Notes nº 900 publicado en 1982, del que se habla en las notas “Recuerdo de un sueño – o el nacimiento de los motivos” y sobre todo “El Entierro – o el Nuevo Padre” (nº 51, 52). Es el volumen donde se “exhuman” los motivos (después de un silencio de muerte de doce años sobre ellos), bajo una paternidad (implícita) de repuesto.

<sup>23</sup>Esa teoría de Hodge-Deligne continúa en estado infantil, a falta de desarrollar la noción de “complejo de Hodge-Deligne” sobre un esquema arbitrario de tipo finito sobre  $\mathbb{C}$ , y el formalismo de las seis operaciones para esos “coeficientes”. La necesidad de tal teoría era evidente tanto para Deligne como para mí, ya desde antes de sus primeros trabajos sobre las estructuras de Hodge mixtas, y se seguía de forma evidente del yoga de los motivos. Pero desde mi salida de la escena matemática se ha generado en Deligne un “bloqueo” contra las ideas clave que introduje en álgebra homológica (categorías derivadas, seis operaciones, sin contar los topes), lo que ha impedido el desarrollo natural de una teoría cuyo arranque fue espectacular.

<sup>24</sup>Sobre ese Coloquio, véase el Cortejo VII, “El Coloquio – o haces de Mebkhout y Perversidad”.

<sup>25</sup>Para algunos comentarios retrospectivos sobre este tema, véase el comienzo de la nota del 24 de septiembre “Superficie y profundidad” (nº 101).

por sondear esa pequeña joya sobre la que acababa de poner el dedo. Estaba claro que lo primero que había que hacer era citar in extenso los dos párrafos en cuestión del folleto jubilar – a la vez que sería también la mejor manera de tomar contacto con esos dos textos e impregnarme mejor de su *verdadero* mensaje, el mensaje “entre líneas”...<sup>26</sup>. Sin haber tenido tiempo aún de copiar los dos textos, el contacto de la víspera bastó para suscitar o despertar en mí varias asociaciones de ideas, que me parecían jugosas. Tenía prisa por seguir las, sin saber a dónde me llevarían...

Finalmente, no fue en esa dirección donde me pasé los siguientes días y semanas, pero prometiéndome, durante todo ese tiempo, que volvería sobre eso en los próximos días. Un “incidente-salud” imprevisto puso fin durante más de tres meses a todo trabajo de reflexión sobre Cosechas y Siembras, e incluso a cualquier clase de trabajo intelectual<sup>27</sup>. El “momento caliente” propicio para proseguir la reflexión en esa dirección, que se había abierto esos días, se pasó. No es seguro que vuelva, ni que tenga ganas de hacer el esfuerzo de “soplar” (¡las brasas!) para que vuelva a toda costa. De lo que ahora tengo ganas es de volver sobre la última nota, sacando una *balance* provisional de la reflexión llamada el Entierro – ¡y dar un *toque final!* En cuanto a la presente nota, al menos voy a dar la cita completa que me había prometido (¡y prometido al lector, además!); y tal vez también unas indicaciones someras sobre ciertas asociaciones de ideas que esos dos textos (y quizás también el hecho de escribirlos negro sobre blanco) han suscitado en mí.

Los dos textos en cuestión (pp. 13 y 15 respectivamente del folleto jubilar de 1983 titulado “Institut des Hautes Etudes Scientifiques”) son parte de la serie de “retratos en un minuto” de los “permanentes” y los “invitados de larga duración” que pasaron por el IHES desde su fundación en 1958, por orden cronológico de entrada. Son textos bastante breves, de media página cada uno, con las fechas de paso por el IHES y la función (profesor, o visitante de larga duración), las principales distinciones honoríficas, las principales áreas de interés y las contribuciones más importantes, con (en su caso) los nombres de ciertos colaboradores. Sin embargo en cuanto a mi modesta persona, hay un notable vacío sobre esos tres últimos aspectos “objetivos” de una obra y de una personalidad – áreas de interés, principales contribuciones, principales colaboradores o alumnos – vacío que se llena con “cumplidos” en estilo ditirámico, algunos ya citados en la nota anterior...

La serie en cuestión, que tengo el honor de encabezar, está formada por los siguientes matemáticos y físicos: A. Grothendieck, L. Michel, R. Thom, D. Ruelle, P. Deligne, N.H. Kuiper, D. Sullivan, P. Cartier, H. Epstein, J. Frölich, A. Connes, K. Gawedzki, M. Gromov, O. Lanford.

Creía recordar que Dieudonné había sido profesor en el IHES a la vez que yo, y en esa lista constato que no es así – se había limitado pues a llevar la dirección de las *Publications Mathématiques*. Sin embargo ahora me doy cuenta, en la página 3 del folleto, en el “Curriculum Vitae” del IHES, que no es así, que Dieudonné realmente fue como yo “profesor permanente” desde 1958 (y hasta 1964), al menos teóricamente. ¡Pequeña contradicción algo extraña! Copio aquí el comienzo del “Curriculum Vitae”, con las dos primeras “fechas”, 1958 y 1961:

1958 Creación de la asociación Institut des Hautes Etudes Scientifiques en Paris, por Léon Motchane, asistido por Consejeros científicos de renombre mundial y por un grupo de empresarios europeos.

La actividad científica comienza con dos matemáticos: Jean Dieudonné (→ 1964) y Alexandre Grothendieck (→ 1970) nombrados profesores permanentes. Aparece el número 1 de las “*Publications Mathématiques de l’IHES*”.

1961 Reconocimiento de utilidad pública.

.....

---

<sup>26</sup>Véase la nota “Sobre el arte de descifrar un mensaje – o elogio de la escritura” (nº 102), que sigue a la nota citada en la anterior nota a pie de página.

<sup>27</sup>Véanse las notas “El incidente – o el cuerpo y el espíritu” y “La trampa – o facilidad y agotamiento”, nºs 98, 99.

Señalo de pasada que ha parecido pertinente, en ese breve Curriculum Vitae, mencionar la aparición (algo simbólica) del número 1 de las Publications Mathématiques (consistente en un artículo de 24 páginas de G.E. Wall, autor que no tenía ningún lazo particular con la asociación que acababa de nacer), pero no los seminarios de geometría algebraica (bien conocidos bajo las familiares siglas SGA 1 y SGA 2) con los que comencé a asegurar la reputación científica de la Institución, durante unos años en que sólo existía “sobre el papel”. Además, hasta el volumen 24 de las Publications Mathématiques, el grueso de las publicaciones estaba formado por los sucesivos volúmenes (1 a 4) de los “Éléments de Géométrie Algébrique”<sup>28</sup>, los restantes volúmenes rondando las cincuenta páginas cada uno (de alto nivel científico por supuesto). Además en la página 19 (después de la serie de “retratos en un minuto” en que Dieudonné está ausente, Dios sabe por qué<sup>29</sup>), se lee, en un montaje muy “folleto publicitario” (con una llamativa foto de la impresionante pila de los volúmenes al completo de las prestigiosas Publicaciones):

#### Publicaciones Matemáticas

Fue Jean Dieudonné el que, solo

!

, llevó a partir de 1959 las Publications Mathématiques a la cumbre de la excelencia mundial.

Desde 1979 aparecen de forma regular con 400 páginas anuales, bajo la dirección de un comité de redacción cuyo redactor jefe es Jacques Tits.

La distribución está asegurada por... (etc)

Si las Publications Mathématiques se han resaltado de *esa manera*, en esa presentación jubilar de una prestigiosa institución cuya vocación principal jamás fue la de editar una revista, sin duda es para hacer olvidar un hecho que desagrada a algunos<sup>30</sup>: que dicha institución sin duda habría pasado sin pena ni gloria, y estaría olvidada desde hacía mucho, si durante tres o cuatro años críticos cierto quidam, persiguiendo obstinadamente en su rincón ciertas ideas suyas (que tuvieron la fortuna de enganchar a algunos, incluso en el “gran mundo”), no le hubiera aportado contra viento y marea<sup>31</sup> un aval y una credibilidad que los mejores estatutos del mundo, e incluso los mejores “consejeros científicos de renombre mundial” (sic), son incapaces de dar.

(30 de septiembre) El estilo “darse pisto” y “pomada a todo trapo” perdón, quería decir “public relations” de (muy) alto standing, de ese folleto jubilar (¡que voy a terminar por conocer muy bien!), no es ciertamente el de mi amigo Pierre, ni el de Nico – seguramente tienen otras cosas que hacer, uno y otro, que componer esa clase de texto la ocasión. Por contra, es evidente que los dos retratos-al-minuto que me ocupan, uno mío y el otro de Deligne, no se han escrito sin que éste último proporcione al menos las palabras-clave – aunque sólo sea porque es el único en el IHES que puede hacerlo; y para mí está igualmente claro que esos dos textos, al menos, no se han entregado a la imprenta sin que ese mismo

<sup>28</sup>De los que soy autor, en colaboración con J. Dieudonné.

<sup>29</sup>(30 de septiembre) Se me ocurre que la razón bien pudiera ser ésta: para no tener que decir que en esos años (1958-1964), el tiempo de Dieudonné se repartía esencialmente entre la redacción de los Éléments de Géométrie Algébrique (en los que desgraciadamente aparezco como autor principal) y las redacciones de Bourbaki – dejando aparte el piano y la cocina (Dieudonné era a la vez buen músico y buen cocinero), de los que ciertamente no se podía hablar en este folleto, demasiado selecto para que una sonrisa pudiera deslizarse de pasada...

<sup>30</sup>Que no moleste a mi amigo Nico (que entonces era el director desde hacía doce años de la institución que festejaba el jubileo), que seguramente (en esa ocasión como en muchas otras) ni se enteró...

<sup>31</sup>Contra viento y marea: sin dejarme impresionar durante esos cuatro años por las advertencias y los persistentes rumores de fracaso inminente de una “aventura” (según daban a entender amigos bien informados...) totalmente irrealista, ¡por no decir un poco patraña! El hecho es que el IHES no tenía entonces la menor ayuda financiera, su vida estaba siempre a merced de donaciones a corto plazo de algunos empresarios mejor o peor dispuestos. Entonces no me preocupaba, limitándome a confiar en el director-fundador Léon Motchane, que año tras año lograba “salvar la apuesta” con prodigios de prestidigitación financiera y de “public relations”. Después de todo, en esos tiempos clementes, si fracasaba, ¡yo tenía buenas oportunidades de encontrar rápidamente un lugar menos problemático! Por contra, si yo ganaba la apuesta que había hecho sobre el IHES (con el consejo de Dieudonné, que conocía a Motchane y en el que confiaba), mi plaza en el IHES me venía mejor que cualquier otra que conociera.



Deligne los haya leído antes y les haya dado luz verde. Así, me parece claro que los dos textos en cuestión reflejan en todo caso y en primer lugar las disposiciones e intenciones de mi amigo – la imagen que se esfuerza en dar de mi persona y de la suya, tanto a sí mismo como al público matemático. Es por esa razón por lo que me interesan esos dos párrafos. Ese interés no depende de si Deligne es o no el autor de esas líneas reveladoras, o si el autor es otro (sin duda el que ha “pensado” el folleto en su conjunto), que por una razón u otra se hubiera adherido a ese “mensaje” que mi amigo quería hacer pasar.

He aquí por fin los dos retratos-al-minuto, sacados de la galería de retratos (pp. 13-19) titulado “Actividad de los profesores permanentes y de los profesores invitados de larga duración”.

Alexandre GROTHENDIECK, matemático, profesor en el IHES de 1958 a 1970, medalla Fields.

Durante los 12 años que pasó en el instituto, A. Grothendieck renovó los fundamentos y los métodos de la geometría algebraica, y le abrió nuevas aplicaciones, especialmente aritméticas. Creó en el IHES una escuela de geometría algebraica, reunida alrededor del seminario que animaba y nutría con la generosidad con que comunicaba sus ideas. El aspecto titanesco de su obra se refleja en sus publicaciones, entre ellas el tratado “*Eléments de géométrie algébrique*”, en colaboración con Jean Dieudonné (8 fascículos) y los 12 volúmenes de los “*séminaires de géométrie algébrique du Bois-Marie*”, en colaboración con numerosos alumnos.

En geometría algebraica, ha desentrañado los problemas esenciales y ha dado a cada concepto la mayor generalidad natural. Las nociones introducidas se han revelado esenciales más allá de la geometría algebraica. A menudo parecen tan naturales que nos es difícil imaginar el esfuerzo que han costado. Si hoy se dan por descontado, eso lo ha facilitado sin duda la gran atención que prestaba a la terminología.

Recordemos también que los “grupos de Grothendieck”, ligados en geometría algebraica a la teoría de la intersección y utilizados en topología, son los ancestros de la teoría  $K$  algebraica. Los topos, introducidos en la geometría algebraica sobre un cuerpo base general para trasponer los resultados demostrados anteriormente sobre  $\mathbb{C}$  por vía topológica, se utilizan ahora en lógica.

Dejó el IHES en 1970, en un momento en que su pasión por las matemáticas se eclipsaba. ¿Hay que pensar que los problemas que se planteaba en la ruta que se había trazado se habían vuelto demasiado difíciles?

.....

Pierre DELIGNE, matemático, profesor en el IHES desde 1970, medalla Fields, medalla de oro Henri Poincaré, Asociado Extranjero de la Academia de Ciencias.

El eje director de sus trabajos es “comprender la cohomología de las variedades algebraicas”. Si la variedad algebraica compleja  $X$  es proyectiva y no singular, la teoría de las integrales armónicas induce en  $H^*(X)$  una estructura de Hodge. Partiendo de ahí y de analogías  $l$ -ádicas sugeridas por Grothendieck, ha desentrañado la noción de estructura de Hodge mixta y le ha dado una a la cohomología de toda variedad algebraica compleja. En cohomología  $l$ -ádica, por tanto para variedades sobre un cuerpo finito, ha demostrado las conjeturas de Weil, de una dificultad proverbial. Ese resultado parece tanto más sorprendente cuanto que Grothendieck, después de haber construido la teoría cohomológica sobre un cuerpo arbitrario, redujo la conjetura restante a una serie de conjeturas que hoy siguen siendo tan inabordables como entonces.

Este teorema ha contribuido a hacer de la cohomología  $l$ -ádica una potente herramienta, aplicable a cuestiones en apariencia alejadas de la geometría algebraica como, por ejemplo, la conjetura de Ramanujan.

Recientemente, ha estudiado los ciclos de Hodge sobre las variedades abelianas, dando un primer paso hacia una “teoría motívica”, tal y como Grothendieck la había soñado. También ha demostrado el mecanismo algebraico de la “cohomología de intersección”, teoría topológica de Mac Pherson y Goresky. Esto ha permitido llevarla a la teoría  $l$ -ádica, donde se ha revelado asombrosamente útil.

Actualmente se interesa en el análisis armónico no conmutativo (teoría de funciones sobre los grupos de Lie reales o  $p$ -ádicos – o grupos clásicos finitos – y ciertos espacios homogéneos), como prolongación de sus trabajos sobre las formas automorfas (conjetura de Ramanujan) y, con G. Lusztig, sobre las representaciones de grupos finitos.

Posee una gran rapidez de asimilación y de penetración en todas las matemáticas y, en consecuencia, tiene reacciones iluminadoras y constructivas para cada cuestión que se le plantea.

Hay que completar estos dos textos con un tercero, en que Deligne y yo figuramos a la vez. Lo he encontrado en una hojita suelta metida en el folleto, con el mismo título “Orientación de las investigaciones en el IHES” que el capítulo donde se inserta la “galería de retratos”, con el subtítulo: “Nota somera sobre las “perspectivas de las actividades científicas””. Esencialmente es una “síntesis” draconiana de la galería de retratos, reducida esta vez a los “profesores permanentes” (presentes o pasados)<sup>32</sup>, con dos o tres líneas consagradas a cada uno. Son (en el orden en que se citan) yo mismo, Deligne, Michel, Thom, Ruelle, Sullivan, Connes, Lanford!!!, Gromov. Es el orden de la galería de retratos, salvo que esta vez Deligne ha “remontado”, con el beneficio de ser citado a la vez conmigo. Detalle divertido, en este texto los nombres propios de las eminencias a las que se pasa revista aparecen todos subrayados, ¡a excepción de mi modesta persona<sup>33</sup>! He aquí el pasaje que se refiere a mi amigo y a mí:

Las teorías de profundidad legendaria de Alexandre Grothendieck y los brillantes descubrimientos de Pierre Deligne (ambos Medalla Fields) han ligado la topología, la geometría algebraica y la teoría de números con métodos “interdisciplinarios” (la cohomología). Recientemente esto ha permitido a G. Faltings de Alemania Federal (que ya trabajó en el IHES) demostrar un arduo teorema que hace época en teoría de números y esclarece el famoso “teorema de Fermat”.

Señalo de pasada que las “medallas Fields” han tenido derecho, en esta mini-galería, a una M mayúscula – y que “la interdisciplinarietà” ha sido desde los comienzos del IHES el tema predilecto de su director-fundador. Quizás gracias a esa circunstancia en ese digesto, finalmente se da a entender que mi persona pudiera tener algo que ver con cierto “medio interdisciplinar” llamado “cohomología” (que también es “el eje director” de los trabajos de Deligne, no se sabe por qué casualidad).

¡Pero vamos a agarrar ese texto por la nariz! La referencia a Faltings que, de la noche a la mañana, había pasado al primer plano de la actualidad científica con su sensacional resultado (calificado aquí de “arduo”, como si se tratase de eso – pero poco importa para mi propósito...) – también es parte de la “nariz” del texto: la “firma” del escriba en suma, y no merece la pena que me detenga. Claramente es la primera frase sobre Deligne y yo la que contiene el “mensaje” esencial del pasaje.

Me dice mucho sobre ciertas disposiciones en mi amigo y ex-alumno – y ante todo sobre una profunda “Unsicherheit” (inseguridad, falta de seguridad, de profundos cimientos interiores)<sup>34</sup>. Aquí, no más que en cualquier otro texto publicado con su firma<sup>35</sup>, o en los dos retratos-al-minuto anteriores, nada

<sup>32</sup>(1 de octubre) Para hacer “más peso”, también se ha incluido a Connes (aunque sólo sea “visitante”), eso le da una “Medalla Fields” más al coleccionista. En revancha, mi amigo Nico Kuiper ha sido dado de lado. Él no es el que hubiera puesto trabas en ser borrado para esta ocasión...

<sup>33</sup>(1 de octubre) El efecto tipográfico que se consigue con este brillante procedimiento (cuya intención no puede ser consciente), es que ese pasaje que va ser citado aparece como consagrado a Pierre Deligne (cuyo nombre aparece tipográficamente como cabeza de la línea de los “permanentes”, con exclusión del mío), y que en él parezco como un *colaborador*, ¡ajeno a la institución! Ciertamente el orden cronológico se respeta, nada que decir por supuesto – y sin embargo el efecto producido (y seguramente buscado) es el de una *inversión* de papeles, que suscita en mí asociaciones familiares (evocadas en notas como “La inversión”, “La expulsión”, “Pouce”, n<sup>os</sup> 68’, 63, 77). De golpe me vuelvo a encontrar cierto *estilo* de apropiación – el estilo “Pouce!” – que me señala claramente al *verdadero* autor del mensaje.

<sup>34</sup>La palabra alemana “Unsicherheit” que se me ha venido aquí no tiene equivalente en francés ni (creo) en inglés. Su traducción literal “inseguridad” no puede aplicarse para designar un rasgo psíquico. El término negativo “falta de seguridad” es otra aproximación de fortuna. Se entiende que aquí se trata de “seguridad” a un nivel profundo, cuya falta puede percibirse en ciertas ocasiones, mientras que superficialmente prevalece la impresión de una seguridad, de una perfecta facilidad; forman como un caparazón protector, de una inercia y una “solidez” a menudo considerables, a toda prueba...

<sup>35</sup>Al menos en los que he visto hasta el momento.

puede hacer suponer que mi amigo haya podido en algún momento aprender algo de mí. Pero he aquí que, en términos claros y precisos, se presenta como *otro padre* de una vasta visión unificadora “tomada” de otro<sup>36</sup>, como subyugado por la íntima convicción de su profunda incapacidad para concebir él mismo y dejar que florezcan en él *sus propias* visiones, tan vastas o aún más vastas; y como si, para ser y parecer “grande”, no le quedase desde entonces más que el ridículo recurso de *retomar a su cuenta* esa aureola con la que desde su juventud se complacía en rodear a un mayor prestigioso y hoy difunto (o al menos declarado como tal por un providencial consenso...). Apropiarse de una *aureola*, en vez de dejar germinar y florecer en él las cosas aún informes y sin nombre que le aguardan para nacer y ser nombradas – en vez de vivir *su propia fuerza* que reposa en él, y que también ella aguarda...

(11 de octubre) Me parece que esta noche he vuelto a tocar el corazón del conflicto – el mismo que en términos generales había evocado desde el principio de Cosechas y Siembras, hace ya ocho meses (en la sección “infalibilidad (de los demás) y desprecio (de sí mismo)”, n° 4), y que me encontré “en un caso extremo y particularmente llamativo”, al comienzo del Entierro (en la nota “el nudo”, n° 65, del 26 de abril). De nieve ha sido un encuentro imprevisto, al terminar una cita que he terminado por incluir en la estela de otras dos, ¡para tomar conciencia! Había reparado en el pasaje hace ya unos días, hojeando el famoso folleto, me había llamado la atención, pero sin detenerme en él. Pero ayer, una vez que lo escribí negro sobre blanco, me pareció más cargado de sentido, más llamativo, que los dos pasajes que acababa de copiar y que se suponía formaban el tema principal de la nota que estoy escribiendo. Sin embargo, no faltaban lugares que hicieran tilt en esos dos pasajes, suscitando asociaciones que no hubiera dejado, hace cuatro meses, de desarrollar en diez páginas si no en veinte. Pero de repente me ha parecido que lo que hubiera podido desarrollar en el fondo era lo *ya conocido* que vería confirmado, tal vez bajo un ángulo algo diferente, y sobre todo: que finalmente eran aspectos *accesorios*, la clase de aspectos en los que me había extendido suficientemente en la nota anterior “Los cumplidos” del mes de mayo (e incluso a través de toda mi reflexión sobre El Entierro). Por contra el tercer pasaje me llevaba a algo *esencial*, y que he tenido tendencia a perder de vista a lo largo de esta larga “pesquisa” que ha sido (entre otras) mi trabajo sobre El Entierro.

He tenido la tentación de quedarme ahí, sin intentar captar con palabras lo que esa frase lapidaria de cuatro líneas me decía, y que a cierto nivel estaba realmente “entendido”. Finalmente lo he conseguido. Las palabras han sido lentas y dudaban en aflorar, mientras la impresión, al principio difusa, se decantaba al hilo de la escritura. Una vez que estaba escrito negro sobre blanco, y eliminado lo que parecía inútil, he sabido que había captado lo que había “entendido” todo lo bien que soy capaz de hacerlo.

Comenzaba a ser prohibitivamente tarde, verdaderamente tenía que detenerme ahí. Me acosté contento, pero sin estar seguro de si lo incluiría, en un testimonio destinado a publicarse, lo que acababa de escribir. Después de todo, bien podía dejar al lector, si le interesaba ir más allá de la superficie de un mensaje, ¡sacar a la luz él mismo lo que *él* entendía! Sólo hoy he sabido que incluiré ese pasaje, que realmente expresa cierta percepción o comprensión que tengo (o creo tener) de algo que me parece importante, e incluso crucial como resorte profundo de ese Entierro.

(106) (2 de octubre) Quisiera proseguir al menos con una de las asociaciones de ideas suscitadas por el Elogio Fúnebre en tres hojas (que ayer terminé por dar la cita completa). Esa asociación se me impuso desde la mañana del 12 de mayo, cuando acababa de escribir la nota “El Elogio Fúnebre (1) – o los cumplidos” (n° 104). Afecta a cierto aspecto de las cosas que a menudo pasa desapercibido, y del que no he comenzado a darme verdadera cuenta hasta hace cinco o seis años.

<sup>36</sup>Es particularmente irónico el que, por añadidura, esa *visión*, tomada aquí de otro para “aureola” de sí mismo, haya sido entregada al desdén y contrariada sistemáticamente después del “deceso” del maestro, por el mismo que se presenta como heredero a la vez que se desmarca y repudia la herencia. Véanse las tres notas “El heredero”, “Los coherederos...”, “... y la motosierra” (n° 90, 91, 92); y para más ilustración, el cortejo X (El Furgón Fúnebre), formado por los cuatro “ataúdes” 1 al 4 y el Enterrador (notas n° 93 a 97).

En los textos examinados, entre líneas vemos afirmarse el culto a ciertos *valores*. Así, lo que se pone de relieve a propósito de las conjeturas de Weil, probadas por Deligne, es su “*dificultad*”<sup>37</sup> – no su *belleza*, su simplicidad, las vastas perspectivas que abrieron ya desde el momento en que fueron enunciadas por Weil. Pienso también en los frutos que dieron esas perspectivas entrevistas, mucho antes de que fueran demostradas, y otros frutos que caen, una vez franqueado el último paso en el largo viaje que ha llevado a su demostración. Es la belleza, la extraordinaria coherencia interna de esas conjeturas, y los insospechados lazos que hacen entrever, los que han hecho de ellas una fuente de inspiración tan potente y fecunda, para dos generaciones de geómetras y aritméticos. La parte más profunda de mi obra (tanto la “levada a término completamente”, como el “sueño de los motivos”) se inspira en ellas directamente (por medio de Serre, que supo captar y comunicar toda la fuerza de la visión que se expresa en esas conjeturas). Sin ellas, ni la cohomología  $l$ -ádica, ni el lenguaje de los topos habrían visto la luz del día. Mejor dicho, esa “vasta visión unificadora” de la geometría (algebraica), de la topología y de la aritmética que me he dedicado a desarrollar durante quince años de mi vida, fue en esas “conjeturas de Weil” donde encontré como un primer esbozo. Y a medida que la visión ganaba en amplitud y madurez, es esa misma visión y las cosas antes ocultas que me permitía aprehender una a una, la que me soplabá paso a paso qué hacer, por dónde “coger” lo que se presentaba al alcance de la mano. El último paso en la demostración de las conjeturas de Weil no ha sido ni más ni menos que *uno* de los pasos en un largo y fascinante viaje iniciado no sabría decir cuándo, seguramente mucho antes de mi nacimiento, ¡y que después de mi muerte aún no estará a punto de terminar!

Pero según el espíritu que se desprende del citado texto, pudiera pensarse que las “conjeturas de Weil” eran una cuestión de pesas y halteras: ¿éste es el peso que hay que levantar “de arrancada”! Doscientos kilos no es nada, la dificultad es proverbial, muchos lo han intentado y ninguno lo ha conseguido – ¡hasta el “día H” (como “Hércules”)! El resultado es sorprendente ( $106_1$ ), juzguen pues, dos quintales – nadie hubiera creído que se conseguiría jamás...

Es el mismo espíritu que se percibe en el lacónico comentario sobre el “arduo teorema” probado por Faltings: ahí también, en la designación de la nueva etapa en nuestro conocimiento de las cosas, es la *dificultad* la que se pone de relieve, para suscitar la admiración de las masas – no las perspectivas que se abren, a partir de la nueva cumbre conquistada<sup>38</sup>. Ni siquiera ha parecido útil mencionar el nombre “conjetura de Mordell” (desconocido, es verdad, para un público no matemático) – como si la aprehensión y la formulación de la conjetura (aquí por Mordell) fuera algo accesorio, por “fácil”. En lugar de eso, una perspectiva-camelo sobre el “teorema de Fermat” (que se supone “iluminado”). Es verdad que este último es universalmente conocido (incluso fuera de los medios matemáticos) como un peso de unos buenos trescientos kilos (que ha resistido tres siglos de esfuerzos).

El primer punto sobre el que quisiera volver, es que los valores que se exaltan en esos textos (ciertamente con la discreción que conviene a la circunstancia), son los que podemos llamar los *valores del músculo*, del “músculo cerebral” en este caso: el que nos permite superar, a puñetazos, los proverbiales records de “dificultad”.

Esos valores no son sólo los del héroe aquí exaltado, y los del autor de cierto folleto jubilar (autor que permanece anónimo y que creo reconocer). También son los valores que cada vez más (me parece) dominan en el mundo matemático, y más generalmente, en el mundo científico. Incluso más allá de ese

<sup>37</sup>(3 de octubre) ¡Dificultad calificada además de “proverbial”! Eso no tiene sentido, ¡si no es el de epatar a los que no están en el ajo! La “dificultad” de una conjetura no puede apreciarse verdaderamente hasta que ha sido demostrada – por contra es su fecundidad la que puede presentirse de entrada, y a menudo se manifiesta objetivamente, antes de ser demostrada, con los trabajos que inspira. Las “grandes” conjeturas no se distinguen de las demás por su “dificultad” (que es desconocida – suponiendo que el término tenga algún sentido...), sino por su *fecundidad*. Señalo de pasada que ése es un aspecto típicamente “yin”, femenino, de algo, mientras que la “dificultad” es un valor típicamente “yang”, “masculino”.

<sup>38</sup>Lo que más me llamó la atención, cuando tuve entre las manos el preprint de Faltings en que demuestra las tres conjeturas-clave, incluyendo la de Mordell (de la que aquí se trata), es al contrario la extraordinaria *simplicidad* del argumento, con el que demuestra en unas cuarenta páginas esos resultados, ¡que se suponía que estaban “fuera de alcance”! (Comparar con la nota nº 3).

mundo, relativamente restringido, se puede decir que también son, cada vez más, los valores de cierta “cultura”, llamada “occidental”<sup>39</sup>. En nuestros días y desde hace mucho, esa “cultura” y sus valores han conquistado la superficie de nuestro planeta aniquilando a todas las demás, prueba irrecusable de su superioridad. El símbolo planetario, la encarnación heroica de esos valores, es el cosmonauta en su traje espacial, pisando por vez primera algún planeta inimaginablemente lejano y desolado, ante millones de telespectadores sin aliento, arrellanados ante sus pantallas.

Esos valores, que a falta de examinarlos más de cerca me he limitado a designar con un término somero de valor simbólico, “el músculo”, no son de ayer. En la jerga de los etnólogos, también se podrían llamar “patriarcales”. Uno de los primeros textos escritos, me parece, en que su primacía se afirma con fuerza (¡una fuerza sin réplica!) es el Antiguo Testamento (y en particular, el libro de Moisés). Sin embargo, basta leer ese documento fascinante de una época antigua, para darse cuenta de que la primacía de los valores “patriarcales”, del hombre sobre la mujer, o la del “espíritu” sobre el “cuerpo” o sobre la “materia”, estaba muy lejos de llegar hasta la negación o el desprecio de los valores complementarios (que quizás entonces no fueran aún percibidos como “opuestos” o “antagonistas”)<sup>40</sup>. No sé si la historia de las vicisitudes de esos dos conjuntos de valores complementarios ha sido escrita – y debe ser algo fascinante recorrer esa historia, a través de siglos y milenios, desde los tiempos de Moisés hasta nuestros días. También es la historia, sin duda, de la progresiva degradación de cierto equilibrio de “valores”, “patriarcales” o “masculinos” de un lado, “matriarcales” o “femeninos” de otro – del “músculo” y de la “tripa”, del “espíritu” y de la “materia”; degradación que visiblemente se ha dado en la dirección de los valores “masculinos” (o “yang”, en la dialéctica oriental tradicional), en detrimento de los valores “femeninos” (o “yin”). Me parece que nuestra época se caracteriza por una exacerbación a ultranza de esa degradación cultural. Entre los últimos actos de esta historia están, íntimamente solidarios, la “carrera espacial” entre las dos superpotencias antagonistas (imbuidas de valores esencialmente idénticos), y la carrera de armamentos (especialmente nucleares). Como acto último y probable desenlace de esa loca evolución en la escalada de cierto tipo de “fuerza” o de “poder”, ya desde ahora se puede prever algún holocausto nuclear (u otro, hay el problema de elegir...) a escala planetaria. Quizás tenga el mérito de resolver todos los problemas de un solo golpe y de una vez por todas...

Sin embargo mi propósito aquí no es el de esbozar un atractivo cuadro del “fin del mundo” (no estoy aquí para eso), y aún menos el de partir a la guerra contra el “músculo”, o contra “el cerebro” (alias el “espíritu”). Bien sé que ¡incluso mis “tripas” no ganarían nada! Me atengo a mis músculos y a mi cerebro, que me son muy útiles quién lo duda, como me atengo a mis “tripas”, que no lo son menos. Pero me parece útil decir aquí en pocas palabras (si hacer se puede) cómo se ha jugado en mi propia persona ese profundo conflicto, dirigido por el ambiente cultural, entre esos dos tipos de valores. En términos más pegados al terreno, se trata también de la historia de mis actitudes (de aceptación e incluso exaltación, o de rechazo) de esos dos *aspectos* o *caras* igualmente reales y tangibles de mi persona, inseparables y complementarios por naturaleza, y nada antagonistas por sí mismos. Podría llamarlos “*el hombre*” y “*la mujer*” que hay en mí, o también (por darles nombres menos “cargados”, y que por eso tienen menos riesgo de inducir a error), el “*yang*” y el “*yin*”.

Parece ser que en la mayoría de las personas, la “cosa está decidida” desde la infancia, donde entran en juego los mecanismos esenciales que, durante toda la vida, van a dominar en silencio, con la eficacia de un autómatas perfectamente a punto, actitudes y comportamientos. En el corazón de esos

<sup>39</sup>Al referirme aquí a los “valores” de nuestra cultura tal y como aparecen hoy en día, me refiero por supuesto a los valores “oficiales” – los que son inculcados por la escuela, los medios, la familia, y que son objeto de un consenso general en los diversos medios profesionales. Eso no significa que esos valores sean aceptados por todos sin reservas, ni que constituyan la nota de fondo de las actitudes y comportamientos de todos. Además, es con cierta aflicción como la gente honesta, los medios y la literatura profesional competente (de la pluma de pedagogos, sociólogos, psiquiatras etc.) hablan particularmente de “cierta juventud”, que decididamente no “encaja” ¡y que deslucen cierto retablo!

<sup>40</sup>Así, el culto dedicado a la madre es una tradición fuertemente arraigada en la cultura judía, donde sin duda tiene un papel de compensación frente a los valores “oficiales” (si puede decirse) puestos en primera línea en los textos sagrados. Esa tradición se reencuentra, en forma modificada y más exaltada, en la tradición católica, con el culto a (¡la virgen!) María.

mecanismos están los de afirmación o rechazo de tales y cuales rasgos, o de tales impulsos profundos, de “signo” ya sea ‘yang o yin, o de tales y cuales “paquetes” de rasgos e impulsos de cierto signo, en incluso del paquete “yang” o del paquete “yin” al completo. Son mecanismos que, en gran medida, determinan los otros mecanismos de elección (afirmación o rechazo) que estructuran nuestro “yo”.

Por razones que siguen siendo misteriosas para mí, en mi propio caso la historia de las relaciones (tanto conscientes como inconscientes) entre el yo (“el patrón”), y “lo masculino” y “lo femenino” en mi persona (tanto el el “patrón” mismo como en le “obrero”, pues uno y otro son tributarios del doble aspecto yin-yang de todas las cosas) – esa historia ha sido más movida de lo habitual. En ella distingo tres periodos. El último retorna en cierto sentido al primero, que se extiende a los cinco primeros años de mi infancia. Ese tercer periodo, que puedo llamar el de la *madurez*, puede verse como una especie de “retorno” a esa infancia, o como un progresivo reencuentro con el “*estado infantil*”, con la armonía de los esponsales sin historias del “yin” y del “yang” en mi ser. Ese reencuentro comenzó en julio de 1976, a la edad de cuarenta y ocho años – el mismo año en que descubrí (tres meses más tarde) un poder en mí que hasta entonces había ignorado, el poder de la meditación<sup>41</sup>.

Los valores dominantes en cada uno de mis padres, tanto mi madre como mi padre, eran valores yang: voluntad, inteligencia (en el sentido de potencia intelectual), control de sí mismo, ascendiente sobre los demás, intransigencia, “Konsequenz” (que significa, en alemán, coherencia extrema en (o con) las opciones, especialmente ideológicas), “idealismo” tanto a nivel político como práctico... En mi madre, esa valorización tuvo desde su juventud una fuerza exacerbada, era el reverso de un verdadero odio que había desarrollado hacia “la mujer” en ella (y a partir de ahí, hacia lo femenino en general). Ese odio que había en ella terminó por tener una vehemencia y una fuerza tanto más destructiva cuanto que permaneció oculto durante toda su vida. (Yo mismo terminé por descubrirlo hace sólo cinco años, tres años después de que la meditación entrase en mi vida.) En tal contexto parental, es un misterio (y sin embargo un hecho que para mí no tiene duda) que haya podido desarrollarme plenamente durante los primeros cinco años de mi infancia – hasta el momento de la separación del medio parental y de la destrucción de mi familia original (formada por mis padres, mi hermana mayor, y yo), por voluntad de mi madre y a favor (si se puede decir) de los sucesos políticos del año 1933.

(106<sub>1</sub>) (3 de octubre) Ni yo, ni Deligne hemos tenido jamás la menor duda de que las conjeturas de Weil pudieran no ser válidas, y no recuerdo que nadie expresase tales dudas. Calificar el “resultado” (i.e. la demostración de esas conjeturas) como “sorprendente”, testimonia el propósito deliberado de epatar a la galería. Además en ningún momento después de la introducción de la “topología” y la cohomología étal he tenido el sentimiento de que esas conjeturas estuviesen fuera de alcance, sino más bien (a partir de 1963) que serían demostradas en los próximos años. En el momento de mi partida, en 1970, no tenía duda de que Deligne, que era el que estaba mejor situado para eso, no tardaría en demostrarlas (lo que no dejó de hacer), al mismo tiempo que las “conjeturas standard sobre los ciclos algebraicos”, más fuertes (que por el contrario se ha dedicado a desacreditar).

Además con razón hace Deligne reservas sobre la validez de estas últimas conjeturas, de las que no estoy más convencido que él. Pero el alcance de una conjetura no depende del hecho de si terminará por revelarse verdadera o falsa, no más que su carácter de supuesta “dificultad”, que la situaría “fuera de alcance” – carácter totalmente subjetivo. Depende únicamente de si la *cuestión* sobre la que pone el dedo la conjetura (y que no había sido percibida antes de que fuera planteada) – de si esa cuestión afecta a algo verdaderamente esencial para nuestro conocimiento de las cosas. Ahora bien, es evidente (¡al menos para mí!) que no se puede tener una buena comprensión de los ciclos algebraicos, ni de las propiedades llamadas “aritméticas” de la cohomología de las variedades algebraicas (o de la “geometría de los motivos”), mientras la cuestión de la validez de esas conjeturas no se resuelva. Hoy igual que en Congreso de Bombay en 1968, considero esa cuestión, junto con la resolución de singularidades, como

<sup>41</sup>Véanse las secciones “Deseo y meditación” y “El asombro”, n<sup>o</sup>s 36 y 37.

una de las dos cuestiones más fundamentales que se plantean en geometría algebraica. ¡Siento bien el alcance de una y otra! Esa fecundidad potencial no podrá dejar de manifestarse, desde el momento en que no nos limitemos más a rodear a trompicones una conjetura decretada “demasiado difícil”, y en que ¡alguien se tome al fin la molestia de remangarse y dedicarse a ellas!

(107) (4 de octubre) Ya he tenido ocasión de mencionar un aspecto importante de esos cinco primeros años de mi vida, el de un “privilegio” valioso<sup>42</sup>: una identificación profunda y sin problemas con mi padre, que jamás fue afectada por el miedo o la envidia. Me di cuenta de esa circunstancia, y de la misma existencia, y de su silenciosa fuerza, de esa identificación con mi padre, hace sólo cuatro años (durante la meditación sobre mi infancia y sobre mi vida que siguió a la de agosto del 79 a marzo del 80 sobre mis padres). Esa identificación era como el corazón apacible y poderoso de una identificación con la familia que formábamos, mis padres, mi hermana (cuatro años mayor) y yo. Tenía una admiración y un amor sin límites tanto a mi padre como a mi madre. Su persona era para mí la medida de todas las cosas.

Eso no significa que mi actitud hacia ellos fuera la de una aprobación automática, de una admiración beata. Sin duda no sabía que eran para mí la medida de todas las cosas, pero sabía muy bien que eran falibles como yo, y no tenía ningún miedo que me impidiera constatar un desacuerdo y manifestarlo claramente. En los conflictos que me rodeaban, no temía tomar partido a mi manera. Eso no afectaba en nada a cierta fe, a una seguridad que formaba el cimiento profundo, inquebrantable de mi ser – más bien eso se desprendía espontáneamente de esa fe, de esa seguridad.

A veces ocurría que mi padre, en unos accesos de cólera impotente cuando mi hermana (como si nada) se daba el gusto de provocarlo, la golpeaba con brutalidad – y siempre me sentía ofendido, con un impulso de solidaridad sin reservas con mi hermana. Creo que esos eran los únicos nubarrones en mi relación con mi padre (no los había con mi madre). No es que yo aprobase las faenas a veces dignas de castigo de mi hermana, aunque no creo que me molestasen verdaderamente – pero para mí no era *ella* la medida de todas las cosas. Sus faenas (cuya razón se me escapaba igual que a mi padre, que siempre “entraba al trapo”, o que a mi madre que no se preocupaba de intervenir ni antes ni después) – esas faenas en cierto sentido no tenían consecuencias para mí. Era mi hermana, ella era como era, eso es todo. Pero que *mi padre* se dejara llevar por una brutalidad tan ciega...

Los tres seres más cercanos, que constituían como la matriz de mis primeros años, estaban desgarrados por el conflicto, que enfrentaba a cada uno de ellos consigo mismo, y con los otros dos: conflicto insidioso, de rostro impasible entre mi madre y mi hermana, y conflicto con estallidos violentos entre mi padre y mi madre por un lado, y mi hermana por otro, y que cada uno por su propia cuenta (y sin que nadie en vida de mis padres aparentase percibirlo...) le daba cuerda a su manera. La cosa misteriosa, extraordinaria, es que rodeado por el conflicto en esos años tan sensibles, los más cruciales de la vida, éste permaneciese *exterior* a mí, que no haya “mordido” verdaderamente en mi ser durante esos años y se haya instalado en él.

La división en mi ser, que ha marcado mi vida igual que la de cualquier otro, no se instaló en mí durante esos años, sino en los dos o tres años siguientes, aproximadamente de los seis a los ocho años. En cierto momento (que he creído poder situar, salvo algún mes, durante mi octavo año) hubo cierto *basculamiento*, después de llevar dos años separado de mis padres (que ni se preocupaban de darme señales de vida) y de mi hermana. Ante todo fue una *ruptura con mi infancia*, “enterrada” a partir de ese momento por eficaces mecanismos de olvido (que han funcionado hasta hoy mismo). En cierto nivel profundo (sin embargo no el más profundo...) mis padres fueron declarados para mí como “extranjeros”, igual que mi infancia fue declarada “extranjera”. *Abdiqué* en cierto sentido: para ser aceptado en el mundo que entonces me rodeaba, decidí ser como “ellos”, como los adultos que imponen la ley – adquirir y desarrollar las armas que en él fuerzan el respeto, batirme con armas iguales en un mundo en que sólo

---

<sup>42</sup>Véase la nota “La masacre”, n° 87.

cierta clase de “fuerza” es aceptada y apreciada...

Además, esa fuerza era también la preferida de mis padres, que habían rodeado mis primeros años. Y ahí vuelvo sobre esa “cosa misteriosa” (de la que me he alejado, al seguir el hilo de otra asociación suscitada por esa cosa), la *ausencia de división en mí* durante esos primeros años de mi vida.

Quizás para mí el misterio no sea esa ausencia, sino más bien esto: que mis padres, mi padre igual que mi madre, cada uno me haya *aceptado en mi totalidad*, y totalmente: en lo que en mí es “viril” es “hombre”, y en lo que es “mujer”. O por decirlo de otro modo: que mis padres, desgarrados uno y otro por el conflicto, renegando cada uno de una parte esencial de su ser – incapaz cada uno de una apertura amorosa a sí mismo y al otro, como de una apertura amorosa a mi hermana... que a pesar de todo hayan encontrado tal apertura, una aceptación sin reservas, hacia mí, su hijo.

Por decirlo aún de otro modo: en esos primeros cinco años de mi vida en ningún momento conocí el sentimiento de *vergüenza de ser lo que soy*, sea en mi cuerpo y sus funciones, o en mis impulsos, mis inclinaciones, mis acciones. En ningún momento tuve que renegar de algo que hubiera en mí, para ser aceptado por mi entorno y poder vivir en paz con él.

Por supuesto a veces ocurría que hiciera cosas que no se “permitían”: como todos los niños a veces me ponía cargante, incluso insoportable cuando me lo proponía – y a veces estaba claro que tenía que rectificar el tiro. Yo no imponía la ley, ni tenía tentaciones de hacerlo, no teniendo que compensar alguna mutilación secreta. Y en el amor de mis padres hacia mi, no había lugar para la adulación, la complacencia en los caprichos – para una aprobación incondicional. Pero si por fuerza mi padre o mi madre me “mandaban a la porra” (igual que podía suceder a la inversa), jamás en esos años ni uno ni otro me han avergonzado, por un acto o un comportamiento que no les hubiera gustado.

Sobre el fondo de una identificación profunda con el padre, sin ambigüedad alguna, mi persona como niño me parece hoy impregnada a la vez de virilidad y de feminidad, fuertes una y otra.

Me parece que en cada ser y en cada cosa, en esos indisolubles y fluctuantes esponsales de las cualidades yin y yang en él que hacen de él lo que es, y cuyo delicado equilibrio es su belleza profunda, la armonía que vive en ese ser o en esa cosa – que en esa unión íntima del yin y del yang hay a menudo (quizás siempre) una nota de fondo, una “dominante”, sea yin o yang. Esa nota de fondo no siempre es fácil de percibir en una persona, a causa de los mecanismos de represión más o menos eficaces o completos, que falsean el juego, sustituyendo una armonía original por una imagen prestada. Así, mi “imagen de marca” durante cuarenta años fue una imagen casi exclusivamente viril – sin que jamás se viera puesta en causa ni desenmascarada como tal, por mí mismo ni (me parece) por los demás, hasta mia cuarenta y ocho años. Sin embargo tiendo a creer que la nota de fondo presente en el nacimiento permanece presente durante toda la vida, al menos en capas profundas que quizás nunca encuentren ocasión de manifestarse a la luz del día. En mi propio caso, es extraño, aún hoy no sabría decir cuál es esa nota dominante, la que ha impregnado pues mi primera infancia y que era ya era “mía” al nacer. Diversas señales me hacen suponer más de una vez que esa nota es “yin”, que son las cualidades “femeninas” las que dominan mi ser, cuando éste tiene ocasión de manifestarse espontáneamente, en los momentos en que está libre de los condicionamientos de toda clase que se han acumulado en mí desde la infancia. Por decirlo de otro modo: pudiera ser que en mi cuerpo y en mi espíritu la fuerza creativa, lo que a veces he llamado “el niño” o “el obrero” (por oposición al “patrón” que representa la estructura del yo, es decir lo que en mí está condicionado, la suma o el resultado del condicionamiento acumulado en mi persona) – que esa fuerza sea más “femenina” que “viril” (aunque por naturaleza y por necesidad es una y otro).

Éste no es lugar para pasar revista a esas “señales”. Lo importante *no* es si esa profunda nota dominante que hay en mí es “femenina”, o si es “viril”. Es que sepa en cada momento *ser yo mismo*, acogiendo sin reticencias tanto los rasgos y los impulsos por los que soy “mujer”, como por los que soy “hombre”, permitiéndoles expresarse libremente.

Cuando era niño, en esos primeros años, no era raro que personas extrañas me tomaran por una niña – sin que eso produjera en mí el menor malestar, el menor sentimiento de inseguridad. Creo que



era sobre todo mi voz la que tenía ese efecto, una voz muy clara, aguda – sin contar que llevaba el pelo largo (casi siempre desgreñado), tal vez simplemente porque mi madre (a la que no le faltaban otras preocupaciones) no se tomaba la molestia de cortármelo un poco. Por otra parte era fuerte como un turco y los juegos algo violentos o peligrosos no me desagradaban, lo que no impedía una inclinación al silencio, incluso a la soledad, e igualmente una inclinación a jugar a las muñecas<sup>43</sup>. No recuerdo que nadie se haya burlado de mí por eso, pero seguramente eso debió producirse aquí o allá. Si tales incidentes pasaron sin dejar rastro de herida o de humillación, seguramente fue porque no tuvieron ningún eco ni amplificación, con algún sentimiento de inseguridad en mí, mientras que la aceptación de cómo era, por aquellos que para mí verdaderamente contaban, estaba más allá de toda cuestión. La burla no hubiera podido alcanzarme, sólo podía volverse contra el que me debía parecer como muy tonto, por sorprenderse de la cosa más natural del mundo.

Además bien sabía que esa clase de estupidez un poco extraña no es algo raro, ¡que la mera vista de la desnudez puede ser causa de escándalo! Desde que tengo recuerdos, tuve ocasión de ver a mi madre, mi padre y mi hermana desnudos, y también ocasión de satisfacer mi legítima curiosidad sobre cómo estábamos hechos cada uno de ellos y yo mismo. Era bien evidente que no había ninguna causa de escándalo en la conformación de los hombres y mujeres, que me parecía decididamente bien tal y como estaba – y más particularmente (y no hacía de eso ningún misterio) la de las mujeres.

(108) (5 de octubre) En 1933, en mi sexto año, se sitúa el primer viraje crucial en mi vida, y fue a la vez un viraje crucial en la vida de mi madre y de mi padre, en la relación del uno al otro como con sus hijos. Es el episodio de la destrucción violenta y definitiva de la familia que formábamos los cuatro, destrucción de la que he sido el primero y el único, cuarenta y seis años más tarde, en constatar y seguir las peripecias, en la correspondencia entre mis padres y en uno o dos recuerdos exangües, enigmáticos y tenaces, pacientemente sondeados y descifrados – mucho tiempo después de la muerte de mi padre y de mi madre<sup>44</sup>.

No es mi propósito aquí extenderme sobre lo que aprendí y comprendí durante ese largo trabajo, sobre el alcance y el sentido de ese episodio. Hace tres días ya hice alusión a ese viraje<sup>45</sup>, que marca el final brutal del primero de tres grandes periodos, en la historia de los esposales del yin y del yang en mí. En diciembre de 1933, me veo arrojado a toda prisa en una familia extraña, que ni yo, ni mi madre que me llevaba desde Berlín, habíamos visto jamás. De hecho, esa gente desconocida con la que me llevaba eran simplemente los primeros que me aceptaban como “interno” por una pensión más que módica, y sin ninguna garantía de ninguna clase de que ésta se pagaría, mientras mi madre se disponía a reunirse a toda prisa con mi padre, que se cansaba de esperarla en París. Entre mis padres se daba por supuesto que todo iba a ser tanto por mi bien en Blankenese (cerca de Hamburgo), como por el de mi hermana que desde hacía unos meses había sido llevada a una institución en Berlín para niños minusválidos (donde habían tenido a bien aceptarla, aunque no era más minusválida que yo o que nuestros padres).

Como resultado de seis extraños meses, cargados de sorda amenaza y de angustia, me vi de la noche a la mañana en un mundo totalmente diferente del único mundo que había conocido en mi vida, el formado por mis padres mi hermana y yo. Me encontré como uno más entre un grupo de internos, que comíamos aparte de la familia y éramos como hijos de segunda categoría para los hijos de la familia, que formaban un mundo aparte y nos miraban por encima del hombro. De mi madre recibía una carta apresurada y afectada de tarde en tarde, y de mi padre jamás una línea de su mano, durante los cinco años que estuve allí (hasta 1939, en vísperas de la guerra, cuando terminé por reunirme con mis padres bajo la presión de los acontecimientos).

---

<sup>43</sup>Si esa inclinación es rara en los niños pequeños, creo que es sobre todo porque es sistemáticamente rechazada por el entorno.

<sup>44</sup>Mi padre murió en Auschwitz en 1942, mi madre murió en 1957. el trabajo del que aquí hablo se realizó entre agosto de 1979 y octubre de 1980.

<sup>45</sup>Véase el final de la nota “Yang entierra a yin – o el músculo y la tripa”, nº 106.

La pareja que me acogió pronto me tuvo afecto. Tanto él, viejo pastor que había dejado el sacerdocio y vivía de una flaca pensión y de clases particulares de latín, griego y matemáticas, como su mujer chispeante de vida y a veces de malicia, era gente poco común, atrayente en muchos aspectos. Él era un humanista de vasta cultura que se había enredado un poco en la política, y andaba a malas con el régimen nazi, que terminó por dejarle tranquilo. Después de la guerra renové y mantuve relaciones con ellos hasta la muerte de uno y otro<sup>46</sup>.

De él, y sobre todo de ella, igual que de mis padres, he recibido de lo mejor y de lo peor. Hoy, con perspectiva, les estoy agradecido (igual que a mis padres) por eso “mejor”, y también por eso “peor”. Eso mejor y eso peor que recibí, primero de mis padres y después de ellos, es lo que ha formado la mayor parte del “paquete” que recibí como herencia en mi infancia (igual que cada uno recibe el suyo...), y que a mí me toca desembalar y examinar. Son parte de la substancia, de la riqueza de mi pasado, del que ahora me toca alimentarme.

Mi nuevo medio era de lo más “como de debe” y conformista en muchos aspectos, en todo caso con las actitudes represivas de rigor en todo lo que se refiere al cuerpo y, más particularmente, al sexo. Sin embargo hicieron falta varios años, creo, antes de que interiorizara e hiciera mías esas actitudes, como la vergüenza de mostrarme desnudo, que iban a la par con una relación ambigua con mi cuerpo. Esa vergüenza, inculcada desde la juventud, es uno de los aspectos de una división profunda, en que el cuerpo es objeto de un desprecio tácito, mientras que los valores llamados “culturales” (que se confunden con la capacidad de memorización y otras) se realzan. En mí esa división permaneció ignorada hasta mis cuarenta y ocho años, en que comenzó a resolverse. Ése fue el segundo gran viraje en mi vida, que marca el inicio del “tercer periodo” en la historia de mi relación conmigo mismo, lo que es decir también de mi relación con mi cuerpo, y con “el hombre” y “la mujer” que hay en mí. Pero antes tuve amplia ocasión de contribuir a transmitir esa división a mis hijos<sup>47</sup>, y he podido ver que la transmiten a su vez...

Ayer ya hice alusión<sup>48</sup> al “basculamiento” que acabó por ocurrir en mí. Más de dos años después de mi desgarro del medio familiar inicial (o mejor dicho, después de la *destrucción* de ese medio), ese basculamiento consagra la puesta en marcha de los mecanismos represivos corrientes, de los que mi infancia tuvo la rara suerte de estar exenta. Hasta el momento he detectado dos grandes fuerzas de naturaleza represiva, que han dominado mi vida adulta y gran parte de mi infancia (108<sub>1</sub>). Creo poder decir que no aparecieron progresivamente, sino que en mi caso aparecieron más o menos de la noche a la mañana y con toda su fuerza, como consecuencia de una *elección* deliberada, a nivel inconsciente. Antes he calificado esa elección de “abdicación”, pero a la vez era también un potente principio de acción: el “seré como “ellos”” (y no “como yo”) significaba también: voy a “apostar” sobre “la cabeza”, que después de todo no es peor en mí que en cualquier otro, y batirme ¡y batir “les” con sus propias armas!

Uno de esos mecanismos, y el que más me interesa aquí, es uno de los más comunes: es la *represión de mis rasgos “femeninos”* (o sentidos como tales por los consensos corrientes), en provecho de los valores “viriles”. El anverso de la medalla era por supuesto la dedicación a fondo a mis rasgos y aptitudes sentidos como “viriles” y el desarrollo a ultranza de éstos, que ocuparon un lugar desmesurado.

Si algo se sale aquí de lo corriente, por supuesto no es la mera *presencia* de ese doble mecanismo, ni tampoco (me parece) la fuerza de la componente “represiva” propiamente hablando, la fuerza pues de la represión de los rasgos, actitudes, impulsos “yin”. No hay comparación con lo que le ocurrió a mi madre, cuya vida (y la de sus allegados) fue devastada por su odio (que permaneció oculto durante toda su vida) a lo que hacía de ella una mujer. En ningún momento, creo, mi manera de ser ha estado totalmente exenta de cierta dulzura, incluso ternura, que obstinadamente redondeaban las aristas del personaje que me había forjado desde mi infancia, y que a menudo atraían la simpatía y el afecto. El aspecto excepcional estaría más bien en la *desmesura* de mi dedicación, en la desmesura en la energía que

<sup>46</sup>Ella murió a los 99 años de edad, hace dos años, y pude verla muerta, a solas, la víspera del entierro.

<sup>47</sup>

<sup>48</sup>Véase el comienzo de la nota anterior “Eclósión de la fuerza – o los esponsales”, nota n° 107.

dedicaba a mis tareas, ¡sin dejarme distraer por una mirada a izquierda o derecha! Además del trabajo propiamente dicho, mi espíritu continuamente estaba proyectado hacia la realización, hacia el logro de tal o cual etapa del trabajo. Esa actitud (“Zielgerichtetheit” en alemán, “aimdirectedness” en inglés) es una actitud yang por excelencia, una actitud de *tensión*, de *cerrazón* a todo lo que no parezca directamente ligado a la tarea.

Esa desmesura podía suscitar en otros la imagen de una especie de “super-man” o “super-macho”, ¡ciertamente admirable! (vistos los valores corrientes), pero también suscitaba (a un nivel que casi siempre permanecía inconsciente) reacciones instintivas de defensa e incluso de antagonismo ante tal despliegue de fuerza, percibido como amenazante e incluso agresivo, o en todo caso peligroso (108<sub>2</sub>). Y sobre todo, esa imagen irresistiblemente evoca la imagen del “*super-padre*”, que inmediatamente pone en marcha la ambigua multiplicidad de reacciones de atracción y repulsión asociadas al sempiterno conflicto del padre... Ahí está *mi* contribución a esas relaciones de *ambigüedad*, que han sido tan comunes en mi vida, y a las que tantas veces me he visto enfrentado a lo largo de Cosechas y Siembras. Esa ambigüedad está reforzada, no disminuida, por la persistencia de rasgos yin en mí que alimentan una simpatía que la sola hipertrofia de los rasgos yang en una especie de gigantesco “superman” sería incapaz de suscitar,

Y de nuevo puedo constatar, en esas sempiternas *relaciones de ambigüedad*, que no hago más que cosechar lo que yo mismo sembré, ¡aunque cada vez la cosecha sea inesperada (e inoportuna...)! Pues la motivación (o al menos *una* de las motivaciones) que empuja “al patrón” que hay en mí a superarse sin cesar en la acumulación de obras, ¡¿no ha sido justamente forzar y renovar sin cesar la estima de mis pares (en primer lugar) y de mis impares (por añadidura); de oír a algunos de los mejores lamentarse de que no pueden seguirme, al ritmo que avanzo?! Sí, hubo en mí ese secreto deseo de suscitar en otros (como en mí mismo) esa imagen “mayor que la natural”, desmesurada como aquél mismo al que refleja – y que obstinadamente me retorna a través de otros: en palabras claras y sonoras, con el elogio que se da por descontado (y recibido como algo debido) – y *también*, por las vías oscuras y profundas de la sorda enemistad del conflicto...<sup>49</sup>

(108<sub>1</sub>) (6 de octubre) Es decir, que las fuerzas de naturaleza represiva que han actuado en mi vida, parecen tener ante todo, si no exclusivamente, una de esas dos formas específicas: entierro del pasado, y realce de mis rasgos “viriles” en detrimento de mis rasgos “femeninos”. Esto no quiere decir que ambas fuerzas, una y otra de naturaleza represiva (es decir, tendentes a una “ocultación”, al escamoteo de cierta realidad), ¡sean las únicas que hayan “dominado mi vida”! Eso sería olvidar todo el aspecto no egótico de mi ser, el impulso de conocer que se expresa tanto a nivel corporal como espiritual. (Véase al respecto “Mis pasiones”, sección n<sup>o</sup> 35.)

Entre las fuerzas que estructural el yo, emanación pues del patrón, hay una al menos que no es de naturaleza represiva por sí misma, muy anterior a las fuerzas represivas y cuyo papel en mi vida ha sido aún más esencial: es la identificación con mi padre, que ha sido como “el corazón sosegado y poderoso” del sentimiento de mi propia fuerza. Esa identificación no iba en el sentido de la exaltación de ciertos valores o cualidades (digamos viriles) en detrimento de otros (“femeninos”). Independientemente de los valores profesados por mi padre, su persona (hasta 1933, cuando hubo un vuelco en él<sup>50</sup>), estuvo impregnada de un gran equilibrio yin-yang, donde la intuición y la espontaneidad no tenían menos parte que el intelecto y la voluntad.

En fin, como otra importante “fuerza” de naturaleza egótica, íntimamente ligada a los mecanismos represivos (o mejor dicho, ella misma de naturaleza “represiva”), conviene contar también con la

---

<sup>49</sup>(6 de octubre) Por decirlo todo, “ese secreto deseo” sobre el que acabo de poner el dedo de nuevo, todavía hoy no se ha consumido, aunque al fin haya sido descubierto (desde hace a penas unos años...), y sea hoy menos devorador que antes.

<sup>50</sup>Cosa notable, ese “vuelco” en mi padre (a los 43 años) se dio hacia un estado *super-yin*, hacia una especie de pasividad de pachá, en estrecha connivencia con mi madre, que jugaba un papel super-yang. Ella se encargó de los hijos. (Los largaron “para lo mejor y lo peor”, al menos hasta 1939, año en que bajo la presión de los acontecimientos, terminó por llevarme con ella...) Esa relación de dependencia de mi padre y de inversión de los papeles yin-yang entre mis padres, duró hasta la desaparición de mi padre en 1942.

sempiterna *vanidad*, cuyo papel ha sido tan grande en mi vida como en la de cualquier otro. Pero esa “fuerza” es de naturaleza tan universal, al igual que el papel dominante que juega en la vida de cada uno (en forma más o menos grosera o sutil), que no hay que incluirla expresamente aquí, en un recuento de las formas específicas que tienen en alguien las fuerzas y mecanismos que estructuran el yo, y le dan su fisonomía particular y su base.

(108<sub>2</sub>) (6 de octubre) En ese “despliegue de fuerza” no hay ninguna intención “agresiva” en el sentido corriente del término, consciente ni inconsciente, solamente un deseo inconsciente de impresionar, de forzar la estima. Es cierto que ese término “forzar la estima” que se me viene espontáneamente ya tiene una connotación de *coacción*, cercana a la “agresión”. Esa intención inconsciente de coaccionar, percibida igualmente a nivel inconsciente, a menudo ha de ser vivida como una especie de agresión (aunque esa vivencia permanezca oculta, al igual que las reacciones de antagonismo que desencadena). Al mismo tiempo, a menudo esa vivencia se amalgama con vivencias parecidas, que se remontan a la infancia, con el padre como protagonista, en que éste aparece como la autoridad represiva, incluso como un rival aplastante, envidiado y detestado.

Incluso sin tal amalgama, e independientemente de toda percepción en los demás de una intención de “coacción” en mí, a menudo debe haber la percepción de un gran *desequilibrio*, de una profunda desharmonía, en ese “despliegue de fuerza” exclusivamente yang (al menos en su espíritu e intención). Esa desmesura es nefasta para el principal interesado, a saber yo mismo, y en el límite realmente “peligrosa” para su misma supervivencia física (¡como unos incidentes de salud me han mostrado estos últimos años!). Sin duda esto es lo que ha estado en filigrana en mi pensamiento, cuando escribía que “tal despliegue de fuerza” era percibido “en todo caso como peligroso” – peligroso “por naturaleza”, ¡un ejemplo pues que no hay que seguir...! Tal percepción seguramente basta para suscitar “reacciones de defensa”, incluso en ausencia de toda agresión o intención de agredir.

Es cierto que tales relaciones de ambigüedad se han reproducido después de 1976, especialmente con algunos alumnos, en unos momentos en que toda actividad matemática estaba ausente, y en que aparentemente no había ningún “despliegue de fuerza” en mi vida. También es cierto que los “despliegues” en cuestión del *pasado* han creado una *reputación*, que sigue pegada a mi piel, sobre todo en mi vida profesional, y que en cierta medida sustituye a la percepción del que *ahora* soy. Además, en ciertos temas matemáticos he adquirido tal facilidad que, incluso fuera de mis periodos matemáticos y sin ayuda de mi reputación, esa facilidad o dominio natural puede tener ya el efecto de un “despliegue de fuerza”, sobre alumnos poco motivados, y hacer que me perciban (a pesar de ciertos rasgos amables e incluso tranquilizadores) como una especie de Supermán (¡un poco como un Superpadre!).

Además, como reverso de la facilidad de la que hablo, a menudo tiendo a subestimar la dificultad que pueda representar para cierto alumno la adquisición de ciertos conocimientos, o el manejo de tal herramienta – lo que tiende a ponerle en falso frente a mis expectativas. (Ver al respecto la nota “Fracaso de una enseñanza (1)”, n<sup>o</sup> 23 iv.) Tal situación debe ser con frecuencia uno de los ingredientes más importantes de la relación falsa con el padre...

(109) (9 de octubre) Me he sentido muy contento al terminar la nota anterior<sup>51</sup>, hace cuatro días. Inesperadamente enganché con una intuición que me vino cierto domingo 17 de octubre de 1976 (hace ya casi ocho años) – la intuición del efecto devastador, en mi vida igual que en la de mi madre, de “cierta fuerza” que hay en mí. Era la primera vez en mi vida que dedicaba una reflexión, por somera que fuera, a lo que había sido mi vida, y sobre todo a mi infancia. Fue justo después de haber descubierto el poder de la meditación<sup>52</sup>, y después de ese momento era la primera vez que usaba ese poder, tanto tiempo ignorado. Sin propósito deliberado, por efecto de un impulso profundo, como movida por un instinto muy seguro, ese día la reflexión terminó por dirigirse hacia mi infancia. Sólo con la perspectiva me doy

<sup>51</sup>Ver la nota “Yang entierra a yin – o el Superpadre”, n<sup>o</sup> 108.

<sup>52</sup>Ver la sección “Deseo y meditación”, n<sup>o</sup> 39.

cuenta de hasta qué punto ésa era la fuente de mi verdadera fuerza, igual que del conflicto y la división en mí, que me llevó a una profunda necesidad de conocer. Durante casi tres años no volví sobre eso, distraído como estaba durante esos años por las cuestiones “del orden del día”, sin darme cuenta de que permanecía en la periferia del conflicto que había en mi vida, alejándome con obstinación del mismo núcleo: de esa infancia anegada de brumas, que parecía infinitamente lejana...

Acabo de recorrer de nuevo, “en diagonal”, las dieciocho hojas, de una densidad excepcional, de esa meditación crucial en mi vida. Fue en la noche posterior a esa meditación, o más bien en la madrugada después de esa noche de meditación, cuando tuve un sueño de una fuerza estremecedora – el primer sueño en mi vida del que sondeé el mensaje, apasionadamente. Entonces no me daba más cuenta de a dónde iba ni de lo que estaba pasando que el día anterior cuando estaba a punto de “descubrir la meditación”. Durante cuatro horas me sumergí en el sentido de esa vivencia, de ese sueño-parábola, a través de sucesivas capas de significado más y más candentes, antes de llegar al núcleo del mensaje, a su sentido simple y evidente.

No fue como el clic súbito de una comprensión de “la inteligencia”, ni como una luz súbita en la oscuridad o la penumbra. Fue más bien como una profunda ola que nace en mí y que de repente cae sobre mí y con su agua me trae ese sentido que hasta entonces se me había escapado: que en ese momento reencontraba algo muy querido y muy valioso, que había perdido en mi infancia...

Ese momento fue vivido como el de un *nacimiento*, como una profunda renovación. Ese sentimiento permaneció muy vivo durante toda la jornada, e incluso en los siguientes días. Con la perspectiva de ocho años, todavía hoy ese momento me parece como un momento creativo en mi vida donde lo haya, y el de un viraje esencial en mi aventura espiritual. Ciertamente fue preparado por muchos otros “momentos”, en los días y meses anteriores. Quizás el primer precursor fuera ese “desgarro saludable”, más de diez años antes, de una institución en la que contaba con terminar mi días<sup>53</sup>. Esos momentos anteriores me parecen un poco como los ingredientes, o más bien como los *medios* puestos a mi disposición, con los que podía franquear ese “umbral” que estaba ante mí sin que lo percibiera, y que se situaba a un nivel más profundo, más oculto que otros que había franqueado. Todo estaba preparado, desde hacía unos días u horas, para que lo franquease – y podía franquearlo, igual que podía no hacerlo, día tras día durante toda mi vida...

Y también, al franquear ese umbral, el camino quedó despejado hacia otros franqueamientos, hacia otros “sueños” o “despertares”, cada uno de los cuales es también una renovación, un “nuevo nacimiento”, un re-nacimiento. A veces he eludido algunos durante meses e incluso años, para terminar dando el paso, desprendiéndome de alguna ilusión tenaz, que durante toda una vida se había interpuesto entre mí el pleno saboreo de mi vida y del mundo que me rodea. Y seguramente sigo eludiendo algunos, en el mismo momento en que escribo estas líneas...

Desde la óptica de la reflexión de estos últimos días, ese momento del reencuentro con mi infancia, que durante toda una vida creí perdida y muerta, es el que marca el final del “segundo periodo” de mi itinerario espiritual: el del predominio, en mi vida personal, de los *mecanismos egóticos*, en contra de las fuerzas creativas, de las fuerzas de conocimiento y renovación, que pasaron por un estancamiento casi completo de cuarenta años. Fue la época de la preponderancia de “cierta fuerza”, de una fuerza de carácter casi exclusivamente “viril”, a imagen de los valores preponderantes en el entorno, a expensas de los aspectos y fuerzas “femeninos” de mi ser, ignorados y reprimidos (aunque nunca de modo completo ¡gracias a Dios!).

La primera intuición sobre la naturaleza destructiva de esa fuerza, que había dominado mi vida igual que la de mi madre, y la de otras mujeres que habían sido importantes en mi vida – esa intuición hizo una breve aparición en esos días de intensa maduración, seguramente al favor del resurgimiento de la energía yin, “femenina”, en mi aprehensión consciente de las cosas. Al contrario de lo que creía recordar,

---

<sup>53</sup>Ver la nota nº 42, del mismo nombre.

esa aparición no tuvo lugar en la meditación de la víspera del reencuentro, sino unas horas después de éste, en una breve meditación sobre el sentido de lo que acababa de pasar. La intuición nace y toma forma justo al final de unas pocas páginas de notas sobre esa meditación. Percibo la naturaleza destructiva de esa “fuerza” (que hoy llamaría “fuerza superyang”, es decir de excesiva predominancia yang) en mi madre primero, después en otras mujeres, para encadenar con estas líneas finales:

“En cuanto a la “fuerza” en mí mismo, ciertamente es la que ha hecho de mí el blanco y el objeto, esperados durante toda una joven vida, del odio secreto y el resentimiento de M., después de J., después de S. – de un odio depositado en ellas mucho antes de que me conocieran, en los desamparados días de una infancia privada de amor.”

La palabra “infancia” en la última línea, testimonio de un día importante en mi vida donde lo haya, aparece ahí por última vez ¡durante casi tres años! En cuanto a la intuición sobre la naturaleza de la fuerza superyang que hay en mí, como provocadora de reacciones antagonistas, incluso de odio y resentimiento, ha tenido tendencia (me parece) a hundirse un poco en el olvido incluso hasta estos últimos días. Con más precisión, sólo ha estado presente en mi percepción de ciertas relaciones importantes en mi vida (y sobre todo de las relaciones con las mujeres que he amado). Por contra, no ha penetrado verdaderamente las situaciones de conflicto “de toda clase”<sup>54</sup>, especialmente con ciertos alumnos, como ya he tenido que examinar o evocar muchas veces en Cosechas y Siembras. Durante toda esta reflexión, el hecho de que por una especie de “provocación” involuntaria yo mismo haya aportado mi propia contribución a las situaciones de conflicto que evocaba o examinaba aquí y allá – ese hecho a menudo ha permanecido completamente oculto, mientras que la contribución del protagonista me parece muy clara. Ése es un reflejo de lo más extendido, ¡por no decir universal! La reflexión de estos últimos días ha terminado por desactivarlo y al mismo tiempo por hacer que lo descubra de nuevo en mí mismo – haciendo que a la vuelta del camino (de una reflexión sobre el yin y el yang...) me dé de bruces conmigo mismo – con *cierto* yo mismo, al menos.

La breve reflexión de hace cuatro días apenas vislumbra la multiplicidad de aspectos de mi persona en los que se siente el desequilibrio yang en el “personaje” que desplegaba desde mi infancia; y el aplastamiento que ese desequilibrio podía tener a veces sobre los demás. Especialmente sobre aquellos en que la fuerza yang aún no estaba asentada – en primer lugar mis propios hijos. Pienso aquí sobre todo en cierto “modo” de afirmación perentoria con el que funcionaba, en todas las cosas (y eran numerosas) en las que tenía, con razón o sin ella, una manera de ver o de sentir, u opiniones bien asentadas. Ciertamente, ni se me hubiera ocurrido imponer a alguien esa manera de ver, y a mis hijos menos que a nadie – y confiado en esa ausencia de toda veleidad de coacción (al menos a nivel consciente), he sido incapaz la mayor parte de mi vida de darme cuenta de hasta qué punto esa forma de ser (que me parecía espontánea y natural, y que estaba lejos de captar su compleja naturaleza...) – hasta qué punto tenía sobre mis hijos y los demás el mismo efecto que una coacción; o un efecto aún más insidioso: el de suscitar o mantener en el otro una *inseguridad* sobre el valor de sus propios sentimientos, formas de ver, opiniones – como si éstas (frente a mi seguridad sin fisuras, o mi apenado asombro) estuvieran *fuera de lugar*.

Además presiento que esa propensión que tenía, especialmente en la relación con mis hijos, bien pudiera ser muy compleja, al imbrincarse íntimamente con las vicisitudes de mi vida conyugal. No es éste el lugar de intentar rastrear los arcanos, ni el de hacer un inventario más o menos completo de otros aspectos de mi persona en los que se manifestaba ese desequilibrio, del que he intentado en la nota anterior captar un aspecto particularmente llamativo: el del “despliegue de una fuerza”.

No hay que pensar que ese desequilibrio, cultivado durante toda una vida, y la multitud de mecanismos psíquicos en los que se manifestaba, ha desaparecido de la noche a la mañana como por arte de magia. No esperaba nada de eso, ni en ese día de los reencuentros, ni en los días y semanas siguientes.

---

<sup>54</sup>O tratadas como tales...

(10 de octubre) Fueron días en que la nieve se derrite, con la llegada de una poderosa energía nueva – días de trabajo interior y de admiración ante esos mundos nuevos que día tras día veía abrirse, brotando en la humilde trama de los hechos cotidianos y desplegándose ante la intensa mirada de unos ojos ávidos de conocer. Eran los días en que empezó a despuntar un primer presentimiento de la riqueza de lo desconocido que de repente me interpelaba, y que ignoraba incluso la víspera. Lo captaba por esos “cabos” que acababa de darse a conocer, en el momento del reencuentro, y en el viaje imprevisible e imprevisto que le siguió. Bien sentía que el nacimiento por el que acababa de pasar era como el *comienzo* de algo totalmente desconocido, o más bien el *recomienzo* de algo que se había interrumpido, que un día había sido cortado o ahogado, y que misteriosamente había reaparecido. A decir verdad, ese intenso “devenir” ya se había puesto en marcha en los meses anteriores, pero a un nivel en que el *pensamiento* introspectivo aún no tenía su parte...

Uno de los aspectos profundos de ese devenir que había recobrado vida, de ese trabajo reemprendido, fue la restauración progresiva del equilibrio original de “la mujer” y “el hombre”, del yin y el yang en mí, al hilo de los días, las semanas y los años. En cierta manera, puedo decir que desde el momento del reencuentro, “el niño” o el estado infantil ha permanecido presente, “en potencia”, con un conocimiento profundo e indeleble de mi propia naturaleza, de mi *unidad* esencial, indestructible, más allá de los efectos de cierta “división” que a menudo sigue agitándose en la superficie de mi ser. La misma palabra “niño” o “infancia” para designar sea *cosa*, esa unidad del ser, no apareció hasta unos años más tarde, hacia el momento en que comencé a conocer, al nivel del pensamiento consciente, el doble aspecto yin-yang de todas las cosas. Fue también el momento en que apareció ese conocimiento (o al menos ese presentimiento) de que el estado infantil, el estado creativo, es el del perfecto equilibrio de las fuerzas y energías yin y yang, el de los “esponsales” del yin y el yang, que se manifiesta por un estado de armonía creativa.

Me parece que a cierto nivel, ese conocimiento de mi radical unidad está presente en todo momento, y que *actúa* en todo momento. También es cierto que esa acción es más o menos sensible y eficaz según el momento, y que en modo alguno tiene la naturaleza de una eliminación más o menos permanente, o de una destrucción en bloque de las fuerzas egóticas, del “patrón” – ni siquiera de una eliminación de las fuerzas represivas (que forman buena parte del “yo”, si no su totalidad...). Son fuerzas que subrepticamente escamotean la realidad que me rodea y de la realidad que se desarrolla en mí – fuerzas que silenciosa y obstinadamente obran para mantener contra viento y marea tenaces ilusiones, que sin ellas se hundirían por su propio peso... Algunos de esos mecanismos de represión han sido percibidos uno a uno y han desaparecido. Me he deshecho de ciertas *ilusiones* que me aplastaban, y he aclarado algunas *dudas* obstinadas que, durante toda una vida, habían sido relegadas (por el “patrón”) a pudrirse en los sótanos-papeleras, jamás examinadas. Escuchado al fin su mensaje, esas dudas han desaparecido, dejando un conocimiento tranquilo y alegre. Igualmente he percibido mecanismos represivos de gran potencia, profundamente arraigados en el yo, y me doy cuenta (desde hace algunos años) que su repercusión en mi vida sigue siendo hoy tan considerable como siempre. Van en el sentido de un desequilibrio yang, en el sentido de la ocultación de ciertas fuerzas y facultades yin. Ignoro si esos mecanismos serán desactivados algún día – y sé que eso sólo me corresponde a mí. Sin duda desaparecerán el día, y sólo el día, en que entre en los orígenes del conflicto que hay en mi vida de modo mucho más profundo y más total que hasta ahora.

Por el momento, con la orientación actual de mi vida hacia una dedicación matemática importante, ¡bien puedo decir que no toma ese camino!

(110) (11 de octubre) Desde hace uno o dos días tengo ganas de decir unas palabras sobre dónde está (después de ocho años) esa “restauración progresiva del equilibrio yin-yang” en mí.

Quizás el cambio más importante esté en una mayor *aceptación* que en el pasado de mi persona tal cual es en cada instante. Otra manera de expresarlo es que en mí los mecanismos represivos se han suavizado considerablemente. Como dije ayer, algunos han desaparecido después de haber sido

descubiertos y comprendidos, y otros, que había ignorado durante toda mi vida, se han vuelto familiares en sus manifestaciones cotidianas. Los veo en acción, no como enemigos que hay que extirpar cueste lo que cueste, sino como formando parte de la multiplicidad de facetas de mi ser condicionado, y por eso, de la riqueza del “dato” presente, que refleja fielmente mi historia pasada; tanto de la “antigua” historia de mis condicionamientos y de las raíces de la división que hay en mi ser, como de la historia más reciente de mi maduración, del trabajo pues con el que he logrado abrir y “comer” y asimilar el paquete dejado por mis padres y por sus sucesores. Esa “aceptación” incluye pues, no sólo los impulsos y rasgos del “niño” que tanto tiempo había ignorado y reprimido (y especialmente aquellos que reflejan los aspectos femeninos que hay en mí), sino también los mecanismos represivos propios del “patrón”, es decir ¡justamente los mecanismos inveterados de “no-aceptación”! Aceptar estos últimos no tiene nada que ver con “cultivarlos”, o fortalecerlos. Al contrario, es un primer paso indispensable para desatarlos y desactivarlos a poco que sea, mediante una atención curiosa y amorosa. La experiencia de estos ocho años me da la convicción de que, a poco que esa atención se sumerja profundamente y hasta la raíz misma de la represión, ésta se resuelve y desaparece liberando una energía considerable – justamente la que estaba inmovilizada para mantener contra viento y marea tal conjunto de mecanismos represivos, y los hábitos de pensamiento y otros que sirven para mantenerlos.

Pero no fue frente a los aspectos “anudados” de mi persona como esa nueva aceptación de mí mismo hizo su aparición en mi vida. Llegó sin tambores ni trompetas, antes del descubrimiento de la meditación, antes pues de los “reencuentros” acto seguido. Fue en julio de 1976, durante una breve aventura amorosa con una joven, G., quizás un poco más “hombruna” en sus maneras de ser que las mujeres que había amado anteriormente. El azar (?) quiso que las circunstancias materiales que rodearon esos amoríos fuesen tales, que me vi situado en un papel típicamente “femenino”. Limpiaba la casa y preparaba la cena, a la espera de que la pareja regresase de una larga y fatigante jornada de trabajo: guardar en las colinas un rebaño de ciento cincuenta cabras, que además debía ordeñar a la tarde. El caso es que ese papel de esposa en el hogar me iba como un guante. La cosa puede parecer mínima – sin embargo eso hizo “tilt” entonces. Lo relacioné con ciertos impulsos y deseos en mi vida amorosa, que por primera vez se expresaron en unos poemas de amor, en que la vivencia amorosa aparece, sin ambigüedad alguna, como “femenina”. Entonces comprendí, sin reflexión o “esfuerzo”, sin veleidades de reticencia o de malestar, que en mi cuerpo como en mis deseos, en mis sentimientos y en mi espíritu, era mujer, a la vez que era hombre – y que no había de ninguna clase entre esas dos realidades profundas de mi ser. En esos días, la nota dominante era femenina – y lo aceptaba con agradecimiento, con mudo asombro. Cuando pensaba en ello, había en mí una alegría silenciosa, muy dulce.

Esa alegría se bastaba a sí misma, no tenía necesidad alguna de expresarse con palabras, ni siquiera a mí mismo, o a otro. No sé si le hablé de esto a aquella de la que era el amante, o quizás la amante... Seguramente, a cierto nivel, ella lo sabía, sin que tuviera que decírselo.

Esa alegría no se ha desvanecido, sigue viva hasta hoy. Se desprende de un conocimiento vivo, igual que el perfume acompaña a la flor. En ciertos momentos o en ciertos periodos de mi vida, ese conocimiento, y esa alegría que es su señal, está más presente que en otros, actúa con más fuerza. Pero no creo que me deje jamás.

Cuando a veces he hablado de esa experiencia y de ese conocimiento, en las semanas y los años siguientes, siempre fue como de algo muy valioso que le comunicaba a otro, en un momento en que le notaba abierto a recibir, aunque sólo fuera por un instante, algo de esa alegría que hay en mí. Jamás he sentido un malestar que me hubiera retenido de hablar de ello, como de algo un poco escabroso. (Quizás a veces hubiera tal malestar, si la realidad y la fuerza del “hombre” que hay en mí ¡no estuviera fuera de toda sospecha!) Y también recuerdo una ocasión en que decididamente me pavoneaba, dejando bien claro que jugaba y ganaba en los dos tableros a la vez – sólo me faltaba tener mis reglas como todo el mundo y hacer paridas.

Mi nueva identidad femenina, que se superpone a mi identidad viril, tuvo un efecto inmediato



de renovación en mi vida amorosa. Suscitó un eco muy fuerte en las mujeres que he amado después, despertando en la amante impulsos masculinos, que durante toda su vida habían estado cuidadosamente reprimidos, y no habían podido expresarse hasta entonces más que “a salto de mata”, como una especie de manchas, indignas de figurar en la vivencia amorosa consciente.

La vivencia amorosa inconsciente es muy rica en arquetipos, y uno de los más poderosos es el del retorno a la Madre, del retorno al regazo original. Tal arquetipo está presente en las capas profundas de la experiencia amorosa, en el hombre igual que en la mujer. En la mujer, las resistencias a la satisfacción de tal impulso en la vivencia amorosa de la pareja son aún más fuertes que en el hombre, donde se enfrenta a un tabú-clave, y no a dos como en ella. En uno como en la otra, la satisfacción de esos impulsos en la vivencia común permanece a menudo más o menos simbólico y sobre todo, oculto a la consciencia. Cuando tal arquetipo y esa vivencia afloran desde las capas profundas hasta la luz del día, ante la mirada consciente, esa vivencia se transforma, adquiere una dimensión nueva. Al mismo tiempo se liberan energías considerables, antes comprimidas por los mecanismos represivos, o ligadas a las tareas de la represión. El efecto es el de una *liberación* inmediata del impulso erótico, que se manifiesta por una renovada intensidad y por una nueva plenitud en la experiencia amorosa.

En lo que precede, seguramente se ve ya que esa nueva aceptación de mi propia persona va de la mano con una aceptación de los demás. Una y otra están indisolublemente ligadas. Se entiende que aquí se trata de “aceptación” en el pleno sentido del término, no de una *tolerancia* (a menudo agri-dulce) frente a tales o cuales “faltas” o “defectos”, sentidos como un mal ay inevitable, que estamos obligados a “soportar”. En tal actitud, noto sobre todo una resignación, por no decir una abdicación, y no una fuente de alegría, ni un ansia de conocer algo digno de ser conocido: la profundidad presentida, desconocida, tras la superficie plana de tales “defectos” o “faltas” que tenemos que tolerar...

Que se trate de una aceptación alegre, creativa, no significa sin embargo que esa aceptación sea total – ya constaté ayer que no era así. Un lector atento ya lo habrá constatado por sí mismo más de una vez a lo largo de Cosechas y Siembras, igual que yo me he dado cuenta de pasada, cada vez que me veía enfrentado de nuevo a ese sempiterno mecanismo de *rechazo* de todo lo que se presenta bajo un aspecto desagradable, en otro o en mí mismo. (Pero cuando se trata de uno mismo, ese mecanismo tiene casi siempre como efecto no tomar conocimiento de la cosa desagradable en cuestión...)

La aceptación de la que hablo arraiga en un *interés* por la cosa que se “acepta”, en uno mismo o en otro. Mientras que la aceptación es por sí misma una disposición interior de carácter típicamente “yin”, esa connotación de “interés” que tiene en mí es de naturaleza “yang” – es el “yang en el yin”, en la delicada dialéctica china del entrelazamiento hasta el infinito del yin y del yang... Me iba a atrever a decir, con la carrerilla, que hay una identidad pura y simple entre la aceptación (¡la verdadera!) y ese interés, esa curiosidad. Sin embargo, al detenerme un poco sobre eso, me doy cuenta de que también hay otra manera de aceptar, de naturaleza mucho más yin que aquella que me es familiar. Es como una *acogida* de la cosa aceptada, y no un impulso hacia ella para sondearla. (Ese matiz de acogida se me presenta de golpe como el “*yin* en el yin”, ¡ya estamos!) El interés, y la actitud de acogida, pueden uno y otra dar la nota de fondo de la aceptación de otro o de uno mismo. La cosa común a ambos es la *simpatía*. Ésa es también una de las formas del *amor*. Si hay aquí alguna identidad profunda que captar, sería pues la constatación de que *la aceptación es una forma del amor*. Amor a uno mismo, amor al otro, ambos indisolublemente ligados...

Salvo en raras ocasiones, mi interés está más intensamente implicado cuando se trata de mi propia persona, en vez de otro. Ese interés apasionado por mi persona es el que ha animado los largos periodos de meditación, durante estos últimos ocho años. Es cierto que el conocimiento de uno mismo está en el corazón del conocimiento de los demás y del mundo, y no a la inversa – y siento que es hacia el corazón de las cosas, hacia lo más esencial, donde me ha llevado y aún me lleva mi nueva pasión, la meditación. El interés por los demás ha aparecido de manera más parcial y más reticente durante estos años, igual que

la aceptación que se sigue de él. Una de las maneras en que se ha manifestado concretamente, es con una menor propensión a hablar cuando estoy en compañía, y con una actitud de escucha. La mayor parte de mi vida, esa capacidad de escucha me había faltado casi completamente. Incluso después del gran viraje del reencuentro, a menudo he tenido que constatar que había hablado a destiempo, a falta de escuchar y de discernimiento, antes de que esa inveterada propensión comenzara a dejarme. Si se ha vuelto mucho menos invasiva, y casi ha desaparecido, no es como resultado de una disciplina que me haya impuesto (estilo: sólo no abrirás el pico si...). Es simplemente porque se me han pasado las ganas de hablar, en los momentos en que noto que es inútil, que eso no aporta nada al otro ni a mí – al menos nada que a mis ojos tenga valor. Si ahora siento a menudo tales cosas, sin duda es que me he vuelto más atento. Tampoco esto es el fruto de una disciplina (“haz el favor de abrir tus orejotas cuando...”), pero no sabría decir cómo ha sido. En todo caso, me siento mejor, la vida es mucho más interesante (¡y seguramente menos ruidosa!). Y los demás también se sienten mejor...

Creo que he comenzado a hablar menos, a partir del momento en que ha desaparecido (por así decir) esa fuerza que me empuja a querer rectificar siempre lo que me parece (con razón o sin ella) como “errores” en los demás – ¡como si no fuera suficiente descubrir y rectificar los míos! También era la fuerza que me empujaba (y a veces todavía me empuja) a querer convencer a toda costa a otro de esto o aquello, en vez de mirar simplemente por qué alguien prefiere erre que erre creer esto mejor que aquello (que me parece “así”, ¡y quisiera convencerle de ello!); o por qué pretendo tanto que crea aquello, en vez de esto. Esa fuerza casi universal, que nos empuja constantemente a buscar en la aprobación de los demás (aunque sólo sea de uno...) la confirmación de lo que tenemos por verdadero – esa fuerza profundamente arraigada en el ego ha terminado, creo, por dejarme. Ha sido un gran alivio, el final de una extraordinaria dispersión de energía. Cuando por fin me he dado cuenta, hace dos años, del alcance de esa fuerza en mi vida, de su naturaleza, y de la extraordinaria dispersión de energía que representaba, ha quedado desactivada – y de golpe me he visto aligerado “de un peso de cien toneladas”. Enterarse sin reticencias del eco de nuestra persona que otro nos devuelve, sin estar atado por un deseo o “necesidad” (por oculto que sea) de aprobación o confirmación – eso es verdaderamente estar “libre de él”. Tal necesidad o deseo es el que verdaderamente constituye el “gancho”, discreto y de solidez a toda prueba, con el que el conflicto puede “engancharse” a nosotros, y por el que (lo queramos y lo reconozcamos o no) dependemos de otros, de su benevolencia – en suma por el que nos “tiene”, y (como si nada) nos maneja a su antojo...

En buena lógica, la aceptación de otro debería implicar también la aceptación de su manera de ver las cosas, nos parezca errónea o no, incluso cuando se trata de su manera de ver nuestra propia y preciada persona (incluyendo nuestra propia manera de ver...). Sin embargo es ahí donde más duele el golpe – *ahí* está el punto neurálgico en la aceptación del otro, y no en la aceptación de sus “defectos” más o menos molestos que no impliquen directamente a nuestra persona. Muy a menudo, si rechazamos tales “defectos” en otro, es sobre todo porque con ellos nos sentimos directamente encausados, por el mero hecho de vernos enfrentados a formas de ser que nos parecen (con razón o sin ella) opuestas a la nuestra. En otras palabras, es una *inseguridad* nuestra, que se manifiesta en las reacciones (más o menos aparentes u ocultas) de la vanidad, que es el mayor obstáculo que se opone a nuestra aceptación del otro. Pero esa inseguridad profundamente arraigada, compensada por los movimientos de la vanidad, me parece que va ligada a la no-aceptación de nosotros mismos, es como su sombra inseparable.

Así, la plena aceptación de uno mismo es la que se presenta aquí como la llave que nos abre a la aceptación de los demás. Y este lazo que aparece aquí, se añade a otro profundo lazo, que conozco desde hace mucho, quizás desde siempre: que el amor a uno mismo es el corazón, tranquilo y fuerte, del amor a los demás.

(111) (13 de octubre) Ayer no continué escribiendo notas. En vez de eso, me entretuve repasando cierto número de “parejas” yin-yang. Comenzando por los que se me pasaban por la cabeza, un poco al azar, luego me piqué, y terminé con una especie de “recensión” de todos los que se me ocurrían. Empecé

porque me dije que no poco de lo que había escrito últimamente podía pasarle totalmente “por encima de la cabeza” a un lector que no estuviera familiarizado un poco con el doble aspecto yin-yang de las cosas. Quizás no fuera inútil molestarse en dar algunos ejemplos llamativos de tales parejas, además de los que ya se han aparecido estos últimos días. Después, llevado por el diablillo (o ángel, no sé...) de la sistemática que hay en mí, terminé por desempolvar mis viejas reflexiones de hace cinco años sobre ese tema. Durante una o dos semanas me entretuve entonces “recogiendo” unos o dos centenares de parejas bien sugestivas, reunidas por afinidades en una veintena de grupos. Aunque esa reflexión se hizo al margen del famoso “poema” que estaba escribiendo, no pude dejar de alinear mal que bien y en fila india, por afinidades y filiación de sentido de un grupo al siguiente. Ayer tarde, retomando la reflexión con perspectiva, y sin yugo poético alrededor del cuello, encontré dieciocho grupos (en lugar de veinte), con un agrupamiento quizás algo más riguroso. Además supongo que debe haber muchos otros grupos, quizás incluso un número ilimitado, correspondientes a formas de aprehensión de la realidad en las que no he pensado a lo largo del trabajo (ni nunca, quizás).

En cuanto a los dieciocho grupos que he recogido, me he esforzado en juntarlos en un diagrama (o “grafo”) según las principales afinidades que ligan unos a otros. Algunos de esos lazos sólo me han llamado la atención después de sucesivos esbozos del diagrama. Este trabajo es realmente muy cercano al trabajo matemático tan familiar, cuando uno se esfuerza en captar gráficamente, de manera tan llamativa como se pueda, un conjunto más o menos complejo de relaciones (dadas por ejemplo por “aplicaciones”, dibujadas como flechas) entre cierto número de “conjuntos” o de “categorías”, que figuran como “vértices” del “diagrama” que nos esforzamos en construir. También ahí, exigencias de naturaleza esencialmente estética, especialmente de simetría y de transparencia estructural, frecuentemente conducen a introducir (y en su caso a descubrir e incluso a inventar) “flechas” o lazos en los que no se había pensado al principio, y a veces incluso nuevos “vértices”. El caso es que después de cinco o seis bosquejos sucesivos, terminé por llegar a un diagrama, vagamente en forma de árbol de Navidad, que me ha satisfecho provisionalmente – tanto más cuanto que ¡comenzaba a ser prohibitivamente tarde!

Me acosté contento, sentía que no había perdido el tiempo, aunque mis notas no hubieran avanzado ni un pelo<sup>55</sup>. Pero me había puesto en contacto con cosas verdaderamente jugosas – cada uno de esos grupos estaba cargado de peso y de misterio, y cada una de las parejas yin-yang que lo constituían (pero que más bien, todas juntas lo *designan*, sin agotarlo en modo alguno) – cada una de esas parejas tiene algo delicado e importante que decirme sobre la naturaleza de este mundo en el que vivo, y a menudo sobre mi propia naturaleza. Reencontré con renovada fuerza ese sentimiento que ya estaba presente hace cinco años: que el delicado juego del yin y del yang, de lo “femenino” y lo “masculino” en todas las cosas, es un hilo conductor incomparable hacia una comprensión del mundo y de uno mismo. Nos conduce directo hacia las cuestiones esenciales. A menudo, el mismo “yoga” del yin y del yang, el mero hecho de prestar atención al aspecto de las cosas y sucesos que se expresa en términos de equilibrio y desequilibrio yin-yang, proporciona una primera clave para una mejor comprensión de esas cuestiones, y hacia una respuesta.

Pido disculpas si a algunos lectores les doy la impresión, desde hace una o dos páginas, de hablar del sexo de los ángeles, cuando ni siquiera ven cuáles son esas famosas “parejas” yin-yang de las que hablo, y aún menos esos “grupos” en los que algunas se reúnen, grupos que se supone que finalmente se juntan en un “diagrama” (¡qué útiles son las mates!). Debería dar aquí al menos uno de esos grupos – y me entran ganas de elegir aquél con el que comencé ayer, el que terminó por aparecer durante la reflexión como el grupo “primitivo”<sup>56</sup>, del que parecen surgir progresivamente todos los demás, con una especie de “filiaciones” sucesivas (que en mi famoso diagrama tienen ocho “generaciones”...). He aquí pues la

<sup>55</sup>En compensación, podría patentar una nueva forma poética, a saber el poema llamado “no lineal”, o “diagramático”.

<sup>56</sup>(6 de noviembre) De hecho, hay grupo aún más primitivo, que se puede llamar el grupo “*padre-madre*”. Respecto a este olvido, véase la nota “Nuestra Madre la Muerte – o el Acto y el tabú” (nº 113). Las parejas “engendrar-concebir” y “ejecución-concepción”, que más abajo incluyo en el grupo (supuestamente “primitivo”) acción-inacción, claramente se insertan de manera más natural en el “grupo madre” formado alrededor de la pareja “*padre-madre*”.

lista de las “parejas” que he recogido, y que constituyen ese grupo primitivo (que se pudiera llamar con la primera de esas parejas, a saber “el grupo *acción-inacción*”).

Acción-inacción  
actividad-pasividad  
vigilia-sueño  
sujeto-objeto  
engendrar-concebir  
ejecución-concepción  
dinamismo-equilibrio  
ímpetu-asentamiento  
ardor-perseverancia  
fogosidad-paciencia  
pasión-serenidad  
tenacidad-desapego

Bien les añadiría las dos parejas siguientes, entre una decena de “rezagados” que se me han venido esta mañana, en la estela de mi reflexión de ayer:

saber-conocer  
explicar-comprender

Hay que precisar que en estas parejas, el término “yang” es el primero, ¿siguiendo el uso de nuestra sociedad patriarcal, en que el hombre es el que nombra a la pareja? Por contra, aunque la sociedad china tradicional es considerablemente más patriarcal que la nuestra, cuando se sigue el uso chino para hablar del yin y del yang, se pone siempre primero el yin (“femenino”), al hablar p. ej. de “equilibrio yin-yang” (en vez de yang-yin). El sentido de este uso está seguramente en la intuición-arquetipo de que es el yang el que nace del yin, que es el principio “más primitivo” de los dos, y no a la inversa...

Éste no es lugar para lanzarme a unos comentarios sobre una u otra de estas parejas. Para el lector que no “sienta nada” al verlas, sería de todas formas tiempo perdido; y el que se sienta interpelado por ellas, que sienta (aunque sea oscuramente) que cada una de ellas tiene algo que decirle sobre el mundo y sobre él mismo – sobre el equilibrio y el desequilibrio, sobre la dinámica interna de los seres y las cosas..., ése puede pasar de comentarios detallados, y tomar esa interpelación como un punto de partida para su propia reflexión.

(111’) Sólo hay un punto en el que quisiera insistir aquí, común a todas las “parejas” yin-yang sin excepción. También es lo más crucial, me parece, para una comprensión de la naturaleza de la relación entre el yin y el yang, y con eso, de la naturaleza de cada uno de esos dos principios (o energías, o aspectos, o fuerzas...) en el Universo. Es éste: cada uno de los dos términos de una de estas parejas, como acción-inacción, *en ausencia*<sup>57</sup> del otro término, constituye un estado de grave desequilibrio, y en el límite (cuando “la ausencia” en cuestión es casi completa, y prolongada) un estado que lleva a la destrucción de la cosa (o del ser) en que tiene lugar ese desequilibrio, incluso de él y de su entorno.

Así, un estado de *acción* ininterrumpida, que no alterne con suficientes periodos de *inacción*, de reposo, lleva al agotamiento, la enfermedad y (en el límite) a la muerte – ¡algo que además ha sido de la mayor actualidad últimamente, para mí!<sup>58</sup> Pero a la inversa, un estado de *inacción* excesiva lleva a

<sup>57</sup>(16 de octubre) De hecho, esa “ausencia” me parece que nunca es total – en ninguna cosa, ni el yin ni el yang está presente en estado puro, sin la presencia simultánea de su complementario, por ínfima que sea. El “desequilibrio” del que hablo se caracteriza pues, no por la ausencia total de uno de los dos términos complementarios (algo jamás realizado), sino por un estado de *debilidad* excesiva de ese término. Otro tipo de desequilibrio, o de morbilidad, se presenta cuando uno y otro término están “ausentes”, o con más precisión, están presentes pero de modo muy débil. Así, en el caso de la pareja “acción-inacción”, un estado de *agitación*, que no “actúa” propiamente hablando (si no es para perpetuarse a sí mismo, para mantener la confusión), a la vez que gasta energía, sin duda puede considerarse como tal desequilibrio “por falta” (del yin y del yang).

<sup>58</sup>Ver al respecto las dos primeras notas (nº 98, 99) del Cortejo XI, “El difunto (que no acaba de morir...)”.

un debilitamiento y a una esclerosis de las capacidades y las funciones del cuerpo o del psiquismo (según el caso), y en el límite, a la destrucción. En el caso de mi “incidente-enfermedad”, tengo un ejemplo simultáneo de *ambos* desequilibrios: excesiva acción del espíritu, inacción del cuerpo (y un reposo que no es suficiente ni para uno ni para el otro...).

Esa “explicación”, en este caso particular, de la “filosofía” equilibrio-desequilibrio del yin y del yang, es superficial, en el sentido de que no afecta a una inveterada toma de partido cultural, que valora el término yang, la acción, en *oposición* al término yin, la inacción. Ésta se percibe como algo “negativo”, nada productivo ni interesante desde ningún punto de vista, admitido en todo caso como un mal menor, que se impone a la mejor voluntad del mundo, pues hay que descansar de vez en cuando para poder seguir dedicándose a la acción (so pena justamente, como acabo de explicar, de agotamiento y Dios sabe qué más...). En suma, la inacción se ve como la humilde sirviente de la acción, indispensable a pero aparte de eso indigna de atención ni de estima.

Por supuesto, tal valoración “oficial” de la acción en detrimento de la inacción, tiene inmediatamente como consecuencia poner en marcha en la persona mecanismos de resistencia (que a menudo permanecen ocultos o al menos muy nublados), que se expresan con una valoración *opuesta*: la acción, de golpe, aparece como lo que es impuesto por las duras necesidades de la existencia, como el *curro* en suma, una mierda de trabajo, en la oficina o en la fábrica e incluso en el campo, y en todo caso agotador si no es una mierda. La verdadera razón de ser de la acción es ganarse el pan y el cobijo (eso es lo indispensable), y más allá de eso y sobre todo, tener ocio guay (durante la vida activa), y una jubilación coqueta y un agradable ocio permanente después, cuando seamos dispensados de la lamentable obligación del “curro”. Esta vez, es la inacción (alias “ocio”) la que se valora de manera más o menos consciente, y la acción es su humilde sirviente. Hay pues una *inversión de papeles*, pero siempre con el mismo desequilibrio: el que consiste en el *antagonismo* que establece el interesado (bajo el peso de los condicionamientos culturales) entre dos aspectos o polos esenciales de su vida; antagonismo que se expresa y perpetúa con un estado de preponderancia despótica de uno de sus aspectos, y de la servidumbre del otro.

Me parece que con frecuencia, ambas actitudes y valoraciones se superponen en una misma persona, una dominando la escena a nivel consciente, la otra a nivel inconsciente. De la superposición de esos dos desequilibrios opuestos, claramente, ¡no nace el equilibrio! Éste por contra se sigue naturalmente de una comprensión de la verdadera naturaleza de la acción y la inacción (aunque tal comprensión permanezca puramente “instintiva”, y se manifieste directamente por un comportamiento equilibrado, y no por un “saber” verbalizado). *En la acción en el pleno sentido del término, también hay inacción* – está ahí *en el mismo momento* quiero decir, y no sólo “después”, ¡porque hay que descansar después de la acción! Esa “inacción” en la “acción”, el “yin en el yang” pues, es como una calma profunda que sirve de base a un movimiento que tuviera lugar en la superficie. Se manifiesta por ejemplo por la impresión de perfecta distensión que da un felino en movimiento, tanto si es el primer gato callejero que pasa, como una leona en plena carrera..

Y también *en la verdadera inacción, aunque sea total, hay acción*. Así el tiempo en que estamos *dormidos* es rico en sueños que nos hablan de nosotros mismos, en los que vivimos *otra* vida más intensa y delicada, que estamos demasiado dormidos o somos demasiado pusilánimes para vivir despiertos. Y basta contemplar un bebé dormido, o sólo que nos saquen de un profundo sueño, para sentir que incluso sin sueños, dormir es un *trabajo* a su manera: algo que nos absorbe totalmente, para “llenar el depósito” en suma de una energía que se había gastado y que venimos a buscar a su fuente.. Ése es, de nuevo, el “yang en el yin”, sin el cual el yin sería destructivo.

Seguramente podrían desarrollarse reflexiones parecidas para la inacción *despiertos*, cuando no estamos durmiendo. Basta observar, de manera atenta, tal o cual estado que se percibe como “inacción”. Nos daremos cuenta de que en la inacción, hay acción, aunque sea el inútil cacareo de una mente que sigue dándole vueltas cuando ya ha dejado de trabajar. Pero a decir verdad, es impropio llamar “acción” a ese movimiento, puramente mecánico, que se realiza por el mero efecto de la inercia – ¡por la incapacidad

de frenar la máquina! Y ciertamente no es esa agitación interior la que le devolverá a “la inacción” la armonía yin-yang. Por contra, puede que así sea con las diversas actividades destinadas a llenar el ocio (cuando éste se vive como un estado de inacción). Pero incluso en un estado de reposo absoluto, digamos en una convalecencia, puede haber acción, sin la que ese reposo o “inacción” se torna apoltronamiento, ciertamente nada adecuado a una convalecencia (es decir, ¡al restablecimiento del equilibrio perturbado!). Por ejemplo, ese estado de reposo puede suscitar una atención al propio cuerpo y al entorno inmediato (que es como una segunda piel...), una toma de contacto e incluso una comunión, que por sí misma tiene un auténtico carácter de “acción”; pues no hay duda de que *aprender* es realmente un *acto* (pues tiene un *efecto* irrecusable: la aparición de un conocimiento...).

Al examinar uno a uno los catorce pares que he incluido en el grupo acción-inacción (y seguramente habrá muchos otros que entrarían en él de modo natural), se constata que en todos salvo quizás uno, el primer término, el término “masculino”, es el que tiene prestigio, “valor”, según las actitudes-reflejos transmitidas por nuestra cultura e inculcadas desde la infancia. Es señal de ese inveterado desequilibrio en nuestra cultura, un desequilibrio marcado por la valoración exclusiva del yang, al que ya he aludido anteriormente<sup>59</sup>. Lo mismo puede constatarse en la casi totalidad de las parejas yin-yang que he encontrado – es algo muy chocante, que nunca antes había tenido tiempo de comprobar de manera tan detallada.

Entre las parejas escritas más arriba, la única que me parece una excepción es la pareja *pasión – serenidad*, visto que normalmente la palabra “pasión” se asocia a la imagen de descontrol, de violencia, o si no de *permissividad*, acercándose desgraciadamente a la nube de asociaciones que rodea a una palabra como “*depravación*”. Como por casualidad, *permissividad* y *depravación* designan estados de desequilibrio psíquico caracterizados por una excesiva preponderancia *yin*, ¡femenina! Y simétricamente, según los mismos mecanismos automáticos (que provienen de nuestros condicionamientos, y no de la naturaleza de una cosa como la “serenidad”), la palabra “serenidad” se asocia (por oposición a “pasión”) a la imagen de un *control de sí mismo* – de una cualidad pues, como debe ser, de esencia *masculina*. (De hecho, la vertiente yin del “control” no es la “pasión”, sino “el abandono”).

Lo que ocurre aquí, es que a causa de una confusión general en los espíritus sobre la naturaleza de ciertas cosas, que se expresa con una confusión similar en el uso de ciertas palabras, que se supone las designan, hay una confusión de la pareja yang-yin “pasión-serenidad” con el par de nociones

relajación-control

cuyos términos son yin-yang (sin constituir por ello una “pareja”, ¡ambos términos no tienen gana alguna de casarse!). Me parece pues que la llamada “excepción” a la regla (de la valoración sistemática de lo yang) es por el contrario ¡una confirmación particularmente interesante! Y no me extrañaría que pasase lo mismo en los demás ejemplos que he encontrado, cuando en una pareja yang-yin, es el término yin el que parece valorado.

Además no estoy nada seguro de que esa distorsión en la visión del mundo que constato en la civilización llamada “occidental”, que proviene de esa sistemática toma de partido en favor de lo masculino, en oposición a lo femenino – que esa distorsión, ese desequilibrio, sea menor en la tradición china, o incluso en el mundo chino (o en general el mundo “oriental”) de hoy en día. Ningún signo, al nivel de la vida diaria, me lo hace suponer, ni a través de mis amigos y amigas orientales, ni por los ecos que me hayan podido llegar de la tradición y de la vida actual en China u otros países de extremo Oriente – muy al contrario. Me parece más bien que la fina percepción del dinamismo yin-yang se ha decantado casi exclusivamente en la *práctica de ciertas artes* – como la caligrafía, la poesía, el arte culinario y, por supuesto, el arte médico<sup>60</sup>.

<sup>59</sup>Ver la nota “Yang entierra a yin (1) – o el músculo y la tripa”, n° 106.

<sup>60</sup>(21 de octubre) Me he olvidado del *arte adivinatorio*, en el *Yi King* o “libro de los cambios”, que actualmente goza de gran popularidad en ciertos medios tanto en Europa como en América. Los 64 “hexagramas” que constituyen las “palabras” básicas del lenguaje adivinatorio del *Yi King*, son las 2<sup>6</sup> combinaciones posibles de las sucesiones de seis “signos” yin y yang,

Este último sobre todo, bajo el nombre de “medicina china” y debido a ciertos éxitos espectaculares de la acupuntura, es el que en estos últimos veinte años ha adquirido carta de ciudadanía entre nosotros, y tiene prestigio. Sin embargo aún son muchos los que ignoran que en la medicina china, el alfa y la omega de la comprensión del cuerpo, de la circulación de energía por el cuerpo y de las perturbaciones de ésta (que constituyen los estados mórbidos que llamamos “enfermedades”), se encuentra justamente en una dialéctica muy fina del yin y del yang. El hecho de que esa dialéctica “funcione”, pues la “medicina china” basada en ella es eficaz (incluso en muchos casos que escapan a los medios de la panoplia occidental), puede ser considerado como una especie de “prueba” de la realidad de los “principios” o “aspectos” o “modos” (de comprensión, o de existencia) yin y yang – que no son puras especulaciones sacadas de la chistera de ciertos filósofos y otros poetas 8por no decir farsantes).

Uno puede preguntarse, es cierto, cuál es el sentido de tales pruebas, e incluso de cualquier “prueba” de la validez de tal o cual visión del mundo. Incluso suponiendo que la prueba haya convencido (es decir, que el interesado haya tenido a bien dejarse convencer), y que la visión en cuestión sea profunda, y por eso bienhechora – la mejor prueba del mundo es sin embargo incapaz de *comunicar una visión*, y aún menos una visión del mundo. Bonita cosa estar totalmente “convencido” de una visión que permanece ajena, incomprendida. A decir verdad, eso ni siquiera tiene sentido – o más exactamente, el interesado no comprende el verdadero sentido ni de su “convicción”, ni de esa visión que hace como que incorpora a su pesado bagaje cultural.

Cuando la visión se comprende y se asimila, la cuestión misma de una “prueba” aparece como extrañamente absurda – un poco como probar que el cielo es azul cuando bien se ve que es azul, o que el perfume de una flor es bueno...

(112) (17 de octubre) Mis primeras reflexiones sobre el doble aspecto “femenino” y “masculino” surgieron de una reflexión sobre mí mismo. Fue a comienzos de 1979, en un momento en que aún ignoraba las palabras chinas “yin” y “yang”, y la existencia de una especie de sutil “filosofía” del incesante juego del yin y del yang, en la tradición cultural china. Creo que me enteré de eso a finales del mismo año, por mi hija y sobre todo por mi yerno Ahmed, que comenzaba a interesarse por la medicina china, y que le atrajo mucho en los siguientes años. La mayor parte de lo que me decía encajaba y confirmaba la visión a la que yo había llegado, lo que no me sorprendía nada. Si algo me sorprendía, era más bien en algunas “parejas” en que el papel yin-yang “natural” me parecía invertido, en la tradición china. Mi reflejo (¡muy “yang” en este caso!) fue considerar que esa “inversión” se debía a una deformación cultural, sin ir a mirar más de cerca<sup>61</sup> – era en un momento en que mis juegos sobre los femenino-masculino me parecían muy lejanos, pues estaba dedicado a una meditación mucho más personal sobre la vida de mis padres y sobre mi infancia. Creo que fue mese o años más tarde cuando, atando cabos, me di cuenta de que en algunos casos mi comprensión de los papeles yin y yang en tales o cuales “parejas” era un poco superficial; que había puesto en el mismo saco, apresuradamente, situaciones de naturaleza diferente que la dialéctica yin-yang china tenía buen cuidado en distinguir (112'). Ahora me doy cuenta de que mi comprensión del yin y del yang sigue siendo relativamente grosera y estática, sobre todo si se la compara con la finura requerida por el ejercicio de ciertas artes tradicionales chinas como la medicina (íntimamente ligada a la dietética y al arte culinario), en que esa comprensión termina por ser como una segunda naturaleza.

---

desde el yin puro (seis repeticiones del yin) hasta el yang puro (seis repeticiones del yang). Parece que ahí hay una especie de alquimia de gran fineza de combinaciones del yin y del yang, que (parece ser) fascinó a Jung. El interés de esa alquimia (especialmente en tanto que “colección de arquetipos”) me parece que es independiente de su uso en el arte adivinatorio, y del crédito que se esté dispuesto a conceder a tal uso.

<sup>61</sup>Esa reacción de perentoria seguridad, frente a una tradición milenaria que hubiera debido incitarme a una mayor prudencia, es la misma que, de niño, me hizo recusar la fórmula (¡bien complicada a fe mía!)  $\pi = 3,14\dots$  que enseñaban los libros, en favor de  $\pi = 3$ , de la que me había convencido por mis propios medios. (Ver la nota “La cuadratura del círculo”, n° 69.) Ciertamente es que en esta historia del yin y del yang, había tenido muchas ocasiones de darme cuenta hasta qué punto la comprensión de la naturaleza de lo “femenino” y lo “masculino”, y de sus interrelaciones, está falseada por inveteradas distorsiones culturales, de una fuerza considerable. Aún no me daba cuenta de hasta qué punto la comprensión precisa y delicada de esas relaciones era algo esencial en la práctica de ciertas artes tradicionales chinas, alcanzando un grado de grado de gran fineza.

Más de una vez tengo la impresión de que en los practicantes y las practicas de esas artes, sean orientales o europeos, esa fineza de comprensión permanece fragmentaria, en el sentido de que permanece, en gran medida, cuidadosamente limitada al ejercicio de ese arte. En la vida diaria, actuaría más bien como un “saber” ordinario, que se superpone pura y simplemente al “saber” del condicionamiento cultural (u otro), y es más o menos letra muerta frente a éste. Dicho de otro modo, tengo la impresión de que la visión del mundo y de sí mismo, y los mecanismos de represión en la percepción de la realidad, en nada son diferentes en esas personas de lo más “enteradas”, que en el común de los mortales.

Esta impresión se añade a otra, que he tenido al ojear dos o tres textos, escritos por europeos supuestamente “en el ajo”, que se proponen dar un resumen de la filosofía tradicional china del yin y del yang. (Uno de los autores es un orientalista francés muy conocido, cuyo nombre no recuerdo.) Lo que me extraña es que en esos textos, el yin y el yang se presentan como principios “*opuestos*” (o *contrarios*) incluso *antagonistas* (este último término se usa varias veces en uno de esos textos), en vez de *complementarios*. Esa “oposición” o “antagonismo” tendría su expresión típica en la que hay entre la mujer y el hombre dentro de la sociedad humana, y dentro de la pareja instituida por la sociedad.

El antagonismo en la pareja esposo-esposa es una realidad, tanto en el Este como en el Oeste. Está profundamente arraigado en la cultura, hasta el punto de que a veces puede parecer como uno de los aspectos (¡a veces desconcertante!) de la condición humana, e incluso como la raíz del conflicto en el hombre o en la sociedad humana. La realidad de ese antagonismo es irrecusable, y ciertamente supera los clichés corrientes que se esfuerzan en exorcizarlo mal que bien. Esa realidad “social” es producto de un condicionamiento inmemorial, que arraiga muy pronto en el “yo” en formación y lo estructura. Sin embargo, más allá de esa realidad, hay una realidad más profunda, que viene aún de más lejos, y que es determinante en el impulso amoroso. Es la realidad de una *complementariedad* profunda y esencial de los sexos, en que no hay lugar alguno para un “antagonismo”. Es una realidad que se manifiesta claramente en todas las especies vivas, a excepción de la nuestra, en que está oculta en gran medida por el antagonismo cultural, por un estado pues de *división* propio del hombre y de la sociedad humana.

Los clichés románticos, estilo “Nosotros Dos”, que dominan gran parte de la literatura y de los medios, resaltan una “complementariedad” de pacotilla, a la vez que tienden un púdico velo sobre el antagonismo hombre-mujer, o (todo lo más) lo tratan como una especie de accidente algo picante, bueno para añadir algo de pimienta a una comida si no demasiado sosa o dulzona. Cuando se superan esos clichés, nos vemos enfrentados a la realidad de ese antagonismo hombre-mujer – realidad aparentemente universal, y en todo caso de una tenacidad a toda prueba, ¡la tenacidad de la mala hierba! Pero partir de esa realidad omnipresente e irrecusable para instituir una especie de antagonismo cósmico del yin y el yang, de lo “femenino” y lo “masculino”, eso es proyectar sobre el Universo entero el estado de desgarramiento, de profunda división de la sociedad humana y de la persona, una enfermedad pues propia de nuestra especie. También es perpetuar la propia ignorancia de *otra* realidad en uno mismo (que nos une a esa realidad cósmica de la armonía de los complementarios), de una realidad igualmente tenaz(o, mejor dicho, indestructible), pero más oculta. Esa realidad va en contra de los condicionamientos que tácitamente instituyen un antagonismo de hecho tanto entre la mujer y el hombre, la esposa y el esposo, como entre lo que en nosotros mismos es “mujer” y lo que es “hombre”.

A decir verdad, esa visión *dualista* o *guerrera* del Universo, en que un aspecto de las cosas se encuentra en guerra constante con un aspecto “simétrico” igualmente esencial – esa visión no es fruto de una *reflexión*, que “partiría” (como he escrito hace un momento) de la realidad del conflicto en la pareja humana y en la sociedad humana, para “deducirla” acto seguido (o “instituir la”, como he escrito) en el Cosmos por entero. No es ni más ni menos que la expresión fiel, automática por así decir, del condicionamiento cultural, y va en el sentido de una función esencial de ese condicionamiento: *mantener el conflicto, la división en la persona misma*. Claramente, el mantenimiento de ese antagonismo instituido entre la “mujer” y el “hombre” que hay en mí sería algo imposible, o más bien, ese antagonismo estaría resuelto, *desde el momento* en que me tomase tiempo para contemplar el Universo con los ojos que recibí



al nacer, pues por todas partes constato que, salvo (aparentemente) en mí mismo y entre mis semejantes, lo “femenino” y lo “masculino” son complementarios indisolubles uno del otro; que de sus esponsales y su unión nace la armonía, la fuerza creativa y la belleza que hay en todas las cosas vivas y “muertas” de la Creación. Por contra, si pretendo “ver” por todas partes en el Universo “oposiciones” y “antagonismos” allí donde no están (aunque al hacerlo siga una venerable tradición, varias veces milenaria), eso no significa que haya usado mis ojos, sino que me he limitado a *repetir* (como todo el mundo) lo que se ha repetido de generación en generación desde la noche de los tiempos; y en todo caso, a obedecer el silencioso e imperativo requerimiento del consenso cultural – el mismo que ha instituido en mi persona una división, un conflicto que pretendo racionalizar (y con eso perpetuar) como una “necesidad cósmica”.

Ciertamente habría mucho que decir sobre el antagonismo en la pareja, y más en general sobre el antagonismo mujer-hombre – y estoy seguro de que se ha escrito mucho sobre ello, incluso cosas pertinentes. Éste no es lugar para extenderme sobre ese tema de lo más interesante, especialmente sobre la particular forma que toma ese antagonismo en nuestra sociedad patriarcal. Me parece que, entre aquellos que han visto su existencia, son muchos los que tienen a la estructura de la sociedad, que refleja y concretiza la preponderancia del hombre sobre la mujer, por responsable de ese antagonismo. Seguramente tienen razón – y sospecho que en una sociedad de pronunciada tendencia matriarcal se encontraría un antagonismo similar, que se manifestaría de manera más o menos simétrica. Sólo quisiera añadir que esa causalidad me parece *indirecta*, que me parece que se ejerce por medio de una causalidad más oculta, que ha aflorado en la reflexión de hoy. Esa causa más oculta y más esencial de la división en la pareja es el estado de división en *el interior de la persona*, tanto mujer como hombre, frente a sus propios impulsos (y especialmente los del sexo) y a sus propias facultades. Veo ahí la verdadera raíz del antagonismo entre hombre y mujer, igual que de su *mutua dependencia* a nivel espiritual, quiero decir la *falta de autonomía interior* en uno y en otra.

Esa división en uno mismo consiste en la íntima y secreta convicción, en uno y en otra, de ser sólo una *mitad*. Una de las señales de esa convicción es ese sentimiento difuso e insidioso, jamás examinado, de *fractura*, de *mutilación* quizás, del que sólo nos podría librar el compañero del otro sexo, al menos provisionalmente. Tras los aires de circunstancia “macho” o “Circe” (y muchos otros), cada uno, el hombre igual que la mujer, se encuentra frente al compañero potencial o real en la postura del *mendigo*, del que espera de la (mayor o menor) buena voluntad del otro una efímera liberación, que desearía completa y que siempre resulta coja, de su lastimoso estado de tarro agrietado, por no decir roto – *medio tarro* en suma, que busca otra mitad para que se la peguen bien que mal (y casi siempre mal que bien, quién lo duda...)

Ese sentimiento de fractura, esa *ignorancia* de nuestra verdadera naturaleza, de nuestra radical *unidad* más allá de la particularidad fisiológica ligada a nuestro sexo – esa profunda división que hay en nosotros me parece que es fruto de nuestro condicionamiento social. En todo caso no se percibe rastro alguno en los primeros días y meses del bebé. Ese condicionamiento no se reduce sólo a la valoración de lo “masculino” en detrimento de lo “femenino”, o a la inversa. Después de todo, si me siento, y me acepto y soy aceptado, *a la vez* como uno y otra, “hombre” y “mujer”, con una “nota de fondo” que puede variar de una faceta a otra de mi persona, y que en modo alguno se limita a la dominante (ciertamente muy importante) que prevalece al nivel de los órganos genitales – entonces ya no es tan importante si a mi alrededor es lo “masculino” o lo “femenino” lo que se valora. Al nivel de mi impulso sexual, mi “valoración” personal tiene de todas formas tendencia a dirigirse hacia el sexo opuesto al mío (perdón, quería decir complementario), sin sentirme por eso inferior (ni superior) frente a ese ser *diferente* en su cuerpo, que me atrae de manera imperiosa y profunda. Además, se trate de la valoración ligada al sexo o de cualquier otra, la importancia que tiene el “valor” o prestigio dado por el consenso social (a uno mismo o a los demás) es relativamente secundaria, por no decir mínima, en una persona que no esté afectada (o lo esté poco) por ese sentimiento de “fractura” del que hablo – en una persona en la que habite esa *seguridad* espontánea presunción ni fachada, sino manifestación de un conocimiento intacto de su propia

naturaleza.

Una señal entre otras de que la “fractura” o división<sup>62</sup> en la persona no es sólo producto de una valoración, es que esa división hace estragos tanto en el hombre como en la mujer, en aquél pues que se supone que es el “beneficiario” de ese consenso que pretende “valorarlo”, mientras que (en cierto sentido) le parte el espinazo a él igual que a su pareja. Esa división es tanto más aguda, tanto más violenta, cuanto mayor y más implacable sea la represión de uno de los sexos en “beneficio” del otro. Se podría decir que el principio que sigue “la Sociedad” (fuente e instrumento de la represión) al establecer los mecanismos represivos es: ¡“*dividir para reinar*”! Pero esa “división” creada por el Consenso para romper y esclavizar al hombre, y a la mujer, se juega en *dos tableros* a la vez. El tablero más visible es el de la *división en la pareja*, lograda<sup>63</sup> al instituir una preponderancia más o menos tiránica de un sexo sobre el otro – del hombre sobre la mujer, o a la inversa. Se supone que uno reina sobre el otro – y ambos son esclavos<sup>64</sup>. Pues cuando se desprecia a la esposa o al esposo, uno y otro son entregados al desprecio – a veces desprecio al otro, pero de manera más profunda y sobre todo, *desprecio a uno mismo*.

Y aquí llegamos al “segundo tablero”, más oculto, del juego de la división. Es la *división en la persona misma*, resorte oculto de la división en la pareja. Se acentúa con ésta, sin que por eso se reduzca a ella, y no es sólo el producto de la valoración de un sexo en detrimento del otro. Es más bien el producto de una *coacción* silenciosa e incesante, ejercida sobre nosotros por nuestro entorno desde nuestra infancia. Esa coacción no empuja a renegar, so pena de ser rechazados, de toda una “vertiente” de nuestra persona (la vertiente “yin”, o la vertiente “yang”<sup>65</sup>), rechazada como ridícula o impropia, y en todo caso como *inaceptable*.

(112')<sup>66</sup> Así, en las parejas *matriz-embrión* y *vagina-pene*, no hay duda en la distribución de los papeles yin-yang, y el término yin rodea en ellas y contiene al término yang. Eso me llevó a concluir precipitadamente que en la pareja *continente-contenido* era el “contenido” el que era yang, sin que me pusieran en guardia las parejas *forma-fondo*, *exterior-interior*, *periferia-centro* (donde, como bien sentía, el primer término era yang, siendo a la vez el que “contiene”). De hecho, en las parejas *matriz-embrión* y *vagina-pene*, equivocadamente había puesto el acento sobre el aspecto “geométrico” de la configuración de los términos en presencia, aspecto sin embargo secundario ante el aspecto principal que determina en este caso la distribución de los roles: *el que nutre* es yin en relación al *que es alimentado*, que es yang, y *lo que penetra* es yang en relación a *lo que es penetrado*, que es yin (igual que *el que da* en relación al *que recibe*).

Mis reflexiones sobre el yin y el yang, por limitadas que sean, han cimentado una íntima convicción de que más allá de las diferencias de percepción individual sobre la distribución de los roles yin-yang (o también sobre la “nota de fondo” yin o yang en determinada persona digamos), percepción muy sujeta a la “distorsión cultural”, realmente existe tal distribución (o “nota de fondo”) “natural”. Tiene una realidad tan irrecusable, “cósmica” e inmutable (en lo que se refiere a la distribución de los roles en las parejas de naturaleza universal, como los que hasta ahora hemos considerado), como una ley física, o una relación matemática, aunque ésta no pueda ser “establecida” ni por la experimentación (en el sentido en que ese término se entiende en la práctica de las ciencias naturales), ni por una “prueba” o “demostración”. La

<sup>62</sup>Me abstengo aquí de usar la expresión tan en boga de “castración”, término de gran violencia (¡superyang en este caso!), que tiene además el inconveniente de sugerir la imagen de una mutilación irremediable, irreversible, y por eso, a estimular reacciones de desconcierto, de revuelta o de resignación que refuerzan el estado de bloqueo, en vez de favorecer la evolución en el sentido de una progresiva resolución.

<sup>63</sup>(21 de octubre) Al menos en apariencia. Pero, como se sugiere más arriba, al ir al fondo de las cosas, uno se da cuenta de que esa división en la pareja, mantenida por la preponderancia del hombre sobre la mujer, tiene una “raíz” más profunda, sobre la que volveré unas líneas más adelante.

<sup>64</sup>Esclavos, además, que por nada del mundo se apartarían de sus cadenas, que quieren más que a su vida...

<sup>65</sup>En principio y salvo accidentes, el sentido de la coacción empuja al hombre a renegar de su vertiente yin, y a la mujer a renegar de su vertiente yang. La situación es más delicada para la mujer, que ha de renegar de sus rasgos, justamente, revestidos de prestigio por el consenso social, y que estaría pues incitada a querer cultivar. Se encuentra así sometida a dos presiones en sentidos opuestos, y se complica la tarea del inconsciente que ha de estructurar una identidad “operativa”.

<sup>66</sup>Esta nota surge de una nota a pie de página en la nota anterior (véase el reenvío en el primer párrafo de ésta).

realidad del yin y el yang se capta con una percepción directa, que puede desarrollarse y afinarse (entre otras cosas) con una reflexión suficientemente profunda.

Me parece que uno de los principales efectos de tal reflexión es justamente hacernos superar los reflejos-cliché, que nos ha programado la cultura ambiente, para reencontrar el contacto con la realidad misma. Ésta, me parece, ya está presente en las capas profundas de lo psíquico, como una especie de conocimiento-arquetipo, fuera del alcance del condicionamiento cultural. El papel de la reflexión es el de permitir retomar el contacto con ese conocimiento ya presente, y decantarlo con cuidado del “saber” superficial, es decir del condicionamiento cultural.

El trabajo que he iniciado en ese sentido ha sido importante para mi comprensión del mundo y de mí mismo, y por eso, en mi “quehacer” cotidiano y en la dirección de mi vida. Ese trabajo (como en muchas otras ocasiones) me parece como un *primer avance*, como una puerta que acaba de abrirse ante un vasto panorama, que me falta por explorar. Tengo a mano todo lo necesario para hacerlo – pero no sé si algún día lo haré<sup>67</sup>. Incluso dejando aparte las matemáticas, no faltan temas de reflexión igual de “jugosos”, y aún más personales y candentes, que sin duda tendrán preferencia sobre la profundización de una reflexión más general sobre el yin y el yang...

(113) (21 de octubre) Han pasado tres días sin escribir notas. Mis días han sido absorbidos por otras tareas y sucesos. Uno de éstos fue la visita de Pierre, acompañado de su hija pequeña Nathalie, ayer por la tarde. Piensa quedarse hasta mañana por la tarde, y leer mientras lo que está escrito del Entierro. Puede que sea poco, para un texto que me ha llevado casi tres meses escribir...

El tiempo que he podido dedicar a la reflexión lo he dedicado a jugar con las “parejas” yin-yang y los grupos que forman. El tema tiene con qué fascinar, combinando el sabor tan particular de la investigación de una “estructura” matemática, cuya misma naturaleza se precisa progresivamente durante el trabajo, con el de una reflexión sobre el mundo y la existencia. Cada una de las principales parejas yin-yang representa una especie de “ojo de cerradura” (entre una infinidad de ellos) que revela un cierto aspecto del mundo, o de un rincón del mundo. Los “grupos” de parejas que he recogido hasta el momento parecen corresponder más bien a diferentes posibles modos de aprehensión de las cosas del Universo, como otras tantas *puertas* que dieran a él y nos lo mostrasen bajo diferentes ángulos. Cada una de esas “puertas” tiene gran número de ojos de cerradura, tal vez un número ilimitado, por los que mirar – ¿tal vez a la espera simplemente de empujar la puerta? Por el momento me he limitado a detectar buen número de esas cerraduras (he encontrado más de dos centenares) y a poner el ojo en cada una aunque sólo sea unos instantes, aunque siempre me doy cuenta de que habría para mirar un buen rato sin perder el tiempo, ¡muy al contrario! Pero es mayor mi impaciencia por ir a echar una mirada por tal o cual otro agujero, y revisar así todas esas puertas, y orientarme mal que bien sobre cómo están dispuestas unas respecto de otras, y qué “patrón” siguen en una u otra esas cerraduras que habían desvelado su existencia...

Finalmente, a las dieciocho “puertas” que había detectado, hace poco más de una semana, se han añadido otras tres, lo que hace veintiuna, que se disponen en un diagrama (que había calificado de “vagamente en forma de árbol de Navidad”), que ahora tiene un “tronco” de nueve “vértices” (o “puertas”, o “grupos”, o “ángulos”), unidos por “aristas” o “lazos” verticales, y a cada lado del tronco otros seis vértices ligados a éstos y entre ellos, de manera que forman las “ramas”<sup>68</sup>.

<sup>67</sup>Igual que ignoro si el tipo de trabajo que veo abrirse ante mí ya ha sido hecho. (El estudio, en suma, de una especie de “mapa” local y global de las cualidades de las cosas del Universo y de sus modos de aprehensión, a la luz de la armonía de los complementarios yin-yang.) Pero ésta es una cuestión de lo más accesorio, visto que no se trata de presentar una tesis doctoral sobre esto o aquello, sino de profundizar en una comprensión del mundo y de uno mismo, que sólo puede ser fruto de un trabajo personal.

<sup>68</sup>(24 de octubre) No podría predecir si terminarán o no por aparecer parejas yin-yang que no se inserten de manera natural en ninguno de los grupos que hasta ahora he detectado, es decir, si habrá *otros* grupos o “puertas” yin-yang al mundo ¿incluso un número ilimitado?

El hecho de que no encuentre otra no significa que no pueda haber una infinidad de ellas, incluso una infinidad que escape a la experiencia humana, a nuestra manera de percibir el Universo. Esto me recuerda que más de una vez en estos últimos años, me ha golpeado la intuición de que, desde la hormiga o el minúsculo pulgón, hasta los mamíferos más cercanos a

Es gracioso, entre los tres “nuevos” grupos que han aparecido estos últimos días, uno era el más evidente, el más primordial o primitivo de todos: el que corresponde a la intuición del yin y del yang como lo “femenino” o “hembra”, y lo “masculino” o “macho”. Me parece que se expresa de la manera más llamativa por la pareja-arquetipo “*padre - madre*” (mejor que “hombre-mujer”, que también forma parte de ese grupo). Este grupo está cargado de connotaciones sexuales, en parejas como “*engendrar - concebir*” o “*pene - vagina*”, que forman parte de la nube de asociaciones que rodea al *acto* por excelencia, el Acto-arquetipo: el abrazo creativo que transforma (al menos en potencia) a la mujer en *madre* y al hombre en *padre*, con la aparición del *hijo*, la Obra que surge del Acto.

Esas connotaciones ligadas al impulso amoroso estuvieron en un primer plano en mi reflexión de hace cinco años. Además tuvieron un énfasis lírico quasi-ininterrumpido durante las 130 páginas de la famosa “obra poética” en que se condensó entonces la reflexión, lo que produce cansancio incluso en el lector mejor dispuesto. Seguramente como una reacción de dentera frente a ese doble “propósito deliberado” poético y erótico<sup>69</sup> en el único texto de referencia para mi reflexión de estos últimos días, me he “olvidado” pura y simplemente, entre los famosos grupos de parejas yin-yang, al que por supuesto abría la procesión (y además con razón) en ese desafortunado texto.

El título de la obra en cuestión, “Elogio del Incesto”, era un tanto provocativo, y daba una idea falsa de sus intenciones y de su “mensaje”. Además éstos evolucionaron mucho al escribir – la horma poética no impidió un trabajo de profundización, y de decantación. Un primer propósito fue el de sondear cierto aspecto (que sentía profundo y esencial) del impulso amoroso, tal y como lo conocía por mi propia experiencia. Se trataba pues ante todo del impulso erótico en el *hombre*, o más exactamente: el impulso “*yang*”, que corresponde al “papel masculino” en el juego y en el acto amoroso, pero que está presente con fuerza variable<sup>70</sup> tanto en la mujer como en el hombre. Desde hace mucho, quizás desde siempre, sabía que ese impulso, por su misma naturaleza, es “*incestuoso*”: es también el impulso de “*retorno a la Madre*”, de retorno al Regazo original. Ese gran retorno se “pone en escena” y se revive durante el juego amoroso, y culmina en un *abatimiento*, una *extinción* del ser, una *muerte*. Vivir en plenitud el acto amoroso, es también vivir *la propia muerte*, como un “nacimiento marcha atrás” que nos hace retornar al regazo maternal.<sup>71</sup>

Pero también es transgredir a la vez *dos tabúes* de considerable fuerza: el tabú del *incesto*, que excluye a “la Madre” como objeto del deseo amoroso, y también el que (al menos en nuestra cultura) separa y opone, cual enemigos irreconciliables, la *vida* y la *muerte*, *nacer* y *morir*. Sin embargo, bien sabía ya que el acto amoroso es *a la vez* una *muerte*, que culmina en el espasmo orgásmico, y un *nacimiento*,

---

nosotros, cada especie animal tiene formas de percepción y de aprehensión del Universo que escapan a cualquier otra especie, incluso a la nuestra; de suerte que en lo que se refiere a la riqueza de las formas de aprehensión sensorial (digamos) de lo que nos rodea, nuestra especie no “recubre” o “contiene” a ninguna otra, igual que ninguna otra nos contiene.

Ese “igual que” que acabo de decir me parece precipitado, incluso presuntuoso, visto que a nivel de la riqueza y finura de la percepción puramente sensorial, la evolución de nuestra especie tiene tendencia a ir más bien hacia atrás, a *regresar*. Sólo a nivel del intelecto, de la fineza de las imágenes mentales, y especialmente de las ligadas al lenguaje, sobresalimos sobre las demás especies, me parece. No es casualidad si la mayoría de las parejas yin-yang que espontáneamente me han llamado la atención son de esa clase, específicamente “humana”, mientras que sólo un puñado tienen (entre otras) una connotación sensorial evidente, como sombra-luz, frío-calor, bajo-alto, y algunas otras.

<sup>69</sup>(24 de octubre) Ese propósito deliberado en la forma reflejaba una actitud interior, la elección de cierto papel – el papel de *apóstol* de un mensaje. Véase al respecto el final de la sección “El Gurú-no-Gurú – o el caballo de tres patas” (nº 45), y la nota nº 43 que remite a ella.

<sup>70</sup>(24 de octubre) Esa presencia está escamoteada a menudo por mecanismos represivos de gran fuerza. Tengo la impresión de que en el hombre, ese impulso yang tiende a predominar sobre el impulso complementario yin, a la inversa que en la mujer. Pero los condicionamientos culturales, y los diversos modos de interiorización de éstos, tanto “positivos” como “negativos”, interfieren de manera tan draconiana (y a menudo compleja) con los impulsos originales, que a veces es difícil descubrirlos, detrás de ciertas manifestaciones esporádicas, furtivas y a menudo degradadas.

<sup>71</sup>Además estoy convencido de que este contenido del impulso amoroso yang está presente en todas las especies vivas e incluso más allá; que corresponde a una dinámica profunda de todas las cosas del Universo: que todo proceso (o “acto”) creativo es un abrazo del yin y del yang, de “la Madre” y de Eros el Niño, que retorna y se abisma en ella. De esa “muerte” (o “nacimiento marcha atrás”) del niño que retorna a la Madre, surge, como de una matriz nutritiva, el *fruto del acto*, “la obra”. El “niño”, la cosa *nueva*, aparece por el acto de muerte y de renovación de lo “*viejo*” que lo origina. En esta dimensión cósmica, el impulso original del sexo ha estado presente en todo tiempo, mucho antes de la aparición de la especie humana e incluso antes de la aparición de vida (en sentido biológico) en nuestro planeta.

una renovación del ser, que *surge* de esa muerte... como un brote nuevo que delicadamente se eleva sobre la nutritiva tierra, formada por la creativa descomposición de miríadas de seres que se han abismado en ella...

Fue durante esa reflexión sobre el sentido del acto amoroso, hace cinco años, cuando al fin comprendí que “la muerte” y “la vida” eran la esposa y el esposo de una misma pareja estrechamente enlazada<sup>72</sup>, que la vida eternamente nace de la muerte, para eternamente abismarse en ella. O mejor dicho, que la vida eternamente se abisma en la Muerte, para eternamente renacer de Ella, la Madre, fecunda y nutricia – Ella misma nutrida y renovada sin cesar por el eterno retorno a Ella de innumerables cuerpos de Sus hijos.

Y la pareja humana de la esposa y el esposo, la amante y el amante, cuando vive plenamente el impulso que les atrae, es como una *parábola* de esos esponsales sin fin de la vida y de la muerte: al final de cada noche de amor el amante se abisma y muere en la amante, para renacer con ella de esa muerte en su común abrazo...

Al comienzo de esta reflexión, visualicé un aspecto esencial de la división en la persona, como una especie de “*corte*”, un corte horizontal que “separa” al niño de la madre, igual que separa la vida de su madre la Muerte, y separa también una generación de la anterior.

Si vi desde el principio ese corte, sin duda fue porque no me afectó. Sin embargo, mi vida, igual que la de todos, ha estado profundamente marcada por ese otro gran corte, que vi más tarde al reflexionar y que he llamado el “corte *vertical*”: el que separa, oponiéndolas, las dos “mitades” femenina y masculina en cada ser, no tolerando en cada uno más que una en detrimento de la otra. Éste es justamente el que he tratado a lo largo de esta digresión sobre el yin y el yang, a la que estoy dedicado desde hace una o dos semanas.

Ahora me parece que esa división (“vertical”) es aún más crucial que la otra (“horizontal”), que en cierto sentido la implica o la “contiene”. Después de todo, *separar* al niño de la madre, y la vida de la muerte; asociar a la muerte, y al impulso que liga al niño y la madre, un sentimiento de *suciedad*, de *rechazo* o de *vergüenza* – eso es *cortar* uno del otro, para oponerlos, el esposo y la esposa en esas dos parejas cósmicas indisolubles y primordiales: la madre - el niño, la muerte - la vida<sup>73</sup>.

Es interesante, estas dos últimas parejas no figuran entre las que descubrí en “el Elogio”. La pareja “muerte-nacimiento” por contra<sup>74</sup>, más directamente ligada a mi vivencia-amorosa, sí figura. las parejas

---

<sup>72</sup>(24 de octubre) Por eso es extraño que entre las parejas yin-yang que apunté hace una semana, no figure la pareja “la muerte - la vida”. Quizás sea a causa de una confusión con la pareja emparentada “muerte - nacimiento” (o mejor, “morir-nacer”) que sí figura, de suerte que la primera podía parecer un duplicado de esta última.

<sup>73</sup>Aquí he escrito las parejas en el orden “natural” yin-yang, comenzando por el término yin, el término “original”. Respecto a la pareja “la madre - el niño”, nótese que el término “la madre” figura también en una segunda pareja arquetipo importante, anteriormente citada, la pareja primitiva entre todas “madre - padre”, que da nombre a su grupo. (El grupo de la pareja “madre-niño” es distinto, es el que he llamado con el nombre de la pareja “causa-efecto”.) Además, el término yang “niño”, de esa pareja “madre-niño”, también figura en otra pareja arquetipo “viejo-niño”, cercana a la pareja tan interesante “madurez-inocencia”. Esas dos parejas se insertan en el grupo que llamo “alto-bajo”, que es el más rico (aunque sólo sea numéricamente) de todos los que hasta ahora he detectado. Contiene muchas otras parejas notables, como *declive - auge*, *morir - nacer*, *destrucción - creación*, *olvidar - aprender*, *final - comienzo* ...

Al enumerar estas parejas, casi me he tenido que violentar, para nombrarlas en el orden yin-yang, en contra de inveterados hábitos. A primera vista el nuevo orden tiene un aspecto algo descabellado, incluso estafalario – ¡el mundo al revés en suma! Al mirar más de cerca, uno se da cuenta sin embargo de que ese orden inusual nos revela *otro* aspecto de la relación entre los términos, un aspecto complementario del aspecto habitual en el que (por ejemplo) “nacer” precede a “morir” – mientras que acabamos de ver que realmente “morir”, en un sentido más profundo, precede a “nacer”. Lo mismo ocurre con en nombre de conjunto de mi reflexión, “Cosechas y Siembras”, que sin duda constituye una pareja yin-yang (¡que descubro ahora mismo!). También está nombrada en el orden inverso al orden habitual yang-yin, se supone que las cosechas *siguen* a las siembras, y no a la inversa. Sin embargo el nombre se me ha impuesto sin ambigüedad alguna, y sin que en ningún momento aparezca la idea de que el nombre pudiera ser el inverso, “Siembras y Cosechas”. Verme enfrentado a cosechas inoportunas, es lo que una y otra vez ha terminado por llamar mi atención sobre las siembras de las que han surgido; como si el sentido profundo y la función de la cosecha fuera *llevarme* obstinadamente a esas siembras de mi mano, tanto tiempo olvidadas...

<sup>74</sup>Nótese que en esta pareja “muerte-nacimiento”, el término “muerte” no tiene el mismo significado que en la pareja “muerte-vida”: en la primera designa un *acto* (sinónimo de “defunción”), y en la segunda un *estado*. En alemán, hay dos

“madre-niño” y “muerte-vida” sólo aparecieron durante mi reflexión de estos últimos días, entre muchas otras que también se habían escapado a mi atención. Una de las más interesantes entre éstas es “el mal-el bien”. Es una de las parejas (como “muerte-vida”) que se pueden llamar “difíciles”, en el sentido de que condicionamientos de gran fuerza nos llevan a ver los dos términos como unos “contrarios” antagonistas, en vez de complementarios indisociables. Claramente, esos condicionamientos tenían más fuerza en mí hace cinco años al escribir el Elogio, que ahora. Sin embargo en el Elogio ya había un buen número de “parejas difíciles”, entre ellas las parejas “caos-orden”, y “destrucción-creación”...

Retrospectivamente, una comprensión algo profunda<sup>75</sup> de la naturaleza de las diferentes parejas yin-yang, como formando una entidad armoniosa de complementarios indisociables, me parece ahora que son otros tantos “umbrales” a franquear en nuestro viaje de descubrimiento del mundo y de nosotros mismos. Uno de tales “umbrales” es tanto más notable cuanto que la pareja en cuestión es más “difícil”; es decir, que su comprensión en tanto que “pareja” se enfrenta a resistencias interiores más fuertes, expresión del condicionamiento cultural.

(114) (26 de octubre) Ayer me costó un poco iniciar la reflexión<sup>76</sup>. Sin duda se debe a las numerosas interrupciones de estos últimos días. Sin embargo desde el día antes había algo candente que tenía prisa en confiar al papel, aunque sólo fueran unas líneas. Me dio pena constatar que se había perdido en el camino, ¡desplazado por todo tipo de cosas! Hoy no he podido decidirme a dejarlo tan prematuramente, como por un malentendido, antes de haberlo conocido de verdad, como quien dice.

Había ojeado la reciente edición del “Zupfgeigenhansl”<sup>77</sup>, ese clásico de la antigua canción popular alemana, recopilado y editado a principios de siglo. Parece ser que estaba agotado, pero unos amigos alemanes que estaban de paso por mi casa me habían traído un ejemplar. Ese día (anteayer) le había echado un vistazo antes de ponerme a trabajar, un poco como se le da la mano a un viejo amigo. Me encontré la canción “Wohl heute noch und morgen”<sup>78</sup>, que leí sin detenerme en ella, con las prisas que tenía de volver por fin al trabajo que me esperaba. Sin embargo eso no impidió que algo hiciera “tilt”. Bien sentía que esas palabras tan sencillas y en apariencia ingenuas me tocaban delicadamente en algo profundo – algo, además, muy próximo a lo que había intentado evocar mal que bien tres días antes. Justamente me disponía a pasar a limpio mis notas sobre ese tema. Quizás también sintiera confusamente que las estrofas que acababa de leer eran mensajeros más fieles y convincentes de lo que me hubiera gustado comunicar, que mis notas de una perentoria brevedad, escritas en la estela de otra cosa, como de pasada, donde la emoción de una vivencia inmediata estaba ausente.

---

palabras diferentes “Sterben” (sin la connotación algo formal de “defunción”) y “Todt”. En francés, me parece preferible designar la pareja con “morir-nacer”, lo que elimina la ambigüedad sobre el sentido del término “muerte”.

<sup>75</sup>Quiero decir, una comprensión que no sea puramente intelectual, que se manifieste concretamente con el cambio en la relación con otro, con el mundo o con nosotros mismos, con el cambio en la forma de ser.

<sup>76</sup>La reflexión de la víspera (nº 116) que he colocado *después* de la de hoy.

<sup>77</sup>En la Wilhelm Goldmann Verlag (1981).

<sup>78</sup>(N. del T.) *Wo's schneiet rote Rosen:* Wohl heute noch und morgen,/ Da bleibe ich bei dir;/ Wenn aber kömmt der dritte Tag,/ So muß ich fort von hier./ Wann kömmt du aber wieder,/ Herzallerliebster mein;/ Und brichst die rothen Rosen./ Und trinkst den kühlen Wein?/ Wenns schneiet rothe Rosen,/ Wenns regnet kühlen Wein;/ So lang sollst du noch harren,/ Herzallerliebste mein./ Ging sie ins Vaters Gärtlein,/ Legt nieder sich, schlief ein;/ Da träumet ihr ein Träumelein,/ Wies regnet kühlen Wein./ Und als sie da erwachte,/ Da war es lauter Nichts;/ Da blühten wohl die Rosen,/ Und blühten über sie./ Ein Haus thät sie sich bauen,/ Von lauter grünem Klee;/ Thät aus zum Himmel schauen,/ Wohl nach dem Rosenschnee./ Mit gelb Wachs thät sies decken,/ Mit gelber Lilie rein,/ Daß sie sich könnst verstecken,/ Wenns regnet kühlen Wein./ Und als das Haus gebauet war,/ Trank sie den Herrgotts Wein,/ Ein Rosenkränzlein in der Hand,/ Schlieff sie darinnen ein./ Der Knabe kehrt zurücke,/ Geht zu dem Garten ein,/ Trägt einen Kranz von Rosen,/ Und einen Becher Wein./ Hat mit dem Fuß gestoßen/ Wohl an das Hügelein,/ Er fiel, da schneit' es Rosen,/ Da regnets kühlen Wein.

*Cuando nieven rosas rojas:* Hoy y también mañana,/ estaré contigo;/ pero al tercer día,/ tendré que partir./ ¿Pero cuándo volverás,/ amor de mi corazón;/ y cogerás rosas rojas,/ y beberás vino frío?/ Cuando nieven rosas rojas,/ cuando llueva vino frío;/ tanto habrás de esperar,/ amor de mi corazón./ Ella se fue al jardín de su padre,/ allí se acostó, se durmió;/ soñó un pequeño sueño,/ en que llovía vino fresco./ Y al despertar,/ no había nada de eso;/ caían rosas,/ y caían sobre ella./ Se construyó una casa,/ de nada más que trébol verde;/ miró hacia el cielo,/ por si nevaban rosas./ La cubrió con cera amarilla,/ con lirios puros y amarillos;/ para poder protegerse,/ cuando llueva vino frío./ Y al terminar la casa,/ bebí del vino de Dios;/ y con una guirnalda de rosas en la mano,/ allí se durmió./ El chico regresa,/ entra en el jardín;/ lleva una guirnalda de rosas,/ y una jarra de vino./ Se tropieza/ con un montículo;/ se cae, y nievan rosas,/ y llueve vino frío.

Al levantarme esa mañana intenté traducir al francés esas estrofas, cuyo aire ignoraba y que sin embargo llevaban dos días cantando en mí. Seguramente esa era una forma de conocerlas mejor, de dejar que penetrara en mí mejor su sabor y su melodía. Para mi sorpresa, no me costó mucho encontrar en otra lengua, que al principio parecía reacia, algo del ritmo y de la música del texto alemán, permaneciendo muy cerca del sentido literal. He aquí esas siete estrofas, traducidas lo mejor que he podido<sup>79</sup>.

“Ce jour encore et demain auprès de toi serai mais dès que point le troisième jour sitôt je partirai.”	“Hoy y todavía mañana junto a ti estaré pero al despuntar el tercero enseguida partiré”
“Mais quand reviendras-tu encore m’amour, mon doux aimé?” “Quand neigeront roses rouges et quand pleuvra vin frais!”	“¿Pero cuándo volverás mi amor, mi dulce amado? “¡Cuando nieven rosas rojas y llueva vino rosado!”
“Ne neigent point les roses et point ne pleut du vin ainsi, m’amour mon doux aimé non plus tu ne reviens!”	“Nunca jamás nievan rosas ni tampoco el vino llueve así, amor dulce amor ¡tú tampoco vuelves!”
Au jardin de mon père me couchai, et y dormant me vint un joli rêvelet neige blanche sur moi neigeant.	En el jardín de mi padre me acosté y, al dormir me vino un bonito sueño blancos copos nievan sobre mí.
Et quand tantôt m’éveille, voici pur vide pur néant – c’étaient les roses rouges jolies dessus moi fleurissant...	Y al despertar, hete aquí el vacío pura nada – bonitas rosas rojas a mi alrededor nevaban...
Revient garçon et passe, tout doux dedans le beau jardin porte une couronne de roses un gobelet de vin.	El chico suavemente entra en ese jardín hermoso lleva corona de rosas y un vino generoso.
Du pied il a buté, tout doux au joli monticule tomba – et neigent roses aussi pleut du vin frais...	Suavemente se tropieza en el hermoso altozano se cayó – y nievan rosas y llueve vino rosado...

Había tal alegría, tal felicidad en mí, mientras intentaba traducir lo que leía, que al poco tiempo se volvió como parte de mí. Había esa belleza desnuda y dulce, a la vez serena y punzante, una belleza grave hecha de alegría y tristeza íntimamente entrelazadas. Creo que son pocos a los que no conmueve una canción como ésta, aunque la rechacen – como tan a menudo rechazamos una emoción que llega de improviso, cuando algo profundo en nosotros y que ignoramos, de repente entra en resonancia y nos habla en silencio de lo que preferimos ignorar.

El sueño, más que cualquier otra cosa, es el que puede hacer resonar eso que en nosotros ha de permanecer oculto, eso que ha de permanecer mudo. Sólo el lenguaje del sueño, quizás, tenga el poder de tocar esas cuerdas secretas que hay en nosotros y hacerlas cantar a pesar nuestro. Y cuando, durante un instante, permites que canten, aunque sea un canto de dolor o de gran pena, de repente te sientes ligero

<sup>79</sup>(29 de octubre) La versión que sigue es una versión revisada durante los tres días siguientes. Por la noche la cantamos y pude aprender la melodía de la canción. La mayoría de los cambios en la versión inicial se hicieron para tener en cuenta las exigencias del ritmo y del acento tónico de la canción. Repartiendo convenientemente las sílabas entre las notas de la melodía, ésta puede cantarse con el texto francés, sin tener que violentar en ningún momento al acento tónico (como desgraciadamente es corriente en ciertas canciones francesas de cosecha reciente.

y como nuevo – *lavado* en mar abierto, como si abundante agua hubiera pasado por tu ser y hubiera disuelto y arrastrado todo eso que en ti está anudado y duro y viejo...

Cuando el poeta se dispone a hacer resonar una de esas cuerdas cuyo canto desencadena las aguas interiores, por instinto toma prestado el lenguaje del sueño, a la vez límpido y cargado de misterio – un lenguaje con imágenes y parábolas, que desconcierta a la razón por su absurdo aparente, y que por su secreta evidencia ¡va directo allí donde quiere tocar!

Aquí no es necesario pronunciar la palabra “muerte”, o cualquier otra que la razón relacione. *Ella* sin embargo está presente, y su rostro de brumoso es el de la Bienamada. La Bienamada dormida y lejana que hace mucho tiempo dejaste, y a la vez muy cercana – a la vez nieve, y rosa que cae como nieve y nace de las nieves... La fuerza que atrae hacia Ella es como una ola profunda y muy poderosa, una ola que viene de Aquella que llama y que lleva hacia Ella. Y la llamada es tristeza punzante y el retorno es alegría que canta en voz baja y alegría y tristeza son *uno* y *son* esa ola que te lleva hacia la Bienamada, con la fuerza sin réplica de un parto.

Y tampoco ha sido necesario evocar, ni siquiera con una palabra, ese ansia y el impulso del deseo que hay en ti, *el niño* – el “muchacho” que la Bienamada llama hacia Ella. Basta que un sueño hable de Aquella que duerme en el jardín de su padre, soñando nieves y despertándose en rosas, para que también se despierte en ti esa ola tanto tiempo olvidada, en respuesta al ansia de Aquella que sueña y se despierta, llama y espera...

(114') Esa vieja canción silesia es una entre muchas otras canciones de amor viejas y menos viejas, que cantan esa misteriosa y punzante amalgama de la *bienamada* y de la *muerte*. La que acabo de transcribir quizás sea excepcional por la profusión de imágenes cargadas de sentido, y por la riqueza de asociaciones que suscita. No me propongo proseguirlas aquí una tras otra, después de haber evocado una o dos, las que más me han tocado. Cuando ayer y anteayer mis pensamientos volvieron sobre esas estrofas leídas de corrido, no fue para profundizar en una emoción, al principio epidérmica. Más bien me ha llamado la atención hasta qué punto los temas del amor y de la muerte, o de la bienamada y de la muerte, aparecen entrelazados, ¡como por algún misterioso sortilegio! Y más allá del tema de la muerte con rostro de bienamada se unen al del *nacimiento* – del despertar-rosas tras de un sueño-nieves, uno y otro misteriosamente unidos en la punzante imagen de las rosas que caen como nieve, sobre Aquella que a la vez sueña y se despierta, adormecida en el jardín de su padre.

El tabú tiene a bien inculcar el rechazo a la muerte, ¡su incompatibilidad con la vida igual que con el amor! Hay que pensar que va en contra de un conocimiento profundamente arraigado, o de un impulso tan poderoso como secreto, para que con tal tenacidad lo que ha de ser separado a cualquier precio parezca querer unirse, aprovechando las tortuosas vías del símbolo y del sueño, a través de cantos y mitos transmitidos de generación en generación, de siglo en siglo.

Sin duda numerosos y sabios volúmenes se han escrito sobre esas inquietantes amalgamas, hay que exorcizarlas mal que bien. No obstante tales esfuerzos, seguramente, en “alguna parte” de cada uno de nosotros, el sentido profundo de esas tenaces asociaciones se percibe mal que bien – en los momentos, al menos, en que no nos cerramos deliberadamente a la emoción que acoge en nosotros a esos mensajeros, que nos hablan de nosotros mismos con el elusivo y poderoso lenguaje del sueño.

Ese “sentido profundo” no es revelado de nuevo, directamente y con una fuerza elemental, por la experiencia amorosa, a poco que nos atrevamos a vivirla plenamente y escuchemos su mensaje evidente. Nos habla entonces del misterio de la muerte y del nacimiento, indisolublemente ligados en el Acto que transmite la vida y renueva a los amantes.

Sin duda no soy el primero en el que ese “conocimiento profundamente arraigado” surge de las oscuras profundidades en que tanto tiempo ha estado exilado, para volverse consciente lentamente e impregnar con tanta más fuerza mi relación con la muerte y la vida, con el mundo y conmigo mismo. Sin embargo tengo la impresión de que los testimonios escritos y publicados de tal conocimiento a nivel



consciente, deben ser raros. Los únicos que conozco son tres o cuatro estrofas del Tao Te King de Lao Tse<sup>80</sup>.

Por otra parte (y un poco paradójicamente), también tengo la impresión de que la amalgama “amor-muerte” se ha vuelto, en cierto momento, como una especie de cantinela romántica, una “tarta de crema” muy adecuada para sonsacar una lágrima incluso a los ojos más reticentes. El hecho es que, por fuerza, ha terminado por ser desacreditado – hasta tal punto, ay, que incluso la gente sensible tiende a veces a confundir el oro puro con la bisutería de estaño. Los hay que ven aires pasados de moda e incluso ridículos, allí donde hay una percepción viva y fina de una realidad oculta, y una expresión delicada, ajena a toda “moda”. Un consenso de “buen tono” viene aquí en ayuda de resistencias interiores de toda clase, que automáticamente amortiguan la irrupción de cualquier emoción viva y auténtica, sea de alegría o pena, gozo o zozobra, que venga a alterar la rutina diaria.

Es el mecanismo que tan a menudo bloquea la fuerza original del juego amoroso y de su culminación orgiástica. Afortunadamente, el hecho de que permanezcan ocultos, desterrados del campo de la conciencia, no impide que los arquetipos que animan el impulso amoroso estén sin embargo presentes – que hagan desvanecerse y desaparecer lo que tiene que desaparecer, para que el sentido del juego amoroso se exprese y se cumpla, y el acto final sea un acto creativo, una renovación. Pero a menudo un *miedo* secreto bloquea el “placer” incluso cuando se busca, asustados por la presencia tan cercana de una fuerza desconocida y temible, que amenaza (si no se tiene cuidado...) con barrer como briznas de paja a Aquél que en nosotros intenta mantener “el control”. Tal miedo no puede tolerar que el placer se acerque a ese umbral de punzante intensidad en que a la vez es placer *y* tormento, ambos unidos en un intolerable abrazo del que hay que librarse, para resolverse al fin en el abismo de la nada orgiástica...<sup>81</sup>

(27 de octubre) Creo haber comprendido en *lo esencial* el mensaje secreto de cantos y sueños como “Hoy y también mañana...”. Resta pues la cuestión: ¿Cuál es esa fuerza que con tal insistencia empuja a dar voz a ese “conocimiento profundamente arraigado”, más antiguo sin duda que nuestra especie; a expresarlo en contra de todo, a pesar de la vigilancia del *Censor* arisco y obtuso, dándole rienda suelta por los campos en el lenguaje simbólico del sueño, de recursos ilimitados?

Si los mitos, los cantos y los sueños nos susurran sin cansarse un mismo mensaje de innumerables rostros, ¡también es cierto que el prisionero al que se dirigen no se cansa de oírlos! Ciertamente es un prisionero voluntario, y se guarda mucho de *escuchar*. Le faltan aire, espacio y luz, y sin embargo se siente seguro entre los cuatro muros que rodean una existencia sin grandes sorpresas ni misterios, si no fuera por la muerte que está al final, infinitamente lejana... Su prisión le protege del *Desconocido* que está más allá de esos muros que finge ignorar. Le asusta y le fascina a la vez. Como el Más-allá de esos

---

<sup>80</sup>(30 de octubre) Me encontré esos pasajes del Tao Te King a finales de 1978. Fue una confirmación llamativa, totalmente inesperada, de cosas que sentía con fuerza (algunas desde hace mucho, otras desde hace poco...), y que parecía que era el único en sentir. Viví ese “encuentro” con gran alegría, con muda exultación. Esa alegría, esa exultación llevaron a la gestación y la escritura del Elogio del Incesto en los seis o siete meses siguientes. La concepción tuvo lugar en los días o semanas posteriores a ese encuentro. En un diapasón más modesto y humilde, he sentido una alegría semejante estos últimos días, al “reconocer” la emoción que animó a cierto poeta anónimo (muerto desde hace siglos) al cantar esas rosas que caen como nieve, nacidas de modo absurdo, milagrosamente del “Lauter Nichts” – del “puro vacío, pura nada”; o mejor dicho, al reencontrar en mi propia vivencia esa *misma* emoción, señal de un *mismo* conocimiento. El mismo que se encuentra en el Tao Te King, de hace más de cuatro milenios – con la diferencia de que en el texto chino, ese conocimiento se expresa con el lenguaje nada simbólico propio de una conciencia muy despierta, y no con el lenguaje del sueño (que también es el lenguaje-código de las capas profundas del psiquismo).

El contenido que reconocí en esas estrofas del Tao Te King claramente se le escapaba a los traductores de las cinco o seis versiones diferentes (en francés, alemán e inglés) que había tenido entre las manos. No me extraña. Tales mensajes, expresiones de una comprensión que va en contra de condicionamientos milenarios, sólo comunican su verdadero sentido (más allá de las palabras e imágenes utilizadas al expresarlos) a aquellos que ya los conocen por lo que han sabido asimilar de su propia vivencia, o a aquellos que estén realizando un trabajo de asimilación y ya estén preparados...

<sup>81</sup>(28 de octubre) Es el mismo miedo que, manifestándose como una especie de *rechazo* del placer, empuja a *aislar* el placer del conjunto de la experiencia amorosa, reduciéndola a éste y haciendo que sea su finalidad (a veces tácita, a veces claramente expresada). “El amor” se ve entonces reducido a una “búsqueda del placer” – a un intercambio en suma entre dos compañeros, como unos que se van a cenar a un restaurante de cuatro estrellas, o al Folies Bergère. Ese “placer” sujeto con correa es tan ajeno al impulso original como unas virutas de pintura seca, raspadas de un cuadro pintado por la mano de un Maestro, lo son al cuadro; o como es ajeno un secador a la brisa marina, cargada de olores del mar y de la tierra...

muros le asusta, su prisión-refugio le es más querida que la vida. Y sin embargo le fascina y le atrae, muy a su pesar, igual que le atraen y le fascinan los mensajeros que de tarde en tarde le hablan de él. Y a veces cede a esa insólita atracción, siempre a espaldas del Censor – Vigilante General: aunque pone la oreja como si nada, está “pouce”<sup>82</sup> – no ha oído nada y sobre todo, ¡no ha escuchado nada!

La cuestión que me planteé hace un momento parece haber desaparecido, escamoteada por una imagen convincente. Reaparece en cuanto recuerdo el *efecto* del mensaje – esa *emoción* que sale al encuentro del mensaje, y el *beneficio* de esa emoción.

Pero a decir verdad, *toda* emoción que toca una cuerda profunda es un mensajero del Más-allá de los cuatro muros, mensajero de Altamar. Aunque un instante después nos esforcemos en borrar todo rastro, es bienhechora, ya ha dejado su rastro, como un delicado perfume – como si esos desabridos muros se hubieran apartado un poco; o como si por una insospechada grieta nos llegase, en un aire aséptico, una bocanada, por ínfima que sea, de los aromas de los bosques y los campos.

(28 de octubre) Un poco a mi pesar, desde hace quince días, la reflexión ha tomado una dirección imprevista, sin relación con el tema del Entierro, ni (pudiera parecer) con mi propia persona. En el fondo bien sé que no es así, que sigo estando implicado más que nunca en estas notas. Eso no impide que esté dividido entre el deseo “de terminarlas”, y el de rebuscar en lo que entreveo día tras día, de seguir las asociaciones más imperiosas – deseo que se añada a la preocupación de no dejar escapar nada que pueda aclarar mi “investigación” sobre el Entierro. Lo que parece más lejano a veces también es lo más cercano...

El caso es que desde hace quince días, si no es desde que volví a escribir notas después del incidente-enfermedad, tengo la impresión (a veces algo penosa) de hacer las cosas “a la carrerilla”, precipitadamente; como si cada nueva nota fuera un paréntesis más que abría (ante un imaginario lector que pidiera gracia) ¡y que debía cerrar cuanto antes! Seguramente ha sido esa disposición, más que el paso de numerosos amigos por mi casa estas últimas semanas, la responsable de una escritura tan precipitada, por momentos algo embarullada. He tenido que pasar a limpio la mayoría de las últimas notas. Eso ha contribuido a ralentizar la progresión ¡y a mantener en vilo mi impaciencia por ver avanzar el trabajo!

También es cierto que esos temas que a veces trataba como de paso, como algo “bien conocido” que me tomaba la molestia de explicitar sólo para quedarme tranquilo y a beneficio de un lector que acabe de “desembarcar” – esos temas son a la vez muy delicados y de un alcance demasiado grande, como para soportar disposiciones tan desenvueltas. No he dejado de percatarme de eso a lo largo de las páginas, y de “rectificar el tiro”, quiero decir de reajustar mi actitud interior, bajo el peso, si así puede decirse, de lo que pretendía ¡abordar a la ligera!

Esto me recuerda que esta larga reflexión sobre el yin y el yang, en la que estoy involucrado desde hace cuatro semanas y que aún no ha terminado, no hace más que *explicitar* una intuición instantánea, que me parecía de lo más simple, por no decir evidente; una intuición que llegó como un “flash” la mañana del 12 de mayo, cuando acababa de escribir la primera nota sobre cierto “Elogio Fúnebre”. Al retomar la continuación de esa nota, hace un mes<sup>83</sup>, disponiéndome a seguir esa asociación de ideas, con preferencia a otras que me parecieron de menor interés, preveía que eso iba a llevarme cinco o seis páginas suplementarias, todo lo más. Ya llevo más de sesenta...

Ayer me detuve sobre la cuestión del sentido de la evocación simbólica de los lazos entre el amor y la muerte, o entre la muerte y el nacimiento, o la vida y la muerte – y del sentido, también, de la emoción que tal evocación suscita en nosotros. ¿Cuál es la fuerza que obra en el mito, o el canto o el sueño, que les empuja a “susurrarnos sin descanso un mismo mensaje de innumerables rostros”, – y cuál es la fuerza que hay en *nosotros*, prisioneros voluntarios de tranquilizadoras prisiones, que tan a menudo les responde

<sup>82</sup>(N. del T.) Literalmente “pulgar”, en referencia a la costumbre infantil de levantar el dedo pulgar para indicar que se deja por un momento el juego.

<sup>83</sup>En la nota “El músculo y la tripa (yang entierra a yin (1))”, n.º 106.

con esa emoción, que se adelanta a la evocación y muestra que ésta “da en la diana”, que toca allí donde quería tocar? Y también: ¿de dónde viene esa extraña potencia del lenguaje del sueño, – del lenguaje que evoca sin nombrar, que comunica lo que ningún otro lenguaje sabría comunicar?

Rastrear estas cuestiones, también es sondear el papel del impulso amoroso y del sueño, y los profundos lazos que los unen; alimentándose mutuamente, expresándose y comunicándose cada uno con el otro con un lenguaje común que escapa al Censor. Igualmente es sondear el papel de los arquetipos y los símbolos en el impulso amoroso, y el de las satisfacciones “simbólicas” del impulso.

Decididamente, todo esto me lleva mucho más allá de los límites de lo que razonablemente puedo esperar “colocar” en esta “digresión” sobre el yin y el yang, realizada (hay que recordarlo) ¡en medio de cierta Ceremonia Fúnebre! Es hora de dejar aquí este nuevo “hilo”, y de volver a otro “hilo” dejado en suspenso hace tres días<sup>84</sup>, que me llevaba a mi propia persona.

(115) (30 de octubre) Desde hace uno o dos días, me rondan la cabeza unos versos, de un poema escrito hace tres años. Primero lo escribí en alemán, y al día siguiente lo redacté en francés. Eran las dos primeras estrofas – la tercera y última parecía borrada del recuerdo, salvo el primer verso “Ein Kreis schliesst sich” – “Un cercle se parfait”. (Dejando aparte también el último verso, que retoma el de la primera estrofa). Al despertarme esa noche mis pensamientos volvieron sobre ellos, y terminé por levantarme para hojear en mis papeles. Enseguida encontré el poema – ¡para algo es bueno el orden! Son éstos.

Fruit dense mûr et lourd ma vie se penche pour le retour en Elle	Fruto prieto maduro y cargado mi vida se inclina para retornar a Ella
Les sucs doux et épais m'ont imprégné ont fleuri fragiles fleurs de lait devenues fruit et vin	Jugos dulces y espesos me han impregnado han florecido frágiles flores de leche hechas fruta y vino
Un cercle se parfait – de mon giron monte douceur décrit ses orbes et en sourdine se penche pour retourner en Elle...	Un círculo se cierra – de mi regazo surge suavemente describe su orbe y a la sordina se inclina para retornar a Ella...

Me parece que es el único poema que he escrito, en que el pensamiento de la muerte<sup>85</sup> claramente está presente. Aquí aparece bajo el nombre “Ella”. En la versión primitiva de la víspera, era evocada con la palabra alemana “Erde”, la tierra. La “traducción” de estas tres estrofas al alemán está lejos de

<sup>84</sup>En la nota “El paraíso perdido” (nº 116), puesta *después* de la presente nota (nº 114).

<sup>85</sup>Más bien debería escribir: el pensamiento de *mi* muerte. Dos poemas (de unos pocos versos cada uno) escritos en 1957, el año de la muerte de mi madre, están impregnados del presentimiento de esa muerte.

ser literal; siendo la primera

Voll und schwer		
reife Frucht		
neigt sich mein Leben		
gen Ende	Die süßen Säfte	
Der Erde zu	die mich durchtränken	
	haben geblüht	
	weiche Blüten	Ein Kreis schliesst sich
	und wurden Frucht und Wein	aus meinen Schoss
		steigt Süsse
		kreist
		und neigt sich
		gen Ende
		der Erde zu...

Finalmente, al reescribir ahora la versión primitiva en alemán, no he podido dejar de escribirla hasta el final, ¡pues las dos estrofas siguientes parecían brotar espontáneamente de la primera! Para mí estas tres estrofas son un poema de amor (además nunca he escrito poemas que no sean poemas de amor). Si éste se dirige a alguien más que a mí mismo, es a *Ella* – a Aquella que en silencio espera, dispuesta a acogerme...

Ese mismo día escribí otros dos poemas, uno antes y otro después. Ambos se dirigían a una “amada” de carne y hueso, Angela, “El Ángel” – una chica rubia y esbelta, de lo más vivaracha, que había conocido la semana antes, en una calurosa carretera donde ella hacía autostop. Me hubiera gustado darle esos poemas que había inspirado, junto con otro que escribí la misma tarde de nuestro encuentro, y otro más (todos en alemán, nuestra lengua común) que me vino al día siguiente de esos “tres (casi) de un golpe”. Y también me hubiera gustado que nos hubiésemos amado... Pero he perdido su rastro, igual que ella ha debido perder el mío.

Un punto en común de esos poemas suscitados por ese encuentro, es que cada uno es, o muy “yang”, o muy “yin”. Están entre los más intensos que he escrito, y cada uno llegó de golpe, casi sin retoques – como si ya estuviesen preparados y esperando sólo la señal de ese encuentro para tomar cuerpo en palabras tangibles.

A primera vista puede parecer extraño encontrar, entre esos poemas cargados de intensa tensión erótica, ese otro poema de tono otoñal, dispuesto a entrar en un largo sueño invernal. Pero eso sólo le puede extrañar al que no sienta el profundo lazo que une el impulso erótico con el sentimiento de la muerte. En esos días de soledad, había una percepción intensa de la vida, amplificada por la emoción erótica y por la profusión de imágenes arquetípicas que subyacen – y *al mismo tiempo*, el desapego sereno de una vida plenamente vivida que se acerca a su término, dispuesta a “retornar a Ella”.

Tales disposiciones de comunión con la muerte, nuestra Madre silenciosa, sentida como amiga y muy cercana, seguramente están favorecidas por un estado de gran fatiga corporal, que nos lleva a las cosas simples y esenciales: nuestro cuerpo, el amor, la muerte... Salía entonces de un “largo periodo de frenesí matemático”, del que ya he hablado en la introducción de *Cosechas y Siembras*<sup>86</sup> Empezaba a salir de un estado de agotamiento físico que me había dejado ese periodo algo demencial, que terminó (de repente, igual que comenzó) bajo el impacto de un sueño-parábola de una fuerza lapidaria, del que tuve a bien escuchar el mensaje<sup>87</sup>. Eran días de disponibilidad, de escucha – un “periodo sensible” entre dos olas: tras de mí una larga y amplia ola “matemática”, y ante mí una no menos amplia ola “meditación”

<sup>86</sup>Ver “Sueño y cumplimento”. Este “periodo de frenesí” se extiende de febrero a junio de 1981. Es el de la “larga marcha a través de la teoría de Galois” (ver la sección “La herencia de Galois”, n° 7). Desemboca en un largo periodo de meditación sobre mi relación con la matemática (ver las secciones “El patrón aguafiestas – o la olla a presión” y el “El Gurú-no-Gurú – o la silla de tres patas”, n°s 43 y 45). Éste va del 19 de julio hasta diciembre de 1981. Los poemas a Ángela (y el poema a “Ella”) son del 8 y 9 de julio (salvo el primero de todos, fechado el 1 de julio).

<sup>87</sup>Ver el principio de la nota n° 45, citada en la anterior nota a pie de página.

que ya se anunciaba... Comenzó diez días después, con ese otro sueño cuyo relato abre la introducción de Cosechas y Siembras, esa visión de mí mismo “tal como soy”.

Fueron semanas de intenso trabajo interior, de silenciosa gestación, de cambio. Y esos poemas de amor, de un tono muy diferente al de todos los que había escrito anteriormente, son un fruto y un testimonio de esa intensidad, de esa plenitud.

También fueron los últimos poemas de amor que he escrito. Quizás hubiera en mí la presciencia de que era la última vez que me enamoraría, ¡y que estallarían los fuegos artificiales de unos cantos a la bienamada! La presciencia de que esos poemas dirigidos a una chica desconocida, cuya belleza percibía intensamente sin haberla conocido, eran a la vez un *adiós* a los cantos de amor y a las mujeres que había amado – un adiós a mi pasión por ese amor que se consumía en ese rescoldo chispeante, y que iba a dejarme. Y, de modo aún más secreto y profundo, era un adiós (o un hasta luego, tal vez...) a *todas* las mujeres, que se confundían y se volvían *Una* bajo un nuevo rostro. Un rostro tal vez más lejano, rodeado de brumas, al final del camino – pero al mismo tiempo muy cercano, y muy dulce...

(116) (25 de octubre)<sup>88</sup> De nuevo han pasado tres días sin que encuentre tiempo para seguir el impulso inicial. El primer día, lunes, estuve ocupado sobre todo por la visita de Pierre y su hija (de dos años) Nathalie, a los que acompañé por la tarde para tomar el tren de la noche en Orange. Tiempo habrá en los próximos días de puntualizar lo que me ha aportado esa visita – una vista con la que ya no contaba... Por el momento prefiero proseguir el hilo de mi reflexión a machamartillo sobre el yin y el yang.

Esta reflexión puede parecer una digresión filosófica, que irrumpe repentinamente en cierta *indagación* donde no tiene nada que hacer – si no es que surgió de improviso de unas vagas asociaciones de ideas acerca de cierto Elogio Fúnebre... Sin embargo, siento que justamente con esta “digresión” comienzo a superar el estado de puesta al día del conjunto de “*hechos brutos*” que constituyen el Entierro<sup>89</sup>, para acercarme al fin, a poco que sea, a las *fuerzas* en acción, tras unos actos y comportamientos que parecen extrañamente aberrantes... Seguramente no es casualidad que justamente con esta “digresión” he sido llevado también, sin haberlo previsto, a implicarme personalmente de manera más profunda que en ningún otro momento de Cosechas y Siembras. Ése es uno de los frutos inesperados del reciente episodio-enfermedad, ocurrido en un momento en que me disponía a concluir rápidamente la indagación de las siete semanas anteriores...

Esta “digresión” pues, en la que unos verán una especie de confesión íntima, y otros una especulación metafísica, se sitúa para mí (más que ninguna otra parte de Cosechas y Siembras) en el *corazón* mismo del Entierro, en el corazón del conflicto. Únicamente ha cambiado la óptica, el “punto de vista” desde el que se mira la cosa – pero de repente, al cambiar de manera tan draconiana, ¡la cosa que se examina parece desaparecer de repente! No tardaremos, creo, en retomar el contacto que puede parecer perdido por el camino, con el “suceso” del Entierro.

Pero también se puede olvidar el suceso, cuyo principal mérito sería entonces el de suscitar la “digresión”...

Dediqué parte de la jornada de ayer a reescribir el borrador de la nota anterior, escrita hace cuatro días, y que finalmente he llamado “Nuestra Madre la Muerte – o el Acto”. Buena parte de ese borrador estaba con tachones, señal de que la formulación permanecía algo confusa, pues algunos temas

---

<sup>88</sup>(1 de noviembre) Esta nota es anterior a las dos precedentes, escritas entre el 26 y el 30 de octubre, que forman una continuación directa y una profundización de la que las precede inmediatamente, “El Acto” (nº 113, del 21 de octubre). La presente nota se refiere más bien al final de la nota del 12 de octubre (nº 112) que precede a esta última, a saber “La mitad y el todo – o la fractura”. A partir de ésta, la reflexión se escindió pues en dos vías paralelas: una (sobre el sentimiento de la muerte y su relación con el impulso amoroso) se desarrolla en las notas (presentadas como consecutivas) 113, 114, 115, y la otra se inicia con la presente nota nº 116.

<sup>89</sup>(14 de noviembre) Esta afirmación hecha “de carrerilla” no está muy pensada, y sólo es parcialmente cierta. Para una explicación más detallada y matizada, véase la nota “Retrospectiva de una meditación – o las tres hojas de un retablo”, nº 127.

importantes entraron en la reflexión un poco “de refilón”, de camino hacia otra cosa. A decir verdad, al comenzar esta nota me disponía ante todo a retomar el hilo de la nota anterior, bautizada “La mitad y el todo – o la fractura”, escrita hace justo una semana. Pero al final ese hilo quedó en suspenso, y es momento de que al fin lo retome.

En cuanto a esa nota, también tuve que reescribir buena parte del texto, esencialmente por las mismas razones, rectificando de paso malentendidos y oscuridades. Era el comienzo de una reflexión sobre la *división en la pareja*, íntimamente ligada a la *división en la persona*, y con más precisión a lo que he llamado (en la nota “El Acto” de hace cuatro días) el “corte vertical”: el que “corta”, o excluye, una de las “mitades” yin o yang del “todo” original que hay en nosotros.

A un nivel que por ahora es el de una comprensión intuitiva, no verbalizada, “comprendo”, es “claro” para mí, que la división en la misma persona (división creada por completo, parece ser, por el condicionamiento) es la causa profunda del conflicto omnipresente en la sociedad humana, sea el conflicto en el interior de la pareja o la familia, o el conflicto dentro de grupos más grandes o el que opone a unos grupos con otros, hasta el enfrentamiento armado de pueblos y naciones unos contra otros. El conflicto en la pareja, que opone dos antagonistas-tipo, distintos y fácilmente reconocibles como tales, pudiera parecer no sin razón como *la* parábola fundamental, como *el* caso elemental, irreductible, del conflicto en la sociedad humana. El punto central de la reflexión “La fractura” era llevar el caso del conflicto en la pareja a ese otro más fundamental, aún más “elemental”: el conflicto en cada persona misma, que opone una parte de ella misma a otra parte.

En la óptica de esa reflexión de hace siete días, era natural pensar en primer lugar al conflicto entre las “partes” yin y yang que hay en nosotros – aceptando una de ellas, debidamente inflada y puesta de relieve, y rechazando y relegando la otra de manera más o menos completa. Sin embargo tenía presente que en la persona también hay otros antagonismos, ligados a otros tabúes que no son los de la *univocidad del sexo*. Es cierto que este último tabú, tan fuerte como el del incesto, aún es más insidioso por la evidencia que lo reviste, que parece dispensarnos de la tarea de formularlo o nombrarlo ¡de tan evidente que es! Sin haberme tomado aún la molestia de asegurarme paso a paso, tengo la impresión (después de la reflexión del Elogio) de que ese tabú es el más crucial de todos; que la división o “fractura” que instituye en la persona es la raíz última de cada uno de los múltiples aspectos de la inveterada división que hay en la persona humana. Poner en claro con cuidado en qué medida realmente es así, sería un punto de partida de lo más atractivo, seguramente, para un “viaje en descubrimiento del conflicto”. Sin embargo éste no es lugar para lanzarme a eso – sin contar con que, en cuanto a los viajes que tengo ante mí, destinados a mí, veo puntos de partida más acuciantes que ése...

Al pasar a limpio el texto de la nota “La mitad y el todo – o la fractura”, además me he dado cuenta de que al escribirla no he explicado ni siquiera un poco, *por qué* veía en el conflicto en la persona la causa profunda del conflicto en la pareja, y del conflicto en la sociedad. Eso es algo que forma parte, acabo de decirlo, de las cosas que he “comprendido” (sin que hasta ahora haya tenido que “explicármelas”), que me han sido enseñadas y confirmadas con el lenguaje mudo y elocuente de mil pequeños hechos cotidianos, a lo largo de los días y los años<sup>90</sup>. No digo que carezca de interés explicitar o “explicar” aquí el “por qué” y el “cómo”, sea en pocas páginas, o quizás en imponentes volúmenes. Y seguramente unas páginas sobre este tema, aquí, no estarían ni más, ni menos “fuera de lugar” que cualquier otra página sobre el

---

<sup>90</sup>Esa “comprensión” o convicción no está contradicha, me parece, por lo que he podido constatar muchas veces, que la división en la pareja formada por la madre y el padre, y las actitudes antagonistas que la expresan, dejan una profunda marca en el niño, y a menudo dominan actitudes y comportamientos del adulto. Seguramente está justificado decir que al menos en gran medida, la división que hay en nosotros es la marca y la herencia de la división que, en los días de nuestra infancia, opuso nuestra madre a nuestro padre. Así, la cuestión de decidir si la división en la persona es más fundamental o “elemental” que la de la pareja, o al revés, puede parecer un poco como la de saber qué es antes, ¡el huevo o la gallina! Sin embargo tengo la convicción de que en una pareja en que uno de los esposos fuera “uno”, sin conflicto consigo mismo, y aunque su cónyuge tuviera con él una actitud antagonista, el conflicto *no* se transmitiría a los hijos de la pareja. Creo que la razón de esa convicción es que en ese caso el hijo sería *aceptado* totalmente por uno de sus padres. Me parece que la aparición de la división en el niño no es ni más ni menos que el efecto del *rechazo* de una parte de su ser por el entorno, y en primer lugar, por sus *dos* padres.

yin y sobre el yang y sobre el conflicto, que ya han encontrado su lugar en estas notas. Seguramente aprendería con ellas muchas cosas, como también las aprendería prosiguiendo ese otro tema de reflexión, sobre el conflicto que hay en nosotros entre el yin y el yang como causa última de la división que hay en nosotros. Claramente un tema prolonga al otro, ¡lo que hace más atractivos a ambos! Sin embargo, ahora no tengo ganas de proseguir en esa dirección, por poco que sea. No es ése el “hilo” que desde hace ya una semana tengo ganas de retomar, y que permanece en suspenso.

Al terminar la reflexión de esta nota<sup>91</sup>, hace una semana, de repente me sentí muy contento y muy pletórico: inesperadamente la reflexión retomaba el contacto con algo muy importante, que había perdido un poco de vista en los días anteriores: *la aceptación*. Ese contacto se restablecía con un sesgo negativo, en virtud de la palabra que concluye esa reflexión como un inesperado acorde de órgano – la palabra “*inaceptable*”. Por el hecho de que toda una “vertiente” de nuestra persona es rechazada como “inaceptable” por nuestro entorno, y en primer lugar por nuestros padres, que marcan la pauta (o por los que ocupan su lugar, cuando faltan los padres) – es por esa *no-aceptación* como el conflicto se instala en nosotros. El conflicto, la división que hay en nosotros no es otra cosa que nuestra *abdicación* de una parte de nosotros mismos, repudiada – la abdicación de nuestra naturaleza indivisa. Esa abdicación es el precio que pagamos, que *debemos* pagar, para ser “aceptado” mal que bien por el entorno.

Además esa “aceptación” no es una aceptación en el pleno sentido del término, una aceptación del que realmente somos. Es más bien la *recompensa* por nuestra sumisión a ciertas *normas*, por habernos conformado y amoldado a éstas – la recompensa en suma por una *deformación*, una *mutilación* de nuestro ser, a imagen de la que sufrieron en su más tierna edad los que nos rodean.

En la reflexión de las notas anteriores, se ha tratado de la aceptación en dos momentos, y las dos veces la aceptación se presentaba como algo crucial. La primera vez fue en la nota “La inocencia (los esponsales del yin y del yang)” (nº 107), en que retomo una constatación que se remonta a una meditación de hace cuatro años: que la eclosión y desarrollo pleno de una fuerza indivisa que hay en mí pudo realizarse en el contexto de una familia desgarrada por el conflicto y por el odio larvado, *por el mero hecho de que fui plenamente aceptado por mis padres* y por mi entorno. El conflicto sólo se instauró en mí posteriormente, después de los cinco años, en un entorno mucho más “pacífico” que mi familia de nacimiento. El conflicto entre familiares ciertamente estaba lejos de alcanzar (al menos en mi tiempo) tal intensidad exacerbada (aunque fuera velada) como la de mi familia de origen. Sin embargo, en ésta mi propia persona permaneció *fuera del conflicto*. Aunque a veces tomase parte, eso no era un desgarró, era la expresión espontánea de un ser no dividido, que jamás había conocido el mordisco del rechazo de los suyos, y del miedo al rechazo.

Ahora me doy cuenta, después de medio siglo, de que en mi nuevo medio, esa fuerza de la inocencia que había en mí irradiaba una especie de fascinación; como la de un *paraíso perdido*, infinitamente lejano, del que se hubiera tenido nostalgia toda una vida y que, de repente, nos interpela con la voz y la mirada de un niño. Entonces atrajo fuertes y perdurables afectos, que me han acompañado toda mi vida de adulto y hasta la muerte de aquellos que así me amaron<sup>92</sup>. Pero *al mismo tiempo*, era evidente que esa fuerza *no podía ser tolerada* – igual que en un jardín de diseño no se tolera un árbol o matorral vigoroso y exuberante, que creemos amar al recortarlo obstinadamente en forma de cubo, de cono o de esfera...

Según mi reconstrucción de los acontecimientos<sup>93</sup>, esa fuerza quizás aguantó dos años, dos años y medio, antes de sumergirse hondo, relegada a los sótanos, después de que me decidiera a ser y hacer como todo el mundo: todo músculo todo cerebro, quién lo duda y tanto peor para la tripa – ¡y tengamos la fiesta en paz! Terminé por ir al paso, *rechacé* y renegué (sin saberlo) todo lo que debía ser rechazado e ignorado, según el consenso sin fisuras de todos los adultos que me rodeaban. Y también por el consenso

<sup>91</sup>La nota “La mitad y el todo – o la fractura”, nº 112.

<sup>92</sup>Veo siete personas que me dieron su afecto así, de las que hoy sólo vive una.

<sup>93</sup>Hice esa reconstrucción de los acontecimientos que marcaron mi infancia en marzo de 1980.

de mis mismos padres, que casi cesaron de dar señales de vida, viviendo su gran amor lo más lejos posible de sus hijos...

(116') (1 de noviembre) Retomo el hilo interrumpido hace exactamente una semana, cuando inesperadamente me lancé (el 26 de octubre) a una especie de “digresión poética” sobre el sentimiento de la muerte en el amor y en los cantos de amor.

Acabo de releer las páginas anteriores, del 25 de octubre, y de pasar a limpio la última. Me parece que se cierra un círculo, cuyo trazado se inició hace dos semanas, con la nota “Eclósión de la fuerza – o los esponsales” (nº 107). Ese trazado concluye con las páginas anteriores, que retoman y amplifican el “acorde de órgano” al final de la nota del 17 de octubre, “La mitad y el todo – o la fractura” (nº 112). Ese acorde de órgano, o “última palabra”, que cierra la reflexión de ese día, se resume en el imperativo categórico de la palabra final, la palabra “*inacceptable*”.

Me parece que esa palabra final capta perfectamente, entre la multitud desconcertante de condicionamientos de toda clase que han moldeado nuestra vida, *la* causa determinante de la división que hay en nosotros: es la *no-aceptación*, *el rechazo* de nuestra persona, en los primeros años de nuestra vida<sup>94</sup>. Se concreta en la no-aceptación, en el rechazo de ciertas fuerzas e impulsos que hay en nosotros, que son una parte esencial de nuestro ser, de nuestro poder de conocer y de crear. Su represión, retomada por nuestra propia cuenta por los desvelos de un *Censor* interior inquieto e implacable, es una mutilación de ese poder que hay en nosotros. A menudo su efecto es el de una verdadera parálisis de nuestras facultades creativas<sup>95</sup>.

Ese poder inacceptable, o esas “facultades”, no son otras que la humilde capacidad de ser nosotros mismos. Lo que también es decir, vivir nuestra propia vida, con el humilde y pleno uso de nuestras propias facultades, en vez de una vida estereotipada, programada, movida sobre todo (y a menudo exclusivamente) por reflejos de *repetición*, de *imitación*. Éstos nos encierran y nos aíslan como lo haría una pesada coraza, rígida e impermeable, de la que no nos separásemos en ningún momento<sup>96</sup>.

La coraza se formó en nuestros primeros años, y va engrosando a lo largo de los años. Su función inicial era sin duda la de protegernos de la agresión (a menudo bien intencionada) de nuestro entorno, asegurarnos su tolerancia más o menos benevolente. Pero esa coraza no sólo nos protege del mundo exterior – también tiene, y quizás de modo más profundo y esencial, la función de aislarnos, de protegernos *de nosotros mismos*: de ese conocimiento y esa fuerza que hay en nosotros, declarados “inacceptables”, fuera de lugar, por el mudo consenso que impera a nuestro alrededor. Era en nuestra infancia, y lo es cada vez más a lo largo de los años, una coraza de *dos caras*, una “exterior”, la otra “interior”. Protegen al “yo”, al “Patrón”, por una parte de las agresiones que teme por parte del mundo exterior (¡y tiende a asustarse más de año en año!), y por otra parte y *sobre todo*, de las inquietantes e inadmisibles fantasías e incongruencias del “Obrero”; del *maldito muchacho* mejor dicho, de lo más imprevisible, inquietante aunque se mantenga a distancia con una triple capa gruesa, a prueba de fuego y agua...

(2 de noviembre) Después de la nota “La inocencia” (nº 107), que arroja luz sobre el papel que jugó mi aceptación por mi entorno inmediato durante mis primeros años, aún hay un segundo momento en que “la aceptación” y la “no-aceptación” estuvieron en el centro de la reflexión. Fue en “La aceptación o el yang en el yin” (nota nº 110), donde hago un balance parcial de los cambios que hubo en mí desde el día de los “reencuentros” con el niño que hay en mí. Van en el sentido de “retorno” progresivo a un “estado infantil”.

Ese retorno no es una “regresión” a un estado anterior, que hubiera borrado las huellas que ha dejado en mí, el viajero, el camino que ha sido el mío. Sólo por la *maduración*, fruto de un trabajo

<sup>94</sup>En ese aspecto mi propio caso ha sido excepcional, visto que no fui expuesto a tales actitudes por parte de mi entorno inmediato hasta la edad de seis años.

<sup>95</sup>(2 de noviembre) A menudo y de manera más ostentosa, se manifiesta con efectos de “bloqueo” – la incapacidad a la vez de “funcionar” en tal situación en que nos vemos comprometidos, *y* de desengancharnos de esa situación sin salida...

<sup>96</sup>Dejando aparte las horas en que dormimos y soñamos, cuando la coraza se aligera y a veces incluso desaparece...



interior, podemos reencontrar el contacto con una inocencia que parecía haber desaparecido, con el niño que hay en nosotros que parecía muerto y enterrado desde hace mucho tiempo. Y no hay maduración que no sea también retorno un poco – retorno al niño, y a la simplicidad, a la inocencia del niño. Así una vida plenamente vivida es como un círculo que se “completa”; es vejez que retorna a la infancia, es una madurez que reencuentra la inocencia – y termina en una muerte, tal vez, que prepara un nuevo nacimiento, como un invierno prepara una nueva primavera...

En esta especie de “balance” de un camino de regreso que no ha terminado, parece que la “última palabra” ha sido la *aceptación*, igual que la última palabra de mi camino de ruptura, del camino inicial, fue la de *no-aceptación*, de rechazo, de negación. Mi maduración no ha sido otra cosa que el proceso, el trabajo interior, con el que progresivamente he aceptado, acogido, las cosas que hay en mí y que durante mucho tiempo había rechazado, eliminado lo mejor que podía, ignorado.

En modo alguno es una “marcha atrás”, un camino que hubiera recorrido una vez y que de nuevo recorriera en sentido opuesto; una “regresión” pues, retomando la expresión de hace un momento. Es más bien como el arco superior de un círculo, que prolonga y continúa la línea inferior ya trazada, que *nace* de ésta, que es como su base nutritiva, y el trampolín para un nuevo impulso...

(3 de noviembre) Las notas de ayer concluyeron con una imagen inesperada, surgida de la reflexión sin que la llamara. Al principio la acogí con cierta reticencia, preocupado por que la visión de la realidad que sugería la imagen no fuera artificial; que la imagen no me “forzase la mano” y me hiciera decir cosas “traídas por los pelos”. Pero una vez escritas las líneas y después de detenerme unos instantes, supe que acababa de poner el dedo sobre un aspecto inesperado e importante de cierta realidad, un aspecto que tal vez me sea conocido, pero sin estar plenamente asimilado, un aspecto que tiendo a descuidar, o a olvidar.

Desde hace muchos años (118) tengo tendencia a valorar lo que va en el sentido de una “aceptación”, y por el contrario a ver bajo una luz negativa lo que va en el sentido de un “rechazo”. Tal vez sin expresarlo nunca con claridad, sentía que esas dos actitudes, la aceptación y el rechazo, eran como unos “contrarios”, unos “opuestos”, de los que uno sería “bueno” para mí y para todos, y el otro “malo”.

Con esta manera informulada de captar las cosas, permanecía prisionero (sin darme cuenta por supuesto) de la sempiterna visión “dualista” de las cosas, la que antes había llamado visión “guerrera”, que opone como antagonistas cosas que una visión más profunda nos revela como *aspectos complementarios* e inseparables de una misma realidad. En el momento de comenzar (el 25 de octubre, hace pues diez días) la presente reflexión sobre la aceptación y el rechazo, acababa de darme cuenta de que realmente son la esposa y el esposo de uno de esas famosas parejas yin-yang o parejas “cósmicas”, que estamos tratando desde hace un mes – desde los inicios de esta “digresión” sobre el yin y el yang. Por eso preveía que la reflexión iba a centrarse sobre ese aspecto de las cosas. Podía parecer que desde hace dos días se alejaba de él. Pero he aquí que las últimas líneas de la reflexión de ayer, con la imagen de dos arcos de un mismo círculo que se prolongan uno a otro, inesperadamente me lleva a esa intuición de partida, que permanecía inexpressada.

Tiendo a ver los *rechazos* que han dominado mi vida, de los ocho a los cuarenta y ocho años, bajo una luz sobre todo (si no exclusivamente) *negativa*: como un *peso* a veces aplastante que he arrastrado durante cuarenta años de mi vida, y del que al fin me desprendí (o más bien, *comencé* a desprenderme) a lo largo de los últimos ocho años. Esa “luz” se me fue revelando después del descubrimiento de la meditación y después de los “reencuentros” con el “niño” que hay en mí. Era pues el momento justamente en que comencé a descubrir los procesos de rechazo en mi vida, que se expresaban por una especie de “conformismo superyang”. Ese aspecto de las cosas no es nada imaginario. Percibirlo allí donde antes había algo en “blanco”, un vacío total, ése ha sido uno de los frutos de la maduración que se ha realizado en estos ocho años. Eso no impide que haya otro aspecto de la misma realidad, no menos real e importante, el aspecto “positivo” de “*potente principio de acción*”. Ese aspecto aparece por primera vez (y muy discretamente) en la meditación del 5 de octubre “Yang entierra a yin – o el Superpadre” (n<sup>o</sup>

108), cuando escribo:

“El “seré como ellos” (y no “como yo”) significaba también: voy a “apostar” sobre “mi cabeza”, tan buena como la de cualquier otro después de todo, ¡y “les” venceré con sus propias armas!”

Es esa motivación la que ha sido como la fuerza viva de mi desmesurada dedicación a la matemática, de 1945 a 1969 – la fuerza que ha alimentado un impulso de descubrimiento durante un cuarto de siglo<sup>97</sup>. Se elija ver tal dedicación bajo una luz “positiva” o “negativa”, lo que está claro es que realmente ha habido *impulso*, *acción* intensa. Por el lado del conocimiento de la vida, estaba ese “peso a veces aplastante”, jamás examinado, por no decir estancamiento total – y ese mismo “peso” a la vez alimentaba sin embargo un impulso de conocimiento, le daba su fuerza viva.

Desde mi “partida” en 1970, tengo tendencia a minimizar, y a veces a negar el “valor” que habría que conceder a tal impulso, en la dirección de un descubrimiento y de una comprensión llamada “científica” del mundo exterior. Varias veces he intentado, a lo largo de Cosechas y Siembras, captar los aspectos comunes entre tal descubrimiento y el descubrimiento de sí mismo, y también en qué difieren<sup>98</sup>. Seguramente puede decirse que el impulso de descubrimiento en una dirección científica (sea la biología, o la “psicología”...) nos aleja de nosotros mismos y de una comprensión de nosotros mismos. Cuando el papel de tal comprensión se entiende plenamente, pudiera estarse tentado de ver en el impulso de descubrimiento científico (y en cualquier otro que nos “alejase de nosotros mismos”) un “mal”, o al menos, un “obstáculo” a la maduración, y por eso, a un desarrollo pleno de nosotros mismos. (Al menos en el caso, que fue el mío durante mucho tiempo, en que ese impulso moviliza la mayor parte, e incluso la totalidad de la energía psíquica.) Sin embargo, también es cierto que *todo* lo que vivimos es materia prima para nuestro aprendizaje de la vida y de nosotros mismos. Es un *material* que nos toca dejar que se transforme en conocimiento, permitiendo que un trabajo de maduración se inicie y se realice en nosotros. Por eso no lamento nada de lo que he vivido, viendo finalmente que “ahí todo es bueno, y no hay que tirar nada”; incluso los desiertos de los largos periodos de estancamiento espiritual, que eran el precio que pagaba sin rechistar (y a ojos ciegos...) por mi desmesurada dedicación a una pasión devoradora. Ahora veo que incluso esos desiertos tenían algo que enseñarme, que sólo ellos me podían enseñar. No me los podía ahorrar – todo lo más hubiera podido tal vez iniciar al cabo de varios años ese “segundo arco” del círculo, cuyo vencimiento he retrasado durante varios decenios.

Es también con esa luz como se ve que la aceptación de mí mismo y de los demás, que nació y se desarrolló en mis años de madurez, se “alimentó” de los rechazos que habían marcado la mayor parte de mi vida – ese “arco inferior” del círculo evocado ayer, y su “base nutritiva”. Ciertamente, en los seis primeros años de mi vida hubo en mí una aceptación total de mí mismo, que no tuvo necesidad de “rechazos” anteriores para ser, y para desplegarse y afirmarse. Muy al contrario, pudo desarrollarse justamente *por el hecho* de que *no* estaba contrarrestada, ni tallada por las tijeras de cierto rechazo. Pero esa “aceptación” que había en mí durante mi infancia no es *la misma* que la de mi edad madura. Le faltaba una dimensión, que la mera aceptación de mi persona, por los que me rodearon en la infancia, no hubiera podido darle. Era el *conocimiento del rechazo* de mí mismo (o de una parte de mí mismo) por los demás, o por mí mismo. Ese conocimiento me llegó a través de la experiencia del rechazo, y también del desprecio, que es uno de sus numerosos rostros.

Tal vez algunos nazcan con un conocimiento, una comprensión del rechazo, que les permita permanecer *uno*, inocentes y curiosos, a pesar de los rechazos a los que esté expuesta su infancia. Bien sé que tal no ha sido mi caso. No me podía ahorrar la experiencia del rechazo y del desprecio por los demás y por mí mismo, como un semillero para la eclosión de una comprensión (por imperfecta que sea) del rechazo, y del desprecio.

<sup>97</sup>Era. más exactamente, la componente *egótica* de ese impulso, el “factor” egótico de esa “fuerza viva”.

<sup>98</sup>Ver especialmente las secciones “Deseo y meditación”, “La fruta prohibida”, “La aventura solitaria”, n.ºs 36, 46, 47.

(117) Acabo de sondear un aspecto inesperado de la relación entre rechazo y aceptación en mi propia vida, que se presentó inesperadamente en la reflexión de ayer. El “rechazo” de que aquí se trata no es sin embargo un rechazo en el pleno sentido del término; quiero decir, un rechazo plenamente asumido – faltaba más. Ese rechazo fue también una larga *huída* ante la cosa rechazada. Consistió en *no verla*, en *ignorarla*, y por eso, y en cierta medida, en hacerla desaparecer del campo de mi aprensión consciente, y también del campo visible de los demás. Fue causa y muelle de un estado de desarmonía, de desequilibrio – en este caso, un desequilibrio “superyang”, que marcó mi edad adulta, y algunos de cuyos mecanismos cruciales permanecen aún hoy en acción. Ese “rechazo” pues no aparece aquí en un papel de simetría, o de complementariedad yin-yang, frente a la “aceptación” (de mí mismo y de los demás) que hemos tratado hace un momento. Por el contrario ésta se inscribe en un trabajo de toma de conciencia de mí mismo, y va en la dirección del restablecimiento de una armonía perturbada. Se trata pues de una aceptación “con pleno conocimiento de causa”, de una aceptación en el pleno sentido del término – y no de otra huída, en dirección opuesta a la huída que hemos llamado “rechazo”.

Sin embargo hay una relación entre “rechazo” y “aceptación” más evidente que la sondeada arriba. Se presenta cuando uno y otra se toman “en el pleno sentido del término”. Entonces son aspectos *simultáneos* y complementarios de una misma armonía, de una misma actitud plenamente asumida. (Mientras que arriba se trataba de dos aspectos *consecutivos* de un camino, o de una progresión, pasando por un estado de desequilibrio, de desarmonía, para encaminarse hacia un equilibrio renovado.) En esta óptica, no hay “verdadera” aceptación que excluya el rechazo, que se cierre a él. Y no hay “verdadero” rechazo que no nazca de la aceptación, que no sea una manifestación suya tangible; que no sea una de las dos “caras” – la cara “yang” – de una misma cosa indivisible que comporta las dos, y cuya cara “yin” o “madre” es la aceptación<sup>99</sup>.

Una “aceptación” que excluyera el rechazo no es una aceptación, sino una complacencia (a otro o a uno mismo, o a ambos), o una complicidad o una connivencia (cuando se trata de la “aceptación” de otro). Aceptar totalmente a un ser, sea uno mismo u otro, no significa una aprobación incondicional de sus hechos y actos. Tal aprobación incondicional es por sí misma una *huída*, un rechazo a enterarse de una realidad (a menudo elocuente), y en modo alguno una aceptación. Lejos de crear un “campo de fuerza” propicio a la renovación, de retomar contacto con una unidad olvidada, refuerza una inercia, y contribuye a mantener una rutina.

Un rechazo que no sea al mismo tiempo una apertura, que no sea también como una mano (o “una vara”) tendida al otro, o un subidón que marca un punto de ruptura y de renovación en la relación con uno mismo – tal “rechazo” es verdaderamente un corte, que “corta” y aísla a la vez al que rechaza, y al que es rechazado. También es una huída, ante una realidad sentida como desagradable, incluso inquietante, cargada de amenazas para nuestra vida bien asentada, para nuestras comodidades – una realidad de la que creemos escapar con un hachazo: “eso no ha de ser”... ¡Y sin embargo, *es!* Y nuestro “rechazo” imperativo no impide que las cosas sean lo que son, aunque nos disgusten. Muy al contrario, igual que la complacencia de una aprobación automática, tal rechazo refuerza las inercias contra el cambio creativo, es como un *verdicto*: eres inaceptable, y así seguirás...

No digo que se realice en mi persona la armonía de la aceptación y el rechazo plenamente asumidos. Muy al contrario, sé que no es así – y no estoy seguro de haberme encontrado con algún ser que realice esa armonía. Realizarla, eso también es haber resuelto, en la propia persona, el gran enigma del “mal”: de la iniquidad, de la mentira, de la malicia, de la cobardía, del desprecio – y del sufrimiento de los que son golpeados y no tienen voz. Seguramente, también es comprender plenamente el “bien” que hay en lo

---

<sup>99</sup>Es interesante notar que esa distribución “natural” de los papeles yin-yang en la pareja aceptación-rechazo (distribución expresada en francés por el género femenino y masculino de uno y otro término de la pareja) se encuentra *invertida* en la imagen que espontáneamente se me presentó al final de la reflexión de la víspera. No es sorprendente que haya tales inversiones – igual que en una pareja de amantes, cuya relación amorosa no esté paralizada, no pueden faltar momentos en que los papeles se inviertan en el juego amoroso, para dar rienda libre a los impulsos eróticos “yang” que hay en la amante, y a los impulsos eróticos “yin” que hay en el amante. Hablo de la importancia de tales inversiones ocasionales de los papeles, en la nota “La aceptación (el yang en el yin)” (nº 110, último párrafo de la primera parte de esa nota).

que un sobresalto interior nos designa tan a menudo como “el mal”.

Rechazar la guerra, viendo y aceptando que está por todas partes y en todos; que aquellos mismos que amo la llevan dentro y la propagan, igual que yo mismo la he retomado, llevado, propagado y transmitido. Rechazar la guerra, aceptando que exista, amando sus innumerables y ciegos soldados. Eso y no otra cosa, seguramente, significa también: salir de la guerra, salir del conflicto – dejar de propagar la guerra.

(118) (4 de noviembre)<sup>100</sup> La aparición de esa “tendencia”<sup>101</sup> se sitúa a principios de los años 70, en los años pues que siguieron a mi “salida” de la escena matemática. Bajo la influencia de un medio y de amigos muy diferentes de los de antes, hubo entonces un viraje draconiano en los “valores” que reivindicaba. Con retrospectiva, puedo describir ese viraje como el paso de un sistema de valores “superyang” o “patriarcal”, a otro casi opuesto, de fuerte predominancia “yin” – un sistema “matriarcal”. Entre las influencias que actuaron en ese cambio, están algunas lecturas esporádicas de Krishnamurti – véase al respecto la nota “Krishnamurti – o la liberación convertida en traba” (nº 41).

Si entonces dejé actuar esas influencias, que iban a llevarme hacia tal cambio “ideológico”, fue sin duda (sin que entonces me diera cuenta) porque había en mí una profunda y urgente necesidad de renovación, y en primerísimo lugar, la necesidad de una liberación del peso de inveteradas actitudes “superyang”. Seguramente esa misma necesidad ya había actuado en 1969, cuando en plena actividad matemática intensa y fecunda, de repente de “descuelgo” de las mates para interesarme en la biología<sup>102</sup>; y el siguiente año, al dejar (sin vuelta atrás) la escena matemática e incluso la investigación científica. Hubo entonces un cambio repentino y draconiano de medio y de actividad, al que ya he tenido ocasión de aludir varias veces a lo largo de “Vanidad y Renovación” (la primera parte de Cosechas y Siembras).

Sin embargo sería inexacto, o parcialmente verdadero, considerar esos espectaculares cambios de medio, de actividad y de “valores”, como una “renovación”, una “liberación”. Ya me expreso con bastante claridad sobre ese tema en la sección “Reencuentro con Claude Chevalley – o libertad y buenos sentimientos” (nº 11). A la luz más penetrante de la presente reflexión sobre el yin y el yang, puedo decir que el cambio que parece ser el más significativo de todos, el de los valores yang abandonados (incluso antes de haberlos detectado en mí mismo, y aún menos de haberlos examinado) en favor de valores yin – ese cambio sin embargo no modificaba en nada la estructura (superyang) del “yo”, y todo lo más atemperaba un poco las actitudes y comportamientos que se seguían de ella. Es cierto que mi comprensión del mundo exterior se transformó considerablemente, en el sentido de un repentino ensanchamiento – pero esa transformación permanecía parcial, limitada casi exclusivamente al nivel intelectual, el de las “opciones”. No podía ser de otra manera, mientras esa transformación se limitase a mi visión del “mundo exterior”, en la que mi propia persona no figuraba, o sólo figuraba de modo accesorio y superficial, sobre todo a través de mi “papel social” y de sus ambigüedades y contradicciones. No más que en el pasado, no tenía entonces la menor sospecha de que en *mi propia persona* ¡pudiera haber ambigüedades y contradicciones! Bien al contrario, estaba animado por la inquebrantable convicción de que *mi* persona, ella, estaba exenta de toda contradicción (mientras que comenzaba a discernir las contradicciones en los demás, u poco por todas partes a mi alrededor); y especialmente, que mis deseos conscientes y mi conocimiento consciente de las cosas estaban en perfecto acuerdo con mi inconsciente (caso de que yo lo tuviera, y no fuera una simple copia de mi consciente...).

La primera fisura en esa convicción sólo apareció en la primavera de 1974, cuando comprendí al fin que algo debía ir mal también *en mí*, y no sólo en los demás, como causa de esa degradación inexorable de mis relaciones con todos los que me rodean (a lo que parece que se reduce toda mi vida adulta). Los

<sup>100</sup>Esta nota surgió de una nota a pie de página en la nota “El ciclo” (nº 116). Véase el reenvío al comienzo de las notas del 3 de noviembre.

<sup>101</sup>La tendencia a valorar la “aceptación”, oponiéndola al “rechazo”.

<sup>102</sup>Primero me interesé en la “biología molecular”, bajo la influencia de mi amigo biólogo Mircea Dimitrescu, que me inició en ese mundo fascinante.

efectos de esa saludable fisura fueron limitados, en ausencia de una verdadera *curiosidad* sobre mí mismo, que se convirtiera en un festín de ir a mirar lo que había detrás, y al hacerlo de ver hundirse un pesado edificio, hecho de ilusiones abracadabrantas y jamás examinadas...

Ese tenaz bloqueo de una curiosidad natural provenía sobre todo, seguramente, del hecho de que jamás me había encontrado en otro tal curiosidad, que hubiera podido hacerme sospechar que en la vida igual que en las mates, cada vez que se presenta un problema, hay mucho que mirar y, al hacerlo, que aprender cosas inesperadas y muy útiles – en otras palabras: que existía el *descubrimiento de sí*.

Entonces leí a Krishnamurti, y pude darme cuenta de que algunas cosas que decía eran ciertas, profundas e importantes. Por eso tuve tendencia a darle crédito en todo. Salvo por muy poco, tácitamente adopté la visión krishnamurtiana del mundo<sup>103</sup>. En ese momento, ese bagaje realmente actuó como una “traba” para una verdadera liberación, una renovación en el pleno sentido del término. Me explico sobre este tema en la citada nota (que acabo de releer), en la que me esfuerzo por captar cuál fue el papel de las “Enseñanzas” (de Krishnamurti) en mi propio itinerario.

El primer “despertar” en el pleno sentido del término sólo tuvo lugar dos años y medio más tarde, con el descubrimiento de la meditación. También fue el descubrimiento del descubrimiento de sí; que existe *algo desconocido* que es “yo”, y que puedo penetrar en ese algo, conocerlo. Ese descubrimiento crucial se realizó en un momento en que toda enseñanza (con o sin mayúscula) estaba olvidada. También fue el momento en que, por primera vez, se hundió “el edificio”, construido a base de ideas recibidas y de “enseñanzas” de todo pelo, mantenidas por una inmensa inercia – y el momento también en que apareció una curiosidad activa, a menudo traviesa, y siempre benevolente.

Después de ese viraje, con la eclosión en mí de una curiosidad hacia mi propia persona primero, y hacia “la vida” después como fruto natural, fui capaz de mirar con ojos nuevos a la vez a Krishnamurti y a su mensaje. Supe, con retrospectiva, apreciar la riqueza del mensaje, y al mismo tiempo discernir sus límites y carencias, al igual que ciertas contradicciones radicales en el Maestro (“the Teacher”, para sus discípulos y adeptos). Me parece que la más pesada de sus carencias y contradicciones es la que de nuevo he rozado hace poco: la ausencia de toda curiosidad hacia el mismo Maestro. En sus escritos nada hace sospechar que, en unos días lejanos, esa visión haya *nacido* en una *persona* – una persona presa, como tú y yo, en una red de ideas preconcebidas y de contradicciones jamás detectadas; que la visión se haya *decantado del error* a través de un intenso *trabajo*, a veces doloroso, a contracorriente de inmensas fuerzas de inercia; que las etapas de ese trabajo, o los “umbrales” franqueados a lo largo de esas labores, eran otros tantos *descubrimientos* inesperados trastornando cada uno todo un conjunto de ideas inveteradas, perpetuadas por los mecanismos universales de imitación, de repetición<sup>104</sup>.

Todas esas cosas, el niño las supo un día, e incluso las conoció, por haberlas vivido con intensidad. Pero el Maestro las ha olvidado, y no se preocupa de recordarlas. En vez de ser un niño, que apasionadamente descubre y *aprende* y al descubrir se transforma, ha querido ser el *Maestro* inmutable que *sabe*, por ciencia infusa inmutable, y que consagra su vida a expandir sus *Enseñanzas*, en beneficio del común de los mortales. Se ha convertido en lo que sus adeptos y discípulos, los que creen en él, querían que fuera: la encarnación de un mensaje estático, repetitivo y por eso, tranquilizador, el apóstol de una nueva ideología. Un *Gurú-no-Gurú* en suma, como yo mismo (emulando su ejemplo, quizás<sup>105</sup>) lo fui antaño...

<sup>103</sup>(5 de noviembre) El efecto en mi vida de esa “adopción” de una visión, convertida en una especie de bagaje cultural, fue de lo más limitado. Atrajo mi atención sobre ciertos aspectos de la realidad que antes se me habían escapado por completo, pero sin que por ello se active un trabajo en profundidad de triaje y asimilación, con poder de renovar. Si entre 1970 y 1976 (entre mi “salida” de la escena matemática, y el descubrimiento de la meditación) Krishnamurti fue importante en mi itinerario, lo fue mucho menos a causa del “bagaje” que le tomé prestado, que por convertirse (sin que yo lo supiera, por supuesto) en un *modelo* tácito, al que me identificaba sin querer parecerlo – el modelo en suma del “Gurú-no-Gurú”, del Maestro que pretende no serlo.

<sup>104</sup>(5 de noviembre) Esos mecanismos claramente son parte de los mecanismos básicos del psiquismo, en el hombre igual que en el animal. Son anteriores a todo condicionamiento, a todo aprendizaje (como el del lenguaje por el niño pequeño, y el de la casi totalidad de los actos de la vida cotidiana), que no podrían instaurarse y desarrollarse sin ellos. No estaban menos presentes ni eran menos eficaces en el joven futuro Maestro, que en cualquier otro.

<sup>105</sup>(5 de noviembre) Decididamente, el matiz dubitativo de ese “quizás” ¡no es de recibo! Véase al respecto la penúltima

(15 de noviembre) La nota anterior (del 4 de noviembre) la he llamado “Yang juega a yin – o el Maestro”. Como debe ser en una meditación sobre mí mismo, el nombre principal de la nota se refiere a mi propia persona, en referencia a cierto “juego” que jugué durante varios años, después de mi salida del mundo científico, en 1970<sup>106</sup>. En cuanto al segundo nombre “El Maestro”, puede ser interpretado indiferentemente en referencia a mi persona, designando el papel o la pose que tenía yo en ese juego del “yang que juega a yin”, o a Krishnamurti, que me servía de modelo tácito.

De hecho, los valores que se desprenden de los libros de Krishnamurti son valores casi exclusivamente yin. En el momento de mi primera lectura de Krishnamurti (en 1970 ó 1971), era la primera vez que veía resaltar tales valores, y captar con penetración los límites y carencias de la visión yang del mundo que yo tenía (y más o menos “todo el mundo”). Seguramente esa fue la razón de la impresión tan fuerte que esa lectura de algunos capítulos tuvo sobre mí. Seis o siete años más tarde tuve ocasión de leer la hermosa biografía de Krishnamurti escrita por Mme. Luytens. Ésta confirmaba cierta impresión de su persona que ya se desprende de sus libros (no obstante el hecho de que ahí no figure en persona). Hoy lo expresaría diciendo que el tono básico de su temperamento es fuertemente yin. Por añadidura en todos sus escritos se ve, como un leitmotiv constante, la puesta de relieve de cualidades, actitudes y valores de coloración yin, y la desvalorización (explícita o por omisión) de cualidades, actitudes y valores de tonalidad yang.

La vida y las enseñanzas de Krishnamurti realizan pues la actitud bastante excepcional del “*yin entierra a yang*”, que va en el sentido inverso de la que es con mucho más corriente, la del “yang entierra a yin”, de la que mi propia persona (al menos hasta mis cuarenta y ocho años) ofrece una ilustración igualmente extrema. Las opciones “superyin” de Krishnamurti<sup>107</sup> tienen el gran mérito de ir a contracorriente de los valores básicos de la cultura circundante. Eso no impide que me parezcan no menos represivos (de una parte de su persona por la otra parte) que los que fueron míos.

Sin embargo hay un aspecto “yang” muy pronunciado y chocante en la vida de Krishnamurti, que sin duda le fue impuesto por el papel de mascarón de proa, de (futuro) “maestro espiritual”, decidido por sus prestigiosos tutores teósofos cuando todavía era un niño. Más tarde, después del gran viraje en su vida marcado por unos descubrimientos que cambiaron de cabo a rabo su visión de las cosas (descubrimientos que se convirtieron en “Las Enseñanzas”), ese papel de “maestro”, o de “guía” fue (parece ser) totalmente interiorizado, retomado por su cuenta con la propagación de una doctrina personal, que no había tomado de sus maestros teósofos. Esa propagación representa una actividad intensa, incluso agotadora. No parece ir apenas en el sentido de un *equilibrio* del yin y del yang, sino más bien como una *coacción* impuesta a un temperamento eminentemente contemplativo, por un “yo” tan fuerte e invasivo en el maestro, como en cualquiera. Visto con esta luz, la presente nota “Yang juega a yin”, en que se habla sobre todo de Krishnamurti, igualmente podría llamarse “*Yin juega a yang*”.

Así, en dos momentos y en dos maneras diferentes, he jugado en mi vida a dos “juegos” que son como una *inversión* de las actitudes que han dominado la vida de aquél que, en cierto periodo de mi camino, se había convertido en el modelo tácito de mi imagen de marca (igualmente tácita), y de ciertas actitudes y poses que yo tenía. Pero a través de estilos de expresión inversos uno de otro, reconozco hoy un parentesco evidente. Uno está en la presencia de una *represión* (inconsciente, por supuesto), generadora de una ruptura del equilibrio natural del yin y el yang<sup>108</sup>. El otro se encuentra en la elección de un *papel*, y en el *peso de ese papel*, su efecto de frenada, incluso de bloqueo, en el florecimiento, en la maduración, en la progresión de una comprensión o de un conocimiento. Ese papel (o esa pose) fue el mismo en mí que en aquél que me sirvió de modelo, al que tal vez me limité a copiar tal cual. Es el *papel*

---

nota a pie de página escrita hoy.

<sup>106</sup>El momento del descubrimiento de la meditación, en octubre de 1976, marca además el declive brusco de ese juego, que prosigue mal que bien, en un registro más discreto, hasta 1981, cuando al fin es descubierto y desactivado. Véase al respecto la citada sección “El Gurú-no-Gurú – o el caballo de tres patas”, n<sup>o</sup> 45.

<sup>107</sup>Esas “opciones” se remontan sin duda a su infancia, y con más precisión, a sus primeros contactos con sustutores teósofos.

<sup>108</sup>En ese parentesco, ¡ciertamente tenemos mucha compañía!

de Maestro,

(119) (5 de noviembre) Hace un momento tenía ganas de hablar del yin y el yang en la matemática. Los aspectos yin y yang en un trabajo matemático, o en un enfoque de la matemática, sólo se me han presentado durante la reflexión de estas últimas semanas sobre el yin y el yang. Preveía que sondear un poco en estas notas ese doble aspecto, sería la manera más natural de “volver a mi rebaño”, en estas notas que se supone que constituyen una retrospectiva sobre “un pasado de matemático”.

Lo que para mí ha estado muy claro desde mis primeras reflexiones sobre el yin y el yang (hace cinco años), es que “hacer mates” es quizás *la más yang*, la más “masculina” entre todas las actividades humanas conocidas hasta este día. A decir verdad, toda actividad enteramente intelectual, especialmente la actividad científica y, más generalmente, toda actividad comúnmente llamada de “investigación”, es una actividad de fuerte predominancia yang. Iba a escribir: “marcada por un fuerte desequilibrio yang”, y tal es el caso en efecto cuando esa actividad llega a absorber la casi-totalidad de la energía de una persona. Esa predominancia (o ese desequilibrio) yang se ve con la evocación de buen número de parejas yin-yang, en las que está claro que sobre todo, por no decir exclusivamente, es el término yang el que está “presente” en el trabajo intelectual. Me limito a poner algunas de relieve, todas parte del mismo “grupo” (o de la misma “puerta sobre el mundo”), que llamo el grupo “lo vago – lo preciso”. (NB en esta última pareja y en las que siguen, el término yin figura en primer lugar.)

sensibilidad – razón (o intelecto)

instinto – reflexión

intuición – lógica

inspiración – método

visión – coherencia

lo concreto – lo abstracto

lo complejo – lo simple

lo vago – lo preciso

sueño – realidad

lo indefinido – lo definido

lo inexpresado – lo expresado

lo informe – lo formado

lo infinito – lo finito

lo ilimitado – lo limitado

el todo (la totalidad) – la parte

lo global – lo local (o lo parcial)

Acabo de releer mi repertorio yin-yang, y de recoger un buen paquete de otras parejas que hacen sentir el carácter superyang de la actividad puramente intelectual. Sólo diré el primero de aquellos en los que he pensado hace un momento: la pareja *cuerpo – espíritu*.

Visto esto, me parece que entre los diversos tipos de actividad intelectual, el trabajo matemático representa el último extremo-yang. Sin duda eso se debe ante todo a su carácter de extrema abstracción, al hecho de que sea, en gran medida, independiente de todo “soporte” en una experiencia sensorial y una observación razonada del mundo exterior, de aquél en que vivimos y se mueven nuestros cuerpos. Ese carácter de abstracción extrema distingue la matemática de toda otra ciencia, y el trabajo matemático de cualquier otro trabajo intelectual, para convertirlo en una ciencia o un trabajo “de la pura razón”. En oposición a las ciencias experimentales y las ciencias de la observación, también es la única ciencia cuyos resultados se establecen con *demostraciones* en el sentido más riguroso del término, procediendo según un *método* rigurosamente codificado y en principio infalible, el método llamado “*lógico*”, para llegar a unas *certezas* que dejan lugar a ninguna duda o reserva, o a la posibilidad de excepciones que se hubieran

escapado a los casos observados hasta el presente. Son otros tantos rasgos extremos-yang presentes en el trabajo matemático, y sólo en ese trabajo.

Ciertamente esos rasgos tenían con qué atraerme desde la infancia, ¡a mí que había optado a fondo por “la cabeza” y por el extremo yang!<sup>109</sup> Sobre todo después de la experiencia de la guerra y el campo de concentración, expuesto a discriminaciones y prejuicios que parecían desafiar a la razón más rudimentaria, lo que me fascinaba sobre todo en la actividad matemática (por lo poco que pude conocer de ella en mis años en el liceo), era ese *poder* que daba, en virtud de una simple demostración, de lograr la adhesión incluso la más reticente, de *forzar* el asentimiento de los demás en suma, estén predispuestos o no – a poco que acepten como yo las “reglas del juego” matemático. Esas reglas, desde mis primeros contactos con la matemática escolar, en 1940 en el liceo de Mende (al que pude ir, a pesar de estar internado a cinco o seis kilómetros, en el campo de Rieucros), se diría que las conocía, las sentía por instinto, como si las hubiera conocido desde siempre<sup>110</sup>. Seguramente, las sentía mejor que el mismo profe, que nos recitaba sin convicción los lugares comunes de costumbre sobre la diferencia entre un “postulado” (en este caso el de Euclides, el único del que él y nosotros habíamos tenido la suerte de oír hablar...) y un “axioma”, o “la demostración” de los tres “casos de igualdad de triángulos”, siguiendo el libro de clase igual que un niño de primera comunión sigue su breviario.

Cinco años más tarde, seducido por el repentino prestigio de la física atómica, me inscribí primero en los estudios de física en la Universidad de Montpellier, con la idea de iniciarme en los misterios de la estructura de la materia y de la naturaleza de la energía. Pero rápidamente comprendí que si quería iniciarme en unos misterios, no lo conseguiría siguiendo los cursos de la Facultad, sino trabajando por mi propia cuenta, solo, con o sin libros. Como no tenía olfato, ni el instrumental, para aprender la física de esa manera, lo dejé para tiempos más propicios. Entonces me puse a hacer mates, siguiendo “de lejos” algunos cursos, ninguno de los cuales podía satisfacerme, ni aportarme nada más allá de lo que podía encontrar en los manuales corrientes. Pero había que aprobar los exámenes...

(120) (6 de noviembre) Al releer las notas de ayer, he podido asegurarme de que había tenido cuidado de no recaer en cierta confusión entre el *trabajo* matemático, actividad de fuerte dominancia yang, y “la matemática”. Seguramente no es casualidad si en francés igual que en alemán, la palabra que la designa es del género femenino, igual que “la ciencia”, que la engloba, o el término aún más vasto<sup>111</sup> “la *connaissance*”<sup>112</sup>, o también “la *substancia*”. Para el matemático en el sentido propio del término, quiero decir para el que “hace matemáticas” (como “haría el amor”), no hay en efecto ninguna ambigüedad en la distribución de los papeles en su relación con la matemática, con la substancia desconocida que está conociendo, que conoce al penetrarla. La matemática es tan “mujer” como ninguna mujer que haya conocido o sólo deseado – de la que haya sentido el misterioso poderío, el atractivo que hay en ella, con esa fuerza a la vez muy dulce, y sin réplica.

Me di cuenta por primera vez de la profunda identidad entre el impulso que me atraía hacia “la mujer”, y el que me atraía hacia “la matemática”, unos meses antes del encuentro con las estrofas del Tao Te King que iban a desencadenar el Elogio del Incesto (y de paso, mi primera reflexión sistemática sobre “lo femenino” y “lo masculino”, de los que aún ignoraba los nombres chinos “yin” y “yang”). Fue hace seis años, al escribir un texto de dos páginas, titulado “A guisa de programa”<sup>113</sup>, se sobrentiende:

<sup>109</sup>Dejando aparte la variante militar y guerrera, de las paradas, uniformes, firmes y derechos, de las masacres y carnicerías impecablemente organizadas...

<sup>110</sup>Esos primeros contactos se sitúan poco tiempo después de mis reflexiones infantiles sobre la cuadratura del círculo, de las que habla la nota nº 69.

<sup>111</sup>(N. del T.) *el conocimiento*, en francés es femenino.

<sup>112</sup>Por contra, “el saber” es masculino, y es “el esposo” en efecto en la pareja yin-yang “el conocimiento – el saber”. El alemán aquí es menos claro, pues ambos términos “Kennen”, “Wissen” son *neutros* (en tanto que verbos sustantivados).

<sup>113</sup>A GUISA DE PROGRAMA para el curso de C4 de A. Grothendieck “Introducción a la investigación” 1978/79  
Cuando una curiosidad intensa anima una investigación, avanzamos como llevados por alas impacientes. ¿No somos entonces temerarios esquifes de velas extendidas que ávidamente laboran el inagotable océano? Sí, por todas partes nos rodean brumas inestables que sin cesar toman cuerpo y se aclaran bajo los ojos que las escrutan, ¡sin cesar se hurtan para provocarnos



para el curso (de C4) de “Iniciación a la Investigación”, cuyo texto constituía una introducción, o más exactamente una declaración de intenciones sobre el espíritu de ese “curso”. Después de escribir ese texto, que vino a mi pluma del modo más espontáneo, me chocó la abundancia de imágenes que nacían unas de otras, cargadas de connotaciones eróticas. Bien me daba cuenta de que no era casualidad, ni el resultado de un mero propósito literario deliberado – que era señal inequívoca de un parentesco profundo entre las dos pasiones que habían dominado mi vida de adulto. Sin que entonces pensara en profundizar la cosa con una reflexión sistemática (que no vino hasta unos meses más tarde, con ocasión de la escritura del Elogio), ni siquiera (creo) en formularme claramente lo de repente percibía, creo poder decir que en ese momento aprendí, sin tambores ni trompetas, algo importante – había “descubierto” algo<sup>114</sup>, algo que antes se me había escapado totalmente.

Por supuesto, como todo el mundo, había oído hablar de Freud y de la sublimación de la libido y todo eso, pero eso no tiene nada que ver. Ni toneladas de libros de psicoanálisis ni de todo lo que se quiera pueden ahorrar tales momentos, en que toda teoría, todo “bagaje” se olvida, y de repente ¡algo “hace tilt”! En esos momentos se renueva nuestro conocimiento de las cosas. Eso no tiene nada que ver con leer libros, escuchar conferencias, es decir: aumentar un saber<sup>115</sup>.

---

mejor a penetrarlas! Y exultamos ante el misterio de todo nuevo enigma entrevisto, despojado de los velos de bruma por nuestra mirada apremiante, para ser fecundo en nuevos misterios...

Sólo la ardiente curiosidad es creativa, nos lleva directos al corazón mismo de lo Desconocido. ¿No es Ella nuestra única y verdadera herencia, depositada en cada uno de nosotros desde antes de haber nacido? Grano imperceptible, del que sin embargo nace la Flor de mil pétalos como al Árbol de innumerables ramas... No hay nada que no nazca de Ella. Y a poco que la dejemos desarrollarse en nosotros, no hay nada que no pueda dar a luz nuestra Sed de conocer. Sólo Ella nos da alas, sólo Ella anima el impulso que nos lleva al corazón de las cosas. Donde no esté ella, no hay Creación, ni Amor.

Cuando esa sed está ausente, ¿qué sentido resta a nuestra vida? ¿Qué sentido tiene un trabajo donde no haya creación, ni amor? ¿Qué queda pues, cuando parece que ya no hay rastro del niño que en nosotros juega y se interroga? ¿Cuál es el futuro de un mundo que deja perecer su única herencia?

Los tres últimos años, he enseñado como un ciego que pintase. Hablaba de cosas que iba descubriendo a personas venidas a escucharme por alguna extraña obligación. Ciertamente, las cosas vistas y dichas eran tan tangibles y tan simples que un niño curioso podría descubrirlas conmigo como compañero de juego – y yo hablaba como le hubiera hablado a ese niño, o a mí mismo. Y llevado por ese diálogo imaginario, permanecía ciego al hecho de que monologaba, ante unos alumnos dedicados a tomar apuntes de un curso que no les concernía. Las cosas dichas ya podían ser infantiles y vivas – eran como otros tantos objetos heteróclitos y muertos que se amontonan a barullo en unos espíritus inertes – golpeados por la parálisis. La indiferencia siempre será incapaz de abrazar, ni siquiera las evidencias que un niño reconoce al jugar. Sí, por más que se afane en lograr sus fines, la indiferencia permanece impotente. Cuando no le mueve la alegría, a menudo el esfuerzo desemboca en la angustia, jamás en una comprensión. Donde no hay comprensión, ¿puede haber competencias?

Sin saberlo, prisionero inconsciente de los encantos de un solitario viaje de descubrimiento, no he hecho más que perpetuar en unos alumnos sin voz las viejas angustias, las viejas impotencias. Algunas notas a final de año, garabateadas por una mano cansada en unos exámenes escritos sin convicción y leídos sin gusto; uno o dos decididamente dados por “irrecuperables” – he aquí a qué se reduce el irrisorio balance de tres años de actividad docente.

¿Y ahora?

¿Qué haremos, nosotros los nuevos protagonistas, en este nuevo año ¡ay! académico que comienza, para responder a los desiderata de un curso oficial, sin limitarnos por eso a reproducir el escenario inmutable del profesor perorando ante sus alumnos? Toda enseñanza es castradora, todo discurso vano, si no se dirige a unos cuya curiosidad no esté ya despierta. Cuando la curiosidad está ausente, y quizás hasta borrado el recuerdo de los tiempos pasados en que aún estaba viva en nosotros – ¿qué hacer para revivirla? Ésta nuestra primera, nuestra principal cuestión, la que ha de preceder a cualquier otra. Mientras esté en suspenso, mientras no se despierte en cada uno el deseo del Juego – toda incitación a un viaje de descubrimiento que se haría en común permanece carente de sentido.

Nuestro principal propósito será pues incitar a jugar al niño que dormita en el Alumno paralizado en su asiento, igual que en el Profesor. ¿Pero le corresponde al Profesor incitar – no es más bien el papel de cada uno de nosotros incitar a los demás, comenzando por uno mismo? Para incitarnos a eso, ¿no sería necesario, a falta de un interés previo por una “materia” que en el fondo al alumno se la trae f....., un sobresalto de sana náusea ante la perspectiva de retomar una y otra vez el sempiterno ballet mecánico, ¡figurantes insulsos en el rito infinitamente repetido de nuestra propia castración! O bien, el rito habrá terminado por lograrlo, y realmente habrá castrado en nosotros al hombre y la mujer libres y creativos – estaríamos reducidos sin esperanza al triste estado de Homunculus Studiensis? ¡A vuestros sitios pues, “Profesor” y “Alumnos”, para ejecutar, sumisos, vuestra danza!

A nosotros nos toca ver si seremos el niño abortado en un juego fascinante – o marionetas saltarinas...

<sup>114</sup>Fue un “descubrimiento” en el modo “yin”, “femenino” – hecho por la acogida de un conocimiento nuevo, con disposiciones de silenciosa apertura a lo que nos llega. Tales momentos han sido raros en mi vida, creo. En todo caso, los descubrimientos de los que guardo recuerdo son casi todos de tonalidad yang, “masculina”.

<sup>115</sup>Esta constatación no contradice el hecho de que es muy posible, e incluso probable, que esa “toma de conciencia” (el paso pues al nivel consciente de algo percibido en el inconsciente) haya sido facilitada por la existencia del consenso freudiano, del que había oído hablar pero me había dejado frío. Un saber puede favorecer la eclosión de un conocimiento, pero es mucho más frecuente, me parece, que ahogue en el huevo toda veledad de eclosión – a la manera de las “respuestas” preconcebidas que ahogan en el huevo la eclosión de una (buena) pregunta...

Es algo notable, cuando “todo el mundo ha oído hablar” por poco que sea del papel del impulso erótico en la creatividad

Cuando pienso en “la matemática”, seguramente no es en la totalidad del *saber* que se puede calificar de “matemático”, consignado desde la antigüedad hasta nuestros días, en publicaciones, preprints o manuscritos y cartas. Incluso eliminando las repeticiones, sin duda debe haber varios millones de páginas de texto apretado; tal vez una decena de toneladas de libros, o varios millares de gruesos volúmenes, con qué llenar una espaciosa biblioteca: nada con qué excitar sexualmente eso es seguro, ¡bien al contrario! Hablar de “la matemática” no tiene sentido más que en el contexto de una *visión*, de una *comprensión* – y éstas son cosas esencialmente personales, nada colectivas. Hay tantas “matemáticas” como matemáticos, y cada uno tiene de ella una experiencia personal, más o menos vasta o limitada, uno de cuyos frutos es su propia comprensión, su propia visión de “la matemática” (la que él ha conocido), siempre más o menos parcial. Es un poco como “la mujer”, que a algunos les puede parecer como una mera abstracción, o como una fórmula hueca y que sin embargo tiene una “realidad” profunda, poderosa, irrecusable (al menos para mí), de la que cada mujer que nos encontramos o conocemos es una encarnación y representa un aspecto; y la *misma* mujer en la experiencia de otro representa sin duda otra encarnación, otro aspecto.

Mi propósito aquí no es el de enfrentarme a la dificultad de “integrar” esa vasta multiplicidad de experiencias, de comprensiones, de visiones de “la matemática” en una totalidad, una unidad – y esto, además, en una época en que asistimos (me parece) a una especie de alocada “divergencia” de la producción matemática, y sin duda no hay ningún matemático que pueda jactarse de conocer, aunque sea a grandes rasgos, la totalidad o lo esencial de los logros substanciales de nuestra ciencia. Mi propósito era más bien examinar un poco el juego del yin y el yang en el *trabajo* matemático, lo que es decir también, en la relación del matemático (o de tal matemático, comenzando por mí mismo) con “la matemática”. La cosa examinada es pues “el matemático” o “tal matemático” (en su relación con la matemática), en vez de “la matemática” misma.

(121) (7 de noviembre) Al nivel de nuestras facultades intelectuales, de la razón, “conocer” algo es ante todo “*comprenderlo*”. Y en un trabajo de descubrimiento que se sitúa en ese registro de nuestras facultades, el impulso de conocimiento que anima al niño que hay en nosotros (independientemente de las motivaciones propias del “yo”, del “Patrón”) es el *deseo de comprender*. Tal vez sea ésa la principal diferencia que distingue el impulso de conocimiento intelectual de su hermano mayor, el impulso amoroso. Ese deseo de comprender preexiste a todo “método”, científico u otro. Éste es una herramienta, forjada por el deseo de servir a sus fines: penetrar en lo desconocido accesible a la razón, a fin de comprender. El conocimiento nace del deseo de conocer, del deseo de comprender pues cuando es la razón la que quiere conocer. El *método*, instrumento del deseo, es por sí mismo impotente para dar a luz un conocimiento – no más que los fórceps del médico, ni las expertas manos de una comadrona, dan a luz. Pero a veces ayudan al nacimiento del recién nacido, cuando el momento está maduro y saben hacer lo adecuado...

Muchos estudiantes de bachillerato y universidad, si no todos, deben sentir el *rigor* en matemáticas, que les ha sido machacado por malhumorados profesores, como una especie de a priori totalmente exterior a su humilde persona, incomprensible y arbitrario, dictado por un Dios perentorio e implacable a un Euclides nombrado Gran Censor en Jefe, con la misión de amargarle la tarea a innumerables generaciones de alumnos, ingurgitando mal que bien la Cultura con C mayúscula. He debido ser uno de los pocos que no ha pasado por ese estado en mi relación con la matemática escolar – que ha sentido por instinto, desde el primer encuentro y en el mezquino marco de un libro de mates de sexto, la función y el sentido originales del rigor: que era un instrumento flexible y de asombrosa eficacia, al servicio de una comprensión de

---

(artística o científica, digamos), no se transparentaba ni rastro de eso en los consensos corrientes en los medios de los que formé parte en un momento u otro. Sin embargo no faltaban los hechos chocantes, que desde hacía mucho podían haber puesto la mosca detrás de la oreja. Así, hasta hace tres años, los periodos de intensa creatividad en mi vida, y sobre todo los periodos de renovación interior, han estado marcados igualmente por un poderoso flujo de energía erótica. No obstante, mi actividad matemática jamás ha estado acompañada por imágenes o asociaciones eróticas conscientes. Sin embargo recuerdo quedar algo desconcertado, en los años 50, durante una sesión de trabajo del grupo Bourbaki, cuando un colega y amigo evocó ante mí, como la cosa más corriente del mundo, una particularidad de su trabajo matemático: cuando llegaba al final de un trabajo difícil, sentía una necesidad imperiosa de hacer el amor (con o sin pareja) – y esto tanto más cuanto más satisfecho estaba de lo que acababa de hacer.

cosas llamadas “matemáticas” – de cosas que la razón por sí sola puede conocer enteramente. Ese “rigor” también es como el alma y el nervio de lo que he llamado, en la reflexión de ayer, “las reglas del juego matemático”, y que hace un momento llamaba “el método”. Sólo por haberlas entrevisto, era como si las hubiera conocido desde siempre – como si fuera mi *propio* deseo el que las hubiera forjado delicadamente, amorosamente, como una llave que pudiera abrirme un mundo desconocido, misterioso, cuya presentida riqueza iba a revelarse inagotable... Y mi propio deseo es el que seguía afinando esa herramienta a lo largo de mis años en el instituto y la universidad, antes de que ningún encuentro pudiera hacerme sospechar que en alguna parte existían *congéneres* – gente que, como yo, encontraban placer en sondear lo desconocido que sólo esa llave, aparentemente desconocida por todos (incluyendo mis profes), tenía el poder de entreabrir<sup>116</sup>.

(122) (8 de noviembre) hace tres días que mi reflexión ha versado, en principio, “sobre el yin y el yang en matemáticas”, y que tengo la impresión de que no termina de arrancar, mientras estoy parcialmente ocupado en otras tareas. A fuerza de preliminares, no acabo de llegar a donde quería llegar desde el principio: que en mi propio trabajo matemático, la nota *yin*, “*femenina*”, ¡es la que domina!

Me di cuenta de eso hace unas semanas, al margen de la presente reflexión sobre el yin y el yang, y en relación con esa “asociación de ideas suscitada por el Elogio Fúnebre en tres partes”, que fue el punto de partida de esta larga digresión. (Véase el principio de la nota “Yang entierra a yin (1) – o el músculo y la tripa”). Por decirlo todo, esa asociación de ideas (sobre la que tendré ocasión de volver) descansaba más o menos sobre la intuición de que mi enfoque de la matemática tenía predominancia yang. Esa intuición era bastante natural, pues eran mis opciones superyang las que habían motivado mi dedicación a largo plazo a la matemática. Eso no impide que esa intuición, o más exactamente esa idea, fuera falsa – ha bastado que me tome la molestia de examinarla un poco para darme cuenta de que lo cierto es lo contrario.

¡Como sorpresa, fue una sorpresa! No hablé de ello en mis notas “en caliente”, para no cortar el hilo de la reflexión, en un momento en que intentaba captar la manera en que percibía el yin y el yang y la filosofía que para mí se desprende de eso. ¡Pero por fin aquí estamos!

Esa idea falsa sobre la naturaleza de mi enfoque de la matemática debió deslizarse en mí, sin examen y como algo evidente, desde la época en que comencé a prestar atención al aspecto yin-yang de las cosas, hace cinco o seis años. Debí ser un residuo de mi marca yang, viril – residuo que siguió estando ahí, por pura inercia, a falta de tomarme la molestia de barrer esa esquina...

Quizás el lector tenga la impresión de que voy a embaucarle, visto que no hace más de tres días, le he explicado largo y tendido que el trabajo matemático era la más superyang de las actividades superyang – que en la relación con la matemática ésta hacía de “la mujer”, y el matemático de atrevido amante – y he aquí que de golpe planteo la cuestión de si en el caso de mi modesta persona, mi trabajo o mi “enfoque” es yin o yang, para concluir (como la cosa más natural del mundo) que es yin, ¡quién lo hubiera creído!

Si ahí hay una aparente confusión, se debe a una incomprensión de este hecho universal: que en toda cosa, sea la más yin o la más yang del mundo, se juega el dinamismo del yin y del yang, con los esponsales de dos formas originales. Así el fuego, el más yang de todos y el símbolo mismo del yang, es yin en ciertos aspectos (es el “yin en el yang”); e inversamente el agua, que es el símbolo mismo del yin, es yang en ciertos aspectos y funciones (es el “yang en el yin”). Inútil desarrollar aquí esos dos ejemplos, particularmente instructivos – seguramente, el lector intrigado por esas constataciones (que quizás le parezcan perentorias o sibilinas) no tendrá más que seguir por sí mismo las asociaciones de ideas que se

---

<sup>116</sup>Sin embargo, lo poco de mates que aprendí en el liceo y la Fac bastó para hacerme comprender que al menos en el pasado, debió haber gente como yo, de hecho aquellos que se llamaban “matemáticos”. Monsieur Soula (uno de mis profesores de la Fac) me había hablado de Lebesgue, que habría resuelto los últimos problemas abiertos en la matemática, incluyendo la teoría de la medida (en la que yo trabajaba después de dejar el liceo, en 1945). Pero en esos años (1945–48) mi deseo de poner en claro por *mis* medios las cuestiones que *yo mismo* me había planteado era tan exclusivo, que excluía toda clase de curiosidad sobre la existencia, la obra o la persona de los matemáticos del pasado o del presente.

refieren al fuego, y al agua, para descubrir por sí mismo en esos dos casos la realidad del yin en el yang, y del yang en el yin. Y si es matemático, o si está familiarizado con el trabajo intelectual (aunque no sea matemático, ni siquiera un científico), no le costará captar la existencia de enfoques complementarios yin y yang en toda clase de trabajo intelectual, por “yang” que sea en comparación con otros tipos de actividades menos parcelarias.

Un posible punto de partida sería retomar la quincena de parejas yin-yang señaladas al principio de la reflexión de hace tres días<sup>117</sup>, cuando constaté que en cada una de esas parejas, el término yang es el que predominaba en el trabajo intelectual (y muy particularmente en el caso del trabajo matemático), cuando se compara tal trabajo a otras actividades, como hacer el amor, cantar, pintar (un cuadro, o un muro qué más da), cuidar el jardín, etc. Eso no impide que, si se permanece en el interior de una determinada actividad como la de hacer mates digamos (de lo más yang, por supuesto), se puede distinguir un equilibrio (o a veces, un desequilibrio) de los rasgos yin y yang, variando de un matemático a otro y a veces también, en un mismo matemático, de un trabajo a otro.

Por ejemplo, en ciertos trabajos es la estructura *lógica* de la teoría desarrollada la que destaca, en otros serán los aspectos *intuitivos*. Hay un desequilibrio, que se manifiesta en el lector u oyente por un sentimiento de *malestar* muy familiar (y a veces también en el autor), cuando unos de esos aspectos indispensables se descuida de forma grosera, en “provecho” del otro. (Cuando ambos se descuidan de forma grosera, se tira el libro a la papelera, ¡o se va uno del aula dando un portazo!) Cuando ambos aspectos están muy presentes, sea explícitamente o entre líneas, eso se manifiesta por un sentimiento también muy familiar de armonía, de belleza, de equilibrio, de satisfacción. Eso es así, independientemente del “tono de base” que domine el enfoque seguido, tanto si ese tono es en la dirección “lógica”, o “intuición” (o también “estructura”, o “substancia”). Sin duda es inútil desarrollar este instructivo ejemplo, describiendo por ejemplo dónde aprieta el zapato (es decir, captar el “malestar” recordado hace un momento), cuando uno u otro aspecto es descuidado; ¡bien lo sabe ya el lector por propia experiencia! Constataciones similares no dejarían de desprenderse en la mayoría de las parejas yin-yang consideradas hace tres días. Incluso quizás en todas, aunque algunas sean más delicadas y requieran un examen más profundo para ser plenamente captadas, que la pareja intuición-lógica.

Ahora tendría que explicitar un poco ese hecho, o más bien “pasarlo” – que en mi manera de hacer mates, son mis rasgos yin, “femeninos”, más que mis rasgos “masculinos”, los que dirigen el baile. Si hubiera que ir hasta las últimas consecuencias de esa impresión, testándola en el máximo posible de aspectos, la idea natural (que realmente se me ocurrió ayer) sería la de pasar revista, entre las parejas yin-yang que conozco, a las que puedan representar (entre otras) un aspecto o modo de aprehensión de un trabajo intelectual (supongo que debe haber una cincuentena), y ver en cada una de ellas cuál de los dos “cónyuges” de la pareja predomina en mí. Preveo que en todos los casos, habrá uno de ellos que, al examinar, se revelará predominante.

Así, en la pareja intuición-lógica, a primera vista constato que ambos aspectos están muy presentes en mi trabajo matemático. Ésa es pues una señal de equilibrio, de armonía, entre otras señales que van en el mismo sentido. Como debe ser en una pareja yin-yang, para mí (en mi trabajo quiero decir) ambos cónyuges son verdaderamente inseparables – la estructura lógica de una teoría se desarrolla paso a paso y conjuntamente con la profundización en una *comprensión* de las cosas que se tratan, lo que es decir también, conjuntamente con el desarrollo de una *intuición* más y más fina y completa de éstas. Tal vez en mis obras publicadas, conforme a los cánones del oficio de matemático, sea el aspecto yang, el aspecto “estructura” o “lógica” o “método”, el más aparente, el más evidente para el lector. Sin embargo, bien sé que lo que dirige y domina en mi trabajo, lo que es su alma y la razón de ser, son las imágenes mentales que se forman a lo largo del trabajo para comprender la realidad de las cosas matemáticas.

Ciertamente, jamás he escatimado esfuerzos para llegar a captar de la manera más meticulosa

---

<sup>117</sup>Ver “El arte más macho”, nota n° 119.

posible, mediante el lenguaje matemático, esas imágenes y la comprensión que dan. Es en ese esfuerzo continuo de formular lo informulado, de precisar lo que aún es vago, donde quizás se encuentre la dinámica particular del trabajo matemático (y tal vez también, de todo trabajo intelectual creativo) – en una continua dialéctica entre la *imagen* más o menos informe, y el *lenguaje* que le da forma y de paso suscita nuevas imágenes más o menos borrosas que profundizan la anterior, y que también piden una formulación que les dé forma a su vez... es ese trabajo el que desde mi infancia hasta hoy más me fascina en el trabajo de descubrimiento matemático. Pero si parece que aquí “el esfuerzo” siempre se dirige hacia el lado “lenguaje”, por tanto el lado formulación, estructura, lógica, que forman los ingredientes-clave del *método* matemático; y si (por fuerza) *es ahí* donde se encuentra sobre todo el aspecto visible de un *texto* matemático que se supone restituye un trabajo matemático (o al menos sus frutos), todo eso no impide que (al menos en mi caso) no es en ese aspecto donde se encuentra el alma de una comprensión de las cosas matemáticas, ni la fuerza viva o la motivación que actúa en el trabajo matemático. Creo que entre mis trabajos, raros han de ser aquellos en que esa relación esté invertida, aquellos en que haya desarrollado un “formalismo” dejándome guiar únicamente, o ante todo, por la mera lógica interna, por desiderata de coherencia, u otros aspectos del mismo formalismo, en vez de por un contenido, por una substancia, que se manifiesta con imágenes, con intuiciones de naturaleza “geométrica”. En todo caso, toda mi vida he sido incapaz de leer un texto matemático, por anodino o simple que fuera, cuando no consigo darle un “sentido” en términos de mi experiencia de las cosas matemáticas, es decir, cuando ese texto no suscita en mí imágenes mentales, intuiciones que le den vida, igual que la carne viva de los músculos y órganos da vida a un cuerpo, que sin ella se reduciría a un esqueleto. Además esa incapacidad me distingue de la mayoría de mis colegas matemáticos, y (como ya he tenido ocasión de evocar) es la que a menudo me hizo difícil insertarme en el trabajo colectivo en el seno del grupo Bourbaki, especialmente en las lecturas en común, donde a menudo me quedaba descolgado durante horas, mientras todos los demás estaban a sus anchas.

\*            \*  
\*

Acabo de seguir algunas asociaciones de ideas sobre mi trabajo matemático, ligadas a la pareja “intuición-lógica”, y a otras parejas cercanas que se introdujeron por sí mismas en la estela de ésta: lo informe – lo formado, lo indefinido – lo definido, lo informulado – lo formulado, lo vago – lo preciso, inspiración – método, visión – coherencia... Seguramente sería instructivo pasar revista una a una (como había pensado) a todas las “parejas” posibles e imaginables en relación a un trabajo intelectual, y sondear en cada una de qué manera y en qué medida uno y otro cónyuge está presente en mi trabajo matemático, y si alguno de los dos parece “dar el tono”, y cuál. Incluso más allá de una comprensión más delicada de la naturaleza particular de *mi* trabajo matemático, tal “trabajo detallado” no dejará, seguramente, de hacerme profundizar también mi comprensión de la naturaleza del trabajo matemático en general, e igualmente mi comprensión de cada una de las parejas revisadas. Pero tal trabajo sistemático claramente me llevaría demasiado lejos, y se saldría de los límites razonables de la presente reflexión. Me parece más natural intentar volver aquí, y “hacer pasar” si puede ser, las asociaciones de ideas e imágenes que me convencieron (sin tener que ir más lejos) de que en mi trabajo matemático son los rasgos “femeninos” de mi ser los que subrepticamente tienden a dar el tono, y lograr así una especie de “revancha” imprevista (¡donde uno menos se lo esperaría!) a la represión que habían sufrido en otras esferas de mi vida.

Tomemos por ejemplo la tarea de demostrar una conjetura (a lo que, para algunos, parece reducirse el trabajo matemático). Veo dos enfoques extremos para conseguirlo. Uno es el del martillo y el escoplo, si el problema planteado se ve como una gran nuez, dura y lisa, cuyo interior, la nutritiva carne protegida por la cáscara, hay que alcanzar. El principio es simple: se coloca el filo del escoplo contra la cáscara, y se golpea fuerte. Si es preciso, se repite en diferentes lugares, hasta que la cáscara se parte – y todos contentos. Este enfoque es muy tentador cuando la cáscara presenta rugosidades o protuberancias, por

donde “cogerla”. En algunos casos, tales “bultos” por donde coger la nuez saltan a la vista, en otros casos, hay que girarla con atención en todos los sentidos, examinarla con detalle, antes de encontrar un punto de ataque. El caso más difícil es cuando la cáscara es de una redondez y una dureza perfectas y uniformes. Por muy fuerte que se golpee, el filo del escoplo patina y apenas araña la superficie – y uno se acaba cansando. Aunque a veces se consigue, a fuerza de de músculo y perseverancia.

Podría ilustrar el segundo enfoque, manteniendo la imagen de la nuez que hay que abrir. La primera parábola que se me viene a la cabeza, es que se sumerge la nuez en algún líquido emoliente, o simplemente en agua por qué no, de vez en cuando se frota para que penetre mejor, y por lo demás se deja que actúe el tiempo. La cáscara se ablanda durante semanas y meses – cuando llega el momento, la presión de la mano basta, ¡la cáscara se abre como la de un aguacate maduro! O también, se deja madurar la nuez bajo el sol y bajo la lluvia y quizás también bajo las heladas del invierno. Cuando llegue el momento será un delicado brote surgido de la sustanciosa carne el que rompa la cáscara, como quién juega – o mejor dicho, la misma cáscara se abrirá, para dejarle pasar.

La imagen que se me vino hace unas semanas era diferente. La cosa desconocida que se ha de conocer me parecía como una extensión de tierra o de compactas margas, reticente a dejarse penetrar. Puede hacerse con picos o barrenos o incluso con martillos neumáticos: es el primer enfoque, el del “escoplo” (con o sin martillo). El otro es el de la *marea*. La marea avanza insensiblemente y sin ruido, parece que nada pasa nada se mueve el agua está tan lejos apenas se oye... Sin embargo termina por rodear la substancia reacia, ésta poco a poco se convierte casi en una isla, después en isla, después un islote, que termina por ser sumergido a su vez, como si finalmente se hubiera disuelto en el océano que se extiende hasta perderse de vista...

El lector que esté un poco familiarizado con algunos de mis trabajos no tendrá ninguna dificultad en reconocer cuál de esos dos enfoques es “el mío” – y en la primera parte de Cosechas y Siembras ya he tenido ocasión de explicarme sobre este tema, en un contexto algo diferente<sup>118</sup>. Es “el enfoque de la marea”, por inmersión, absorción, disolución – aquél en que, si no se está muy atento, parece que no pasa nada: cada cosa en cada momento es tan evidente, y sobre todo, tan natural, que a menudo uno tendría escrúpulos en ponerla negro sobre blanco, por miedo a parecer zumbón, en vez de darle al escoplo como todo el mundo... Sin embargo es el enfoque que practico por instinto desde mi juventud, sin haber tenido que aprenderlo jamás.

También era, en el fondo, el enfoque de Bourbaki, y en ese aspecto mi encuentro con el grupo Bourbaki fue providencial, confirmándome, animándome en ese “estilo” que espontáneamente era el mío, y en el que de otro modo hubiera corrido el riesgo de ser el único en mi especie<sup>119</sup>. Es cierto que ésa situación (ser el único en mi especie) me era familiar desde hacía mucho, y que no me molestaba tanto. En cuanto a saber si mi enfoque instintivo del trabajo matemático iba a ser “eficaz”, lo que es decir ante todo (según los criterios en vigor, y sobre todo para juzgar a un matemático principiante) si iba a ser capaz de resolver “cuestiones abiertas” a las que todavía nadie había sabido responder, no lo podía saber de antemano, y no me preocupaba excesivamente. Mi camino natural me llevaba más bien a plantearme mis propias cuestiones, en vez de querer resolver las que otros se habían planteado. Y realmente es sobre todo por el descubrimiento de *cuestiones* nuevas, e igualmente de *nociones* nuevas, o también de *puntos de vista* nuevos e incluso “*mundos*” nuevos, por lo que mi obra matemática ha resultado fecunda, más aún que por las “soluciones” que haya sabido aportar a cuestiones ya planteadas. Ese impulso tan fuerte que me lleva hacia el descubrimiento de buenas preguntas, más que al de respuestas, y hacia el descubrimiento de buenas nociones y de buenos enunciados, mucho más que hacia el de demostraciones, son otros tantos rasgos “yin” muy marcados, en mi enfoque de la matemática<sup>120</sup>. Por eso también, sin

<sup>118</sup>Ver la sección “Sueño y demostración”, nº 8.

<sup>119</sup>En este enfoque extremo-yin, tenía tendencia a ir incluso más lejos de lo que la mayoría de mis amigos en Bourbaki estaban dispuestos a llegar. Sin duda ésta fue una de las razones por las que terminé por dejar el grupo, a finales de los 50.

<sup>120</sup>Además tengo la impresión de que en mí no es muy diferente para cualquier otro trabajo de investigación, y especialmente en lo que llamo “la meditación”.

duda, soy particularmente sensible, cuando veo lo mejor que he sabido aportar en matemáticas, tratado con desenvoltura o con desdén por algunos de los que fueron mis alumnos, es decir por aquellos mismos que han sido los primeros beneficiarios.

Sea como fuere, sólo a posteriori he podido darme cuenta que mi enfoque natural de la matemática “funcionaba” tanto cuando me sentía atraído, inspirado por una cuestión que otros habían planteado – como cuando, en suma, eso había “hecho tilt” y la cuestión se había vuelto “mía”. Si intentase hacer una lista más o menos exhaustiva de tales casos, supongo que sería bastante larga. A primera vista, hay cuatro que me parecen “sobresalir del montón” por su alcance<sup>121</sup>. En los cuatro casos, la conjetura terminó por ser demostrada, en lo esencial, por el enfoque “de la marea que sube”, sumergida y disuelta por una teoría más o menos vasta, que iba mucho más allá de los resultados que en principio había que establecer. Además he podido constatar que las ideas, nociones, fórmulas, métodos que había desarrollado en esas situaciones (e igualmente en otras), desde hace tiempo han entrado de lo “bien conocido” en matemáticas, que “todo el mundo” conoce y utiliza a gogó, sin preocuparse de su origen<sup>122</sup>.

(123) (9 de noviembre) Hay otro punto en común en los cuatro casos evocados ayer, las cuestiones abiertas que fueron resueltas (o mejor, “disueltas”) por “el enfoque de la marea que sube”. Es el papel jugado por J.P. Serre en cada uno de esos cuatro casos. Fue ante todo un papel de “detonante”, para hacerme “arrancar” en esas cuestiones, retomando la expresión de una nota a pie de página en la introducción (véase “El final de un secreto”, sección 8 de la introducción). De hecho (según constato ahora) parece que Serre ha jugado ese papel en la génesis de las principales ideas-fuerza y las grandes tareas que desarrollé entre 1955 y 1970, es decir entre el momento en que dejé el análisis funcional por la geometría, y el de mi partida del mundo matemático.

Podría decir, exagerando un poco, que desde principios de los años cincuenta hasta el año 1966, durante una quincena de años pues, todo lo que aprendí en “geometría” (en un sentido muy amplio, englobando la geometría algebraica o analítica, la topología y la aritmética), lo aprendí por Serre, cuando no lo aprendí por mí mismo en mi trabajo matemático. Fue en 1952, creo, cuando Serre vino a Nancy (donde me quedé hasta 1953) y se convirtió para mí en un interlocutor privilegiado – y durante años, fue mi *único* interlocutor en los temas que se situaban fuera del análisis funcional. Creo que la primera cosa de la que me habló fueron los Tor y los Ext, de la que me hacía un mundo y que sin embargo, mire Vd. por dónde, simple como decir buenos días..., y la magia de las resoluciones inyectivas y proyectivas y de los funtores derivados y satélites, en un momento en que el “diplodocus” de Cartan-Eilenberg aún no estaba publicado. Lo que en ese momento me atrajo hacia la cohomología, fueron los “teoremas A y B” que acababa de desarrollar con Cartan, en los espacios analíticos de Stein – creo que ya había oído hablar de ellos, pero fue en una o dos conversaciones con Serre donde sentí toda su potencia, la riqueza geométrica que encerraban esos enunciados cohomológicos tan simples. Se me habían pasado totalmente por encima de la cabeza, antes de que me hablase de ellos, en un momento en que yo no “sentía” todavía la substancia geométrica que hay en la cohomología de haces de un espacio. Estaba tan encantado que durante años tuve la intención de trabajar sobre los espacios analíticos, en cuanto hubiese llevado a buen fin los trabajos que tenía entre manos en análisis funcional, ¡donde decididamente no iba a eternizarme!

<sup>121</sup>Las cuestiones en las que aquí pienso son, por orden cronológico de su solución, las siguientes:

- 1) Validez de la fórmula de Riemann-Roch-Hirzebruch en característica arbitraria.
- 2) Estructura del grupo fundamental “primo con la característica” de una curva algebraica sobre un cuerpo algebraicamente cerrado de característica arbitraria.
- 3) Racionalidad de las funciones L de los esquemas de tipo finito sobre un cuerpo finito (que es parte de las “conjeturas de Weil”, y un paso importante hacia la demostración de esas conjeturas, rematada por Deligne).
- 4) Reducción semiestable de variedades abelianas definidas sobre el cuerpo de fracciones de un anillo de valoración discreta.

<sup>122</sup>A menudo yo mismo he practicado esa despreocupación sobre el origen de lo “bien conocido” que utilizaba, salvo en los casos en que conocía ese origen de primera mano, por haber asistido más o menos a su nacimiento, o cuando yo mismo era el padre. Como he podido constatar varias veces a lo largo de estos años, y sobre todo durante mi reflexión sobre el Entierro, esa elemental delicadeza le ha faltado a menudo a algunos de los que fueron mis alumnos o amigos cercanos en el mundo matemático, incluso cuando se trataba de cosas que habían aprendido de mí, y cuyo origen conocían sin posibilidad de duda. Véase al respecto la reflexión de la nota “El Sepulturero – o la Congregación al completo”, n° 97.

Si no seguí esa intención, fue porque entre tanto Serre se volvió hacia la geometría algebraica y escribió su famoso artículo de fundamentos “FAC”, que hacía comprensible y altamente seductor lo que antes me parecía de lo más árido – tan seductor que no me pude resistir a sus encantos, y me dirigí hacia la geometría algebraica, en vez de hacia los espacios analíticos.

Si no me retuviera, me embarcaría en contar la historia de mi relación con Serre, que no sería otra cosa que la historia de mis intereses matemáticos, de 1952 a 1970. Pero éste no es el lugar. Sólo añadiré que, como debe ser, fue Serre el que me puso “al corriente” de las cuatro cuestiones arriba mencionadas. Por supuesto no se trataba de señalar el enunciado preciso de la cuestión, bastaba un punto. Lo esencial es que una y otra vez era Serre el que sentía una rica substancia tras un enunciado que, de buenas a primeras, me hubiera dejado frío – y el que lograba “pasar” esa percepción de una substancia rica, tangible, misteriosa – esa percepción que es al mismo tiempo *deseo* de conocer esa substancia, de penetrar en ella. Quizás sea ése el momento más crucial de todos en un trabajo de descubrimiento, el momento en que “hace tilt”, aunque no se tenga ninguna idea por vaga que sea, de por dónde coger lo desconocido, por dónde entra en él. Verdaderamente ése es el momento de la “concepción” – el momento a partir del cual se puede hacer un trabajo de gestación, y se hace si las circunstancias son propicias...

Si Serre ha jugado un importante papel en mi trabajo y en mi obra matemática, ha sido más, me parece, en la aparición de esos momentos cruciales, cuando salta la chispa y se desencadenan oscuras e invisibles labores, que por los medios técnicos desconocidos por mí que me proporcionaba en el momento justo o por las ideas que tomaba de él, en los estadios posteriores de mi trabajo.

Una de las razones, sin duda, del papel tan particular jugado por Serre, fue mi poco gusto por informarme de la actualidad matemática leyendo, ni por aprender el ABC de tal teoría “bien conocida” leyendo libros o memorias sobre ella. En la medida de lo posible, me gusta informarme por la palabra viva de la gente que está “en el ajo”. Tuve la suerte, desde mis primeros contactos con un medio matemático (en 1948) y hasta mi partida en 1970, de que nunca me faltase un interlocutor competente y bien dispuesto, para ponerme al corriente de las cosas que pudieran interesarme. Quizás eso crease una dependencia de esos interlocutores, pero jamás lo sentí así<sup>123</sup>. A decir verdad, la cuestión de una “dependencia” ni se podía plantear, pues mi interlocutor y yo estábamos animados por un interés en el mismo diapasón, sobre lo que me enseñaba. Enseñar al que está ávido de conocer es beneficioso para uno y otro, y es una ocasión de aprender para “el enseñante”, al mismo tiempo que para aquél al que él enseña.

La “razón” que he dado explica bien la importancia de los interlocutores en mi pasado matemático, pero no el papel excepcional jugado por Serre, ¡que me parece exceder con mucho el de todos mis otros “interlocutores” juntos! Lo que es seguro, es que Serre y yo nos complementábamos de maravilla. Teníamos intereses comunes fuertes y numerosos, y sentía en él la misma exigencia, el mismo rigor que yo ponía en mi trabajo. A parte de eso, nuestro trabajo seguía “estilos” muy diferentes. Tengo la impresión de que nuestros enfoques de la matemática y nuestros trabajos se complementaban, sin que jamás uno invadiese al otro. La clase de trabajo que yo hacía (y la manera en que lo hacía) era muy diferente de la clase de trabajo de Serre. Él a veces ponía las bases de una teoría en un texto de cincuenta páginas, e incluso se pasaba un año escribiendo un libro de tamaño medio que exponía con elegancia y concisión algún tema que le inspirase – pero no se pasaba cinco años de su vida, o diez o más, desarrollando largo y tendido y en varios volúmenes todo un lenguaje nuevo (que hasta entonces no había necesitado), para fundar un enfoque nuevo y fértil de la geometría algebraica, digamos. Introdujo buen número de ideas y de nociones nuevas y fecundas sin dejarse arrastrar a “llevarlas” a término, hasta el final. Más de

---

<sup>123</sup>La primera y única excepción se sitúa en 1981, mucho después por tanto de mi “partida” del mundo matemático. Fue cuando me dirigí a Deligne, como interlocutor adecuado para mis reflexiones anabelianas, después de mi “Larga marcha a través de la teoría de Galois”. Sentí entonces claramente la intención de sacar ventaja de esa situación de interlocutor único, para “volverme tarumba” – y cesé hasta hoy toda relación en el plano matemático. Sobre este episodio, véase la nota “Dos vertientes”, n<sup>o</sup> 66.



una vez, por contra, esas ideas y nociones me sirvieron de punto de partida, para un trabajo de vastas dimensiones que me iba de maravilla, y al que el mismo Serre no podía lanzarse.

Aquí se me viene irresistiblemente una asociación. A la luz de la reflexión de estos últimos días, veo mi relación con el trabajo matemático y con mis “obras” más como “maternal”, que como “paternal”. El momento de la concepción, por crucial que sea, para mí representa una ínfima porción del “trabajo” a lo largo del cual crece y se desarrolla la cosa en gestación, “el niño” que viene. Ese trabajo es como el embarazo de una mujer encinta, trabajo que se desencadena al concebir el niño, para proseguir nueve largos meses... el tiempo que hace falta para llevar a término lo que era un feto y *parir* – es decir, para poner en el mundo un *niño*, un niño vivo y *completo*, no sólo una cabeza o un torso o un esqueleto de bebé o yo qué sé. Ese papel de madre, visiblemente, es muy diferente del de padre (aunque fuera el mejor padre del mundo...), que salvo por muy poco se contenta con poner una semilla, para irse después a otras ocupaciones,

Claramente, el trabajo matemático de Serre, su enfoque de la matemática, es predominantemente yang, “masculino”. Su enfoque es más bien el del escoplo y el martillo, rara vez el de la marea que sube y sumerge, o del agua que embebe y disuelve. Parece que se contenta con poner una semilla, sin preocuparse mucho de dónde caerá, o si habrá concepción y labores, ni si el niño que nacerá de ella se le parecerá o llevará su nombre.

Una imagen puede ayudarnos a comprender un aspecto importante de cierta realidad, pero no agota esa realidad. Ésta siempre es más compleja, más rica que toda imagen que pretenda expresarla. Así ocurre con las imágenes que se me han venido, sin haberlas buscado, para expresar dos enfoques diferentes de la matemática – el de Serre, y el mío. A veces Serre llevó a término trabajos que requerían perseverancia, igual que yo sembré ideas que germinaron y otros llevaron a término. Al igual que en mi enfoque de la matemática, no carezco de “virilidad” (aunque la nota de fondo sea “femenina”), ni tampoco le falta a Serre “feminidad” en el suyo, que equilibra su nota de fondo “viril”.

No podría ser de otro modo en un enfoque creativo de una substancia desconocida, sea matemática u otra: no hay descubrimiento, ni conocimiento, ni renovación, si no es por la acción conjunta e inseparable de las energías e impulsos originales yin y yang en un mismo ser. Es en la íntima fusión entre ambos donde reside la *belleza* de un ser, o de una obra – esa cualidad delicada, imperceptible, que distinguimos por ese sentimiento de armonía, de satisfacción. Esa cualidad está presente en todos los trabajos de Serre que conozco, sea de viva voz o por los textos que ha escrito. Conozco pocos matemáticos en que esté presente de manera tan constante, y con esa fuerza.

(124) (10 de noviembre) La reflexión de ayer y anteayer está lejos de agotar el conjunto de caracteres muy marcados de mi trabajo matemático, que son de naturaleza yin. Sondarlos más, en la estela de la presente reflexión sobre el yin y el yang en matemáticas, sería una excelente ocasión para profundizar en la comprensión de la naturaleza del trabajo matemático en general. Este tema del yin y el yang en matemáticas, que pensaba repasar en un día de reflexión, y en el que ya llevo cinco días seguidos con la impresión de apenas haberlo rozado, se acaba de revelar como de esos numerosos temas de anodina apariencia, que son más vastos y más profundos a medida que nos acercamos y entramos en ellos. Decididamente no tengo que agotar a toda prisa este jugoso tema (ni siquiera que “revisar” a paso de carga), ¡en mitad de una Ceremonia Fúnebre que no quisiera alargar más allá de toda medida!

Solamente quisiera señalar (sin comentarios, ¡lo prometo!) dos “caracteres muy marcados” en mi trabajo matemático, que van en el sentido “yin”, femenino. Uno es una predilección por lo *general*, más que por lo particular (que hace “pareja” con él). El otro rasgo me parece aún más acentuado, o mejor dicho, más esencial, más neurálgico, y también más vasto (en el sentido de que *contiene* al primero). Si hay una “búsqueda” que ha traspasado toda mi vida como matemático, desde los diecisiete años (recién salido del liceo) hasta hoy mismo, una búsqueda incesante que ha marcado toda mi obra (publicada o no publicada) desde sus inicios, es la de *la unidad*, a través de la infinita multiplicidad de las cosas

matemáticas y de los posibles enfoques de esas cosas. Desvelar, descubrir esa unidad más allá de la diversidad, de una riqueza a veces desconcertante (sin amputar en nada esa riqueza), reconocer los rasgos comunes más allá de las diferencias y desemejanzas, e ir hasta la raíz de las analogías y semejanzas para descubrir el parentesco profundo – tal ha sido mi pasión, durante toda mi vida. Las diferencias, expresión de una diversidad ilimitada y esquiva, terminaron por ser como las ramas y hojas, ramificándose hasta el infinito, de un mismo y frondoso árbol, en cada una, cada rama y cada hoja, me muestran el camino hacia el tronco común. Por instinto y por naturaleza, mi camino ha sido el del *agua*, que siempre tiende a *descender*, el camino hacia ese tronco, hacia esas raíces. Y si me ha gustado entretenerme en ese camino, rara vez fue para explorar hojas y tiernos brotes, sino sobre todo gruesas ramas, y el tronco y las raíces, para conocer su textura y sentir a través de la corteza el flujo de la nutritiva sabia.<sup>124</sup>

\*            \*  
\*  
\*

A decir verdad, no sé bien qué hacer con ese hecho que he descubierto hace poco, cómo situarlo – que en mi enfoque de la matemática, en mi manera de “hacer mates”, el tono básico es fuertemente yin, “femenino”. Esto va en el sentido de cierta intuición a la que ya he aludido – que el tono básico de mi ser profundo, quiero decir de “el niño” que hay en mí o de “el Obrero”, es decir de lo que es creativo y está más allá del condicionamiento (es decir más allá del “yo”, del “Patrón”) – que ese tono básico también es “femenino” más que viril. Quizás ya tenga todo entre manos para poner en claro lo que realmente hay, examinando con cuidado todos los signos que vayan en uno u otro sentido<sup>125</sup>, para reconocer el alcance de cada uno, y lo que se desprende del conjunto. Y si con tal trabajo no llego al resultado de un “sí” o de un “no”, no habrá sido sin embargo inútil, para captar mejor mi ignorancia, que en este momento permanece borrosa, no situada, a falta de haber meditado en eso. Quizás haga ese trabajo, una vez terminado el trabajo de Cosechas y Siembras, y en la estela de éste. Pero una vez más, éste no es el lugar.

Pero he sido llevado a esta reflexión sobre el yin y el yang en medio de una reflexión en la que sobre todo me he esforzado en comprender ciertas relaciones, entre yo y otros (especialmente entre los que fueron mis alumnos). Es pues en las posibles repercusiones de ese “hecho nuevo” que acaba de aparecer, sobre mi relación con otros y sobre la de otros conmigo, en lo que aquí estoy interesado. Y también es ahí donde se sitúa mi apuro para “situar”, para explotar ese hecho. Quizás se deba a que probablemente nadie aparte de mí se haya percatado de tal cosa – no a nivel consciente, a un nivel al menos formulado. En todo caso jamás me ha llegado algún eco que pudiera interpretar en ese sentido, por lo que recuerdo – igual que (salvo una excepción) no recuerdo eco alguno que me devuelva una imagen “yin” de mí mismo, cuando el personaje que campea desde mi infancia (si no desde la primera infancia) es fuertemente yang; hasta el punto incluso de que aún ahora, ese carácter “viril” parece como una segunda (?) naturaleza, que sigue dominando mi vida de muchas maneras.

<sup>124</sup>En esa búsqueda de la unidad a través de la diversidad, me parece distinguir un rasgo común a las tres pasiones que han marcado mi vida, incluyendo pues la pasión amorosa, y la meditación. Incluso tal vez, fuera de toda pasión, en mí sea ese un *modo de comprensión* de la realidad, en el que tiendo sobre todo a ver, y a prestar atención y a dar importancia, a los rasgos comunes y a los parentescos, más que a las diferencias (sin estar tentado por eso a escamotearlas). Ya he señalado que la tendencia corriente con mucho era la tendencia opuesta, la tendencia yang pues. A menudo llega hasta el punto de ignorar o de negar los parentescos profundos. (Tendencia superyang, característica de nuestra cultura. A menudo va acompañada del reflejo de querer nivelar las diferencias, de alinear todo con un mismo modelo supuestamente “perfecto” o “superior”, en beneficio de una “unidad” ficticia, que es un empobrecimiento a ultranza al mismo tiempo que una violencia.) Esas diferencias de acento entre un interlocutor y yo han sido a menudo causa de diálogos de sordos, en que se desarrollan dos monólogos para ellos que nunca se juntan...

<sup>125</sup>Algunos de mis rasgos fuertemente yang me parecen rasgos *adquiridos*, que provienen del condicionamiento, o con más precisión, de la imagen de marca superyang que se remonta a mi infancia. Entre esos rasgos están una dedicación desmesurada a la acción; una proyección muy fuerte hacia el porvenir, es decir hacia la realización de mis tareas; la predilección por un trabajo de descubrimiento ante todo intelectual y el papel invasivo del pensamiento; disposiciones de cerrazón ante lo que no parezca directamente ligado a mis tareas del momento, y en particular mi falta de atención al paisaje, las estaciones etc. Sin embargo hay un rasgo yang que me parece innato y no adquirido, es la relación de afinidad tan fuerte que me liga al *fuego*, a diferencia de mi relación con el agua, que decididamente no es “mi elemento”. Además parece que mi carta astral está marcada por un fuerte desequilibrio yang, todos los signos que hay en ella son “signos del fuego”, con exclusión de todo signo del agua.

Es verdad que el mero hecho de que en alguien (yo en este caso) un rasgo no sea percibido a nivel consciente, eso no impide necesariamente que actúe sobre la relación con otro. Y que ese rasgo sea bien percibido en el mundo matemático, entre matemáticos más o menos familiarizados con mi obra, y que esa percepción se haya extendido como una “mancha de aceite” entre un público matemático más amplio – eso para mí no tiene ninguna duda. Cuando escribía, en “El Elogio Fúnebre (1) – o los cumplidos” que “la pluma anónima que se ha cuidado aquí de mi elogio fúnebre me ha gratificado sobreabundantemente con lo que hoy es librado al desdén”, no hubiera sabido decir con una fórmula lapidaria qué era exactamente eso que “hoy es librado al desdén” por la moda matemática, entre las cosas que aprecio. Pero acto seguido, con esa “asociación de ideas” sobre la que tendría que volver<sup>126</sup>, sentí (quizás sin habérmelo formulado, y sin que eso apareciese tan claramente como ahora), que “ese algo” no era otra cosa que todo lo que era reconocido (a un nivel a menudo informulado) como una manera “yin”, “femenina” de hacer matemáticas – manera tácitamente asimilada a la “palabrería”, al “non-sense” (retomando el cumplido de mi alumno y amigo Pierre Deligne, acerca del texto que está en la base de toda su obra), a la “manivela”, “facilidad” etc.

Ciertamente, en el Elogio Fúnebre (pronunciado por ese mismo amigo Pierre), incluyendo el pasaje en que soy citado juntamente con él<sup>127</sup>, ¡el cumplido era de rigor! Ya no se trataba de non-sense ni de palabrería, sino de “aspecto *titanesco*”, de “veinte volúmenes”, “desentrañado *problemas esenciales*”, “la mayor *generalidad natural*” (sic), escuela “*alimentada por la generosidad* con la que comunicaba sus ideas”, “teorías de una *profundidad legendaria*”, “ha renovado *fundamentos*”, “*abierto* nuevas aplicaciones”, nociones “tan *naturales* que nos es difícil imaginar el esfuerzo que han costado” (por no decir que eran “fáciles” – pero eso, ya tuve yo buen cuidado de precisarlo<sup>128</sup>), “gran atención a la terminología” (por no decir “palabrería”), “*ancestros* de la teoría  $K$  algebraica”, “topos introducidos... sobre un cuerpo *general*”, “*analogías sugeridas* por Grothendieck”, “*conjeturas*... siempre tan inabordables...”, “tal como Grothendieck había *soñado*”...

En estas citas he subrayado las palabras clave – todas son palabras que denotan un enfoque yin de las cosas. El “tacto perfecto” en ese entierro con “cumplidos bien dosificados” ha consistido en la utilización sistemática de hipérboles frente a esas cualidades que, por una parte son “libradas al desdén”, y por otra parte son reales y muy valiosas para mí; y esto *a la vez* que se pasa la goma de modo completo y radical sobre los aspectos complementarios, que hay tienen la exclusiva de los honores, los aspectos “viriles”, tan presentes sin embargo en mi obra como en la de cualquiera, con muy pocas excepciones.

Por otra parte, son los aspectos y valores “viriles”, con exclusión de la menor nota que sea un poco “femenina”, los que son las estrellas en el texto sobre Pierre Deligne, tanto por la elección de los epítetos (“*dificultad* proverbial”, “*resultado sorprendente*”, “hace de la cohomología  $l$ -ádica una herramienta *poderosa*”, “*primer* paso”, “*asombrosamente útil*”, “*rapidez*”, “*penetración*”, “*reacciones aclaradoras y constructivas* a cada cuestión”, “*brillantes descubrimientos*”), como por la enumeración detallada de resultados tangibles (mientras que ni un sólo resultado mío se evoca en mi retrato al minuto, igual que no se sugiere que esos resultados hayan podido jugar algún papel en los de Deligne).

No lamento haberme molestado en hacer esta rápida recopilación de epítetos – ¡el efecto es verdaderamente llamativo! Si al nivel de un saber estructurado aún son raros los que tienen alguna noción del yin y del yang, supongo que el inconsciente de mi amigo Pierre igual que el de aquél que le ha servido de escriba, los percibe con una seguridad sin fisuras. Esa percepción se pone aquí al servicio de cierta causa: librar al desdén aquél que ha de ser librado al desdén, y señalarle un héroe a la admiración de la multitud.

Dudo que esos tres breves textos que acabo de releer hayan tenido numerosos lectores. Pero que haya muchos o pocos me parece una cuestión accesoría. Para mí, esos textos se dirigían, no a hipotéticos

<sup>126</sup>Ver el comienzo de la nota “El músculo y la tripa” (nº 106), en que esa asociación se evoca por primera vez.

<sup>127</sup>Ver la nota “El Elogio Fúnebre (2) – o la fuerza y la aureola”, nº 105.

<sup>128</sup>Ver la nota “La trampa – o facilidad y agotamiento” nº 99.

mecenas potenciales (después de todo, ésa no es la preocupación de mi amigo Pierre, encontrar mecenas para financiar su institución), sino a la “Congregación al completo”, que apareció durante la reflexión de la nota del mismo nombre (alias “El Sepulturero” nº 97). El mensaje que llevan es como un resumen llamativo y magistral de innumerables mensajes en el mismo sentido, enviados por mi amigo Pierre y algunos de los que fueron mis amigos o alumnos, y quizás también otros, mensajes captados y aceptados por esa misma Congregación. Si existe un inconsciente colectivo (y ahora estaría bastante inclinado a creerlo), sin duda que en el de esa Congregación (alias “comunidad matemática”), igual que en el del Gran Oficiante en mis solemnes Exequias, hay esa misma percepción sin fisuras de lo que es yin (¡baja!) y de lo que es yang (¡chapó!).

Y de repente esas Exequias se me presentan bajo una nueva luz, inesperada, en que mi misma persona se ha vuelto accesoria, en que se ha vuelto un *símbolo* de lo que ha ser “librado al desdén”. Ya no son las exequias de una persona, ni las de una obra, ni siquiera las de una inadmisibile disidencia, sino las exequias del “femenino matemático” – y de modo aún más profundo, quizás, en cada uno de los numerosos participantes que aplauden al Elogio Fúnebre, *las exequias de la mujer repudiada que habita en él mismo*.

(125) (11 de noviembre) Excepcionalmente (una vez no hace hábito...) esta mañana me levanté de buen humor, después de haber dormido apenas cuatro o cinco horas. La inesperada conclusión de la reflexión de ayer desencadenó un intenso trabajo, para “situar” y asimilar ese nuevo hecho que acababa de aparecer, una copiosa sopa para entrar en calor y una colación antes de acostarme, a las tres de la madrugada. Y muy temprano ese mismo trabajo me sacó del sueño, y después de la cama...

Si hablo de “inesperada” conclusión y de “nuevo” hecho, hay que añadir sin embargo que desde el comienzo de esta interminable “digresión” sobre el yin y el yang, había en mí como una espera contenida de un “desenlace”, o al menos la espera de una “confluencia” con cierta procesión, que se había reunido para una Ceremonia Fúnebre. Pudiera parecer que me alejaba más y más del lugar de las Exequias, e incluso que éstas estaban definitivamente olvidadas – y sin embargo no, siempre han estado ahí, como en sordina o en filigrana. Verdaderamente nunca las había dejado. Su presencia muda se manifestaba con esa espera discreta y constante, ese sentimiento de tensión, de suspense, que me llevaba hacia ese punto, aún nebuloso, en que la “confluencia” debía finalmente realizarse. Podía presentir el lugar aproximado de esa confluencia – estaba alrededor de cierta “asociación de ideas” (evocada más de una vez, pero nunca formulada) que había sido el punto de partida, la motivación inicial para ese viaje imprevisto a través del yin y el yang y a través de mi vida. Ese viaje iba ser en suma como un gran ciclo, que regresa (más o menos...) a su punto de partida; o más bien como una torre en espiral descendente, que me lleva a un nivel más profundo en la cosa sondeada, “al corazón mismo” (si mi presentimiento no me engañaba) de esas Exequias.

Pero cuando apenas comienzo a prepararme para “aterrizar”, y a la vuelta de un último párrafo de una “nota” de lo más “digresión” e incluso “repetitiva”, he aquí que de repente desembarco en plena ceremonia fúnebre y en el corazón de ésta, un poco como un extraterrestre que se hubiera catapultado justo delante del sacerdote con casulla y delante de la congregación de fieles; o aún peor, como un difunto al que se creía muerto y (ya casi) enterrado que de repente levanta la tapa (¡y manda a paseo coronas y emotivos epitafios!) y helo ahí en persona, con sudario blanco y ojos bien abiertos, ¡como un diablillo de lo más vivaracho que sale de su caja cuando menos lo esperamos!

Así, la conclusión de la reflexión de ayer fue al mismo tiempo el desenlace de ese suspense del que he hablado, suspense muy particular y que es bien familiar en el trabajo “a la manera de la marea que se extiende”, se trate del trabajo matemático o cualquier otro. Pero en la estela de esa distensión de un largo suspense apareció enseguida una *perplejidad*. Creo que ella es la que me absorbió y, a horas intempestivas, me sacó de la cama a la máquina de escribir. Que haya perplejidad no es nada sorprendente – así ocurre, más o menos, cada vez que una situación se presenta de repente bajo una nueva luz, que a primera vista

parece contradecir la antigua visión. El primer trabajo que se impone entonces, es sondear con cuidado esas contradicciones, examinar en qué medida éstas son reales, o sólo aparentes, es decir expresiones de una inercia del espíritu que se resiste a reconocer la “misma” cosa bajo dos iluminaciones diferentes. Este trabajo indispensable concluye cuando todas las disonancias se resuelven en una nueva armonía (aunque sea provisional), en una visión pues que englobe y reúna la anteriores visiones parciales, corrigiéndolas o ajustándolas si hace falta, y eliminando las que se revelen radicalmente falsas. En tal visión renovada, “lo viejo” que la ha dado a luz, es decir las visiones parciales que se unen en ella, adquiere él mismo un sentido nuevo<sup>129</sup>.

Pero volviendo a mi perplejidad, es ésta. El “desenlace” o “luz nueva” consistía en una imagen que apareció de repente – la del Entierro con gran pompa del “símbolo” de lo “femenino matemático”, encarnado en mi persona, y proyección al mismo tiempo de “la mujer repudiada” en cada uno de los participantes en las Exequias; o dicho de otro modo, es la imagen del Entierro simbólico de una especie de *Súper-Madre*, como víctima expiatoria en suma y en lugar de la mujer-pero-raramente-madre que vegeta en los oscuros sótanos de cada uno de los participantes que han venido a aplaudir en las Exequias. Esa imagen parece contradecir a *otra, opuesta*, aún borrosa, que se formó progresivamente a lo largo de la reflexión del pasado junio (culminando en la nota “El Sepulturero – o la congregación al completo”): la de un *Súper-Padre* admirado y temido a la vez, atractivo y odioso a la vez, “masacrado” por sus hijos, cuyo cadáver mutilado es entregado a la burla en esas “mismas” exequias. Puestas una junto a otra (si eso fuera necesario), esas imágenes de colores tan violentos parecen frisar lo grotesco y el delirio, y fácilmente me puedo imaginar el baile de escarpelo psicoanalítico que no dejarán de suscitar estas fantasmagorías, ¡suponiendo que haya lectores que tengan el ánimo de seguirme hasta aquí!

Con gusto les dejo con su baile, que añadiré una nota exótica del mejor efecto a ese entierro tan poco usual, y durante ese tiempo seguiré una asociación que se presentó la pasada noche, que creo puede reconciliar, e incluso hacer que se amen y desposes, esas dos imágenes o facetas, supuestamente antagónicas, e incluso irreconciliables.

(126) (12 de noviembre) Había pensado proseguir en mis notas con esa asociación de la que hablamos al final de la nota de ayer, que podía “reconciliar” y “hacer que se amen” las dos imágenes, en apariencia antagonistas, que se habían formado de mi entierro. Cuando me disponía a comenzar las notas en ese sentido, he notado una reticencia, que no quisiera pasar por alto.

La asociación se refería a la relación de mi madre con mi padre, y el sentido de la destrucción de la familia que tuvo lugar en 1933, por voluntad de mi madre que logró el asentimiento (reticente y molesto al principio, luego solícito y total) de mi padre. Ese episodio crucial marcó una especie de inversión en la pareja que formaban mis padres, en la que mi padre figuraba como encarnación heroica, ostentadamente adulada, de los valores viriles, y en la que mi madre (de carácter voluntarioso y dominante donde lo haya) se pavoneaba con los colores de mujer subyugada y feliz de serlo, por encima de una vida cotidiana marcada por los continuos enfrentamientos. El consentimiento en el sacrificio de los hijos marca el momento del *derrumbe* del Dios y Héroe, seguido por una verdadera orgía de desprecio triunfal en aquella que, aún la víspera, jugaba a ser la adúladora desfallecida, y que ahora ocupaba el lugar del héroe depuesto, emasculado y feliz de serlo, reducido al despreciable papel de “mujer”, del que ella misma en ese mismo momento se veía eximida...

Lo poco que he dicho es tan esquemático, tan quintaesenciado temo, que puede suscitar innumerables malentendidos, en vez de ayudar a comprender los resortes ocultos de cierto entierro. Sin embargo, siento que éste no es lugar para desarrollar a poco que sea lo que acabo de esbozar en algunas palabras. Restituir con un mínimo de finura una realidad compleja, embarullada a placer por ambos protagonistas, eso requeriría una nueva y larga digresión, de una amplitud que el contexto no justifica. Ahora no me siento incitado a bucear ahí, y esto tanto menos cuanto que se trata de una situación que implica a otros,

<sup>129</sup>Compárese con la reflexión de las dos secciones “El Niño y el buen Dios” y “Error y descubrimiento”, n<sup>os</sup> 1 y 2.

y en la que mi propia responsabilidad (como co-actor) no me parece verdaderamente involucrada. Yo mismo, y mi hermana, no figuramos en ella como actores, sino como *instrumentos* en manos de mi madre para abatir al Héroe ardientemente admirado y envidiado, a fin de substituirlo, y hacer de él objeto de burla.

Si ese escenario, pacientemente sacado a la luz hace cinco años<sup>130</sup>, es el más extremo y más violento de esa clase que he conocido, sin embargo he tenido después amplia ocasión de detectar en otras parejas escenarios muy parecidos. El trabajo realizado sobre la vida de mis padres me ha ayudado mucho a abrir los ojos sobre cosas que antes se me escapaban totalmente. Sin embargo en ese momento me quedé con la boca abierta, ¡y con razón! Hoy tendría tendencia a creer que, dejando aparte la particular violencia de los colores, la clase de relación de antagonismo que saqué a la luz en la pareja formada por mis padres, es más o menos típica en la relación de pareja, o al menos extremadamente común. Así el lector que, como yo, haya terminado por hacer uso de sus facultades para sondear los resortes ocultos de los antagonismos en la pareja, o en el antagonismo mujer-hombre, no se verá sorprendido (ni extrañado) por lo poco que aquí he dicho.

Si intento hacer abstracción de lo que es particular en cada caso, y desentrañar los puntos comunes en los antagonismos mujer-hombre que he podido ver de cerca y en los que comprendido algo, se me viene esto:

1) En la mujer, disposiciones de admiración y envidia hacia el hombre, debidas a un prestigio (a menudo sobrevalorado) del que está revestido, por su situación (especialmente de macho) y de las cualidades (reales o supuestas) que la justifican.

2) A menudo se mezcla un elemento de rencor, incluso de odio, debido a una amalgama (inconsciente, como debe ser) entre el hombre (amante o marido por ejemplo) y el padre. La relación de antagonismo de la madre con el padre es retomada por su cuenta por la hija, identificada (de manera más o menos completa) con la madre. A menudo se añaden motivos de rencor (hacia el padre) más directos (actitudes tiránicas de éste, falta de cariño, de atención o de preocupación etc.) Después, esos sentimientos de antagonismo (y otros), “prestos a emplearse”, se proyectan tal cuales sobre el compañero (efectiva o potencial), le quede “grande el traje” o no.

Por tanto cuando (en 1º) he escrito que las disposiciones de la mujer (de admiración y envidia especialmente) hacia el hombre eran “debidas a un prestigio etc.”, eso sólo es parcialmente cierto. Me parece que casi siempre, la *fuerza viva* en esas disposiciones *proviene de la relación con el padre* (aunque desde hace mucho esté muerto y enterrado), y que su entrada en acción depende de manera limitada de la personalidad particular del compañero.

3) En compensación a sus sentimientos de inferioridad (totalmente subjetivos, hay que precisar) y de velado antagonismo, incluso de animosidad o de odio, hay una obsesión por ejercer un poder sobre el compañero (aunque sea él, por el consenso general más o menos tácito, el que se supone detenta la autoridad). El ejercicio del poder por la mujer se realiza por todos los medios a su alcance (los más poderosos son su cuerpo, y sobre todo, los hijos<sup>131</sup>), y casi siempre de manera oculta. La gratificación que lo acompaña es pues inconsciente casi siempre, pero no por eso es menos real e importante. A menudo el juego de poder se vuelve devorador, se convierte en el contenido principal de la vida de la mujer, el que absorbe la casi-totalidad de su energía, y al que todo (hasta el impulso amoroso y los hijos) está subordinado, incluso sacrificado, sin dudarle.

4) El caso más extremo, el más desgarrador, es cuando la admiración y la envidia hacia el macho, que se ha de dominar a la vez se aparenta someterse a él, se acompañan del desprecio, de la aversión y el odio, hacia lo que es femenino – hacia su propia condición de mujer. Sin embargo, no es apostando

<sup>130</sup>Ver al respecto las dos notas “La superficie y la profundidad” y “Elogio de la escritura”, n°s 102 y 102.

<sup>131</sup>Sin embargo el principal “medio” más común se deja aquí en silencio, al ser de naturaleza más sutil, difícil de evocar en unas pocas palabras. Consiste en cierta “táctica” todoterreno, examinada en la última parte “La zarpa de terciopelo” (notas n°s 137-140) de la reflexión sobre el yin y el yang.

sobre su “feminidad” como puede esperar someter al hombre, ¡o por lo menos manejarlo a su gusto! Así, para satisfacer su impulso egótico más fuerte, el de “darle cuerda” al compañero (incluso someterlo, o romperlo...), se ve constreñida a entrar a fondo en un papel detestado, sentido como despreciable, como indigno de ella. En este caso extremo de rechazo de su propia condición y naturaleza, el de una opción superyang y anti-yin, buscará una escapatoria ilusoria al conflicto que porta en ella, empleando todas sus fuerzas en lograr una *inversión de papeles*: ella misma sustituirá al hombre, al héroe y señor, antes admirado y envidiado y ahora depuesto, reducido al papel que ella había llevado tanto tiempo como una abyecta librea, al despreciable papel del que al fin se habría librado...

El esbozo que acabo de hacer es muy esquemático, apto todo lo más a *evocar* cierta realidad para el que ya la haya percibido por su parte aquí y allá, sin haber intentado todavía captarla mal que bien con una somera descripción. Si quisiera darle algo de relieve, debería intentar precisar al menos los diferentes *niveles* (casi todos inconscientes) en los que juegan esos sentimientos y deseos mutuamente antagonistas. Y además, en esta maraña de inexorables mecanismos egóticos, en que el impulso amoroso parece rigurosamente ausente, intentar situar éste; e incluso en qué medida y de qué manera contribuye a la sempiterna noria (como la fuerza del viento, captada por las ingeniosas aspas de un molino para hacer girar a perpetuidad una pesada muela...), y también en qué medida consigue a veces que los engranajes se detengan y permanezcan en silencio, para dar curso libre a *otra cosa*.

Y en fin, he omitido totalmente hablar de lo que se juega en *él*, el “compañero” o protagonista, como si no existiera más que en relación con ella, como *objeto* de la atracción y de la repulsión, de la admiración y de la envidia de aquella que se le enfrenta. Una de las razones sin duda de esa omisión: *ella* es, en ese carrusel de la pareja, la que juega el papel activo, dedicándose a fondo, encontrando ahí a menudo su verdadera razón de ser (a falta de algo mejor), mientras que *él* no ve ahí más que fuego, ocupado como está en otra cosa y por añadidura ingenuo como nadie<sup>132</sup>, reaccionado golpe tras golpe sin intentar comprender, y (lo que es más) sin comprender en efecto, ni siquiera (me parece) a nivel inconsciente. Al menos ésa es la impresión que siempre he tenido, ¡desde que comencé a prestar atención al carrusel de la pareja! Pero también es verdad que conozco mucho menos el papel del hombre, pues no lo he podido observar verdaderamente de cerca más que en el caso de mi modesta persona, mientras que más de una vez he tenido ocasión, por contra, de conocer desde los primeros palcos el papel de la mujer.

De todas formas, aunque tuviera gran cuidado, en diez páginas o en todo un volumen, en detallar mi descripción tan esquemática, sería tiempo perdido para un lector que, en esta materia, todavía no haya “hecho uso de sus facultades” y que jamás haya visto nada ni sentido nada de este tipo. En cuanto al lector que esté un poco “en el ajo”, seguramente lo poco que he dicho, y no obstante torpezas y oscuridades, bastará para recordarle cosas que ya había percibido por sí mismo, y para suscitar en él imágenes y asociaciones no menos ricas que las que estaban presentes en el trasfondo, en el momento de escribir mi lapidaria descripción.

Tampoco hace falta más, me parece, para ver aparecer el “lazo que falta” entre el antagonismo con el “Superpadre” (que encuentra su expresión en el entierro simbólico de éste), y el desprecio, el rechazo de lo “femenino”, y más profundamente, la negación de “la mujer” que hay en uno mismo (que tal vez encuentre expresión en “el Entierro” simbólico de una “Supermadre”, bajo una plétora de epítetos ditirámicos de doble uso...)<sup>133</sup>.

(127) (13 de noviembre) Me parece que es tiempo de intentar trazar a grandes rasgos una visión a la vez más clara y matizada del Entierro, que (como escribí anteayer) “englobe y reúna la anteriores

---

<sup>132</sup>(23 de noviembre) Por supuesto, si el carrusel gira, es que (todo lo “ingenuo” que sea) le trae cuenta igual que a ella – ¡y ya se ocupa ella de velar por eso! Me parece que los principales “enganches” con los que ella le “sujeta” (y con los que también ella es sujeta...) son la vanidad, y una necesidad de seguridad afectiva y amorosa, garantizada por una compañera estable. Y también están los hijos...

<sup>133</sup>(23 de noviembre) Ese “tampoco hace falta más” se ha revelado un poco precipitado, hasta el punto de que una semana más tarde, esa conclusión y ese “lazo que falta” ¡estaban totalmente olvidados! Para el “paso que falta” para llegar a un “lazo que falta” más convincente, véase la nota de ayer “La inversión del yin y el yang (2) .. o la revuelta” (nº 132).

visiones parciales, corrigiéndolas o ajustándolas si hace falta...”. A primera vista veo tres de esas visiones anteriores, que se trata de reconocer como otros tantos aspectos parciales de un *todo*.

El primer aspecto que apareció, el más evidente y también el más simplista, es el aspecto “*represalias por una disidencia*”, que es el aspecto que se resaltaba en la nota “El Sepulturero – o la Congregación al completo” (97) – la última nota antes del episodio-enfermedad. También es, entre las de los cortejos I a X (los de antes del incidente), la que me parece captar con más profundidad las *motivaciones colectivas*, las del “Sepulturero” alias “La Congregación (casi) al completo”.

Acabo de releer esa nota. El segundo aspecto, que pudiera llamar “*masacre* (más que simbólica) y *entierro* (simbólico) *del Superpadre*”, no aparece ahí. Quizás sea porque en las motivaciones del Entierro esa componente no afecta verdaderamente a “La Congregación al completo”, que entonces estaba en el foco de mi atención, sino sobre todo (si no exclusivamente) “a los que fueron mis alumnos”. Es verdad que éstos, incluso dejando aparte a su incontestado jefe de filas, mi amigo Pierre, han jugado un papel de primerísimo plano en la ejecución del Entierro, que no hubiera podido hacerse sin la contribución activa de unos, y sin el asentimiento de todos. (Véase al respecto la nota “El silencio”, (84).) Es pues a través de ellos, sobre todo, que el aspecto “Superpadre” me parece crucial para la comprensión del Entierro.

El primer aspecto, el aspecto “represalias”, me llamó la atención después de los reveses de Yves Ladegaillerie en 1976<sup>134</sup>; después he tendido a olvidar ese aspecto, pero periódicamente me ha vuelto al recuerdo durante los siguientes años. Terminó por superar el estado informe de lo que se “siente” sin más, y por convertirse en la substancia de una comprensión clara y matizada, en la citada nota sobre el “Sepulturero”. El segundo aspecto, o aspecto “Superpadre”, comenzó a aparecer a lo largo de la reflexión en Cosechas y Siembras<sup>135</sup>, y al principio<sup>136</sup> sin relación con el Entierro como tal, que sólo descubriría durante los meses siguientes. Ese aspecto surge progresivamente de las brumas a lo largo de la reflexión sobre el Entierro, para tomar al fin una forma llamativa con las notas “La masacre”, “Los despojos...”, “... y el cuerpo” (87, 88, 89). Esas notas son del 12, 16 y 17 de mayo, la del “Sepulturero” es del 24 de mayo; el episodio-enfermedad hizo su aparición el 10 de junio, y pone fin durante más de tres meses a la continuación de las notas, que retomo el 22 de septiembre. Es más que probable que si ese episodio (¡de lo más desafortunado!) no se hubiera presentado, en un momento en que me disponía a hacer un balance de todo y dar una pincelada final, mi visión del Entierro se hubiera limitado a la que había desentrañado en las dos semanas que van del 12 al 24 de mayo – a una visión pues en “dos hojas”, cada una en su rincón, sin que se me viniera la idea de intentar juntarlas.

Sin embargo había un sentimiento difuso, como una bruma apenas perceptible, de que seguía sin alcanzar la última palabra; el sentimiento de que anda “a tientas en la oscuridad” (esta expresión ha debido aparecer una o dos veces en mis notas sobre el Entierro). La última nota sobre el Sepulturero debió ser como una ligera brisa en las brumas, que pude dar la ilusión de que éstas se han disipado, cuando sólo se han desplazado un poquito. Por decirlo de otro modo: el aspecto que se consideraba en esa nota aparecía con tal claridad y con tal relieve, que la impresión (nada ilusoria) de una comprensión tangible y penetrante de ese aspecto, y el sentimiento de satisfacción que lo acompañaba (sentimiento bien claro al final de la nota) – que esa impresión y ese sentimiento crearon como una euforia, la del que se siente cerca del final, y me hicieron más o menos olvidar la otra hoja, bien importante, el aspecto “Superpadre”, ¡que había dejado “de lado”!

La tercera hoja no apareció hasta hace tres días (cinco meses justos después de la aparición del lamentable episodio-enfermedad). Es el aspecto “*Exequias* (simbólicas) y *Entierro* (bien real) *de lo femenino*”, femenino que es visualizado en una especie de “*Supermadre*”, ¡Ella misma encarnada en mi modesta persona! Este aspecto apareció al término de una larga “digresión” totalmente imprevista sobre el yin y el yang, en la que finalmente se concretó un esfuerzo por llegar a expresas de manera inteligible

<sup>134</sup>Ver las dos notas “¡El progreso no se detiene!” y “Féretro 2: o los pedazos tronzados”, n<sup>o</sup>s 50 y 94.

<sup>135</sup>(29 de noviembre) A decir verdad, ese aspecto ya estaba presente en forma de una intuición epidérmica desde hace muchos años en mis relaciones con Deligne, pero sin que jamás me detuviese en ello antes de la reflexión Cosechas y Siembras.

<sup>136</sup>En las dos secciones “El Padre enemigo (1)(2)”, n<sup>o</sup>s 29, 30.



cierta “asociación de ideas” surgida de cierto “Elogio Fúnebre”, que se suponía clausuraba la Ceremonia Fúnebre. Esa famosa “asociación” o “intuición” (a la que aludo al principio de la nota “El músculo y la tripa (yang entierra a yin (1))”, n° 106) todavía no ha sido explicitada – pero todo está ya dispuesto, ¡y hace un momento que he prometido volver sobre esto!

El caso es que de paso han aparecido gran cantidad de hechos y de intuiciones, algunos nuevos e inesperados para mí, que me han hecho retomar contacto con algunos aspectos importantes de mi vida, y de la existencia en general. Uno de esos hechos –que la “tonalidad básica” de mi trabajo matemático es “femenina”– parece contradecir una de las intuiciones que está en la base de esa asociación que sigue esperando su momento: la intuición de que como matemático (igual que en lo demás), era una persona de lo más *yang*; una intuición pues que se vincula al aspecto “Superpadre” del Entierro. Y ese mismo hecho, que parece contradecir a esa asociación (¡de la que salió toda la reflexión sobre el yin y el yang!) también hace surgir en un santiamén esa tercera hoja que hasta entonces se me había escapado, es aspecto “Supermadre”. Al mismo tiempo se realiza (por fin) el empalme con un Entierro ¡que parecía olvidado desde hace cien páginas!

En cuanto a la “marea que sube”, es de esperar que el resultado final, quiero decir esa “visión” prometida que me dispongo a sacar del limbo, esté a la altura de los medios, a saber de toda una marea de digresiones filosófico-freudianas sobre el yin y el yang... La marea se desencadenó (con la nota “El músculo y la tripa”) el 2 de octubre, el “hecho nuevo” crucial hizo su aparición en los siguientes días<sup>137</sup>, cuando me disponía de un día para otro a poner al fin negro sobre blanco esa famosa “asociación” (aparecida cinco meses antes, el 12 ó 13 de mayo, después de la reflexión de la nota “El Elogio Fúnebre (1) – o los cumplidos”, del mismo día que la crucial nota “La masacre”). Pero ese hecho no es “desvelado” hasta las notas de hace cinco días, el 8 de noviembre, después de tres notas preliminares sobre el yin y el yang en mates (escritas durante los tres días anteriores). Es la nota “La marea que sube...” (122). Dos días después, el 10 de noviembre, con la nota “Las Exequias del Yin (yang entierra a yin (4))” (124), la “Supermadre” hace su aparición (pero la palabra no se pronuncia hasta la nota del día después, “¿Supermamá o Superpapá?” (125)). ¡He aquí pues la “tercera hoja” del Entierro!

Sin proponérmelo me he visto envuelto, bajo el impulso del momento, en esta retrospectiva de la reflexión sobre el Entierro, desde la perspectiva de la sucesiva aparición de tres aspectos principales de éste (tal y como ahora veo las cosas). Tales retrospectivas ocasionales, durante una meditación de largo alcance, cada vez se han revelado de lo más útiles, al dar una vista de conjunto de la marcha de la reflexión, y al mismo tiempo una nueva perspectiva de algunos de sus principales “resultados”<sup>138</sup>. Quizás lo que más extraña al hipotético lector en esta retrospectiva, es que yo haya dado un rodeo por una digresión tan larga, en vez de llegar enseguida a esa famosa “asociación” (siempre por venir) y no se hable más, para llegar al fin a la famosa “pincelada final” en el Entierro; pincelada que tanta prisa tenía en dar en la nota “El Elogio Fúnebre (2)” del 29 de septiembre, ¡en la que retomaba el hilo de la reflexión dejada en suspenso en junio! Con esas mismas disposiciones comencé la siguiente nota tres días más tarde, “El músculo y la tripa”, que comienza con una alusión a esa asociación, sin dar ninguna precisión al respecto.

---

<sup>137</sup>Creo recordar que a los dos días, en la nota “La inocencia (los esponsales del yin y el yang)” (n° 107), el hecho en cuestión formaba parte de las “diversas señales” que se consideran en esa nota (sin más precisiones), que “me han hecho sospechar más de una vez.. que son las cualidades “femeninas” las que dominan en mi ser...”.

<sup>138</sup>Me parece que esta clase de retrospectiva es muy rara en el trabajo matemático, y yo mismo sólo la practico desde la redacción de “Pursuing Stacks” (iniciada en la primavera del año pasado). Por contra, una práctica corriente, y que tiene un efecto análogo, desde el punto de vista “nueva perspectiva” de las ideas y resultados de un trabajo matemático en curso, es la de retomar “ab ovo” el conjunto de nociones y enunciados de la teoría que se desarrolla, en el orden que se presenta como el más natural, y en el punto en que esté en ese momento la comprensión. A menudo tal trabajo, que puede parecer pura rutina, lleva a una profundización substancial de la comprensión, por ejemplo haciendo aparecer, por las exigencias de coherencia interna del nuevo ordenamiento, nociones, propiedades, relaciones etc. igualmente “naturales”, que antes no habían sido vistas. A veces también, haciendo aparecer el carácter fortuito o artificial de ciertas hipótesis, o el carácter restrictivo de un contexto de partida, el trabajo de “restatement” desemboca en un insospechado ensanche del propósito inicial, que da a la teoría inicial una dimensión y un alcance nuevos.

Si entonces no la di, y la he retrasado día tras día y semana tras semana durante un mes y diez días, no es por un propósito deliberado, que se hubiera presentado en un momento u otro. Si intentase sondear la causa, diría que debí sentir por instinto, sin tener que decírmelo, que en el punto que estaba entonces, escribir de cabo a rabo la asociación en cuestión no hubiera tenido ningún sentido; que eso habría sido como un simple “enunciado”, puramente formal o verbal, mientras que la rica substancia recubierta por unas palabras que se me hubieran ocurrido por un puro efecto de memorización, quedaría ignorada, no percibida. El lector, si es matemático (o científico, si no es matemático), seguramente ha conocido muchas veces tal situación y el malestar que suscita, cuando uno se enfrenta a un enunciado perfectamente preciso, y del que además sabemos el significado de cada uno de los términos utilizados, y del que sin embargo sentimos que el “sentido” y la substancia se nos escapan totalmente. Tal vez la situación sea mucho más frecuente con textos que *no* son de naturaleza técnica y que sin embargo expresan una substancia tangible, fuertemente percibida por el autor; con la diferencia sin embargo de que es mucho más raro que el lector se dé cuenta con claridad de que el sentido de lo que lee se le escapa. En este caso particular, había más – también para *mí mismo*, que desde hacía meses ya no estaba metido “en el asunto” del Elogio Fúnebre y de las asociaciones relacionadas, y que desde hacía años no me había “sumergido” en la realidad del yin y el yang (aunque la rozase a cada paso...) – incluso para *mí*, lo que entonces hubiese podido escribir para “decir” esa asociación, hubiera sido algo verbal, no verdaderamente sentido o percibido. De haberme decidido a hacerlo, o mejor dicho, de haberme obligado a ello, habría sido de manera puramente formal, para quedarme tranquilo, quitarme una especie de obligación, “repitiendo” en suma unos deberes teniendo buen cuidado de no perder por el camino esa “asociación” que (¡bien lo recuerdo!) había sido jugosa y candente, ¡y que desde hacía mucho había tenido tiempo de enfriarse y pudrirse en un rincón de la memoria!

Si lo que recordaba debía servir para profundizar una comprensión que permanecía parcial, para mí estaba claro que no me podía ahorrar esas cien páginas de “digresiones”. Forman la parte más profunda de toda la reflexión realizada a lo largo de Cosechas y Siembras. Aún no puedo predecir si la visión del Entierro que me dispongo a desentrañar en su estela me dejará completamente satisfecho, o si subsistirán rincones oscuros o disonancias, que tal vez renuncie a esclarecer o a resolver, al menos por el momento, o en Cosechas y Siembras. Pero sea como fuere, igual que en mi obra matemática, sé que cada una de esas cien páginas, igual que cada una de las seiscientas (más o menos) del texto de Cosechas y Siembras escrito hasta ahora, tiene su lugar único y su mensaje y su función, y que no me hubiera podido ahorrar ninguna de ellas (¡haya o no lectores que me sigan hasta aquí!). Aunque el fin perseguido estaba lejos (si no totalmente olvidado...), cada una de esas página me ha aportado su propia cosecha, que sólo ella me podía aportar.

(127') (17 de noviembre) Acabo de pasar cuatro días penosos, con mucha agitación a mi alrededor. No era cuestión de seguir con el impulso adquirido, mi trabajo sobre las notas se ha limitado a un poco de intendencia: relectura de la parte del texto que ha de ser confiada a la escritura en limpio, corrección de la que ya está hecha. Entre la “primera versión” del texto de cada nota, releído antes de ponerme con la siguiente, y el texto definitivo en limpio, dispuesto para la imprenta, hago pues al menos tres lecturas, las tres con atención, haciendo ajustes de expresión al menos en las dos primeras. ¿Voy a terminar conociéndome bien el texto de Cosechas y Siembras! Pero sobre todo, hago lo necesario para estar seguro de que el texto que va a ser confiado a la imprenta será verdaderamente lo mejor que tengo para ofrecer, incluyendo la forma. Salvo en una de las notas del Entierro, en todas las secciones y notas de Cosechas y Siembras que he escrito y releído, en la última lectura he tenido un sentimiento de completa satisfacción. Sentía que cada vez había logrado decir lo que tenía que decir de la manera más clara y matizada que era capaz de hacer, sin ocultar nada de lo que estaba claro, comprendido, conocido en el momento de escribir, ni tampoco de lo que estaba oscuro, borroso, incomprendido o incluso totalmente misterioso, desconocido...

La única excepción es la nota “La mitad y el todo – o la fractura” del 17 de octubre, a partir de la cual el “hilo” de la meditación se escinde en dos, sobre los dos temas que he llamado (en los subtítulos de dos notas posteriores de “la llave del yin y el yang”) “Nuestra Madre la Muerte” y “Rechazo y Aceptación”<sup>139</sup>. Se trata de la última parte de esa nota, a saber, las dos o tres páginas en que hablo de la división en la persona como raíz última de la división y del conflicto en la pareja, en la familia y en la sociedad humana. Esa es una intuición que tuve en los primeros años después de mi “partida” del mundo científico, y que se desarrolló, confirmó y profundizó a lo largo de los años, hasta hoy mismo. Para mí se ha vuelto tan “evidente” (sin que por eso me haya tomado jamás la molestia de examinar con cuidado todas sus facetas), que se ha introducido en la reflexión un poco como algo que se cae de su peso, sin ningún esfuerzo por presentarla por alguna “punta” que haga aparecer un poco esa “evidencia”. Pero si la lectura de esas páginas me deja con una impresión de vaguedad, de insatisfacción, seguramente sólo es una cuestión de “presentación” torpe. Siento que más bien he querido pasar de pies puntillas por encima de una reflexión substancial sobre ese tema tan complejo, reflexión para la que me parece que tengo en la mano todos los elementos para hacerla, ¡pero que sin embargo no está hecha! En la nota del 25 de octubre (“El paraíso perdido” (116)) que se refiere directamente a la nota del 17 (para desarrollar, a partir de ésta, el tema “Rechazo y Aceptación”), intento mal que bien “rellenar” las lagunas que había notado en la nota anterior – pero finalmente sin decir mucho más que simplemente esto: que en cuanto a un eventual “viaje en descubrimiento del conflicto”, “no es en esa dirección donde ahora tengo ganas de seguir”, tanto peor, ¡otra vez será!

\*            \*  
\*  
\*

En la nota anterior, de hace cuatro días, repasé los tres aspectos, u “hojas”, del retablo del Entierro, que hasta ahora se han despejado. Después, he recordado que ya en dos momentos de la reflexión sobre el Entierro sentí, y escribí, que tocaba el “nudo” del conflicto. Fue en las notas “El nudo” y “El Elogio Fúnebre (2) – o la fuerza y la aureola” (65, 105). Esas notas se añaden a reflexiones (en apariencia “bien generales”) de una primera parte de Cosechas y Siembras, “Infalibilidad (de otros) y desprecio (de sí)” (sección n<sup>o</sup> 4). El *desprecio de sí*, el desconocimiento de la fuerza que reposa en nosotros y que nos permite conocer y crear, es también la fuente del *desprecio de los demás*, del sempiterno reflejo-compensación de “probar” la valía poniéndose por encima de otro, haciendo uso (por ejemplo) del irrisorio poder de doblegar o de aplastar, o simplemente de hacer sufrir o de dañar.

Al escribir esa nota, ciertamente no faltaban los ejemplos. El que entonces estaba más presente en mi espíritu era Pierre Deligne, al que tantas veces había visto hacer uso de su poder de desanimar, incluso de humillar, de manera que a menudo me parecía inexplicable. Dos meses después de escribir esa nota comienzo a descubrir “el Entierro en todo su esplendor”, como atestiguan las notas del 19 de abril (“Recuerdo de un sueño – o el nacimiento de los motivos”, y “El Entierro – o el Nuevo Padre” (51, 52)). Progresivamente descubro el papel de mi amigo Pierre como Gran Oficiante en mi entierro y mis exequias. La mayor parte de las notas de antes de junio sobre el Entierro (Cortejos I a X) se centran en su persona. También es de la que dispongo de un material incomparablemente más rico y más personal que de ninguno de los otros numerosos participantes. Igualmente, en los dos momentos en que tuve ese sentimiento de “tocar el corazón del conflicto”, también fue él, el único con el que he mantenido un contacto regular hasta hoy mismo, el que estaba en el centro de mi atención.

(128) (18 de noviembre) Esta noche he dormido doce horas – lo necesitaba, ¡después de varias noches en vela! Siento que he recargado una energía que comenzaba a deshilacharse un poquito – y aquí

<sup>139</sup>La necesidad de reagrupar con subtítulos las notas que forman la “digresión” sobre el yin y el yang se hizo sentir hace unos días solamente. Esto me ha llevado también a reajustar los nombres que le había dado a esas notas, que por eso se citan en algunas partes con nombres diferentes de sus nombres definitivos (pero al menos con el número correcto). A la vez se presentó el nombre adecuado para este conjunto de notas, a saber “La llave del yin y del yang”.

estoy, con más fuerzas que ayer, para retomar el famoso “hilo” donde lo había dejado.

En los dos momentos de los que hablé ayer hubo en mí una especie de “flash” tan claro y tan fuerte, que ni se me ocurriría ponerlos en duda – quiero decir, poner en duda que me revelaba algo real, exterior a mi persona en este caso; que no era algo puramente subjetivo, producto (digamos) de un mero propósito deliberado de ver que se aplica cierta “teoría” psicológica que me gustase – ¡que era en suma la “mariposa” providencialmente atravesada por el alfiler del cazador de mariposas<sup>140</sup>! Poner en duda tales señales, sea en la meditación o en mates o en otra parte, sería simplemente abdicar de mi poder de conocer y descubrir. Tengo la suerte de conocer ese poder, y si hay algo en lo que tengo total confianza, es en eso.

Pudiera pensar en ver en ese “flash”, en lo que me ha enseñado, una cuarta “hoja” del retablo del Entierro, que se añadiría a las otras tres (revisadas en la nota del 13 de noviembre). Pero de entrada lo veo como íntimamente ligado a los aspectos “Superpadre” y “Supermadre” – y ese lazo evidente sobrepasa con mucho a la persona de mi amigo. Ese desconocimiento del “poder de conocer y de crear” que hay en nosotros, que ayer evoqué, no es otra cosa que el desconocimiento de nuestra radical unidad, fruto de los esponsales en nuestro ser de las cualidades, energías y fuerzas “yin” y “yang”, “femeninas” y “masculinas”. Pues lo que en nosotros es “hombre”, por sí solo, no nos hace capaces de conocer ni de crear, igual que lo que en nosotros es “mujer”, por sí solo, tampoco nos da ese poder. Una *mitad* ficticia e irrisoria de nuestro ser no tiene el poder de conocer y de crear, sino que es el *todo*, la *totalidad* de nuestro ser, el que tiene ese poder. Lo tiene, no como resultado de una búsqueda, de un largo camino, de un devenir, que recorriésemos en un estado de impotencia provisional que poco a poco amasase “poder” por el camino; sino que ese poder es nuestro por naturaleza, lo hemos recibido como un don gratuito, desde el día de nuestro nacimiento<sup>141</sup>.

Y ese “desprecio de sí”, o “desconocimiento de sí”, no es otra cosa que el *rechazo* de ese don, el rechazo de esa radical unidad, y del poder que es su inseparable compañero. O más bien, es como la sombra inseparable de ese rechazo, es el *conocimiento de una impotencia*<sup>142</sup>, instaurado por ese rechazo; un conocimiento ciertamente timorato, borroso, no asumido, que tiene buen cuidado de no llegar a lo conocido (bien o mal conocido...), de lo asustado que está de bucear más profundo, de enterarse de la desconocida potencia ocultada y bloqueada por esa impotencia deliberada, y cultivada.

La forma más común que toma ese rechazo de nuestra unidad, en una sociedad superyang como la nuestra, es el entierro día tras día, hora tras hora, de lo “yin”, de lo “femenino” que hay en nosotros. Ésa era justamente la “hoja Supermadre”, alias “Exequias y entierro de lo “femenino””, y más particularmente y *sobretudo*, de lo femenino en *uno mismo*.

Pero bien siento que hay lazo directo y profundo entre desprecio de sí y la “hoja Superpadre”, alias “masacre y entierro del Padre”. Es ese lazo fuertemente sentido el que ahora quisiera intentar captar. Por decir de otro modo ese “presentimiento”, esa intuición: Ha de haber un lazo directo y profundo entre la división que hay en nosotros y el antagonismo con el padre.

Por su puesto que ese “antagonismo” encuentra ocasión de expresarse tanto frente al padre biológico, como frente a toda otra persona que, en un momento u otro y por una razón u otra, haga las veces de “padre de repuesto” más o menos simbólico, sobre el que se proyectan los impulsos antagonistas originales. Mi propósito es pues captar la *causa* profunda de esos impulsos y actitudes antagonistas, tan comunes que a veces se pudiera estar tentado de considerarlos universales; una causa que vaya más profundo que un mero conjunto de agravios concretos, a menudo ciertamente de lo más tangibles, que se puedan tener

<sup>140</sup>Para esta imagen, véase la nota “El niño y el mar – o fe y duda” n° 103.

<sup>141</sup>Y sin duda incluso desde mucho antes de nuestro nacimiento...

<sup>142</sup>Como preciso una línea más abajo, ese conocimiento es “borroso”, en su contenido esencial permanece inconsciente. Sin embargo a menudo se ve emerger un pedacito (como la punta de un iceberg cuya base permaneciese cuidadosamente sumergida...), por una especie de *profesión de fe de impotencia*, que más de una vez me ha dejado con la boca abierta. Se hacen con el tono de una *constatación* perentoria y sin réplica, tras la que se siente una especie de cerrazón vehemente, feroz – como si esa impotencia reivindicada como un “hecho” intangible y sagrado fuera el bien más preciado, del que no podemos desistir a ningún precio...

contra el autor de sus días. Más de una vez, he podido constatar que esos agravios son casi siempre una *racionalización* plausible y bienvenida, de un antagonismo cuya verdadera raíz, causa de su vehemencia y de su tenacidad, se encuentra en otra parte.

Podría formular de otro modo esa intuición que intento captar, bajo la forma en que espontáneamente se me presenta: tengo la íntima convicción de que en el que es *uno*, no dividido, en el que se acepta en la totalidad de su ser – en él, el conflicto con el padre, o con la madre, está resuelto. Es *autónomo*, “*libre*” frente a sus padres. El cordón umbilical que sigue ligándonos a nuestros padres, mucho tiempo después de la infancia y la adolescencia (y casi siempre, a través de la edad adulta y hasta la muerte) – en él ese lazo se ha roto. Ha soltado amarras, que antes nos retenían de partir para *nuestro propio viaje*, de descubrimiento de nuestra Madre el Mundo<sup>143</sup>.

Esta íntima convicción no se reduce a un “wishful thinking”, no es la proyección de un deseo (rebautizado “convicción” para la ocasión). Su origen seguramente está en lo que he vivido, y en primer lugar en lo que he podido constatar en mi relación con mis propios padres. Pienso aquí en la profunda transformación que tuvo lugar en mi relación con mis padres durante los años que siguieron al viraje de hace ocho años, marcado por ese “despertar del yin” en mí, y después por el descubrimiento de la meditación en los meses siguientes, y en fin por los “reencuentros” con mi infancia dos días después<sup>144</sup>. Me doy cuenta de que ese viraje estuvo marcado por una *autonomía* inmediata, en contraste con una dependencia anterior especialmente respecto de ideas recibidas y aceptadas. La más profunda de todas esas dependencias fue la dependencia de mis padres, cuyos valores y opciones modelaron los míos y mi propia visión del mundo, y que había retomado “en bloque” y tal cual, por así decir sin cambios, la imagen de Epinal que tenían de sí mismos, de la pareja que formaban y de su relación con sus hijos. Desde mi infancia “funcionaba” con ese conjunto de valores, de opciones, de imágenes, que no eran fruto de una experiencia de mi propia vida y de un trabajo de asimilación de ésta, sino un mero “equipaje”. Ese bagaje estaba formado en buena parte por clichés y complacientes ilusiones, que había retomado “confiando” en mis padres, y que en mi vida muy a menudo reemplazaron a una percepción directa y viva, una percepción creativa de las cosas que me rodean.

Es cierto que esa “autonomía” de la que hablo apareció inmediatamente con el descubrimiento del poder de la meditación. Era *total* (creo) en todo lo que examinase. Eso no impide que muchas ideas recibidas, y especialmente y sobre todo las que provenían de mis padres, quedasen en su lugar por efecto de la inercia, a falta de ser examinadas. Había tantas cosas que mirar, ¡no se podía mirar todo a la vez! Sin contar con que después de unos meses de intenso trabajo, me dejé distraer por “la vida que continuaba” – aventuras amorosas sobre todo, quién lo duda<sup>145</sup>. Durante los dos años siguientes, mis

---

<sup>143</sup>Es extraño, en francés las notas “el mundo”, “el universo” y “el cosmos” están las tres en masculino. Las palabras equivalentes en alemán “die Welt”, “das All”, “der Kosmos” tienen género femenino, neutro (que a menudo es una especie de “súper-femenino” en alemán), y masculino. Me parece que esto se corresponde mejor con la naturaleza de las cosas designadas con esos términos. Cuando se habla de “cosmos”, la connotación (fuera de las cápsulas espaciales y de los extraterrestres, de reciente invención) es la de un *orden*, regido por leyes – ideas que se corresponden bien con lo masculino (en lo que concuerdan ambas lenguas). Por contra, “el mundo” y “el universo” sugieren la idea de un *todo* del que nosotros y cualquier otra cosa somos una *parte*; de algo, además, que nos corresponde *descubrir*, *penetrar*, *conocer*. Por esos aspectos, que me parecen esenciales, ambos términos designan cosas que tienen naturaleza “yin”, “femenina”, y muy particularmente en lo que se refiere a nosotros. Me costaría mucho averiguar por qué con todo la lengua francesa les atribuye el género masculino.

A propósito, otra “anomalía” (?) extraña, esta vez en alemán, es que “el sol” y “la luna” se dicen “die Sonne”, “der Mond”. Tienen géneros inversos a los que se usan en francés, que parecerían más “naturales”. Así, el sol se asocia inmediatamente a la idea de calor, de fuego, que son de naturaleza típicamente yang. Quizás esta “anomalía” sea común en las lenguas nórdicas, por el hecho de que en los países fríos, en que el calor del sol nunca se percibe como tórrido, abrasador, sino que se espera como una bendición, fuente de vida, el sol es percibido (con la tierra) como una especie de madre nutricia, que prodiga a las criaturas el calor del que se “nutren” tanto como del alimento que les llega de la tierra...

<sup>144</sup>Hablo de esos episodios cruciales en mi vida en las notas “Los reencuentros (el despertar del yin(1))” y “La aceptación (el despertar del yin (2))”, n.ºs 109 y 110, y en la sección “Deseo y meditación”, n.º 36.

<sup>145</sup>Mi vida amorosa, en los años que siguieron al descubrimiento de la meditación en 1976, fue muy intensa, y también más movida que en cualquier otro momento de mi vida. Seguramente representó una dispersión, una distracción respecto del impulso inicial de la meditación, que no iba a retomar (con la amplitud debida) hasta agosto de 1979, con la meditación de largo alcance sobre la vida de mis padres. (Respecto a ésta, véanse las notas “La superficie y la profundidad” y “Elogio de la escritura”, n.ºs 101 y 102.) Sin embargo, en retrospectiva, me doy cuenta de que no podía ahorrarme esa dispersión

meditaciones se limitaron a unas pocas reflexiones circunstanciales de alcance muy limitado, cuando me veía enfrentado a alguna situación de conflicto agudo, y sentía con urgencia la necesidad de ver claro. Fue después de agosto de 1979 (casi tres años después del descubrimiento de la meditación) cuando comenzó la “gran limpieza” de ideas preconcebidas, especialmente sobre mis padres y sobre mí mismo, que seguían estorbándome y tapándome la vista de este mundo fascinante en el que vivo. El trabajo sobre la vida de mis padres me absorbió durante siete meses, hasta marzo del siguiente año, a punto de cumplir cincuenta y dos años. Con ese trabajo, la autonomía de la que hablo, que en cierto sentido permaneció “potencial” durante tres años, se volvió plenamente actual, completa, irreversible. También con ese trabajo, y sólo con él, fui capaz de *amar* a mis padres en el pleno sentido del término, lo que es decir también: de *aceptar* lo que eran, o habían sido, con todo lo que eso había implicado (y que entonces comenzaba a entrever), y especialmente, implicado para mí, su hijo.

Si sentí la necesidad de hacer ese trabajo (128<sub>1</sub>) y si fui capaz de hacerlo, es porque tres años antes supe aceptar ese don de la vida recibido al nacer, y rechazado durante cuarenta años – el don de mi unidad. O por decirlo de otro modo, es porque supe *aceptar mi propia naturaleza*. Pues es por la aceptación, el amor a mí mismo, por lo que fui capaz de aceptar, de amar a mis padres<sup>146</sup>.

También puedo decir que sólo con ese trabajo se “resolvió el *conflicto con mis padres*” – un conflicto cuya existencia no sospechaba unos años antes, aunque mis padres estaban muertos desde hacía más de veinte años. Es verdad que la nota básica de mi actitud hacia mis padres, desde mi primera infancia, había sido una actitud de respeto admirativo, de aprecio, de identificación sin reservas, y después de su muerte, una especie de culto tácito de su persona y de su memoria. No es la clase de relación que suele designarse con el término “conflicto”, que sugiere una nota básica de antagonismo, de enemistad. Ese aprecio que les tenía, por supuesto que a mis padres les traía cuenta, les parecía muy bien y que estaba en el orden de las cosas – y debe haber pocos padres que no quisieran estar en su lugar, ¡o que no se feliciten cuando lo están! Sólo después de ese trabajo sobre mis padres, y más aún después del trabajo sobre mi infancia que le siguió, pude darme cuenta plenamente, con pleno conocimiento de causa, de hasta qué punto esa relación idílica con mis padres había sido *falsa*, ficticia, no “*verdadera*”. No pudo subsistir más que *borrando* obstinadamente en un enternecedor cuadro gran cantidad de cosas que no “cuadraban”, incluyendo penosos periodos (justamente de antagonismo agudo, a menudo sentido como un *desgarro*), o de “manchas” crónicas, que en la relación entre mi madre y yo se repetían con la misma regularidad implacable (aunque con menor frecuencia) que antes entre ella y mi padre. Sin contar las cosas que se habían escapado totalmente a mi conocimiento a nivel consciente, como esa “gran cruz” con que había tachado a mis padres a los ocho años de edad, después de pasar dos años en un medio ajeno, con una escueta carta de mi madre tres o cuatro veces al año como toda señal de vida del uno o de la otra...

Pero la razón profunda, la *verdadera razón*, que me hace llamar “conflictiva” a la relación con mis padres entre el verano de 1933 (a la edad de cinco años) y el invierno de 1979/80 (cuando tenía cincuenta y uno), *no* es que durante esos cuarenta y seis años hubiera conflictos que me enfrentaron a uno y otra o a ambos conjuntamente – que esos conflictos hayan sido frecuentes o raros, violentos o larvados, consciente o inconscientes. Es más bien que esa relación no estaba *asumida* y *no podía* estarlo (tal y como era, quiero decir, sin transformarse profundamente). No podía ser vivida y vista como yo la vivía y la veía, más que por efecto de una *represión* constante, tenaz, de mis facultades de conocimiento y de comprensión; por un *rechazo* obstinado de una toma de conciencia de la verdadera naturaleza de esa relación, o al menos, de ciertos aspectos esenciales de esa relación, que implicaban de manera esencial a cada uno de mis padres igual que a mí mismo, y a la imagen que tenía de nosotros. Por decirlo de otro manera, la forma que había tomado esa relación se perpetuaba en una *huída* obstinada, incesante, ante

---

– era necesario que cierta pasión, cierto hambre que había en mí, se consumiese, y que de paso, siguiera aprendiendo, a través de aquellas que amaba, lo que no había aprendido más que imperfectamente a lo largo de mi vida. En el punto en que estaba, dudo que, por sí sola, la meditación sobre ese pasado hubiera podido enseñármelo.

<sup>146</sup>Esto se une a las reflexiones del final de la nota “La aceptación (el despertar del yin (2))”, n° 110.

una realidad de lo más tangible; realidad igualmente obstinada en darse a conocer una y otra vez, sin que jamás en vida de mis padres me aprendiese la lección. Los episodios, a veces desgarradores, del conflicto claro e innegable que me oponía a uno o a la otra, no eran más que algunas de las señales más o menos elocuentes de la naturaleza “conflictiva” de la relación con mis padres, es decir de esa represión y de esa huída que tenían lugar *en mi propia persona*.

Por decirlo de otro modo, una relación “conflictiva” con otro, en el sentido profundo del término, es la relación que está “dividida”, la que se perpetúa igual a sí misma con un proceso de represión, de huída de la realidad, y que inversamente contribuye a perpetuar esos procesos en sí misma. Las señales del “conflicto”, de la “división” en la relación, pueden ser tanto un antagonismo, como una lealtad; pueden ser tanto un propósito deliberado de crítica e incluso de menosprecio o desdén, como un propósito deliberado de aprobación o admiración.

Y he aquí que he vuelto, sin haberlo buscado ni previsto, a lo que quizás se llame mi “cantinela” filosófica: que el conflicto entre personas no es más que la “señal” del conflicto en cada uno de los protagonistas, o también: que la “fuente” del conflicto en la sociedad es el conflicto, la división en la persona. (¡En todo esto los padres han terminado por desaparecer sin dejar rastro!).

Esta visión de las cosas parece ignorar totalmente la visión más simplista y con mucho la más común: que el conflicto entre dos personas es el resultado de “intereses” o de deseos en uno y otro, que son “objetivamente” antagonistas, es decir, que la satisfacción de uno no puede hacerse más que en detrimento de la del otro. Ésta es la manera de ver universalmente recibida, se trate del conflicto entre personas distintas, o del conflicto interior en una misma persona. Así (en el primer caso) esos “deseos” incompatibles pueden ser, en uno y otro, el deseo de dominar, de dar el tono, de llevar el timón – caso ciertamente de lo más corriente, incluso entre padre e hijo (e igualmente entre mujer y marido, o entre la amante y el amante). Además no le niego toda realidad, toda utilidad a esta forma de ver, al menos en ciertos casos. Pero me parece que se refiere a una realidad superficial, mientras que se le escapa totalmente una realidad más profunda. Por sugerir un ejemplo en ese sentido, señalo que el deseo de dominar (o de brillar, o en general, de ponerse por encima de otro) tiene su raíz justamente en ese “desprecio de sí”, en ese “desconocimiento de sí” tratado hace poco, del que se intenta escapar con actitudes y comportamientos que tienden a *difuminar* y *compensar* ese menosprecio secreto de sí mismo. Así, más allá del conflicto “objetivo” entre deseos antagonistas, en este caso se perfila el conflicto en la persona, como creador de tales deseos, que sólo pueden suscitar y alimentar antagonismos con el otro.

Ciertamente, con estos pocos comentarios no voy a agotar la delicada e importante cuestión de las relaciones entre ambos aspectos del conflicto, que calificaría de aspecto “superficial” y de aspecto “profundo” – y sin duda éste no es el lugar. Más bien siento la necesidad de volver al tema del conflicto con el padre, o el conflicto entre los padres, del que me estaba alejando. En algún momento he podido dar la impresión (e incluso, ¡dejarme arrastrar por ella algunos instantes!) de que el conflicto con un padre era lo mismo que con Pedro o con Pablo. ¡Pero bien sé que no es así! Bien sé que *el conflicto con el padre, el conflicto con la madre, están en el corazón del conflicto con nosotros mismos*.

En este sentido, hace poco he hablado de mi “íntima convicción” (que también llamaría un *conocimiento* que hay en mí, algo bien comprendido), que en aquel que no esté dividido en sí mismo, el conflicto con los padres está resuelto. Este conocimiento, dije, me viene ante todo (creo) de la resolución del conflicto en mi relación con mis padres<sup>147</sup>. Otra manera de decirlo es que *la aceptación de nuestros padres* (es decir, el cese del conflicto con nuestros padres) *forma parte de la aceptación de nosotros mismos*. Ellos son (para nosotros) nuestros *orígenes*, y nuestros *condicionamientos* (o una buena parte de éstos, al menos). La primera de esas dos cosas (nuestros orígenes) es inseparable de nuestra persona, sea cual fuere nuestro camino y nuestro destino; la otra (nuestros condicionamientos) está profundamente arraigada en nosotros, y en ese sentido forma parte de nuestra persona igual que nuestros orígenes. Recusar

---

<sup>147</sup>Véase al respecto la siguiente nota a pie de página.

la verdadera realidad de nuestra madre o de nuestro padre, se exprese el rechazo con el antagonismo o con la lealtad, es recusar también una parte esencial de nosotros mismos y de lo que ha sido nuestra vida, hasta donde podamos recordar...

Y hay más. Es por nuestra madre y nuestro padre, antes que nadie, como se nos transmitió el conflicto que había en ellos. (¡Esto es lo que expresaba hace un instante con el término lapidario “nuestros condicionamientos”!) Así es como están ligados al conflicto que hay en nosotros mismos más que cualquier otra persona del mundo. Y la primera proyección exterior de ese conflicto que hay en nosotros, y la más antigua y la más crucial de todas, es el conflicto con nuestra madre y con nuestro padre. Por eso me parece que el conflicto que hay en nosotros, y el conflicto con nuestros padres, están indisolublemente ligados – son como un solo y mismo conflicto. Hace un momento he expresado “la íntima convicción” de que cuando el conflicto que hay en nosotros está resuelto (o al menos, cuando está resuelto en su raíz, en la división “yin contra yang”), entonces nuestro conflicto con los padres también está resuelto; o, por decirlo de otro modo, que la resolución del conflicto que hay en nosotros pasa por la del conflicto con nuestros padres. Pero tengo la convicción de que la inversa es igualmente cierta: que en cuanto el conflicto con nuestros padres esté resuelto, por lo mismo el conflicto que hay en nosotros está resuelto<sup>148</sup>. Por eso, en la relación con nuestros padres veo un *papel-clave* en nuestra aventura espiritual, un papel único que no tiene nadie más, sea el cónyuge o el hijo, o el amigo, el maestro, o el alumno.

\*            \*  
\*  
\*

(128<sub>1</sub>) (1 de diciembre)<sup>149</sup> Lo importante que es para mí “conocer a mis padres” me fue revelado por un sueño, que me vino el 28 de octubre de 1978. Fue un sueño sobre la agonía de mi padre. Esa agonía se alarga durante días y noches de dolorosa lucha, rodeado por la atareada indiferencia de su entorno, mientras es considerado como “ya muerto” por el consenso tácito de todos – “era como un veredicto, que hubiera hecho efectiva su muerte, cortando de raíz toda duda”. Al despertarme anoté el sueño, pero durante los tres meses siguientes eludí toda reflexión sobre él, hasta el punto de hundirse en la penumbra de un semi-olvido. En suma, “enterré” la muerte de mi padre, de la que ese sueño me hablaba, igual que en ese sueño (que evocaba un aspecto crucial de mi vida despierto) yo “enterraba” a mi padre aún vivo. Hubo resistencias de fuerza considerable contra el mensaje sin embargo claro y penetrante de ese sueño, de turbadora belleza. Se resolvieron al final de una primera noche de pertinaz meditación sobre el sentido de ese sueño, el 31 de enero siguiente, seguida por otras cuatro meditaciones en las tres semanas siguientes.

Ese sueño me hizo comprender que mi relación con mi padre y con mi madre estaba paralizada, “muerta”, cortada de una realidad viva cuya percepción se encontraba arrinconada – igual que (en el sueño) estaba arrinconada la percepción de una agonía declarada nula e inexistente, y la acción espontánea que se sigue de ella: prestar asistencia al que, dolorosamente abandonado por todos, lucha por vivir.

---

<sup>148</sup>Aquí puedo dar la impresión de poner la pose “del que ha resuelto el conflicto consigo mismo”. Es cierto que digo sin reserva alguna que el conflicto con mis padres está resuelto, totalmente. También es cierto que el conflicto que hay en mí sigue haciéndose sentir de muchas maneras, no ha desaparecido. Seguramente es algo bien patente en cada página de Cosechas y Siembras, y también es algo que más de una vez he tenido ocasión de subrayar en tal o cual caso. Esto parecería contradecir la afirmación comentada en la presente nota a pie de página, “que en cuanto el conflicto con nuestros padres esté resuelto, por lo mismo el conflicto que hay en nosotros está resuelto”. Sin embargo, en cierto sentido (el que tenía a la vista al escribir esas líneas), es bien cierto que “el conflicto que hay en mí está resuelto”. Al menos, algo esencial en ese conflicto, en su misma raíz, está realmente resuelto, con ese conocimiento de mi unidad, con esa aceptación de mí mismo. Si el conflicto se asemeja a un árbol de raíces fuertes y profundas, pude decirse que cuando la raíz se corta o se seca, el árbol ya está muerto, aunque por inercia el tronco y las principales ramas sigan en su sitio, el tiempo que tardan en secarse y deshacerse poco a poco. Noto bien ese progresivo “secarse” del conflicto al hilo de los años, como un poder antes fuerte y vivaz, que poco a poco se relaja. Me parece que la escritura de Cosechas y Siembras es como una de las etapas de ese proceso, entre muchas otras en los últimos ocho años. Otra imagen para intentar describir esa misma realidad, es como una calma profunda que se extiende poco a poco, como la calma de las profundidades del mar, que no está afectada por los remolinos que agitan la superficie. Me expreso de manera más detallada al respecto en las dos notas “Los reencuentros (el despertar del yin(1))” y “La aceptación (el despertar del yin (2))”, n<sup>o</sup>s 109, 110.

<sup>149</sup>La presente nota surge de una nota a pie de página en la nota anterior n<sup>o</sup> 128 “Los padres – o el corazón del conflicto”.



La primera cosa para poner fin a ese aislamiento en que estaba, era conocer a mis padres. Entonces no sospechaba las dimensiones de esa tarea, ¿me imaginaba “unas pocas horas” para llegar “al corazón del tema”? La idea de conocerme a mí mismo, especialmente a través de mi infancia, ni había aflorado. Esa necesidad se hizo sentir posteriormente, iba a derivarse espontáneamente del viaje que me disponía a emprender. Éste sólo empezó seis meses más tarde, en agosto de 1979, a causa de la larga digresión (sin embargo nada inútil en muchos aspectos) que constituyó el episodio “Elogio del Incesto”. (Véase la nota “El Acto” (113).)

Junto con el sueño del 18 de octubre de 1976 (que desencadena los “reencuentros”) ese sueño sobre la agonía de mi padre es uno de los dos sueños que más han repercutido en el curso de mi vida. Las resistencias en contra de su mensaje fueron mucho más fuertes, me parece. El mensaje del primero fue recibido horas después de despertar, mientras que el del segundo fue aplazado durante meses. No comenzó a cumplirse hasta nueve meses más tarde, con mi partida para un viaje de descubrimiento que todavía hoy sigue...

Sólo en estos últimos días se me ha venido la relación entre el sentido de ese sueño, y la realidad del Entierro que intento penetrar con la presente reflexión. Ese entierro en el que figuré como “principal difunto” me parecía antes como un “retorno de las cosas” (véase la nota del mismo nombre, (73)). Esta vez, también veo un “retorno de las cosas”, pero bajo un ángulo totalmente inesperado. En el Entierro en efecto, aparecía por turnos como “el Padre” y como “la Madre”. Ni me había rozado la idea de que jamás hubiese sido como un hijo, “enterrando” vivos (aunque fuera simbólicamente, o con un consenso tácito) a su padre o a su madre, ¡muy al contrario! Y tenía grandes razones para estar persuadido de lo contrario, razones que evoco por primera vez al final de la nota “La masacre” (en el contexto es verdad de la *masacre* del Padre, y no de su entierro). (Vuelvo sobre esto de manera más detallada en la nota “La inocencia (los esponsales del yin y el yang)” (107).) Al escribir esos dos últimos párrafos sobre mi primera infancia, en la nota “La masacre”, seguramente he debido dar la impresión (e incluso, tener yo mismo esa impresión) de que mi relación con mi padre estuvo exenta de conflicto durante toda mi vida. Pero ya en la nota comentada aquí, “Los padres – o el corazón del conflicto”, en que no me limito a tales impresiones epidérmicas, se ve con claridad que no es así, que esa visión de las cosas (que realmente era la mía hasta el 31 de enero de 1979) era una de las ilusiones que me ha gustado mantener durante la mayor parte de mi vida de adulto. Esa ilusión apareció con claridad, desde el momento en que al fin me molesté en examinar el sentido del sueño sobre la agonía de mi padre – el más *bonito* de todos los sueños que la vida me ha regalado hasta hoy. Ese sueño presenta el control del conflicto sobre mi relación con mi padre con un realismo sorprendente – y también me hace vivir la *resolución* de ese conflicto. El conflicto se resuelve por efecto de una *ruptura* en mí con el consenso que decreta la muerte de mi padre, ruptura que de repente abre la puerta a *otra cosa* – y con un gesto de amor de mi padre, me decía que había escuchado el grito que mi garganta anudada no lograba dejar salir hacia él...

El profundo parentesco entre la vivencia de ese sueño, sorprendente parábola de una relación paralizada con mis padres (que de repente vuelve a la vida...), y la realidad del Entierro que sondeo desde hace casi nueve meses, se me presenta ahora con la fuerza de una evidencia. Es notable que durante toda esta reflexión y aún hasta estos últimos días, el pensamiento de ese parentesco no había aflorado. He terminado por “caer encima” por pura casualidad, a propósito de una nota a pie de página en que me proponía señalar, a efectos prácticos, el papel que también esta vez (en el inicio de una reflexión sobre mis padres) había jugado cierto *sueño*, entre tantos otros que desde hace ocho años han sido para mí como faros providenciales en mi ruta. Ese propósito tuvo el efecto de ponerme en contacto un poco con la vivencia y la substancia de ese sueño, que todavía estoy lejos de haber agotado. Una vez restablecido el contacto, ya no era posible, visto el contexto, que el parentesco con el Entierro no se hiciera manifiesto.

Es verdad que ese parentesco, por el momento, se refiere sólo a cierto “nudo”, cuando en ese sueño y en la realidad que transcribe, está el nudo, y su resolución. Además esa resolución, que el sueño me hacía vivir, y de la que desde esa noche conocía el sabor y la fuerza, sólo a mí y a nadie más le correspondía

hacer que igualmente fuera una realidad vivida en mi vida despierta, en mi relación con mi padre y con mi madre. Era libre de hacerlo, como de no hacerlo – y durante meses, ¡esa segunda alternativa fue mi elección! Hoy –cinco años después de esa resolución– seguramente es igual, en esta situación en cierto modo simétrica en que estoy implicado, cuando soy yo el que figura como Padre enterrado por un consenso-veredicto, ¡allí donde había sido el hijo que piadosamente entierra vivo a su padre de carne y hueso! Y quizás esta vez también sea con una meditación sobre el sentido de lo que he vivido, en este caso, sobre el sentido de ese Entierro, con lo que se resuelva ese otro nudo en el que me encuentro involucrado, y se disuelva tal vez otra parte del peso de mi pasado.

En cuanto a saber si esta meditación será de alguna utilidad para alguien más que yo –a tal protagonista quizás de ese Entierro en que no soy el único en ser enterrado, y en el que son legión los enterradores que han acudido corriendo a las Exequias– eso no me preocupa; ni si tal o cual nudo que veo en otro se resuelve o no. Ése es su trabajo, ¡bastante tengo con el mío! Pero si por ventura se resolviera mientras estoy con vida, seguramente sería uno de los primeros en ser informado, y me alegraría de ello...

(129) Decididamente, en las páginas precedentes<sup>150</sup>, he rozado el tema del *conflicto con los padres*, y no el del conflicto con el padre, que había sido mi punto de partida. Las asociaciones de ideas que he seguido a partir de ahí, parece que me han alejado de él, más que perforarlo. En lo que acabo de decir sobre el conflicto con los padres, el papel de la madre y del padre son intercambiables, igual que también es indiferente si el “nosotros” de que se habla en esas páginas designa un hombre, o una mujer. Sin embargo, en nuestra relación con los padres, la madre y el padre están lejos de jugar un papel simétrico, y el papel jugado por cada uno de ellos depende de manera crucial de si “nosotros” somos chico o chica (después hecho hombre, o mujer).

En este caso particular, el conflicto con el padre (que se expresa con el entierro simbólico de éste, incluso por su masacre) me interesa en primer lugar en el caso de aquellos que conozco por haber participado activamente en mi entierro, que son todos *hombres*. Entonces, el padre, en la estructuración del yo, es aquél con el que uno *se identifica*, sobre el que uno *se modela*, en su relación con los demás (y más particularmente, con la mujer), y en la relación consigo mismo. Es bien raro que esa identificación se haga sin grandes “borrones”, y el antagonismo con el padre es una de las trazas, tenaz donde la haya. Éste no es lugar para intentar repasar esos borrones, que tienden mucho a dar la nota, incluso en el niño mejor dispuesto a seguir el ejemplo de papá; ni de examinar la expresión que tienden a tomar en la relación con el padre. Además, mi propia experiencia sobre este tema es hasta tal punto atípica, que quizás sea el menos indicado para hacer tal inventario, pues no siento íntimamente, por vivencia propia, los pormenores y el “sabor” particular de los principales casos<sup>151</sup>. En esto mi experiencia es sobre todo indirecta, lo que he podido observar a mi alrededor, y en primer lugar en las relaciones de mis hijos conmigo.

Más allá de la naturaleza particular de esos “borrones”, y de las quejas y resentimientos que puedan brotar de ellos, hay un aspecto común que he percibido en muchas ocasiones, aunque cualquier propósito deliberado “explicativo” estuviese totalmente ausente. Es que el antagonismo del chico o del hombre frente al padre, que le ha servido mal que bien de modelo y que reproduce, en “positivo” o en “negativo” (por imitación, o por oposición), lo quiera y lo reconozca o no – ese antagonismo no es otra cosa que un aspecto, particularmente elocuente y crucial, de un antagonismo frente a *sí mismo*. Con más precisión, es la señal exterior, por el *rechazo* (expresado con más o menos claridad) del padre, del *rechazo de una parte de sí mismo*; de eso, seguramente, en lo que (sin saberlo, o en contra de ciertas opciones conscientes o inconscientes) se parece al modelo que recusa – a su padre.

De repente caigo –veo precisarse ese lazo presentido entre “desprecio de sí” (o “rechazo (o desconocimiento) de sí”), y “antagonismo al padre” – pero en una parte inesperada. Me disponía a encontrar

<sup>150</sup>Las de la nota n° 128, de la que ésta es una continuación inmediata.

<sup>151</sup>Compárese con las reflexiones del final de la nota “La masacre”, n° 87.

un lazo más o menos directo entre ese antagonismo al padre, y el rechazo de sí bajo la forma del rechazo (o “el entierro”) de lo *femenino* en la propia persona. En vez de eso, se diría que caigo (sin embargo hubiera debido esperarlo, en “buena lógica”) sobre el rechazo de lo *masculino*. Sin embargo, bien sé que este rechazo, menos evidente y más oculto en el hombre que el rechazo de lo femenino que hay en él (del que ya he tenido ocasión de hablar), es a penas menos raro, y que pesa sobre él con igual peso. A menudo uno se añade al otro, de forma que, de cualquier manera que se estructure el yo, sea en colores yin o en colores yang, ¡seguro que uno es inaceptable para sí mismo! Por decirlo de otro modo, ese rechazo del padre, el rechazo de lo que es “masculino”, “viril” en uno mismo y nos hace semejantes al padre, a menudo va *a la par* con la adopción sin reservas (a falta de un contrapeso “yin”, negado) de un sistema de valores “yang”, ¡“macho” a prueba de bomba!<sup>152</sup>

Se me viene la idea de que esa contradicción (verdaderamente espantosa, en efecto, ¡una vez dicha y puesta negro sobre blanco!) es sin duda el verdadero *nervio* en esa *competición* sin piedad, que es una de las características de nuestra sociedad supermacho (y esto tanto en las altas esferas de la ciencia como en cualquier otra parte...). Pues si “subir” y “superar” son valores superyang por excelencia, sin duda esos valores no estarían interiorizados con tal vehemencia, y su puesta en práctica no se haría con tal brutalidad (aunque sea afelpada, cuando se trata de las “altas esferas”...) si en el rival que está en mejor posición que nosotros, al que hay que superar e incluso desplazar, no viéramos perfilarse ante nosotros la temible sombra del Padre, a la vez admirado, envidiado, y secretamente odiado – el que estaba ante nosotros, y cuya sola existencia, desde que podemos recordar, ha sido *el gran desafío* en nuestra vida.

(130) (19 de noviembre) Estaba impaciente por continuar la reflexión donde la había dejado. Hace una semana, y de verdad (desde la nota del 12 de noviembre, “La esposa vehemente (la inversión del yin y del yang)” (126)), que día tras día tengo el sentimiento de estar a punto de entrar “en el meollo del tema” –de volver al cuadro general del Entierro que me había prometido, que reuniría las “hojas” parciales que habían surgido durante la reflexión– y también una semana que el “a punto” en cuestión era retrasado día tras día. Al terminar cada día mi nota (pues hay que parar e irse a dormir, cuando se hace tarde), bien sé que he hecho un trabajo que no podía dejar de hacer, que he “avanzado” un poco – ¡pero al mismo tiempo tengo la impresión de que el “punto” al que quiero llegar ha reculado otro tanto! Aquí la tentación evidente es seguir de una tirada hasta llegar al famoso “meollo del tema”. Pero después de los “incidentes enfermedad” de estos tres últimos años, bien sé también que es el error que se ha de evitar.

Además, bien sé, en el fondo, que estoy de lleno en el “meollo” en cuestión. Sólo es que muerdo el freno por terminar esta vuelta. Esta impaciencia por llegar al final de una tarea, ese impulso hacia cierto “punto” o “meollo del tema”, intensamente percibido ante mí –muy cerca, o aún lejos, qué más da– esa atracción de un “objetivo” que me proyecta hacia adelante, como una flecha clavándose en la diana – ese aspecto es el que me parece más intensamente “yang” en mi persona, caracteriza mi forma de ser *fuera del tiempo de trabajo*. Es un aspecto importante del “*patrón*”, de lo que en mí está condicionado, lo que es algo adquirido. Por lo que sé de mi primera infancia, nada pudiera hacer presagiar ese carácter, que apareció más tarde, y que ha marcado tanto toda mi vida de adulto aún hasta hoy.

En el trabajo mismo, ese aspecto parece casi desaparecido. Tengo la impresión de que lo poco que subsiste aquí o allá es ni más ni menos que la intromisión ocasional, hay que reconocer que discreta, del patrón en el trabajo (donde, a decir verdad, ¡no pinta nada!). El trabajo, a gusto del Obrero que por mis manos trabaja al ritmo que es suyo, se hace de modo muy distinto. La fuga impaciente se esfuma ante una calma, tranquila y obstinada. Ya no hay flecha, directa hacia una diana, sino una ola que se extiende hasta muy lejos y que avanza hacia no se sabe dónde, allí donde la lleve la fuerza que la empuja – una ola seguida de otra ola, y de otra ola... No hay titubeo alguno en ese movimiento, en cada lugar y en todo momento tiene una dirección bien suya que le empuja, o le atrae hacia adelante. En cada momento hay

---

<sup>152</sup>(29 de noviembre) Al menos ése es el caso más frecuente con mucho entre los que conozco.

una progresión, no se sabría decir hacia qué, hay un “trabajo” realizado con un movimiento que ignora el esfuerzo – y no hay objetivo. La idea misma de un “objetivo” parece aquí extrañamente absurda – ¿dónde se colocaría?! El objetivo ha desaparecido, igual que la flecha. Si hay flecha, no es *una* flecha vibrante que se lanza al centro de una diana para clavarse y hundirse en ella – sino que en *cada* lugar de esa cambiante masa de olas que van unas tras otras hay un movimiento y una fuerza sin equívoco, hay una dirección en una progresión, tan precisas y claras como una flecha, invisible y sin embargo imperiosa, que marcarse esa dirección, esa fuerza, ese movimiento.

Así, me parece que en mi trabajo, soy tan “yin”, tan “mar y movimiento”, como se puede ser. Así ha sido, creo, en todos mis trabajos de descubrimiento, en todo trabajo al que me he lanzado con pasión, y ante todo, en mi trabajo matemático y en el trabajo de meditación. Y ahora que inesperadamente acabo de describir con una imagen, imperiosa y súbita, cómo siento ese trabajo, me parece que al mismo tiempo esa imagen describe también el *movimiento de mi vida*, desde los días del reencuentro conmigo mismo, y quizás desde antes, quizás desde el momento de mi “saludable desgarró” de un confortable redil<sup>153</sup>. Que al menos describe el “cómo” de mi vida a un nivel profundo, el de la “calma” de la que he hablado (hace a penas unas horas) en una de las notas a pie de página de ayer – una calma a la que no afecta la agitación que hay en la superficie. En esa calma profunda, hay movimiento y progresión, pero no hay objetivo – el objetivo ha desaparecido.

Y también recuerdo ahora que esa misma imagen es la que se me vino en marzo, cuando hablaba de las manifestaciones de mis dos pasiones, la meditación y la matemática, como “el movimiento arriba-y-abajo de las olas que se suceden unas a otras, como la alternancia de una respiración profunda y tranquila...”<sup>154</sup> Ahora, con ocho meses de distancia, creo reconocer en esas imágenes el movimiento espontáneo de mi ser, de lo que es más espontáneo, de lo que en mí es verdaderamente original – de lo que viene del niño ávido de conocer, antes de que le afecte la preocupación por parecer y el ansia de llegar a ser...

(131) (20 de noviembre) Ayer dediqué casi toda la tarde a releer las notas de la víspera, corregirlas de paso, mecanografiar una página decididamente sobrecargada, escribir notas a pie de página (previstas desde la víspera) – ¡y ya era medianoche! Sin embargo tenía prisa por avanzar, por poco que fuera, y me puse con la máquina de escribir, para retomar el “hilo” interrumpido la víspera. Y lo que vino fue algo muy distinto – la imagen de la flecha y la ola. Desde hace mucho me reconozco en la de la flecha, mientras que me parecía que la de la ola correspondía a un temperamento bien diferente del mío. Una de las sorpresas aparecidas en el curso de esta reflexión sobre el yin y el yang, es que sin embargo esa imagen de la ola es la que expresa de manera más llamativa, y más ajustada, el “tono de base” que prevalece en mi ser, cuando “el patrón” está lejos, o al menos cuando se esfuma ante otra cosa. La imagen surgió como si estuviera lista y no esperase más que las palabras que al fin le diesen forma. Éstas llegaron sin prisas y sin titubeos, mientras simplemente me esforzaba en *describir*, lo más fielmente posible, sin escamotear ni deformar nada, lo que aún permanecía en el estado de un sentimiento difuso.

Al terminar la descripción, eran las dos de la mañana. Releí esas dos páginas, y no tuve que hacer retoques, por así decir. El pasaje más delicado había sido aquél en que intenté describir esa intuición de una infinidad continua de “flechas”, formando como un “campo” de fuerzas. Ésa era una idea que se presentaba con fuerza, y que parecía reticente a dejarse evocar con el lenguaje. Sin embargo sentía que era un aspecto importante de la imagen completa, el aspecto “yang en el yin”. En la ola hay “una flecha”, hay un *impulso* que la empuja hacia delante, según un movimiento que le es propio y que no es el de *una flecha*, sino más bien el de toda una multiplicidad, una multiplicidad *continua* que restituye con facilidad ese movimiento de la ola. Y bien sé también que en mi trabajo *también* era “flecha”; pero lo soy de manera diferente a la que hasta ahora me había imaginado, a falta de tomarme tiempo para

<sup>153</sup>Ver la nota del mismo nombre, n° 42.

<sup>154</sup>Ver el final de la sección “Mis pasiones”, n° 35, de donde se han extraído estas líneas.

mirar ese trabajo con un poco de atención, de impregnarme de él como si fuese algo externo a mí, a fin de percibir su tonalidad. Si no lo he hecho antes, después de llevar ocho años meditando, sin duda es porque sin saberlo he permanecido prisionero de un propósito deliberado e inveterado: el de identificarme con el “patrón” que hay en mí, antes que con el Obrero-niño; es decir, cuando hablo de “mí”, el de pensar en primer lugar (quizás hasta exclusivamente, muy a menudo) en el que soy cuando es el “patrón” el que está en escena. Salvo por muy poco, son también los momentos fuera del trabajo, justamente.

Las necesidades y vicisitudes de la enseñanza (entre otras) han terminado, después del descubrimiento de la meditación, por llamar mi atención sobre *ciertos* rasgos de mi trabajo – a saber, los rasgos que sentía que eran de naturaleza universal, que debían estar presentes en *todo* trabajo creativo, en todo trabajo de descubrimiento<sup>155</sup>. Pero antes de la presente reflexión sobre el yin y el yang, aún no había pensado en discernir en mi propio trabajo unos rasgos distintivos, que lo hicieran diferente del de cualquier otro. Uno de esos rasgos, que me parece el más crucial de todos, es captado finalmente en la nota del 8 de noviembre “La marea que sube...” (122). La imagen evocada en esa nota, en el contexto-tipo de una conjetura que se trata de probar, es retomada en las notas de ayer, bajo una luz diferente, fuera de todo contexto particular.

Por fin retomo el hilo de la reflexión, allí donde lo dejé anteayer. Partí<sup>156</sup> con el propósito de intentar captar la causa profunda del antagonismo con el padre, más allá de las quejas particulares que se puedan alimentar en su contra. Siguiendo las asociaciones de ideas que se presentaban con fuerza, me alejé de ese propósito, y me vi llevado a hablar sobre todo del conflicto *con los padres*, indiferentemente padre o madre. Ese “conflicto” puede tomar tanto la forma de la fidelidad (ése fue mi caso), como la del antagonismo. Después de mi trabajo sobre la vida de mis padres, me parece que ese “conflicto con los padres” está verdaderamente *en el corazón del conflicto* que hay en nosotros. Resolver éste último, estoy convencido, es ni más ni menos que resolver el conflicto con los padres, es decir: ser libre, ser plenamente autónomo espiritualmente, proseguir *su propio* viaje...

Volviendo de nuevo al antagonismo con el padre, he retomado contacto con una intuición que me ha venido muchas veces durante los últimos años: me parece que el sentido profundo de ese antagonismo con el padre es el rechazo de lo que en nosotros se parece al padre, del aspecto y de los rasgos *viriles* de nuestra persona. Con esa última parte de la reflexión de ayer<sup>157</sup> he hecho una nota separada, con el nombre de “El Padre enemigo (3) – o yang entierra a yang” – sugiriendo pues, con ese nombre, el lazo con las dos secciones “El Padre enemigo (1), (2)” (n<sup>os</sup> 29, 30), en las que ese tema del “Padre enemigo” aparece por primera vez.

Así, el aspecto del Entierro que se trató al principio de la reflexión de anteayer, a saber el aspecto “desprecio de sí”, o “desconocimiento de sí” o “rechazo de sí”, aparece como una especie de trazo de unión, o mejor de “bisagra, entre las dos hojas anteriores, la hoja “Supermadre – o entierro de lo “femenino”” y la hoja “Superpadre – o masacre y entierro del Padre”. Esa naturaleza de bisagra se ve cuando se percibe con claridad que en la primera de esas hojas, “lo femenino” es ante todo “lo femenino *en nosotros*” (como en efecto se vio en la nota del 10 de noviembre “Las exequias del yin (yang entierra a yin (4))”, donde la hoja “Supermadre” hace su aparición); y que “el Padre” es ante todo el sustituto simbólico de “lo masculino en nosotros”. Así los dos aspectos en cuestión quedan como dos hojas perfectamente simétricas, correspondientes a los dos “casos típicos” evidentes del “rechazo de sí” – a saber, el rechazo de “la mujer” (alias la Madre) que hay en nosotros, y el rechazo de “el hombre” (alias el Padre) que hay en nosotros<sup>158</sup>. Y el tema del conflicto con los padres, que es una especie de conjunción o de superposición

<sup>155</sup>El primer texto escrito, creo, en que evoco algunos de esos rasgos, es el de octubre de 1978, “A guisa de Programa” (al que se alude en la nota del 6 de noviembre, “La bella desconocida” n<sup>o</sup> 120). Después de ese texto, no me molestó en explicitar y profundizar negro sobre blanco mis observaciones sobre ese tema hasta la reflexión Cosechas y Siembras de este año. Sus ocho primeras secciones están esencialmente consagradas a ese tema, sin contar otros numerosos comentarios disseminados a lo largo de esta reflexión.

<sup>156</sup>En la nota “Los padres – o el corazón del conflicto”, n<sup>o</sup> 128.

<sup>157</sup>De hecho, no se trata de la nota de la víspera, sino de la antevíspera, con la que aquí me dispongo a enlazar.

<sup>158</sup>Recuérdese que no es nada raro que esas dos clases de rechazos “simétricos” se superpongan uno a otro en una misma

de dos temas distintos, el conflicto con la madre y con el padre, también parece como una especie de bisagra. O mejor dicho, según lo que se vio en la reflexión de ayer<sup>159</sup>, ese tema parece inseparable del rechazo de sí, siendo uno y otro aspectos diferentes de una misma realidad indivisa, la del *conflicto que hay en nosotros mismos*.

En todo esto, parecería que el propósito inicial, el de “captar la *causa* profunda del antagonismo con el padre”, permanece en suspenso. Podría decir que el antagonismo con el padre es una de las *formas* que toma el antagonismo con uno mismo, o el rechazo de sí. Entonces, la cuestión inicial parece escindirse en dos. De una parte, ¿por qué “causas” el rechazo de sí toma, en ciertos casos, esa forma particular? Sondarlo es también entrar de manera un poco detallada en cierto número de situaciones-tipo diferentes, que pueden suscitar tal antagonismo.

De otra parte, volvemos a la cuestión, más profunda y aún más crucial, de la “*causa*” del rechazo de sí, lo que es decir también de la causa del conflicto, de la división que hay en nosotros. Al menos creo haber captado el *mecanismo* común por el que se transmite el conflicto entre las generaciones: el rechazo de nosotros mismos no es otra cosa que la interiorización del rechazo por nuestro entorno desde nuestros primeros años – del rechazo al menos de ciertos aspectos y de ciertos impulsos que tenemos, que forman una parte esencial de nuestro ser original, de nuestras facultades creativas. Hablo de ese aspecto de las cosas (entre otros) en la parte “Rechazo y aceptación” de “La llave del yin y del yang”, y más particularmente en las dos primeras notas “El paraíso perdido” y “El ciclo” (116), (116’).

Sin embargo, captar ese “mecanismo” común de la transmisión del conflicto no significa: comprender la *causa* del conflicto que hay en nosotros y (a través de nosotros) en la sociedad humana. ¿Por qué, en todo tiempo y lugar (según los testimonios unánimes que nos han llegado a través del tiempo), “la Sociedad” no tolera que los que la constituyen sea seres *enteros*? Es decir, seres en plena posesión de sus facultades creativas, que no reprimen con gran costo una parte de lo que son, considerada tan vergonzosa (o tan temible...) que más vale ignorar que existe, y establecer tácitamente que *no existe*...

Ése es para mí uno de los grandes misterios de la existencia, quizás el mayor misterio<sup>160</sup>.

Hubo un tiempo, hasta hace pocos años, en que mi actitud hacia la realidad universal de la represión y el conflicto era una actitud de *revuelta* militante – de revuelta contra esa “*espada*” que pretendía cortar en dos lo que, por su naturaleza, debía ser uno, *era* uno. Ésas eran aún mis disposiciones al escribir el Elogio, hace cinco años<sup>161</sup>. Con el largo trabajo de meditación que le siguió, sobre la vida de mis padres, esa actitud cambió. Con ese trabajo, que día tras día me ponía en contacto íntimo con las manifestaciones del conflicto en mis padres, y que pacientemente me hacía remontar de las manifestaciones a su sentido y a su causa – con ese trabajo al fin terminé por sentir el *misterio* del conflicto. La actitud de revuelta desapareció, como si jamás hubiese existido. Había sido una reacción epidérmica, una mera dispersión de energía. Una revuelta – ¿contra quién? No contra una persona o un grupo de personas, ¡contra el famoso “Ellos...”! Todos estamos en el mismo barco, y hace uno o dos millones de años que ahí estamos... ¿Revuelta contra “Dios”? Pues sólo faltaba eso.

En el fondo, desde hace mucho (no sabría decir desde cuándo, aunque durante mucho tiempo he pretendido ignorarlo...), bien sé que en este mundo toda cosa tiene su buena razón de ser, e incluso, si se

---

persona. Vista la desvalorización de lo yin en nuestra sociedad, debe ser bastante raro, de todas formas, que el rechazo de lo yin no esté presente de forma más o menos pronunciada. Por eso estaría tentado de ver en el antagonismo con el padre una señal (presunta al menos) de un doble rechazo del yin y del yang.

<sup>159</sup>Ver la penúltima nota a pie de página.

<sup>160</sup>Esta sugerencia es puramente subjetiva, simplemente refleja el hecho de que, entre los “grandes misterios de la existencia”, ése es el que siento de manera particularmente fuerte, de una manera que supera la simple curiosidad intelectual. Es el único que suscita en mí un *deseo* – el de sondarlo, de conocerlo, de conocer “la última palabra” (en la medida en que pueda ser conocido, con las limitadas facultades que tengo). La diferencia es la misma que hay en matemáticas, entre las cuestiones abiertas que “siento bien” (a las que podría lanzarme de inmediato), y las que “comprendo” en el sentido técnico del término, cuyo alcance percibo (a un nivel superficial), pero “me dejan frío”. La hipótesis de Riemann es parte de estas últimas (debido sin duda a mi gran ignorancia en la teoría analítica de números), y el “teorema de Fermat” era parte hasta hace unos años. Mis reflexiones “anabelianas” son las que han cambiado mis disposiciones hacia éste último, aunque mi ignorancia sobre los trabajos que ha suscitado sigue siendo tan grande como antes.

<sup>161</sup>En Cosechas y Siembras se habla varias veces de ese episodio, la última en la nota “El Acto”, n° 113.

comprende el fondo de las cosas, seguramente toda cosa es *buena* tal cual es. La muerte y “el más allá” de la muerte (si hay tal más allá) forman parte de esas cosas. Éste es un misterio, y si hay en mí una “*fe*” sobre este tema, no consiste en “artículos de fe” sobre la existencia (o la no existencia) de un más allá y de sus particularidades, sino simplemente en esta simple seguridad: que las cosas son perfectas tal y como son, incluyendo todo lo que se refiere a la muerte, y también todo lo que se refiere al nacimiento, igual de misterioso. Sin embargo, durante mucho tiempo excluí “el conflicto” de entre esas cosas – lo tenía por una especie de “borrón”, una mancha inadmisibles, un “gallo” tenaz y absurdo (incluso indignante) en el concierto de la Creación. Ha sido suficiente conocer con algo de intimidad el conflicto, en vez de perder el tiempo haciendo como que me peleó con él, para que mi relación con él se transforme profundamente.

Los misterios de la muerte y del “después de la muerte”, del nacimiento y del “antes del nacimiento”, no son sólo de nuestra especie. Las cuestiones que suscitan tienen sentido para todos los seres vivos, tal vez incluso para todas las cosas, del electrón a la nebulosa. El misterio del conflicto, por contra, me parece propio del hombre, de la especie humana<sup>162</sup>. Me parece que éste es *el* gran misterio sobre el sentido particular, el destino particular de *nuestra especie*. Las “explicaciones” que han sido dadas, por los etnólogos y los psicólogos, al menos aquellas de las que he oído hablar, claramente no son más que *racionalizaciones*, para *justificar* la represión sufrida e interiorizada, como indispensable para la buena marcha y para la existencia misma de la sociedad; igual que en una sociedad de mancos o de cojos, no faltarán eminentes teóricos para demostrar por A o por B (sin que nadie piense en contradecirles) que una sociedad en que la gente tuviera dos brazos (o dos piernas) no podría funcionar en ningún caso<sup>163</sup>. Se trata de justificaciones traídas por los pelos, que se esfuerzan en escamotear un misterio con explicaciones que se presentan como “científicas”. De hecho, la cuestión del origen y del sentido del conflicto (o de la represión) en la sociedad humana seguirá siendo puramente retórica, mientras se la plantee el que no haya pasado por un trabajo intenso y profundo de toma de conciencia del conflicto *en él mismo*, y de los orígenes del conflicto *en él*. A falta de tal conocimiento de sí mismo, esa cuestión (igual que las cuestiones sobre la naturaleza de la libertad, o del amor, o de la creatividad) es un equivalente moderno de la cuestión medieval sobre el famoso “sexo de los ángeles” – un ejercicio de estilo sin más, para que “case” lo que de todas formas tiene que casar. Hablando con propiedad, esa cuestión no es una cuestión “científica”, una cuestión pues cuyo examen no presuponga una *madurez*, sino simplemente cierto saber preliminar, y cierto nivel de potencia o de agilidad intelectual<sup>164</sup>.

En este caso, para mí no se trata de intentar adivinar mal que bien por qué mecanismos se ha instaurado la represión en la sociedad humana, es decir de encontrarle una *explicación* al hecho de la represión. Aún suponiendo que se llegase a un escenario plausible, incluso convincente, no por eso sentiría haber avanzado mucho. Quizás eso esclareciera cierto aspecto interesante del misterio – el aspecto “mecánico” en suma– sin por eso penetrarlo. No más que los circunstanciales resultados de la paleontología y de la biología molecular, ni siquiera las profundas ideas de Darwin, penetran

---

<sup>162</sup>(3 de diciembre) Quizás se me objete (con razón) que el conflicto, bajo la forma de agresividad y de enfrentamientos entre individuos o grupos de individuos, existe dentro de otras especies. Cuando hablo aquí de “conflicto”, pienso en la forma específica que toma en la sociedad humana, y especialmente en sus profundos lazos con la *división* y la *represión* en la persona – represión de la mayor parte de su ser, y especialmente la represión de sus medios de percepción de la realidad, y de la misma percepción. Me parece que las diversas formas de represión está arraigadas en la que me parece la más crucial de todas, la represión llamada “sexual”, que incluye la vergüenza del propio cuerpo y de las funciones e impulsos del cuerpo (o al menos, de algunas de esas funciones e impulsos). Esos mecanismos son desconocidos fuera de la especie humana, por lo que sé. Quizás esté equivocado al utilizar los términos “conflicto”, “división”, “represión” casi como sinónimos, o al menos como términos que designan diferentes aspectos de una misma realidad. Me explico un poco sobre el sentido que tiene para mí la palabra “conflicto” en la nota “Los padres – o el corazón del conflicto”, n° 128.

<sup>163</sup>Igual que en el tiempo de las sociedades esclavistas, para “los mejores espíritus” (que también tenían esclavos) igual que para los demás, era evidente que “no hay sociedad sin esclavos”. Hizo falta, parece ser, que Platón tuviera la inesperada fortuna de verse él mismo esclavo, para empezar a ver las cosas de manera diferente.

<sup>164</sup>(3 de diciembre) Que la cuestión del sentido del conflicto no sea competencia de la ciencia, pudiera suscitar la expectativa de encontrar elementos de respuesta en los mitos y en las religiones. Sin embargo parece que no es así. Por lo que sé, parece que una de sus funciones esenciales, por no decir su función principal, es instaurar una “ley” que, en lo esencial, consiste en un “paquete” de prohibiciones con el que se materializa, en una sociedad particular, la represión. Esa ley, presentada como sagrada, no necesita justificaciones, ni hay que explicar su “sentido”, y aún menos el sentido que tiene en común con otras leyes, que rigen otras sociedades.

verdaderamente en el misterio de la aparición de la vida y de su creativa expansión sobre la tierra, a lo largo de los últimos tres o cuatro mil millones de años. Lo que me interesa, en el misterio del conflicto, no es el aspecto mecánico, científico, un aspecto tan *exterior a mi persona* como el famoso “teorema de Fermat”. Sino que es la cuestión del *sentido* del conflicto. Ese sentido *me concierne* de manera inmediata y esencial, igual que concierne a cada uno de los innumerables hombres y mujeres que se han desgarrado y matado entre ellos a lo largo de innumerables generaciones, y que han transmitido a sus hijos el conflicto que heredaron de sus padres.

Que el conflicto debe tener un *sentido*, y que puedo conocerlo por poco que sea, seguramente es parte de la “fe” de la que hablaba hace un momento. Para mí es algo evidente – y ese “sentimiento de misterio” tan familiar, de que hay algo profundo que sondear, me dice también que ese “algo” *es ese sentido*, justamente. La “fe” en cuestión incluye una fe en mis facultades, cuando éstas me revelan, aquí sin la menor duda, que hay ante mí un “sentido” que descubrir.

Tal vez un día ese sentido se vuelva evidente, ¡como si lo conociera desde siempre! Ese misterio no me parece nada distante, inabordable. Se me presenta como algo muy cercano, que sólo a mí me corresponde conocer con más intimidad. Y seguramente ya percibo un camino por dónde abordarlo, o más bien un aspecto que parece hacerme una señal amistosa. Después de todo, el conflicto tiene mucho que enseñarme, y ya me ha enseñado mucho...

(132) (22 de noviembre) Hace ya dos notas que me veo embarcado en unas excursiones totalmente fuera de programa – esta vez voy a poner mucho cuidado en comenzar con lo que estaba *previsto*, por una vez. Quisiera examinar una de esas “situaciones-tipo” evocadas (sin mayor precisión) en la nota anterior, situaciones que suscitan un antagonismo con el padre, y de más profundamente, un rechazo (más o menos radical) de los rasgos viriles en uno mismo (rechazo que encuentra su expresión simbólica en el rechazo del padre). Me acordé de la situación en cuestión en la reflexión del 18 de noviembre, al terminar con la nota “El Padre enemigo (3) – o yang entierra a yang”. Entonces mi intención era poner el dedo, al menos en esa “situación-tipo”, sobre un *lazo directo entre rechazo de lo masculino y rechazo de lo femenino*.

El caso que me era más cercano, y sobre el que más había trabajado, era el de mi madre. Toda su vida tuvo a bien despreciar todo lo que es femenino, se modeló sobre valores masculinos a ultranza, al mismo tiempo que su relación con los hombres fue, desde la adolescencia, una relación “visceralmente” antagónica<sup>165</sup>. Tuve la gran suerte de que mi madre me hablase con gran libertad de su vida desde la infancia, y de disponer además de notas autobiográficas muy detalladas hasta los primeros años su vida en común con mi padre, sin contar una voluminosa correspondencia. Eso, además de lo que me restituye mi propia vida en contacto con ella, es un material de excepcional riqueza, que estoy lejos de haber agotado. Sin embargo, lo he trabajado lo suficiente como para haber sentido, sin posible duda, que el doble rechazo en ella que acabo de evocar, rechazo de lo femenino y antagonismo hacia el hombre, tiene su raíz en una desgarrada relación con su padre. Éste, hombre entrañable en muchos aspectos, generoso, honrado, y afectuoso, se fue amargando a lo largo de un prolongado hundimiento social en la Alemania de la postguerra (la del 14-18), como tantos otros. A decir verdad, ese hundimiento comenzó antes, y a partir de un status de ricachón que va en carroza, llegó al de limpiabotas ambulante. Bajo el aguijón de las preocupaciones y decepciones, su temperamento colérico viraba a veces hacia la tiranía familiar, de la que su mujer, de salud delicada, pagaba las consecuencias. Mi madre, profundamente apegada a su padre como a su madre, se rebelaba ante esos episodios de tiranía paterna, sufridos en silencio por su madre, que a veces ya no podía más pero que jamás se quejaba. La hija se identificaba apasionadamente con la madre, víctima de la arbitrariedad paterna, y al mismo tiempo el papel jugado por su madre (el papel de víctima, el papel pasivo – “el papel de mujer”...) le parecía intolerable. Estaba esa identificación con la madre, expresada con una revuelta, un antagonismo visceral frente al padre, y *al mismo tiempo* estaba

<sup>165</sup>Al contrario que su desprecio de lo femenino, ese antagonismo visceral, que se transparentaba a través de una vida sentimental vehemente y turbulenta, permaneció inconsciente durante toda su vida. No me di cuenta hasta mi trabajo de agosto de 1979 a marzo de 1980.



ese estallido “jamás seré como ella” (que soporta sin rebelarse), estallido que al mismo tiempo significaba “jamás seré como las mujeres”.

Pero de modo aún más profundo, también estaba la envidia de ese poder del padre, del hombre, que les permite dominar a voluntad. Y la vida de mi madre fue dominada y devastada por esa devoradora pasión de dominar; y ante todo, de dominar y destruir *al hombre* – aquél que suscitaba en ella tal estallido de rabiosa revuelta, aquél que se suponía que por su naturaleza la dominaba, a ella – igual que su padre había dominado a su madre, que sufría, pálida e impotente, su poder.

Iba a escribir que aquí la reflexión “se une” a la realizada en la nota “La esposa vehemente (la inversión del yin y el yang)”, del 12 de noviembre (126). Como ya no tenía un recuerdo muy claro de esa nota, acabo de releerla. Es extraño, había olvidado que esa nota fue suscitada (como la de hoy) por “el caso” de mi madre. Estaba reticente a desarrollar ese caso por poco que fuera, hace diez días. Si hoy he vuelto a la carga, superando esa reticencia (¡que igualmente había olvidado!), sin duda es porque en la situación examinada quedaba un aspecto borroso. También había olvidado que el punto de partida de la nota de hoy, “la intención de poner el dedo... sobre un lazo directo entre rechazo de lo masculino y rechazo de lo femenino”, ya había sido la motivación inicial de la reflexión de hace diez días, continuación natural a la pregunta con que terminaba la nota de la víspera “¿Supermamá o Superpapá?” (125). De hecho, la última frase de esa reflexión del 12:

“Tampoco hace falta más, me parece, para ver aparecer el “lazo que falta” entre...”

parece decir que creía haber terminado la tarea de ese día (establecer tal lazo). Si me olvidé totalmente de que había sacado a la luz ese lazo, e incluso de que me había planteado esa cuestión antes de la nota de hace cuatro días (con la que se encadenaba la reflexión de hoy), sin duda es porque no estaba plenamente convencido por la brillante conclusión que acabo de citar, formulada sólo seis días antes de esa nota “El Padre enemigo (3) – o yang entierra a yang”. La situación se vuelve más clara citando la frase entera:

“Tampoco hace falta más, me parece, para ver aparecer el “lazo que falta” entre el antagonismo con el “Superpadre” (que encuentra su expresión en el entierro simbólico de éste), y el desprecio, el rechazo de lo “femenino”, y más profundamente, la negación de “la mujer” que hay en uno mismo (que tal vez encuentre expresión en “el Entierro” simbólico de una “Supermadre”, bajo una plétora de epítetos ditirámicos de doble uso...)”

En esta conclusión, había un paso que faltaba, lo que la hacía precipitada: es el lazo entre “el antagonismo con el Superpadre” y el rechazo de lo “masculino”, lazo que no hace su aparición hasta la reflexión de la citada nota del 18 de noviembre “El Padre enemigo (3) – o yang entierra a yang”. Entonces el antagonismo con el Padre me parecía la expresión simbólica de esa realidad más crucial que es el rechazo del lado yang, “masculino”, en la propia persona. En el caso “simétrico” del rechazo de lo femenino, ese lazo entre la expresión simbólica y su sentido profundo fue percibido desde la aparición de la “hoja Supermadre”, en la nota del 10 de noviembre “Las exequias del yin (yang entierra a yin (4))” (124). Así es cómo las dos hojas “opuestas” que aparecieron en la nota del 11 “¿Supermamá o Superpapá?”, a saber el entierro del Padre y el entierro de la Madre, fueron vistas anteaer como manifestaciones simétricas del rechazo de sí (o desprecio de sí), que toma el doble rostro del *rechazo de lo masculino y del rechazo de lo femenino en la propia persona*.

En la nota del 18 “El Padre enemigo (3) – o yang entierra a yang”, me limité al caso de un “sujeto” *hombre* – aunque el caso más extremo que conocía era el de mi madre! Además éste estaba totalmente olvidado en esa reflexión e incluso desde hacía diez días (si no es de modo oculto bajo el vocablo “mis padres”, en la nota del 17 de noviembre).

Es el conocimiento que tengo de mis hijos y de su relación conmigo, el que me ha hecho sentir hace cuatro días un lazo entre el antagonismo con el padre y el rechazo de lo masculino en uno mismo. A decir verdad, en cada uno de los cuatro (entre mis cinco) hijos que he tenido ocasión de conocer de cerca, más

de una vez he sentido en estos últimos cinco años, detrás de actitudes de inveterado antagonismo hacia mí, su padre, un rechazo del lado viril de su ser, y sobre todo, del *impulso* que les lanza al encuentro del mundo – ¡y que les hace parecerse a un padre rechazado! Jamás me había planteado la cuestión de si ése era un hecho general; o más bien, había en mí una especie de inexpresada presunción de que así debía ser, sin que jamás experimentase la necesidad, antes de la reflexión de hace cuatro días, de formularme la cosa con claridad, y aún menos de examinarla con un poco de cuidado. A decir verdad, esa case de cuestión “general” en absoluto es de las que me planteo en esta meditación, cuyo propósito está más pegado a tierra: comprenderme, y esto ante todo a través de mis relaciones con los demás – y con eso, a poco que sea, comprender a “los demás”, es decir a aquellos con los que me relaciono.

Por supuesto, en la reflexión de hace cuatro días, cuando sugería que debía haber tal lazo, que el antagonismo con el padre era la expresión de un conflicto más profundo, a saber el rechazo de “el hombre” en uno mismo, eso era una simple presunción, sugerida por mi limitada experiencia. Ese lazo me parece al menos plausible, y particularmente en los hombres, pero no pretendo “ver” ese lazo en general. Sobre este tema no tengo esa “convicción íntima”, que tan a menudo elijo como guía seguro. En el caso de mi madre por ejemplo, bien veo que el antagonismo con el padre era la fuente de un antagonismo oculto y virulento hacia los rasgos viriles *en el hombre*, pero no hacia tales rasgos en una mujer, muy al contrario. Es cierto que el mero hecho de apreciar a fondo los rasgos viriles, y de cultivarlos a ultranza en uno mismo, tal vez no signifique, forzosamente, que se acepte plenamente el lado yang de su ser; eso significaría, después de todo, aceptar *también* el “yin en el yang” que espontáneamente se encuentra en todo carácter con “predominio” yang, lo que por supuesto *no* era el caso de mi madre.

pero la reflexión va tomando un sesgo algo dialéctico, ¡que no me inspira confianza! Prefiero referirme más bien a la percepción directa que tengo de la persona de mi madre, tal y como se ha perfilado con mi reflexión sobre su vida y la de mi padre. No recuerdo haber notado jamás en ella un rechazo de algo, *en ella*, que fuera radicalmente “viril”. Por contra, en ella he percibido fuertemente la contradicción, o más bien el *desgarro*, de la que cultiva en ella (como otras tantas *armas*), y quiere más que a su vida, los mismos rasgo que, en el hombre, suscitan en ella una vehemencia, un ansia violenta de combatirlos y destruirlos – y cuya vida se ha degradado (y se ha consumido prematuramente) por esa fiebre de encontrarse y enfrentarse sin cesar y de doblegar en otros esa *misma* fuerza, sobre la que ha apostado todo y que devasta su propia vida, igual que devasta la vida de todos sus seres queridos.

(133) (24 de noviembre) Los casos evocados en la reflexión de la nota anterior, de anteayer, no son los únicos que conozco, y que confirman ese presentimiento de que un desequilibrio superyang en el padre (tome o no ese desequilibrio formas despóticas) repercute en los hijos en un rechazo de lo yang, que a su vez puede expresarse de formas bien diferentes. En el chico, en los casos que conozco y que tengo presentes en mi espíritu en el momento de escribir, ese rechazo toma la forma de una represión (más o menos completa) del lado viril de la propia persona – y seguramente ese rechazo le acompañará durante toda su vida (salvo profunda renovación, cosa ciertamente rarísima). El caso de mi madre me hace constatar que no siempre es así en las hijas – a menos que en mi madre también hubiera cierto rechazo del lado viril de su ser, que se expresase de manera más sutil y hasta el momento se me hubiera escapado<sup>166</sup>. Por el contrario, lo que es llamativo en su caso es el efecto opuesto – el de un desarrollo a ultranza de los rasgos viriles en ella (además de una aversión a todo lo que es femenino). Además tengo conocimiento de otros casos en el mismo sentido, en *hombres* (por ejemplo en el padre de mi madre) – el de una *revuelta* contra el padre, que se expresa con el desarrollo de una personalidad fuertemente viril, dispuesta enfrentarse al padre “con las mismas armas”. Como no he tenido ocasión de conocer de cerca alguno de tales casos, tiendo a creer que deben de ser raros. Pero en el fondo poco importa.

<sup>166</sup>Una situación parecida es la de una madre de temperamento dominante, invasivo, señal de un desequilibrio superyang. En los dos casos que conozco de cerca, esto se traduce en la hija en una represión muy acentuada de los rasgos “viriles” en ella.

Si hay un punto en común en todos los casos que conozco de cerca o de lejos, sería éste: un desequilibrio superyang del padre repercute sobre el hijo en un *desequilibrio*, que puede ir en dirección yin (quizás el caso más común), o en dirección yang<sup>167</sup>. En todos los casos que ahora están presentes en mi espíritu (sin que por eso piense en hacer aquí un repaso sistemático de todos los que conozco), ese desequilibrio va acompañado de una *relación de antagonismo con el padre*. Tengo la impresión de que igualmente va acompañado por una actitud de antagonismo visceral hacia terceras personas que sean *hombres* con rasgos yang muy marcados, al menos cuando éstos no están equilibrados por los rasgos yin complementarios – es decir, hacia los hombres en que prevalece un desequilibrio superyang, que recuerda al del padre.

Tal desequilibrio superyang (igual que el desequilibrio opuesto) ciertamente puede suscitar un *malestar* en cualquiera, como ya he tenido ocasión de constatar<sup>168</sup>. Pero ese malestar no se traduce necesariamente en una actitud antagónica automática – no es raro, por ejemplo, que se resuelva (o al menos que desaparezca del campo de la consciencia) con una actitud de sumisión, de admiración más o menos incondicional, o de lealtad.

Me viene la asociación de que esos tonos seguramente eran los más comunes, en las relaciones con mi persona (aureolada de prestigio), en el interior del mundo matemático – al menos entre aquellos colegas (o alumnos) que (como escribí antes) “no se sentían protegidos por un renombre comparable”, o (añadiría aquí) aquellos en que cierto equilibrio interior, cierto conocimiento espontáneo de su propia fuerza, no excluía tales situaciones en falso. Pero sin duda en la naturaleza de tal relación “de lealtad” está que oculte un antagonismo, que se manifestará (abiertamente, o de manera que permanezca oculta) cuando se presente una ocasión propicia...

Acabo de seguir varias asociaciones, que retoman y completan la reflexión de anteayer (en la nota precedente “La inversión del yin y el yang (2) – o la revuelta”), y por eso, también la de la nota del 18 de noviembre, “El padre enemigo (3) – o yang entierra a yang”. Me he dado cuenta de que la relación entre cierto estado de desequilibrio yin o yang en uno de los padres (en este caso, un desequilibrio yang en el padre) y las repercusiones que tiene en el hijo, no tiene nada de unívoco, como precipitadamente sugerí. Sin duda, la forma en que se transmite el desequilibrio parental, en este caso del padre, debe depender de muchos otros factores, tanto del medio familiar (y más particularmente de la personalidad y la actitud de la madre), como del temperamento innato del hijo<sup>169</sup>.

Pero a decir verdad, no pensaba ir en esa dirección, al comenzar la reflexión. Más bien pensaba seguir otra asociación de ideas, que está presente desde la reflexión del 12 de noviembre, cuando por primera vez se introdujo en la reflexión la dinámica de la *inversión* de los papeles yin y yang (en la nota del mismo nombre, “– o la esposa vehemente”, (126)). Tal vez la haya hecho el lector por su cuenta – el caso es que cuando evoqué esa cuestión, el 12 de noviembre, y después anteayer el 22, en alguna parte de mi cabeza estaba, como en sordina, el pensamiento de otras dos ocasiones en que ya fue cuestión de “inversión”, en esta reflexión sobre el Entierro. La primera vez fue en la nota del mismo nombre del Cortejo V, “Mi amigo Pierre” (nota (68') del 28 de abril). El segundo caso se encuentra en una nota a pie de página, en la reflexión del 30 de noviembre, que forma parte de la nota “El Elogio Fúnebre (2) – o la aureola y la fuerza”. Incluso hay una tercera ocasión, pero entrelíneas, al principio de la reflexión de dos días después, que abría la reflexión “La llave del ying y del yang”. (es la nota “El músculo y la tripa (yang entierra a yin (1))” (106), del 2 de octubre.)

Se trata del contenido de la famosa “asociación de ideas, suscitada por el Elogio Fúnebre en tres

---

<sup>167</sup>Cuando hablo aquí de “desequilibrio en dirección yin”, eso no significa un desarrollo (tal vez excesivo, unilateral) de sus rasgos yin, sino más bien de una *represión* de los rasgos yang, lo que en absoluto es la misma cosa. En el caso opuesto calificado de “desequilibrio en dirección yang”, se trata de un “desarrollo excesivo” de los rasgos yang, lo que a menudo va de la par con una represión más o menos acentuada de ciertos rasgos yin.

<sup>168</sup>En la nota “El Superpadre (yang entierra a yin (2))”, n° 108.

<sup>169</sup>Así, constato que cada uno de los tres hermanos de mi madre (todos más jóvenes que ella) ha tenido una evolución muy diferente de la de mi madre (que es un poco como el cisne en un nido de patos), y también diferente de la de los otros hermanos.

hojas”, a la que allí se alude – es la misma que ese mismo día me hizo partir para esta digresión sobre el yin y el yang que prosigo desde hace casi dos meses. Desde que hablo de esto, quizás sea ahora o nunca el momento de irse de la lengua, sin contar con que pienso en esto desde el 12 de mayo, después de la nota “El Elogio Fúnebre (1) – o los cumplidos”, hace más de seis meses.

El punto común a esas tres situaciones, es que se trata de una “inversión” de papeles entre mi amigo y exalumno Pierre, y yo. En los dos casos que se han puesto en claro, recordados hace un instante, aparezco como el “colaborador” de mi exalumno (¡si no como su alumno!). La primera vez es como el que hubiera contribuido (de una manera ciertamente embarullada, pero a veces interesante, hay que reconocerlo) al desarrollo de la “potente herramienta” de la cohomología  $l$ -ádica hecho por mi brillante predecesor y amigo. La segunda vez, aunque se nos cita conjuntamente (por haber “ligado la topología, la geometría algebraica y la teoría de números con medios “interdisciplinarios”...”), por medio de un astuto “olvido” tipográfico se sugiere esa misma inversión de la realidad, como por azar<sup>170</sup>. Además el sentido de esa inversión se vuelve más tendencioso que una simple cuestión de precedencia (en el seno, aquí, de una institución que fui el único, con Dieudonné, en hacer “arrancar” a nivel científico, pero que había dejado desde hacía mucho tiempo), cuando se pone atención a la elección de los epítetos elogiosos (“teorías de una profundidad legendaria” para uno, “brillantes descubrimientos” para el otro, que además tiene derecho al subrayado, como todo el mundo salvo yo). Ese sentido quedó aclarado “de manera llamativa” en la reflexión “Las exequias del yin (yang entierra a yin (4))” (124), del 10 de noviembre), con la que la reflexión sobre el yin y el yang “aterriza” de repente en plena Ceremonia Fúnebre: para uno la acumulación de epítetos (por momentos ditirámicos) yin y superyin, para el otro yang y superyang...

Eso es lo que ya me chocó al día siguiente de la nota “Los cumplidos” del 12 de mayo, antes incluso de explicitarlo de manera detallada hace dos semanas. Según como entonces sentía las cosas (y que debería recordar aquí), hubo una verdadera *inversión* de la realidad, o con más precisión, una “inversión”, llevada al extremo de caricatura, de una realidad de base que yo sentía como algo matizado, equilibrado. Me veía como una persona predominantemente “yang” e incluso superyang, al menos en mis rasgos más aparentes, los más evidentes, y particularmente, aquellos que se manifiestan a los demás<sup>171</sup>. Por el contrario, sentía en mi amigo Pierre un temperamento básico de tonalidad yin, claramente más equilibrado que el mío, en los tiempos en que nos veíamos a menudo y el figuraba como alumno.

Además creo que esa aprehensión de la realidad era esencialmente correcta. Si a veces, durante estos últimos años y aún hace muy poco<sup>172</sup>, he llegado a presentir una nota de fondo “yin” en mí, me parece que he sido el primero y el único en sentirla – que es ante todo a través de mis rasgos yang o “viriles”, a menudo bastante invasivos, como he sido constantemente percibido por los demás<sup>173</sup>, tanto a nivel consciente como a nivel inconsciente – al menos en lo que se refiere a las relaciones personales. Ésta (dejando aparte las relaciones amorosas), ponen en juego sobre todo, si no exclusivamente, al “patrón” que hay en nosotros, lo que está condicionado. El hecho nuevo que apareció durante la reflexión sobre el yin y el yang, a saber que *en mi trabajo*, mi enfoque de las cosas es predominantemente yin, “femenino”, no contradice verdaderamente lo que ya sabía. Lo matiza, corrigiéndolo en un punto en que tácitamente había metido todo “en el mismo saco”. Y sopesando bien todo, me parece que la impresión repentina y fuerte que hubo en mí, la de una “inversión” caricaturesca de una realidad, o con más precisión, la de una *intención* deliberada de tal inversión – que esa “intuición” era esencialmente correcta, aunque sumaria. La realidad imperfectamente captada por esa intuición, eso es lo que ahora quisiera revisar más de cerca.

(134) (25 de noviembre) Primero debería intentar captar mejor esa impresión, para mí evidente, de que la “nota de fondo” en la personalidad de mi amigo Pierre es una nota *yin*. Tal y como lo percibo,

<sup>170</sup>Como ya pude darme cuenta antes en la nota “La masacre” (nº 87), a menudo el azar hace bien las cosas, ¡desde el momento en que los tipógrafos y los redactores se mezclan!

<sup>171</sup>Y esto aún más en los años de “antes de mi partida” que ahora.

<sup>172</sup>En la nota “La flecha y la ola” (nº 130, del 19 de noviembre).

<sup>173</sup>E igualmente por mí mismo.

es así tanto a nivel del “yo”, tal y como le he visto expresarse en su relación conmigo y con los demás, como en su trabajo, es decir a nivel del impulso de conocer, de sus facultades creativas.

En cuanto al primer aspecto, él y yo éramos claramente de temperamentos *complementarios*, con el matiz suplementario de que lo que en mí había de excesivo, de “superyang”, a veces parecía desconcertarle un poco. Sobre todo, creo, esa constante proyección hacia delante, hacia la realización de mis tareas, ese *aislamiento* de todo lo que no estuviera ligado a ellas, es la que suscitaba en él una especie de extrañeza incrédula, en la que yo sentía un matiz de pena afectuosa – la misma pena que tantas veces había sentido en mi madre, cuando ella me veía muy apartado de la belleza de las cosas que me rodeaban<sup>174</sup>. En él eso no era un malestar, propiamente hablando, señal de un rechazo de cierta realidad. Al menos no recuerdo haber sentido en él ni una sola vez un malestar hacia mí, ni haber tenido la impresión de una actitud o de un movimiento de rechazo, de poner distancia, o de algún problema entre nosotros. Y no tengo ninguna duda de que eso no era un propósito deliberado “diplomático”, del que hubiera decidido no dejar transparentar nada. Al contrario, a veces expresaba esa “extrañeza” a la que aludo, sin traza alguna de malestar, ni de irritación. Visiblemente, el tono de base en nuestra relación, y que hasta hoy no ha sido desmentido<sup>175</sup>, era el de una simpatía afectuosa, sin sombra alguna.

Para mí sigue siendo un hecho extraño, y que no creo que nadie hubiera podido sospechar, antes del episodio de mi partida del IHES (e incluso al nivel de lo que “pasa” directamente en un vis a vis digamos) – el hecho de que desde los primeros años después de nuestro encuentro había una ambigüedad profunda, esencial, en su relación conmigo, con esa presencia de un antagonismo oculto, de un deseo al menos de desmarcarse de mi persona, y de suplantar. Éste último se manifestó de manera particularmente brutal (que en su momento me dejó atónito), aunque infinitamente aterciopelado en las maneras, en el episodio de mi partida del IHES (evocado en la sección “La expulsión” (63)). Hacía poco que mi amigo había sido elegido como quinto “permanente” en el IHES, sobre todo gracias a mis esfuerzos en ese sentido. En la “explicación” que hubo entre nosotros (tal vez hubiera varias, ya no sabría decirlo), en ningún momento se apartó de su natural sonriente y perfecto, con todos los aspectos de una amabilidad benevolente, que le hacía tan atractivo. Me explicó entonces, sin que yo percibiera el menor matiz de duda o de apuro, y aún menos de antagonismo o enemistad, o de secreta satisfacción, que desde su juventud había tomado la decisión de consagrar su vida y toda su energía al trabajo matemático; que esa dedicación a la matemática, para lo mejor y para lo peor, estaba para él antes que cualquier otra cosa; que la razón por la que yo esperaba el apoyo solidario de mis colegas y en particular de él mismo (para solicitar la supresión de los fondos que provenían del ministerio del ejército) le parecía totalmente ajena a la matemática; que por supuesto lamentaba que para mí eso fuera una circunstancia redhibitoria, y que, vistos los “axiomas” de vida tan diferentes de los suyos, yo iba a dejar el IHES por una causa que, desde su punto de vista, parecía intrascendente; pero que muy a su pesar, no podía unirse, igual que mis otros colegas, a una petición que le era ajena, y cuyo resultado le era totalmente indiferente (134<sub>1</sub>).

Ése es en substancia el contenido “manifiesto”, explícito, del discurso de mi amigo, tal y como me lo restituye mi memoria, sin ningún esfuerzo por intentar encontrar y restituir al mismo tiempo el estilo de expresión, o el ambiente de un encuentro, del que no he retenido ninguna particularidad más allá de lo que aquí he dicho. El episodio se sitúa en un momento en que todavía no tengo la menor sospecha de que, detrás del contenido manifiesto bien anodino (y a veces extrañamente absurdo) de un discurso, a menudo se expresa en sordina, y bien claramente, un mensaje muy distinto. Seguramente éste era percibido a

---

<sup>174</sup>Mi madre, igual que mi padre, mantuvo hasta el final de su vida la capacidad de comunión con la naturaleza, al mismo tiempo que un agudo sentido de la observación de todo lo que le rodeaba, que me han faltado hasta hoy mismo. Quizás fuera ése el único aspecto “yin” de su ser que no reprimió en ella, que pudo florecer libremente. Por otra parte, en cuanto a la “proyección hacia un fin”, que es uno de los rasgos dominantes de mi “yo”, es también, quizás, el único aspecto de mi personalidad jen el que he logrado ser aún más yang que mi madre!

<sup>175</sup>(26 de noviembre) Aunque el tono de base siga siendo el de una simpatía, el de un atractivo, eso no impide que desde mi partida, al hilo de los años y cada vez más, esa relación se ha congelado, esclerotizado, vaciado de lo que la hacía viva. Tengo la impresión de encontrarme ante un “caparazón” tan perfectamente estanco, que ya no pasa nada ni en un sentido ni en otro. Véase al respecto la nota “Dos vertientes” y “La tumba”, n<sup>o</sup>s 66, 71.

nivel inconsciente, pero perdidamente rechazado, reprimido del campo consciente. Como doy a entender en la citada nota “La expulsión”, seguramente hizo falta una considerable energía ¡para lograr evacuar un mensaje tan sorprendente! Sin embargo es en esa nota, escrita catorce años más tarde, cuando por primera vez me tomo la molestia de someter a ese episodio a una atención consciente, y de formular con claridad el sentido tanto tiempo recusado.

Con esto he seguido uno de los hilos, sin duda el más fuerte, de las asociaciones que se me han presentado. Lo he hecho en contra de cierta reticencia, como si con esa “digresión” me alejase de mi propósito principal. Sin embargo, ahora me doy cuenta de que no es así. Sin duda, la imagen de una persona y de su temperamento que surge espontáneamente de la descripción de situaciones concretas en la que se ve implicada, es más viva y más convincente que una enumeración de “rasgos”, que supuestamente los captasen. En vez de lanzarme a ello, prefiero apuntar otra asociación, y embarcarme en otra digresión, comparando la relación que he examinado con la que hay entre Serre y yo. Al nivel de la relación entre personas, la impresión que prevalece para mí no es la de una “*complementariedad*” como con Pierre, sino más bien la de una *afinidad* entre dos temperamentos, ambos fuertemente “yang”. Más de una vez, a lo largo de los dieciocho años de estrecha comunicación matemática, esa afinidad se manifestó con fricciones ocasionales, que se expresaban con un enfriamiento pasajero, ninguno de larga duración. Tal y como los recuerdo, esos episodios estaban causados por una impaciencia desenvuelta en Serre, que “casaba” mal con la susceptibilidad que me es propia. A veces le molestaba a Serre la obstinación con la que yo perseguía una idea contra viento y marea, cuando me parecía importante. Yo la sacaba en cada ocasión, sin preocuparme de si iba a “pasar” o no, de tan convencido que estaba (rara vez me equivoqué) de tener “*el buen*” punto de vista. No sé por qué razón, Serre había desarrollado una aversión contra “mis grandes aparatos” cohomológicos – tal vez simplemente era alérgico, igual que André Weil, a todos los “grandes aparatos”. Por otra parte, cuando comencé a desarrollar “mi” yoga cohomológico, en la segunda mitad de los años cincuenta, Serre era prácticamente mi único interlocutor ocasional – ¡eso iba por mal camino! Creo que no consintió en interesarse en esos trabajos, y no comenzó a darse cuenta de que llevaban a alguna parte, hasta el desarrollo de la cohomología étal a partir de 1963, seguida ese mismo año por mi esbozo de demostración (“en cuatro patadas”) de la racionalidad de las funciones  $L$ <sup>176</sup>.

Me parece que la relación entre Serre y yo era típica de una afinidad yang-yang, al revés de la relación con Deligne, que era la de una complementariedad yin-yang. Al nivel del trabajo matemático y del estilo de enfoque de la matemática, las situaciones estaban por contra invertidas. Como ya tuve ocasión de decir en una nota anterior (“Los nueve meses y los cinco minutos”, (123)), siento los enfoques de Serre y mío como *complementarios*, en el sentido de una complementariedad yang-yin. Esta complementariedad era ocasión de fricciones ocasionales, debidas a temperamentos fuertemente yang tanto en él como en mí.

La relación entre los enfoques de la matemática en Deligne y en mí era muy distinta, sin duda. Puedo decir, sin reserva alguna, que es con Deligne más que con cualquier otro, con el que he tenido esa experiencia de una *afinidad* perfecta, en nuestra formas de ver y de abordar las cuestiones matemáticas que nos interesaban a ambos. Esa experiencia se renovó cada vez que hubo un diálogo matemático entre nosotros. Para mí está bien claro que no se trata de una circunstancia fortuita, debida por ejemplo a la influencia que realmente he ejercido sobre él durante los años decisivos de aprendizaje. Esa afinidad no se ha desarrollado con una larga familiaridad – ella, por el contrario, presente desde nuestros primeros contactos, es la fuerza que ha actuado para crear, casi de la noche a la mañana, un lazo de tanta fuerza, arraigado en nuestra común pasión. Se trata de una afinidad profunda entre dos enfoques de la

<sup>176</sup>Otro punto de fricción que recuerdo, sin duda aún más episódico, fue mi insistencia en vincular la teoría de paso al cociente en los grupos algebraicos y los esquemas formales (aún mal comprendida en los años cincuenta) con las cuestiones de “efectividad” de las relaciones de equivalencia planas, e incluso (más tarde) con el paso al cociente en el contexto de los haces fpqc. Esos puntos de vista, retomados por Gabriel y Manin, son hoy moneda de curso corriente un poco por todas partes en geometría algebraica e incluso más allá. Me parece que la reticencia de Serre se disipó, a partir del momento en que por fin me tomé la molestia (con la que nadie más parecía dispuesto a apechugar) de demostrar negro sobre blanco el primer teorema de efectividad, para las relaciones planas y finitas.

matemática, preexistentes a nuestro encuentro, y que expresan (estoy convencido) un aspecto importante del temperamento original de uno y otro – un “tono de base” yin en la aprehensión y el descubrimiento de las cosas<sup>177</sup>.

No se trata de demostrar esta convicción íntima, igual que no pensaría en querer “demostrar” que el tono de base en mi propio trabajo matemático (digamos) es yin, “femenino”. Todo lo más, con tales cosas, a veces es posible “hacer pasar” un sentimiento de una persona a otra, y desencadenar en otro una toma de conciencia de algo a lo que hasta entonces no había prestado atención; algo que se le había escapado a su atención consciente, aunque sin embargo ya estaba “registrado” en alguna parte, en forma difusa. Seguramente la situación está embarullada, como tan a menudo, por los esfuerzos hechos por el interesado para amoldarse a los valores vigentes, los valores yang, “masculinos”. Aunque bien veo que su obra matemática y la influencia (considerable) que ha ejercido están profundamente marcadas por su ambigua relación con mi persona, sin embargo dudo que los esfuerzos en cuestión para borrar un temperamento básico emparentado con el mío, rechazado – que esos esfuerzos hayan sido coronados por el éxito. Ciertamente las disposiciones de rigor, que todavía no actuaban en él antes de mi “partida”, desde hace mucho le impiden ocuparse (al menos en los escritos destinados a publicación) en cosas muy por debajo de él, o en las que hoy son anatemas. Sin embargo me parece que en lo que publica, no ha sabido impedir el estilo de enfoque que espontáneamente es el suyo. Al menos esa es la impresión que he tenido al hojear las pocas y parsimoniosas separatas que ha tenido a bien hacerme llegar ultratumba, después de mi “defunción” hace quince años.

Pero por supuesto, mi aprehensión del enfoque matemático de Deligne se debe ante todo a los años de antes de mi “defunción”, entre 1965 y 1969. Durante cinco años ambos estuvimos dedicados a las mismas cosas, y la comunicación matemática era ininterrumpida (salvo un año que pasó en Bélgica), y más intensa que la que he tenido con ningún otro matemático, incluyendo (me parece) a Serre. Más de una vez he tenido ocasión de evocar esos años<sup>178</sup>, de intensa creatividad tanto en uno como en otro. Estuvieron marcados en mi amigo por un impresionante despegue, que sin embargo no me sorprendía, ¡de lo obvio que me parecía! Era la época en que su sentido tan seguro de la substancia, de lo que es tangible tras las apariencias más abstractas, o en las formulaciones más “general non-sense”, aún no estaba oscurecido por una suficiencia, ni por el síndrome de entierro que apareció más tarde. Entonces hizo numerosas contribuciones a esos temas (extremo-yin, podría decir) que los consensos posteriores (con su bendición sin reservas) han excluido hace mucho del rango de “matemáticas serias”<sup>179</sup>: formalismo de los topos, “grandes aparatos” cohomológicos... Paso revista y resalto esas contribuciones, con evidente placer, en la introducción<sup>180</sup> a SGA 4. Otras tales contribuciones (entre otras más “musculosas”, que le

---

<sup>177</sup>(26 de noviembre) Las reflexiones de la presente nota, en continuidad con las de las notas “La marea que sube” y “Los nueve meses y los cinco minutos” (n<sup>o</sup>s 122, 123), parecen sugerir la presencia en toda persona de un “doble sello”, o de un *doble* “tono de base”: uno (el más visible sin duda) se refiere al “patrón”, es decir a la estructura del “yo” y los mecanismos que lo rigen; el otro se refiere al “Obrero”, alias el “niño”, lo que es decir también al impulso de conocer, de descubrir el mundo, de creación (incluyendo, ciertamente, el impulso amoroso). (Es de lo más corriente del mundo, ciertamente, tomar al patrón por el obrero e inversamente, es decir, tomar el rábano por las hojas – pero eso es otra historia...)

Así en mi caso ese doble tono de base es yang(patrón)-yin(niño), en Serre es yang-yang, en Deligne es yin-yin (sin que tenga ningún sentimiento de duda, de titubeo en este tema). Sobre un fondo de relaciones de simpatía con ambos, es esa “distribución” de “firmas” (o de “tonos”) la que hace que a nivel de las reacciones entre personas, mi relación con Serre sea de afinidad y mi relación con Deligne sea de complementariedad, y que sea al revés en las relaciones entre nuestros enfoques de la matemática.

Entre las cuatro “distribuciones” posibles, queda sólo el doble-tono yin-yang. Visto el descrédito de lo yin en nuestra sociedad macho, descrédito que tiende sobre todo a jugar en el primer tono (el “tono patrón”), presumo que el doble tono yin-yang debe ser menos frecuente que el yang-yang. Sin embargo conozco al menos un matemático notorio, que me parece corresponder a esa firma. Por supuesto, el segundo tono, o “tono original”, es más delicado de captar, visto que a menudo estará “enturbiado” por influencias exteriores, por la preocupación de ser y de hacer “como todo el mundo”.

<sup>178</sup>Ver especialmente las notas “El niño”, “El entierro”, “La expulsión”, “La investidura”, “El nudo” (en el Cortejo V, Mi amigo Pierre), y la nota “El heredero” (en el Cortejo IX, Mis alumnos).

<sup>179</sup>(26 de noviembre) Recuerdo además que una parte de esa matemática ha sido exhumada con grandes alaridos y sin que mi nombre sea pronunciado, en el “Coloquio Perverso” en 1981, y el año siguiente con el “memorable volumen” LN 900. Sobre este tema véanse las notas “La Iniquidad – o el sentido de un retorno”, “Tesis a crédito y seguro a todo riesgo”, “Recuerdo de un sueño – o el nacimiento de los motivos”, n<sup>o</sup>s 75, 81, 51.

<sup>180</sup>(26 de noviembre) Esos comentarios fueron añadidos en una segunda edición de SGA 4, enteramente rehecha (sobre

colocaban entre las “grandes vedettes”) se encuentran en mi doble informe 1968/69, que se trata en la nota “La investidura”<sup>181</sup>.

(134<sub>1</sub>) (26 de noviembre)<sup>182</sup> Detalle típico, esos fondos militares, por los que nadie quería levantar ni la punta de un dedo, mientras fuesen la causa de mi partida, ¡fueron suprimidos el mismo año de mi partida en medio de la indiferencia general! Nunca se sabe, a veces eso puede indisponer a algún invitado famoso un poco puntilloso sobre ese tema... Además los fondos en cuestión sólo representaban una pequeña parte de los recursos del IHES (el 5%, si mis recuerdos son correctos). Sin tener que ponerse de acuerdo, entre mis cuatro colegas del IHES (sin contar al director) hubo una hermosa unanimidad, para aprovechar una ocasión de librarse de mí (casi al mismo tiempo, además, que del mismo director). ¡Y yo que me había creído indispensable, y amado!

(6 de diciembre) Los dos físicos del IHES, Michel y Ruelle, estaban descontentos con que la sección “Física” del IHES fuera un poco como la pariente pobre, al lado de la sección matemática, representada por Thom, Deligne y yo (¡dos “medallas Fields”). Ese desequilibrio se acentuó con la elección de Deligne (que se hizo con el apoyo sin reservas de Michel y Ruelle, de hecho por unanimidad del Consejo Científico del IHES, a excepción de Thom). Hubo concertación entre físicos y matemáticos, para presionar al director, Léon Motchane, a fin de restablecer un justo equilibrio entre las dos secciones, en la medida de lo posible. Supongo que mis colegas físicos no estaban descontentos de ver eficazmente compensado ese desequilibrio, y mucho antes de lo que hubieran esperado, con la repentina perspectiva de mi partida.

En cuanto a Thom, estaba molesto con que la elección de Deligne se hiciera en contra de su oposición formal. Había calificado las contribuciones de Deligne, todas sin publicar, que yo repasaba en mi brillante informe de “investidura”, y que claramente le pasaban por encima de la cabeza, ¡de simples “ejercicios”! Lo que le chocaba en el ascenso de Deligne al status de “permanente” en el IHES, en pie de igualdad con él mismo, era que el joven Deligne –tenía entonces 25 años– no estuviera cubierto de honores. Según Thom, el acceso a tal puesto debía llegar sólo como “coronación de una carrera”. Estábamos lejos, menos de diez años después, de los años heroicos en que acogí a un Hironaka aún desconocido en unos locales de fortuna.. El caso es que la amargura de Thom era tal, que pensó entonces (según me dijo él mismo) en dejar el IHES, para reintegrarse a su plaza de profesor en Estrasburgo que había tenido buen cuidado (más prudente que yo antes, al dejar el CNRS por el IHES) de conservar. Con mi caluroso apadrinamiento de Deligne había sido la causa primera y principal de su frustración, y supongo que Thom debía pensar, en su fuero interno, que no tenía más que mi merecido por mi impertinencia, al verme obligado a dejar el IHES ¡a penas unos meses después de haber introducido en él a mi brillante “protegido”!

En cuanto al director, en un momento en que se veía acorralado por el deseo unánime de los permanentes, que le presionaban para irse, jugó entonces (según una táctica que manejaba a la perfección) el juego de “dividir para reinar”, utilizando la cuestión de los fondos militares como un medio cómodo para dividir, y deshacerse al mismo tiempo del más molesto de sus permanentes. (Magistral inversión de la situación, ¡cuando el secreto que había mantenido sobre la presencia de esos fondos me parecía como una razón suplementaria e imperiosa para obligarle a irse!) Eso no impidió que después de mi partida no durase mucho tiempo, y su partida del IHES siguió de cerca a la mía – de aquél pues que, como él, había formado parte del IHES desde sus primeros años precarios y heroicos, y que, con él y según sus propios medios, había asegurado su credibilidad y perennidad.

---

todo en lo que se refiere a los sites y topos). Pueden dar la impresión de que Deligne estuvo asociado a la eclosión de las principales ideas y los principales resultados que constituyen la “poderosa herramienta” de la cohomología étal y  $l$ -ádica. Ahí llevé pues agua al molino de Deligne y de mis otros alumnos cohomólogos, ¡que se repartieron (diez años más tarde) los despojos de un difunto maestro!

<sup>181</sup>Recuerdo que ese doble informe se reproduce en el presente volumen 1 de las Reflexiones Matemáticas.

<sup>182</sup>La presente subnota a la nota anterior (“Hermanos y esposos – o el doble sello” n° 134) surge de una nota a pie de página de ésta. (Véase el reenvío al final del tercer párrafo de esa nota.)



(135) (26 de noviembre) Entre las numerosas afinidades entre Deligne y yo, en los años de antes de mi partida, estaba ese placer que tenía, igual que yo, en desarrollar (cuando la necesidad se hacía notar) lo que llamo “grandes aparatos”. La mayor parte de mi energía como matemático, por no decir la totalidad, se dedicó a tales tareas. Si se tratase de construir una casa, hacer “grandes aparatos” significaría: no limitarse a hacer un croquis atractivo de la casa, o incluso dos o tres desde diferentes ángulos, ni en hacer planos detallados, con costes y todo; sino de llevar y de tallar una a una las piedras que han de servir para construirla; levantar las paredes, poner los pilares, las vigas y las tejas o las losas; poner puertas y ventanas, lavabos, fregaderos, tuberías y canalones; y hasta colocar (si tiene que habitarla uno mismo) las cortinas en las ventanas y los cuadros en las paredes. Puede ser una mansión de grandes dimensiones, como puede ser una cabaña de una sola pieza – el espíritu es sin embargo el mismo. Y desde el momento que se habita, ya puede uno haber hecho todo a fondo y hasta el final, rápidamente se da uno cuenta de que el trabajo nunca está terminado, que siempre falta algo – al menos cuando el “gran trasto”, perdón la casa, es vasta.

Lo mejor de mi energía como matemático, entre 1955 y 1970, se consagró a hacer arrancar y a desarrollar con pelos y señales cuatro *grandes* “grandes aparatos” – por supuesto sin llegar hasta el final de ninguno, como dije más arriba. Son, por orden cronológico, la herramienta cohomológica, los esquemas, los topos, los motivos<sup>183</sup>. Esos cuatro temas-maestros además están íntimamente ligados unos a otros, como lo estarían unos edificios que formases parte de una misma granja o aldea, concurrendo todos a un mismo designio. Y cada uno de esos “grandes aparatos” me ha llevado imperiosamente, sin haberlo buscado, a desarrollar otros “grandes aparatos” netamente menos grandes – un poco como la construcción de una gran mansión o incluso de toda una aldea, nos conduce a instalar un horno de cal, un taller de carpintería y de ebanistería, etc. Por ejemplo, cada año se hacía sentir la necesidad de aumentar el arsenal de nociones y construcciones categóricas, de dos o tres (pequeños) “grandes aparatos” suplementarios. Gentes llegadas diez o veinte años después, que han encontrado todo preparado y se han instalado confortablemente en ese lugar (e incluso otros que en el fondo saben a qué atenerse), alzan los hombros con un aire de condescendencia sobre tanto “non-sense” ilegible (Deligne dixit) y tanto partir un pelo en cuatro (“Spitzfindigkeiten”, como los llamaba un ilustre interlocutor alemán, sin embargo bien dispuesto hacia mí<sup>184</sup>). Son gentes que no tienen ni idea de lo que es construir una casa sobre un terreno raso, y que jamás construirán una sin duda, contentándose con jugar a propietarios de las que para ellos otros han construido otros, con sus dos manos y con todo su corazón.

Me he pasado un poco, al meter a mi amigo Pierre en el saco de los que “no tienen ni idea de lo que es construir una casa...”. No sólo me ha visto manos a la obra, sino que las construía por su parte, como si jamás hubiera hecho otra cosa en los veinte años que llevaba en el mundo. Además esta historia de “grandes aparatos” y de construcción de casa y todo eso (caso de que el lector no se haya dado cuenta

<sup>183</sup>La “herramienta cohomológica” no me había esperado para existir. Se trata aquí de cierto enfoque personal, que condujo especialmente al “dominio de la cohomología étal” (que me parece el principal ingrediente técnico y conceptual en la demostración de las conjeturas de Weil, terminada por Deligne). Es la que de nuevo persigo, veinte años después, con “À la Poursuite des Champs”, en la dirección “cohomología no conmutativa” (u “homotópica”). En cuanto a la dirección “cohomología conmutativa”, doy algunas precisiones sobre ese enfoque al comienzo de la nota “Mis huérfanos” (nº 46). Los cuatro “grandes aparatos” en cuestión se corresponden esencialmente con las cinco “nociones-clave” en la citada nota, salvo que la “herramienta cohomológica” se corresponde con *dos* de tales nociones o ideas (a saber, las categorías derivadas y el formalismo de las seis operaciones).

Es interesante notar que el único de los cuatro “grandes aparatos” (o principales temas de investigación) que se nombra en mi Elogio Fúnebre (ver las notas nº 104 y 105) son los topos. Como por casualidad, también es, entre los tres enterrados por los cuidados de mis alumnos cohomólogos, el que aún no había sido exhumado bajo paternidades de recambio, en el momento del Elogio Fúnebre. (Éste se sitúa en 1983, las categorías derivadas fueron exhumadas en 1981 en el Coloquio Perverso, y los motivos en 1982 en el “memorable volumen” LN 900.)

<sup>184</sup>Mi interlocutor me aseguraba gentilmente, por darme gusto, que bien sabía que mi obra estaba “en gran medida exenta de tales taras” (“weitgehend frei von diesen Übeln”). Se trataba para él de “taras” en las que no podía evitarse caer (como las “Spitzfindigkeiten” de los categoristas de todo pelaje), si se intentase desarrollar una teoría (como yo sugería a propósito de los motivos) sobre fundamentos que permanecieran conjeturales. Aquí nos encontramos con el rechazo visceral del “sueño matemático” que se ha tratado en la sección “El sueño prohibido” y en las tres secciones siguientes (secciones 5 a 8). Éste es otro de los aspectos de una represión automática de todo enfoque o desarrollo “yin”, “femenino”, en matemáticas.

ya...) es otro aspecto, u otra imagen, para comprender algo que antes había intentado captar mal que bien con la imagen de “la marea que sube”, después por la de unas olas que van unas tras otras<sup>185</sup>. Se trata del “modo yin”, o modo “femenino”, de aprehensión de la realidad, y del correspondiente enfoque para impregnarse de ella y formarse una imagen, que restituya esa realidad con flexibilidad y fidelidad. He aquí que he vuelto, tras un rodeo por mi propia persona, a mi propósito inicial – el de “hacer pasar” esa fuerte percepción que hay en mí, de un parentesco, de una afinidad esencial entre el enfoque de la matemática en Deligne, y en mí mismo. Pero en ese aspecto de Deligne que acabo de intentar captar con ayuda de una imagen, hay una “interferencia” completa, me parece, después de mi partida-defunción en 1970 – creo que los “grandes aparatos” están totalmente ausentes de sus publicaciones “de después”. Ciertamente no es razonable usar ese rasgo de su repudiado maestro para denigrarle, a la vez que se tolera que ese mismo rasgo se desarrolle en él, según su propia naturaleza.

Es verdad que si se trata, no de seguir una necesidad interior, expresión de un impulso elemental, sino simplemente de acrecentar un prestigio con la acumulación de *resultados* que “hacen historia”, mi amigo verdaderamente no tenía ningún interés en seguir preocupándose con (más o menos) “grandes aparatos”. Ya en mi tiempo y fuera del grupo Bourbaki (¡él mismo dedicado a un “gran aparato” de buen tamaño!) era algo un poco mal visto. Además no hay por qué asombrarse, visto que las orejeras “superyang”, en nuestra sociedad y en el consenso del mundo científico, no datan de ayer. Tal vez fue ésa la principal razón por la que las casas que tuve a bien construir permanecieron deshabitadas durante largos años, salvo por el albañil mismo (que al mismo tiempo era también el arquitecto, el carpintero, etc.). Y todavía hoy, incluso la parte de mi trabajo que desde hace mucho es patrimonio común (e incluso cuando no hay más referencia disponible que mis escritos), permanece rodeada (al menos para aquellos que no forman parte del bello mundo y no tienen que mirar por encima del hombro) de un halo casi de temor, como si entrar en ella requiriese facultades casi sobrehumanas. Es verdad que a veces lleva tiempo y que no puede ser de otro modo, visto que se hace todo, y a mano y con detalle, de principio a fin, con explicaciones a cada momento que dicen a dónde se quiere llegar<sup>186</sup>. No me parece que mis alumnos, cuando trabajaban conmigo, sufrieran mucho para meterse en faena. Pero eso era en un momento en que los “resultados tangibles” habían terminado por ganarse la confianza del establishment matemático, y mis alumnos trabajaban con la confianza de jugar a una carta “segura”. Tengo la impresión de que después, más de uno se complace por contra en acreditar la versión “ilegible”<sup>187</sup>, conforme a una moda mucho más tiránica hoy que en mi tiempo.

Pero incluso dejando aparte los desiderata y la moda, cuando se hacen cálculos de rentabilidades y de “ganancias”, seguramente se tendrá cuidado en evitar el “gran aparato” como a la peste. Desarrollar un “gran aparato” y ponerlo a disposición de todos, eso es un *servicio* que se hace a una comunidad científica, que a menudo lo acepta muy a su pesar. Jamás me ha molestado mucho esa reticencia bien comprensible; sabía bien que tenía “las cosas buenas”, y que tarde o temprano, la gente no dejaría de venir. Pero aunque vengan, los “rendimientos” en términos de “crédito” sólo pueden ser modestos. Si hiciera un balance, no de las nociones, cuestiones, ideas que he introducido y desarrollado en los quince años 1955-70 y que están enterrados en el patrimonio común y anónimo, o enterrados sin música (en espera de ser exhumados con gran fanfarria), sino de lo que se podrían llamar “grandes teoremas”, dudo que encontrase siquiera diez. Quizás el tiempo total directamente consagrado a su demostración es del orden de algunas semanas, o como mucho de algunos meses. No hay ni uno de antes de 1957 (teorema

<sup>185</sup>Ver las dos notas “La marea que sube” y “La flecha y la ola”, n<sup>o</sup>s 122, 130.

<sup>186</sup>Sólo al hilo de los años, creo, me he dado cuenta de la necesidad de incluir tales explicaciones, a menudo puramente heurísticas, para intentar en la medida de lo posible comunicar al lector un sentido de “dirección” y de propósito, muy presente en mí al escribir. Hoy, eso me parece mucho más esencial que una escritura minuciosa de las demostraciones-clave, que el lector reconstituirá con placer o construirá con todo detalle, desde el momento en que sienta a dónde va, y ese “dónde” le atraiga...

<sup>187</sup>La cosa sólo es patente en Deligne, que me lo ha repetido de viva voz en su reciente visita. Se trataba de SGA 4 (más de la mitad desarrolla con minuciosidad extrema el lenguaje de los topoi), decretado “ilegible” por mi amigo, como justificación de su genial “operación SGA 4  $\frac{1}{2}$ ”.

de Riemann-Roch-Grothendieck) – y sin embargo sabía que no había perdido el tiempo durante los tres años anteriores. Hasta pudiera ser que ninguno de los “grandes teoremas” estuviese demostrado en este momento (aunque ésa no fuera mi preocupación principal), si durante esos quince años no hubiera seguido obstinadamente la pasión de comprender, confiando en el enfoque que me dictaba, fuera éste rentable o no (en términos de tales desiderata o tales otros), o estuviera bien visto o no en el gran mundo. Cada vez ese enfoque consistía, partiendo de una fuerte intuición de partida, o de un puñado de tales intuiciones, en tomarlas como un hilo sólido y a toda prueba que me llevaba a lo desconocido; y al hacerlo y cambiando de imagen, no pude dejar, con lo desconocido a punto de darse a conocer, cual toscas piedras que se “conoce” al tallarlas, de construir casas, más o menos vastas, pero todas dispuestas para ser habitadas – casas en que cada rincón está destinado a ser un lugar acogedor y familiar para más de uno. Las puertas y ventanas son de buena carpintería y se abren y se cierran sin atascarse y sin chirriar, el techo no gotea y la chimenea tira bien. No es Notre Dame de Paris, y no hay un “gran teorema” escondido en el arcón de cada uno – simplemente eran casa que había que construir, y que he construido para ser habitadas. Me alegré de hacerlo, bellas y espaciosas, sabiendo que el trabajo que hacía, solo o en compañía, debía ser hecho y que era bueno que yo lo hiciera.

Ése era el espíritu que me encontré en el grupo Bourbaki en los años cincuenta, y que hizo que me sintiera a gusto, “en mi casa”, no obstante las diferencias de medio y de cultura, y de las dificultades ocasionales que ya he evocado en su lugar. Al menos en ese tiempo, era un espíritu de *servicio* el que allí me encontré. Servicio a una *tarea*, y más allá de la tarea, servicio a otros hombres, ávidos como nosotros de comprender cosas pequeñas y grandes, y de comprenderlas a fondo y hasta el final. Ese “servicio” no tenía el aspecto del deber austero o del asceta. Se seguía espontánea y alegremente de una necesidad interior, expresaba algo común que unía a esos hombres tan diferentes.

Y ese espíritu es el que también reconozco en el Seminario Cartan, donde tantos matemáticos franceses hicieron sus primeras armas, y más tarde (en los años sesenta) en mi propio seminario (que respondía a la sigla SGA, “Séminaire de Géométrie Algébrique du Bois Marie”). Una diferencia entre estos dos seminarios, es que los míos estaban centrados en el desarrollo de los “grandes aparatos” antes evocados (por tanto de “*mis*” aparatos), para los que nunca había demasiados brazos, mientras que los temas desarrollados por Cartan de un año a otro eran más eclécticos. Más importante me parece lo que era común a esos dos seminarios, y sobre todo, lo que me parece que fue su función esencial, su *razón de ser*. A decir verdad veo dos. Una de las funciones de esos seminarios, cercana al propósito de Bourbaki, era la de preparar y poner a disposición de todos unos textos fácilmente accesibles (quiero decir, esencialmente completos), desarrollando de manera detallada temas importantes y de difícil acceso<sup>188</sup>. La otra función de esos seminarios, era constituir un *lugar* donde jóvenes investigadores muy motivados estuvieran seguros, aún sin ser grandes genios, de poder aprender el oficio de matemático con cuestiones de plena actualidad, en contacto con hombres eminentes y benevolentes. Aprender el oficio – es decir, meter las manos en la masa, y por eso mismo, encontrar ocasión de conocerse.

Parecería que mi partida en 1970 pone fin, en Francia al menos, a los “grandes seminarios” – lugares *perdurables* en que, año tras año, se trabajan alguno de los grandes temas de la matemática contemporánea– y lugares *acogedores* también e inspiradores, para todos los que acuden a echar mano. No sé si existen en alguna otra parte del mundo (¿tal vez en Moscú, bajo el impulso de I.M. Gelfand?). Lo que es seguro es que tales lugares son decididamente contrarios al espíritu de los tiempos, igual que los “grandes aparatos”, escritos negro sobre blanco, minuciosamente, para estar a disposición de *todos*.

No es casualidad si ya casi nadie escribe exposiciones cuidadosas y (provisionalmente) exhaustivas, sobre temas maduros desde hace diez años cuando no veinte, visiblemente cruciales, y que sólo son accesibles a un puñado de gente “en el ajo”. El que forme parte del “gran mundo” matemático, si no es parte también del “puñado” en cuestión, no tendrá dificultad alguna en caso de necesidad en ponerse al

<sup>188</sup> “De difícil acceso”, sea porque esos temas eran mal comprendidos, o porque sólo los conocían unos pocos iniciados, y porque las dispersas publicaciones que los trataban daban una imagen inadecuada de ellos.

corriente con alguno de éstos, que lo hará encantado. En cuanto a los otros, ¡puerta! En los años sesenta, veía muchos libros que pedían a gritos ser escritos. Yo mismo los hubiera escrito, pero no podía hacer todo a la vez. Ninguno de esos libros, por lo que sé, ha sido escrito todavía<sup>189</sup>. Sin embargo, conozco a más de uno (aunque sólo sea entre mis exalumnos) que estaba lo bastante en el ajo y que tenía el feeling y la mano, como para poder escribir sin problemas algún libro que faltaba (y que sigue faltando). Y por lo poco que me ha llegado de los trabajos posteriores de algunos, no tengo la impresión de que sea la abundancia y la dificultad de sus trabajos más personales las que les hayan impedido (“¡lo siento pero verdaderamente no tengo tiempo!”) rendir ese servicio a la famosa “comunidad matemática”. Para más de uno incluso puede apostarse que eso le hubiera dado más notoriedad, como autor de un libro leído y citado (aunque lo que exponga no provenga necesariamente de él – pero el “cómo” no es algo despreciable...), que por el fajo más o menos grueso de sus separatas.

Visiblemente, no es una simple “falta de tiempo” lo que les impide, con impresionante unanimidad, hacer accesible a todos lo que sigue siendo el privilegio de algunos – o de tener (aunque sólo sea mientras se escribe un libro) una *actitud de “servicio”*. Se me viene irresistiblemente la asociación con el seminario SGA 5 de 1965/66, escamoteado durante once años, para su único beneficio personal, por aquellos mismos que habían sido los primeros y exclusivos beneficiarios, ¡mi amigo Pierre y mis otros alumnos cohomólogos en cabeza! Es verdad que había unos despojos que repartirse, una motivación pues algo especial en este caso particular. Pero pienso también en otros casos, en que el servicio llenaba lagunas patentes, y en los que fue barrido de un manotazo por los que estaban en el lugar<sup>190</sup>. Se dirá que también son casos algo especiales, que apuntaban a mi persona, pues era visible que yo había inspirado los trabajos en cuestión. Sin embargo, bien siento en todo esto un “espíritu de los tiempos” que supera todo caso particular.

El aspecto “espíritu de los tiempos” que estoy a punto de captar mal que bien, es el *descrédito que golpea a la actitud de servicio* – descrédito que percibo a través de muchas señales convergentes, y que para mí es un hecho patente. Cada uno es muy libre de negarlo, igual que es libre de examinarlo por sí mismo, y de constatarlo. Mi propósito aquí no es el de “probárselo” a un lector reticente, sino el de intentar captar su sentido.

Desde el punto de vista de la presente reflexión, hay un primer sentido que salta a la vista. La actitud de servicio es típicamente “yin”, “femenina”, y no es extraño que forme parte del lote de las que están desvalorizadas. El matiz que me ha parecido percibir muchas veces, es que tal actitud era adecuada justo para los que no podían tener una actitud de “maestro” – que el trabajo que se hace con ese espíritu es propio de *subalternos*, bueno para los peones de los que se pavonean con grandes ideas y “brillantes descubrimientos”.

Sin embargo, sé que no es sólo eso – pues de otro modo, ¿¿por qué se le impediría a cualquier precio a un “peón” de buena voluntad (cuando por ventura se encuentra) hacer tranquilamente en su rincón la humilde tarea que le corresponde por derecho, proporcionando al fin referencias sólidas allí donde antes había que contentarse con decir (cuando uno se digna decir algo...) “se sabe que...” o “puede probarse que...”, o rara vez y con más honestidad “admitiremos que...”?!

Me vi enfrentado por primera vez a esa inquietante cuestión hace ocho años, cuando las desventuras de Yves Ladegaillerie al intentar “colocar” su tesis<sup>191</sup>. Fue, lo reconozco, en un momento en que mi interés

<sup>189</sup>(28 de noviembre) Debería exceptuar las tesis que se han redactado bajo mi dirección. El espíritu que me animaba y que, creo, comuniqué a mis alumnos, al menos durante el tiempo que trabajaron conmigo, fue el que animaba mi propio trabajo; es decir, en términos gráficos, “construir las casas” que claramente hacían falta, aunque a menudo yo fuera el único en sentir la necesidad de tal o cual “casa” particular. Tengo la impresión de que por regla general (salvo una excepción) ese sentimiento terminaba por comunicarse al alumno, y hacía que se “enganchase” al tema, y se identificase fuertemente con el tema elegido. Dejando aparte a Verdier, que no se dignó en poner a disposición de todos el trabajo de fundamentos que habíamos convenido y que sigue esperando a ser escrito, las tesis de todos los alumnos que hicieron su tesis doctoral conmigo se han convertido en lo que puede llamarse “referencias standard”. Son casas listas para ser habitadas, y ninguna se solapa con ninguna otra...

<sup>190</sup>Aquí pienso, por supuesto, en el trabajo de Yves Ladegaillerie, y en el de Olivier Leroy, que se han tratado en cuatro notas y secciones anteriores (“El Progreso no se detiene”, “Féretro 2 – o los pedazos tronzados”, “La nota – o la nueva ética”, “Féretro 4 – o los topos sin flores ni coronas”, notas n<sup>os</sup> 50, 94, sección 33, nota n<sup>o</sup> 96).

<sup>191</sup>Ver las notas n<sup>os</sup> 50 y 94, citadas en la anterior nota a pie de página.

por la matemática, igual que por el mundo de los matemáticos, era de lo más marginal. Estaba algo atónito, sin por eso intentar elucidar el sentido de ese misterio. Con pocas variantes, mi actitud no cambió en los siguientes años, hasta el pasado febrero, con la reflexión realizada en Cosechas y Siembras. No obstante, a fuerza de captar señales, y sin proponérmelo, no he podido dejar de captar poco a poco el sentido, o mejor, *los* sentidos. Veo dos en efecto. Uno se refiere a mi persona – se trata del síndrome de enterrarme, que aún no he terminado de revisar. El otro no tiene nada que ver con tal o cual persona particular. Se trata de una *actitud de exclusividad en la posesión y el control de “la información” científica*, actitud que prevalece en el seno del “establishment” científico, y que hace de él una especie de casta reinante por derecho divino, en el interior de la supuesta “comunidad” científica<sup>192</sup>.

Ése es un tema que ya he rozado (a penas, a penas) en la nota “Consenso deontológico – y control de la información”, y también un poco en “El “esnobismo de los jóvenes”, o los defensores de la pureza” (25), (27). Supongo que se trata de un *hecho nuevo* en el mundo científico, que se ha instalado con pasos sigilosos durante los dos o tres últimos decenios. No creo haber estado entre los que han propagado y acogido esa “nueva ética” no escrita, la ética de los “dos pesos – dos medidas”<sup>193</sup>. Si he tenido alguna responsabilidad en su advenimiento, sería más bien por no haberlo visto llegar<sup>194</sup>. Antes de estos últimos años, no sospechaba que la información de todo azimut de la que me beneficiaba libremente, prácticamente desde mis primeros contactos con el mundo científico, en 1948, se volvió a lo largo de los años, no sabría decir muy bien cuándo ni cómo, en un *privilegio* descomunal que compartía con un puñado de compañeros – un *privilegio de clase*, por emplear un término un poco demasiado manoseado, y que sin embargo me parece que aquí expresa una realidad de lo más tangible.

Pero mi propósito no es hacer un “análisis de clase” del mundo matemático, de las “relaciones de fuerza” y los “medios de poder” en ese mundo – ni hacer un “cuadro costumbrista”. Es hora de volver a un propósito más limitado – el de comprender, en sus resortes esenciales y en los principales protagonistas, ¡el “hecho diverso” de mi entierro anticipado!

(136) (28 de noviembre) Las dos notas anteriores eran esencialmente digresiones acerca del tema de la afinidad yin-yin entre Deligne y yo, al nivel del trabajo matemático y del enfoque de la matemática. No sé si han contribuido a “hacer pasar” la percepción que tengo de esa afinidad y de su naturaleza, que para mí no tienen ninguna duda.

En alguna parte he escrito que “en mi trabajo, soy todo lo “yin”, todo lo “marea y movimiento”, que se puede ser”. Después de reflexionar, diría que no es cierto al pie de la letra – que se “puede ser” todavía más, pues (tal y como lo percibo) Deligne lo es más que yo. O al menos, el “yang en el yin” me parece más acusado en mí que en él. Lo que en mí es fogosidad, tiene en él un paso más pausado. Allí donde yo me lanzo hacia delante con atrevimiento, más de una vez permanecerá con una expectativa prudente, y bien fundada a menudo. En cuanto despunta una idea, un “cabo” que puedo agarrar, no dudo en lanzarme a un lío matemático que me parece substancial, sin preocuparme de mirar primero un poco más de cerca la idea de partida (“ihr auf den Zahn fühlen”, como se dice en alemán...), ni de prever

<sup>192</sup>(6 de diciembre) Nótese que la sed de dominación es un desequilibrio *superyang*, y con mucho la forma más común de tal desequilibrio. Corresponde a una obliteración del término yin, “femenino” en la pareja yin-yang “Amo-siervo”, o “lo que domina (o controla) – lo que sirve”, cercana a la pareja “dominio – servicio”.

<sup>193</sup>(6 de diciembre) Esto no es totalmente exacto, como ya se ve en las secciones “El poder de desanimar” y “La matemática deportiva” (n<sup>o</sup>s 31, 40). Pero me parece correcto decir si en mí la vanidad se ha concretizado a menudo en actitudes elitistas, éstas no han tomado la forma del deseo de dominar, o de aplastar, y no han obliterado en mí una actitud espontánea de *servicio*: servicio a una tarea, y a través de ella y a su lado, servicio a todos los que se lanzaban conmigo a una aventura común... Durante los años sesenta, se volvió casi una idea fija, y en todo caso una de las motivaciones apremiantes y constantemente presentes, lo de escribir los textos básicos que faltaban, a fin de dar la mayor difusión a las ideas, técnicas y visiones que sólo conocían unos pocos. Con la perspectiva de veinte años, constato ahora que esa preocupación constante no se transmitió a ninguno de mis alumnos. Han preferido ser *maestros*, sin ser al mismo tiempo (como su difunto maestro lo fue) *servidores*.

<sup>194</sup>No sé si entre los colegas de mi generación, o entre mis colegas y amigos más jóvenes, hay muchos que lo hayan visto. Dudo que haya uno sólo entre “aquellos que me acogieron fraternalmente, en ese mundo que llegó a ser el mío”, a los que va dedicada Cosechas y Siembras – aparte quizás de Chevalley. Esto es parte de las cosas que me hubiera gustado hablar con él – pero ya no está aquí para decírmelo...

el desenlace de la melé. A veces la idea no se tiene de pie, por alguna razón evidente a priori, y que se me escapa de tan ardiente que estoy por “meterme en el jugo”. Termino por darme cuenta – a veces me siento idiota, y sin embargo es raro que lamente haberme lanzado. De esa manera y no de otro modo, es como establezco contacto con una substancia desconocida – frotándome con ella, “juiciosamente” o no.

Mi amigo primero sondea y examina – y se lanza, cuando se siente seguro, si no del punto de llegada, lo que sería mucho pedir, al menos de que hay dónde aterrizar, y que no volverá de vacío. En su trabajo jamás he tenido la impresión de una *dispersión de energía*, como a menudo había en mí – sino que en él más bien *todos los golpes aciertan*. Desde este punto de vista, su forma de trabajar lleva la marca de una *madurez*, mientras que la mía lleva más bien la de una *juventud*, confusa a veces a fuerza de ser fogosa. Sin embargo en nuestro primer encuentro, era yo el que se acercaba a los cuarenta, mientras que él tenía veinte años. Y más de una vez sentí en él una especie de indulgencia sonriente hacia mí, un poco como la de un adulto benevolente hacia un niño al que tuviese afecto, cuando veía que me embarcaba otra vez en algún (pequeño) “gran aparato”, sin dudarlo...

Los aspectos que aquí evoco sin duda son difíciles de percibir en los trabajos “en limpio”, publicados, que presentan el estado final, o al menos avanzado, de una reflexión. Mi exigencia en mi trabajo no es menor que en él, y sólo confiaba mis notas a la mecanografía o a la imprenta cuando éstas habían alcanzado un estado en que satisfacían la necesidad que tengo de una claridad completa. Por contra, con el estilo de escritura que tengo en las “Reflexiones Matemáticas” (y especialmente en “À la Poursuite des Champs”), el desarrollo original del trabajo es patente en cada página. El lector podrá constatar numerosos “fallos”. Todos son de poca amplitud – detectados casi siempre al día siguiente cuando no en el mismo día, y rectificados en las páginas siguientes. (Que esto sea así me ha sorprendido – y es una de las señales de esa extraordinaria “facilidad” en mi trabajo matemático, de la que he hablado en alguna parte<sup>195</sup>.) Una de las razones de la presencia de “pequeños fallos” es por supuesto mi falta de familiaridad con un tema que no había tocado desde hace siete u ocho años – y esos despistes se hacen más raros a medida que avanza el trabajo, que el contacto perdido se restablece. Eso no impide que esa manera de tomar constantemente por “dinero contante y sonante”, y sin dudar, lo que me restituye una memoria bastante nebulosa, de cosas que en su tiempo conocí más o menos bien, ilustre bien ese aspecto “apresurado”, y a veces lioso, que constituye (entre otras cosas) el aspecto “yang en el yin” de mi trabajo matemático (o no matemático). Estoy convencido de que un texto igual de espontáneo, escrito por la mano de Deligne, sería mucho más parecido a lo que comúnmente se considera como “publicable” – e incluso como publicable según sus exigentes criterios.

Si insisto aquí sobre el carácter de “madurez”, de “yin muy yin” en el estilo de trabajo y el enfoque de la matemática en mi amigo, no es para sugerir con eso la idea de algún desequilibrio en su trabajo, la de que ese trabajo estuviese marcado por una falta o una ausencia de cualidades “yang”, “viriles”. Si así fuese, sus trabajos no llevarían en cada página, igual que los de Serre o los míos, la delicada marca, que no puede equivocarse, de la *belleza*. Pero éste no es lugar, igual que no lo he hecho en el caso de Serre ni en el mío, de seguir paso a paso la delicada armonía del yin y el yang, de lo “femenino” y lo “masculino”, en su obra publicada que conozco, y en lo que conozco de su trabajo por el contacto personal que he tenido con él durante dos decenios.

Tampoco se ha de creer que esa constatación que hago de un equilibrio del yin y el yang sea una especie de truismo, que se aplicaría de entrada a todo hombre que por una razón u otra figurase como “gran matemático”. Esa percepción de la belleza que acabo de evocar no está igualmente presente, ni con el mismo grado, en la obra de todos los matemáticos que dejan una impronta perdurable en la matemática de su tiempo. Entre ellos, conozco dos que, como Deligne, me parece que son predominantemente yin tanto en su trabajo como en su personalidad, y cuyos trabajos nunca me han dado esa impresión de

---

<sup>195</sup>Ver la nota “La trampa — o facilidad y agotamiento”, n<sup>o</sup> 99. Me parece que esa facilidad es aún mayor ahora que antes, antes de mi “partida”. Me parece que eso está ligado a una maduración que ha tenido lugar en los quince años que han pasado, y que se hace sentir en mi trabajo matemático igual que en otras partes.

un equilibrio interior, de una belleza que jamás deja con hambre. El desequilibrio yin tiene un carácter tan extremo, en uno de esos colegas, que parece totalmente incapaz siquiera de formular claramente y correctamente la menor definición, o el menor enunciado (por no hablar de una idea...) – mientras que sobre muchas cosas tiene una profunda intuición, y ha introducido muchas ideas importantes y fecundas. En cada ocasión han tomado cuerpo con el trabajo de otros. Visiblemente hay en él una represión de rara eficacia hacia los rasgos y fuerzas de naturaleza “yang”, tanto en su trabajo como en su forma de ser. Esa represión llega a ser una verdadera impotencia, incluso en su trabajo, donde sería incapaz de llevar a cabo la menor cosa por sus propios medios. Compensa esa impotencia con una actitud de megalomanía, interiorizando al mismo tiempo las taras que se complace en cultivar en él, como si fuera *gracias a ellas* que ha podido concebir ideas que (a sus ojos) hacen de él *el gran sabio del milenio...*<sup>196</sup>

En mi amigo Pierre noto una represión en el sentido contrario, expulsando algunos rasgos “yin” que le conducen (con mayor o menor éxito) a modelarse sobre una imagen superyang. Esa represión está muy lejos, ciertamente, del extremo opuesto que acabo de evocar. No llega a borrar en el lector o el interlocutor el sentimiento de belleza, de satisfacción sin ningún regusto de malestar, que son signo de una verdadera comprensión, que en cada momento da su justa parte tanto a la claridad como a la sombra, al misterio. Es decir, la imagen de marca “superyang” elegida por mi amigo no llega a inmiscuirse en el trabajo mismo, quiero decir en el momento de trabajar, cuando la presencia del “patrón” debe de estar casi siempre tan apartada como lo está (creo) en Serre, o en mí<sup>197</sup>.

Por el contrario al nivel de la elección de los *temas* de trabajo, me parece, es cuando el papel del patrón se vuelve importante, incluso invasivo. Está esa idea fija de desmarcarse de mi persona, y por eso mismo, el rechazo a seguir las inclinaciones de su propia naturaleza que se asocian demasiado a la imagen del maestro renegado. Así, si a veces llega, como cualquiera que está dotado de grandes medios, a demostrar teoremas difíciles (incluso “de proverbial dificultad”), y hasta a introducir hermosas ideas y a desarrollarlas, ni soñará en “repensar” ingenuamente, a su manera y aunque sólo sea a grandes rasgos, toda una ciencia (como la topología, que tiene buena necesidad...) – ni en crear con todas sus partes una nueva ciencia, en “dar a luz nuevos mundos” (como escribí en alguna parte) (136<sub>1</sub>). Sin embargo, si hay alguien del que no dudo que tiene los medios, ése es él. Si hasta hoy algo le ha faltado para hacerlo, es la *generosidad* – la verdadera generosidad, que también es una seguridad tranquila, que nos hace seguir el impulso de nuestra propia naturaleza allí donde nos lleve, sin preocuparnos de estímulos, ni de “beneficios”.

Pero también está la alegría simplemente de “construir casa” grandes o pequeñas que otros habitarán, sin que necesariamente tengan las dimensiones de “toda una ciencia” o de un “mundo nuevo” –la de cargar con piedra y vigas como el primer albañil o carpintero que pase, sin temor de que le tomen por esto o aquello– o la de poner al alcance de todos lo que (según algunos) debe seguir siendo un coto reservado a unos pocos. Ésa es una actitud de servicio, una cierta humildad, expresión de la generosidad evocada hace poco, de la fidelidad a la propia naturaleza. Mi amigo la ha trocado por una actitud de suficiencia (“yo – ¡hacer ese trabajo!”) y una actitud de casta<sup>198</sup>, al nivel de la elección de los temas de trabajo supuestamente “aceptables”.

Está en fin una tercera actitud o fuerza, con la que “el patrón” pesa en la elección de los temas de trabajo de mi amigo, de la substancia a la que se dedica, una fuerza que le pone barreras imperativas. Es el síndrome de “entierro del maestro”, o *síndrome del sepulturero*. No se trata, aquí, de abstenerse sólo de nombrar lo que debe permanecer ignorado. Se trata también de enterrar su misma obra, o más exactamente, de “cortarla” por lo sano, como con una *motosierra*, en el propio trabajo como en el de los

---

<sup>196</sup>Hablo aquí de actitudes y formas de ser que pude constatar antes de mi partida, cuando tuve ocasión de tratar con familiaridad a ese prestigioso colega. No hay que excluir que algo haya cambiado después (aunque sería de lo más raro...).

<sup>197</sup>Vuelvo sobre esta precipitada impresión al final de la subnota n° 136<sub>1</sub> (del 4 de diciembre) a la presente nota.

<sup>198</sup>Esa actitud “de clase”, en mi amigo y en el “gran mundo matemático”, aparece en mi reflexión de las notas (del mes de marzo) “Consenso deontológico – y control de la información” y “El esnobismo de los jóvenes – o los defensores de la pureza” (n°s 25, 27), y reaparece en la nota de la última semana “Yin el servidor, y los nuevos amos”, n° 135.

demás, al nivel de cada una de las ramas que brotan de un tronco vigoroso<sup>199</sup>. Como recordaba anteaayer (en la nota anterior, “Yin el Servidor, y los nuevos amos”), entre los cuatro grandes temas que desentrañé y desarrollé durante mi periodo de “geómetra”, entre 1955 y 1970, sólo uno fue “tomado” y utilizado a la luz del día por mi brillante alumno y sucesor, los otros tres fueron “serrados” – con sordina, por supuesto. Hubo una exhumación muy parcial de un tema en 1981, y de otro al año siguiente – como pequeñas yemas que hubieran brotado en los muñones cicatrizados de las ramas cortadas, y que para la ocasión se hubieran adornado con coloridas guirnaldas y llamativos neones, para dar el cambiazoo...

(136<sub>1</sub>) (4 de diciembre)<sup>200</sup> Mi propio planteamiento me ha conducido constantemente a “repensar” de cabo a rabo lo que encontraba en mi camino matemático, fuera la cosa de apariencia más insignificante, o de dimensiones de “toda una ciencia”. Es verdad que, no teniendo más que dos brazos como todo el mundo, no he podido llegar todas las veces a la realización de un programa de trabajo para rehacer “de cabo a rabo toda una ciencia”, como lo he hecho en el caso de la geometría algebraica, a partir de unas ideas-fuerza muy simples alrededor de la noción de esquema. Incluso en ese caso, al que he dedicado una gran parte de mi energía como matemático durante doce años seguidos, estoy lejos de “cerrar” el programa previsto – para eso, ¡necesitaría doce años más! (Y después de mi partida nadie se ha preocupado de proseguir la tarea, que debe (sin razón) parecer ingrata...)

Como otros casos en que he repensado una ciencia, pero ciertamente sin llegar tan lejos, señalo el *álgebra homológica* (tanto conmutativa como no conmutativa – además ésta última aún no existía cuando mis primeras reflexiones de 1955), y la *topología*, con la introducción de la noción de *topos*, que sigue esperando su hora para convertirse en el pan de cada día del topólogo geómetra, con el mismo título que las diversas nociones de “espacios” y de “variedades” que se manejan corrientemente hoy en día<sup>201</sup>. Sin duda algunas partes importantes de la topología actual no se verán afectadas por el desarrollo sistemático del punto de vista topósico en topología. Me parece que ese punto de vista es más bien el elemento crucial en la “creación con todas sus partes de una nueva ciencia” – de esa ciencia que realiza una síntesis (totalmente inesperada en el momento en que desembarqué, en los años cincuenta) de la geometría algebraica, la topología y la aritmética<sup>202</sup>. Más allá de la edificación de la nueva geometría algebraica, y a través del “dominio de la cohomología étal” (y de la cohomología *l*-ádica que se deduce de ella), es la elaboración de un plano maestro de esa nueva ciencia aún en construcción, y el desarrollo de sólidas bases técnicas, lo que ha sido a mis ojos mi principal contribución a la matemática de mi tiempo. El “yoga de los *motivos*”, que aún permanece conjetural, me parece que es su alma, o al menos una parte neurálgica donde la haya, de esa nueva ciencia, tan vasta que hasta hoy todavía no había pensado en darle un nombre. Pudiera llamarse, quizás, la *geometría aritmética*, sugiriendo con ese nombre la imagen de una “geometría” que se desarrollaría “sobre una base absoluta”  $\text{Spec } \mathbb{Z}$ , y que admite “especializaciones” tanto en las “geometrías algebraicas” tradicionales de diferentes características, como en nociones geométricas “trascendentes” (sobre cuerpos base  $\mathbb{R}$ ,  $\mathbb{C}$  o  $\mathbb{Q}_l$ ...), vía las nociones de “variedades” (o mejor, de *multiplicidades*) analíticas o rígido-analíticas, y sus variantes.

También veo otra “nueva ciencia” que ya había entrevisto en los años sesenta, que surge de mis reflexiones sobre el álgebra homológica iniciadas en 1955. Se trata de una vasta síntesis de ideas provenientes del álgebra homológica (tal y como se ha desarrollado al contacto con las necesidades de la geometría algebraica, o mejor dicho, de la “geometría aritmética”), del álgebra homotópica, de la “topología general”

<sup>199</sup>Me veo enfrentado por primera vez a la realidad de “la motosierra” el 19 de mayo, durante la reflexión de la doble nota “Los herederos...”, “... y la motosierra” (n<sup>o</sup>s 91, 92), después en las cuatro notas-féretos que siguen (y que, con “El Sepulturero”, forman el “Furgón Fúnebre” o Cortejo X del Entierro), el 21 y 22 de mayo (notas n<sup>o</sup>s 93-96).

<sup>200</sup>La presente subnota a la nota anterior (“Yin el servidor (2) – o la generosidad”, n<sup>o</sup> 136), surge de una nota a pie de página. (Véase el reenvío en el tercer párrafo antes del final de ésta última.)

<sup>201</sup>Comparar con algunos comentarios en la segunda parte de la nota de finales de marzo “Mis huérfanos” (n<sup>o</sup> 46), y en sus subnotas n<sup>o</sup>s 46<sub>5</sub> a 46<sub>7</sub>.

<sup>202</sup>Ver la anterior nota a pie de página.

(11 de marzo de 1985) El término “totalmente inesperada” es sin duda excesivo, pues la prescencia de tal síntesis se encuentra ya en las conjeturas de Weil, que han actuado como una poderosa fuente de inspiración.



versión topos, y en fin de la teoría (en el limbo desde los años sesenta) de las  $\infty$ -categorías (no estrictas), o, como ahora prefiero decir, de los  $\infty$ -campos. Esperaba, como algo evidente, que alguno de mis alumnos cohomólogos se encargase de esa síntesis, comenzando por Verdier cuya famosa tesis<sup>203</sup> se suponía justamente que iba en ese sentido. Me parecía que el desarrollo de un lenguaje común satisfactorio, con toda la generalidad y flexibilidad deseables, debía ser cuestión de unos años de trabajo, seguramente apasionante, de un pequeño grupo de investigadores motivados. Después de algunos arranques muy parciales en ese sentido de algunos de mis alumnos cohomólogos, mi partida en 1970 dio la señal para un abandono inmediato de ese programa de trabajo, entre muchos otros que me llegaban al corazón. Por eso volví sobre algunas de mis ideas, en una correspondencia con Larry Breen en 1975, con la esperanza de ver revivir una visión de cosas que sentía que estaban “en el camino”, y que “todo el mundo” se cuida mucho de rodear cuidadosamente, cada vez que se las encuentra. En mis cartas a Larry Breen (reproducidas en el cap. I de “À la Poursuite des Champs”), propongo llamar con el nombre *álgebra topológica* a esa nueva ciencia aún en gestación, que desde hacía uno o dos decenios yo era el único en entrever<sup>204</sup>. Finalmente, cansado de guerrear y desesperado de ver que alguien se dedicase a un trabajo que desde hacía veinte años pedía a gritos ser emprendido, me puse manos a la obra en febrero de 1983, con “À la Poursuite des Champs”, para trazar al menos a grandes rasgos el plano maestro de lo que veía que hay que hacer.

Está claro que no hay punto de comparación entre la “geometría aritmética” de la que hemos hablado, y el álgebra topológica, uno de cuyos principales papeles es a mis ojos el de “apoyo logístico” en el desarrollo de esa nueva geometría. Para que ésta llegue al estado de plena madurez con (digamos) el dominio de la noción de motivo, comparable al dominio que poseemos de la cohomología étal, sin duda habrá que esperar a que se dediquen a ella varias generaciones de geómetras, ¡más dinámicas y atrevidas que las que he visto manos a la obra! por no hablar de un dominio comparable al nivel de la *geometría algebraica anabeliana*, que me parece (con los motivos) una de las dos partes “neurálgicas” de la geometría aritmética, discernibles ya desde ahora<sup>205</sup>.

Hay por último una cuarta dirección de reflexión, seguida en mi época de matemático, que iba en la dirección de una renovación “de cabo a rabo” de una disciplina que ya existía. Se trata del enfoque “topología moderada” en topología, sobre la que me extendo un poco en el “Esbozo de un Programa” (par. 5 y 6). Aquí, como tantas veces desde los años del instituto, parecería que soy el único en sentir la riqueza y la urgencia de un trabajo de fundamentos que hay que hacer, cuya necesidad me parece más evidente que nunca. Tengo el claro presentimiento de que el desarrollo del punto de vista de la topología moderada, con el espíritu evocado en el Esbozo de un Programa, representaría para la topología una renovación de alcance comparable al que el punto de vista de los esquemas ha aportado en geometría algebraica, y esto, sin que exija inversiones de energía de dimensiones comparables. Además, pienso que tal topología moderada terminará por revelarse como una valiosa herramienta en el desarrollo de la geometría aritmética, especialmente para lograr formular y demostrar “teoremas de comparación” entre la estructura homotópica “profinita” asociada a un esquema estratificado de tipo finito sobre el cuerpo de los complejos (o con más generalidad, a una multiplicidad esquemática estratificada de tipo finito sobre ese cuerpo), y la correspondiente estructura homotópica “discreta”, definida por vía trascendente, y módulo hipótesis (especialmente de equisingularidad) convenientes. Esa cuestión no tiene sentido más

<sup>203</sup>Ver al respecto la nota “Tesis a crédito y seguro a todo riesgo”, n° 81.

<sup>204</sup>Con excepción todo lo más de Deligne, al que creí haber comunicado una visión, que se apresuró a enterrar con el resto al día siguiente de mi partida. Aludo en varios lugares, de Cosechas y Siembras, a esa parte, la más antigua de todas, de mi programa de fundamentos de una especie de “geometría de todo azimut” – especialmente en “El Soñador” (sección n° 6) y en las notas “Mis huérfanos”, “El instinto y la moda – o la ley del más fuerte”, “El compadre” (n°s 46, 48, 63’’’).

<sup>205</sup>(Para algunas ideas maestras de la geometría algebraica anabeliana, véase Esbozo de un Programa, par. 2 y 3.) Por “neurálgica” entiendo aquí una parte de esa geometría “aritmética” que le aporte intuiciones, hilos conductores, y problemas, totalmente nuevos respecto de lo adquirido en los años sesenta. (Ese “adquirido” consiste en lo esencial en un marco y un lenguaje, y un formalismo homológico y homotópico, común a las tres disciplinas englobadas en la geometría aritmética.) Quizás habría que añadir a las dos anteriores una tercera “parte neurálgica”, íntimamente ligada a los motivos, a saber la teoría “a la Langlands” de *formas automorfas*. Si me he abstenido de hablar de ella, es a causa de mi lamentable ignorancia sobre la teoría de funciones automorfas. (Ignoro si se presentará la ocasión que me empuje a subsanar a poco que sea esa ignorancia...)

que en términos de una “teoría de dévissage” precisa para las estructuras estratificadas, que en el marco de la topología “trascendente” me parece que necesita la introducción del contexto “moderado”.

\*            \*  
\*  
\*

Pero volviendo a la persona de mi amigo Pierre Deligne, tuvo amplia ocasión, durante los años 1965-1970 en que estuvo en estrecho contacto matemático conmigo, de familiarizarse a fondo con ese conjunto de ideas y de visiones geométricas, que acabo de repasar a grandes rasgos. (Con la excepción de las ideas de la topología moderada, que comienzan a germinar y a intrigarme sólo a partir de los años 70, si recuerdo bien.) Su papel frente a ese programa fue doble, y en dos direcciones opuestas. Por una parte, apoyándose sobre la herramienta ya presta de la cohomología  $l$ -ádica, y sobre las ideas (que permanecían ocultas) de la teoría de motivos, aportó contribuciones notables al desarrollo de la geometría aritmética. Las más importantes son sin duda el inicio de una teoría de coeficientes de Hodge mixtos, y sobre todo sus trabajos sobre las conjeturas de Weil y su generalización  $l$ -ádica. Por otra parte, dejando aparte las *herramientas* y las ideas que necesitaba directamente en su trabajo (y de las que se ha esforzado sistemáticamente en hacer olvidar su origen), ha hecho todo lo que podía para que fracasase el desarrollo natural del resto: es “el efecto motosierra”, del que he tenido amplia ocasión de hablar a lo largo de mi reflexión sobre el Entierro, incluso (a título alusivo) en la nota anterior (nº 136). Ese efecto-motosierra se ha visto parcialmente enturbiado por las exhumaciones parciales (en 1981 y 1982), “como pequeñas yemas que hubieran brotado...” bajo el apremio repentino de necesidades inmediatas. (Esas exhumaciones circunstanciales acaban de ser evocadas incluso al final de la nota anterior.) También ha hecho todo lo que puede para dar constantemente la impresión (sin decirlo jamás claramente...) de que la paternidad de las ideas, nociones, técnicas, resultados que utilizaba y de los que tenía buen cuidado de callarse el origen, le correspondía, cuando no la atribuía generosamente a alguno de mis antiguos alumnos o colaboradores.

A fin de cuentas, después de esta rápida retrospectiva de lo que tan tenazmente ha sido serrado y enterrado por mi amigo, recaigo en la impresión que prevalecía en la nota anterior, en la que sugería que la injerencia del “patrón”, de la avidez egótica en su trabajo, se limitaba en lo esencial a la elección de los *temas* de trabajo. Después de todo, las disposiciones de sepulturero-motosierra son evidentes en su trabajo, con pocas excepciones, *allí* se presenta donde la ocasión – ¡y esas “ocasiones” son innumerables! Ese *síndrome del sepulturero* (íntimamente ligado seguramente a la puesta en relieve de valores superyang) me parece que ha tenido sobre su trabajo y sobre su obra un efecto verdaderamente “invasivo”, sin punto de comparación con sus opciones pro-yang; y ese efecto no se limita sólo a la mera elección de temas, que el “patrón” pondría a disposición del “obrero-niño”, para después retirarse de puntillas. Por el contrario me parece que el patrón no se despega del Obrero durante el trabajo, de tan inquieto que está de que éste pueda olvidarse de las consignas imperativas; en otros términos, que el mismo trabajo se ve a menudo invadido por *disposiciones interiores* totalmente ajenas a la naturaleza propia del trabajo de descubrimiento, que es el *ímpetu* hacia lo desconocido. Eso es algo que se ha notado muchas veces durante la reflexión sobre el Entierro, y que tengo tendencia a perder de vista durante mi larga reflexión sobre el yin y el yang.

(137) (7 de diciembre) Hace más de una semana que no he continuado con las notas, aparte del trabajo de intendencia (incluyendo unas subnotas a dos notas anteriores). He tenido que quitarme tres dientes (lo que es acercarse a los sesenta...), intrusión necesaria pero brutal, que ha hecho que últimamente funcione a un régimen un poco reducido. He aprovechado para dedicarme a la correspondencia pendiente. Todo parece haber vuelto al orden...

En las cuatro notas anteriores (del 24 al 28 de noviembre), he intentado sobre todo captar más de cerca las relaciones de afinidad o de complementariedad entre el temperamento y el enfoque matemático

en Deligne y en mí, a fin de llegar a situar esa “inversión” de los papeles yin y yang, que había creído percibir en la presentación que mi amigo se esfuerza en dar de sí mismo y de mí, al menos al nivel de las personalidades “matemáticas” de uno y otro. De paso, han aparecido otros aspectos relativos a mi amigo o a mí mismo, más allá de nuestras personas, aspectos del mundo de los matemáticos, o simplemente del mundo de los hombres. Finalmente, me parece que la actitud de servicio, y las señales de la desaparición de tal actitud en el mundo científico, es la cosa nueva más llamativa que se ha introducido en esta etapa de la reflexión, como intento sugerir con el nombre “Amos y Servidor” que le he dado.

Pero volviendo al propósito inicial de “situar” cierta inversión, tengo la impresión ahora de haber captado suficientemente de cerca la situación real en lo que respecta a mi amigo y a mí, como para exponerla a continuación. Una primera constatación que se impone, es que esa intuición de partida de una inversión de los papeles yin y yang, que me vino al día siguiente de la reflexión del 12 de mayo “El Elogio Fúnebre (1) – o los cumplidos”, era bien correcta. Desde la reflexión del 10 de noviembre en la nota “Las exequias del yin (yang entierra a yin (4))” (nº 124), ya estaba claro que mi amigo se esfuerza en dar una imagen superviril de sí mismo, y superfemenina de mí. La cuestión planteada en la nota del 24 de noviembre “La inversión (3) – o yin entierra a yang” (nº 133), era si esa presentación constituye realmente una “inversión” de la realidad. El “hecho nuevo” aparecido en la nota “la marea que sube...” (nº 122), a saber que igual que en mi amigo, la tonalidad de base en mi enfoque de la matemática era yin, “femenino”, podía hacer dudar.

Sin embargo la reflexión de las tres últimas notas a disipado esa duda. De entrada estaba claro que desde siempre soy percibido por Deligne (igual que por mis otros alumnos y exalumnos), al menos a nivel consciente, como fuertemente (demasiado fuertemente quizás..) viril<sup>206</sup>. Pero además se ha visto que, en la relación entre Deligne y yo a nivel matemático y sobre el fondo de una fuerte afinidad yin-yin, jugaba igualmente una *complementariedad* yin-yang (que pudiera llamarse “secundaria”, por oposición a esa afinidad que jugaba el papel “primario”), en la que yo juego el papel “yang”, viril, con una componente “yang en el yin” claramente más acusada en mí que en él.

El propósito deliberado que he constatado en Deligne, y que me parece tener un eco entusiasta en muchas partes<sup>207</sup>, se presenta realmente como un *propósito deliberado de inversión de papeles*, y más específicamente, *de papeles yin-yang*<sup>208</sup>. Me parece que éste es otro aspecto importante del Entierro, que se añade a los cuatro que anteriormente se han revisado (en las notas del 13 y el 17 de noviembre “Retrospectiva (1), (2)”, nºs 127, 127’). Es el conjunto de esos cinco aspectos, seguramente íntimamente ligados, el que ahora habría que ensamblar en cuadro de conjunto coherente del Entierro.

Tal cuadro, para ser convincente, debería reunir además, en una perspectiva común, *tres “planos” sucesivos*. En primer plano, sólo está Deligne, Gran Oficiante en mis Exequias, no-alumno y no-heredero del maestro, declarado difunto y que no tiene lugar ni lo ha tenido... Claramente es, aparte del mismo difunto (pero que no es más que un difunto, un figurante tácito), *el* personaje central de la Ceremonia

<sup>206</sup>Además, siendo los valores en curso los que son, dudo que un prestigio científico pueda corresponder a una imagen (generalmente admitida y recibida) que no sea necesariamente una imagen “yang”, incluso superyang. Sólo a nivel inconsciente, me parece, la naturaleza “femenina” de mi enfoque de la matemática ha sido percibida tanto por mi amigo y exalumno, como por el público matemático en general (que haya estado al menos en contacto con la clase de cosas en las que he trabajado).

<sup>207</sup>Pienso aquí en las “bocanadas de insidioso desdén y de discreta irrisión” evocadas en la Introducción (ver Intr. 10, “Un acto de respeto”). No tengo que extrañarme, cuando veo a algunos de los más prestigiosos entre los que fueron mis alumnos dar ellos mismos el tono. Lo que veo de común en las numerosas “bocanadas” que me han llegado durante años, es justamente una afectación de condescendencia hacia rasgos marcadamente “yin” en mi enfoque de la matemática y en mi obra. Ver también al respecto los comentarios en la nota a pie de página del 23 de junio, en la nota nº 96 “Féretro 4 – o los topos sin flores ni coronas”.

<sup>208</sup>La primera vez en que ese propósito deliberado de inversión de papeles aparece en mi reflexión, se trata de la inversión de papeles en la relación maestro-alumno, cuando se me presenta como “colaborador” de mi alumno, tomando él mismo la figura de *verdadero* fundador y maestro de la cohomología étal y *l*-ádica. (Ver al respecto las notas “La inversión” y “El Elogio Fúnebre (1) – o los cumplidos”, nºs 68’, 104.) Es interesante notar que en la “pareja” “maestro-alumno”, es el maestro el que juega el papel yang (como aquél que da, o que habla), “activo”, y el alumno el papel yin (como aquél que recibe, que escucha), “pasivo”. También aquí, la brillante inversión operada por mi exalumno puede verse como una inversión de los papeles yin-yang, en la misma dirección (yin-yang se vuelve yang-yin) que el que constituye el mensaje principal de mi Elogio Fúnebre, mensaje que aparece en la nota “Las exequias de yin (yang entierra a yin (4))”.

Fúnebre. Seguido de cerca, en un segundo plano, por “el activo grupo de mis exalumnos, llevando palas y cuerdas” (citando de memoria la enumeración de los Cortejos, en “La Ordenación de las Exequias”). En tercer plano en fin, está la Congregación (casi) al completo, que ha venido a celebrar mis exequias (y las de cuatro co-difuntos, muy quietos en sus “féretros de roble sólidamente atornillados”), y a echar una mano en el entierro.

Entre esos tres planos parece reinar una perfecta armonía, un “*Acorde Unánime*”, como el que vemos reinar en cualquier otro entierro formal, entre el sacerdote lleno de piadosa compunción, la familia del difunto enarbolando los aires propios de la circunstancia, y el grueso de la asistencia, entonando allí donde hay que entonar, y callándose allí donde hay que callarse, sin equivocarse jamás, jamás.

Prosiguiendo con esta última imagen, me veo ahora en la situación (menos comfortable que la del querido difunto, decididamente fuera de lugar...) del que, ante tan emotivo conjunto, impertinentemente se propusiera adivinar los verdaderos pensamientos y motivaciones que animan y agitan a unos y otros, sacerdote, familia y el común de los fieles, tras esos aires de solemnidad o de contrición adecuados a la circunstancia.

Hace un momento que la reflexión tenía como principal hilo conductor tácito, el propósito de preparar lo necesario para aprehender el más cercano de esos tres “planos” del cuadro – el del sacerdote con casulla, perdón, de mi amigo Pierre quería decir. Quisiera ahora centrar mi atención sobre ese plano.

De entrada diría que el aspecto (u “hoja”) del cuadro que era la vedette en la nota “El Sepulturero – o la Congregación al completo” (nº 97), a saber la hoja “represalias para una disidencia”, no me parece que juegue en mi amigo más que un papel de lo más tenue, si es que entra en juego. En ningún momento he tenido la impresión de que mi amigo Pierre se sintiese ni lo más mínimo “puesto en causa” por mi “disidencia”. Bien al contrario, ésta ha sido la gran aubana<sup>209</sup>, como sin duda jamás se hubiera atrevido a soñar, para deshacerse con elegancia de la presencia de un maestro un poco demasiado presente, en esa institución a la que acababa, a la edad de veinticinco años, de acceder a uno de los puestos más envidiados (o al menos, de los más envidiables) en el mundo matemático. El hecho de que esa disidencia se fuera acentuando en los siguientes meses y años, fue vivido, me parece (quizás no a nivel consciente, pero en el fondo poco importa), como una aubana aún mayor, que le entregaba, sin oposición de ninguna clase (como pudo darse cuenta progresivamente a lo largo de los años), una “herencia” impresionante<sup>210</sup>. ¡no sería él el que lamentase, ni siquiera en su fuero interno o sin saberlo, esa inesperada aubana! Y me parece que la misma constatación debe ser válida, guardando todas las proporciones, para la mayoría de mis alumnos “de antes” 8de mi partida), y en todo caso, para cada uno de mis cinco alumnos cohomólogos. Si alguno de ellos, sea en su fuero interno o de manera más o menos claramente expresada<sup>211</sup>, ha podido dar a entender un sentimiento de insatisfacción, de frustración por el hecho de mi disidencia, tiendo a creer que tiene la naturaleza de una *racionalización* de una actitud enterradora hacia su maestro providencialmente desaparecido, más que una *causa* (aunque sea entre otras) de ésta. Lo que me refuerza en esta convicción, tanto en lo que se refiere a mis alumnos cohomólogos “en general”, como a su incontestado jefe de filas Deligne, es que los signos anunciadores del Entierro que iba a llegar (a poco que se presentase la ocasión propicia – y, ¡oh milagro inesperado, se presentó!) – es que esos signos ya se presentaron antes de mi partida en 1970, y en todo caso desde el famoso seminario SGA 5 de 1965/66, destinado a la masacre que sabemos. No es casualidad, seguramente, que con tan perfecta conjunción los cinco<sup>212</sup> se hayan

<sup>209</sup>(N. del T.) El derecho de aubana, también llamado albinagio, albana o ius albinagii, era el derecho que el señor feudal tenía a la herencia de un extranjero muerto en su territorio sin haberse naturalizado.

<sup>210</sup>Sobre esa “herencia”, véase la nota “El heredero” (nº 90) y la subnota (nº 136<sub>1</sub>) de la nota “Yin el Servidor (2) – o la generosidad” (nº 136).

<sup>211</sup>El único de mis exalumnos que me ha dado a entender un sentimiento en ese tono (además con cierto matiz de reprobación) es Verdier, hace ya casi un año. Por contra, en los tiempos de Sobrevivir y Vivir parecía simpatizar con mi disidencia. Incluso hubo un episodio de colaboración cordial con su mujer Yvonne, con ocasión (si recuerdo bien) de la organización de una exposición itinerante a iniciativa de Robert Jaulin (del que Yvonne había sido alumna), a la que me había unido a título de miembro de Sobrevivir...

<sup>212</sup>(12 de diciembre) Sin embargo debería poner aparte a J.P. Jouanolou, que terminó por redactar tres sesiones consecutivas de ese seminario, desarrollando nociones y técnicas que necesitaba de modo directo e inmediato para su propio trabajo de

desinteresado de la suerte de ese seminario en el que aprendieron su oficio, y al mismo tiempo, unas bonitas matemáticas que han sido casi los únicos, durante doce años, en tener el privilegio de conocer y de utilizar. Ya me he extendido bastante sobre este tema en la reflexión sobre suerte reservada a SGA 5, como para que sea útil decir más aquí. Sólo recordaré, en lo que se refiere a Deligne, que en tres de los cuatro artículos que escribió antes de mi partida en 1970, la intención de ocultar, o al menos de escamotear o minimizar en la medida de lo posible la influencia de mis ideas, claramente está presente, sin que haya esperado a mi “disidencia”.

\*            \*  
\*  
\*

¿Cuál es pues la raíz y la naturaleza particular de esa actitud de antagonismo, de avidez de suplantar, de borrar, en mi amigo hacia mí – actitud que ha coexistido con una simpatía afectuosa y confiada, y con una comunión a nivel matemático, desde los primeros años en que nos encontramos? Incluso tengo la convicción de que debía estar en sordina desde nuestro encuentro, y sin duda incluso desde antes; y también que se ha debido ante todo al papel que para él iba a jugar yo, que no ha sido suscitada por tal o cual particularidad mía – si no es el conjunto de “particularidades” que han hecho que yo tenga ese papel. Es el papel que se esfuerza en borrar desde hace veinte años. Seguramente implicaba, sin haberlo buscado ni una parte ni la otra, un aspecto “paternal”. Y no tengo ninguna duda que el conflicto se debe a ese aspecto – un conflicto que ya existía en él, mucho antes de que oyera pronunciar mi nombre ni siquiera (sin duda) el nombre de nuestra amante común, la matemática.

Esa convicción, a decir verdad, no es fruto de una reflexión, y aún menos pretendería “demostrarla”. Más bien me ha venido a lo largo de los años, después de mi partida, no sabría decir cuándo ni cómo; creo que poco a poco, a fuerza de señales pequeñas y grandes, sobre las que no me he detenido ni un momento, y que todas juntas han terminado por dejar el rastro de un conocimiento, ciertamente difuso e imperfecto, pero sin embargo conocimiento... Sin duda podría, con un trabajo laborioso de puesta al día de mis recuerdos medio olvidados, profundizar y materializar ese conocimiento que permanece un poco imponderable; y es muy posible (e incluso probable) que tal trabajo me reservase muchas sorpresas. Sin embargo no estoy motivado para hacerlo. Sin duda es porque (con razón o sin ella) me parece que ése no es *mi* trabajo, sino el de mi amigo – que lo que sondease le concierne a él mucho más que a mí. En lo que a mí se refiere, esa intuición o “conocimiento” o “convicción” que acabo de formular, me basta para mi deseo de comprensión actual, y me fío de él sin reserva alguna.

Como tantas veces en mi vida, me veo enfrentado a una relación de antagonismo con el padre, en que hago las veces de padre de reemplazo, de padre “adoptado” (mucho más, me parece, que de padre “adoptivo”<sup>213</sup>). Esto, más el propósito deliberado en mi amigo de inversión de los papeles yin-yang, se asocia en mi espíritu a la situación evocada en la nota “La inversión (2) – o la revuelta ambigua” (n<sup>o</sup> 132) – situación de la que la relación de mi madre con mi padre es para mí el prototipo más extremo. Sin embargo, las diferencias entre esa situación y la relación de mi amigo conmigo saltan a la vista. En su relación conmigo, en ningún momento he percibido la sombra de una tonalidad de “revuelta”, ni siquiera de antagonismo un poco virulento, agresivo, enseñando las uñas o los dientes, aunque sea con una sonrisa. Las sonrisas por una u otra parte ciertamente no han faltado; pero por su parte eran sonrisas de simpatía (tal y como las he sentido), o a veces sonrisas de inocente sorpresa, a veces casi con pena,

---

tesis.

<sup>213</sup>(12 de diciembre) Al escribir estas líneas, tengo conciencia de hasta qué punto conviene ser prudente en tal afirmación de “no simetría” de los papeles, y tanto más cuanto que se trata de papeles que se juegan a nivel inconsciente. Supongo que a ese nivel, y fuera de la comunicación matemática propiamente dicha, he debido entrar un poco, en cierto momento, en el papel “paternal” preparado por el contexto. Pero claramente ese papel no era de peso comparable, en mi vida y en la relación con mi amigo, al de mi pasión matemática; permaneció episódico, y ya no debe haber rastro de él después de mi “partida” de la escena matemática en 1970. Por contra, el apego de mi exalumno a mi persona, para lo mejor y (sobre todo) para lo peor, no ha dejado de manifestarse a lo largo de los siguientes quince años, tanto en su mismo trabajo como en el mantenimiento, contra viento y marea, de una relación personal conmigo.

cuando constataba (y terminé por notar el matiz de íntima satisfacción) que ciertos golpes, dados como si nada y con guante de terciopelo, daban en el blanco según lo previsto.

Por decirlo de otro modo, ese antagonismo, se exprese hacia mí o hacia terceras personas (cuando se trataba de alcanzar a través de ellas al difunto maestro, y sin embargo siempre muy presente...), siempre y sin excepción ha tomado la forma extremo-yin: la del que se complace (y destaca) en golpear y herir, incluso en eliminar y aplastar, con todas las apariencias de la más exquisita delicadeza. Mientras que sus elecciones deliberadas para su imagen de marca como matemático son superyang (como sin duda lo han sido las mías, sin que haya tenido más éxito que él), me parece que al nivel de las relaciones, el tono de base (al menos hacia mí, y a los que considera ligados a mí) es decididamente y en toda la línea, superyin. (Haría una única reserva, de hecho importante, sobre la que tendré que volver.)

Otra diferencia “que salta a la vista”, entre la relación de Pierre conmigo, y la de de “revuelta ambigua”: según lo poco que sé de su familia, me parece que el padre de Pierre es un hombre de temperamento dulce y modesto, por tanto no el “perfil” que suscitaría una reacción de revuelta, proyectada después sobre un padre de reemplazo.

(138) (8 de diciembre) Al terminar la reflexión la pasada noche, tuve la impresión algo penosa del que cada vez entiende menos. Antes de ir a acostarme, durante un poco seguí las asociaciones suscitadas por la reflexión. Creí ver aparecer algunos puntos de luz, que van a servirme de luminarias en la reflexión de hoy.

La más importante seguramente de esas asociaciones se refiere a ese aspecto de “zarpa de terciopelo” en mi amigo, que se complace en arañar (y a veces a fondo y sin piedad) con el aire más inocente del mundo, y “con toda la apariencia de la más exquisita delicadeza”. Esa imagen, que vino a la vuelta de una comparación (con una situación de “revuelta” evocada anteriormente) que había naufragado, se me presentó cargada de sentido, como un aspecto esencial de ese “antagonismo” que me proponía sondear. Y retrospectivamente, esa evocación de la imagen “sonrisa inocente y zarpa de terciopelo”, que restituye la quintaesencia de una vivencia de casi veinte años, me parece *el* “punto sensible” en la reflexión de ayer, *el* inesperado “punto de luz” cuando andaba a tientas en la oscuridad. Si esa impresión de andar a tientas y de oscuridad todavía permaneció, fue porque, demasiado ocupado por las ideas que tenía en la cabeza un instante antes y que había que seguir o situar, no supe estar atento a ese “tilt” delicado que hubo en mí, desde la aparición de esa imagen. Y en la siguiente media hora, siguiendo algunas asociaciones que se referían a esa imagen y a uno o dos momentos de la reflexión realizada, la atención se dispersó de nuevo. Sólo ahora, al retomar, con la perspectiva de un día, el hilo de la reflexión interrumpida, veo ajustarse una perspectiva de ésta que se me había escapado, al releer las notas de ayer.

Si pongo cuidado en seguir la asociación más fuerte de todas y la más íntimamente ligada a mi vivencia, descartando por el momento otras más “estructuradas”, más “intelectuales”, se me viene esto. De repente me veo de nuevo, como en una única impresión que las resumiese a todas, en una multitud de casos particulares (vividios sea como co-actor, sea como testigo cercano) del *circo conyugal* – del circo de la pareja mujer-hombre. El circo de la pareja, casada o no, con o sin hijos, joven o vieja o joven-viejo o a la inversa, cuando se los lleva el diablo o cuando todo va sobre ruedas, es parecido, el circo de la pareja no cambia por eso. De nuevo me veo en él, por el aspecto de ese circo que más me ha chocado (me ha llevado tiempo, hay que decirlo, ver ahí algo más que fuego...): es la táctica tan particular, muy “carita inocente”, “no he dicho ni hecho nada”, la táctica “zarpa de terciopelo” jugada por la mujer, en cierto juego que siempre dirige ella con perfecta habilidad y como si nada, y que él siempre sigue (y a menudo, encaja) sin darse cuenta de nada. He visto muy pocas parejas que no funciones de ese modo, con variantes hasta el infinito por supuesto, dejadas a la improvisación de una y otro, sin contar los temperamentos particulares y otras circunstancias. Incluso todavía hoy he tenido ocasión de ver una demostración particularmente deslumbrante, sobre la que renuncio a digresar aquí.

Una descripción algo colorida y matizada de esos juegos circenses, al menos a grandes rasgos,

aunque sólo fuera la evocación de los tonos (zarpa de terciopelo, justamente, por parte de “ella”) con que se juega, ha sido la gran ausente en la reflexión del 12 de noviembre que acabo de releer, en la nota “La inversión (1) – o la esposa vehemente” (nº 126). Visiblemente, proseguía esa reflexión a contrapelo de cierta reticencia, hasta el punto de que terminó por tomar las maneras de un austero análisis “fuerzas y motivaciones” – ¡decididamente ese día no estaba en forma! También era la primera vez, en “La llave del yin y del yang”, en que se trataba la “inversión del yin y el yang”. El caso extremo que me había obnubilado un poco, y que seguido haciéndolo hasta ayer mismo, era el de mi madre (retomado en la nota del 22 de noviembre “La inversión (2) – o la revuelta ambigua”, nº 132). Sin embargo he tenido buen cuidado, en mi “intento de análisis en cuatro puntos”, de separar los tres primeros “puntos” de manera que se apliquen a la gran mayoría (si no a la totalidad) de las parejas que he podido conocer un poco de cerca, sin que necesariamente predomine (aunque sea de forma oculta) la tonalidad vehemente de la “revuelta” (ambigua). Eso no impide que aún haya otra cosa en común, y que ese día se me escapó. No ha comenzado a despuntar hasta la pasada noche, durante esa media hora bien empleada en que dejé divagar mis pensamientos, en la estela de la reflexión “en forma”, Esa cosa común e importante, que antes sólo había percibido en el caso extremo “esposa vehemente”, es el sutil juego de la *inversión de los papeles yin-yang*.

Dudo si escribir que ese juego es “el resorte” del juego de poder al que he aludido hace un momento, o que es *idéntico* a este último. Seguramente, lo que para *ella* (y a menudo también para él) constituye la quintaesencia del papel masculino, del papel reservado al hombre, es la *posesión del poder* – posesión a menudo ficticia, ciertamente, pero que en todo caso es un elemento real en el consenso social. Tal vez tenga tendencia a subestimar la fuerza de ese elemento real, la fuerza del *símbolo* del hombre, representando una *autoridad* frente a la mujer – y especialmente, su fuerza como elemento motor en las motivaciones de la mujer. Supongo que para ella, “ser hombre”, o “ser el hombre”, es ante todo *ejercer el poder*. La “inversión de papeles”, al nivel de las motivaciones egóticas<sup>214</sup>, sin duda no es ni más ni menos que *el ejercicio del poder de la mujer sobre el hombre*.

Vistos los consensos existentes, ese ejercicio de poder de la mujer sólo puede hacerse de manera oculta. No consiste en mandar, ni en decidir (con la expectativa de que la decisión será seguida), sino en *dar cuerda* – y sobre todo, en hacer dar vueltas a la noria, y esto, sin que lo parezca. Así es el famoso carrusel conyugal, ¡que gira sin pararse jamás! La táctica para mantenerlo en movimiento, transmitida sin palabras de madre a hija, de mujer a chiquilla, de generación en generación, es la táctica evocada ayer a la vuelta del camino, la *táctica “zarpa de terciopelo”*. A poco que se ponga atención, se la reconoce en una infinidad de diversos rostros, desde el caso extremo-yang de la esposa vehemente, para mí encarnado por mi madre, al caso extremo-yin de la esposa doliente (incluso abrumada), que he visto encarnado en otra parienta.

Me parece que hay pocas mujeres que no practiquen esa táctica inmemorial, y que no la dominen a fondo<sup>215</sup>. Es práctica cotidiana sobre todo en el circo conyugal, sin que se limite a él. Me parece que se practica poco de mujer a mujer (quizás simplemente porque es más difícil “darle cuerda” a una mujer que a un hombre). Por contra, en algunas mujeres, esa táctica se vuelve como una segunda naturaleza en su relación con *todos* los hombres o a falta de poco – al menos con aquellos que son percibidos por

---

<sup>214</sup>En alguna parte se ha tratado, de pasada, la inversión de los papeles yin-yang a nivel del impulso erótico y en el juego amoroso. (Véase especialmente la nota “La aceptación (el despertar del yin (2)).”) El impulso erótico es por naturaleza ajeno al juego del yo, y especialmente a los juegos de poder, aunque el yo esté ávido por hacer de él un instrumento al servicio de sus propios fines, e intente lograrlo (al menos dentro de ciertos límites estrechos y desnaturalizando y mutilando el impulso original). Si hay alguna relación entre ambos tipos de “inversión” yin-yang, es decir entre por una parte el libre juego de los impulsos yin y yang en la amante *y* en el amante, y por la otra el obsesivo juego de una incansante e insidiosa demostración de poder de uno de los cónyuges sobre el otro, me parece que esa relación sólo puede ser ésta: que cada uno de esos dos tipos, en cada momento, excluye al otro.

<sup>215</sup>Igualmente es verdad que hay pocos hombres que no “den vueltas” a la primera, cuando “se” les aplica esa táctica. Yo mismo he girado sin rechistar durante la mayor parte de mi vida. Eso sólo ha comenzado a cambiar con la aparición de la meditación en mi vida, a la edad de cuarenta y ocho años (nunca es tarde si la dicha es buena). Hoy todavía me dejo pillar a veces. (Pero no a menudo, y nunca por mucho tiempo...)

ella como de carácter viril muy marcado.

Al hablar aquí de “táctica”, eso sólo expresa un aspecto accesorio, justamente el aspecto “táctica”, de una realidad más importante: la de una inveterada actitud interior, hacia “el hombre” en general, o al menos hacia aquél, padre, amante o marido especialmente, que en su vida juega un papel privilegiado como *hombre*, investido (por el consenso social, o por propia elección de ella) de una *autoridad*. Esa actitud no siempre tiene la naturaleza de una sed de dominación (como en el caso “esposa vehemente”) – al menos no en el sentido que ordinariamente tiene la palabra “dominación”. Se trata más bien de un ansia, que a veces se vuelve devoradora, de *ejercer sin cesar una acción* sobre el otro, de “mantenerlo en movimiento” (se sobrentiende: en movimiento alrededor de su persona de ella...). Para eso, a menudo, todos los medios son buenos. Uno de esos medios para ejercer una acción, y con eso un poder, es *herir*, y a veces herir todo lo que se puede, dejar K.O. y en el límite, destruir físicamente o psíquicamente, a poco que la ocasión sea propicia; y esto, siempre, sin aires de golpear, con “todas las apariencias de la más exquisita delicadeza”. ¡Más de una vez me han “mandado a la lona”! A menudo, cogido de imprevisto como coactor o testigo, se me ha cortado la respiración por la aparente gratuidad del acto que hiere o que destruye, con una inocente sonrisa o con un aire ausente pero siempre como si nada, captando con infalible instinto el momento y el lugar donde golpear al otro allí donde más le duele – sea ese otro el padre o el amante, el marido o el hijo, o un simple conocido o un extraño (a poco que se presente la ocasión de atacar y de alcanzar...).

(139) (9 de diciembre) Toco aquí un caso extremo, y sin embargo nada raro, de la *violencia por la violencia*, de la *gratuidad* en la violencia y la maldad. Esa violencia, golpee al extraño o al ser más cercano y supuestamente amado, no es algo propio de la mujer, ni del hombre, no es ni “yin” ni “yang”. Pero la *forma* desconcertante e insidiosa en que aquí me la encuentro, bajo la máscara de un aire ausente y distraído e incluso de una ingenua dulzura – esa forma, que ha terminado por volvérseme muy familiar, me parece que sobre todo es propia de la mujer. Seguramente ésta es una circunstancia ligada al consenso social “patriarcal”, que inviste al hombre de autoridad y de poder hacia la mujer<sup>216</sup>. Esa forma es *su* medio, el que ella tiene para satisfacer una voluntad de poder que, al estar obligada (por la fuerza de las cosas) a seguir vías diferentes de las que están abiertas al hombre, no es por eso menos imperiosa, menos devoradora en ella – ¡bien al contrario! Parecería que al no poder desplegarse a la luz del día, al estar condenada de antemano a una existencia oculta, eso no hace más que exacerbar y proliferar aún más ese ansia que hay en ella, hasta el punto, en muchos casos, verdaderamente de “devorar” su vida y la de sus allegados.

Ese ansia no siempre alcanza, faltaría más (¡y afortunadamente!), la dimensión de la violencia gratuita y sin cuartel; y los registros en los que se despliega no siempre tienen un tono violento. Aunque los tonos de burla discreta son casi siempre la regla, dando aire a un velado antagonismo o a una secreta enemistad, los tonos simplemente maliciosos, con una coloración de indulgente afecto algo travieso en los bordes, no están por eso excluidos. Y si bien es verdad que la probada táctica de la “zarpa de terciopelo” es el privilegio y el arma preferida de la mujer, ese privilegio no es exclusivo. Muchas veces he podido, y

---

<sup>216</sup>Ese consenso, y la autoridad del hombre en su relación con la mujer, se ha erosionado mucho en las últimas generaciones, y cada vez más en nuestros días. ¡Sería el último en quejarme de eso! Sin embargo no parece que ese cambio superficial en las leyes y costumbres haya cambiado gran cosa en los resortes profundos y en el “estilo” de las relaciones entre sexos, y especialmente en el antagonismo visceral y cuidadosamente oculto de la mujer hacia el hombre. Sin duda esto se debe al hecho, subrayado al final de la presente nota, de que esa actitud de antagonismo, y su expresión por medio de cierto juego de poder (o de inversión de poder), es más el resultado de una *transmisión* de una “herencia” de generación en generación que de condiciones “objetivas” en el seno de una familia.



de muy cerca, ver manejar ese arma a hombres<sup>217</sup>, con maestría igualmente perfecta<sup>218</sup>. Cosa notable, en todos esos casos, el hombre que se había apropiado de ese arma propia de la mujer, era alguien que tenía tendencia a reprimir algunos aspectos viriles de su ser, y (sin duda por eso mismo) a modelarse según el *modelo maternal*.

Esa misma táctica se observa frecuentemente, y es casi la regla, en los juegos de poder de los hijos, indiferentemente niñas o niños, hacia los padres, o hacia otros adultos que ocupan su lugar. Esto hace surgir también la asociación con la situación de los escritores o periodistas en países (del pasado o presente) donde reina una censura directa o indirecta, que hace imposible o arriesgada la expresión pública directa y sin tapujos de sus verdaderas ideas y sentimientos. La diferencia principal de este último caso con los anteriores, es que en éste el recurso a la expresión indirecta, velada, a veces simbólica, de los verdaderos sentimientos no es obra del inconsciente, sino de un pensamiento consciente. Seguramente la razón es que existe un consenso suficientemente extenso en favor de ideas y sentimientos heterodoxos (que se intenta “hacer pasar” sin que lo parezca), como para que el interesado no se sienta ya en la obligación de ocultárselos a sí mismo, por miedo a parecer un monstruoso desnaturalizado a sus propios ojos. Sólo en casos extremos de feroz terror político o religioso (como hubo en la Edad Media, o en la Unión Soviética y sus países satélites en tiempos de Stalin) las veleidades de heterodoxia se ven obligadas (al menos en algunos) a sumergirse aún más, eludiendo la mirada del Censor interior, igual que la de la censura instituida en las costumbres y en los aparatos policiales.

Todos estos ejemplos parecen sugerir que el estilo “zarpa de terciopelo” (o “no he dicho ni pensado nada, ha sido sin querer”) hace su aparición, de manera más o menos automática, en toda situación algo duradera en que una relación de fuerzas desfavorable nos hace imposible, o al menos peligroso, expresar cándidamente, directamente, nuestros sentimientos, deseos, ideas, intenciones – y, más particularmente, los sentimientos de animosidad o enemistad hacia aquellos que son percibidos como ejerciendo sobre nosotros una restricción (y especialmente la restricción que pretende impedirnos expresar nuestros verdaderos sentimientos)<sup>219</sup>. Además ése no es el único caso en que aparece el estilo en cuestión, y las disposiciones interiores que recubre. Muy a menudo, esa “relación de fuerzas” es más o menos *ficticia*, se corresponde menos a una realidad “objetiva”, teniendo en cuenta las verdaderas disposiciones (o medios de poder) de aquél o aquellos que se perciben como “opresores”, que a la *idea* (consciente o inconsciente) que tenemos de ellos. Raramente esa idea es fruto de un examen atento e inteligente de una realidad dada, sino que forma parte casi siempre del “paquete” de condicionamientos de todo pelaje que recibimos en nuestra infancia, teniendo en cuenta además ciertas elecciones fundamentales que se han operado en nosotros desde esa lejana época. Así, tanto en una chica como en un chico, la elección (por supuesto inconsciente) de una identificación *con la madre* implica la adopción de todo un conjunto de actitudes y

---

<sup>217</sup>Sin embargo con la diferencia, en los casos que conozco, de que cuando hay violencia aparentemente “gratuita” (quiero decir, no provocada) hacia una persona cercana o amiga, siempre se trata de una persona hacia la que el interesado tiene (aunque sea sin saberlo) rencor o animosidad desde hace mucho, que se materializa en agravios concretos (que casi siempre permanecen informados). La única excepción se refiere a mi amigo Pierre Deligne, en su relación conmigo y con los que asimila a mi persona, como pertenecientes a mi “esfera de influencia”. Se trata pues de una actitud de antagonismo y de violencia (¡ciertamente sigilosa!) sin causa “personal”, quiero decir: sin que se deba a agravios (reales o imaginarios) que tuviese en contra de aquellos a los que se esfuerza en golpear. Por contra éste es un comportamiento que se encuentra en muchas mujeres, y no sólo (como aquí) hacia amigos cercanos, o simples conocidos o extraños, sino también hacia los más cercanos, como el amante o el marido (por supuesto, y con prioridad), o el hermano e incluso el propio hijo.

<sup>218</sup>Además parece que esa táctica, puesta en obra por el inconsciente, hereda siempre de éste esa “habilidad” y esa seguridad casi infalible, tan rara vez presente en una acción plenamente consciente. No creo haber visto jamás usar esa táctica, sin que sea con maestría.

<sup>219</sup>Al escribir estas líneas se me viene el pensamiento de que la situación que acabo de escribir es justamente la que vivimos en los primeros años de nuestra infancia, todos nosotros sin excepción, por así decir. Gran parte de nuestro inconsciente (la parte que pudiera llamarse “los olvidos”, generalmente percibida a nivel inconsciente como una especie de “fosa de papeleras”), no es otra cosa que la respuesta de nuestro psiquismo infantil a esa presión del entorno, que nos fuerza (es prácticamente una cuestión de supervivencia) a sepultar lejos de nuestros ojos, como señal de rechazo, todo lo que en nosotros caiga bajo la censura social. Pronto esa censura es interiorizada en un Censor interior, cuya sombría presencia es garante de la perennidad de ese entierro prematuro. Sin embargo, a pesar del Censor, los impulsos, conocimientos y sentimientos heterodoxos, debidamente enterrados, consiguen expresarse, a veces con exacerbada y temible eficacia, de manera indirecta, a menudo simbólica, y sin embargo perfectamente concreta. la rúbrica “zarpa de terciopelo” ofrece un ejemplo particularmente “llamativo” – y a menudo, desconcertante..

comportamientos (como los que se expresan con el estilo “zarpa de terciopelo”), y al mismo tiempo de ideas (casi siempre inconscientes, pero eso poco importa) que los sostienen (como las ideas sobre cierta relación de fuerzas, y los reflejos de antagonismo que acompañan a esas ideas). En el caso opuesto de una identificación *con el padre*, pero cuando el padre ha integrado en su persona ciertos rasgos típicamente “femeninos” (o al menos cuando son tales en nuestra sociedad), el efecto puede ser totalmente análogo al del primer caso.

El punto al que quiero llegar aquí es que en nuestra sociedad actual, y al menos en los medios en los que he formado parte, me parece que ese estilo (“zarpa de terciopelo”), y esa actitud interior “femenina” que aquí examino, son en grado muy limitado una reacción espontánea individual a relaciones de fuerza objetivas, instauradas por la sociedad o por la coyuntura particular que rodee nuestra infancia (o incluso nuestra edad adulta en cierto momento); que es más bien una “herencia” recibida de alguno de nuestros padres (¿cuando no de los dos a la vez?), que él mismo había recibido de uno de sus padres. Visiblemente, esa herencia sigue preferentemente la línea *materna*, se transmite ante todo de madre a hija. Pero más de una vez he podido ver de cerca una transmisión de madre a hijo. nada me induce a pensar que no pueda darse, excepcionalmente, de padre a hijo, e incluso de padre a hija.

(140) (10 de diciembre) Quisiera volver sobre ciertas asociaciones acerca del tema de la *violencia gratuita*. Era el tema con el que había comenzado la reflexión de ayer, y después me alejé, para retornar a un examen del estilo “femenino” (o “zarpa de terciopelo”) en los juegos de poder, y como medio de expresión de las disposiciones de antagonismo hacia otro (y, sobre todo, hacia hombres percibidos como muy viriles o, por el motivo que sea, revestidos de autoridad, de prestigio o de poder).

Como recordaba ayer, la violencia (en apariencia) gratuita, la violencia “por el mero placer”, no es más propia de la mujer que del hombre. Cada uno ha tenido ocasión de encontrarse con ella de repente, a la vuelta del camino, tanto con el rostro de la “más exquisita delicadeza” como con el de patada en el culo o de ráfaga de metralleta en el vientre. Este último estilo, sin duda el estilo “yang”, es más raro en los tiempos que corren, en los llamados tiempos “de paz”, y en los países civilizados como el nuestro. Para la mayoría de nosotros, gente bien educada y más o menos bien situada en un país desarrollado, esa violencia que-bien-dice-su-nombre no es parte de nuestra vida cotidiana, como ocurre con la otra, la violencia sigilosa, de aspecto ingenuo. Sin embargo sólo hay que recorrer la columna de “sucesos” de cualquier periódico, o escuchar los informativos<sup>220</sup>, para darse cuenta de que la violencia gratuita “dura”, incluso entre nosotros, sigue en circulación. No siempre llega hasta cortarle el cuello a la viejecita anónima que se ha tenido la fantasía de asaltar. Pero cuando unos desventurados jóvenes “toman prestado” el coche que imprudentemente hemos dejado abierto, es raro que al dejarlo tirado diez o veinte kilómetros más lejos, no la hayan destrozado previamente con cuidado. Incluso en la apacible campaña en la que tengo la suerte de vivir sin preocuparme mucho por nada, la menor choza o cobertizo no permanece desocupada mucho tiempo, sin que sea saqueada a fondo (eso, por utilidad) y además destrozada (eso por placer). En todos estos casos, la gratuidad de la violencia es particularmente llamativa, por el hecho de aquél (o aquella) al que golpea es un desconocido, a menudo alguien al jamás se ha visto y jamás se verá.

Es pues una violencia que pudiera llamarse “anónima”. Sin duda, desde siempre las guerras han sido una especie de orgías colectivas de tal violencia – los tiempos en que reina la oportunidad de matar gratis, y la vida de un cualquiera vale cero ante el placer de apretar el gatillo y sentir el poder de ver desplomarse una silueta insignificante y sin nombre.

Si hay algo en el mundo, desde que puedo recordar, que siempre me ha dejado desamparado y mudo, ha sido verme enfrentado de nuevo a esa violencia que supera el entendimiento, la que golpea y destruye por el mero placer de golpear y destruir. Si hay algo en el mundo que imprime en nosotros ese

<sup>220</sup>Es cierto que eso son cosas que he dejado de hacer desde hace mucho tiempo, contentándome con informaciones ocasionales por personas interpuestas.

sentimiento indeleble del “mal”, no es ni la muerte ni el sufrimiento del cuerpo, sino esa otra cosa. Y cuando tal violencia (tenga el rostro duro o amable, parezca “grande” o “pequeña”) de llega de improvisto por uno de tus seres queridos, seguro que toca fuerte y profundo, y hace que surja (o resurja...) y rompa sobre ti una angustia sin nombre. La raíz de esa angustia se hunde en lo más profundo, cuando encuentra el terreno mullido y fresco de la infancia, e incluso de la primera infancia. Esa angustia, “el secreto mejor guardado del mundo” en mi vida infantil igual que en mi vida adulta, apareció en mí a manos de mi madre, cuando tenía seis años.

Fue con 51 años, en marzo de 1980, cuando saqué a la luz el episodio de la implantación de la angustia en mi vida. El dominio de la angustia sobre mí había sido desactivado antes, al menos en gran medida, con la aparición de la meditación en mi vida (en 1976), que progresivamente iba teniendo un lugar mayor. Un tercer viraje decisivo en mi relación con la angustia tuvo lugar en julio y agosto de 1982, durante un examen atento del mecanismo de la angustia en mi vida diaria. Las situaciones creadoras de angustia, desde mi infancia hasta la edad madura, han sido las que, en las ignoradas profundidades de mi ser, me hacían revivir de nuevo “lo que supera el entendimiento”. Son exactamente aquellas en que otra vez me veo enfrentado a las señales tan familiares de la violencia aparentemente inexplicable, incomprendible, irreductible... La irrupción repentina de esa violencia hace que de repente resurja y rompa una ola de angustia desconcertante, inmediatamente controlada y reprimida. Esa reacción visceral ha permanecido idéntica hasta hoy mismo, salvo por poco<sup>221</sup>. Si hay algo que ha cambiado en estos últimos años, es la aparición de la *reflexión* en la estela de la angustia, que vuelve comprensible, y a menudo evidente, lo que se había presentado con la máscara amenazante de “lo que supera el entendimiento”, lo delirante; y sobre todo, desde hace dos años, la aparición de una *mirada sobre mí mismo*, de una mirada con interés y solicitud sobre esa misma angustia, que un movimiento reflejo de fuerza perentoria quisiera que me ocultase a mí mismo. O dicho de otra modo, mi relación con la angustia se ha vuelto, sobre todo desde hace dos años, una relación que ya no es de rechazo visceral, o de domador de fieras o de sepulturero, sino más bien y cada vez más una relación de *acogida* atenta y afectuosa del mensaje que me trae sobre mí mismo – tanto sobre mi presente como sobre mi pasado y sobre su acción sobre mi presente. Ahí está, me parece, el último paso que he franqueado hasta el presente, en dirección a una *autonomía* interior más y más completa frente a los demás, es decir, ante todo: hacia mi familia y mis amigos<sup>222</sup>.

Me parece que la violencia-que-no-dice-su-nombre, la violencia al modo “femenino”, es la que más angustia genera, mucho más que la violencia más espectacular del puñetazo en plena cara. El o la que pone en juego la violencia sigilosa, y actúa con eso sobre las secretas compuertas que liberan en otro unas olas de angustia sin nombre y sin rostro – ése tiene en sus manos un arma más temible que la autoridad o un simple poder de coacción. Y manejar a su antojo, con aire inocente, esas pullas de la angustia, representa un *poder* más incisivo sin duda y más temible, aunque permanezca oculto, que todo poder de hecho o de principio, instituido por el consenso social. Ésa es la “justa revancha” de la mujer sobre el hombre, en una sociedad en que éste pretende (o ha pretendido) dominarla; y ése es también el precio que

---

<sup>221</sup>(14 de diciembre) Sería más exacto decir que esa reacción ha permanecido “parecida, salvo por poco” *hasta el momento* de mi meditación en julio y agosto de 1982. Aunque las “provocaciones” que me pillan de improvisto han sido numerosas desde entonces, la “reacción visceral” en cuestión sólo ha hecho su aparición una vez, hace un año. Fue con ocasión de una breve meditación “circunstancial”, de unas pocas horas, que clarificó totalmente la situación. En cuanto una situación interior confusa se afronta con simplicidad y se asume, la angustia que la acompaña, para traernos el mensaje de nuestra confusión, desaparece sin dejar rastro, si no es el de un conocimiento, y una renovada calma.

<sup>222</sup>Ya he hablado de ese “último paso” al final de “La aceptación” (nº 110), desde la perspectiva algo diferente de una liberación respecto de la necesidad de *aprobación* o de *confirmación*, que “verdaderamente constituye el “gancho”, discreto y de solidez a toda prueba, por donde el conflicto nos puede “enganchar”, y por donde estamos... bajo la dependencia de los demás..., en suma por donde nos “coge”, y (como si nada) nos maneja a su antojo...”. (Decididamente ese pasaje podría haber sido escrito ese mismo día – ¡pero juro que no he copiado nada!)

No sabría decir si me quedan otros “pasos” que franquear, que me darán la perspectiva necesaria para ver mi actual autonomía como relativa todavía, y no completa (como siendo, ingenuamente tal vez, a creer...).

La eclosión y el despliegue de una relación atenta y relajada con la angustia representa una *liberación* en la relación con los demás. En efecto (como se dice en el siguiente párrafo), la posibilidad que tenga otro de “manejar a su antojo las compuertas de la angustia” en nosotros (especialmente con la alternancia, dosificada y administrada con maestría, de la gratificación y el rechazo), es lo que representa su principal poder sobre nosotros.

“él” paga por su ilusoria supremacía (presente, o pasada). Si ella es una *esclava* (y en nuestros parajes, lo es cada vez menos), él es un *pelele* entre sus manos o poco le falta (y hoy lo es más que nunca).

Desde hace unos años, cada vez que me enfrento a una situación de violencia gratuita (se ejerza ésta contra mí o contra otro, se manifieste de modo brutal o insidioso) me vuelve con fuerza irrecusable la asociación con el *desprecio de sí* – o más bien *veo* ese desprecio de sí mismo en el que pretende, abiertamente o en su fuero interno, despreciar a otro. No tengo ninguna duda de que en mí eso no es un simple mecanismo automático, un mantra “filosófico” que me gustase sacar a colación como medio de exorcizar con una fórmula adecuada la angustia de la que antes hablaba, poniéndole sin más una etiqueta todo-terreno a un amenazante desconocido. Es simplemente el *conocimiento* de una relación esencial, profunda y (una vez vista) evidente.

Ese conocimiento no “evacua” nada, simplemente me permite *situar* a un desconocido. En modo alguno es un centinela, puesto ahí para impedirle el paso a la angustia, o para expulsarla. Esa no es la naturaleza del conocimiento, tal y como lo entiendo. El conocimiento forma parte de una *calma* interior, contribuye a darle su asiento. Por el contrario, hay una agitación en nosotros que nos empuja sin cesar a querer impedirle el paso a los “intrusos”, por temor a que perturben una “calma” acomodadiza. La calma de la que hablo no teme a los intrusos, hace que los acojamos. Y la agitación superficial creada por el nuevo encuentro con la angustia no perturba esa calma, sino que concurre a ella.

(141) (13 de diciembre) Con mi “pulla” en la nota anterior, sobre la “esclava” y el “pelele”, seguramente he encontrado el modo de disgustar a todo el mundo, y (si alguien me lee...) ¡de que me llamen de todo! A menos que el hipotético lector (o lectora) aplauda tan contento, quién sabe, convencido de que la imagen es adecuada y se aplica a todo el mundo, salvo a él mismo (o ella misma); y quizás también, todo lo más, al sarcástico autor. Además con esa suposición daría a mi modesta persona un crédito indebido. Todo lo más me atrevería a admitir que desde hace varios años (y sobre todo, desde cierta meditación sobre la angustia, en julio y agosto de 1982), comienzo a salir, o incluso he salido, del famoso “circo” – del circo conyugal, ciertamente, pero también de otros que se le parecen como hermanos gemelos. Incluso en la primera parte de Cosechas y Siembras hay una sección en ese sentido que ya lo anuncia, con el nombre de “¡Se acabó la noria!” (nº 41, del pasado mes de marzo). Ahí no se trataba del circo conyugal, sino de cierto circo matemático, en el que tuve a bien girar durante buena parte de mi vida, como todo el mundo. Pero también es verdad que algunas semanas después de esa sección de nombre tan prometedor, el 29 de abril, aparece una nota “Un pie en la noria” (nº 72) ¡cuyo nombre parece anunciar un toque de campana muy diferente! Quizás la diferencia con lo de antes sea que si aún me subo aquí o allá en alguna noria (y ya sólo me sigue atrayendo la noria matemática...), soy yo mismo (o al menos alguien que hay en mí) y nadie más el que tira de esos hilos que me hacen dar vueltas, y éstos ha dejado de ser invisibles para mí.

Hechas estas reservas, puedo decir que la mayor parte de mi vida adulta (y más exactamente, hasta el descubrimiento de la meditación), me “subía” a la primera de cambio (como todo el mundo) tanto en el carrusel conyugal (¡que ha girado alegremente durante más de veinte años!) como en los demás. No lo lamento, pues el conocimiento que tengo de todo tipo de carruseles, se lo debo ante todo a aquellos en que yo mismo he montado. Si he girado tanto tiempo en ellos es porque el alumno ha sido lento en aprender – y también, seguramente, porque encontraba en ellos más de un incentivo. Al fin terminaron por perder su fuerza y su encanto, parece ser...

Me parece que en todos esos carruseles, yo siempre era el que “giraba”, y jamás el que “hacía girar”. Por decirlo de otra manera, no creo haber tenido jamás ni la sombra de una propensión hacia el famoso estilo “zarpa de terciopelo” – a veces he sacado las garras, pero jamás, creo, garras dentro de un guante de terciopelo. Es un rasgo, entre muchos otros, que atestiguan que al nivel de la estructura del yo, del “patrón”, por tanto de lo que en mí está condicionado, el tono básico es muy “masculino”, sin ninguna ambigüedad en este caso. Las tonalidades yin, “femeninas”, dominan por contra al nivel del

“niño”, de lo original que hay en mí, lo que es decir también en el impulso de conocer y en las facultades creativas.

Quisiera añadir aún algunas palabras sobre la “violencia gratuita” en mi vida. En la nota anterior (de hace tres días) la evoco desde la perspectiva del que es blanco de esa violencia, o al menos del que se la encuentra en otro (aunque sea como mero testigo), cuando escribo:

“Si hay algo en el mundo, desde que puedo recordar, que siempre me ha dejado desamparado y mudo, ha sido verme enfrentado de nuevo a esa violencia que supera el entendimiento, la que golpea y destruye por el mero placer de golpear y destruir...”

Esas líneas, y las siguientes, responden bien a la realidad, en todo caso a la realidad de mi propia vivencia, y seguramente a la de los innumerables hombres y mujeres que, como yo, se han visto enfrentados a esa violencia. Pudieran dar la impresión de que quien las ha escrito es totalmente ajeno a esa violencia, que toda su vida ha estado exento de tales delirios. Sin embargo no es así. Recuerdo cuatro relaciones en mi vida, de las que tres se sitúan en mi infancia o adolescencia (entre los ocho y los dieciséis años), relaciones impregnadas de una enemistad que no se fundaba en ningún agravio personal preciso, y que se expresaba bajo la forma de una burla sistemática y despiadada, o con otras brutalidades. La primera vez la víctima, un compañero de clase (aún en Alemania), era el hazmerreir de toda la clase. La situación duró varios años, creo recordar. Los dos casos siguientes se sitúan durante la guerra, durante mi estancia (al salir del campo de concentración) en una casa para niños del Socorro Suizo en Chambon sur Lignon, “la Guespy”, entre 1942 y 1944. Esa vez los “horrorosos” eran uno de mis compañeros (cuyos padres, como los míos, estaban internados, por ser judíos alemanes), y uno de los vigilantes, ambos de lengua alemana como yo. Uno y otro eran un poco las cabezas de turco de un grupo de chicos y chicas, a veces despiadados, del que yo formaba parte – pero creo que yo les daba peor vida que cualquier otro de la banda. La cohabitación bajo un mismo techo, y la común situación precaria de refugiados, bajo la constante amenaza de una redada de judíos por la Gestapo, hubiera debido suscitar en mí sentimientos de solidaridad y respeto, pero no fue así.

En los tres casos, la persona que tomaba como blanco de mi malquerencia era de natural dulce, más bien tímido, nada combativo, y lo clasificaba como “blando” o como “cobarde”, que eran rasgos que se suponía eran de poco lustre. En una época devastada por el soplo de la violencia y el desprecio de las personas, y yo mismo lleno de aversión hacia la violencia de la guerra y los campos de concentración, y a todo lo que les acompaña, me sentía sin embargo muy justificado en el desprecio y la violencia hacia otro, por la simple “razón” de que tenía a bien clasificarlo como “antipático” (y otros calificativos convenientes...), por lo que todo (o casi) estaba permitido, por no decir que era altamente loable. Yo que me jactaba de ser “lógico” y justo, no veía entonces que mi comportamiento, y su justificación por una antipatía (cuya verdadera naturaleza ni se me ocurriría sondear), eran exactamente los mismos que los de los buenos alemanes de los años treinta hacia los “sucios judíos” (cosas que había podido ver de cerca en mi infancia); y que eran los que habían hecho posible esa violencia sin precedente que entonces asolaba el mundo. Por supuesto que (siguiendo a mis padres) me distanciaba de esa violencia como de una extraña aberración (incluso, a veces, que “supera la comprensión”). Estaba lleno de una altanera condescendencia hacia todos aquellos, soldados o civiles, que de una manera u otra consentían en ser engranajes activos o pasivos en las heroicas carnicerías y en las abominaciones que les acompañaban. Y al mismo tiempo, a mi modesto nivel y en mi limitado radio de acción, hacía como todo el mundo...

Si intento discernir la causa de tan extraña ceguera al servicio de un deliberado propósito de desprecio y violencia, se me viene esto. Las violencias que yo mismo había sufrido durante mi infancia desde los cinco años, sin que se hubieran señalado como tales a mi atención infantil, terminaron por crear un estado de tensión crónica, que permanecía inconsciente y cuidadosamente controlado por una voluntad bien templada. Esa tensión, o acumulación de agresividad sin blanco particular, creaba la necesidad de descargar la agresividad. Sin embargo esa “necesidad” no era de naturaleza corporal – las ocasiones

para desfogarse con una actividad física idónea nunca faltaban – sino más bien *psíquica*. Seguramente había un rencor acumulado, por supuesto inconsciente y que no se materializaba en reproches palpables hacia alguna persona en particular (alguno de mis padres, digamos, o alguna de las personas que hacían sus veces), sobre la que hubiera podido proyectar mis sentimientos de rencor, y darles una expresión concreta, quizás violenta. Debía haber en mí una violencia “vacante”, una violencia difusa, errante, en busca de un blanco sobre el que descargar. Me parece que a menudo son los animales (insectos, ranas, perros o gatos, incluso bueyes o caballos...) los que pagan el pato de tal violencia errante, en busca de una víctima. Ese no fue mi caso, no recuerdo haber martirizado en mi vida a ningún animal pequeño ni grande. Aparentemente necesitaba un chivo expiatorio más parecido a mí ¡una *persona*! Cuando se busca uno, seguramente cuesta poco encontrar uno.

No tengo ninguna duda de que lo que acabo de escribir describe bien cierto aspecto de la realidad. Sin embargo siento que esta descripción permanece aún en la superficie de las cosas, que sólo capta cierto aspecto “mecanicista”, sin entrar verdaderamente más adentro en la vivencia inconsciente. Por el momento, en lugar de esa vivencia, hay una especie de gran “blanco”, de vacío. Este no es el momento ni el lugar de ir más allá, de sondear lo que tapa ese “blanco”. ¿Es ese famoso “desprecio de sí mismo”, que de manera tan perentoria se afirmaba todavía en la nota de hace tres días, y que de repente, ahora que se trata de *mí*, parece desvanecerse sin dejar rastro? Ahora o nunca, este sería el momento de aclararse, de elucidar ese “borrón” tenaz y ambiguo que sigue marcando el conocimiento que tengo de mí mismo, como antes el “borrón” que rodeaba al papel e incluso la existencia de la angustia en mi vida. Ése fue, la angustia, el “secreto mejor guardado” en toda mi vida, me pareció. ¿Habría otro secreto, aún mejor guardado, apenas rozado aquí y allá, en dos o tres ocasiones, desde que medito? Tengo el sentimiento de tener todo entre las manos para averiguar la última palabra – incluyendo ese repentino interés tan familiar, ¡que me enseña que el momento está maduro para lanzarme! Sin embargo, me parece que no voy a hacerlo aquí, en esta meditación de alguna manera “pública”, o al menos destinada a ser publicada. Ésta habrá tenido al menos, entre muchas otras, la virtud de hacer madurar insospechadamente una cuestión que de repente se ha vuelto muy cercana, reconocida al fin como crucial para una comprensión de mí mismo, mientras que antes parecía una cuestión entre cien, en una larga lista de espera cuyo final quizás nunca vea...

No hay que excluir que tenga ocasión de encontrarme a alguno de esos tres hombres (dos son casi de mi edad) que antes fueron blancos inocentes de una violencia y una agresividad que había en mí; o si no, al menos, que tenga la posibilidad de escribirle a alguno. Sería bueno para mí pedir perdón, y con pleno conocimiento de causa. Quizás también fuera bueno para él. Es extraño, no tengo la impresión de que ninguno de los tres me haya guardado rencor, ni que mi violencia haya desencadenado en él una animosidad personal hacia mí. Más bien me parece que todo el contexto en el que se veía envuelto debía ser vivido por él como una especie de calamidad, de la que no se podría escapar, y que mi propia persona fue percibida más como uno entre otros en esa calamidad, que como un torturador implacable (que lo era) y detestado. Por supuesto que puedo equivocarme, y que nunca lo sepa – igual que también puede que tenga la suerte de enfrentarme algún día a ese karma, que ciegamente sembré.

Debió haber en mí, creo, una maduración en los años que siguieron al episodio “Guespy”, sin que haya reflexionado sobre ese tema, al menos que recuerde. El caso es que después hubo en mí reflejos eficaces, que me impidieron asociarme a actos de violencia colectiva de algún grupo contra uno de sus miembros. No creo que eso se haya reproducido en mi vida adulta, ni que haya tenido jamás la tentación de jugar tal papel, que debía notar hasta qué punto era falso, y poco valeroso bajo apariencias joviales y “deportivas”. Eso no significa que todavía después de la guerra, la vida se encargó de acumular ante mí abundantes situaciones cargadas de velada violencia y de angustia, y de perpetuar en mí las profundas tensiones que habían marcado mi infancia y mi adolescencia. En ese contexto se sitúa una cuarta relación, marcada por ocasionales movimientos de animosidad y de violencia que puedo llamar

“gratuita” – no fundada o provocada por agravios concretos, ni siquiera (creo) por actos que pidieran pasar por “provocativos”. Se trata de mi relación con uno de mis hijos. Sin embargo sé que no le tenía menos afecto, y que no le “amaba” menos que a mis otros hijos. Pero a cierto nivel inconsciente, debió haber en mí cierto rechazo de algunos aspectos de su persona, justo aquellos que le hacían más dulce y más vulnerable, y también más difíciles de captar, que sus hermanos y su hermana. Decididamente, no “encajaba” en absoluto, todavía menos que mis otros hijos, con las hermosas imágenes superyang que me hubiera gustado ver realizadas en mis hijos – tanto más cuanto que algunas circunstancias muy duras que rodearon sus dos primeros años le marcaron mucho, y le hicieron más difícil establecer relaciones de confianza con sus padres. El caso es que durante el tiempo que aún vivía conmigo bajo el mismo techo, hasta los diez años, a veces le sometía a castigos humillantes, impuestos a voz en grito. Eran cosas que se habían hundido en el olvido, igual que cierta atmósfera que terminó por impregnar el ambiente familiar – fueron algunos diálogos con su hermana y sus dos hermanos, hace dos o tres años, los que oportunamente hicieron remontar un poco esas cosas en mi memoria. Tal vez llegue el día en que también él esté dispuesto a hablar conmigo de eso – él que, entre mis hijos, quizás haya sido el que más ha sufrido las consecuencias de una atmósfera familiar cargada de angustia soterrada y de tensiones no asumidas; o al menos, el que más ha “pagado el pato” a manos de su padre, aunque cada uno de ellos ha tenido su buena parte del “paquete” parental. Al menos sé – y me alegro de ello – que lo que les impide mantener a mis hijos una relación simple y confiada conmigo, su padre, y hablar juntos de un pasado y de sondearlo, *no* es un temor que tuvieran hacia mí, y que se esforzaran en ocultar.

Pero de nuevo estas notas no son el lugar de sondear más una situación compleja, que implica a otras seis o siete personas tanto como a mí. Lo que importa sobre todo es constatar la aparición ocasional, aquí y allá en mi vida y en mis actos, de esa misma violencia aparentemente gratuita, que tantas veces “me ha dejado desamparado y mudo”, cuando me la encontraba en otros. Esa constatación no se hace con ninguna intención particular, no pretende “explicar” ni “excusar” la violencia gratuita en nadie, ni que ella explique o excuse la mía. No es imposible, y hasta es probable, que al profundizar la reflexión, ambas violencias, la de los demás y la mía, terminen por iluminarse mutuamente. Es el tipo de cosas que llegan por sí mismas, por añadidura, sin que se busquen. Si hago esta constatación, es simplemente porque estaba en el camino y porque (so pena de dejar de ser sincero) no podía dejar de hacerlo.

(142) (14 de diciembre) La reflexión de anoche me recuerda oportunamente eso que se tiende a olvidar, y sobre todo (en este caso) que *yo* tengo tanta tendencia a olvidar: que no soy “mejor” que nadie, que estoy hecho de la misma madera que todo el mundo; igual que esos amigos que me dispongo a situar en el punto de mira, en el centro de una atención sin complacencias...

Ayer di una especie de descripción de la aparición de la violencia (en apariencia) “gratuita”, como la descarga de una tensión y de una agresividad acumuladas sobre un chivo expiatorio que, por una razón u otra, se encuentra a mano. Esa descripción “mecanicista” y superficial, seguramente “bien conocida”, puede originar una *actitud* igualmente “mecanicista” hacia esa violencia, en uno mismo o en los demás. Ésta es vista como una especie de fatalidad ineludible, fatalidad arraigada en la estructura misma del psiquismo ¡ay – qué podemos hacer! Tal actitud, bajo una apariencia “racional” o “científica”, me parece que sólo es la racionalización de una *abdicación*: la abdicación ante la presencia de una *libertad* creativa en uno mismo y en los demás, que nos abre a la opción, en cada uno, de *asumir* las situaciones en que nos vemos envueltos, en vez de seguir pasivamente las inclinaciones mecanicistas, dispuestas a dominarnos en todo momento. Si bien es cierto que es bastante raro que se haga uso de esa opción “libertad”, la simple *presencia* de esa opción y de las posibilidades creativas que hay en nosotros, se elija o no usarlas, cambia de cabo a rabo la naturaleza de las cosas. Por *eso*, y no por otra cosa, las situaciones que implican relaciones entre personas, o de una persona consigo misma o con el mundo que le rodea, tienen una dimensión que está ausente cuando en vez de personas, se trata (digamos) de ordenadores, por perfectos que sean. Por eso mismo también tenemos el privilegio de la *responsabilidad* de nuestros actos y de

las motivaciones de nuestros actos. Esa responsabilidad no desaparece por el hecho de que a menudo recurramos a la comodidad, que se nos ofrece, de ocultar nuestras propias motivaciones.

Volviendo al caso que nos sirve de ilustración, si pude jugar a ser un alma grande mientras usaba mi poder de atormentar a un camarada, que no me había hecho ningún mal, es porque detrás de una “buena fe” aparente, elegí una actitud de mala fe grosera, fenomenal, que saltaba a la vista tanto en ese momento como ahora, cuarenta años más tarde. Realmente era una *elección*, que nada me obligaba a hacer, y que equivalía a cerrar los ojos ante las tensiones y la agresividad acumuladas en mí (a la vez que predicaba, por supuesto, hermosas ideas de “no-violencia”), y a descargarlas “dulcificadas” (sic.) sobre los chivos expiatorios a mano. Tales violencias – lo que es decir también la casi totalidad de las violencias y abominaciones que asolan el mundo de los hombres – no pueden darse, y su función secreta no puede realizarse, más que a *condición* de que ésta permanezca rigurosamente secreta (aunque salte a la vista); a condición pues de que uno mismo tome “el rábano por las hojas”, de que juegue con convicción un doble juego grosero, ocultando por el bien de la causa nuestras más elementales facultades de conocimiento. A ello nos anima, es cierto, el ambiente que nos rodea desde siempre, pues desde siempre hemos visto que nuestro entorno se apresura a sancionar con el consenso los subterfugios, por groseros que sean, que sirven a las ficciones que tienen su asentimiento. Y mi propio subterfugio, en el caso particular del que he hablado, realmente tenía el asentimiento o el estímulo tácito del entorno, sin el cual no hubiera podido seguir con el juego.

Asumir una situación, por contra, no es ni más ni menos que abordarla *de buena fe*, en el pleno sentido del término, es decir: sin hacer uso de la facilidad que se nos ofrece de ocultarnos los entresijos evidentes, con subterfugios groseros. Es pues, simplemente, hacer uso de nuestras sanas facultades de percepción y de juicio, sin preocuparnos de ocultarlos por el bien de tal o cual causa. Puede parecer extraño, pero es de lo más simple y evidente – cuando abordamos una situación con tales disposiciones, disposiciones de “inocencia”, ésta se transforma enseguida y profundamente, por confusa y anudada que pudiera parecer. O mejor dicho, sin en efecto estaba “anudada” y no se movía ni un pelo desde hacía mucho, es porque nosotros mismos le impedíamos evolucionar, “fluir” según su propia naturaleza; obstruíamos su movimiento espontáneo, siguiendo en eso el ejemplo concordante de todos los que nos han rodeado desde nuestra más tierna infancia. Basta *dejar* de endurecerse, *dejar* de obstruir, para que las cosas que parecían fijas se pongan en movimiento, lo que estaba atascado se desatasque, y las duras tensiones acumuladas puedan al fin liberarse y resolverse en un nuevo y amplio movimiento, que al fin reaparece.

Esa “facilidad” o “comodidad” que tenemos, con el estímulo de todos, de “tomar el rábano por las hojas”, y con ello de bloquear lo que está hecho para fluir ¡de hecho no es nada “confortable”! El cómodo inmovilismo interior que nos proporciona, lo pagamos a un precio desorbitado – el de una crispación interior, y el de una asombrosa inversión de energía para mantener esa crispación, y la ficción rábanos = hojas. Dicho esto, cada uno hace lo que quiere, en todo momento – ése es nuestro privilegio. Y en todo momento, con lo que hacemos, *sembramos*, en nosotros mismos y en los demás. Y la cosecha de lo que sembramos comienza en ese mismo instante.

(143) Quizás sea momento de volver a ese “primer plano” del Entierro, es decir a los entresijos del papel que jugó el Gran Oficiante en mis exequias, mi amigo Pierre. Ya volví sobre eso hace una semana, en la nota “Las uñas escondidas – o las sonrisas” (nº 137, del 7 de diciembre), para alejarme de nuevo con esa digresión (en cinco notas consecutivas) sobre “la zarpa” y “el terciopelo”. Siento que esa “digresión”, como muchas otras que la han precedido, no ha sido inútil.

Si algo me llevó a eso, fue justamente el hecho de que el rasgo más llamativo, quizás, en la manera en que mi amigo se encargó de su papel, es la persistencia, sin ninguna veleidad de ruptura en ningún momento, del más puro estilo “garra de terciopelo”, al servicio de un antagonismo sin fisuras que jamás



dice su nombre<sup>223</sup>. Otro hecho llamativo, detrás de las apariencias convenientes y y bien educadas de la sonrisa y los aires amables, es que muchas veces mi amigo ha expresado, hacia mí o a alguno que él consideraba de los “míos” (al nivel del trabajo matemático), una intención inequívoca, y en apariencia gratuita, de *dañar* o de *herir*. Ya me he extendido bastante sobre algunos hechos concretos en ese sentido, en la primera parte del Entierro, como para que sea útil volver sobre eso. Se trata de disposiciones de malquerencia (estrictamente circunscrita al terreno de la actividad científica, parece ser), de “*violencia*” en el sentido fuerte del término, aunque permanezca rigurosamente oculta – la garra siempre envuelta en exquisitas sedas aterciopeladas. Y esa violencia, esa malquerencia tienen toda la apariencia de la más desconcertante *gratuidad* – parecería que se ejercen por el mero placer de dañar y de herir.

Como cada vez que uno se ve enfrentado a tal situación, ésta parece tan increíble que a menudo dudamos en creer el testimonio de nuestras sanas facultades<sup>224</sup>. Recusar ese testimonio, como suele hacerse, es una de las innumerables maneras de no asumir una situación, y con eso, perpetuarla. Seguramente es preferible detenerse sobre la cosa, repasarla, en busca tal vez de aspectos que se nos puedan haber escapado, y que proporcionen un enfoque que permita integrarla en nuestra vida. Me parece que han de ser raros los que en ningún momento de su vida hayan pasado por tales disposiciones de malquerencia sin causa – y consentir en recordarlo es ya un posible paso para *reconciliarse* con una situación de hecho, que los reflejos corrientes nos animan más bien a evacuar a toda prisa. Seguramente también es bueno sondear un poco más, para ver si no hay algún agravio oculto que fuera causa y resorte de una violencia que parece sin causa – como también es bueno, llegado el caso, reconocer como tales los “agravios” camelo, del estilo (por ejemplo) de los que yo mismo he practicado, a saber que fulanito es una persona horrorosa que no merece ninguna consideración etc.

Pero en este caso particular, por más que sondeo no veo aparecer nada que, ni de lejos, se parezca a un *agravio* que mi amigo pudiera (con razón o sin ella) alimentar en mi contra, o en contra de algunos de los que ha elegido como blanco de una malquerencia. Él mismo en ningún momento ha dejado entender nada que vaya en ese sentido a poco que sea; sin contar que, cuestionado por mí más de una vez sobre tales actos que me habían dejado con la boca abierta, en ningún momento ha admitido que pudiera haber en él la menor sombra de disposiciones de enemistad hacia alguien. He terminado por sentir una secreta gratificación en él, en nuestros encuentros ocasionales, cuando me daba sus buenas razones de lo más objetivas, con ese aire tan suyo de sorpresa inocente algo divertida... En suma me metía en un juego que él dirigía a su guisa y a su placer, y con una íntima satisfacción que tardé en percibir. (Sin embargo ¡estaba lejos de ser el primero que me hacía dar vueltas así como un borrico!) ¡Pero he terminado, más vale tarde que nunca, de salir de esa noria<sup>225</sup>!

Por otra parte, si me sondeo a mí mismo, pasando revista a mi relación con mi amigo desde nuestro encuentro hace casi veinte años (en 1965), tampoco encuentro rastro de algo que, en algún momento, hubiera podido ser causa de algún agravio mío. En el sentido convencional, superficial de las cosas, puedo decir que en todo ese tiempo, y particularmente en los primeros cinco años de estrecho contacto, “sólo le he hecho el bien”. Pero esta constatación enseguida me recuerda otra, menos superficial – la de una *complacencia* en mí hacia él, que apareció durante la reflexión en las notas “El ser aparte” y “La ambigüedad” (n<sup>os</sup> 67’ y 63’’). Está claro que esa complacencia no era “un bien” para él – e igualmente, que las disposiciones de mi joven y brillante amigo hacia mí se desarrollaron en estrecha simbiosis con mis propias disposiciones, y en particular, con esa complacencia. Incluso es posible que ésta, a cierto nivel inconsciente, haya sido (y no sólo percibida, lo además es evidente) sentida por mi amigo como un “agravio”, como un escenario demasiado conocido hasta la saciedad, en su infancia como niño un poco

---

<sup>223</sup>Como ya tuve ocasión de subrayar en otra parte, el hecho de que el antagonismo, o un propósito deliberado de rechazo o de burla, “jamás diga su nombre”, no es algo especial de mi amigo Pierre, sino (por lo que sé) que vale para *todos* los participantes en el Entierro, sin excepción. Así, en estas “exequias del Yin” por la burla, la nota de fondo en cada uno de los participantes (y como corresponde a tan fúnebre ocasión) ¡es así mismo yin!

Véase también, para este carácter “oculto” del Entierro, la nota “El Sepulturero – o la Congregación al completo”, n<sup>o</sup> 97.

<sup>224</sup>Ver al respecto la nota “El traje del Emperador de la China”, n<sup>o</sup> 77’.

<sup>225</sup>Fue en 1981 – es el “segundo viraje” del que se trata en la nota “Dos virajes”, n<sup>o</sup> 66.

prodigio, y que de nuevo le era servido (aunque fuera discretamente). Tal vez creyó, ingenuamente, que al desembarcar en el “gran mundo” matemático, todo sería distinto de lo que había conocido – y no, ¡siempre el mismo tabaco! (Y por su propia elección deliberada, sigue siendo el mismo tabaco, y en más cantidad, lo que es peor...)

Lo que ha pasado en este tema, probablemente jamás lo sabré. Pero no me toca a mí ponerlo en claro, suponiendo que tenga antenas tan finas como para hacerlo con mis propios medios. Si hubo “agravio”, en todo caso, todo lo más fue un agravio “de apoyo”, que contribuía un poquito a poner en marcha “otra cosa” – cierto *juego*; movido por una fuerza de muy distinta magnitud; una fuerza cuya presencia noto desde hace mucho, pero cuya naturaleza sigue siendo enigmática para mí. Antes de dejar este “primer plano” del cuadro del Entierro, quisiera intentar al menos especular sobre la naturaleza de esa fuerza.

Claramente hay una *avidez* de suplantar, de expulsar, de borrar, y también de *apropiarse* del fruto de los trabajos y los amores de otro con la dama matemática. Sin embargo, para mí está claro que *no* es la simple “bulimia” de prestigio, de admiración, de honores, ni siquiera de poder, el resorte profundo del papel que tiene en el Entierro. Cuántas veces, a lo largo de la reflexión sobre su papel, me ha sorprendido ver hasta qué punto esa *obsesión* que tiene de enterrar ¡hacia que se enterrase a sí mismo! Había recibido en herencia, por sus dotes excepcionales y por una coyuntura igualmente excepcional, todo lo que hacía falta para superar con mucho a su maestro, y para dejar una profunda huella sobre la matemática de su tiempo. Bastaba que dejase jugar a gusto al niño que hay en él, sin jorobarle con consignas, barreras aquí y prohibiciones allá – limitándose simplemente a cuidar lo necesario, estrictamente la intendencia. Y al hacerlo, y sin tener que empujar ni tirar ni hincar los codos, al “patrón” que hay en él, sin duda ni más ni menos ávido que el de cualquiera, ciertamente no le hubieran faltado todos los reconocimientos imaginables de prestigio, de admiración, de honores, y de poder por añadidura, hasta el punto de no saber qué hacer con ellos, mientras el chiquillo se lo pasa en grande y no le deja mucho tiempo libre al patrono para que juegue a los patronos...

Decididamente, en términos puramente “utilitarios”, era muy mal asunto, mezclarse en un Entierro que le ha frenado desde hace quince años o más, y que le hubiera frenado toda su vida, si el molesto difunto no hubiera interrumpido de repente la Ceremonia, levantando la tapa de su féretro, ¡en el momento (como debe ser) que menos se espera! (Se abren las apuestas sobre la incidencia del lamentable incidente sobre los futuros trabajos del patrón Pierre...) O dicho de otro modo, mi amigo tenía la madera (al menos por sus dotes intelectuales), y las cartas de nobleza, para ser en matemáticas un Pedro el Grande, y en vez de eso ha elegido hacer de pequeño-Pedro. Tiene todo el aspecto de un mal asunto, al menos si el fin perseguido fuera realmente el de satisfacer la vanidad.

(144) (15 de diciembre) Hacia el final de la reflexión de anoche, hubo en mí el ligero malestar del que, con aire perentorio, da un razonamiento de una lógica irreprochable, apartando un sentimiento difuso de que sin embargo hay algo que falla. Ese “algo” se presentó en cuanto dejé de escribir. Una manera vaga de formularlo sería ésta: la “lógica” del inconsciente, la que preside en nuestras elecciones más cruciales, no es la del razonamiento consciente ordinario, y menos aún la del razonamiento “ortodoxo”. En este caso, la percepción que tengo de las “bazas” del joven Deligne en la segunda mitad de los años sesenta (digamos), y el peso que les concedo (que va en el mismo sentido que les concedería todo matemático razonablemente bien informado) – esa percepción y ese peso (que diría que son “objetivos”) no tienen relación con las disposiciones y sentimientos del mismo interesado; especialmente en lo que se refiere a sus propias capacidades, que ciertamente forman la baza-clave entre todas las suyas.

Sin embargo tengo la impresión de que al menos a nivel consciente, y con todas las cláusulas de estilo que la modestia exigía, mi amigo había interiorizado y hecho suyos los halagadores ecos que le llegaban desde hacía mucho, seguramente, sobre sus extraordinarios dones. Pero para mí no hay duda de que a un nivel más profundo, donde se toman sin palabras las grandes decisiones que dominan la vida, esa

versión “objetiva” de las cosas se volvía (y todavía hoy lo sigue siendo) *letra muerta*. En su lugar hay una *duda* insidiosa, que ninguna “prueba” de valor (o de superioridad sobre los demás...) arrancará jamás – una duda tanto más tenaz cuanto que siempre permanece informada. La he percibido en mi amigo, igual que la he percibido en otros menos brillantes, y es la misma. Esa duda es el mensajero obstinado de una *íntima convicción*, que también permanece inexpresada, enterrada aún más profundamente que esa misma duda: una íntima convicción de impotencia, radical e irremediable. *Ella* es también ese “desprecio de sí mismo” del que he hablado al comienzo de Cosechas y Siembras, en el contexto de una reflexión “general”<sup>226</sup>. Reapareció, en un contexto todavía impersonal y bajo un rostro diferente, hace uno o dos meses, como un “sentimiento de fractura”<sup>227</sup> – ese sentimiento difuso que constaté por primera vez en mí mismo, al día siguiente del día en que descubrí la meditación. Y también varias veces a lo largo de la reflexión del Entierro, hubo una percepción repentina y aguda de esa “íntima convicción de impotencia” en mi amigo, que arrojaba una nueva luz sobre cierta situación que parecía desafiar al sentido común...<sup>228</sup>.

Sé que esa íntima convicción, en mi amigo o en cualquier otro, es como la *sombra* de un *conocimiento* – del conocimiento justamente de una “fractura” que realmente existe, de una “mutilación” sufrida, y sancionada y mantenida hasta ese mismo día por su propio asentimiento. Sin embargo la sombra no restituye el conocimiento del que procede, bienhechor por sí mismo como todo conocimiento – es más bien como una caricatura deforme y gigantesca, una versión-espantapájaros. Lo que así deforma y vuelve irreconocible un conocimiento, es un *miedo* – justamente el miedo a tomar contacto con ese mismo conocimiento, a dejarle subir desde las profundidades en que está reprimido desde siempre, y a asumir la humilde realidad de la que es fiel reflejo.

Tomar contacto con ese temible conocimiento, tomar contacto con una mirada plenamente consciente con esa realidad conocida en las capas profundas, y ocultada – verdaderamente eso significa: retomar contacto plenamente con eso que hay en nosotros (se le llame “la fuerza”, o “el niño”), “creído perdido durante toda una vida”. Pues seguramente es esa fuerza y no otra cosa, la fuerza de la niñez, la que nos vuelve capaces de asumir el conocimiento de lo que en nosotros está fracturado, mutilado, paralizado. Y asumirlo significa también retomar contacto con ese *otro conocimiento*, anterior al de nuestra mutilación y aún más esencial que él: el conocimiento original de la presencia de esa “fuerza” que reposa en nosotros, una fuerza que no es la del músculo ni la del cerebro, y que contiene a una y otra.

Puede parecer extraño, ese conocimiento perdido de la presencia en nosotros de esa “fuerza”, de ese *poder creativo*, como parte evidente, indestructible de nuestra verdadera naturaleza – ese conocimiento se reencuentra a través del conocimiento y la humilde aceptación de un *estado de impotencia*, resuelto por esa misma aceptación. El conocimiento de un estado de impotencia recubre y oculta el conocimiento, aún más enterrado, de nuestra fuerza creativa. Aquél es como la llave que nos abre a éste, uno y otro en verdad indisociables, como el anverso y el revés de un *mismo conocimiento*<sup>229</sup>, objetos del *mismo* miedo.

Cuando se habla de “la fuerza” enterrada en cada uno de nosotros, no se trata de una cosa abstracta y vaga, de una sutileza verbal de “filósofo”, o de psicólogo algo filósofo por las costuras. Esa fuerza es la que te permite “hacer mates” (o “hacer el amor”...) igual que un niño respira – es decir, sin esforzarte prudentemente en no salirse de la senda trazada por tus mayores, y en repetir con cuidado sus gestos y recetas (o tópicos...); y también es ella la que te da el coraje y la humildad, en tu propia casa como en la de otro, de llamar al pan pan y al vino vino y de no tomar el rábano por las hojas, incluso si al hacerlo vas en contra de los consensos mejor establecidos, o de los mecanismos más inveterados y mejor rodados

<sup>226</sup>Ver la sección “Infalibilidad (de los demás) y desprecio (de uno mismo)”, n° 4.

<sup>227</sup>Ver la nota “La mitad y el todo – o la fractura” (n° 112), del 17 de octubre.

<sup>228</sup>Ver al respecto la nota “La inversión (3) – o yin entierra a yang”, donde (entre otros) se evocan tales “momentos sensibles” de la reflexión.

<sup>229</sup>En esta imagen, por supuesto, el “*anverso*” es el conocimiento del estado de impotencia, el de inautenticidad, de “fractura”, mientras que el *reverso*, aún más oculto, es el conocimiento de nuestra naturaleza indivisa y de nuestro poder creativo. Una y otra vez he constatado a lo largo de los años que es el *reverso*, el conocimiento más enterrado de los dos, el que es objeto del miedo más fuerte, y de los desmentidos más vehementes. No es tanto el familiar y anodino estado de mono de feria y (más o menos) “sabio” el que inquieta a nadie, sino más bien la inocencia del niño que siente las cosas como son y las llama por su nombre, y que hace y dice lo que siente, sin vergüenza por ser diferente de lo que “se” espera de él.

en ti mismo<sup>230</sup>.

El primer ejemplo que allí me vino a la pluma tiene mucho jugo – hay con qué entusiasmar el corazón de cualquier joven (e incluso menos joven) investigador ansioso de gloria. ¡Quién no querría ser el intrépido pionero de ciencias aún en génesis, y así figurar en buen sitio en todos los manuales, cual un Képler, padre de la astronomía moderna! Pero cuando se trata (como hicieron Képler y otros) de seguir tenazmente su propio camino en la soledad y la indiferencia de todos (cuando no es el desdén o la hostilidad), durante treinta años o aunque sea uno sólo – ¡entonces de repente no hay nadie! Queremos estar en los manuales, en buena compañía en suma, pero tenemos *miedo* a estar solos, aunque sea por un año o incluso sólo un día. Pero el que “conoce” la presencia de la fuerza que hay en él (y para conocerla no ha tenido que hablar de ella jamás, ni con otro, ni consigo mismo...) – ése bien sabe también que está *solo*, y estar solo no le causa ninguna inquietud. Y saber que estará en los manuales es la última de sus preocupaciones – y sobre todo en los momentos en que trabaja.

Además ese mismo Képler, en su mismo trabajo, “iba en contra de los consensos mejor establecidos” en su ciencia, y establecidos desde hacía milenios. En su tiempo (en que la Inquisición aún existía) la cosa era todavía menos cómoda que hoy, en que uno puede perder su trabajo, o no encontrarlo, pero no se arriesga en terminar en una hoguera. Pero volviendo a Képler, no sé cómo era su vida diaria, respecto de los “consensos mejor establecidos”; quizás se comportaba, como todo el mundo. Lo que es seguro, es que hoy como antes y desde siempre, tampoco hay muchos que se aparten ni un pelo de esos consensos. Sin duda siempre es el mismo tabaco – el *miedo a estar solo*, reverso de una necesidad profunda y casi universal del hombre: la necesidad de aprobación, de confirmación por los demás (aunque no haya más que *uno* que aprueba y confirma)...<sup>231</sup>

---

<sup>230</sup>(16 de diciembre) La acción de la fuerza creativa que hay en cada uno, de la fuerza de renovación (o “fuerza del niño”), se reconoce por sus frutos, tanto por las obras de la mano o del espíritu, como por los hechos de la vida diaria, en la relación con los demás y con los seres y las cosas del entorno. Una y otra vez he podido notar que la creatividad en lo cotidiano es algo mucho menos común que la de las “obras” (en el sentido convencional – es decir, los “productos” tangibles, moldeados por la mano o el espíritu, de una creatividad).

La presencia, en la vida de cierta persona, de una creatividad continua, es señal de un “contacto” continuo, por parcial e imperfecto que sea, con la fuerza creativa que hay en él. Es algo de naturaleza muy distinta a la mera presencia de “dones”, y a la dedicación continua de energía para sacarles partido, que se expresa con una producción más o menos importante, también más o menos “costosa”, pero que por sí misma no tiene virtud creativa, virtud de renovación.

En mis investigaciones intelectuales, y especialmente en mi trabajo matemático, con unos “dones” modestos (pero una dedicación considerable), me parece que ese “contacto” con la fuerza que hay en mí, lo que es decir también el conocimiento tácito y profundo que tenía de ella, estaba casi intacto. Es decir, que salvo por muy poco “funcionaba” con la totalidad de mis medios (creativos) en esa parcela (muy fragmentaria es cierto) de mi vida, casi sin desperdicio, desvío o bloqueo de la energía por los “efectos de rozamiento” habituales. Entre éstos uno de los más comunes es cierta pusilanimidad, que tan a menudo nos vuelve sordos a la voz interior que nos susurra lo que tenemos que hacer, justamente cuando lo que nos enseña es “nuevo”, es decir, nos lleva por senderos en los que estamos solos. Esa clase de inhibición, casi ausente en mi relación con la matemática (y me parece que más y más con los años), ha existido por contra en otras parcelas de mi vida igual que en la de cualquiera, y especialmente en “la vida diaria”. No es raro que detecte esa clase de inercia, o de pereza, en mi vida diaria.

Pero volviendo a la actividad matemática, veo una relación de alguna manera inversa en mi brillante exalumno. Dispone de “dones” que siempre me han asombrado y encantado, incomparables a los míos. (Es verdad que cuanto más vivo, mejor veo que *eso* no es verdaderamente esencial, para hacer una obra innovadora en ciencia o en otra parte; véase al respecto la reflexión en la nota “Yin el Servidor (2) – o la generosidad” (nº 136).) Su dedicación a la matemática es considerable, como antes lo fue la mía, y desde su juventud se ha beneficiado de condiciones excepcionalmente favorables para el desarrollo de sus dones, y para la concepción y la elaboración de una obra a la medida de éstos. Veinte años después, ¡sigo esperando esa obra con hambre! Seguramente hay cierto “contacto” con la fuerza creativa que hay en él, atestiguado por la belleza de las cosas que ha hecho – pero ese contacto está perturbado, es tormentoso. La relación de mi amigo con su trabajo es una relación conflictiva – el trabajo se vuelve, más y más con los años, un *instrumento* en las manos del “patrono” para satisfacer sus apetitos, ajenos a la sed de conocer y de descubrir del niño.

Dudo que tal relación conflictiva pueda resolverse, sin ser antes asumida – es decir, antes que nada: reconocida. Ni una sola vez he visto en mi vida que una cosa ocurra sin la otra. Eso es lo que me ha hecho escribir que el conocimiento de nuestra impotencia era “la llave” para reencontrar el pleno conocimiento de nuestro poder creativo, y también con eso, ese mismo poder creativo. En mi trabajo matemático, la cuestión ni se planteó, pues en ese trabajo no hubo bloqueo profundo, equivalente a una impotencia parcial, que me hubiera hecho “funcionar” sólo con una pequeña parte de mis posibilidades. Por contra la cuestión se me planteó como a cualquiera, al nivel de mi vida cotidiana, en mi relación con los demás y con mi propia persona, con mi cuerpo y con los impulsos de mi cuerpo. A ese nivel he experimentado, una y otra vez, que la toma de conciencia de un bloqueo, de una “impotencia”, era la *llave* que liberaba una creatividad aprisionada.

<sup>231</sup>Coincido aquí, con otro sesgo, con constataciones que aparecieron ya en las secciones “La fruta prohibida” y “La aventura solitaria” (nºs 46, 47), y también, de pasada, en la nota “La aceptación” (nº 110).

(145) ¡De nuevo me he alejado de mi propósito! Empecé con la constatación de que mi “razonamiento” de la noche anterior estaba fuera de lugar, cuando quise “hacer pasar” esa convicción que tenía, de que la motivación de mi amigo para jugar el papel que sé en mi Entierro, y de la manera que sé, no era *la avidéz* (de prestigio, admiración, de honores, de poder). Ciertamente es verdad que, al cambiar un impulso infantil por un *papel*, había hecho “un mal negocio”, incluso desde el punto de vista de las “ganancias”, versión prestigio etc. Pero eso no prueba absolutamente nada. Tales “cálculos erróneos” son la regla casi absoluta, me parece, y no la excepción, en las elecciones (a nivel inconsciente) de nuestras principales dedicaciones y opciones. Pero aunque el razonamiento no valga nada, no tengo ninguna duda de que lo que quería hacer pasar es la percepción de una realidad: que *no* es esa avidéz bien real, y que ha adquirido una parte creciente y verdaderamente devoradora en la vida de mi amigo, que sin embargo no es *ella* la que constituye el *nervio* de ese papel jugado por mi amigo, como *el* personaje-clave en esa puesta en escena de mi entierro.

Si intento captar más de cerca ese sentimiento tan claro (¡sin que ya sea cuestión de “establecer” su fundamento!), me viene esto: esa *gratuidad* en el acto de antagonismo o malquerencia, gratuidad que tantas veces me ha dejado con la boca abierta, es la que no “cuadra” en absoluto con la “explicación” todoterreno: avidéz. En cuanto al prestigio, admiración, honores, e incluso “el poder” en el sentido corriente del término, mi brillante exalumno y amigo no ganaba nada, ni en ese momento ni a largo plazo, jugando, frente al que fue su maestro, a ese “desdén discreto y delicadamente dosificado” cuyo secreto tenía; o jugando a ese mismo desdén (menos delicadamente dosificado tal vez) frente a cierto investigador de menor status que él, o frente a su trabajo presente o pasado, para desanimar a uno cuya seguridad en sus propias facultades de juicio no estaba tan sólidamente anclada como en mí; o con otro, que había perseverado con coraje en contra del desdén general del que mi amigo daba el tono, al expoliarle los frutos de su perseverancia contra viento y marea. Si bien es cierto que en este último caso, como en otros, mi amigo ha intentado apropiarse los frutos madurados por otro en la soledad (y a veces en medio del desdén de sus mayores), ese “beneficio” (en el este)<sup>232</sup> es hasta tal punto irrisorio, cuando se piensa en *quién es* el que así se apropia, ¡que la “explicación” se esfuma!

En cuanto a mí, bien sé, y con conocimiento de causa, que ese beneficio *no* es el “nervio” de tales apropiaciones. Por contra en ellas siento la *embriaguez de cierto poder* – de un poder más delicado, y sin duda más embriagador, que el poder en sentido convencional, como el que comúnmente ejerce un científico importante al sentarse en Comités, Consejos, Tribunales y similares, al dirigir un Instituto, o las investigaciones de investigadores jóvenes y brillantes, o al al hablarle al oído a un ministro. La “embriaguez” de la que hablo apareció (por primera vez en la reflexión) en la nota “La Perversidad” (nº 76), cuando de repente me veo enfrentado a “un acto de *bravuconería*, una especie de borrachera de poder tan total, que incluso puede permitirse exhibir (simbólicamente...)... su verdadera naturaleza de expoliación “perversa” de otro”.

Allí se trataba de un acto de bravuconería evidente, ostentoso, y sin embargo a la vez *oculto*, informado, deslizado ahí como si nada, incluso con un intento de explicación de ese extraño nombre “haces perversos”, qué hay más natural que explicarlo en tres palabras, además de una pequeña lista de “lo que hubiera debido tener un lugar” en nuestro modesto y brillante artículo...<sup>233</sup>.

Ahí reconozco, de nuevo, el más puro estilo “zarpa de terciopelo”, alias estilo “Pouce!” – y detrás de la uniformidad de un *estilo* que se me ha vuelto familiar en más de uno y en más de una, siento también el *nervio común*: esa *sed* imperiosa, devoradora, de ejercer un poder; *cierto poder*, y de cierto modo – el poder del gato sobre el ratón, cuando juega su Gran Juego con esa gracia perfecta (que el ratón es el único que no aprecia en lo que vale), y con “la más exquisita delicadeza” por supuesto – o el poder también de una esposa inteligente sobre el tonto de su marido...

<sup>232</sup>Ver las notas “Pouce!” (nº 77) y “Apropiación y desprecio” (nº 59’) sobre ese estilo de apropiación en mi brillante amigo y exalumno.

<sup>233</sup>Ver la nota “El Prestidigitador” (nº 75’’).

Partiendo del caso particular de mi amigo, fui llevado a hablar del “estilo” en cuestión, y de su sentido, en el contexto general de las parejas de todo tipo. Fue en la reflexión de hace una semana, en la nota “La inversión (4) – o el circo conyugal” (nº 138, del 8 de diciembre). Ahí aparece por primera vez, con toda la claridad que se merece, el “nervio” del juego “zarpa de terciopelo” (alias “Pouce!”), como un *juego de poder*. Sin embargo como un juego de poder de naturaleza muy particular: la fascinación del juego sobre el que lo practica, su encanto a menudo devorador, consiste justamente en el *carácter oculto del poder* que se ejerce, ese carácter “ni visto, ni conocido”, que permite aprovecharse del otro (*de él, jamás con él...*), hacerle girar a su antojo, llevando siempre el baile, que el otro sigue torpemente paso a paso, en patosa respuesta a esos pequeños tirones de unos hilos invisibles que se manejan con fantasía y a placer...

Me ha bastado escribir al fin negro sobre blanco lo que sin duda he sentido oscuramente desde hace años, sin que jamás me haya tomado la molestia de ponerlo en claro – me ha bastado ese pequeño esfuerzo para condensar en palabras lo que tanto tiempo permaneció difuso, para que lo que aún ayer me parecía “enigmático” (a saber, la naturaleza de “cierta fuerza” en tal amigo) ¡de repente me presente su sentido evidente! Esa “fuerza” que hay en él, o (como escribía hace poco) el “nervio” de esos actos que pueden parecer “inexplicables” (incluso “superar la comprensión”), ya la había captado en la reflexión del 8 de diciembre. Pero aunque el punto de partida de esa reflexión crucial era cierto juego “enigmático” de mi brillante amigo, es *otra* vivencia, más rica y más intensa que la que se refiere a su persona, la que ha alimentado esa reflexión; una vivencia totalmente asimilada (o poco le falta), y que me susurraba un conocimiento ya formado, que la vivencia más epidérmica de mi esporádica relación con el amigo Pierre no hubiera podido comunicarme.

Ciertamente ésta es la vivencia que a fin de cuentas había que comprender, y con eso asumirla; y si me lancé sin reservas a una digresión sobre el “carrusel de la pareja”, es porque sentía que ese carrusel tenía algo que decirme sobre la relación con mi amigo. El pensamiento de ésta seguía estando presente en un segundo plano, como una discreta nota de fondo.

La “unión” completa de ambos no se hizo sin embargo ese día, ni los siguientes días. Sin duda el momento no estaba todavía maduro. Para que la unión se hiciera sin reserva ni esfuerzo, con la facilidad de la evidencia, antes necesitaba “limpiar el terreno”, siguiendo obstinadamente y sin prisas, una a una, las asociaciones más imperiosas que llamaban mi atención. No he forzado las cosas, y sabía que eso era lo que había que hacer – ocuparme de lo que me llamaba con insistencia, sin dejarme desviar por un “propósito” o por un “hilo” (de la reflexión), ni por un programa que hay que terminar.

Mientras así cavo y desbrozo, las fuerzas de la tierra y el cielo hacen su obra. Al caer la tarde, basta recoger el fruto maduro, que cae en la mano abierta para acogerlo...

(146) (17 de diciembre) Me parece que con la reflexión de anteayer, hubo como un desbloqueo de una comprensión que permanecía indecisa, un poco estupefacta, ante una cantidad de hechos y de intuiciones apiladas ante mí en un montón más bien amorfo – como un puzzle del que sólo hubiera logrado colocar algunas piezas aquí y allá. Tengo la impresión de haber dado con *la* “pieza” neurálgica de la imagen desconocida que hay que reconstruir, a cuyo alrededor las demás se colocan sin esfuerzo. En cualquier caso no tengo ninguna duda en haber tocado el “nervio” que hay detrás del papel jugado por el amigo Pierre en el entierro del maestro y de sus (más o menos) fieles, y de paso también el “nervio” de su relación conmigo, el difunto maestro.

Ese ansia de jugar a cierto poder, tirando discretamente y con un aire cándido de ciertos hilos invisibles – ese ansia seguramente debía estar presente mucho tiempo antes de que me lo encontrara, ignorada por él mismo y por todos. Si no la vi manifestarse en los primeros años en que nos conocimos, antes del episodio de mi partida (en 1970), sin duda fue porque en esos años de intenso aprendizaje y de florecimiento de un pensamiento delicado y potente, la energía de mi amigo estaba totalmente dedicada

a otra cosa. En efecto, las condiciones eran ideales para servir de trampolín a sus excepcionales dotes. El episodio de mi partida, primero de la institución de la que ambos formábamos parte, y acto seguido (al año siguiente) de la escena matemática, fue un viraje crucial no sólo en mi propia aventura espiritual, sino seguramente también en la suya. Ese episodio es el que de repente le abre unos medios de poder que la víspera ni se hubiera atrevido a soñar: primero el poder de “expulsar” a un exmaestro que ocupaba mucho lugar, y del que antes se había limitado a distanciarse discretamente<sup>234</sup>; después, cuando estaba claro que éste desaparecía de la escena, el poder aún más embriagador de hacer desaparecer sin dejar rastro cierta Escuela que llevaba el nombre del difunto maestro; y al hacerlo, en fin, de cortar por lo sano, en todas las ramas principales (salvo aquella e la que él mismo se había dedicado), el florecimiento de un vasto programa al servicio de una vasta visión, de la que él mismo se había alimentado largamente<sup>235</sup>.

El sentido de ese gran viraje en la vida de mi amigo me parece una especie de inversión en la relación mutua de hegemonía entre las dos fuerzas dominantes en su persona, las que me parece que priman sobre todas las demás: la pasión matemática, y el “ansia” del juego de poder (“de garra de terciopelo”). La primera de esas fuerzas es esencialmente de naturaleza “impulsiva”<sup>236</sup>, la segunda es de naturaleza egótica, “adquirida”. Antes del viraje, el impulso de conocer es el que dominó la vida de mi amigo (por lo que conozco), mientras que el ansia de poder estaba más o menos adormilada, de vacaciones. Después de una ascensión social vertiginosa en unos pocos años<sup>237</sup>, y en una coyuntura que se presentó de repente y planteaba una *elección* draconiana, es la tentación del poder y su secreta embriaguez la que se impone (mano en alto creo, y sin la menor resistencia) a la pasión por conocer. Ésta no desaparece de la escena, pero en adelante es vasallo y humilde servidor del ansia, un *instrumento* en manos de ésta. La Pasión (alias “el obrero”) acude a las obras bajo la celosa mirada del Ansia, alias “el patrón”, que no le quita ojo. Como el obrero tiene buenas herramientas (no todas están prohibidas), y buenas manos, aunque se las aten en corto, sigue manteniendo la producción a trancas y barrancas y el buen nombre de la casa. Pero ya no es como antes, cuando el obrero (casi un chiquillo) trabajaba días enteros, ¡mientras el patrón estaba lejos y sólo venía a vigilar una vez al año!

Me parece que la evolución posterior es más de naturaleza cuantitativa que cualitativa. Es la evolución progresiva de cierta *táctica* del patrono, según un estilo que permanece uniforme, mientras que la relación patrono-obrero no cambia ni un pelo. Ese patrón es de temperamento prudente, y sólo se atreve a aventurarse allí donde está seguro de ganar. Para eso, hay que estar seguro del terreno – es decir, seguro de la aprobación tácita de la “Congregación al completo”, comenzando por el grupo más restringido de los exalumnos del difunto. La evolución de la relación personal mantenida con estos contra viento y marea, es fiel reflejo de la evolución del “conocimiento del terreno”. Hay una progresiva *escalada* en el atrevimiento del juego de poder y del desprecio, culminando al cabo de doce años (en 1981) con las proezas del Coloquio Perverso, en que todo freno (e incluso toda prudencia) se tira alegremente por la borda en medio de la euforia general<sup>238</sup>. Así, han hecho falta doce años para que mi amigo se convenza de que el terreno es hasta tal punto propicio, que no se requiere ninguna prudencia: ¡todos los golpes

---

<sup>234</sup>Sobre esa preocupación por distanciarse, y después de desplazar, ver las notas “La expulsión (nº 63) y “Hermanos y esposos – o el doble sello” (nº 134), así como la subnota (nº 1341) a esta última, y en fin la sección “La cosecha inacabada” (nº 28).

<sup>235</sup>Sobre el tema de la liquidación de una “Escuela” y el efecto “motosierra”, ver las notas “El heredero”, “Los coherederos...”, “... y la motosierra” (nºs 90, 91, 92) y las cuatro primeras notas del Cortejo “Furgón Fúnebre” (ataúdes 1 a 4), nºs 93-96. Sobre la visión que fue enterrada, ver las dos ojeadas (desde dos perspectivas diferentes) dadas en las dos notas “Mis huérfanos” (nº 46), y la subnota nº 1361 a la nota “Yin el Servidor (2) – o la generosidad”.

Nótese que en el texto principal, la expresión “y al hacerlo...” (“... de cortar por lo sano... el florecimiento de un vasto programa...”) no es adecuada. La liquidación de una Escuela fue el *primer* “golpe de motosierra” radical para “cortar por lo sano” un conjunto de ramas maestras, pero no el último (como atestiguan especialmente las notas-ataúdes citadas, nºs 93-96).

<sup>236</sup>Que la pasión matemática sea “de naturaleza impulsiva”, que sea expresión de “el niño” (alias “el obrero”), no impide (como se recuerda con fuerza en ese mismo párrafo) que no esté afectada también por las “ansias” del “patrono” – y eso forma parte del lote común (del que no he estado más exento que cualquiera) en la relación entre “el obrero” y “el patrono”.

<sup>237</sup>Ver al respecto “La ascensión” (nº 63’).

<sup>238</sup>Sobre el “Coloquio Perverso”, véase el Cortejo VII “El Coloquio – o haces de Mebkhout y Perversidad”, notas nºs 75-80.

aciertan! El tiempo estaba maduro, decididamente, para sacar al fin a la luz del día el arma secreta, los *motivos* – exhumados bajo una paternidad de recambio al siguiente año<sup>239</sup>.

No me siento motivado para recordar aquí los pasos sucesivos en esa escalada de doce años, aunque tenga todo en las manos para hacerlo. Eso sería un trabajo de cronista, como el que hice en “la investigación” imprevista realizada en la primera parte del Entierro (o “El traje del Emperador de China”). Esos “pasos” de la escalada me parecen otras tantas *sondas*, lanzadas por mi amigo en dirección a una Congregación muda, siempre con la misma respuesta: ¡adelante! Durante quince años, Ella fue su mudo aliado y su aval, mientras él era, sin saberlo ni preocuparse de ello, su instrumento dócil<sup>240</sup>.

(147) Ignoro si en mi amigo ese ansia se ejerce en contra de otros además de mí, y de los matemáticos más jóvenes en los que huele mi “olor”. No me ha llegado ningún eco en ese sentido. Por el contrario para mí está claro que es por su relación con mi persona, y a favor de una coyuntura ciertamente poco corriente en el mundo científico, como esa propensión que vivía en él a la sombra se convirtió, de la noche a la mañana, en un ansia devoradora. Durante el episodio de mi partida, cuando me explicó, con toda seriedad, que había donado su vida, totalmente, a la matemática<sup>241</sup>, sin duda se “creía” lo que decía, y yo mismo, algo perplejo sin embargo, ni pensaba en poner en duda sus palabras. Sin embargo, si hubiera tenido el oído más fino, o mejor dicho, si hubiera tenido entonces la madurez para escuchar y fiarme de un “oído más fino”, que realmente existía en mí como en cada uno, habría sabido que lo que me decía sobre sí mismo quizás antes era cierto, pero que ya no lo era ese día. Era una noble razón dada para un acto dudoso, un acto que ni él ni yo teníamos entonces la simplicidad de mirar de frente su clamoroso sentido. Lo que en esos días había tomado las riendas de su vida, para no soltarlas hasta hoy mismo, era *algo muy distinto* de esa pasión.

Fue pues mi persona, o más bien algo en la relación de mi amigo con mi persona, lo que (apoyado en una ocasión propicia) entonces tuvo un papel desencadenante, en ese cambio draconiano en la naturaleza de la fuerza que dominaba su vida, y en el sentido y la dirección de su dedicación a la matemática. Éste es el momento de recordar los famosos “paneles” o “aspectos” del Entierro, puestos en primer plano en la reflexión del 13 de noviembre (en la nota “Retrospectiva (1) – o los tres paneles de un retablo”, n° 127), y en la nota siguiente (“Retrospectiva (2) – o el centro del retablo”, n° 127’), paneles que después se perdieron un poco por el camino. Me acordé de ellos, un poquito, en la nota de hace diez días, “Las uñas escondidas – o las sonrisas” (n° 137, del 7 de diciembre). En ella retomé contacto con la intuición de esa sempiterno papel de “padre adoptivo” que jugaba con mi joven amigo, y que, me parece, se ha conservado y se ha mantenido activo en él hasta hoy mismo. Con ocasión de esa reflexión, expreso de nuevo una convicción sin reservas, que debió formarse y tomar cuerpo poco a poco a lo largo de los últimos seis o siete años (o tal vez más): que “alrededor de ese aspecto (el aspecto paternal de su comprensión de mi persona) se anudó el conflicto – un conflicto que ya existía en él mucho antes de que oyera pronunciar mi nombre...”. (Es pues el famoso panel “Superpadre”, mientras que el panel “Supermadre” permanece en el limbo, al menos por el momento.)

Apenas una página más adelante el famoso estilo “sonrisas y garra de terciopelo” hace su primera y rápida aparición, como objeto de la atención. Las asociaciones que evoca parecen, en los días siguientes, alejarme de la persona de mi amigo, al igual que del oculto aspecto “paternal”, en el papel que mi amigo me ha asignado en su vida. Hasta hoy mismo no se ha vuelto a tratar ese aspecto – no se puede pensar en todo a la vez, ¡y aún menos hablar de todo a la vez! Sin embargo, en cuanto a pensar, me parece que en alguna parte, en un segundo plano pero presente y activo, el pensamiento de ese aspecto paternal debía de estar presente, debía actuar como un estímulo eficaz y discreto en esa larga digresión sobre un estilo “garra de terciopelo”. Después de todo (ahora me lo digo claramente, pero ya debía estar ahí en

<sup>239</sup>Sobre la exhumación de los motivos, véanse las notas “Recuerdo de un sueño – o el nacimiento de los motivos”, y “El Entierro – o el Nuevo Padre”, n°s 51, 52.

<sup>240</sup>Ver la nota “El Sepulturero – o la Congregación al completo”, n° 97.

<sup>241</sup>Sobre ese episodio, véase la nota “Hermanos y esposos – o el doble sello” (n° 134).



forma de motivación difusa y sin embargo perentoria...), la figura del “Padre” en modo alguno es ajena a ese famoso estilo, muy al contrario. Incluso puede decirse que la primera persona que la niña pequeña (o el niño pequeño, da igual) ve conducida con delicadeza y eficacia (y no siempre con ternura) con ese estilo, ¿no es otra que Papá! Y a poco que la inocente chiquilla (o el muchacho) adopte y haga suyo ese estilo y ese saber hacer, que se convierte en una segunda naturaleza casi cuando se aprende a hablar, o poco le falta – el primer cobaya y beneficiario, sin duda, ¡será ese tontorrón de Papá!

Casi siempre, cuando he visto practicar ese juego, se le añadía la saña oculta de un rencor, además de un propósito deliberado de burla. Y ciertamente, en la mayoría de las familias, no faltan los motivos de rencor hacia el padre, cuando no se les añaden los sugeridos con maestría (incluso creados por completo) por la tierna esposa. En mi amigo sin embargo, en ningún momento sentí tal matiz de rencor o de saña. Cuando le he visto herir o dañar “por placer”, *verdaderamente* era (así lo he sentido) *por el mero placer*; no (creo) por el placer en el sufrimiento o la misma humillación que infligía, sino más bien la secreta borrachera de ejercer, a su antojo y con ese estilo particular en el que es un maestro, *un poder* – más embriagador o más picante aún, sin duda, por ese ingrediente “*perverso*”, “*prohibido*” (dañar, o hacer sufrir *por el mero placer*), y que sin embargo, *él* se lo podía permitir, con delicadeza y como si nada, y aparte de eso hasta hartarse ya gogó...<sup>242</sup>

(148) (18 de diciembre) Con la reflexión de ayer por la tarde, siento que ese “primer plano” del retablo del Entierro, centrado sobre la relación entre mi amigo Pierre y yo, sigue saliendo de las brumas de lo incomprendido y de lo confuso. Me vi ante la tarea, desde hace un rato, de insertar en ese primer plano (entre otros) cierto panel “Superpadre”, y sin habérmelo dicho claramente, parecía que ese panel no quería insertarse por las buenas. Si hay un alumno al que siempre he sentido “a gusto” conmigo, nunca tenso en ningún momento que recuerde, ¡ése es él! Es verdad que ya no recuerdo nuestros primeros encuentros, y no sabría afirmar que no hubiera en él esa tensión, a menudo apenas perceptible y sin embargo bien real, que aparece cuando nos acercamos por primera vez a alguien investido (por una razón u otra) de autoridad o de prestigio, y del que tenemos alguna expectativa particular. Al menos es probable que tal tensión estuviera presente, y que no le prestase más atención que a cualquier otro joven investigador que conociera. Lo que es seguro es que si hubo tensión en el primer contacto, ésta desapareció rápidamente sin dejar rastro. Retomando la imagen que apareció anoche, estaba tan a gusto conmigo como un chiquillo (o exchiquillo) lo está con un papá-buenazo del que jamás ha tenido miedo, y que rara vez le niega algo.

He vuelto a pensar en la situación de anoche, después de dejar de escribir. Ahora me parece que la relación de mi amigo conmigo funcionaba a dos niveles bien distintos, y (parece ser) sin comunicación mutua. Uno de esos niveles, que sin duda se instauró desde las semanas y meses que siguieron a nuestro encuentro, era el de la relación personal – el del “papá-buenazo” pues, gentil como nadie, nada impresionante, él mismo un poco pilluelo, incluso en el trabajo, hasta tal punto que incluso diría que tiene un matiz casi *maternal*, que ya he tenido ocasión de evocar una o dos veces: justamente el que se concede a un chiquillo atolondrado y algo turbulento, y sobre todo ingenuo como no hay otro. Es cierto que al nivel del trabajo, no tenía por qué estar impresionado. Por supuesto yo sabía muchas cosas en mates que él no sabía (y que aprendió en pocos años, como jugando), y sobre todo, yo tenía una experiencia de la matemática que aún le faltaba. Pero tenía una rapidez de asimilación, y una agudeza de visión para orientarse rápidamente en las situaciones embarulladas y confusas, que a menudo me asombraban, y que me faltan. Si a veces he impresionado a mis colegas, ha sido sobre todo por la forma de *allanar* poco común que tengo en mi trabajo, debida sobre todo, creo, a cierto enfoque del trabajo matemático. Pero ciertamente no había lugar a que le impresionara a mi amigo, cuando su propia forma de allanar, a poco que se pusiera a escribir (cosa que no le disgustaba en absoluto), era netamente más eficaz que la mía.

Ese nivel de la relación de mi amigo conmigo, el nivel “papá-buenazo”, me parece que incluye la

---

<sup>242</sup>Ver especialmente, como ilustración detallada, la nota “La Perversidad”, n° 76.

totalidad de la imagen consciente que tiene de mí, y buena parte también de la imagen inconsciente. Me parece que esa imagen es la que suscita en respuesta, siguiendo vías sin duda establecidas desde la infancia, como una envidia-reflejo, la del famoso juego de la “garra en guante de terciopelo” – un juego que justamente requiere que se esté totalmente “a gusto” con el compañero, totalmente “seguro de él” y por eso mismo, seguro de sí<sup>243</sup>. Es el nivel de la seguridad completa, que se basa en el conocimiento íntimo de una situación, corroborada una y otra vez por la experiencia, que es interpretada de manera concordante por las facultades de percepción y de apreciación tanto conscientes como inconscientes. El juego mismo es oculto, inconsciente para el mismo interesado (al menos lo presumo), pero el sentimiento de seguridad y la percepción de la realidad que lo fundamenta, son del dominio consciente, racional, “objetivo”.

Por el contrario, el otro nivel es totalmente inconsciente (tal es al menos mi impresión), incontrolado e incontrolable, de una naturaleza irracional que parece desafiar y poner en ridículo a todo conocimiento razonado o razonable de la realidad “objetiva” (que acabo de recordar). A este nivel, la relación personal propiamente hablando, ligada a una percepción por poco realista que sea del Otro, desaparece. Yo mismo aparezco en ella como un *gigante*, poderoso y secretamente envidiado, y mi amigo se siente *enano*, abrumado por su irremediable insignificancia, y devorado al mismo tiempo por el insensato deseo, no de ser él mismo un gigante cuando es enano por condición inmutable, sino de una manera u otra *alzarse* hasta su nivel, de *hacerse pasar* al menos por gigante, o, aún más secretamente e insidiosamente – el insensato deseo de *ser él mismo ese gigante*, o al menos, de *pasar por él*. Creo percibir aún en ese deseo otro matiz, que es como el eco, en capas más profundas, del deseo presente en las capas cercanas a la superficie, el que encuentra satisfacción simbólica justamente en ese juego de “garra de terciopelo”, y es su nervio y resorte: el deseo *de invertir los papeles*. En las capas superiores, se trata de la inversión de los papeles yin-yang, dominado-dominante, objeto-sujeto. Sin embargo aquí esa relación no es de recibo, pues el gigante no se preocupa en dominar al enano – se contenta con ser gigante, y por eso mismo, sin saberlo ni preocuparse de ello, con ser un perpetuo y candente desafío para el que se siente abrumado por una irremediable condición de enano... Esa imponente ignorancia en la que se ve sumido, la siente como un tácito desprecio y como una afrenta. Arde en deseos de invertir esa relación, apareciendo él mismo como el gigante, y condenado a éste a la insignificancia – la insignificancia por el *olvido*, cuando no es la insignificancia por *laburla*, en justo pago por la ignorancia y el desprecio en los que se siente sumido.

He dicho hace poco que ambos niveles, “papá-buenazo” pues y “gigante”, “parecerían sin comunicación mutua”. Después de reflexionar, ahora me parece más bien que hay una comunicación entre los dos, aunque sólo sea por ese deseo de invertir: en este momento, el deseo en uno de los dos niveles se presenta como un “eco” del deseo semejante ya constatado en el otro. A primera vista, me había parecido que esa inversión de papeles, al nivel más profundo “enano-gigante”, *no* era una inversión de papeles yin-yang. Lo que es cierto, es que esa inversión no es del tipo dominado-dominante. Sin embargo, después de reflexionar, no hay duda de que los *valores* encarnados por el gigante son valores yang y superyang, mientras que el enano aparece como encarnación de no-valores yin – en términos de las opciones ideológicas de mi amigo, no tan diferentes de las opciones que todavía eran las mías en los primeros años de nuestra relación<sup>244</sup>.

Sin duda esta afirmación quedará clara, cuando haya establecido una pasarela entre la imagen “el enano y el gigante” y la realidad, o al menos, explicitado el origen de esa imagen en la historia y

<sup>243</sup>(29 de diciembre) Esta afirmación no es contradicha más que en apariencia por los casos (que no incluyen a mi amigo) en que el “director del juego” parece (al menos a primera vista) estar impresionado, incluso subyugado por aquél al que hace girar. Sin embargo ésa es una *pose* para las necesidades de la causa, de la que el mismo actor es el primer engañado (a nivel consciente por supuesto) – ¡lo que es indispensable para dar a esa pose cierto aire de “verdad” que no se improvisa! El caso más extremo de ese juego que he conocido, es el de mi madre con mi padre. Ver al respecto las dos notas “La inversión (1) – o la esposa vehemente” y “La inversión (2) – o la revuelta ambigua”, n.ºs 126, 132.

<sup>244</sup>Esta concordancia en las elecciones de valores “yang” o “superyang” ha durado hasta el momento de mi partida, en 1970. En los siguientes años, mi sistema de valores a nivel consciente “bascula” hacia opciones “yin” y “superyin” – véase la nota “Yang hace de yin – o el papel del Maestro”, n.º 118.

la prehistoria de la relación entre mi amigo y yo. A penas es necesario precisar, en lo que se refiere a “la prehistoria”, que tal tipo de imagen consciente o inconsciente sólo puede nacer al amparo de ese “desprecio de sí mismo” profundamente enterrado, que ya he evocado muchas veces en mi reflexión; o mejor dicho, que tal imagen no es más que una *materialización* tangible, más o menos concreta, de ese desprecio. Quizás pudiera decir incluso, que esa “secreta convicción” está al acecho de una situación que pueda servirle de soporte, y al mismo tiempo suscitar la imagen-esperpento que la expresa. Creo que en todo lo que hay en el psiquismo, por profundamente enterrado que esté, habita una fuerza que le incita a expresarse, a menudo de manera simbólica. Sin duda esa expresión a menudo permanece inconsciente, pero no por eso es menos activa, bien al contrario, al nivel de los hechos y los gestos visibles en la vida diaria.

Pero volviendo a la *historia* de la relación de mi amigo con mi persona, seguramente también ella comienza desde antes de nuestro encuentro. Debió oír hablar de mí en el momento de sus primeros contactos con el mundo de los matemáticos, en Bruselas, hacia 1960 – cuatro o cinco años antes de nuestro encuentro, cuando él sólo tenía dieciséis o diecisiete años<sup>245</sup>. Seguramente no es casualidad que me pidiera a mí, y no a otro, que le enseñara el oficio de matemático, o al menos, que le enseñara lo que iba a ser el tema central de su obra (a saber, la geometría algebraica). Antes de nuestro encuentro, los rasgos con los que me percibía (al menos como matemático) sólo podían ser los de mi imagen de marca, que hacían de mí una especie de encarnación heroica y prestigiosa de los principales valores que circulan en el mundo de los matemáticos, y esto en una época en que él era un modesto estudiante, recién salido del instituto. Esa imagen que tenía de mí, y que era la que me gustaba dar de mí, no era más que una simple imagen de Épinal, adecuada para hacer soñar a los chavales deseosos de gloria. Estaba hecha a partir de realidades, y él tenía bastante olfato para sentir su olor ya desde esos años, en contacto con matemáticos mayores y muy en el ajo. A partir de 1965, estuvo mejor situado que nadie para tomar medidas por sí mismo. Sentí entonces una fascinación en él por una visión que se abría ante él, nacida y madurada en mí a lo largo de los diez últimos años y que seguía desplegándose y desarrollándose bajo sus ojos. Entonces yo no tenía ninguna duda de que esas visiones que él hacía suyas “como si las hubiera conocido desde siempre”, le servirían en su día como inspiración y como herramienta para desarrollar visiones y una obra aún más vasta, a la medida de *sus* dotes. No ha sido así – y sólo a la luz de esta larga meditación sobre un Entierro, casi veinte años después, entreveo cómo la percepción fina y apasionada de lo que le transmitía, debió servir *al mismo tiempo* para apuntalar y dar consistencia, con elementos de primera mano y de una realidad irrecusable, una *imagen-esperpento*, aberrante; una imagen que *paraliza*, igual que “la íntima convicción” de la que es expresión. La misma agudeza de su percepción de una “grandeza” y de una profundidad en lo que yo le transmitía, y que él era el único en haber hecho suyas (y sin esfuerzo) en su totalidad – esa agudeza y esa vivacidad que eran su fuerza, se volvieron contra él, haciendo aún más sobrecogedora y más perentoria esa imagen aberrante.

Hace tres días creí haber tocado el “nervio” del papel jugado por mi amigo desde hace más de quince años – y en efecto no había ninguna duda de que acababa de tocar un punto neurálgico: ese *ansia* devoradora de cierto *juego*, un delicado juego de poder, que al mismo tiempo era la satisfacción simbólica y efímera del deseo de cierta inversión de papeles... Con la reflexión de hoy, descendiendo a capas más

---

<sup>245</sup>(29 de diciembre) He encontrado esta información cronológica en la “Nota biográfica” (de dos páginas) de Pierre Deligne, escrita en 1975 con ocasión de la concesión del “Premio Quinquenal” del “Fondo Nacional para la Investigación Científica” (belga) (Rue d’Egmont 5, 1050 Bruselas). Cuento con volver sobre esa nota biográfica en una nota posterior, en que hablaré de la visita de Deligne el pasado mes de octubre. En esa visita me enteré por él de la existencia de esa nota, que tuvo a bien (a petición mía) en enviarme posteriormente. Es en esa nota donde me encontré la forma concreta “el enano y el gigante” de cierta imagen que hay en mi amigo, de la que una imagen difusa se había desprendido progresivamente a lo largo de la reflexión del Entierro. Comenzó a aparecer en la nota “El Entierro” (nº 61), y se precisó especialmente a lo largo de la reflexión de cada una de las notas “La expulsión”, “El nudo”, “La inversión”, “La masacre”, “... y la motosierra”, “El Elogio Fúnebre (2) – o la fuerza y la aureola”. Sólo con la presente nota, esa percepción comienza a “situarse” en una vista de conjunto coherente del “primer plano” del Entierro. (marzo de 1985) En cuanto a la nota biográfica de Deligne, ver la nota “La profesión de fe – o la verdad en lo falso” (nº 166).

profundas, me parece que ahora toco *el nervio del nervio, el aguijón* aún más secreto, que suscita sin cesar y mantiene esa ansia. Pues al nivel del “papá-buenazo”, ciertamente hay ocasión y total libertad de jugar a ese juego con toda seguridad, llevando el baile con indolente delicadeza, seguro de ganar siempre. Pero sin duda el encanto de la ocasión fácil se embota, en ausencia del aguijón. Y como ya constaté ayer, frente al papá-buenazo no hay el aguijón del reproche contenido, del rencor secreto – ¡por eso se le llama “buenazo”! Ese aguijón que faltaba, de repente acabo de tocarlo, cuando al hilo de las asociaciones, y como al dictado de un conocimiento que hubiera estado ahí desde hace mucho tiempo, he sido llevado a describir ese “otro nivel”, “incontrolado e incontrolable”, donde viven codo con codo un enano, y un gigante.

Y la impresión inicial de una intuición todavía confusa, que entre ambos niveles no había comunicación mutua, desaparece de golpe, dando lugar a una comprensión, expresada y suscitada al mismo tiempo por la doble imagen de “el nervio del nervio” y de “el aguijón”. En términos esta vez de “capas”, unas superficiales y otras profundas, retomaré una tercera imagen, diciendo que éstas nutren o mantienen el movimiento de aquellas, que son su *cimiento* profundo, sólidamente anclado en la estructura del yo. Sin este cimiento, la agitación en la superficie pronto se dispararía y desvanecería, para dar lugar al fin a otra cosa...

(149) (20 de diciembre) Después de la reflexión de hace cinco días, y sobre todo la realizada en la segunda nota de ese día, “El nervio secreto” (nº 145), siento que el trabajo sobre ese famoso “primer plano” del retablo del Entierro ha tomado de repente otro derrotero. Antes de esa reflexión, me sentía en la posición algo embarazosa del que está ante un puzzle, del que tuviera la impresión de no comprender gran cosa. Desde el mes de abril me afané en recoger las piezas una a una, y en inventariarlas con cuidado. No es que me faltasen piezas, no, ¡más bien tenía la impresión de tener demasiadas! En todo caso, había suficientes para hacer un retablo, quizás parcial, pero que se mantuviera en pie. La última pieza del puzzle que puse sobre la mesa, fue la de “la inversión”, mantenida en reserva desde el principio de “La llave del yin y del yang” (como “asociación de ideas” sobre la que me prometía volver), y que por fin irrumpe con una fuerza imprevista en la nota “Las exequias del yin (yang entierra a yin (4))”, del 10 de noviembre (nº 124). Los treinta y cinco días siguientes, hasta hace cinco días, se consagraron esencialmente a girar en todos los sentidos las piezas que ya tenía, al hilo de las asociaciones más imperiosas que reclamaban mi atención<sup>246</sup>. Esperaba que, al hacerlo, dichas piezas terminarían por encajar por sí mismas, dejando aparecer al fin el retablo desconocido. Pero no fue así. Bien al contrario, seguían dejándose con un palmo de narices, como lo hubieran hecho diez recortes de periódico diferentes, que hubieran sido arrojados a barullo, ¡y que a mí me toca juntar! Empezaba a preguntarme si no me iba a ver obligado, al terminar, a hacer un inventario final de las piezas, y otro de los interrogantes sobre su encaje, y pararme ahí...

La situación cambió hace cinco días, cuando, a fuerza de mover y girar las famosas piezas, de palparlas y de olerlas, al final algo “hizo tilt”, cuando una de ellas (la de un *ansia* detrás de cierto *estilo*) de repente fue reconocida como “neurálgica”. Tuve la impresión inmediata de un *cambio cualitativo*, que una *perspectiva* que hasta entonces me había faltado, estaba a punto de organizarse a partir de esa pieza. Realmente me expreso en esos términos desde el día siguiente, al retomar la reflexión en la nota “Pasión y ansia – o la escalada” (nº 146). Y mi presentimiento comienza a confirmarse ese mismo día, con la aparición de la pieza “*papá-buenazo*, ¡de la que se diría que había sido llamada por la “pieza neurálgica” justamente para encajar perfectamente!

La pieza “*Superpadre*”, que estaba ahí desde el principio (heredada ya desde la primera parte de Cosechas y Siembras, y retomada desde el principio de “La llave del yin y del yang”<sup>247</sup>), de golpe parece encajar, como si estuviera apartada simplemente por descuido. Bajo la impresión aún fresca de la nueva

<sup>246</sup>La “pieza” que había sido el punto de partida de toda la reflexión sobre el yin y el yang, desde principios de octubre, no vuelve a la carga y no se explicita hasta catorce días después, el 24 de noviembre, en la nota “La inversión (3) – o yin entierra a yang” (nº 133).

<sup>247</sup>Ver las secciones “El Padre enemigo (1)(2)” (nºs 29, 30) y la nota “El Superpadre (yang entierra a yin (2)), nº 108.

pieza “buenazo”<sup>248</sup>, tiendo a olvidar que ese famoso Superpadre (nada “buenazo” en este caso) tenía realmente algo que ver en la relación entre mi amigo Pierre y yo, aunque no estuviera en el primer plano de la escena (y por mucho...). Terminé acordándome de ella en la siguiente sesión, por fuerza – en el momento preciso, además, en que me disponía a explicarme a mí mismo por qué esa pieza del puzzle ¡de hecho no tenía nada que ver con esto! Era, en suma, “justo lo contrario” de la pieza-buenazo, que acababa de encajar por sí misma con tal facilidad. Y no, mirándola más de cerca, esa pieza supuestamente ajena al juego, y cuyos contornos permanecían de lo más borrosos, de repente precisó sus formas, tomando las de la imagen-fuerza (sugerida por el mismo amigo Pierre<sup>249</sup>) del *enano y el gigante*. Al principio me esperaba, al verla aparecer así con rasgos tan marcados, que no tendría “comunicación” con la doble pieza neurálgica ya colocada (formada por papá-buenazo, y el ansia imperiosa de “hacerle andar” – un tironcito aquí, un tironcito allá...). Y he aquí que al contrario se presenta como “el nervio del nervio”, como una pieza aún más neurálgica, ¡que encaja sin roces ni huecos con la parte del puzzle ya colocada!

Esa pieza, bajo su antiguo nombre “Superpadre”, había sido rozada aquí y allá, e incluso tomada en la mano dándole vueltas como a las demás, e incluso (ahora lo recuerdo) declarada pieza maestra, “núcleo del retablo” y todo eso; pero, tal vez a falta de encarnarse en una imagen chocante (proporcionada por el mismo interesado), y sin duda por su naturaleza absurda, aberrante, totalmente grotesca incluso en términos del “sentido común” de los consensos corrientes y universalmente admitidos, estaba desconcertado y como avergonzado de esa maldita pieza, me quemaba en la mano: ¡jamás nadie (incluyendo a cierto “yo-mismo” que aún sigue viviendo tenazmente en mí...) se la tomará en serio! ¡Mejor apartarla suavemente y “jugar” con piezas más soportables!

Cuando he llamado “pieza maestra”, “núcleo del retablo” etc., a la pieza “El enano y el gigante”, por supuesto pienso en el aspecto “desprecio de sí mismo”, más que en el aspecto “Superpadre”. Por el momento, esta última designación para esta pieza-aguijón, o “nervio del nervio”, es apresurada e injustificada. Quiero decir, que no parece, al menos a primera vista, que ese famoso gigante sin rostro y de manos desmesuradas tenga el menor aspecto paternal. Si hubiera que ponerle un nombre, el más conveniente sería “Superman” o “Supermacho”, más que “Superpadre”. Por tanto, éste último realmente queda pensiente, igual que la pieza (o el “panel”) “Supermadre”, sobre el que también tendré que volver.

Por el momento, me parece que lo más urgente es intentar situar la parte del retablo ya colocada, con el “nervio secreto” y el “nervio del nervio” aún más secreto, en términos de una dinámica yin-yang en la persona de mi amigo. En este tema dispongo de tres hechos en bruto. Dos se expresan con el “doble sello” yin-yin<sup>250</sup>: el tono básico del amigo Pierre es “yin”, tanto en lo que se pudiera llamar la “personalidad adquirida”, que se expresa ante todo en la tonalidad de sus relaciones con los demás, como en la “personalidad innata” o impulsiva, que se expresa ante todo (al menos para un observador exterior como yo) por el estilo de trabajo espontáneo, libre de la intromisión del “patrón”. El primer hecho, que se refiere a la personalidad adquirida o a la “estructura del yo” (o en términos más imaginativos, “la cabeza del patrón”), parece indicar que esa estructuración ya se dio desde los primeros años de su infancia, identificándose con un modelo de naturaleza “yin”. Eso no excluye, a priori, que ese modelo haya sido el padre, si éste tuviera también (como en efecto me parece que fue el caso) una “personalidad adquirida” de tonalidad básicamente yin. Pero por otra parte, la predisposición de mi amigo a un ansia por una especie de juego de poder que, en nuestros pagos si no en todas partes y siempre, es típicamente (si no exclusivamente) “femenino”, y con más precisión, es *el* juego donde lo haya que la esposa acostumbra jugar con el esposo – esa predisposición me hace suponer que la identificación se dio con la persona de la *madre*, y que de ella “heredó” ese ansia (o una propensión a ese ansia), y que también tomó de ella el

<sup>248</sup>El término “nueva” pieza tal vez no esté totalmente justificado. Pero es una pieza, al menos, que se había escapado al inventario, ¡de tan evidente que era!

<sup>249</sup>Para más detalles sobre este tema, véase la última nota a pie de página en la nota anterior “El nervio del nervio – o el enano y el gigante” (nº 148).

<sup>250</sup>La idea de un “doble sello” se introdujo en la reflexión con la nota “Hermanos y esposos – o el doble sello”, nº 134.

“estilo” (o la “táctica”) idóneo, el de “la garra en guante de terciopelo”.

Es posible que el padre haya sido a la vez un marido-buenazo y un padre-buenazo, y que mi amigo haya tenido amplia ocasión y desde hace mucho de hacer de él su primer “cobaya”, y de sacarle las uñas (¡y el terciopelo!). Pero también es posible que la propensión o predisposición en cuestión haya permanecido desempleada hasta su encuentro conmigo, si el primer blanco adecuado, a saber su padre, no tuviera aspectos yang lo suficientemente marcados para “provocar” ese ansia, y al mismo tiempo *dar pie* a la táctica adecuada para “dar cuerda” a los testarudos. A decir verdad, ninguna de las impresiones que recuerdo, en los primeros años en que conocí a mi amigo, sugiere que estuviera familiarizado con ese juego, ni que ya lo hubiera practicado. En todo caso, no encuentro ningún rastro, ni siquiera con la perspectiva, ni en su relación conmigo, ni en su relación con otros, en maneras digamos un poco del tipo “niño mimado”. Por eso me inclino más bien a pensar que esa propensión permanecía latente en él, y que no se desarrolló y no tomó el control que sé que tiene en su vida y en su trabajo, hasta después de mi “deceso” en 1970 (cuando él tenía veintiséis años), y a favor de una coyuntura particularmente tentadora.

El “tercer hecho” que hay que recordar aquí, es la elección que ha hecho mi amigo de un sistema de valores conforme con los valores generalmente recibidos, la elección pues de valores “viriles” (o yang). Además me parece que en él, durante los últimos quince años, éstos han virado más y más hacia lo “superyang”. En sucaso, en esa elección hay una contradicción que salta a la vista: aunque adopta los valores “oficiales” *yang*, sin embargo sigue, en la mayoría de los rasgos esenciales, un modelo *yin*<sup>251</sup>. Y no es que esa elección de valores sea un puro “camelo”, ni siquiera un falso pabellón, enarbolado por razones circunstanciales, y que sólo tiene curso en las capas periféricas del psiquismo. La imagen-fuerza del enano y el gigante, que actúa desde las capas profundas, perdería su sentido, y también ese ansia imperiosa de inversión que suscita, si la valoración del yang no estuviera interiorizada también en esas capas. No hay duda de que esa contradicción debe aportar una fuerza suplementaria a esa “íntima convicción” de fractura, de insidiosa impotencia – pues (a falta solamente, quizás, del “modelo” adecuado en su infancia) se sabe (en su fuero interno) ¡radicalmente *diferente* de lo que *debería ser*!

Si mi amigo, como me parece plausible, no encontró en su padre los rasgos que, según los consensos que le rodeaban, *debería haber* encontrado en él, y que podría haber hecho suyos, eso debió suscitar en él un *rencor* difuso, un rencor que no lograba agarrarse a ningún agravio concreto, frente a un papá cuyo único defecto era el de ser ¡*demasiado* “buenazo”! Ese rencor, a falta de un “gancho” por donde agarrarse, habría permanecido “*vacante*”, a la espera de un blanco propicio – de un blanco justamente que, en primer lugar, haga (por el contexto) de figura paterna, y además, cuya *aptitud* para ese papel sea patente, por la presencia innegable, evidente y tal vez incluso desmesurada, de esos rasgos que le faltaban a su padre “original”. Esos rasgos son los que hacen del nuevo “padre” *el blanco* ideal, en esa especie de “juego” dispuesto a desencadenarse, que sólo espera el compañero propicio, alias “el padre de repuesto”, ¡alias (¡henos aquí por fin!) “el Superpadre”!

Y de golpe me parece haber vuelto a un terreno muy familiar, que no he reconocido hasta este mismo instante. Es un terreno en el que he estado prisionero veinte años, durante mi único matrimonio (matrimonio del que nacieron tres de mis cinco hijos). En las líneas del párrafo precedente y sin ningún propósito delibeado (más bien como el que, con precaución, anda a tientas en la oscuridad para saber lo que le rodea), *también* acabo de describir las fuerzas neurálgicas de la relación con su padre, y después conmigo, *de la que fue mi esposa*. No sabría decir cuándo ni cómo me vino el conocimiento (o más bien la intuición irrecusable) de la presencia silenciosa y obstinada de esas dos fuerzas que hay en ella y de su mutua relación. Un día supe, sin pensar jamás en reflexionar ni un poco sobre ello, que la fuerza inexorable que dominaba la relación de mi mujer conmigo, ya desde los primeros días de nuestro matrimonio, estaba movida por el rencor hacia mí por no haber estado junto a ella, como *otro y verdadero* padre, en los días de una infancia desamparada...

Es verdad y lo sé, ciertamente, que la infancia de mi amigo no tenía nada de “desamparada”, y

---

<sup>251</sup>Ése es un tipo de contradicción frecuente sobre todo en las mujeres, y del que mi vida ha estado exenta.

que la personalidad que desarrolló y que he conocido, entre los años sesenta y ahora, no se parece en nada a la de mi esposa. Eso no impide que más allá de las diferencias evidentes, veo aparecer, en la parte del retablo a punto de surgir de las sombras, una sobrecogedora semejanza con otro “retablo”, que me es bien conocido. Esa semejanza se presenta en la naturaleza de la relación con el padre (ligada a un temperamento del padre en que los rasgos yang son deficientes), y en la repercusión de ésta en una relación en la edad adulta que, en uno como en la otra, ha dominado su vida, como punto de mira de fuerzas conflictivas en uno y en otra<sup>252</sup>.

Casi paso por alto una tercera “semejanza”, que sin embargo no carece de consecuencias en mi vida: que en las dos relaciones en cuestión, el *protagonista* no ha sido *otro que yo*. Y lo que, tanto en un caso como en el otro, me señalaba para ese papel de “Superpadre” que estaba llamado a jugar, era (además de una inmadurez) también eso que desde mi infancia ya me era más querido quizás que cualquier otra cosa del mundo – eso a lo que me había dedicado con más desmesura: una “musculatura” más viril de lo normal...

Así me encuentro de nuevo, con una iluminación diferente y más penetrante que hace ocho meses, ese sentimiento de un “retorno de las cosas”<sup>253</sup> – con, hoy igual que antes, un matiz de asombro incrédulo (¡encaja demasiado “bien” para ser verdad!). Y también, otra vez pero con tonalidades más contenidas que la repentina explosión de risa de antaño, hay la percepción de algo cómico, que añade a esos “retornos” inexorables la nota más dulce del humor.

(159) (22 de diciembre) Ayer tampoco encontré tiempo para trabajar en mis notas, salvo por la relectura atenta y la corrección de las notas de la víspera. Estos últimos días, mi energía ha estado absorbida por la correspondencia y otras tareas, y muerdo el freno (¡eso no es algo nuevo!) por encontrarme cara a cara conmigo mismo, por hacer avanzar la reflexión emprendida. Decididamente la escritura es más lenta en esta tercera parte de Cosechas y Siembras, centrada en la presente reflexión, “La llave del yin y del yang”, en que la dinámica del yin y el yang es el hilo conductor para penetrar más hondo en el sentido del Entierro. Si no tuviera la precaución de poner el despertador, para interrumpir el trabajo después de casi tres horas (con objeto de desentumecer el cuerpo, o de avisarme que ya es hora de parar) ¡la noche entera pasaría como un instante! Cada vez que pasan tres horas, tengo la impresión de haber comenzado a penas, con dos o tres desafortunadas páginas que acabo de mecanografiar, cuando no es sólo una o dos, justo el tiempo de revisar alguna asociación en apariencia anodina que pensaba pasar por alto...

Hay una impresión de extrema lentitud en la progresión, contada en número de páginas por hora o por día – y la reacción natural a esa impresión, con una substancia aún caliente justo delante de mis narices y que tira de mí, sería doblar o triplicar las sesiones, como tenía costumbre hasta estos últimos años. Pero sé que esa es la trampa que hay que evitar – la trampa de esa extraordinaria “facilidad” en el trabajo de descubrimiento<sup>254</sup>, cuando basta “empujar” hacia delante, para estar seguro de avanzar, tal vez lentamente pero con seguridad; como el que tuviera sólidamente en las manos la manquera de un buen arado de buen acero templado, tirado por un par de bueyes poderosos e impávidos, y que lentamente y con seguridad se abre camino, surco tras surco, a través de una tierra densa, a veces dura, y sin embargo al mismo tiempo suave, dócil a la brillante reja que delicadamente y sin prisas la abre, la penetra y la vuelca en largas hileras pardas y humeantes, que sacan a la luz una vida subterránea intensa y bulliciosa. Tal vez el ritmo sea lento, y el campo vasto, y cada surco excavado parece mermar a penas la extensión que permanece yerma. Sin embargo, al final de la jornada, surco tras surco, el campo está arado, y

<sup>252</sup>(19 de febrero de 1985) Hay un parentesco muy llamativo entre la relación con mi persona de mi amigo Pierre y (desde los primeros días del matrimonio) de la que fue mi esposa. Además ese parentesco va más allá de la relación con mi persona, en el sentido de que uno y otra han terminado por desarrollar una propensión a hacer de algunos seres, a los que me ligan lazos afectivos (especialmente mis hijos en un caso, alumnos en el otro), unos *instrumentos* para alcanzarme a través de ellos.

<sup>253</sup>Ver la nota “El retorno de las cosas – o una metedura de pata”, n° 73.

<sup>254</sup>Ver la nota “La trampa – o facilidad y agotamiento”, n° 99.

el labrador regresa contento: para él, ese día no ha pasado en vano. Su fatiga y su amor han sido su simiente, y su alegría en el trabajo, y su contento al cabo de cada surco y al final de una larga jornada, son su cosecha y su recompensa.

\*            \*  
\*  
\*

Con la reflexión de anteayer, y quizás por primera vez en la escritura de Cosechas y Siembras, tengo la impresión de haberme adentrado en el terreno incierto de lo que aún no es directamente percibido o sentido, y que permanece (y tal vez permanezca) *hipotético*. A falta de ojos que sepan ver en lo que me parece penumbra y noche, me he abierto a tientas un titubeante camino, sin ninguna seguridad de que fuera “el bueno”. Cuando el camino se bifurcaba, no he hechado a cara o cruz, es cierto, por qué camino seguía; me he fiado de mi olfato y mi sentido común, para que me indicasen la dirección más plausible para continuar, sin tener ninguna idea de a dónde me iba a llevar. El camino que seguía, o me trazaba, así, tenía todo el aire de “encajar” con los hechos que conocía, ésa era una buena señal. Pero sin embargo no hay que excluir, sobre todo allí donde esos hechos eran tenues, que otro camino muy diferente hubiera “encajado” igualmente, a condición tal vez de ojear un poco cierto hecho que permanecía en bruto, o tal otro... Después, a la vuelta del camino y para mi sorpresa, de repente me he encontrado en “un terreno muy familiar”, que en tiempos había recorrido penosamente durante mucho tiempo, y que terminé por conocer y dejar. Una situación que, unos instantes antes, me parecía oscura, envuelta en las brumas inciertas del “sin duda” y del “quizás”, de repente se aclaraba a la luz de *otra* situación que estaba comprendida. Al preguntarme sobre los lejanos orígenes en mí y en el otro, del conflicto en la relación entre cierto amigo y yo, parece que éstos revelan una profunda semejanza repentinamente entrevista, entre esa relación y otra, que pesó en mi vida con un peso muy distinto, durante veinte años.

La aparición de esa semejanza fue de tal fuerza, lo reconozco, que ese sentimiento de duda, de incertidumbre, de tanteo se desvaneció enseguida, dando lugar a un sentimiento de seguridad, de convicción. Cuando, al final de la reflexión, hablo del sentimiento (“de asombro incrédulo”) de que eso “encaja demasiado bien para ser verdad”, ese sentimiento era la respuesta a otro que, como una nota de fondo, decía que ¡“eso era demasiado bueno para *no* ser verdad”! Y ese sentimiento, seguramente prematuro e injustificado en el estado actual de los hechos de que dispongo, no ha cambiado entretanto, sigue presente como nota de fondo, lo quiera o no. Seguramente, sin la ayuda de ciertas experiencias que he terminado por comprender y asumir, y sobre todo la de mi larga experiencia de vida conyugal, ni se me hubiera podido ocurrir el pensamiento de ese “rencor en estado vacante” (de un rencor “en suspenso”, en suma); y ese mismo pensamiento, justamente, ha sido también el “recodo del camino” que, en un momento, me hizo desembocar de nuevo en ese “terreno tan familiar” de mi experiencia conyugal.

Ciertamente se puede decir que un propósito deliberado e inconsciente me ha llevado a un lugar designado de antemano, que tal vez enseñe algo sobre mí y sobre ese propósito deliberado, pero nada sobre las motivaciones de otro. Como también es posible que una experiencia asumida me haya permitido comprender una realidad que hay en otro, que de otro modo hubiera permanecido totalmente enigmática, a falta de “antenas” lo suficientemente sensibles (y a falta, también, de disponer de hechos tangibles sobre la infancia de mi amigo, y la personalidad de cada uno de sus padres).

Me parece que estoy muy cerca de acabar mi esbozo (¡sin orden ni concierto!) del “primer plano del retablo” (del Entierro). Para colocar las últimas piezas del puzzle que me quedan en la mano, utilizaré si es preciso los elementos de comprensión (por hipotéticos que sean) que han aparecido en la reflexión de la nota precedente. Además será una manera de comprobar su coherencia con el conjunto de hechos que conozco por otro lado.

En la reflexión de anteayer, fue la pieza “Superpadre” la que precisó su forma y sus contornos. Primero la había identificado, un poco precipitadamente, con la pieza “El enano y el gigante”, en la que sin embargo el gigante aparecía más bien como una especie de “Superman” apabullante, y no como el



“Padre” o un “Superpadre”. Pero esta última pieza terminó por aparecer de nuevo en la misma reflexión, esta vez como blanco de un “rencor en suspenso”, de un rencor en busca justamente de un blanco, como si dicho “Superpadre” fuera *llamado* por ese mismo rencor y hubiera aparecido en respuesta a esa llamada, como contestación a una espera difusa. Si realmente fuera así, podría decirse que si el Superpadre (tomando prestados en este caso mi complejión y mis rasgos, que parecían estar hechos a medida) no hubiera aparecido en la vida de mi amigo, ¡habría que inventárselo! En todo caso así fue, sin que tenga nada de hipotético para mí, en el caso de aquella de la que fui el marido – y de la que fui, además, “el blanco, esperado durante toda una joven vida...”

Así, el Superpadre aparece como el “rostro” des ese “gigante sin rostro y de manos desmesuradas” de la pieza “El enano y el gigante”. “El enano” debe verlo sobre todo de espaldas, al gigante, sin duda a punto de hacer sus famosas “demostraciones de fuerza” (a las que se alude en la nota del 5 de octubre, “El Superpadre” (nº 108)). He aquí pues que la pieza “Superpadre” ha encajado por fin, colocada en el lado “gigante” de la pieza “El enano y el gigante”. En cuanto al lado “enano” de ésta, sus líneas también han quedado más claras con la reflexión de anteayer, que se une aquí a la de la nota del 17 de octubre “La mitad y el todo – o la fractura” (nº 112). Otra vez, como tan a menudo, es el sempiterno rechazo de los rasgos “yin”, “femeninos”, en provecho de los rasgos “yang”, “masculinos”, el que hace que mi amigo se encuentre ser “radicalmente diferente de lo que *debería ser*”, mientras que él mismo se ha modelado según un modelo predominantemente “yin”.

Es importante subrayar aquí que en ningún momento de la reflexión he pensado, ni he querido sugerir, que la persona de mi amigo haya estado marcada por un *desequilibrio* de predominancia yin, por una deficiencia pues, un “vacío” del lado de los rasgos yang, viriles en su personalidad adquirida. Sobre esto recuerdo que la impresión que se desprendía de su persona, al menos en los primeros años en que le conocí, era por el contrario la de un *equilibrio*, de una armonía, que le hacía tan entrañable para mí como para todos aquellos, me parecía, que le conocieron entonces. Esa impresión se acompaña de ésta otra, de la que he hablado en alguna parte<sup>255</sup> – que parecía haber conservado del frescor, de la inocencia del niño, en su enfoque de las cosas (especialmente matemáticas) y también, me pareció, de la gente. Ese equilibrio, ese “frescor” o “inocencia”, no tienen duda para mí – son *hechos*, que no hay que querer escamotear. Se expresaban en mi amigo con una delicada sensibilidad, y, cuando la ocasión se presentaba, con la expresión matizada y sin ambages de lo visto y percibido. Tenía firmeza, igual que tenía dulzura. La dulzura se borró con el curso de los años, para dejar sólo el caparazón, fieltro y vacío, de una dulzura desaparecida – y la firmeza se ha convertido en cerrazón y dureza, tras una fachada en semitonos importantes y afectados. Un delicado equilibrio yin-yang se ha transformado al hilo de los años (sin que nadie, sin duda, se haya dado cuenta) en el sempiterno *desequilibrio yang* – el mismo, pero con un estilo diferente, que había dominado mi vida desde mi infancia. Ésa ha sido su elección, y su elección puede cambiar – ¡la partida no ha terminado! El caso es que nunca he conocido, en la vida de mi amigo, algún pasaje marcado por un *desequilibrio yin*, por una desidia, un dejarse-llevar, o una inconsistencia; y no pienso que haya habido alguno.

Todo esto hace al menos probable que la persona que le haya servido de “modelo” en su infancia, y que seguramente tenía rasgos yin muy marcados, no carecía sin embargo de rasgos yang que los equilibraban. Si (como tiendo a creer) esa persona fue su madre, presumo pues que ésta tenía unos rasgos yang lo bastante marcados (especialmente frente a los mismos rasgos sin duda menos marcados en el padre) como para ser “la mejor elección”, a título de modelo “masculino” para un muchacho; y al mismo tiempo, para favorecer con tal elección la eclosión de un temperamento armonioso.

Parecería pues que, en este punto, todo es lo mejor en el mejor de los mundos, en una familia unida que no perturba (quizás) ninguna desavenencia. Todo sería perfecto, si no hubiera un pequeñísimo escollo, bajo la forma de un consenso mudo y bien anodino en apariencia: y es que se supone que un

---

<sup>255</sup>Ver al respecto la nota “El niño” (nº 60), en el Cortejo V “Mi amigo Pierre”.

muchacho se ha de parecer a su padre, y no a su madre...

(151) (23 de diciembre) Me parece que para terminar de ensamblar el “puzzle” del primer plano del retablo del Entierro, sólo me falta colocar una última pieza. Es la que había llamado “la Supermadre”, en la nota “¿Supermamá o Superpapá?” del 11 de noviembre (nº 125). Ese apelativo de “Súper” fue inspirado, en primer lugar, por el “retrato” de mi persona, a grandes golpes de epítetos superlativos, en mi Elogio Fúnebre<sup>256</sup>. Seguramente, también debió jugar un reflejo de simetría, pues el “Superpadre” ya estaba en el aire, ¡por más de un motivo! Sin embargo, después de reflexionar, el nombre que le había dado a la imagen que acababa de aparecer no era del todo justo. Lo que se evocaba con esa imagen superyin no tenía ninguna connotación “maternal”. Si estaba en relación de simetría con otra imagen, era la de “Superman”, con músculos de acero y cerebro con software IBM, más que la de “Superpadre”. Se trataría pues en este caso más bien de “Superwoman” o “Supernana”, de enormes pechos que le llegan hasta el ombligo y más allá (por no decir hasta las rodillas...), y con nalgas a juego, como para hacer soñar a Hércules – en cuanto al cerebro, no hablemos de eso... un poco en esos tonos. La insuficiencia del lenguaje debió forzarme un poco la mano, visto que no hay la versión “femenina” del famoso “Superman” (él mismo de invención reciente, versión moderna de un Hércules decididamente superado por los acontecimientos). Pongamos “Supernana”, a falta de algo mejor...

Hay que decir que he estado casi mes y medio sin hacer nada con esta mal nombrada pieza, si no es recordarla aquí o allá para no olvidarla, a manera de promesa de que iba a ocuparme de ella, pero más tarde. Finalmente, no debía inspirarme mucho, quizás porque ese nombre no le iba bien. Después de todo, me costaría, entre todos los amigos, (ex-)alumnos y colegas que he tenido en el mundo matemático hasta hoy mismo, encontrar uno solo para el que yo haya jugado un papel algo “maternal”, o en el que haya podido tener la impresión de que me atribuía tal papel. Incluso aquellos frente a los cuales yo hubiera jugado un papel más bien “yin”, receptivo, en lugar del papel sobre todo “yang” del que enseña, comunica, transmite, deben ser muy raros – a primera vista no veo (después de los años 1952, 53 en que leo mi tesis) más que a Serre, y aún así... Si intento recordar mis disposiciones corrientes, por no decir permanentes, en relación a otros matemáticos, sobre todo eran que yo siempre tenía flamantes “alfombras” nuevas a “placer” (retomando una imagen que era corriente en mi tiempo), sin contar las “alfombras” (igualmente de mi fabricación) menos nuevas que (a mi parecer) no habían servido de mucho, pero que me parecían indispensables para el buen mantenimiento de una casa matemática, en algún barrio matemático que me era familiar. Por decirlo de otro modo, en mi relación con mis “congéneres” matemáticos y aunque sólo habláramos de matemáticas (¡en ese tema yo debía ser peor que ninguno de mis colegas y amigos!), la predominancia yang (o mejor, el desequilibrio superyang) en mi temperamento adquirido volvía por sus fueros, igual que en cualquier otra relación. Incluso aún con más fuerza, vista mi desmesurada dedicación a la matemática. dedicación de naturaleza egóica (hay que precisar) y además, motivada justamente ¡por mis opciones superyang de mucho tiempo atrás!

Fueron estos aspectos evidentes, que se manifestaban a cada paso en mis relaciones con otros matemáticos, los que debieron obliterar, en mis colegas igual que en mí mismo, ese *otro* hecho, en sentido opuesto: que mi estilo en el trabajo matemático, que mi enfoque de la matemática, son de fuerte dominancia *yin*, “femenina”. Es esa particularidad, me parece, aparentemente más bien excepcional en el mundo científico, la que hace ese estilo tan *reconocible*, tan *diferente* del de cualquier otro matemático. Que ese estilo es “no como los otros” me ha llegado por innumerables ecos, desde que publico mates, o por lo menos después de mi tesis (en 1953). Ese estilo no ha dejado de suscitar resistencias, que me gustaría llamar “viscerales” – quiero decir, que no me parecían (ni me parecen hoy) justificadas por “razones” que se pudieran llamar “objetivas” o “racionales”. Esto me recuerda que mi tesis (en la que introducía los espacios nucleares), que había sometido a las *Memoirs of the American Mathematical Society*, fue rechazada por el primer referee, un matemático bien conocido que había trabajado en el mismo tema,

<sup>256</sup>Ver las notas “El Elogio Fúnebre (1)(2)” (nºs 104, 105), y “Las exequias del yin (yang entierra a yin (4))” (nº 124).

y que había considerado mi trabajo como más o menos cenagoso. Mi tesis fue publicada gracias a una enérgica intervención de Dieudonné, a pesar de la opinión desfavorable del referee. Hace unos años me enteré de que forma parte de los cien artículos más citados en la literatura matemática<sup>257</sup> durante los dos o tres últimos decenios. Supongo que si todavía quedan veinte o treinta años de matemáticas por delante, lo mismo valdrá para SGA 4, a título (entre otros) de referencia básica para el punto de vista de los topos en topología geométrica; un SGA 4 que ha sido calificado de “ilegible” (entre otros calificativos del mismo tipo<sup>258</sup>) por mi brillante amigo y exalumno Pierre Deligne. Sé (igual que sabe él) que es uno de los textos matemáticos a los que he consagrado más tiempo y el cuidado más extremo, reescribiendo y haciendo reescribir de cabo a rabo, especialmente, todo lo que se refiere a los sites y los topos y los “prerrequisitos” categoriales. La razón de ese cuidado excepcional, es que sentía bien hasta qué punto se trata de una verdadera piedra angular para el desarrollo de la “geometría aritmética” cuyas bases estaba colocando desde hacía un decenio<sup>259</sup>. También sé que cuando hice ese trabajo, y atenía desde tiempo atrás (sin querer jactarme) buena mano para redactar mates de una forma a la vez *clara*, en que las ideas maestras se ponen constantemente por delante como un hilo conductor omnipresente, y *cómoda* para servir de referencia<sup>260</sup>. Si me equivoqué al escribir (y hacer escribir) una detallada obra de referencia con cuarenta o cincuenta años de adelanto a mi tiempo, el hecho de que unos tiempos que estaban maduros (en los años sesenta) de repente hayan dejado de estarlo, no me es imputable, ¡me parece!

Estas últimas asociaciones sobre Deligne me llevan al periodo de después de mi partida, en que ecos en ese mismo sentido me han llegado más de una vez “como bocanadas de insidioso desdén y discreta burla”. Ese matiz de *burla* estaba ausente en las señales de “resistencias viscerales” a mi estilo de trabajo, a las que he aludido hace un momento, antes de mi partida. En ellas no percibo ninguna intención hostil o un poco malevolente hacia mi persona. Ya he tenido ocasión de evocar tales señales incluso en el mismo seno de Bourbaki<sup>261</sup>, al menos (si mi recuerdo es correcto) hasta 1957, en que mi trabajo sobre la fórmula de Riemann-Roch-Hirzebruch-Grothendieck disipa las dudas que hubieran podido subsistir sobre mi “solidez” como matemático. No recuerdo haber percibido resistencias a mi estilo de trabajo entre 1957 y 1970 (año de mi “partida”), salvo ocasionalmente en Serre<sup>262</sup>, pero jamás con un matiz de enemistad – era más bien una reacción epidérmica de irritación. Por contra, tuve la impresión de que mis amigos a veces se sentían aplastados, porque avanzaba demasiado deprisa y no tenían ganas de pasar todo el tiempo manteniéndose al corriente de mis obras completas a medida que les enviaba mis tochos, o les contaba (por carta o de viva voz) lo que estaba tramando.

Creo haber comprendido la naturaleza de la “resistencia visceral” a mi estilo, a la que he aludido hace un momento. Me parece que su causa es independiente del Entierro posterior (en el sin embargo que esa resistencia terminó por jugar un papel importante). Esa resistencia no es otra que la *reacción* (“visceral”) a un *enfoque “femenino”* de una ciencia (la matemática en este caso). Tal reacción es corriente y está “en la naturaleza de las cosas”, en un mundo científico que, igual o más que cualquier otro microcosmos parcial en nuestra sociedad actual, está amasado con *valores viriles*, y con los sentimientos, actitudes, reacciones (de comprensión y de rechazo especialmente) que acompañan a esos valores. La reacción de resistencia a mi particular estilo de trabajo, encarnación de un enfoque creativo con nota de fondo “femenina”, simplemente se sigue de los condicionamientos corrientes del científico en el mundo de

<sup>257</sup>Quizás aquí me traicione mi memoria matemática, y se trate de los cien (¿o veinte?) artículos más citados en análisis funcional.

<sup>258</sup>Ver la nota “La tabla rasa”, n° 67.

<sup>259</sup>Seguramente ésa es la razón, igualmente, por la que Deligne ha intentado desacreditar ese texto, hasta el punto de que a veces incluso olvida el estilo en semitonos que acostumbra, ¡y no se anda con chiquitas para ponerlo a caldo! Ver al respecto la nota “La tabla rasa”, citada ya en la anterior nota a pie de página.

<sup>260</sup>Fue además al familiarizarse (en 1965, cuando acababa de desembarcar en mi seminario) con la parte de SGA 4 que ya estaba redactada en limpio, y al redactar él mismo algunas exposés (inspirándose en mis notas manuscritas), como ese mismo Deligne aprendió en contacto conmigo el arte de redactar un texto matemático, y especialmente el de persentarse con claridad una substancia enredada y compleja.

<sup>261</sup>Ver especialmente la nota (sin nombre) n° 5, en la primera parte de Cosechas y Siembras.

<sup>262</sup>Ver al respecto la nota “Hermanos y esposos – o el doble sello”, n° 134.

hoy y de los últimos decenios – el mundo científico, en todo caso, tal y como lo he conocido siempre.

Igual que cualquier otra reacción surgida de un condicionamiento, esta reacción no tiene nada de “racional”, y en el que se manifiesta, hay resistencias considerables para ni siquiera soñar en examinar su sentido. Es fuertemente sentida como *su propia justificación* – un poco como la aversión al “marica” en la mayoría de los medios decentes, o al “sudaca”, también entre nosotros. Sin embargo, en el caso que me ocupa, no he sentido en esa reacción un matiz de enemistad (consciente o inconsciente) hacia mí, sino más bien una actitud de *reserva*, de prejuicio desfavorable, *sólo hacia mi trabajo*. A partir del momento en que se hizo patente que con mi estilo (o a pesar de mi estilo, ¡qué más da!) hacía cosas que no se habían sabido hacer antes (y que después tampoco se conseguían hacer de otro modo) – sólo entonces se tragarón esas reservas, quizás a regañadientes... En todo caso, si en algunos esas reservas subsistían en forma tácita o inconsciente, estaba demasiado enfrascado en mi trabajo y en mis tareas para percibir las.

A decir verdad, me parece al menos improbable que tal “reacción visceral” pudiera desaparecer como por arte de magia, por el mero hecho de que el Señor Tal a demostrado teoremas que antes no se habían sabido demostrar. Al nivel en que se hacen y deshacen los propósitos deliberados de aceptación y de rechazo, una y otra cosa (“tal manera de trabajar no debiera estar permitida”, “el Señor Tal ha demostrado tales teoremas”) ¡no tienen ninguna relación!

Se dirá que es normal, que las cosas hayan cambiado después de que me haya retirado de la escena matemática – una vez que ya no estaba ahí, en suma, para “dejar epatados” a los que pusieran boca chica ante mi estilo, sin llegar a hacer lo mismo con su estilo de ellos. Sin embargo esta “explicación” cojea, pues no tiene en cuenta el matiz de burla, de malevolencia acolchada, que antes no existía. Nada, de lo que conozco, me hace suponer que entre 1957 y 1970 hubiera tenido tiempo de hacerme hasta tal punto desagradable al conjunto de la Congregación de mis congéneres, como para que una motivación de rencor o de revancha haya podido actuar después de mi partida. Con muchos amigos del mudo que dejaba, mantuve relaciones calurosas, a veces afectuosas, y (como ya he dicho en otra parte) no recuerdo ni una sola relación de enemistad con un colega matemático de antes de 1970.

Sin embargo hubo una queja *posterior* de la Congregación hacia mí, causa de una especie de “rencor” colectivo, y en todo caso, de un acto colectivo de “represalia”, que no por haber permanecido tácito ha dejado de ser de una “eficacia sin fisuras”. He sondeado ese aspecto “represalias por una disidencia”, en la nota del 24 de mayo, “El Sepulturero – o la Congregación al completo” (nº 97). En esa nota, dejé de lado cierta *tonalidad* en esas represalias, hacia mí y hacia aquellos que tenían la imprudencia de reivindicarme – justamente la tonalidad de la *burla* que va más allá del simple “rechazado”. Y cada vez que he sentido esa “bocanada” *era cierto estilo el que era su blanco adecuado*. Por decirlo de otro modo, es la particularidad que distingue a ese estilo de cualquier otro, su naturaleza “yin” o “femenina”, la que ha sido la circunstancia providencial, aprovechada rápidamente por el inconsciente colectivo para lavar la afrenta de una disidencia, añadiendo a la represalia por la *exclusión* la dimensión suplementaria de una *burla* – de la burla que supuestamente señala, en cierto estilo, las señales irrecusables de la *impotencia*.

Y ahora que con esa palabra “impotencia” cierto no-dicho al fin es nombrado, se vuelve claro hasta qué punto esa *misma* “circunstancia providencial”, que se añade a la de mi “defunción”, es la ocasión inaudita para mi amigo y exalumno y exheredero Pierre Deligne, para hacer tangible, creíble y *creído* esa *inversión* de papeles, ese deseo insensato y aparentemente sin esperanza ¡del que se siente “enano” ante un “gigante”! “Encaramado a hombros de gigantes” (retomando los mismos términos que figuran al final de su curriculum vitae<sup>263</sup>), en adelante es *él* el que será “gigante” a la vista de todos, y entregará a la burla de la Congregación al completo, cual un “enano” presuntuoso y gran vendedor de humo, a ese gigante de pacotilla, ¡claro que sí! – y que había sido (y sigue siendo a pesar de todo...) “un perpetuo y candente desafío para el que se siente abrumado por una irremediable condición de enano...”.

Esa espectacular inversión en la distribución de los papeles “enano” y “gigante”, entre él y el Otro (Aquél que es percibido como un *desafío*, ¡y que hay que suplantar a cualquier precio!) – esa inversión es

<sup>263</sup>Ver al respecto la última nota a pie de página de la nota “El nervio del nervio – o el enano y el gigante”, nº 148.

al mismo tiempo la *inversión en los papeles “femenino” y “masculino”*. Pues en tanto que encarnación (pletórica, flácida y sin contornos) de lo *femenino* (jamás dicho en claro y sin embargo ardientemente repudiado), aquél que fue (y sigue siendo a pesar de todo...) gigante es entregado a la muchedumbre (y ante todo al mismo Prestidigitador...) como lamentable enano y como objeto de burla; y también en tanto que encarnación heroica y ejemplar de la *virilidad*, aquél que fue enano (y que, a pesar de todo, y en el fondo de sí mismo bien “sabe” que lo sigue siendo, por condición inmutable...) se vuelve gigante de manos de acero, aclamado por la misma muchedumbre que acude a abuchear al Otro.

Esa inversión, por simbólica que sea, y claramente sin comparación con la “inversión” por así decir “privada”, realizada en virtud de una táctica a toda prueba (llamada “de la garra de terciopelo”) en el círculo restringido y sin mayores consecuencias de un “cara a cara”; un pequeño tiovivo en el que se siente tirar de los hilos que “dan cuerda” y hacen girar al Otro... El enano dando cuerda al gigante, de acuerdo, pero ¡siempre e irremediamente un enano! Mientras que la apoteosis del enano que se vuelve gigante y aún más alto, y que entrega a la burla de todos al mismo sobre el que está encaramado – esa apoteosis se desarrolla en plena plaza pública, ante una muchedumbre numerosa y regocijada, que acude a aplaudir el Elogio Fúnebre de un “enano” muerto y enterrado, decididamente como “clavo” de una soberbia y deleitable Ceremonia Fúnebre.

(152) (24 de diciembre) Con la reflexión de ayer, tengo la impresión de casi haber terminado de “ensamblar” ese primer plano del Entierro, al menos todo lo bien que me siento capaz de hacer con las “piezas” de que dispongo en este momento. Por supuesto que en esta segunda parte de la reflexión sobre el Entierro (la tercera parte de Cosechas y Siembras), mi propósito ha sido, no el de recoger hechos materiales (ya he recogido suficientes en la parte “investigación”, en los Cortejos I a X), sino el de llegar a una comprensión de los *resortes* del Entierro, de las *motivaciones* secretas (sin duda casi siempre inconscientes) en cada uno de los numerosos protagonistas<sup>264</sup>. Esas motivaciones se derivan, en primer lugar, de la naturaleza de la relación del interesado con mi modesta persona (en tanto que “difunto”); o, quizás con más precisión, con lo que represento para él por una razón u otra, ligada o no a mi partida de la escena matemática y a las circunstancias que la rodearon.

El “primer plano” consiste, dejándome aparte a mí mismo, en aquél que ha jugado en mi entierro el papel de “sacerdote con casulla”, o de “Gran Oficiante de las Exequias”. También es, entre los que fueron mis amigos o alumnos en el mundo matemático de antes de mi partida, al que estuve más unido, por afinidades matemáticas de una fuerza excepcional; y el único igualmente que ha mantenido una relación personal conmigo después de mi partida, relación que se mantiene hasta hoy mismo. Por todas estas razones dispongo de unos “datos” sobre él de una riqueza sin comparación con lo que conozco de cualquier otro participante en las Exequias. En fin, entre todos los matemáticos que he conocido<sup>265</sup>, sin duda él es, y con mucho, en el que el papel que me ha asignado en su vida ha pesado más – mucho más, claramente, que el que normalmente se asigna al que ha sido el maestro, aunque sea en el ejercicio de un arte al que uno se ha dedicado en cuerpo y alma (como yo mismo me dediqué). Después de diez años, he terminado por darme cuenta que ese papel que me asignaba rebasaba la pasión matemática (y lo que terminó por ocupar su lugar). Esa percepción que hay en mí, que permaneció difusa durante todos esos años, se ha precisado considerablemente y se ha hecho más consistente a lo largo de mi reflexión sobre el Entierro, hasta ayer mismo.

Me parece que con la reflexión de ayer, a la vez que ese primer plano del retablo centrado en la relación entre mi amigo Pierre y yo, ha terminado por colocarse y reunirse también el “tercer plano”, consistente en “la Congregación al completo”, que acude con regocijo para participar con su solícito

<sup>264</sup>(31 de diciembre) Ese “propósito”, tomado al pie de la letra y visto el número de sus “numerosos protagonistas” (¡y aunque sólo hubiera diez!), por supuesto que estaría totalmente fuera de lugar. Dejando aparte a mi amigo Pierre, todo lo más puedo hacerme una idea de conjunto, determinando mal que bien unas “motivaciones” e “intenciones” en un “inconsciente colectivo”, que a lo más recoja aproximadamente las de cierto “protagonista” particular.

<sup>265</sup>E incluso entre todas las personas que he conocido, salvo dos.

asentimiento en las Exequias y en el Entierro. Como escribía ayer, lo que aún le faltaba a la imagen que se había ido formando con la reflexión de la nota (del 24 de mayo) “El Sepulturero – o la Congregación al completo”, era el matiz de *burla* puesto en la exclusión del que se trata como “difunto”, y como “extranjero”, “outsider”. El sentido de esa burla, que ya aparece claramente en la nota (del 10 de noviembre) “Las exequias del yin (yang entierra a yin(4))”, fue recordado y puesto en perspectiva ayer: es la burla hacia el que es sentido (a un nivel informulado) como “femenino”, y que desde ese momento es objeto de una reacción “visceral” de rechazo, por asimilación (igualmente informulada) de lo “femenino” a la “impotencia” – sólo el hombre, en su triunfante virilidad, se supone portador de “potencia”, de fuerza creativa. También he subrayado el carácter totalmente refractario al sentido común y a la razón de tales asimilaciones viscerales, surgidas de un condicionamiento, cuando las ideas e imágenes que éste suscita son sentidas con tal fuerza de convicción y de evidencia, que normalmente se consideran su propia justificación.

Sin embargo hay un aspecto, que apareció como un repentino flash con las últimas palabras de la nota “Las exequias del yin”, que todavía no he retomado. He aquí las líneas con que termina la reflexión de esa nota:

“Ya no son las exequias de una persona, ni las de una obra, ni siquiera las de una inadmisibile disidencia, sino las exequias del “femenino matemático” – y de modo aún más profundo, quizás, en cada uno de los numerosos participantes que aplauden Elogio Fúnebre, *las exequias de la mujer repudiada que habita en él mismo.*”

Incluso me parece, ahora que lo pienso, que ese aspecto ha quedado un poco en silencio también en el caso de mi amigo Pierre, ¡del que sin embargo no carezco de hechos de primera mano! Si ese aspecto ha estado un poco presente, y tal vez ha sido notado por un lector atento, ha debido ser más bien entre líneas, mientras que la atención estaba absorta sobre todo por los diferentes ángulos del aspecto “inversión del yin y el yang” – (aspecto que, al menos a primera vista, parece específico de la persona y del papel particular de mi amigo en el Entierro). Esta omisión me recuerda que aún tendré (¿en los próximos días?) que hablar de la última visita de mi amigo, del 10 al 22 de octubre (señalada en la nota del 21 de octubre, prometiéndome volver sobre ella “en pocos días” ...). Ése será el momento más propicio, me parece, para examinar un último (?) ángulo de la “inversión” – con la inversión del equilibrio original yin-yang *en la misma persona* de mi amigo. Ése es un *entierro* también de ciertos rasgos originales yin que hay en él, bajo la férula de rasgos yang que aparecieron más tarde y tomaron posesión del lugar. Me encuentro aquí, con una perspectiva nueva y más profunda, ante esta sobrecogedora constatación que ya se me había impuesto más de una vez<sup>266</sup>: que al creer enterrar al que había sido su maestro (y que seguía siendo su amigo), ¡no es a otro más que a *sí mismo* al que en realidad entierra con sus manos!

Volviendo de nuevo al “tercer plano” o “plano de fondo”, a esa “Congregación” alias “comunidad matemática”, las líneas citadas hace un momento sugerirían que eso que sentí con tanta fuerza en el caso de mi amigo Pierre, bien pudiera ser cierto también para “cada uno de los numerosos participantes que aplauden El Elogio Fúnebre”. Me parece que ése es el aspecto que todavía me queda por examinar un poco, antes de sentirme plenamente satisfecho y dar por (¿provisionalmente?) acabado el “plano de fondo” (además del primer plano) del retablo de mi entierro.

(25 de diciembre) Aproveché el pretexto de que ayer era la víspera de Navidad, para darme un buen “colocón”, trabajando en mis notas hasta después de las tres de la madrugada (¡una vez no hace costumbre!). Es cierto que desperdicié el día entero en otras tareas, y (después de releer las notas de la víspera) sólo me quedaban las horas de la noche, si quería hacer algo ese día. Como tan a menudo, finalmente ¡no logré abordar nada de lo que tenía en la cabeza al sentarme delante de las hojas en blanco! En lugar de eso, hice balance de dónde estaba en el “retablo” del Entierro, y puse en evidencia un aspecto,

<sup>266</sup>Esa “constatación” aparece por primera vez en la reflexión de la nota “El Entierro” (nº 61).

en el “primer plano” igual que en el “plano de fondo”, que permanecía borroso: el de “*el entierro de la mujer repudiada*” que vive en cada uno de los participantes en mis exequias.

Está bien claro que en esta cita, la expresión “entierro” sirve de imagen para designar un acto de rechazo y de *represión* (o de “supresión”, según una terminología recibida). Para que pueda ser cuestión de rechazar o de reprimir algo (en este caso, algo que “vive” en uno mismo), primero hay que asegurarse de que ese “algo” está realmente presente, que “vive” (aunque sea miserablemente). Aquí se trata de “la mujer” en cada ser, sea hombre o mujer, por tanto de la “vertiente” de su persona formada por los rasgos, cualidades, impulsos, o fuerzas de naturaleza “femenina”, “yin”, que hay en él. Es algo extraordinario, este hecho tan simple y esencial: que en cada ser, hombre o mujer, viven a la vez “la mujer” y “el hombre” – este hecho todavía hoy permanece generalmente ignorado. Yo mismo no lo aprendí hasta hace ocho años, cuando tenía cuarenta y siete años<sup>267</sup>.

Ciertamente, seguramente hace mucho que “los psicoanalistas” lo “saben” y hablan de ello. Seguramente hay muchos libros que tratan de eso, y todo el mundo ha oído hablar un poco de eso, igual que yo había oído hablar. Y también “todo el mundo” está dispuesto a admitir que ahí debe de haber algo de verdad, desde el momento que hay gente conocida que lo dice, y libros escritos sobre eso y todo. Sin embargo, haber oído hablar y estar “dispuesto a admitir...”, y hasta haber leído un libro o hasta diez sobre el tema, e incluso hasta (me atrevería a afirmar) haber escrito uno, o hasta varios, no implica por eso mismo que se “sepa” la cosa; al menos, no en un sentido más fuerte, y sobre todo menos inútil, que el de una simple memorización de fórmulas ya hechas, tipo “Freud (o Jung, o Lao-Tsé..) ha dicho que...”. Tales fórmulas constituyen un cierto bagaje cultural, una especie de tarjeta de visita de persona “cultivada”, “al corriente” de esto o aquello, y por eso mismo se puede admitir que tienen cierta “utilidad”; lo que es seguro, es que cada uno se atiene mucho a eso, al bagaje que ha acumulado así a diestro y siniestro, en la escuela y en los libros, en las “conversaciones interesantes” etc., y que arrastra con él contra viento y marea, como un trofeo brillante y engorroso, hasta el final de sus días. Si irreverentemente he dado a entender hace un momento que ese preciado bagaje era “inútil”, con eso quería decir: inútil para algo que, de todos formas, a nadie preocupa, e incluso de lo que todos y cada uno huyen como de la peste, a saber, el aprendizaje de uno mismo. O dicho de otro modo: que ese bagaje es inútil para *asumir su vida*, lo que es decir también para digerir y asimilar la substancia de la propia vivencia, y con eso, madurar, renovarse...

Si tuviera que resumir con unas pocas palabras el contenido esencial de mi larga reflexión sobre el yin y el yang, lo haría con el “recuerdo” de ese “hecho simple y esencial”, que justamente acabo de recordar hace un instante. Si hay algún lector que me haya seguido hasta aquí, y que todavía no haya sentido, en términos de su propia vivencia, este hecho: que hay “la mujer” en él aunque sea hombre, y que hay “el hombre” aunque sea mujer – es que al hacer ese vano esfuerzo por “seguirme”, habría perdido su tiempo recargando un bagaje, sin duda ya pesado, con otro peso más, etiquetado “Cosechas y Siembras”. Y si es hombre, y aunque no formase parte de los participantes en esas Exequias, que no hubiera conocido ni sospechado antes de leerme, puede apostar sin embargo que también él, día tras día y sin saberlo, “entierra una mujer repudiada que vive en él mismo” (igual que yo mismo hice antes y durante la mayor parte de mi vida).

Para un hombre hay mil y una maneras de “enterrar” a la mujer que vive en él, igual que para una mujer de “enterrar” al hombre que vive en ella<sup>268</sup>, es decir: de rechazarlo y reprimirlo. Una de las maneras más comunes de “enterrar” algo que vive en uno mismo, es con actitudes o actos de rechazo de esa misma cosa, cuando se presenta en otro. Ese rechazo justamente no es otro que la “reacción visceral” de la que hablaba ayer en un caso particular. Lo que da a la reacción de rechazo su fuerza (“visceral”), verdaderamente *no* es (como parecía dar a entender ayer) que la cosa rechazada en otro

<sup>267</sup>Ver al respecto la nota “La aceptación (el despertar del yin (2))”, nº 110.

<sup>268</sup>Lo mismo vale para un hombre que “entierra al hombre que vive en él”, o para una mujer que “entierra la mujer que vive en ella”, actitudes que están lejos de ser tan raras como se pudiera pensar.

vaya simplemente en contra de un conjunto de “valores” que tuviera nuestra adhesión total e indivisa. El que se sabe “fuerte” no se ofusca por la vista de una “debilidad”. La fuerza de la reacción viene, por el contrario, del hecho de que esa cosa, constatada en otro y “que no tiene lugar de ser”, *nos pone en causa a nosotros mismos*. Es como un *recordatorio* insidioso, inmediatamente recusado, de algo que nos concierne, que en el fondo *sabemos*, aunque quisiéramos ocultarlo a los demás igual que a nosotros; un recordatorio que por eso adquiere los tonos de una acusación muda y temible. En tal contexto, una actitud de benevolente tolerancia hacia un “reflejo” presente en otro, nos parece como una peligrosa confesión de connivencia, que se ha de evitar a cualquier precio. Por el contrario, con una actitud de rechazo nos distanciamos sin equívocos del otro, damos en suma garantía convincente (y muy en primer lugar, al Censor interior que hay en nosotros mismos) de que estamos libres de todo reproche, que somos y permanecemos “decentes”. Al mismo tiempo que *acto de obediencia* incondicional a ciertas *normas* de valores, que distinguen lo que es honorable de lo que es inadmisibles, la reacción de rechazo es al mismo tiempo *acto simbólico de entierro*, con el que la cosa que hay en nosotros “que no tiene lugar de ser” es rápidamente “clasificada” como algo que “no está”. ¡No en nosotros, en todo caso!

En este retablo, la forma que toma el rechazo, forma variable hasta el infinito, me parece sin consecuencias. Puede ser el rechazo ofendido, con todas las señales de la indignación o el disgusto, como puede ser el rechazo por la ironía o por el desdén “delicadamente dosificado”. Puede ser expresado con palabras claras e inequívocas, como puede ser simplemente sugerido, con palabras alusivas o de doble sentido, incluso sin palabras, con la sonrisa adecuada (o la ausencia de sonrisa...), allí donde conviene. El rechazo puede ser plenamente consciente, como puede acantonarse en la penumbra de lo que apenas aflora en la mirada, o refugiarse en la sombra donde jamás penetra la mirada.

La intensidad de la reacción de rechazo también es variable hasta el infinito, según que la “puesta en causa” de que se trate se sienta como relativamente anodina, o en efecto como temible. Las que tal vez susciten las reacciones más fuertes, son las “puestas en causa” que afectan directamente al *sexo*. Esa extrema susceptibilidad se ha atenuado algo durante las últimas generaciones. Sin embargo constato que cosas de naturaleza tan universal como los aspectos llamados “homosexuales” y “onanistas” (o, dicho más suavemente, “narcisistas”) del impulso amoroso, suscitan hoy como antes reacciones de rechazo de gran fuerza. Al menos así es, a poco que lo encaremos, no en una “interesante conversación” sobre las costumbres en tiempos de los romanos o sobre la psicología de las profundidades, sino en la vida diaria. Incluso en un cara a cara, es raro que se hable de las manifestaciones, en la propia persona, de esos aspectos del impulso sexual generalmente sentidos como “manchas” un poco molestas, (por decir poco).

En el caso particular que aquí me interesa, las reacciones de rechazo a las que me enfrenté antes de mi partida de la escena matemática, ciertamente no eran de fuerza comparable a las que acabo de evocar. Es verdad que el objeto de ese rechazo, a saber, las maneras de ser y de hacer “femeninas” cuando se supone que estamos “entre hombres”, tiene una connotación sexual, en un sentido del término más amplio que el ligado a la mera evocación de hechos y gestos acerca de “el culo” y lo demás. No dudo que esa connotación era generalmente percibida, a nivel inconsciente<sup>269</sup>. Sin embargo era de naturaleza bastante discreta e indirecta, como para excluir reacciones un poco brutales, que fueran más allá de una simple “reserva” hacia mi “seriedad”, mi “solidez” como matemático. Se añade que el dominio en que se sitúa mi “reflejo”, a saber el de una actividad puramente intelectual, contribuía a darle una apariencia relativamente anodina, muy alejada (qué iría Vd. a buscar ahí...) de toda asociación inquietante y escabrosa ¡de hombre-mujer bailando la danza del vientre y levantándose la falda! Eso no impide que después de mis primeros contactos con el mundo matemático (en 1948), hicieron falta casi diez años para que las reservas que suscitaba mi estilo, incluso en el interior de un microcosmos benevolente, terminasen por desaparecer – desaparecer de mi vista, al menos. Sin embargo la situación cambió de nuevo con mi partida, por el hecho de que un ambiente de benevolencia, de amistad y de respeto hacia mí, cambió de repente (sin que me diera cuenta en los seis años siguientes) por lo que fue percibido como una

<sup>269</sup>Ver especialmente la nota “Las exequias del yin (yang entierra a yin (4))”, n° 124.



“disidencia”, y como un rechazo.

\* \* \*

\*

A decir verdad, no estoy seguro de si ese cambio de ambiente fue tan “repentino” como acabo de decir. O mejor dicho, constato que todavía no tengo hechos en las manos que me permitan hacerme una idea de *cómo* ocurrió, después de mi partida en 1970, ese cambio al que me vi enfrentado, de repente (esta vez sí hay que decirlo), en 1976<sup>270</sup>. Es verdad que no tuve contactos durante todo ese tiempo con el mundo que había dejado, que hubieran podido hacerme sentir cierta “temperatura” y su evolución. Para mí lo que está claro, es que en esa evolución, la actitud del grupo de todos los que habían sido mis alumnos, y de su incontestado jefe de filas Pierre Deligne, ha jugado un papel determinante. El Entierro no ha podido tener lugar, y el ambiente que lo ha suscitado no ha podido instaurarse, más que por un “acuerdo unánime”<sup>271</sup> y sin fisuras, que engloba a la vez los “tres planos” de ese Entierro: “El heredero” (alias Gran Oficiante de las Exequias), el grupo de los “coherederos” o los “parientes”, formado por los otros once “alumnos de antes”, y en fin “la Congregación” (pero quizás no “al completo” – habrá que volver sobre ello...). De qué manera se levantó e instauró ese acuerdo perfecto sigue siendo para mí desconocido, y quizás permanezca así. Ahora no me siento incitado a sondearlo, y dudo que alguien lo haga en mi lugar (¡bien al contrario!).

Esto me recuerda que al escribir la nota precedente “La circunstancia providencial – o la apoteosis”, me rozó la cuestión de *quién* de los dos, “La Congregación” o “el sacerdote con casulla”, representó *la* fuerza maestra que actúa en el Entierro, de la que la otra habría sido de alguna manera el instrumento<sup>272</sup>. Entonces no me detuve en ello, no estando seguro siquiera de que la cuestión tuviera sentido – ¡tenía el aire de parecerse a la famosa cuestión de la gallina y el huevo! Lo que es seguro, es que ninguno de los dos (ni el “sacerdote”, ni la “Congregación”) podía pasar de la ayuda del otro para poner en obra el Entierro.

Por el contrario, otra cuestión que me parece tener un sentido más claro, es la de saber quién de los dos se ha dedicado más a esa obra. Es cierto que “la Congregación” no es una persona, y es impropio hablar de “su” dedicación a una tarea. Pero también es cierto que para mí, esa entidad personificada adquiere una figura concreta en diez o veinte *personas* que he conocido bien, con cada una de las cuales, durante un decenio o dos, e incluso más, he mantenido relaciones fluidas y amistosas. Por tanto cuando hablo de “dedicación” de la Congregación, es a la “suma” de las dedicaciones de todos aquellos, de entre mis antiguos amigos, que han tomado parte en mi entierro, en lo que pienso concretamente. Hecha esta precisión, me parece que la cuestión no tiene nada de retórica.

La respuesta que se me viene a esta cuestión, sin matiz de titubeo o duda, es que *no hay comparación* entre la dedicación del “heredero”, y la de la Congregación – igual que no la hay en un entierro ordinario, y tanto más si la herencia es importante a los ojos del heredero (cuando en la Congregación nadie tiene nada que ganar), y los lazos (de atracción o de conflicto) que le unen al difunto son fuertes y juegan en su vida un papel neurálgico. Si en esa situación hay alguna duda, sólo puede provenir de la presencia de “coherederos” entre los parientes del difunto. (Se trata pues del “segundo plano”, más que del “último plano” formado por el grueso de la Congregación). En el caso que me interesa, el único de esos “parientes” y coherederos cuya participación en mi entierro pudiera tener un peso comparable a la del heredero principal Pierre Deligne, me parece que es Jean-Louis Verdier, que juega el papel de Segundo

<sup>270</sup>Fue, recordemos, con ocasión de mis infructuosos esfuerzos por conseguir publicar la tesis de Yves Ladegailerie. Se habla de ese episodio en las dos notas “El Progreso no se detiene” y “Féretro 2 – o los pedazos tronzados”, n<sup>o</sup>s 50, 94.

<sup>271</sup>Para la primera aparición en la reflexión de esa constatación de un “acuerdo unánime”, véase la nota del mismo nombre (¡con mayúsculas!), n<sup>o</sup> 74.

<sup>272</sup>Recuerdo que en la reflexión del mes de mayo, en la nota “El Sepulturero – o la Congregación al completo”, me di cuenta de que mi amigo había sido un “*instrumento de una voluntad colectiva de una coherencia sin fisuras*”. La líneas que siguen no contradicen verdaderamente esa intuición, sino más bien la completan, dejando abierta la posibilidad de cierta simetría en la relación entre la “Congregación” y “el sacerdote con casulla”.

Oficiante en la Exequias. Este apelativo no es gratuito, pues más de una vez a lo largo del Entierro, ¡les he visto officiar a ambos en perfecta conjunción! Pero como ya escribí en otra parte, dejando aparte ciertos actos públicos de J.L. Verdier, he sabido poco de él desde que nos hemos perdido de vista; demasiado poco, sin duda, para poder hacerme una idea a poco detallada que sea de los pormenores de su relación conmigo, o de su relación con su prestigioso “protector” y amigo.

(153) (26 de diciembre) En la reflexión de ayer, intenté precisar esa intuición, que apareció como un “flash” el 10 de noviembre, que en “cada uno de los numerosos participantes” en mis exequias, éstas representaban el entierro simbólico de “la mujer repudiada que vive en ellos”. Cuando aquí y allá he hablado de “cada uno” de los participantes, es una expresión un poco tajante, que más vale no tomar totalmente al pie de la letra. Estoy convencido, al menos, de que esa intuición es justa en cada uno de aquellos (y seguramente son numerosos) en los que ha habido por poco que sea esa “reacción visceral de rechazo” hacia mi particular estilo en matemáticas, reacción que ha estado en el centro de mi atención en estos tres últimos días.

Por otra parte está claro que tal reacción *no* estaba presente en mi amigo Pierre, o al menos que no había rastro de ella, bien al contrario, en los cinco años anteriores a mi partida. Fue el profundo *parentesco* de mi estilo de enfocar la matemática con su propio estilo, el que dio lugar a una comunicación tan perfecta en esos años, y el que fue también la causa de esa afinidad poco común entre nosotros en el plano matemático, afinidad que él y muchos otros debieron sentir, como yo mismo la sentí. Es también ese parentesco el que fue causa, seguramente, de esa *fascinación* que mi persona como matemático y mi obra han ejercido sobre él, no sólo en esos años (en que se expresaba “en positivo”), sino también en los siguientes años y hasta hoy (en que se expresa sobre todo “en negativo”, pero de manera igualmente elocuente<sup>273</sup>). No tengo ninguna duda de que si hubo en él la menor reserva, el menor malestar hacia mi estilo de trabajo y mi enfoque de las cosas matemáticas, en esos primeros años, yo no hubiera dejado de sentirlo.

Es verdad que después de esos años, mi amigo se esforzó, en la medida de lo posible, en borrar hacia el exterior el papel que tuve con él, aunque fuera el de haberle enseñado y transmitido algo de peso, y del que había obtenido ideas importantes para su trabajo – y a fortiori, en borrar también esa relación de afinidad, incluso de fascinación. Después de mi partida, hubo una escalada progresiva en el rechazo de mi persona, no sólo con el silencio, sino también con la afectación de un desdén hacia mi estilo de trabajo, y también hacia gran parte de las ideas y nociones que introduje. La primera señal de tal afectación que me enteré se sitúa en 1977, con ocasión de “la operación SGA  $4\frac{1}{2}$ ”<sup>274</sup>. No he intentado seguir paso a paso la progresión de esa escalada, y no me siento inspirado a hacerlo (como ya dije ayer, en una cuestión muy parecida).

Ese rechazo de un estilo de enfoque muy parecido al suyo, y de una obra de la que ha surgido la suya, se equipara mucho a un *rechazo de sí mismo*. Al pensar hace un momento en el rechazo de mi estilo y de mi obra (mientras permanecía bajo la impresión de los cinco años de estrecho contacto matemático antes de mi partida en 1970), estaba dispuesto a minimizarlo, a no concederle más que una significación de alguna manera *táctica*, como un *medio* particularmente tentador para suplantar, y para satisfacer unos impulsos antagonistas, aprovechando la ganga de cierta “circunstancia providencial”. En efecto eso es lo que resuena en la nota de hace tres días, “La circunstancia providencial – o la apoteosis” (nº 151). Y lo que acabo de decir, a saber que en los años anteriores a mi partida *no* había rastro de las disposiciones de rechazo hacia su propio estilo o el mío, también va en ese sentido, y no en el de la situación examinada ayer: el de un rechazo de “la mujer que vive en uno mismo” (aunque sea, entre otros, por medio de cierto enfoque de la matemática), rechazo que habría *preexistido* a la puesta en marcha del Entierro.

<sup>273</sup>O al menos, esa fascinación debió ser, al principio, la fuerza en “sentido positivo” (la de *identificación* con el que era sentido como *semejante* entre las dos fuerzas que han jugado en la instauración de esa relación de identificación ambigua, conflictiva, con mi persona.

<sup>274</sup>Ver especialmente, sobre este tema, las notas “Dos virajes” y “La tabla rasa”, nºs 66, 67.

Eso no impide que aquél que ha elegido tales medios, y lo quiera o no, *los paga*. Esa “afectación de desdén” hacia cierto estilo, para ser operativa, debía hacerse, no sólo frente a los demás, sino también y sobre todo *hacia él mismo*. Pero no se puede desautorizar, ante los demás y ante sí mismo, un “estilo” que también es profundamente el suyo, *a la vez que se practica* como si nada. Ese “rechazo táctico” de otro, por la lógica de las cosas, pasa por un rechazo, por una *represión* de una parte de sí mismo – en este caso, por la represión de su estilo de enfoque de la matemática, según la naturaleza original de la fuerza creativa que hay en él.

Esta constatación no viene aquí como efecto de una percepción directa de un hecho. Es la conclusión de una breve reflexión, usando hechos conocidos y sacando “conclusiones” de sentido común. He aprendido a ser prudente con esa clase de conclusiones (y sobre todo, ¡fuera de las matemáticas!), y a no fiarme de ellas más que si se ven confirmadas posteriormente por otros hechos. Pero ahora recuerdo, muy oportunamente, que ya había sido llevado, en términos de lo que conozco de la obra de Deligne, a constatar que en esa obra no se encuentra rastro de ciertas inclinaciones (de naturaleza “yin”) en mi amigo, que sin embargo eran muy claras en los años anteriores a mi partida, y que igualmente reconocía en mí mismo. Me expreso de manera bastante detallada sobre este tema en las notas de hace un mes (del 26 y 28 de noviembre) “Yin el Servidor y los nuevos amos”, y “Yin el Servidor (2) – o la generosidad”<sup>275</sup>. Quizás la más importante sea cierta humildad, que hace ver (y describir, sin temor a parecer idiota) cosas muy simples, muy tontas, a las que nadie se había dignado prestar atención. Las mejores cosas que he aportado en matemáticas<sup>276</sup> son justamente de esa pasta. Ni lo esencial de mi obra, ni de la del que fue mi más brillante alumno, habría sido escrito si hubiera rechazado esa inclinación de mi naturaleza, que no tenía la suerte de gustarle a todo el mundo... Esa propensión (o esa “inclinación”) está íntimamente ligada a otra, sin la cual permanecería de lo más limitada. También es una actitud de humildad, y de “servicio”: cuando se trata de conocer y de describir con delicadeza y en todas sus facetas esa cosa nueva desdeñada por todos, no hay que pensar que nuestro tiempo es demasiado valioso para consagrarle diez páginas si hace falta (en vez de contentarse con dos líneas: ahí está la cosa – ¡haga Vd. con ella lo que quiera!), o incluso diez mil; para pasar con ella un día entero (de un hombre al que sin embargo no le faltan peces más grandes que freír...), o toda una vida, si hace falta.

Cuando hablaba de “mundos nuevos” por descubrir, en un tono un poco altanero tal vez, no era de otra cosa más que de *eso* de lo que hablaba: ver y acoger lo que parece ínfimo, y llevarlo y alimentarlo durante nueve meses o nueve años, el tiempo que haga falta, en la soledad si hace falta, para ver desarrollarse y florecer algo vigoroso y vivo, él mismo hecho para engendrar y para concebir.

Si esa propensión, que pudiera llamarse “maternal”, es hoy objeto de burla, es en “beneficio” de actitudes sentidas como “viriles”, que no toleran más que *un* tipo de enfoque de la matemática posible: el “del músculo”, con exclusión de “las tripas”. Las “verdaderas mates”, también llamadas “hard maths” (o “mates *duras*”), por oposición a las (poco apetitosas) “soft maths” (o “mates *blandas*”, por no decir podridas, ¡buaj!), son las demostraciones en diez o cincuenta páginas apretadas, de teoremas-en-competición (de dificultad proverbial, ¡o estás fuera de juego!), utilizando todas las maderas – todas las teorías y nociones “bien conocidas” y todos los hechos disponibles a diestro y siniestro. En cuanto a la “madera”, ya está ahí, ¡para eso está ahí! Y en cuanto a los que pacientemente han desbrozado, han sembrado, plantado, fumigado, podado, a lo largo de las estaciones y los años, para que broten y se desplieguen esos espaciosos oquedales de esbeltos troncos, tan en su lugar (allí donde había una maleza tupida e impenetrable) que se diría que están ahí desde la creación del mundo (sin duda como un decorado de fondo, y como reserva de “todas las maderas”...) – esa gente, que no vale más que para escribir artículos-río (cuando no son libros-río o series-río de libros-río, si encuentran editores lo bastante locos para imprimirlos), y para colmo ilegibles, son unos retrasados de las “mates blandas” por no decir “fofas” – se puede ser viril sin ser por eso menos educado...

<sup>275</sup>Son las notas n<sup>o</sup>s 135, 136. Conviene añadirles la subnota a la segunda nota citada (n<sup>o</sup> 136<sub>1</sub>).

<sup>276</sup>Ver al respecto la subnota n<sup>o</sup> 136<sub>1</sub> citada en la anterior nota a pie de página.

Con este hermoso vuelo, de repente vuelvo al punto de partida de esta larga meditación sobre el yin y el yang – a la primera nota de principios de octubre, “El músculo y la tripa (yang entierra a yin (1))” (nº 106). Sigue siendo el mismo entierro, a paso de procesión y con toque de clarín, de lo que es “femenino”, sepultado por el desdén machista de Brazo-de-Hierro alias Cerebro de Acero alias Superman. Ese entierro tiene lugar en el pequeño microcosmos matemático, eso es seguro, y su alcance supera todo caso particular, que sin embargo puede servir para aspirar su olor desde más cerca. Y ese olor es una de las principales enseñanzas que me ha aportado el Entierro, en el que figuro como difunto antes de tiempo.

Cuando restrinjo aún más el campo de mi atención, para centrarme en el papel tan particular jugado por mi amigo Pierre, le veo además otro sentido al Entierro. Es otra vez una *inversión*. Como anuncié ayer, sin pensar que volvería tan pronto sobre ello, ésa es, no una inversión en una *relación* (real o ficticia) que le une a otro, sino una inversión que tiene lugar *en su misma persona*. No se busca por sus propios méritos (como objeto, pudiera ser, de un “deseo insensato”...), ni se limita a ser puramente simbólica (aunque al final de un magnífico truco de prestidigitación, el que se sentía “enano” no cesa de sentirse igual de enano, como si no se hubiera convencido de que se había vuelto “gigante”...). Es una inversión, no digo irreversible, pero al menos perfectamente *real*. Parte de un estado de equilibrio armonioso de los impulsos creativos “femeninos” y “masculinos”, con una nota dominante femenina. Aboca a un estado de guerra y de represión, en que las *actitudes* y las *poses* (egóticas, como toda actitud o pose), enarbolando el pabellón “viril”, reprimen obstinadamente la *fuera creativa*, entregada a la burla y “enterrada” simbólicamente, bajo forma de una efigie grotesca y fofa, con rasgos de “Superhembra”.

En términos menos matizados, pero tal vez más imaginativos y más chocantes: un ser “*femenino*”, fino y vigoroso, dúctil, *vivo*, se ha metamorfoseado, con un truco de prestidigitación permanente, en un ser “*viril*”, indestructible, rígido y *muerto*.

(154) (1 de enero de 1985) Han pasado cinco días, con ocupaciones diversas. El fin de año ha sido la ocasión para escribir cartas que esperaban desde hace semanas o meses, sin contar algunas felicitaciones, en respuesta a las recibidas por Navidad. También, con la basura de dos o tres meses, y los desechos vegetales del jardín y del desbroce, o del vertedero municipal, he tenido que hacer unos montones de compostage, para tener preparado el terreno para el jardín a principios de la primavera. Como el terreno está en pendiente, he tenido que rehacer una terraza suplementaria, al lado de la que estaba prevista para el compostage “diario” de los desechos domésticos.

Con todo eso, no he encontrado tiempo para trabajar en mis notas, salvo el trabajo de intendencia. He releído con mucho cuidado, haciendo algunos retoques aquí y allá, el conjunto de la reflexión desde la parte “Amos y Servidor” (por tanto desde la nota del 24 de noviembre “La inversión (3) – o yin entierra a yang” (nº 133)), añadiendo las notas a pie de página previstas para las notas de los últimos quince días. Se trataba sobre todo de tener un manuscrito presto para ser mecanografiado, pero independientemente de toda cuestión práctica, esa relectura ha sido útil para tener una vista de conjunto de la reflexión de las últimas cuatro o cinco semanas. Igual que en el caso de una reflexión matemática de largo alcance, cuando el momento “particular” de la reflexión en que me encuentro en el día a día se encuentra bajo el haz muy concentrado de una viva atención, el “hilo” de la reflexión y la sinuosa línea que ha seguido en las semanas, incluso en los meses anteriores, tiende a perderse en el camino, a ahogarse y disolverse en la penumbra. No sabría decir si ése es un hecho general en todo trabajo de investigación de largo alcance, o si está ligado a ese mecanismo sistemático de “entierro del pasado” en mi vida, al que ya he tenido ocasión de aludir<sup>277</sup>. El caso es que al hilo de los días y semanas, e incluso meses, de una larga reflexión, hay en mí una pérdida de contacto con los estados anteriores de ésta, que se traduce en un creciente malestar en el trabajo. Ese malestar termina por resolverse con una retrospectiva más o menos profunda del conjunto del trabajo que acabo de hacer, con la que se restablece de nuevo el contacto que

<sup>277</sup>Ese mecanismo se activó en el momento del “vuelco” que tuvo lugar en mi infancia, en el verano de 1936 (cuando tenía nueve años). Se alude a ese episodio crucial en la estructuración del yo, en la nota “El Superpadre (yang entierra a yin (2))” (nº 108), y en la subnota nº 108<sub>1</sub>.

progresivamente se había relajado. He observado que esas “paradas” retrospectivas juegan un importante papel en mi trabajo. Cada vez, vuelvo a partir con viento nuevo en las velas, aligerado de ese “malestar” que me había señalado una pérdida progresiva de la percepción global de *continuidad en el tiempo* del trabajo que realizo. En mi trabajo matemático, no es raro, por no decir la regla, que tal vuelta atrás me conduzca a repensar de cabo a rabo el trabajo ya hecho, y a ver desde una nueva perspectiva tanto el trabajo hecho como el que está por hacer<sup>278</sup>.

Pero se trate de un trabajo matemático o de una meditación sobre mi vida, el “malestar” del que hablo siempre es señal de una comprensión imperfecta, no sólo (y con razón) del trabajo por hacer, sino igualmente del que ha sido hecho en el trabajo ya realizado. De hecho esa imperfección en modo alguno se reduce a una memorización defectuosa de las diversas etapas de la reflexión, y de su orden cronológico (aspectos por otra parte relativamente accesorios cuando se trata de una reflexión matemática, en que el objeto de la atención es una situación matemática, ajena por sí misma a las particularidades psíquicas del que la examina, y a las peripecias del examen). Más bien me parece la señal de una falta de *unidad*, de una *integración* insuficiente del conjunto de las comprensiones parciales que han aparecido como fruto de las sucesivas etapas de la reflexión. Esas comprensiones parciales permanecen imperfectas, incluso hipotéticas, mientras no se vean integradas en una visión de conjunto, en que se iluminen mutuamente. Por utilizar otra vez la imagen de un *puzzle*, la investigación de una sustancia desconocida se parece al trabajo de montar un puzzle cuyas piezas no estén dadas de antemano, sino que hay que descubrirlas durante el trabajo. Y lo que es más, cada pieza encontrada se presenta al principio en forma vaga y aproximada, incluso groseramente deformada respecto de la forma “correcta”, aún desconocida. El trabajo “local” de la reflexión consiste en identificar las piezas una a una, y en intentar mal que bien adivinar los contornos de cada una, guiándose sobre todo por suposiciones de coherencia interna de la pieza examinada, o de ésta con otras, intuitivas cercanas. Pero cada una de esas piezas no revela su verdadera naturaleza y su forma precisa y final, hasta que no están reunidas en la imagen final aún desconocida y de la que provienen. El “malestar” del que hablaba es el que me señala, en presencia de múltiples piezas perfectamente bien detectadas, pero amontonadas de manera informe, que por fin es hora de encajarlas – o también, si el encaje (más o menos parcial) ya estaba hecho, que éste es demasiado fragmentario, o que está ladeado y hay rehacerlo completamente. Para encontrar *el* encaje correcto, el orden cronológico en el que he encontrado las piezas del puzzle sin duda es a menudo algo accesorio. Pero retomar las piezas una a una en las manos (que más da si en ese orden), con las disposiciones del que sabe que deben encajar y que están esperando que se coloquen cada una en su lugar, es sin duda una etapa indispensable del trabajo, para ver finalmente cómo encajan en efecto.

La “última palabra” en la nota precedente (de hace seis días) intentaba captar con palabras cierta impresión que hay en mí – la de una *metamorfosis* que se habría operado en mi amigo Pierre al hilo de los años, durante los quince años que han pasado desde mi partida de la escena matemática. Había percibido señales dispersas aquí y allá, en el transcurso de los años, que a veces me han dejado boquiabierto, pero sin que en ningún momento (por lo que recuerdo) me detuviera en ello, para hacerme una idea de *conjunto* de lo que estaba pasando. Hay que decir que, aunque olfateaba cierto “viento”, y un papel particular que jugaba en él mi amigo (especialmente con el entierro de los motivos, del que me daba cuenta confusamente<sup>279</sup>), estaba muy lejos de sospechar el entierro de gran envergadura de mi persona y

<sup>278</sup>Para otras reflexiones similares, sobre el papel de las “retrospectivas” ocasionales en un trabajo de largo alcance, véase también la segunda parte de la nota “Retrospectiva (1) – o las tres hojas de un retablo” (nº 127), y más particularmente la nota a pie de página que se refiere a ella.

<sup>279</sup>(20 de febrero) Para ver ecos de ese sentimiento, que permanecía informulado y difuso (hasta el momento del descubrimiento del “entierro en todo su esplendor” a partir del 19 de abril del año pasado), señalo especialmente las alusiones ocasionales, en la primera parte de Cosechas y Siembras (escrita en febrero y marzo del último año), sobre la suerte de la noción de *motivo*, especialmente en la Introducción, 4 (“Un viaje en busca de cosas evidentes”) y en la sección “El Soñador” (nº 6). La formulación de ese sentimiento se ha precisado considerablemente a lo largo de las páginas finales de la última sección de esa primera parte, “El peso de un pasado” (nº 50), a partir del pasaje “Pudiera considerar la “Carta a ...” (leer: Daniel Quillen), que constituye un viraje repentino en la reflexión de ese día, y ante todo la doble nota “Mis huérfanos” y “Rechazo de una herencia – o el precio de una contradicción” (nºs 50, 51), escrita a finales de marzo, hacen un poco “El

del conjunto de mi obra que mi amigo estaba orquestando con maestría. Fue el descubrimiento progresivo de ese entierro a lo largo del año pasado, el que finalmente fue el *choque* lo bastante fuerte como para mover una inercia que había en mí, y para motivarme a “plantearme” por fin una situación que parecía envuelta entre las brumas de un pasado lejano. Fue pues con disposiciones bien diferentes de las disposiciones un poco “de rutina” que yo había tenido en nuestros anteriores encuentros, con disposiciones de atención desconcertada, con las que recibí a mi amigo en su reciente visita, en octubre. Después de esa visita apareció esa impresión, o mejor esa repentina percepción de algo seguramente presente desde hace mucho tiempo, y que hasta entonces había tenido a bien ignorar: la percepción de esa “metamorfosis” – la misma sobre la que he recaído con un sesgo diferente en la reflexión de la nota precedente. Si me he vuelto a encontrar de nuevo esa impresión, esta vez a través de lo que conozco de la obra de mi amigo, seguramente no es por casualidad, sino guiado por lo que me había enseñado desde hace dos meses el contacto directo con su misma persona. La fuerza de evidencia de esa impresión de una metamorfosis, culminando en un “ser “viril”, indestructible, rígido y muerto”, ciertamente no podía venir como culminación de una reflexión comparando y reuniendo hechos (o impresiones parciales de muy distinta naturaleza), sino sólo por una vivencia inmediata, que permanecía no-dicha. Y esa vivencia permanece no-dicha en este mismo momento<sup>280</sup>.

En la nota precedente, escribo que esa “inversión” (en la persona misma de mi amigo), o esa “metamorfosis” (por retomar la expresión que apareció en las “palabras finales”), no era “buscada por sus propios méritos”, añadiendo además, entre paréntesis: “como objeto, quizás, de un “insensato deseo”...” (de ese deseo de inversión, pues, del que hemos hablado en la nota “El nervio del nervio – o el enano y el gigante”). Sin embargo, releendo al día siguiente las notas de la reflexión, ya no estaba tan seguro de eso, ni de si mi propósito deliberado de *oponer* esas dos “inversiones” que distinguía en el Entierro estaba bien fundamentado. Después de todo, en esa imagen del enano y el gigante, el “gigante” encarna (como ya he subrayado más de una vez) los valores “viriles”, y el “enano” se encuentra abrumado por los desvalores “hembra”. Y aunque esa imagen *se sitúe* fuera de la persona de mi amigo, pegada sobre su relación con otra persona (en este caso yo), eso no impide que carezca de existencia “objetiva” exterior a su persona, que sea por contra la *proyección* al exterior (sobre su relación con Untal) de una realidad conflictiva que no se juega en *nadie más que en él mismo*. Por decirlo de otro modo, esa imagen del enano y el gigante aparece como la *puesta en escena* simbólica del *conflicto real* que se juega en las capas más profundas en que vive la imagen, conflicto que no es otro que el sempiterno *conflicto entre las “vertientes” yin y yang de su persona*.

Tal *exteriorización* de un conflicto interior, que ha de permanecer rigurosamente oculto, forma parte además de los procedimientos de toda clase utilizados por el inconsciente, para “evacuar” en la medida de lo posible el conflicto real original, substituyéndolo por otro que parece más “aceptable”, o al menos, menos inquietante. En este caso, la imagen-pararrayos elegida permanece inconsciente (al menos lo presumo); e incluso, tendería a pensar, permanece acantonada en capas relativamente profundas del inconsciente, pero más cercanas a la superficie sin embargo que el conocimiento del conflicto real. (Éste no es otro que “el lugar” de ese “conocimiento de doble cara” del que hemos hablado en la nota “Los dos conocimientos – o el miedo a conocer”, n° 144).

Esto sugiere que ese “deseo insensato” recordado entre paréntesis en la nota precedente, el de *ser él mismo ese gigante*, o al menos, de *pasar por él*, – que ese deseo no es más que la *trasposición* “exteriorizada”, en términos de la imagen-pararrayos del enano y el gigante, del deseo de una “metamorfosis” en sí mismo; de una metamorfosis si no real, al menos aparente – aquella en que una predominancia en

---

balance” de lo que anteriormente era percibido de modo difuso, sobre la suerte de mi obra matemática y de cierto “viento” de moda sobre ésta y mi persona.

Para una descripción de una forma particular que había tomado ese “sentimiento difuso” en relación a los motivos, véase la nota “La tumba” (n° 71) y la siguiente, “Un pie en el ti vivo” (n° 72).

<sup>280</sup>(20 de febrero de 1985) Permanece no-dicha en este mismo momento, aunque acabo de hacer por fin el relato de la visita de mi amigo, en la nota “El deber cumplido – o el momento de la verdad”, n° 163.

su ser sentida como inaceptable, la predominancia de las tonalidades “yin” (sentidas como “blandas” y despreciables), se vería “invertida”, metamorfoseada en una predominancia de tonos “yang” o “viriles” (sentidos como “heroicos”, y como los únicos dignos de envidia). Lejos de oponerse por su naturaleza íntima, esos dos deseos ahora me parecen inseparables, siendo uno como la sombra, como la *expresión simbólica* y tangible del otro. En cuanto a la “metamorfosis” que he terminado por percibir durante la visita de mi amigo (¡más vale tarde que nunca!), aparece ahora como la *realización* o el cumplimiento de ese deseo “insensato” e imperioso; el cumplimiento, no por la intervención de una gracia providencial, sino como efecto a largo plazo de la voluntad obstinada del “patrón” de “rectificar el tiro”, para *remodelarse* según unos rasgos de prestado, y para imponer esos mismos rasgos al obrero-niño (que, quién lo duda, jamás es consultado para esta clase de operaciones, típicamente “patrón”).

En la nota anterior he subrayado el carácter de *realidad* de esa “inversión” (o esa “metamorfosis”). Ahora distingo más claramente la naturaleza y los límites de esa “realidad”. Es la realidad de una *pose*, que se esfuerza en moldearse según un modelo, sentido como el ideal a alcanzar. La elección del modelo, es decir de la clase de pose adoptada, es sin duda bien anterior a nuestro encuentro. Pero me parece que la energía dedicada y dispersada en esa pose era mínima en el momento de ese encuentro, y en los siguientes años. Hubo, creo, un cambio repentino y draconiano en las dimensiones adquiridas por esa dedicación, con la extraordinaria “ocasión” creada por mi partida; primero la partida de mi institución, (donde de la noche al día mi amigo debió verse a sí mismo como *sustituyendo a su “rival”* subrepticamente), y poco después, mi partida de la escena matemática. Un segundo aspecto de realidad, aún más importante, es que en virtud de una dedicación desmesurada, esa pose ha terminado por convertirse en “*una segunda naturaleza*”. Esa “segunda naturaleza” es la que he percibido en nuestro reciente encuentro. Está lastrada por una inmensa inercia – igual que fue el caso de mi propia persona. Eso no impidió, en mi caso, que se produjera una renovación; y que se haya producido en mí, no le quita nada a la inercia de mi amigo, que se opone a una renovación en él mismo.

Esa “nueva” realidad que poco a poco se ha instalado en él no ha “resuelto” el conflicto que hay en él, no más que la ocupación de un país por un país vecino “resuelve” un conflicto. Más bien, el conflicto que hay en mi amigo se encuentra “congelado” en cierta “relación de fuerzas”, y es posible que permanezca así hasta el final de sus días. Sin duda puede decirse que la estructura del yo, es decir los mecanismos de comportamiento, realmente han cambiado, a veces de manera llamativa. Tales cambios, sin embargo, impuestos por la voluntad del “patrono”, no cambian nada en la naturaleza original, la de las fuerzas creativas del obrero-niño. Simplemente se parecen a unos *grilletes* puestos al obrero, que ha de desenvolverse como pueda para trabajar, bajo la desconfiada mirada del “patrón”, cuando no le quita las herramientas de las manos, ¡para mostrale al obrero lo que hay que hacer!

Eso no impide que la fábrica funcione y produzca, y el patrón, grosso modo, está contento. Por supuesto que el ambiente es malo, pero como la mayoría de los patronos, tiene la piel curtida y no deja que le echen, mientras los beneficios sean buenos.

(155) (2 de enero) Hace ya más de una semana, desde la nota del 24 de diciembre, “El desacuerdo (1) – o el recuerdo” (nº 152), que tengo la impresión de haber terminado más o menos con el primer plano del retablo del Entierro. Y no – ya van tres veces que he tenido que volver sobre tal punto o tal otro que no parecía del todo claro, sólo añadir tres palabras, sin duda, para poner un último punto sobre una última i. Y cada vez, ese “último punto” me ha tenido ocupado toda la noche, cuando ha resultado que lo que parecía “no del todo claro” estaba más bien oscuro, y que no era un lujo volver sobre ello y aclararlo. Presiento que hoy no va a ser distinto, pues me propongo volver sobre un (¿último?) punto, rozado de pasada en la nota “El desacuerdo (2) – o la metamorfosis” (nº 153). Se trata de unos de los aspectos propios de una relación en que juego el papel de “padre adoptivo” – el aspecto de *identificación* (“ambigua”) de mi amigo con mi persona. Ese aspecto es evocado en tres o cuatro líneas, en una nota a pie de página en la citada nota. En esa noche no se vuelve a tratar, pero al día siguiente, al releer las

notas de la víspera, siento que tendré que volver sobre ello. Al retomar la reflexión ayer por la tarde, pensaba enganchar con eso, pero finalmente fue otro de los “últimos puntos” que quedaban en suspenso después de la reflexión anterior, el que me tuvo ocupado por la noche hasta muy tarde.

En las numerosas veces que he sido conducido en Cosechas y Siembras a notar, en la relación de tal amigo o alumno, un aspecto de padre adoptivo o adoptado, siempre ha sido con ocasión de la aparición de rasgos conflictivos en esa relación. También, y sin un propósito deliberado, eran los aspectos *conflictivos* de tal relación de connotación “paternal” los que estaban en el centro de mi atención y se encontraban subrayados. Sentía bien que en tal relación, siempre hay una componente más o menos fuerte de *identificación con el padre*, con la única reserva de que esa identificación a veces puede tomar forma “negativa”, por identificación con el “negativo” (u opuesto) de la imagen de un padre repudiado<sup>281</sup>. Ese conocimiento permanecía en el trasfondo, sin intervenir de manera visible en la reflexión, aportando sin embargo su parte en una aprehensión difusa y en la formación de una imagen todavía borrosa, informe de tal o cual relación. Sólo me expreso una vez, creo, y en términos generales, en el sentido de una identificación, al final de la sección “El Padre enemigo (1)” (nº 29):

“... fue la reproducción del mismo arquetipo del conflicto con el padre: el Padre a la vez admirado y temido, amado y detestado – el Hombre que hay que afrontar, vencer, suplantar, tal vez humillar... pero también Aquél que secretamente se quisiera ser, despojarle de una fuerza para hacerla suya – otro Uno-mismo, temido, odiado y eludido...”

Apenas es necesario decir que en esas líneas, escritas con ocasión de una “retrospectiva sobre mi pasado como matemático”, si había un caso especial que guiaba mi pluma al escribir, era el de la relación con mi “heredero” oculto y exalumno-que-no-dice-su-nombre, Pierre Deligne – en un momento, por tanto, en que yo no tenía ninguna sospecha, al menos a nivel consciente, ¡del Entierro a toda pompa orquestado por él! Al reproducir esas líneas, escritas hace más de nueve meses, me ha chocado hasta qué punto parecen prefigurar y “llamar” (de alguna manera) a la imagen del enano y del gigante, que parecería haberse formado y materializado justamente con el único fin de dar forma tangible a la intuición expresada en ellas. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que no es en mí, el cronista-investigador, donde se ha formado la imagen, sino en mi mismo amigo, ¡y no es de ningún otro de donde me ha llegado<sup>282</sup>!

La identificación conflictiva aparece claramente en las palabras “también Aquél que secretamente se quisiera ser” y, aún con más fuerza y sin ningún equívoco: “otro Uno-mismo”. En la imagen del enano y el gigante, tal y como me ha venido a la pluma el 18 de diciembre (en la nota “El nervio del nervio – o el enano y el gigante”, nº 148), se habla del “insensato deseo de *ser él mismo ese gigante*, o al menos de *pasar por él*, líneas que parecen venir en respuesta a ese “Aquél que secretamente se quisiera ser” citado hace un instante. Pero esa vez me detuve ahí (¡a cada día le basta su afán!), un paso pues por detrás del “otro Uno-mismo”, ¡que me vino nueve meses antes como algo evidente! Es cierto que esta vez, cuando se trata de un “trabajo detallado”, en un caso particular de lo más preciso, hay que ser mucho más cuidadoso y circunspecto que en un contexto en que hacemos como (¡como si nada!) que lanzamos una afirmación de naturaleza general, que no se refiere a nadie en particular...

Pero al considerar la cosa, es cierto que en efecto es un pequeño paso, para el inconsciente ávido de satisfacciones *simbólicas*, que puede permitirse a golpes de imágenes mentales de fabricación propia, entre el “insensato deseo” (visiblemente de una fuerza considerable) de ser esto o aquello, y el *acto de identificación* con aquello mismo que se quiere ser. Para que la identificación, por inconsciente que sea, sea un poco creíble, y para que las satisfacciones que aporte puedan ser saboreadas con un mínimo sentimiento de seguridad, sin duda hace falta que tenga el aval de ciertos caracteres “objetivos” de semejanza con la persona (en este caso) a la que se identifica. Supongo que en el caso que me ocupa, el de la relación

<sup>281</sup>Ése fue el caso en mi relación con tres de mis hijos, esta vez nada de “adoptados”, y aún menos “adoptantes”...

<sup>282</sup>Sobre este tema véase la nota a pie de página en la nota “El nervio del nervio – o el enano y el gigante”, nº 148.



de mi amigo conmigo, el primer “carácter objetivo” que puede favorecer un sentimiento de semejanza, y un acto de identificación, fue la fuerte afinidad entre su enfoque y el mío de nuestra común amante, la matemática. Ésa sería la fuerza “en sentido positivo”, “la de identificación con el que es sentido como *semejante*”, de la que se habló de pasada en la nota a pie de página citada al comienzo de la reflexión de hoy.

Sin embargo, como ya he tenido ocasión de señalar varias veces a lo largo de la reflexión sobre la relación entre mi amigo y yo, desde los primeros años de esa relación, no dejó de percibir los aspectos de desequilibrio “superyang” en el personaje que yo exhibía desde mi infancia, y que desde hacía mucho se había convertido en mi “segunda naturaleza”. No sabría decir si, al nivel de la percepción consciente, mi amigo supo distinguir claramente entre esos dos aspectos totalmente distintos de mi persona. (Tendría tendencia a dudarlo). El caso es que el aspecto superyang del “patrón” en mi empresa debió suscitar en él dos tipos de reacciones bien distintas. Una, la única que yo percibía hasta estos últimos meses, y la única consciente en él (supongo), se expresaba con un lamento algo apenado, que ya he tenido ocasión de evocar, actitud que nunca se apartaba de las tonalidades amistosas o afectuosas. La otra reacción, mirando más de cerca, se presenta como “ambigua”, formada por dos componentes de sentidos aparentemente opuestos. Una, “positiva”, va en el sentido de una *valoración* sin reservas de mi persona, como encarnación de “valores” heroicos, “fuera de lo normal”; ciertamente valores generalmente admitidos, que asimilamos en la juventud como el aire que se respira, pero que el entorno inmediato de su infancia no le había proporcionado el “modelo” en que inspirarse. Esa componente, igual que el sentimiento de *afinidad* (de naturaleza muy distinta) del que hemos hablado anteriormente, van en el sentido de una *identificación* con mi persona, sin elementos de antagonismo. Por el contrario, ese elemento antagonista entra en la otra componente, o mejor, la otra cara (o “*el reverso*”) de esa identificación de la que acabo de describir “*el anverso*”, y sigue siendo para mí de lo más enigmático. Seguramente es aquí donde el papel “paternal” que mi amigo me ha asignado, en conformidad con cierto “perfil” ideal que supuestamente encarna tales valores, juega un papel crucial. Al tratar de sondearlo a tientas, con ayuda de algunos elementos muy tenues de que dispongo, la causa profunda del contenido fuertemente antagonista de esa identificación con un “padre adoptado” (¡de rasgos muy “Superpadre”!), caí (hace dos semanas) en un “escenario” plausible, pero que es hipotético, en la nota del 20 de diciembre “Rencor aplazado – o el retorno de las cosas (2)”.

No es éste el lugar para volver sobre ese escenario. Me parece más interesante revisar la imagen “el enano y el gigante” (que acababa de aparecer en la nota de la antevíspera), desde la óptica de esa identificación conflictiva de mi amigo con mi persona. Parece que ambos protagonistas, el enano igual que el gigante, *no son otros más que él mismo*, o mejor, son *dos aspectos distintos de él mismo*. “El enano” representa lo que es sentido por mi amigo como *el aspecto original* e “inmutable” de su ser, el que está arraigado en la infancia que recuerda y sin duda todavía más allá... Es también el que es sentido como el aspecto banal, insignificante, por no decir irrisorio de su persona. Es *el aspecto rechazado*, y por eso mismo, sentido también como “irremediable”, como “abrumador”, como el *polo vergonzoso* y despreciable de su ser. “El Gigante” por contra representa *el ideal* vertiginoso que no tiene esperanza de alcanzar jamás, al que uno puede, todo lo más, esperar parecerse un poco, so pena de darle el cambio a uno mismo como a los demás, con todos los medios a disposición. Uno de esos medios fue el de suplantar a Aquél que aparece como la encarnación prestigiosa y envidiada de ese ideal, y el de “probar” su superioridad sobre el Rival con todos los medios imaginables. En cuanto al mismo Gigante, ahora parece distinto del Rival y Padre, es *el aspecto resaltado*, el *polo ideal, heroico, del yo*. La gratificación suprema del “patrón”, es de lo más natural que sea alimentar la ilusión de que realmente se *es* ese polo ideal, esa proyección de un espíritu ávido de engradecerse. Pero el ansia de esa gratificación revela una inquietud, “una duda profundamente enterrada” – nos dice que el interesado “no está convencido, en el fondo de sí mismo, de esas señales ficticias de una importancia, de un “valor”...”<sup>283</sup>.

<sup>283</sup>Las citas entre comillas está sacadas de la sección “Infalibilidad (de otros) y desprecio (de uno mismo)”, nº 4.

Al nivel más superficial del psiquismo, esas señales ficticias<sup>284</sup> forman parte sin embargo de esos “caracteres (más o menos) objetivos” de los que hace poco hemos hablado, que supuestamente “hacen creíble” un acto de identificación con un modelo ideal (permanezca éste bajo la forma impersonal de un “Gigante” sin rostro que vive en uno mismo, o tome el rostro tan familiar del Padre enemigo, del Rival).

(156) (3 de enero) Ayer por la tarde, aprovechando una hora muerta en espera de la visita de unos amigos, estuve ojeando la autobiografía de C.G. Jung, que un amigo me había traído por casualidad. Lo poco que pude leer me llamó mucho la atención. Era la primera vez que tenía un texto de Jung entre las manos, y hasta ahora sólo tenía de él una idea de lo más vaga – un alumno disidente de Freud, que había sabido (según los ecos dispersos que me habían llegado) introducir los vericuetos claroscuros del misterio en las avenidas rectilíneas del Maestro. Y más o menos nada más. He tenido la impresión de una persona viva como Vd. y yo, y que además no pierde el tiempo, y sobre todo: uno que va directo a las verdaderas cuestiones, las que siente esenciales por sus propias luces, y que no se contenta (cuando por ventura la cuestión es vieja como el mundo) con las respuestas ya cocinadas por los sabios.

El aspecto “biográfico” (destinado a ser publicado) por supuesto que me ha interesado particularmente, pues las notas que estoy escribiendo se parecen bien poco a una biografía, y lo hago con un espíritu muy cercano al de Jung: el suceso exterior siempre está subordinado a la aventura interior, de la que es a la vez un revelador, y un estímulo ocasional. Me ha chocado que Jung no haya escrito una autobiografía (o más exactamente, no haya aportado su contribución a una biografía) hasta los 83 años, y sobre todo: que en ningún momento anterior de su vida se haya tomado la molestia de examinar profundamente su propia infancia. Me parece que para los alumnos de Freud, debería ser evidente que una de las primeras cosas, si no la primera, para familiarizarse con los entresijos del inconsciente ¡sería la de explorar dichos entresijos en la propia persona! No tengo ninguna duda de que un supuesto “conocimiento” del inconsciente que se reduzca a lo que se aprende en un curriculum universitario (aunque el profesor fuese el mismísimo Freud), y al análisis de algunos “casos clínicos”, es un saber no integrado, un saber parcial, “muerto” – un saber que por sí mismo no proporciona, ni siquiera favorece, una comprensión de uno mismo, o de otros, o del mundo.

Pero también es verdad que una exploración de la propia persona es una tarea que, por su propia naturaleza, no puede ser objeto de un “programa” institucionalizado – igual que la restauración, en su misma raíz, de un equilibrio psíquico perturbado (en un “paciente”, digamos) no puede ser fruto de la intervención de un “ogo” cualquiera que sea, que se reduzca a poner en práctica unas recetas. El “equilibrio perturbado” no se limita a la aparición, socialmente inaceptable, de una depresión nerviosa o de una neurosis, sino que se puede constatar en casi todo el mundo (en un grado más bien *más* que menos profundo). Los mismos psicólogos (o etnólogos, sociólogos y otros “ogos”), y de cualquier tendencia, ¡no son una excepción! Y una verdadera restauración del equilibrio perturbado no es una mera “intervención médica” sobre una tercera persona. Es un *acto del mismo interesado* y de nadie más – un *acto de amor*, que es libre de hacer o de no hacer. No es el resultado de la inexorable evolución de los mecanismos psíquicos (con o sin intervención del experto en mecanismos psíquicos), sino un *acto* en el pleno sentido del término, una *creación*, un *re-nacimiento*.

Antes de terminar de escribir la perentoria frase de más arriba, sobre el “supuesto “conocimiento” del inconsciente”, me di cuenta de hasta qué punto el contexto puede hacerla parecer petulante. Sin saber nada de la obra de Jung (como acababa de decir) parece que la mando a paseo, así como a su “supuesto” conocimiento del inconsciente – porque aparentemente no se había tomado la molestia (antes de los 83 años de edad) de explorar el terreno en que había brotado su propio inconsciente. Sin embargo supongo que al leer su biografía, quedará claro que, sin haberse consagrado a tal “exploración”, Jung debía tener

---

<sup>284</sup>Aunque esas señales sean “ficticias”, no por eso dejan, a menudo, de formar una “segunda naturaleza” ¡de una solidez a toda prueba, “indestructible” (por retomar la expresión de las últimas palabras en la nota “El desacuerdo (2) – o la metamorfosis”, n.º 153)!

otras vías de contacto con su propio inconsciente (vías que sin duda permanecieron inconscientes mucho tiempo). Seguramente las premisas de la afirmación incriminada no se le aplican a él.

Otra cosa de muy distinto orden me ha intrigado al ojear el glosario. Bajo el término “quaternité” (NB se trata de la edición francesa) Jung insiste sobre el carácter “totalizante” del número cuatro. Hace diez años todavía yo era muy refractario a la idea de una utilización filosófica o “mística” de los números – toda especulación o discurso en ese sentido me parecía un sinsentido, una chiquillada, un “Hokuspokus” (como se llama en alemán a los trucos de magia de tres al cuarto). Lo poco que sé del Yi-King<sup>285</sup> (o “Libro de las Mutaciones”) me ha hecho menos tajante. Ayer me di cuenta de la relación que hay entre el carácter “cósmico” atribuido al número cuatro y la agrupación espontánea, al escribir “La llave del yin y del yang”, en “paquetes” generalmente de cuatro o de ocho notas, reunidas bajo un título común. El primer grupo se reduce a una sola nota, es verdad, pero (ya lo había notado con satisfacción al terminar el sexto grupo, “La matemática yin y yang”, que tiene siete notas en vez de ocho) al unirla a un grupo posterior, en el que esa nota aislada se inserta de modo natural, se tiene un paquete de ocho notas ( $7 + 1 = 8$ ), otra vez un múltiplo de cuatro. Este “pattern” continúa hasta hoy, el último grupo terminado es el grupo 10 “La violencia – o los juegos y el aguijón” (156<sub>1</sub>). Hay que decir que a partir del grupo 7 (“La inversión del yin y el yang”) me he dejado guiar por ese “pattern” que había aparecido sin que lo buscara, y sin que le busque o le suponga un “sentido” más que el de una cierta “regularidad” matemática en la forma, percibida como armoniosa.

Esto me recuerda el único otro texto que he escrito sobre un tema que se pueda calificar de “cósmico”, centrado también sobre la dinámica del yin y del yang en la vida humana y en el acto creativo<sup>286</sup>. Ese texto se agrupó, aparentemente sin ningún propósito deliberado inicial y seguramente sin esforzarse en ningún momento, según una rigurosa ordenación numérica. Me había olvidado de cuál era, pero al mirarlo ahora (¡se es curioso o no!), resulta que se trata de siete “estancias”<sup>287</sup> de cuatro “estrofas” cada una. Por tanto también es una agrupación de cuatro en cuatro. Es cierto que el número de estancias es de siete, que no es múltiplo de cuatro – así que según el criterio jungiano, el conunto de la obra<sup>288</sup> no satisface el carácter de totalidad, sino sólo cada una de las siete “estancias” que la componen. Pero aquí también tengo algo dónde agarrarme, visto que la famosa “obra poética” tenía igualmente un providencial “epílogo”, (sin contar un interminable prólogo, que tuve el buen sentido de largar), otra vez tenemos  $7 + 1 = 8$ , ¡estamos salvados!

Es hora de volver a la reflexión de ayer allí donde la dejé. Había intentado comprender la imagen del enano y el gigante en mi amigo, en términos de su identificación con mi persona. Parecía que “el enano” y “el Gigante” representan (o “*escenifican*”, por retomar la expresión de la nota que precede a la de ayer) los dos “*polos*” extremos en la persona de mi amigo (quiero decir: eso que el “patrón” ha *instituido* como “polos extremos”): un “polo vergonzoso y despreciable”, y otro “polo ideal, heroico”. A decir verdad, con diferente acento o iluminación, vuelvo a encontrarme la interpretación de la misma imagen-fuerza del enano y el gigante hallada la víspera, en la nota de anteayer “La puesta en escena – o la “segunda naturaleza”” (nº 154). Se trataba de la “puesta en escena” del conflicto instituido por el patrón, el yo, entre la dos “vertientes” yin y yang del ser. Esa formulación del conflicto original, en términos de dos “vertientes”, correspondería a un conocimiento no deformado de ese conflicto – y estoy convencido de que ese conocimiento ha de existir realmente en capas profundas (pero no inaccesibles) del psiquismo. La formulación en términos de dos “polos extremos”, que me vino ayer, representa una

<sup>285</sup>(N. del T.) o *I Ching*, un libro chino de oráculos y uno de los clásicos confucianos.

<sup>286</sup>Se trata del “Elogio del Incesto”, del que se ha hablado en la nota nº 43 (que se refiere a la sección “El Gurú-no-Gurú – o el caballo de tres patas”, nº 45), y sobre todo en la nota “El Acto” (nº 113). Ver también el principio de la nota “La dinámica de las cosas (la armonía yin-yang)”, nº 111.

<sup>287</sup>(N. del T.) En Poética, divisiones o partes de una canción o un poema.

<sup>288</sup>La obra proyectada (bajo el provocativo nombre de “Elogio del Incesto”) debía comprender tres partes (La Inocencia, el Conflicto (o la Caída), La Liberación (o la Infancia recobrada)), de las que sólo la primera llegó a término. De ella es de la que aquí se habla.

*visión deformada* del conflicto – deformada por un propósito deliberado del patrón, que valora una de las “vertientes” haciendo de ella un “papel” ideal, heroico, y desvaloriza la otra haciéndola un polo extremo opuesto al anterior, un polo vergonzoso, despreciable. Supongo que esta imagen intermedia vive en capas menos profundas, intermedias, quizás en cohabitación parcial con la imagen exteriorizada, la “puesta en escena” del enano y el gigante, más cercanas a la superficie consciente, e invadiendo parcialmente las capas superficiales<sup>289</sup>. Es éstas, lo recuerdo, reina la imagen idílica del “papá buenazo” a veces un poco tontito, de un hijo respetuoso y lleno de atenciones, con un trato de terciopelo y con una garra invisible dentro del terciopelo...

Me parece que la reflexión de ayer matiza a la de anteayer, y por eso mismo resalta sus contornos, sin que le aporte nada esencialmente nuevo. Es cierto que al detener la reflexión a causa de lo prohibitivo de la hora, no tenía la impresión de haber llegado al final en la dirección que había emprendido, la de “la identificación ambigua”. Pensando en ello, después me di cuenta de que, debido sin duda a un hábito inveterado de “verme en yang”, me parecía evidente que, cuando hay identificación con mi persona, sólo se puede referir a mis rasgos yang. En este caso, en esa imagen escénica del enano y el gigante, hasta ahora me había reconocido en el *gigante*, ciertamente de manera deforme, pero claramente reconocible. Si me presento con insistencia, por efecto del síndrome de “inversión” en mi amigo, como “*el enano*”<sup>290</sup>, esa asimilación (de intención claramente malevolente) ha sido inmediatamente recusada por mí, por un reflejo de naturaleza universal y de gran fuerza: al enfrentarme a una voluntad de burla, que toma como blanco unos rasgos (yin en este caso) perfectamente reales que hay en mí, a la vez que silencia los rasgos complementarios igualmente reales – tal situación suscita en mí la sempiterna reacción, si no de negar totalmente los rasgos incriminados, de minimizarlos tácitamente al menos, poniendo por delante, como para *oponérselos*, los rasgos injustamente escamoteados.

Con esa reacción “visceral”, entro en el corro del conflicto, ¡como se supone que debo hacer! Ella me señala ese sempiterno “gancho” con el que me llevan al corro. Mi propia visión de la realidad se distorsiona, en respuesta a una distorsión provocadora. En balde escribí ayer, con la punta de los labios (o de las teclas de la máquina de escribir), que

“el primer “carácter objetivo” que puede favorecer un sentimiento de semejanza, y un acto de identificación, fue la fuerte afinidad ente su enfoque y el mío de nuestra común amante, la matemática”.

Al escribirlo, tuve a bien olvidar que esa “fuerte afinidad” consistía en un enfoque *yin, femenino*, en el descubrimiento y el conocimiento de las cosas – que ése era el aspecto, justamente, por el que, en tanto que “semejante” a él, yo también aparecía como *enano*, igual que él: ése era el lado secreto, vulnerable, vergonzoso, que él se reservaba para poner en juego, cuando la ocasión se presentaba, para suplantar y para “invertor”. Esa “circunstancia providencial”<sup>291</sup>, la predominancia yin en mi forma de conocer, *no* era sólo un *arma* entre las manos de un amigo dudoso – era también y ante todo una especie de “fundamento objetivo” de su identificación conmigo; esta vez no como la identificación con el *Padre*, sino con un *hermano mayor*, por no decir una “hermana mayor”.

Cuando utilizo aquí el término “objetivo”, es para expresar que esta vez se trata de una “identificación” que echa sus raíces, no en una de las ficciones del “patrón” que quiere (o teme...) ser esto o aquello, sino en una *realidad* profunda, tangible, indubitable – la de un *parentesco* entre la naturaleza original de uno y otro. En todo caso, seguramente ese parentesco lo percibió igual que yo, y no dudo que en cierto nivel profundo, igualmente percibía el *sentido* de ese parentesco. Y supongo, sin tener la

<sup>289</sup>Esta suposición sobre la imagen del enano y el gigante proviene, por supuesto, de la expresión tan explícita de esta imagen, en las palabras finales de la reseña biográfica de Pierre Deligne escrita por él mismo (a la que se alude en la última nota a pie de página en la nota “El nervio del nervio – o el enano y el gigante”, n° 148).

<sup>290</sup>Ese “enano” no es otro que una metáfora de la “Meganana” con rasgos de un “falso” gigante, de formas fofas y blandas... (Feb. 85)

<sup>291</sup>Ver la nota del mismo nombre, n° 151.

total convicción, que esa percepción debió servir de material para su identificación con mi persona. Por tanto esa identificación se daría en *dos niveles* distintos: por una parte el nivel “ideal”, en el que figuro como encarnación de *valores* que él mismo quisiera encarnar de manera ejemplar (aunque sólo sea en apariencia, pues el modelo se presenta como fuera de alcance, y se supone que realiza el ideal); por otra parte el nivel “real”, en que la identificación se instaura a favor de un *parentesco de hecho* correctamente percibido, pero un parentesco de rasgos repudiados, redhibitorios, lamentables<sup>292</sup>.

Es momento de recordar que en el momento de nuestro encuentro, y durante diez años después de éste, en mí hacía estragos esa misma represión de mis rasgos “femeninos” que últimamente he constatado en mi amigo. Me parece, con la perspectiva, que en el momento de nuestro encuentro, esa represión ya existía en mi amigo en cierto grado, pero que estaba sobre todo latente, y en todo caso, era mucho menos fuerte que en mí. Como ya he subrayado más de una vez, mi persona estuvo marcada mucho tiempo por un desequilibrio superyang, mientras que la suya desprendía una impresión de armonioso equilibrio. En él y en mí hubo después *evoluciones en sentidos opuestos*: en mi amigo, una evolución que iba de un estado de equilibrio yin-yang a un fuerte desequilibrio yang, y en mí, de un fuerte desequilibrio yang hacia un estado de equilibrio (relativo) yin-yang.

La idea que se presenta es que mi amigo, tal vez en virtud de esa doble identificación con mi persona, ha seguido (¡con treinta años de retraso!) la evolución, en el sentido de una degradación de un equilibrio original, que yo mismo seguí desde los ocho años. Es posible que una sobrevaloración moderada de los valores “viriles” en detrimento de los valores “femeninos”, se haya transformado, en contacto conmigo o en contacto con el medio del que yo formaba parte, en una sobrevaloración a machamartillo. Pero como ya he subrayado en otra parte, el “nervio” (o la “fuerza viva”) en el Entierro orquestado por él, y también el nervio de su propia metamorfosis (que es también el entierro del niño que hay en él por parte del patrón...) – ese nervio no puede radicar sólo en la sola adopción de tal o cual sistema de valores, más o menos extremo (¡incluso demencial!). Y lo mismo ocurre con el “nervio” de la identificación con mi persona, y en el desmesurado papel que esa identificación ha jugado en la vida de mi amigo. No hay duda de que es una sola y misma “fuerza” la que actúa, y que sus raíces se hunden lejos en su infancia<sup>293</sup>.

Aquí se me viene otra idea. Se diría que el fardo más pesado que he cargado durante cuarenta años de mi vida, esa represión de lo “femenino” que hay en mí por lo “viril”, emparentada con la del niño que hay en mí por “el Gran Patrón” – que ese fardo lo ha “*cogido*” mi amigo, justamente en un momento en el que podía parecer que él mismo estaba exento de un fardo similar. Hacia el momento en que mi sistema de valores basculó en dirección yin, evolución que prefiguró el momento de los reencuentros con el niño, quince años más tarde, fue cuando de repente me sentí aliviado de un peso inmenso<sup>294</sup>. La asociación que se presenta aquí es con la idea hindú de *karma*. Para mí está claro que durante los últimos ocho años me he aligerado de una parte substancial del karma que cargaba desde mi infancia. Hubiera pensado (y aún tiendo a pensar) que ese aligeramiento no se ha hecho “a expensas” de nadie, que no sólo es benéfico para mí, sino “para el mundo entero”. Incluso puedo decir que sé muy bien que así es, aunque otro haya elegido (e incluso que otro *debiera* elegir) retomarlos por su cuenta. También es cierto que ese karma del que me he aligerado, no lo considero un “mal”. Para mí ha sido la sustancia nutritiva de una *maduración*, que estaba ante mí. Sé que es bueno, para mí y para todos, que lo haya comido y me haya alimentado de él, que un conocimiento se haya formado en la matriz nutritiva de una ignorancia<sup>295</sup>. Me había parecido que esa sustancia o ese karma, una vez transformado en conocimiento, no dejaba

<sup>292</sup>Estos dos “niveles” corresponden pues a dos “arquetipos” distintos, aquí en oposición uno a otro, en la identificación con mi persona: el del *Padre* (alias “el gigante”), y el del Hermano, o la Hermana (alias “el enano”). Éste último también se encuentra en la imagen del “papá-buenazo” – sugerido por el padre de carne y hueso “tal y como es”, ¡ay!, y no “como debía ser”...

<sup>293</sup>Para una intuición más precisa que va en ese sentido, véase sobre todo la nota “Rencor aplazado – o el retorno de las cosas (2)”, n° 149.

<sup>294</sup>Se habla de ese “basculamiento” del sistema de valores en la nota “Yang hace de yin – o el papel del Maestro” (n° 118), y de los “reencuentros” en la nota del mismo nombre (n° 109).

<sup>295</sup>Para unas reflexiones que van en ese mismo sentido, véase el final de la nota “El ciclo” (n° 116’), y especialmente el último párrafo de ésta.

ningún residuo, que desaparecía. A decir verdad, ignoro lo que enseña al respecto la tradición hinduista o budista – si hay una ley de “conversión del karma” (similar a la de la conservación de la materia), ley que no sería afectada por los procesos vitales creativos de la ingestión, la digestión, la asimilación.

Por escrúpulo de decoro, acabo de escamotear, entre esos “procesos creativos”, la *excreción*. Ésta es sin embargo (igual que la muerte del organismo entero) un proceso-clave de reciclaje de lo que ha sido absorbido, retornando al ciclo infinito de transformación de la materia orgánica “muerta” en materia orgánica viva, por el que eternamente recnace la vida de la muerte<sup>296</sup>.

(156<sub>1</sub>) (20 de febrero) Ese “pattern” ha terminado por romperse con el último grupo 12, que comporta ¡ay! *seis* notas, llevando el total de notas que componen “La llave del yin y del yang” a 62. Había previsto que hubiera *ocho* notas en ese grupo “Conflictos y descubrimiento”, lo que hubiera estado de acuerdo con el criterio de totalidad, y huiera llevado el número total de notas a  $64 = 8 \times 8 = 4 \times 4 \times 4$ , ¡que es también el número de hexagramas del Yi-King! Lamento que mi expectativa no se haga realidad, pero sin embargo no he querido “hacer trampas” incluyendo en “La llave del yin y del yang” las dos notas consagradas a la visita de Pierre Deligne, cuyo lugar natural me parece que está en la continuación de “La Ceremonia Fúnebre”, *después* de “La llave...”.

No obstante me queda un sentimiento de insatisfacción sobre ese grupo n° 12, la única de las doce partes de “La llave...” que no me da una impresión de *unidad* de inspiración y de propósito. No me parece que esa falta de unidad se deba al tema “Conflicto y descubrimiento”, sino a la irrupción de sucesos ajenos (y por momentos perturbadores) durante la reflexión.

(7 de marzo) Releyendo anoche la reflexión del 14 de enero, que había agrupado en una nota (n° 162) llamada “Convicción y conocimiento – o el traspaso”<sup>297</sup>, he sentido una insatisfacción con ese nombre. Por una parte el título “principal” y el subtítulo no parecían encajar “a primera vista” – de hecho se corresponden, uno a un primer y el otro a un tercer “movimiento” en la reflexión, que por sí mismos no tienen relación aparente: descripción del proceso de eclosión de un conocimiento (en forma de una *convicción* súbita), y evocación de la cadena sin fin y del “traspaso” del karma, de una generación a otra, y de una persona a otra. Además, el contenido más íntimo y personal, el contenido “neurálgico” para mi propia persona, era la substancia del “segundo movimiento” de la reflexión (y además había sido la “pasarela” entre el primer movimiento y el tercero) – ese contenido crucial no aparecía en el nombre elegido. (Además para mí no hay duda de que ese escamoteo subrepticio no es fruto de una pura casualidad...) Como los tres temas me parecen importantes por sí mismos, y no veía despuntar ningún nombre ni doble-nombre “bienvenido” que evocase a los tres, he terminado por comprender que lo mejor sería escindir la nota en tres, con un nombre sugerente para cada una por separado: “Convicción y conocimiento”, “El hierro más candente – o el viraje”, “La cadena sin fin – o el traspaso (3)” (n°s 162, 162', 162'').

Después me di cuenta, de repente, que con esa operación, dictada (por así decir) por la substancia misma de la reflexión, se resolvía de paso la insatisfacción “estética” que arrastraba desde hace dos meses, ya que esta decimosegunda y última parte de “La llave del ying y del yang” (que había llamado “Conflicto y descubrimiento”) se obstinaba en no dejarse completar (de manera natural, se entiende) en una sucesión de *ocho* notas, y en tener sólo las seis ya escritas. Y he recibido mi recompensa por no haber cedido a la tentación fácil de “hacer trampas” y de “pegar” al final de “La llave” dos notas “pifia” ¡cuyo lugar estaba en otra parte! Esta última parte de ‘La llave’ (que finalmente se llamará “El enigma del Mal – o conflicto y descubrimiento”), adquiere a la vez una hermosa estructura simétrica, con dos paquetes (de tres notas cada uno) sobre el tema central, que se agrupan alrededor de dos “notas-digresión” sobre Fujii Guruji y sobre sus amigos monjes.

<sup>296</sup>Sobre el ciclo de la vida y de la muerte, ver también la nota “El Acto”, n° 113.

<sup>297</sup>También era la última nota de “La llave del yin y del yang”.

(157) (4 de enero) En la reflexión de ayer y anteayer, intenté sobre todo entrar en contacto con la realidad de la identificación de mi amigo con mi persona, y al hacerlo, discernir su alcance e implicaciones. Es un trabajo que aún hago como uno que anda a tientas en la penumbra, por no decir en la noche oscura. O tal vez sea mejor decir que mis ojos permanecen cerrados, y que mis párpados son opacos a una luz que no soy capaz de percibir. El caso es que no recuerdo haber “sentido” o “visto” esa identificación en ningún momento, ni tampoco he “sentido” o “visto” sus disposiciones de antagonismo hacia mí. Sin embargo sé, sin posibilidad de duda, por un rico haz de hechos concordantes, que esa identificación con mi persona, y ese antagonismo que es como su sombra, son *realidades* – igual que un ciego de nacimiento “sabría” que el sol, la luz del día, los colores, lo claro y lo oscuro, existen, aunque nunca los haya visto. Lo sabe, sin tener *conocimiento* de esas cosas. O si tiene un conocimiento muy difuso de ellas, quizás a través de un finísimo sentido del tacto (o por un “recuerdo” que no proviene de su sola vida, sino de la de innumerables generaciones que le precedieron), ese conocimiento es indirecto y borroso, como el de una voz cálida y sonora que nos llegase por un eco incierto y lejano.

El trabajo de estos dos últimos días ha sido como un parche, como el sustituto de una percepción inmediata que falta. Así ocurre más o menos en todo trabajo de “meditación”, tal y como yo lo entiendo. El trabajo siempre *empuja* a contracorriente de una *inercia* – ¡de la inercia de los párpados de plomo! Seguramente, en los momentos en que los ojos están bien abiertos y despiertos, no hay necesidad de meditación, de trabajo: basta mirar, y ver. Como esos momentos son raros, en vez de cruzarme de brazos y esperarlos, prefiero adelantarme, sin preocuparme porque el trabajo sea patoso y “lento”. Ya puede ser lento, y a veces más lento que de costumbre – no por eso patina, ni da vueltas en redondo. Cuando hay trabajo, quiero decir verdadero trabajo, movido por un verdadero deseo, entonces hay progreso: algo se hace, toma forma, se transforma, imperceptible en unos momentos, a ojos vistas en otros.. Y a veces, al final de una progresión patosa y obstinada en una penumbra sin forma ni contornos, que dura horas o días, incluso meses o tal vez años, se produce el milagro: ¡el ciego *ve!* Y lo que ve no es una fugaz visión que desaparece como si jamás hubiese existido, dejando sólo el rastro borroso de un recuerdo. Es un *conocimiento* que ha nacido de esas oscuras labores, un conocimiento nuevo, tan íntimamente nuestro como el gusto de las cosas que amamos.

En la reflexión de anteayer escribí que si había un caso particular cuyo pensamiento hubiera “guiado mi pluma” hace nueve meses, al escribir las últimas líneas de la nota “El Padre enemigo (1)” (que acabo de citar), ése era el de mi amigo Pierre en su relación conmigo. Sin embargo otros “casos particulares” aún más cercanos debieron estar presentes en mi espíritu, como trasfondo de la reflexión. Cuando allí hablo de un “padre a la vez admirado y temido, amado y detestado” y después de “otro Uno-mismo, temido, odiado y eludido...”, los términos “temido”, “detestado”, “odiado” y sin duda también el término “eludido”, *no* se aplican a la relación del amigo Pierre conmigo. Ni por percepción directa, por fugaz y ligera que sea, ni por reconstrucción a partir de hechos patentes que conociese, jamás he tenido la menor indicación que vaya en el sentido de un *temor* que mi amigo me tuviera, o de un *odio* o siquiera de una *animosidad* que hubiese alimentado en mi contra. Lo cierto es lo contrario, como ya he tenido ocasión de subrayar más de una vez. Y esa circunstancia es justamente la que hace tan desconcertante ese antagonismo sin fisuras, en apariencia gratuito, que se ha ido manifestando in crescendo a lo largo de los últimos quince años, so capa del estilo “¡pouce!”, alias “garra de terciopelo”<sup>298</sup>, para alcanzar finalmente el diapason de un descaro tranquilo, seguro (a condición de respetar las formas) de una total impunidad...

Esta desconcertante progresión, enigmática, inmediatamente se asocia a la progresión igualmente “desconcertante” y “enigmática” (y en este caso ¡eso son eufemismos!) en la degradación, también durante quince años, en la relación de pareja con la que fue mi esposa, y por ello también en la familia que habíamos fundado. A falta de una señal cualquiera que me indicase unas disposiciones en mi esposa

<sup>298</sup>Ver las dos notas “¡Pouce!” y “Garra de terciopelo – o las sonrisas” (n<sup>os</sup> 77, 137), así como las notas que siguen a ésta última, y que forman la parte “La garra de terciopelo” de “La llave del yin y del yang”.

de odio o animosidad crónica hacia mí, hicieron falta diez años de degradación inexorable en la relación (cuando lo mejor de mi energía lo dedicaba a la matemática, que hacía las veces de la famosa arena para el avestruz...), para que al fin tomase nota de la presencia, en aquella que yo seguía amando, de una voluntad de destrucción tenaz, misteriosa e implacable, que se ejerce en mí contra a través de los que me son queridos. Fue en 1967, cinco años de mi salida del domicilio familiar, y diez años antes de que se resolviera ese conflicto que sentía como el peso más pesado que tuve que llevar en toda mi vida. Con la perspectiva que da una relación asumida desde hace mucho tiempo, no puedo más que constatar lo que sigue siendo para mí un misterio: una insaciable voluntad de destrucción, y al mismo tiempo una *ausencia de odio*, ni siquiera de animosidad, hacia aquellos, adultos o niños, que son golpeados sin piedad, a poco que se preste la ocasión.

Es el mismo misterio, guardando las proporciones, al que ahora me enfrento en la relación de mi amigo conmigo, con la diferencia de que esa “voluntad de destrucción tenaz... que se ejerce en mí contra a través de los que me son queridos” se limita rigurosamente al plano del mundo de los matemáticos, y que sus instrumentos y rehenes han sido, no mis hijos “por la carne”, sino aquellos que simbólicamente ocupaban su lugar: los alumnos y similares que, por poco que fuera, “llevaban mi nombre”. En uno y otro caso, no sólo no percibo odio ni animosidad, sino que además, tienen sentimientos de simpatía hacia mí, y a menudo incluso de afecto, que no dan lugar a dudas.

Ésas no son las únicas situaciones en que he visto en otro una voluntad de herir, e incluso una voluntad de destruir (en el sentido más fuerte del término<sup>299</sup>), sin que en ella perciba rastro de odio o de animosidad. El que más ha marcado mi vida se sitúa en 1933, a los seis años, con mi madre como protagonista – el año en que la *familia* que formábamos, mis padres, mi hermana y yo, fue destruida para siempre<sup>300</sup>.

Las diferentes situaciones de ese tipo que he conocido de cerca, la de una voluntad de destrucción, o de una voluntad de herir tan profundamente como se pueda, sin que en ella perciba traza alguna de animosidad, parecen muy diferentes unas de otras. Dudo que pueda encontrarles una “explicación” común, o al menos un rasgo común en los antecedentes lejanos de los protagonistas, que sugiriese un profundo lazo causal<sup>301</sup>. Tal vez algo más importante que una explicación, y en todo caso más primordial, es *hacer la constatación* de la existencia de tal cosa: *la voluntad de destruir en ausencia de odio*. Me encuentro aquí con el tema de la “violencia gratuita”, anteriormente abordado con un sesgo diferente<sup>302</sup>. Aquí se trata de la violencia gratuita (y a veces destructiva) de una persona considerada como “amiga”. La sola *existencia*, en la vida diaria, de tal violencia (que rara vez dice su nombre), es un *hecho* importante en la vida de cada uno – uno de los hechos importantes de la vida humana. Constatar ese hecho, en contra de mecanismos inveterados que nos empujan sin cesar a querer escamotearlo, es un primer paso para asumirlo. Ese paso, ninguna teoría, ningún razonamiento, ningún “método” nos lo puede ahorrar.

No sé si algún día *comprenderé* ese hecho. Me parece que comprenderlo, eso es también “comprender el conflicto”. Para mí lo que está claro es que tal comprensión no puede venir de una “teoría”, ni de una “experiencia” (por la sola virtud de la experiencia). No es una “suma total” de alguna acumulación

---

<sup>299</sup>Por “el sentido más fuerte” entiendo aquí una voluntad, no de hacer sufrir por el placer de hacer sufrir, o de destruir tal cosa que al otro le es querida, sino la voluntad de destrucción psíquica (si no física) del otro; la de (cuando se puede) implantar una desesperación indeleble y devastadora ante “lo que supera la comprensión”. Detrás de las maneras brillantes y afables del “Coloquio Perverso”, me ha parecido ver esa dimensión extrema en dos de sus más brillantes actores...

<sup>300</sup>Respecto a este episodio, ver “El superpadre”, nota nº 108.

<sup>301</sup>Sin embargo, un desprecio de sí mismo, virulento y profundamente oculto, seguramente es común a todas esas situaciones. Quizás sea necesario que tal virulencia (cuando no se resuelve por un acto de gracia, por una profunda transformación interior, en tanto no es “asumida”) encuentre un exutorio y se exprese con actos destructivos, con una voluntad de destrucción, que se vuelve contra la propia persona cuando no busca y no encuentra su blanco en otro. En más de uno y más de una, incluso en mi familia, muchas veces he podido constatar la acción simultánea de una voluntad de destrucción, dirigida tanto contra sí mismo como contra cierto blanco exterior, elegido entre los familiares (madre, padre, cónyuge, o hijos...).

(Febrero 1985) Ver también la reflexión en “La causa de la violencia sin causa” (nº 159), tres días después de la presente nota que, claramente, la ha preparado.

<sup>302</sup>Ver la nota “La violencia ingenua”, nº 139.



(de “conocimientos”, o de “experiencias”), como no es del orden del mero intelecto, ni siquiera del orden de la mera “inteligencia”<sup>303</sup>. No estoy seguro de conocer a alguien, aunque sólo sea de nombre, en el que habite tal comprensión. Pero me parece que aquél que, después de cien y mil evasivas ante una realidad irrecusable y de mil caras, llegue al fin a la sola *constatación* de ese hecho, humildemente, sin amargura ni rebelión, sin resignación y sin indignación – quizás como la constatación de un temible *misterio* cuyo sentido se le escapa, pero del que presiente la extensión y la profundidad; un misterio que le intriga o le interpela, sin que ya le asuste ni le inquiete – ése no habrá vivido en vano.

(158) (5 de enero) Sin que fuera premeditado, los acentos finales de la reflexión de ayer estaban todos en las tonalidades, otra vez, de un Elogio Fúnebre – pero esta vez pronunciado (o cantado) por el difunto mismo. ¡Nadie nos sirve mejor que uno mismo!

Ayer me vi enfrentado de nuevo a uno de los aspectos más desconcertantes del “misterio del conflicto”: el de la voluntad de destrucción sin odio y sin motivo aparente, que se ejerce en la sombra, obstinadamente y sin descanso, en contra de un familiar, o de allegados o amigos. A veces tal voluntad termina por embalsarse, por desembocar en un ansia destructiva total, donde todo lo que se presente como vulnerable se vuelve un blanco bienvenido. Es como una bulimia irreprimible de “acción” al revés, cuyo carácter repetitivo (como el de los juegos de los payasos), y la consumada maestría en el arte de tirar de los hilos, puede tener un efecto de lo más gracioso, cuando el que observa (o incluso el que paga el pato) tiene sentido del humor, y el Actor-Titiritero no dispone más que de poderes modestos sobre el otro. La situación es más seria, y tiene consecuencias, cuando hay niños entre los que pagan el pato de los juegos circenses, aunque éstos sólo sean “sangrantes” en sentido figurado; y también cuando aquél o aquella que está poseída por una sed de destrucción se encuentra investida de poderes considerables, incluso discrecionales sobre algunos de sus semejantes. La historia nos cuenta el nombre de algunos déspotas poseídos por tal locura de destrucción indiscriminada, transformando su feudo en un enorme osario. Pensemos en Iván el Terrible, o en Stalin, o en tal emperador de China (cuyo nombre y milenio he olvidado) que terminó por ser abatido por sus propios súbditos acorralados, armados de bastones y palos<sup>304</sup>. Sin duda en nuestros parajes ha habido casos semejantes, tal vez a menor escala, y sobre los que “la Historia” ha sido más discreta...

Cuando ayer escribí, sin ninguna falsa modestia, que no comprendía el “hecho” que acababa de constatar, el de la sed de destrucción en ausencia de odio, eso no significaba en modo alguno que no tuviera ideal alguna sobre ese tema, bien al contrario. Incluso tengo algo netamente mejor que simples “ideas”, unas intuiciones muy fuertes. Han nacido y crecido sobre el terreno de mi vida, rica en conflictos que a veces la habían devastado, como interminables tempestades que se desencadenasen en un inmóvil paisaje invernal, arrancando sin miramientos lo que hay que arrancar<sup>305</sup>. Pero todo alimenta a la tierra

<sup>303</sup>(5 de marzo) En todo caso sé que tal comprensión sólo me vendrá a través de una comprensión de esa violencia *en mí mismo*.

<sup>304</sup>Ese emperador, temiendo una sublevación popular, había prohibido al pueblo el uso de cualquier objeto metálico (como cuchillos, horcas etc.) que pudiera servir como arma, a excepción de un cuchillo por aldea, atado a una sólida cadena en un lugar público.

Un rasgo común a los tres personajes citados, es que además de esa sed de destrucción, estaban poseídos igualmente por el *miedo*: el miedo a ser asesinados y sin duda más allá de éste, el miedo a la propia *muerte* ineluctable – mientras sembraban la muerte a su alrededor. También apunto que Stalin (el único de los tres del que tengo informaciones algo detalladas) debutó en la carrera política como un gran maestro justamente en el arte de tirar de los hilos, de manipular a la gente aprovechando su vanidad y su avidez. El primer estilo que adquirió fue, parece ser, el de la “garra de terciopelo”, hasta el momento en que se volvió inútil ocultar las garras.

Si no he incluido a mi (ex-)compatriota Hitler entre los ejemplos citados, no es a causa de una simpatía particular que le tenga, sino porque en él no percibo esa manía de destrucción “*en toda dirección*” de la que he hablado. El blanco del desprecio, luego de la destrucción, fueron aquellos designados como “los otros”, “los extranjeros”: primero “los judíos” (y los comunistas y otros “judeo-bolcheviques” tan caros a la jerga nazi), después los “asiáticos” y otros inmigrantes no-arios. El buen alemán no judío estaba de lo más tranquilo con Hitler, al menos hasta el momento de los primeros grandes raids aéreos aliados, cuando la guerra comenzó a ponerse verdaderamente mal para ellos.

<sup>305</sup>Apenas salió esta imagen de la punta de mi pluma, y me ha parecido que sólo es parcialmente adecuada – ¡tiene un regusto a “cliché”! Al detenerme un momento sobre ese regusto, me encuentro el viejo propósito deliberado que hay en mí de “ver mi vida en yang”: movimiento, flecha y tempestad...

adormecida que espera en silencio. Cuando vuelve la primavera, en los huecos de los grandes troncos muertos que yacen inertes, rebosa una vida intensa, y en la siguiente primavera (cuando no el mismo año) se ven brotar hierbas y flores.

Esas “fuertes intuiciones” se refieren todas, creo, a los “*ingredientes*” del conflicto. He hablado un poco, y vuelto a hablar, de algunos de ellos, y en primer lugar, del “*desprecio de sí mismo*”, y de sus lazos con la represión de ciertos aspectos y fuerzas esenciales de nuestro ser original, como las “vertientes” yin o yang, de las que a menudo una es rechazada. También he tenido ocasión de hablar a menudo de la *vanidad*, que es como la tarjeta de visita, la señal más universal de todas, y la más aparente, de la presencia del conflicto en nosotros, que me parece que es como el “*anverso*” de una medalla, cuyo “reverso” sería el desprecio de sí. Está el *desprecio de otros*, proyección hacia el exterior del desprecio de sí, del que al mismo tiempo es una cobertura, o mejor dicho, una derivación y un exorcismo. El desprecio de otro no es otra cosa, en el fondo, que la ignorancia deliberada de su existencia, en tanto que ser vivo que forma parte de este mundo, con el mismo derecho que nosotros. La violencia gratuita sólo puede germinar y proliferar sobre el terreno de tal desprecio. Está el *miedo a conocer*, el miedo a lo real, un miedo cuyo centro neurálgico, ese “Punto Negro”, epicentro de un torbellino de angustia presto a desencadenarse a la menor alarma, es el miedo a conocerse: el miedo a enterarse de las propias poses y subterfugios, incluso los más groseros; y también el miedo a enterarse de la fuerza creativa que hay en nosotros y día tras día recusamos y enterramos, con esas mismas poses y subterfugios.

En mi vida, el miedo apareció a la edad de seis años, cuando todavía no tenía (me parece) ninguna vanidad. Ésta debió aparecer posteriormente, en el momento (supongo) del “*basculamiento*” que tuvo lugar hacia los ocho años<sup>306</sup>. Y también fue el miedo el primero en desaparecer sin dejar rastro, desde la aparición de una curiosidad a la vez benevolente e irreverente, ciertamente intrigada pero nada impresionada por los abracadabrantos y macabros montajes por todo lo alto, tipo “Punto Negro” y Compañía. Los mecanismos de la vanidad, por contra, han permanecido en su lugar sin cambios aparentes, desde hace ocho años cuando el miedo a conocer desapareció. Lo único que ha cambiado es el influjo de esos mecanismos en mi vida, por el hecho de que están desactivados en los momentos en que está presente una curiosidad despierta, ¡que no se deja controlar así como así!

Tengo entre las manos todo un abanico de ingredientes del conflicto – de los que sé de primera mano y sin ninguna duda que son realmente ingredientes, y esenciales. Y desde hace años también lo tengo todo entre las manos para, cuando me plazca, “ensamblar” esos ingredientes, explicitando con cuidado, a la luz de lo que he podido observar en mí y en otros, sus lazos de contigüidad y de dependencia. Es un trabajo de algunos días o de algunas semanas, no de meses, supongo, y que seguramente será muy instructivo y muy útil. Si aún no me he tomado la molestia de hacerlo, dando prioridad a otras direcciones más personales, sin duda es porque bien sabía que no es de tal “ensamblaje” de ingredientes, en unos términos generales en los que mi persona está ausente (si no es como un “ejemplo” entre otros), de donde me podría venir una “comprensión del conflicto”; igual que por el mero hecho de poner uno junto a otro, de “ensamblar” o incluso de mezclar cierto número de cuerpos simples, “ingredientes” de la composición de un cuerpo compuesto, no se reconstruye éste último. Para lograr la “reconstrucción”, hace falta una “reacción química” – algo que pone en contacto y en juego los ingredientes de manera mucho más íntima, y con fuerzas de muy distinto orden, de lo que un simple “ensamblaje” o una mezcla pudiera hacer.

Lo mismo pasa con la comprensión de las cosas de la vida. La inteligencia por sí sola puede, en rigor, identificar los ingredientes de algo como el “conflicto”, y en todo caso puede, en presencia de ingredientes ya conocidos y con ayuda de hechos relativos a ellos (conocidos de primera o de segunda

---

Sin haberme tomado tiempo para pensarlo, pero sintiendo que la imagen fallaba (y sin embargo era la que se me había venido ¡no hay nada que hacer!), en el texto “corregí el tiro” encadenando con “la tierra adormecida que espera en silencio” – ¡ahí está el yin! Era el acorde que “resuelve” un “falso acorde” (o “disonancia”). Una imagen más ajustada en muchos aspectos que la tempestad, “arrancando lo que hay que arrancar”, y justamente en tonalidades más yin, sería la del gusano que corroe “lo que hay que corroer” – y que finalmente se derrumba – pero todo alimenta a la tierra que espera en silencio, y cuando vuelve la primavera... (¡la continuación sin cambios!).

<sup>306</sup>Sobre ese “basculamiento”, ver la nota “El Superpadre” (nº 108).

mano), ensamblarlos de manera plausible, e incluso “correcta”. Tal trabajo puede tener su utilidad para reconocer tal o cual situación de conflicto, poniendo en claro una “etiología” más o menos precisa – pero eso no es una “comprensión del conflicto”. Por el contrario, diría que he avanzado un paso hacia tal comprensión el día en que *mi relación con el conflicto* se haya transformado. Cuando aquí hablo de “mi relación con el conflicto”, se trata en primer lugar, entiéndase bien, del conflicto en mi propia persona, y (a partir de ahí) del conflicto que ocasionalmente me opone a tal persona o tal otra; y en último lugar, del conflicto que veo actuar en seres más o menos cercanos en mi vida diaria, que a menudo se expresa con conflictos que los oponen unos a otros.

Durante estos últimos ocho años, ha habido tal progresión hacia la comprensión del conflicto, lo que es decir también: una transformación, o más bien *unas* transformaciones sucesivas, en mi relación con el conflicto. Ya he tenido ocasión de evocar dos o tres episodios<sup>307</sup>. Quizás una plena comprensión del conflicto equivalga a la plena aceptación de la existencia del conflicto, allí donde se encuentre, y de cualquier manera que se manifieste<sup>308</sup>. ¡Estoy muy lejos de eso! Y quizás también, una plena comprensión del conflicto signifique también la total resolución del conflicto en la propia persona. ¡Estoy aún más lejos de eso!

Sin embargo creo saber una cosa, sobre la naturaleza de la fuerza que, de un ensamblaje de ingredientes, hace surgir de repente una *comprensión* que renueva a la persona. Esa fuerza es justamente la que no es “del orden de la inteligencia”. Dudo que ningún trabajo intelectual, la lectura de libros digamos, por sabios, profundos o sublimes que sean, estimule en nada su aparición. Cuando surge, es solamente en el silencio y en contacto con lo que es más íntimamente personal en nuestra persona y en nuestras vivencias; algo, pues, que ningún libro ni ninguna persona, aunque fuera Cristo o Buda, podrá revelarnos jamás.

Cuando hablo de “lo que es más íntimamente personal”, eso no significa que sean cosas de las que no podemos hablar, a nosotros mismos o a otro – y a veces es bueno hablar de ello. Pero aunque hablásemos con la voz de los ángeles o la de los profetas, lo que se *dice* no es la cosa misma. Esa cosa ya conocida, pero tal vez enterrada, cuyo contacto puede hacer surgir de repente un conocimiento nuevo, *esa* cosa no es *conocida* ni por los ángeles ni por los profetas, ni siquiera por el ser más cercano y más amado, sino sólo por *tú*.

Pero volviendo al conflicto, y a la “destrucción sin odio”, que me parece el “núcleo” más duro del conflicto, el más refractario a una comprensión, lo que es decir también: a una *aceptación*. También creo saber, en el próximo paso que he de dar para ir más adelante, cuál *es* esa cosa “la más íntimamente personal” cuyo contacto tendré que reencontrar en primer lugar; la que jugaría el papel, en este caso, ¡de ese famoso “Punto Negro” tan tenazmente eludido! Es la vivencia de situaciones de “violencia gratuita”, de desprecio de otro (y quizás también de “destrucción sin odio”), en las que *yo* era el actor – el que hacía violencia, al que le traía cuenta despreciar. Es en contacto con esa realidad, o nunca, cuando tendré la posibilidad de aclararme sobre ese famoso “desprecio de sí”, y de *ver* al fin, más allá de todo “sin duda” y de todo “quizás”, si *ahí* está la raíz del mal, ¡y no en “todos salvo yo”!

(159) (7 de enero) En las dos notas anteriores la reflexión ha girado alrededor del misterio de la existencia de esta cosa tan extraña: una voluntad de destrucción (o una voluntad de herir, o de humillar, o de dañar), en ausencia de todo odio o animosidad. La incitación para esa reflexión me llegó con la relación de mi amigo conmigo, que enseguida suscitó la asociación con mi relación con mi exesposa. Durante la reflexión sobre el Entierro más de una vez he sido llevado a dar cuenta, o a recordar, que en esos dos casos igual que en otros, son ciertos rasgos de mi persona, los rasgos “superviriles” que he cultivado en

<sup>307</sup>Ver especialmente, sobre este tema, las dos notas “La aceptación (el despertar del yin (2))” y “El esclavo y el pelele – o las pullas”, n.ºs 110, 140.

<sup>308</sup>El sentido de una tal “aceptación plena” puede dar lugar a innumerables malentendidos. Es de muy distinta naturaleza que una convivencia. No excluye el *rechazo*, claro y sin equívocos – lo *contiene*. Ver al respecto la reflexión en la nota “Los cónyuges – o el enigma del “Mal”” (n.º 117).

mí desde los ocho años, los que han servido de estímulo y de “atractor” para tales impulsos antagonistas. Si no me equivoco, se habla de esto por primera vez en la nota del 5 de octubre “El superpadre (yang entierra a yin (2))” (nº 108). Ese lazo se retoma en la siguiente nota del 9 de octubre “Los reencuentros (el despertar del yin (1))” (nº 109).

En esa nota, vuelvo sobre el momento en que, por primera vez en mi vida, percibí ese lazo. Fue el 18 de octubre de 1976, el mismo día de los reencuentros con el niño que hay en mí, en las últimas líneas de las notas que testimonian ese día importante donde lo haya en mi vida adulta. En esas líneas (reproducidas en la citada nota), hablo del “odio secreto y del resentimiento” de tres mujeres que había amado, entre ellas la que en ese momento era todavía mi esposa. (aunque desde hacía cinco años ya no cohabitaba con ella). Con la perspectiva, que en cada uno de los tres casos que tenía a la vista, esa impresión de “odio secreto” no se correspondía, propiamente hablando, con la realidad – quiero decir, con una percepción directa que yo hubiera tenido en algún momento<sup>309</sup> de tal odio. Lo que percibí, y tuve amplia ocasión de sufrir sus efectos, era una voluntad de destrucción, o una voluntad de hacer sufrir, o de herir, a la vez duradera e aparentemente inexplicable, gratuita – cosa que *interpreté* como signo de un odio, “secreto”, jamás expresado. Además creo que en dos de esas mujeres, es en esas líneas cuando por primera vez, desde que las había conocido, constataba lo que me parecía como un “odio secreto”. En el punto en que estaba en ese momento, no era posible que no hiciera la confusión que acabo de señalar. Esa confusión no le resta nada a la importancia que tenía hacer esa constatación, al implicarme a mí mismo de manera tan crucial como a esas mujeres a las que estaba tan unido.

En cuanto al “resentimiento”, del que se habla junto con el “odio secreto”, aunque “cierta fuerza” superyang en mí había atraído sobre mi persona el resentimiento de cada una de esas tres mujeres, desde ese momento sentía que era por ofensas de las que yo no era responsable – por heridas y daños sufridos “mucho tiempo antes de que conocieran mi existencia, en los días desamparados de una infancia privada de amor”. Esa percepción, que se había decantado al hilo de los años como fruto de una vida intensa, seguramente tuvo el efecto de una guía invisible en mi reflexión del pasado 20 de diciembre, en la nota “Rencor aplazado – o el retorno de las cosas (2)” (nº 149), donde aparece la intuición de que ese mismo proceso de *desplazamiento* de un resentimiento inicial, o de un “rencor en estado vacante”, pudiera haber tenido lugar en mi amigo Pierre, en el momento de nuestro encuentro o tal vez incluso antes. Los hechos que conozco al menos hacen plausible esa intuición.

Sin embargo hay una diferencia importante con el caso de mi exesposa, y con los otros dos casos

---

<sup>309</sup>(6 de marzo) Después de haber escrito estas líneas, me he acordado de que hubo sin embargo, durante mi vida marital, dos episodios, el primero de unos días, el segundo de una semanas, en que me sentí asaltado como por dos haces de odio, surgiendo de los ojos de la que entonces era mi esposa.

La primera vez, mi mujer pasaba por lo que se llama (por eufemismo) una “depresión nerviosa”, en el quinto año de nuestro matrimonio (1962). Ese episodio marcó profundamente la vida de la pareja y la atmósfera familiar. También es el momento de mi vida, entre todos aquellos de los que guardo un recuerdo consciente, que fue vivido como el más atroz, y el que me ha marcado más profundamente (como se suponía que haría).

A menos de una firmeza interior de una estabilidad excepcional (que, a falta de madurez, estaba lejos de tener entonces), el odio del que somos blanco, y más cuando proviene de seres amados y cercanos, tiene un efecto devastador sobre nuestra psique, cuando suscita en nosotros un odio similar y destructivo hacia nosotros mismos. Parecería que algo en nosotros debe encontrar cuestas lo que cueste un “sentido” a “eso que supera el entendimiento”, aunque ese “sentido” sea una condena y rechazo sin paliativos de nosotros mismos por nosotros mismos: puesto que somos odiados (y aunque la “razón” de ese odio se nos escape totalmente...), es que somos odiosos...

Si me afectó tanto ese episodio, que permaneció como una espada de Damocles sobre mi vida durante los siguientes seis o siete años, seguramente es porque entraba en violenta resonancia con una vivencia traumática de mi infancia. Ésta había desaparecido de mi recuerdo consciente, pero ha sido tanto más activa todas las veces que me he visto enfrentado de repente a una malquerencia o un odio inexplicable – todas tan repentinas e inexplicables como esa voluntad de destrucción que me asaltó a la edad de cinco años, viniendo entonces de la persona entre todas que, por más lejos que me remontase en el recuerdo, había sido el centro tranquilo y seguro del Universo.

Es una de las cosas importantes que he terminado por aprender en mi vida, sobre la malquerencia o el odio del que a veces soy el blanco, que en modo alguno soy la *causa* verdadera e inmediata (aunque algunos aspectos de mi persona, que no rechazo ni recuso, contribuyan a atraerlo sobre mí). Sin embargo ese conocimiento siguió siendo demasiado epidérmico, durante años, como para desactivar ese mecanismo profundamente arraigado en mí, que entra en juego cuando me veo enfrentado a una malquerencia o a una violencia aparentemente “sin causa”. Para desactivarlo, hubiese hecho falta que primero me remontase a su raíz y a las trazas de esos días y esas noches olvidadas y cargadas de angustia, cuando mi madre se volvió de repente, misteriosamente e inexplicablemente, una extrajera, hostil y temible...

considerados en la meditación de después de los reencuentros. No tengo la impresión, en efecto, de que la infancia de mi amigo haya sido a poco que sea “desamparada” o “privada de amor”. Me parece que esa diferencia se manifiesta en la tonalidad del antagonismo de mi amigo hacia mí, que en ningún momento alcanzado ese diapasón de *vehemencia* que me ha sido tan familiar en las otras tres relaciones. Igualmente, en la relación de mi amigo conmigo, la aparición de señales de un antagonismo al principio fue extremadamente discreta y esporádica, e incluso después de mi partida en 1970, han hecho falta ocho años antes de que ese antagonismo se expresase de manera directa e indubitable contra mi misma persona<sup>310</sup>. Esto parece corresponderse con la existencia de un “resentimiento” inicial que permanecía difuso, imponderable, sin la presencia de un “núcleo” duro que correspondiera al sentimiento (aunque estuviese fuera de la mirada consciente) de un ultraje o de un agravio, quizás sentido como irreparable...

Al evocar, en la penúltima nota, la voluntad de destruir, o la de herir o dañar, en *ausencia de odio y de animosidad*, se me ha venido el pensamiento (con cierta insistencia) de una aparente contradicción, sobre la que pensaba volver al punto. Es ésta. En los dos casos que estaban en el centro de mi atención, el de mi antiguo alumno (y mi presunto “heredero” matemático) y el de mi esposa, se trataba de un “rencor” inconsciente que habían trasladado a mi persona. La misma idea de un “rencor” o de un “resentimiento” parece ligada a la de una “animosidad” o de una “enemistad”: podríamos decir que el rencor (o el resentimiento) es una de las maneras posibles (y una de las más comunes) de alimentar una animosidad. Y seguramente así es, en el caso de un rencor que pudiéramos llamar “directo”, un “verdadero” rencor, motivado por un *agravio* (real o imaginario) de la persona involucrada, de un *perjuicio* o un *daño* que ésta nos hubiera infligido. Pero en los casos que me ocupan, no se trata de tal rencor, sino de un rencor indirecto “*por poderes*” por así decir, trasladado desde un blanco potencial inicial, inadecuado por una razón u otra<sup>311</sup>, hasta un “*blanco de adopción*” o de reemplazo, que parece “cuadrar” con las necesidades de la causa. Lo notable es que tal “rencor desplazado” (¡es una forma de hablar!), que actúa como *la* fuerza obstinada que hay detrás de unas actitudes, comportamientos y actos de una naturaleza tal que se diría que está movidos por un odio o por una animosidad sin causa – que tal “rencor” está sin embargo *¡desprovisto de todo sentimiento de odio o de animosidad!* La conjunción de esos *dos* aspectos de la “violencia gratuita” en el sentido fuerte del término (el que aquí estoy examinando) es lo que la hace tan desconcertante, algo que verdaderamente “supera el entendimiento”<sup>312</sup>: la ausencia completa de toda “causa” racional y tangible de esa violencia, tanto en el que paga el pato (sin haberla provocado con actitudes, comportamientos o actos hirientes o perjudiciales para el otro), como en el que la ejerce (sin ser movido por sentimientos de odio o de animosidad que tuviera, “con razón o sin ella”, en contra de su blanco).

Tal vez la cuestión de la presencia o ausencia de odio o animosidad, en los casos que me ocupan (donde uno se enfrenta a una violencia que parece “gratuita”, no provocada), sea relativamente accesoria. Seguramente, como fue mi caso, en la vivencia del que sufre esa violencia, y desde el momento en que la

---

<sup>310</sup>Ver al respecto la nota “Dos virajes”, n° 66.

<sup>311</sup>Hay muchas de tales “razones”, que hacen que el que (voluntariamente o no) ha causado perjuicio o infligido un daño, sea sin embargo “inadecuado” como blanco de un rencor o de una animosidad, incluso de un odio o de una voluntad de destrucción, suscitada por él. Quizás la más común, sobre todo cuando se trata de la madre o el padre, o de una persona considerada como fuera de alcance por su rango o por su posición social, sea la barrera del temor a violar un tabú de autoridad, interiorizado desde hace mucho. Son barreras de gran fuerza. (En mi caso, desde hace quince años y cada vez más, tienden a desaparecer...) En sentido opuesto, puede ocurrir que la persona en cuestión “no dé el peso” para saciar un rencor de la dimensión de los daños sufridos – que parezca demasiado insignificante, demasiado miedosa o pusilánime tal vez, para estar a la altura del papel de otro modo le correspondería.

En fin, también puedo imaginarme que en algunos casos, el perjuicio sufrido sea demasiado imponderable, demasiado sutil (y hasta “inexistente”, por decirlo todo, según los consensos en vigor, interiorizados desde hace mucho por el interesado), como para dar lugar a algo que no sea un rencor difuso, incapaz de “condensarse” y tomar forma y fuerza en una relación de tonalidades dulces, sin ángulos aparentes. Sin duda ésta es una mera variante del caso anterior, que apareció en la reflexión con la nota “Rencor aplazado – o el retorno de las cosas (2)” (n° 149).

<sup>312</sup>Sobre esa violencia “que supera el entendimiento” (“unfassbar” en alemán), véase la nota “El esclavo y el pelele – o las pallas” (n° 140). Cuando aquí hablo de violencia gratuita “en el sentido fuerte del término”, sin calificarla de otro modo que no sea el de que “supera el entendimiento”, el sentido preciso que tengo a la vista se detalla en la explicación que le sigue, al explicitar esos “dos aspectos” que se conjugan en ella,

violencia sufrida se vuelve consciente, debe aparecer una impresión de “odio secreto” o de “animosidad” por parte del que la inflige. Sin embargo esa impresión no es el efecto de una percepción (que hubiera aparecido de repente, como por arte de magia), sino el de una *asimilación* tajante: violencia = odio (o animosidad)<sup>313</sup>.

Algo que aquí me parece mucho más importante es constatar, no sólo *la existencia* de algo en apariencia tan aberrante, tan demencial, tan contrario a los más inveterados reflejos del “sentido común”, como el “rencor por poderes”, desplazado de su “blanco de origen” (o de *sus* blancos de origen) a un “blanco de reemplazo” (¡casi un blanco por pura comodidad!); sino constatar, *además*, que ése es *un mecanismo de lo más corriente*, que se encuentra en cada esquina, tanto en la propia persona (la última donde uno pensaría en ir a buscarla...) como en los parientes y amigos. Incluso tengo la impresión de que ese mecanismo es *de naturaleza universal*, que forma parte de los mecanismos básicos del psiquismo humano, que es uno de esos mecanismos todoterreno que constituyen el *síndrome de huída* ante la realidad: el rechazo a conocerla, y el miedo a asumirla.

Con más precisión, tengo la impresión de haber puesto el dedo, hoy, sobre el *resorte común a todas las situaciones de “violencia gratuita”*, sin excepción. Esa impresión apareció, con la fuerza de una convicción súbita, cuando me puse a examinar (tres párrafos más arriba) una “aparente contradicción”. Tuve el sentimiento de que una infinidad de impresiones parciales y heteróclitas almacenadas a lo largo de mi vida, girando alrededor del “punto sensible” donde lo haya de esa violencia “que supera el entendimiento”, de golpe se ordenaban, adquiriendo de repente una perspectiva que aún les faltaba – una perspectiva que estaba ahí inopinadamente, a la vuelta de un final de reflexión, cuando sólo me disponía a poner un último punto sobre una última i...

(160) (8 de enero) Desde hace una semana, hay una ola de frío poco común – temperaturas de –15 y menos, y cuando sopla el viento del “mont Ventoux”<sup>314</sup> (¡el nombre dice bien lo que quiere decir!), aún hace más frío. Parece que esta ola azota a todo el mundo (según uno que escucha los informativos), y que en el midi<sup>315</sup> no se había visto desde el famoso invierno y primavera de 1956. En mi infancia en Alemania, conocí fríos como éste, pero había nieve que protegía la tierra, y que ponía un tono de dulzura en el aire y en las cosas. Con este frío sin nieve, la tierra está congelada como un bloque de hielo. En unos pocos días el jardín ha quedado pelado – no sé si en primavera quedará algo de lo que sembré y planté. Las hojas de los puerros, apios, acelgas, canónigos, remolachas, cardos que quedaban son como láminas de hielo, como verduras congeladas. Me doy prisa en recolectar al máximo cada día, para comerlas, antes de que se descongelen y vayan todas al compost. Y ayer se congelaron las tuberías de la cocina, afortunadamente abajo quedaba agua corriente en el antiguo garaje, menos expuesto al frío. Hoy ha venido un amigo con un soplete de gas portátil, y ha conseguido que vuelva a funcionar el agua. Tendré que dejar correr un hilo de agua, para que no se vuelva a congelar. Afortunadamente tengo una buena estufa de madera en el comedor, adonde he llevado mi trabajo. Sentado junto a la estufa se está muy bien. Me caliento con cepas de viñas, que cada día corto con un hacha, una buena caja llena de vides hasta los topes, para el frío que hace. Cuando el viento no para de soplar en toda la tarde, te pueden salir sabañones, sólo te puedes pasar un cuarto de hora, veinte minutos, recogiendo madera en pleno viento. Sin contar el coche que estaba fuera y ya no arranca – parece que los coches no soportan bien el frío con anticongelante o sin él. El mismo amigo me lo acaba de poner en marcha, per ¿seguirá funcionando mañana para ir a revisar el texto mecanografiado por la secretaria a la que le he dado el trabajo? En suma, basta una ola de frío en invierno, cuando no es una ola de calor en verano, o una pequeña enfermedad en cualquier momento, para

<sup>313</sup>(6 de marzo) Sin embargo en ciertos casos, puede haber percepción de un odio realmente presente, aunque no haya sido provocado. (Ver al respecto, más arriba en esta misma nota, la otra nota a pie de página con fecha de hoy). Se trata de un odio que, salvo circunstancias excepcionales, permanece acantonado en capas profundas del inconsciente, y que además permanece en estado “vacante”, sin blanco designado, aunque sea la fuerza secreta que anima los actos de violencia (casi siempre de forma insidiosa) que se dirigen con una constancia sin fallos hacia un mismo blanco de elección...

<sup>314</sup>(N. del T.) Literalmente “monte Ventoso”. El Mont Ventoux es una montaña de 1.900 metros de altitud en la región de Provenza, a una decena de kilómetros al norte de Mormoiron, donde vive Grothendieck en esos años.

<sup>315</sup>(N. del T.) El Mediodía francés, zona vagamente delimitada que designa el territorio del sur de Francia.

recordarnos algunas realidades de la existencia que tendemos a olvidar cuando todo marcha a placer...

Durante los últimos tres meses, mi ritmo de trabajo se ha desplazado sin darme cuenta hacia las horas nocturnas. Trabajo hasta las dos o las tres de la madrugada, y duermo hasta las once o las doce. Con el tiempo que hace, si me dejase llevar fácilmente dormiría mis doce horas – y al revés, una vez en el trabajo, ¡ya no me acostaría! Intento guardar un equilibrio razonable. No me alarmo mucho por los desajustes horarios, siempre que duerma bien, y no me pase horas y horas en la cama sin dormir, con la máquina de pensar dando vueltas. Incluso ahora que ya no hay trabajo en el jardín, siempre hay bastantes ocupaciones cada día, incluyendo la madera para la estufa, y un poco de gimnasia aquí o allá. Tengo la impresión de un equilibrio de vida satisfactorio, en el que el trabajo de investigación no intenta devorar al resto, sin que por eso se reduzca a la mínima expresión. Desde que retomé el trabajo, el 22 de septiembre, debo pasar una media de cinco o seis horas cada día. Es modesto, pero el “rendimiento” apenas parece menor que antes. “El desbroce” (unas cien páginas por mes) es más o menos el mismo que en la escritura de las dos primeras partes de Cosechas y Siembras. Pero desde el punto de vista cualitativo, no tengo ninguna duda de que esta tercera parte es la más profunda, la que más me ha enseñado sobre mí mismo y sobre los demás.

\*            \*  
\*  
\*

¡Na mu myo ho ren ge kyo!

Cuando estaba a punto de terminar esta breve retrospectiva, sobre los rigores del invierno y sobre la evolución de mi equilibrio de vida, he recibido una llamada de uno de mis amigos, monje budista del grupo Nihonzan Myohoji, anunciándome la muerte de su venerado “preceptor”<sup>316</sup>, Nichidatsu Fujii, más conocido con el nombre de Fujii Guruji, u “Osshosama” para sus allegados. Mi amigo de París acaba de enterarse de la noticia por una llamada desde Tokio, supongo que Fujii Guruji ha muerto hoy mismo<sup>317</sup>. Acababa de cumplir, el pasado 6 de agosto, cien años, debilitado físicamente, pero en una excelente condición mental.

Coincidencia extraña, esa fecha del 6 de agosto es el aniversario de otros dos hechos importantes, uno de alcance histórico, el otro de naturaleza personal para mí. Es el aniversario de la bomba atómica de Hiroshima (el 6 de agosto de 1945) – que los japoneses conmemoran con el nombre de “Hiroshima day”. (Por eso las fiestas de cumpleaños de Fujii Guruji tenían lugar a finales de julio, para dejar los días cercanos al 6 de agosto disponibles para las manifestaciones pacifistas y antiatómicas). Por otra parte, mi padre nació el 6 de agosto de 1890, justo seis años antes del nacimiento de Fujii Guruji.

Después de la muerte de Claude Chevalley, la de Nichidatsu Fujii es la segunda de una persona que ha jugado en mi vida un papel nada despreciable, ocurrida durante la escritura de Cosechas y Siembras. Vista esta desaparición (que verdaderamente no llega como una sorpresa), estoy particularmente contento de haber intercambiado con él el año pasado unas cartas impregnadas de calor. Me habían invitado a asistir a la ceremonia del centésimo aniversario del viejo Maestro, que iba a tener lugar en Tokyo con una pompa excepcional. (Incluso habían editado a toda prisa un pequeño libro con testimonios sobre su persona, para dárselo en esa ocasión). Eso me dio pie para escribirle (como casi todos los años), algunas palabras de felicitación anticipadas, excusándome por no asistir a la ceremonia el 30 de julio, pues yo mismo tenía que guardar cama en el momento de escribir. (También es verdad que no estoy particularmente inclinado a las grandes ceremonias públicas, pero me había parecido inútil mencionarlo en mi carta. De todas formas, debí decepcionar y apenar a más de un de mis amigos monjes, al abstenerme

<sup>316</sup> “Preceptor”, palabra inglesa más o menos equivalente a “teacher”, designa al “maestro”, el que enseña. Nihonzan Myohoji es la transcripción fonética del nombre japonés del grupo, que se traduce por “Misión japonesa”. Se trata de un grupo budista “misionero”, principalmente de vocación pacifista. Para más precisiones, véase más adelante.

<sup>317</sup> Resulta que acababa de morir sólo unas horas antes. ¡La noticia se extendió de prisa!

obstinadamente de asistir a ninguna de las “grandes ocasiones”<sup>318</sup>, a las que jamás dejaron de invitarme). Debí añadir algunas palabras sobre el lado bueno de una enfermedad, que nos obliga, a nuestro pesar, a “desengancharnos” de nuestras ocupaciones y a conceder al cuerpo lo que reclama. El mismo Fujii Guruji había tenido que guardar cama durante el año anterior, lo que le había pesado mucho, visto su temperamento inclinado a la acción, y su energía poco común. Como hacía más de siete años que no había recibido comunicación personal de Fujii Guruji, me sorprendió recibir una carta de él, dictada mientras estaba encamado. Es una carta llena de delicadeza, en la que se preocupa por mi salud, y se afflige por no poder enviarme a nadie para que cuide de mí. También habla de su salud, y de cómo lleva su inactividad forzada. Termina con estas palabras, de estilo muy “japonés” que hay que tomarse con un (¡gran!) granito de sal, y que me mostraban, quizás aún más que el resto de la carta, que el tono era tan bueno como siempre<sup>319</sup>:

“Indeed I am a very old decrepit man of no use even if I may get back to normal life. Yet still, I would like to live and see how the world turns.”

Y ha podido ver girar el mundo durante casi seis meses más...

Mis lazos con el grupo Nihonzan Myohoji se remontan al año 1974. No es cuestión de hacer aquí ni siquiera un esbozo de esas relaciones en múltiples episodios, un poco en todos los registros – haría falta un volumen. Están entre las “consecuencias” más ricas del episodio “Sobrevivir y Vivir”<sup>320</sup> que siguió a mi partida (entre 1970 y finales de 1972). Se habló de ese grupo, y del boletín (¡no muy periódico!) del mismo nombre, y también de mi “salida de las mates” y de mi “trayectoria”, en un periódico (¿o unos periódicos?) japonés, en 1972 ó 73. Los aspectos “crítica de la ciencia” y denuncia de los aparatos militares, y también, quizás, el lado “crítica de una civilización”, debieron “pasar” a poco que fuera en algún artículo, llamando la atención de uno de los monjes de Nihonzan Myohoji. Éste le habló de ello a otros, y especialmente a un monje más joven de la misma ciudad (Kagoshima), que se había hecho monje bajo su influencia y era un poco como un “alumno”. Fue el primer monje misionero del grupo que desembarcó en “Occidente”, con más precisión en París, en la primavera de 1974<sup>321</sup>. Vino a verme

<sup>318</sup>Entre esas “grandes ocasiones” la principal fue la inauguración de “Shanti Stoupas”, o “Pagodas de Paz”. La construcción de esas Pagodas, o lugares de recogimiento para la paz en el mundo, se remonta a una tradición muy antigua en el mundo budista (iniciada por el rey Ashoka en la India), y fue una de las principales preocupaciones de Fujii Guruji. Él inspiró la construcción de gran número de Shanti Stoupas un poco por todo el mundo, tres de ellas en Europa y una en Estados Unidos.

<sup>319</sup>La carta fue dictada en japonés (la única lengua que hablaba Guruji) y traducida directamente al inglés. Traducción de las líneas citadas: “Ciertamente soy un hombre muy viejo y decrepito y de ninguna utilidad aunque pudiera volver a llevar una vida normal. Y sin embargo me gustaría vivir y ver cómo gira el mundo.”

<sup>320</sup>En “Vanidad y Renovación” (la primera parte de Cosechas y Siembras) se alude varias veces a ese episodio. “Sobrevivir y Vivir” (que primero se llamaba “Sobrevivir” sin más) es el nombre de un grupo, primero de vocación pacifista y luego igualmente ecológica, que nació en julio de 1970 (al margen de una “Summer School” en la Universidad de Montréal), en un medio de científicos (y sobre todo, de matemáticos). Rápidamente evolucionó en una dirección “revolución cultural”, a la vez que extendía su audiencia fuera de los medios científicos. Su principal medio de acción fue boletín (más o menos periódico) del mismo nombre, cuyos directores por orden fueron Claude Chevalley, yo mismo, Pierre Samuel, Denis Guedj (los cuatro matemáticos) – sin contar una edición en inglés, mantenida a brazo partido por Gordon Edwards (un joven matemático canadiense que conocí en Montréal y que estaba entre los fundadores del grupo y del boletín).

El primer boletín, todo de mi pluma (¡ingenua y llena de convicción!) y con una tirada de un millar de ejemplares, fue distribuido en el Congreso Internacional de Niza (1970), que reunía (como cada cuatro años) a varios millares de matemáticos. Esperaba adhesiones masivas – hubo (si recuerdo bien) dos o tres. ¡Sobre todo sentí un gran malestar entre mis colegas! Al hablar de la colaboración de los científicos con los aparatos militares, que se habían infiltrado un poco por todas partes en la vida científica, metía la pata en platos bien provistos... Fue en el “gran mundo” científico donde noté el mayor malestar – los ecos de simpatía que me llegaron de ahí se redujeron a los de Chevalley y Samuel. Fue en lo que después he llamado “la marisma” del mundo científico, donde nuestra acción encontró cierta resonancia. El boletín terminó por tirar unos quince mil ejemplares – un trabajo de intendencia de locura, pues la distribución se hacía artesanalmente. Los jugosos dibujos de Didier Savard seguramente contribuyeron mucho al relativo éxito de nuestro periodicocho.

Después de mi partida y la de samuel, terminó por virar hacia un grupúsculo izquierdista, de jerga tajante y análisis sin réplica, y el boletín terminó por morir de muerte natural. Lo que había que entender y que decir, en un momento aún cercano a la efervescencia del año 1968, fue comprendido y dicho. Después de eso ya no tenía interés hacer girar y girar un disco a perpetuidad...

<sup>321</sup>Me aseguró que era el primer monje misionero budista en occidente, en toda la historia del budismo – ¡pero no garantizo que esa información sea fiable! Además no está claro que hacerse misionero haya sido verdaderamente un gran “progreso”



unas semanas después y sin previo aviso, al pueblo perdido en que yo habitaba entonces, a cincuenta kilómetros de Montpellier. Después de ese memorable día de mayo en que vi, bajo el sol de mediodía, un hombre curiosamente ataviado, cantando por el camino con un tambor y dirigiéndose (no había error...) hacia el jardín en que yo estaba trabajando en solitario – después de ese día he tenido el privilegio y el placer de ver pasar por mi casa numerosos adeptos y simpatizantes<sup>322</sup> de Guruji. Su contacto me ha aportado mucho. A principios de noviembre de 1976, incluso tuve el insigne honor y la alegría de acoger en mi rústica morada a Fujii Guruji en persona, entonces de 92 años, en compañía de un grupo de siete u ocho monjes, monjas y discípulos. Ya me había encontrado con él el año anterior, con motivo de la inauguración del templo del grupo en París, en el distrito dieciocho. Más allá de las palabras de cortesía de rigor, conectamos bien, hubo una simpatía inmediata. El contexto más íntimo y personal de una visita de varios días a mi casa me aportó, por supuesto, una comprensión mucho más rica tanto de la persona de Fujii Guruji como de su relación con el grupo del que era la cabeza, y el alma.

Cosa interesante, esta visita de Fujii Guruji fue poco después, a penas dos semanas, del viraje crucial en mi vida que se realizó entre el 15 y el 18 de octubre del mismo año, del que ya he hablado en alguna parte<sup>323</sup>. Las semanas que siguieron a esos días de crisis y renovación fueron de las más intensas de mi vida, y cada día aportaba su imprevista cosecha de sucesos interiores y de descubrimientos. A decir verdad, esa visita, prevista y preparada desde hacía semanas, de todo un grupo de monjes y de monjas rodeando a su venerado maestro, llegaba como una especie de extraño intermedio, como un recreo en la aventura que entonces absorbía la totalidad de mi ser. Fue el respeto a mis huéspedes, y muy particularmente a Fujii Guruji que venía a honrar mi morada, el que me permitió tener, en esos días, la disponibilidad que la ocasión requería. Como me ocurre a menudo, una vez en el corazón del acontecimiento comprendí que éste no era un “intermedio” o un “recreo”, sino que formaba parte de la aventura que estaba viviendo. Bajo su apariencia muy de “cuento de Oriente”, de una perfecta delicadeza y de un insólito encanto, ese supuesto “intermedio” me ponía en presencia de hombres y mujeres parecidos a mí y a los hombres y mujeres que siempre había conocido, en contextos menos exóticos, menos extraordinarios en apariencia. Por haber sentido ese parentesco, en mis huéspedes sentí también a unos amigos y unos hermanos, y no personas salidas directamente de un cuento de las mil y una noches, como debió ser el caso para más de un aldeano asombrado. Y al mismo Fujii Guruji, que me hablaba con tanta familiaridad mientras sus “allegados” permanecían a la distancia que exigía el respeto debido al venerado maestro, yo lo sentía muy, muy lejano (de mí y de sus allegados), y sin embargo cercano al mismo tiempo, como si hubiera sido mi padre, o un hermano mayor y condescendiente.

Y como suele ocurrir con un padre o un hermano mayor, incluso el más condescendiente, tenía una expectativa sobre mí, que además no ocultaba, una expectativa compartida con los que le acompañaban y que eran todos mis huéspedes. Y yo sabía también que no podía cumplirla. Mi aventura estaba ligada a la de Fujii Guruji, con unos lazos que percibía mal, quizás tan profundos que no podía verlos, y a la de sus discípulos que le seguían a ojos ciegos. Pero no era la de mi prestigioso y benevolente huésped, igual que no era la de mi padre, para mí también prestigioso y benevolente, muy cercana y sin embargo diferente: otra persona, otro destino.

No fue fácil hacer “pasar” que yo no sería uno de los suyos en una empresa que era suya, y que yo no sentía como mía. Según el retrato que de mí debieron hacerle a Fujii Guruji y a sus fieles, ésa era la última cosa que se hubieran esperado – y tanto menos cuanto que la relación a nivel personal, entre el grupo o los diferentes miembros del grupo y yo, se parecía a una verdadera luna de miel. Con motivo de esa visita, algunas resistencias muy antiguas, debidas a mi educación, desaparecieron, y me uní a mis

---

para el budismo. Desde el principio, ese aspecto del grupo Nihonzan Myohoji ha suscitado en mí una reserva, que no ha hecho más que confirmarse con el paso de los años.

<sup>322</sup>Justamente uno de esos fue el que tuvo el honor, en tanto que “extranjero en situación irregular”, de ser ocasión para la primera aplicación literal, en la jurisprudencia de Francia, de cierto artículo bastante increíble de cierta “Ordenanza de 1949”. Tuve el honor de verme en el Juzgado, por haber “alojado y hospedado gratuitamente” a un tal fuera-de-la-ley. Sobre este episodio véase la sección “Mi despedida – o los extranjeros” (nº 24).

<sup>323</sup>Ver la sección “Deseo y meditación” (nº 36) y la nota “Los reencuentros (el despertar del yin (1))” (nº 109).

huéspedes para cantar con ellos su mantra, acompañados con el tambor:

“¡Na mu myo ho ren ge kyo!”

Ese mantra es el fundamento, el alfa y la omega, de su práctica religiosa. Lo cantan acompañándose casi siempre con un tambor de oración, una hora por la mañana y una hora por la tarde. Ese canto con tambor, según las enseñanzas del profeta japonés Nichiren, es por sí mismo el bien soberano, dispensador de paz en el que la canta y a su alrededor, Ese canto es por tanto para mis amigos japoneses lo que comúnmente se llama una “oración”. El sentido que le dan, de acuerdo con Nichiren, y de acuerdo con su “preceptor” directo Fujii Guruji, es el de un *acto de respeto* hacia la persona a la que uno se dirige, y a través de ella, a todo ser viviente en el universo – en tanto que ser prometido (según la Sutra de la Flor de Loto) a ser Buda, encarnación de la sabiduría perfecta. Esas siete sílabas sirven también como saludo a cualquier persona, incluso a cualquier otro ser que se quiera saludar, con esa connotación de respeto hacia lo que es de esencia divina en el otro. Igualmente sirven de acción de gracias antes de comer. A decir verdad, me parece que no hay ocasión, sea en momentos de sorpresa, de emoción, o de recogimiento, que para un adepto de Nichiren no sea propicia para decir las palabras sagradas. En cuanto a mí, sin compartir la creencia religiosa de mis amigos monjes<sup>324</sup>, me uno con alegría a ellos, cuando se presenta la ocasión, para hacer Odaimoku – para cantar con el tambor lo que llaman “la Oración”. En recuerdo de ellos, y en un acto de respeto afectuoso hacia su maestro, Nichidatsu Fujii Guruji, he incluido “la Oración” en mi vida cotidiana, cantándola antes de cada una de las dos principales comidas del día, al menos cuando estoy en mi casa, o en casa de unos amigos, o con personas que sé que no les molesta<sup>325</sup>. Ésa es una de las cosas más valiosas que le debo a Fujii Guruji y a aquellos de sus discípulos que he conocido y que me han dado su afecto, sin cansarse de mi reticencia a asociarme de cerca o de lejos con sus actividades misioneras.

En Japón hay varios millones de budistas nichirenitas, divididos en numerosas sectas de fisonomías muy diferentes. El grupo Nihonzan Myohoji es uno de los más pequeños en número, unos centenares de monjes, monjas y simpatizantes activos. Sin embargo es bien conocido en Japón y en otras partes, distinguiéndose de todos los grupos religiosos tradicionales por un compromiso político inequívoco, cuyo acento principal es la lucha por la paz, la acción antimilitarista y, particularmente, antinuclear. En tiempos de la guerra de Vietnam, era el único grupo budista (salvo error) que claramente tomaba partido en contra de los americanos, y que luchaba contra la presencia de bases americanas en Japón (que servía de apoyo logístico a la guerra de Vietnam). En estos últimos años, Fujii Guruji ha estado en estrecho contacto con los jefes del movimiento de liberación de los indios en Estados Unidos, el AIM (American Indian Movement). Monjes de Nihonzan Myohoji han participado en marchas organizadas por los indios de América, sin contar otras Marchas de la Paz en diversos lugares del mundo. Los jefes indios han sido claramente atraídos e impresionados por la personalidad poco común de Fujii Guruji. El hecho de que ese hombre de energía indomable, y de casi cien años, fuera un gran misionero de una fe religiosa diferente de la suya, no parecía que les molestase. Al contrario, la dimensión religiosa en las opciones “antiamericanas” a machamartillo del venerable Maestro seguramente era, además de su edad, una de las causas que le hacía acoger a Guruji como hubieran acogido a uno de los suyos, como un padre o un abuelo muy respetado, y en el que uno se reconoce<sup>326</sup>.

<sup>324</sup>No me siento miembro de ninguna confesión religiosa particular. Por la educación recibida de mis padres, fui ateo (con un matiz antireligioso) hasta los catorce años. Una conferencia notable de mi profe de ciencias naturales, sobre la historia de la evolución de la vida sobre la tierra, me hizo comprender, sin la menor duda, la presencia de una inteligencia creadora actuando en el Universo. Esa comprensión, que entonces era meramente intelectual, se ha ensanchado y se ha afinado durante mi posterior maduración, después de mi partida de la escena matemática en 1970.

<sup>325</sup>Me he abstenido de cantar la oración en la comida semanal que hacía en la Facultad, acompañado de algunos alumnos o colegas, al no estar seguro de que algunos de ellos no sintiese una especie de presión, que yo le imponía al amparo de mi posición de mayor o de “patrón”.

<sup>326</sup>Para dar una idea de los lazos de confianza y de respeto que unían a los jefes indios con la persona de Fujii Guruji, señalo aquí que en la gran fiesta anual de iniciación que se hacía alrededor de la “danza del sol”, participaban monjes discípulos de Guruji, batiendo el tambor de oraciones desde la salida del sol hasta el ocaso, al lancinante ritmo del ¡Na mu myo ho ren ge kyo! Esos grandes tambores, horadados en un tronco de una sola pieza y forrados de piel de buey, son de

Seguramente, esa dimensión religiosa ha actuado en mí en el mismo sentido – me ha hecho más cercano a Fujii Guruji, aunque yo no me considere de ninguna fe religiosa bien definida. Si me pregunto qué es lo que más me ha atraído y chocado en él, veo varias cosas. La más llamativa es una *alegría* interior. Esa alegría parece desprenderse espontáneamente de una *unidad* en su persona, o quizás mejor, de una *fidelidad* a sí mismo. Se nota que ese hombre es feliz, pues toda su vida ha hecho sin dudar lo que sentía que tenía que hacer. No me parece exento de contradicciones, pero sí desprovisto de ambigüedad. El sentido de algunos de sus actos o de sus omisiones se me escapa, pero en ningún momento me ha rozado la duda sobre la total integridad del hombre. Y esto no a consecuencia de un análisis de lo que supiera de él por personas interpuestas. Basta haberse encontrado con él una vez para saber que es un hombre que no conoce la ambigüedad, un hombre en profundo acuerdo consigo mismo. Eso es lo que los jefes indios del AIM han debido sentir, para darle el lugar que le han dado entre ellos. Seguramente reside ahí también su extraordinario ascendiente sobre sus seguidores, hombres y mujeres cuyas opciones ideológicas y filosóficas cubren un abanico que va del marxismo-leninismo puro y duro al conformismo de buen cuño del PDG de una cadena de grandes almacenes. Lo que les une no es la veneración de cierta Sutra que quizás ninguno de ellos haya tenido la osadía de leer<sup>327</sup>, ni cierta oración de origen pali, vertida al japonés por intermedio de la traducción china, del que profesa la veneración a esa Sutra. Lo que les une (¿o hay que decir: lo que les reunía?) es un *hombre*, que ejerce sobre ellos un ascendiente que él no ha buscado ejercer, igual que el sol no ha buscado a sus planetas.

También he visto que ese hombre estaba *solo*, y que la soledad no le pesaba. Era su condición natural, tal vez desde siempre. Esa soledad, y esa integridad, o ese acuerdo consigo mismo, me parece que son otros tantos aspectos diferentes de una sola y misma cosa. Otro aspecto de esa misma cosa es el de la *fuerza* – una fuerza sin violencia, y que no se preocupa de ser o de parecer “fuerte”. Es la del sol, otra vez, al que le basta ser él mismo para que se cree a su alrededor un campo de fuerzas, y unas órbitas que los planetas recorren.

Seguramente, ésa es también la fuerza de la que más de una vez he hablado en Cosechas y Siembras, como “la fuerza” que hay en nosotros – con la diferencia de que en tal hombre es plenamente visible y sensible para todos aquellos que se le acercan, y en tal otro está más o menos enterrada, a veces hasta el punto de que se pudiera creer inexistente. Pero aunque algunos de mis amigos parecen negarla ellos mismos, esa Sutra que veneran, y la misma Oración que cantan día tras día, claramente proclaman que una tal fuerza vive en toda cosa viviente en la Creación, prometida como ellos, y como su venerado maestro Osshosama, al destino del Buda.

(161) (13 de enero)<sup>328</sup> Hace cuatro días que no he tenido tiempo ni calma para trabajar – para continuar las notas, quiero decir. La razón principal está en las dificultades tan increíbles que tengo para mecanografiar en limpio esta tercera parte de Cosechas y Siembras. Desde hace treinta años que tengo

---

una potencia sonora poco común, y (supongo) difícil de soportar durante doce horas seguidas. (Lo experimenté durante dos horas, en la inauguración del templo de París, experiencia que fue concluyente...). El caso es que Robert Jaulin (que fue, junto con los monjes, uno de los pocos no-indios invitados a participar en la fiesta) me contó que los indios soportaron estoicamente el tambor sagrado del Abuelo Guruji, desde el comienzo hasta el final de la iniciación, de la que el tam-tam Guruji habrá sido una de las múltiples pruebas...

<sup>327</sup>Más de un discípulo de Guruji me ha dado a entender que consideraría un atrevimiento intentar leer la Sutra de la Flor de Loto, aunque existe una traducción al japonés. Sólo un hombre de gran profundidad espiritual, como su maestro Fujii Guruji, sería apto y digno de leer ese texto sagrado, que supera infinitamente la inteligencia del profano. Visiblemente, la fe de esos hombres y mujeres se refiere directamente, no sobre cierto personaje histórico más o menos divinizado, como Buda, o el perfecto Boddhisatva y profeta Nichiren, sino sobre Fujii Guruji en persona.

<sup>328</sup>(23 de enero) La primera parte de esta nota fue escrita en contra de fuertes resistencias a mencionar las perturbaciones que interferían con mi trabajo. Éstas eran vagamente ridículas, y sólo mencionarlas jequivalía un poco a dar gratis las varas con que azotarme! Por otra parte esas perturbaciones, “que literalmente te pueden dejar de una pieza”, se habían vuelto hasta tal punto chirriantes e invasivas en mi trabajo, sobre todo durante una o dos semanas, que hubiera sido una especie de engaño, una inautenticidad en el testimonio, pasarlas por alto como si no estuvieran. Vuelvo sobre mis sinsabores diez días después, en la nota “Jung – o el ciclo del “Mal” y del “bien””.

(7 de marzo) Esta última nota, la primera de toda una serie de “notas de lectura” sobre la autobiografía de C.G. Jung, finalmente fue relegada a una última parte de Cosechas y Siembras, formada por la parte de la reflexión suscitada por esa autobiografía.

la costumbre de encargar el trabajo de teclear, nunca he visto nada parecido. Claramente, el de tener entre las manos este texto de naturaleza fuertemente personal, por no decir íntima, ha desencadenado en las personas encargadas de mecanografiar unas reacciones (seguramente inconscientes) de una fuerza considerable, en el sentido de un verdadero sabotaje del trabajo que les era confiado. En el espacio de unos meses, el mismo escenario se ha repetido tres veces, con pequeñas variantes, con tres secretarías consecutivas, ¡que sin embargo no se han puesto de acuerdo<sup>329</sup>! La tercera vez se añade una nota sórdida, pues la secretaria Mme. J., utiliza el manuscrito tan inhabitual que le había sido confiado como medio de chantaje para extorsionar y obtener una especie de rescate. Es una antigua secretaria de dirección, con mucha experiencia. Las primeras once páginas eran impecables y casi sin ninguna falta, para mostrar lo que sabía hacer; y ya en las quince páginas siguientes se había saltado once líneas – ¡nunca he visto un texto tan estropeado! No pregunté cuál era el rescate (más allá del precio convenido por el texto ya mecanografiado) para recuperar mi manuscrito y lo ya escrito, pues no tengo ganas de alentar esa clase de procedimientos. Esto significa que me voy a ver obligado a recurrir a las vías judiciales.

Afortunadamente me queda un borrador del manuscrito, que podría utilizar en caso de necesidad. Eso no impide que esta clase de circo, sobre todo cuando se vuelve repetitivo, te puede “partir por el eje” literalmente. Cuando pensaba en las dificultades y antagonismos que sin duda iba a levantar mi modesto tocho meditativo y autobiográfico, ciertamente no me imaginaba que era por ese lado, la hermandad de las secretarías-teclistas (en vez de mis honrados cofrades matemáticos), por donde me iban a llegar los primeros problemas, ¡y en forma de una especie de guerra de usura! No tengo muchas ganas de confiar ese mismo texto (una vez que lo recupere) a una cuarta secretaria, pues nada me hace prever que tendrá más conmiseración con él que las anteriores. Y hacer yo mismo el trabajo de secretaria requeriría más de un mes, tiempo que en absoluto estoy dispuesto a echar.

Quizás me vea obligado a renunciar a mecanografiar en limpio esta tercera parte de Cosechas y Siembras, que confiaré directamente al editor en forma de manuscrito-borrador. (¡No preveo el mismo tipo de problemas con los encargados de la composición del texto para su impresión!) Eso significaría sobre todo que renuncio a incluir esta tercera parte en la pre-edición limitada de Cosechas y Siembras a cargo de mi universidad, la USTL, para ser distribuida a título personal entre colegas y amigos. O tal vez haga una tirada más tarde, si termino por encontrar una secretaria que haga un trabajo correcto. No enviaré esta parte (seguramente la más “difícil” de las tres) más que bajo demanda expresa de aquellos verdaderamente interesados en recibirla, entre los que hayan recibido las dos primeras partes. Tengo prisa por imprimir éstas y enviarlas (mientras que tengo menos prisa con la tercera). La mecanografía de esas dos partes está terminada desde hace meses, fue realizada (y sin problemas) por las secretarías de la USTL. Podrían haber estado impresas desde hace mucho, si no me hubiese querido incluir en ellas un índice del conjunto de las tres partes de Cosechas y Siembras, mientras que ya llevo más de tres meses que creo que estoy a punto de terminar esta interminable tercera parte. Me voy a dar de tiempo hasta final de mes para terminarla, y si no, me ocuparé de la tirada de las dos primeras partes (Vanidad y Renovación, y el Entierro I, o el traje del Emperador de China), sin incluir un índice completo y definitivo de la tercera parte (El Entierro II, o la llave del yin y del yang).

Y ahora, después de todos esos incidentes desagradables, he de reencontrar mal que bien el hilo de una reflexión que se interrumpió abruptamente.

La muerte de Fujii Guruji a los cien años, este nueve de enero, ha sido ocasión para evocar, con su persona, un aspecto de mi vida que no había aflorado anteriormente. No teniendo la posibilidad de ver a Guruji en su lecho de muerte, ni de participar en una velada funeraria en compañía de sus allegados, me pasé la noche siguiente a su muerte en una vigilia solitaria, anotando hasta la madrugada algunas reminiscencias y pensamientos suscitados por el suceso. Después he pensado que, con esta

---

<sup>329</sup>Los que me deseen el bien pueden aprovechar esto para tacharme de delirio de persecución – después de la hermandad de los mozos de cuerda, ¡he aquí la de las secretarías-teclistas que se moviliza para dañarme! Para las anteriores, ver la nota “La masacre” (cuyo nombre ya es bien elocuente...) a propósito de de mi amigo Ionel Bucur...

ocasión, también sería bueno intentar decir lo que me ha aportado el encuentro con Fujii Guruji, y con los discípulos suyos que he tratado con familiaridad.

En las notas de hace cinco días ya he hablado del canto Na mu myo ho ren ge kyo, que desde hace años ha entrado en mi vida, y que es benefactor. También está el afecto que he recibido del mismo Fujii Guruji, y de varios de sus discípulos, jóvenes y menos jóvenes. Seguramente es ese afecto el que le da su valor y su belleza al canto que he recibido de ellos, que en sí mismo es un acto de respeto y de afecto por todas las cosas vivas de la creación, incluyendo su persona y la mía.

Igualmente, mis contactos con los monjes y monjas de Nihonzan Myohoji han sido mis primeros y únicos contactos estrechos con hombres y mujeres cuya dedicación principal, incluso total, es a tareas de motivación religiosa (igual que durante mucho tiempo mi propia dedicación era al trabajo de descubrimiento matemático). Esto ha sido ocasión para darme cuenta de que, igual que en otras partes, más allá de cierta afinidad por una vocación común (llamada religiosa) y de la fidelidad a una misma personalidad fuerte y atractiva, las diferencias de temperamento, de condicionamientos, e incluso de *elecciones* profundas, permanecen todas tan marcadas, y todas tan activas en las relaciones entre personas. Por decirlo de otro modo, los esfuerzos de algunos por *modelarse* según algún ideal religioso (aquí el de del “Boddhisatva”, el infatigable propagador de las enseñanzas de Buda) conducen a actitudes más o menos a flor de piel, y no a un proceso de *transformación* interior, a una maduración. Además, la adopción de un “credo” (por sublime que sea) y la dedicación a fondo a una actividad llamada “religiosa”, parece que no tiene incidencia esencial sobre el juego de los mecanismos egóticos habituales. El conflicto no está menos presente en los monasterios, conventos, templos y otras comunidades religiosas de cualquier confesión, que en cualquier otra parte del mundo. Y a menudo la vocación religiosa se toma como un medio, entre otros, para evacuar el conflicto, convenciéndose de que ha desaparecido en virtud del credo.

También es cierto que en diferentes ocasiones, algunos de mis huéspedes monjes irradiaban una paz y una alegría interior, que yo notaba igual que todos los que se les acercaban, bienhechora para ellos mismos y para todos. Claramente, tal estado de armonía y de plenitud, de profundo acuerdo, es ajeno a todo esfuerzo de ser esto o aquello – es un estado “sin esfuerzo”, un perfecto estado natural.

En cuatro de los monjes en que sentí tal irradiación, tengo la impresión de que era su estado habitual, desde hacía muchos años, incluso decenios. Es el caso especialmente del mismo Fujii Guruji. Otros dos amigos, los he visto en otras ocasiones tan anudados y desgarrados como cualquiera. Era como si ese estado de armonía en que les había conocido, y cierta comprensión espontánea de las cosas que era una de sus señales, se hubiesen vuelto nulos y sin efecto – como si no hubieran dejado ninguna traza en ellos. Sin embargo estoy convencido de que hay una “traza” indestructible, más profunda que una simple marca registrada en la memoria – una traza con la naturaleza de un *conocimiento*. Como todos y cada uno, esos amigos son libres en todo momento de tener en cuenta el conocimiento depositado en ellos en los momentos creativos de su existencia, de dejarlo actuar y fructificar; igual que son libres también de ignorarlo, de enterrarlo, de “hacer el idiota” en suma. Ésa es, después de todo, la cosa más común del mundo...

Me ha venido el pensamiento de que ese estado natural perfecto, de profundo acuerdo consigo mismo, y esa irradiación que lo acompaña, *no* son cosas tan comunes por contra. Es un hecho muy notable que en el grupo tan restringido de los monjes que pude acoger en mi casa, fuera por algunos días o semanas, hubiera tantos en los que encontré ese estado de armonía interior, de fuerza en el pleno sentido del término, aquella en que se unen humildad y fortaleza, lo dulce y lo incisivo. ¿No será ésta, a fin de cuentas, realmente la acción de un credo, o de la Oración que lo expresa? Ésta, si claramente no puede por sí sola crear un estado de gracia, ¿tal vez tiende a *favorecer* la aparición de tal estado, y su renovación día tras día? Después de todo, el mero hecho de cantar un hermoso canto dedicándose a ello por entero, es ya un poco un “estado de gracia” – y la sola belleza de un canto (o de una oración) nos incita ya a “dedicarnos a ello por entero”.

También es verdad que el más bello de los cantos, cuando lo repetimos con el espíritu en otra

parte, permanece inactivo, a falta de abrirnos a él. O mejor dicho, lo que así repetimos *no es* el canto que creemos cantar, y nuestra alma no se nutre de él, igual que una rosa de papel o de plástico no es una rosa, y las abejas no la vendrán a libar.

(162) (14 de enero) Al terminar la reflexión de hace una semana, tenía el sentimiento de haber “puesto el dedo” sobre algo importante. Esa misma noche, quise expresar de manera lapidaria ese “algo” con el nombre de esa nota, “La causa de la violencia sin causa” (nota n° 159). También sabía que ese súbito relámpago de comprensión no tenía nada de desenlace, o de punto final, de una reflexión que desde hacía más de un mes<sup>330</sup> giraba justamente alrededor del misterio de la “violencia sin causa”, o “violencia gratuita”. Al contrario, esa nueva “perspectiva” que ha aparecido de repente se parece más a un nuevo punto de partida. El mecanismo de “desplazamiento” de un rencor o de un resentimiento por agravios y daños sufridos en días remotos, hacia un “blanco” *aceptable* en lugar del o de los responsables reales, percibidos como fuera de alcance o como “tabúes” – ese mecanismo, que antes había reconocido esporádicamente, en tal o cual caso aislado a lo largo de mi vida, y tomado tácitamente como una especie de aberración extraña y errática del inconsciente, al fin es reconocido como uno de los “mecanismos básicos del psiquismo humano”. Y al mismo tiempo, aparece como responsable de innumerables e inquietantes manifestaciones de la “violencia sin causa”; tanto la que hace estragos entre esposa y esposo, entre amantes, padres e hijos, como la violencia “anónima”, que alcanza su paroxismo en tiempos de guerra o de grandes convulsiones sociales.

Ignoro si esos lazos han entrado desde hace tiempo en el ABC de la ciencia psicológica o la psiquiatría (suponiendo que exista tal “ciencia”), o si lo que aquí digo va a pasar por fantasmagorías de un “diletante en psicoanálisis”. Como mi propósito no es presentar una tesis doctoral en psicología, ni siquiera romper lanzas por alguna teoría antigua o nueva, sino comprender mi vida a través de las situaciones en que mi persona está implicada, poco importa el “status” de eso sobre lo que he puesto el dedo, o de las “perspectivas” que de repente veo abrirse aquí y allá. Bien sé que de todas formas, si quiero comprender la menor cosa, no puedo ahorrarme una reflexión personal, sea en la matemática, o en mi vida o en la de aquellos a los que está ligada de una forma u otra. Y esto es así tanto más cuando lo que se trata de comprender parece desafiar a la razón, y veo que todos y cada uno, a mi alrededor y en otras partes, la eluden como a la peste, a golpes de clichés tranquilizadores. (Y me parece que los profesionales de la psicología no son una excepción, al menos desde el instante que su propia persona está en causa).

Bien me daba cuenta de que la “súbita convicción” aparecida a la vuelta “de un último punto sobre una última i”, a saber que “acababa de poner el dedo sobre el resorte común a todas las situaciones de “violencia gratuita””, no me dispensaba de la tarea de examinar con detalle, y desde todos los ángulos, esa nueva intuición llegada al campo de la mirada consciente, sin haberse desprendido aún del halo difuso de lo que acaba de emerger de las brumas. Bien al contrario, ése era justamente el primer trabajo que había que hacer, en el que ya veía surgir un montón de nuevas cuestiones, tanto particulares en tal caso especial, como generales. Si bien había alguna certeza en esa “convicción” tajante, o mejor dicho, un núcleo de *conocimiento* seguro, ésta no me decía en modo alguno que la formulación que le había dado a esa convicción era “verdadera”, “correcta”, sin reservas ni retoques importantes; sino más bien, que acababa de poner el dedo sobre un *hecho nuevo* (para mí) *y esencial*, que una *nueva perspectiva* sobre la violencia se había instaurado<sup>331</sup>. En cuanto al sentido preciso y matizado de ese hecho nuevo y de

<sup>330</sup>De manera precisa, desde la nota del 7 de diciembre “Garra de terciopelo – o las sonrisas” (n° 137).

<sup>331</sup>Al escribir estas líneas, se me impuso la comparación con las “conjeturas standard” sobre los ciclos algebraicos, que presenté en el Coloquio de Bombay en 1968. Entonces me parecían (y aún hoy me parecen) que eran, junto con la resolución de singularidades, uno de los problemas más candentes que se plantean en geometría algebraica. Al desentrañar esas conjeturas, sentía que una “nueva perspectiva... se había instaurado”, esta vez sobre los ciclos algebraicos, su relación con la teoría de Hodge y las conjeturas de Weil. Lo que más me chocaba, era que veía despuntar un enfoque de las conjeturas de Weil que sería “puramente geométrico”, quiero decir, sin tener (al menos en apariencia) que pasar por la vía de una teoría cohomológica.

esa perspectiva nueva, su alcance exacto y, tal vez, sus prolongaciones y repercusiones imprevistas, no pueden dejar de despejarse, en cuanto les dedique el trabajo necesario. El “conocimiento” que acababa de aparecer me decía, especialmente, que el tiempo estaba maduro para tal trabajo, para entrar más adelante en una comprensión de la violencia, y en todo caso, de la “violencia gratuita”; que cada hora y cada día que consagrara a esa tarea, para llegar hasta el final de lo que acababa de aparecer, me haría penetrar más adentro en esa comprensión. No recuerdo que tal sentimiento de la aparición de algo nuevo y esencial (aunque permaneciera difuso y aproximado), y la íntima convicción de poder penetrar más adentro en la comprensión de esa cosa, se haya equivocado jamás. Si en mis investigaciones hubo un guía seguro para “situar” mis investigaciones en tal dirección o tal otra, fue ese sentimiento de la aparición de lo *nuevo*, y esa íntima convicción que me dice cuando el tiempo está maduro para entrar más adelante en ese “nuevo” entrevisto y para conocerlo<sup>332</sup>.

Eso no significa que, cada vez que el tiempo está maduro para lanzarme en tal dirección, y para conocer tales cosas, ¡realmente me lance! Eso ya era imposible en los tiempos en que dedicaba la totalidad de mi energía a la matemática, cuando progresivamente ¡me encontré con diez hierros, y después con cien en el fuego!<sup>333</sup> Y así ha sido también en la meditación, es decir, en el descubrimiento de mí mismo. Al nivel de un trabajo consciente, sólo podemos ¡ay! hacer una cosa a la vez (lo que sin embargo no está nada mal, cuando uno se toma la molestia de hacerla bien...). Ese trabajo sobre *uno* de los “cien hierros en el fuego” puede, es verdad, siguiendo los caminos misteriosos del inconsciente, aprovechar también a todos los demás, o al menos a varios de ellos – puede “calentarlos”, hacerlos más receptivos a los martillazos sobre el yunque de la atención consciente, cuando nos dediquemos a ellos. Pero hay que saber elegir de entrada “el buen” hierro entre los cien – aquél cuyo moldeado hará avanzar igualmente el trabajo sobre los demás, que se están calentando igual que él.

(162') Durante la reflexión sobre el Entierro, me he encontrado muchos “hierros” que me pedían que los trabajara, más o menos candentes según el caso. Me parecen que todos se han recalentado a lo largo del trabajo, algunos más, otros menos. El primero de esos hierros fue la cuestión del *desprecio de sí mismo* en el caso de mi propia persona, planteado primero como para tomar nota, al margen del primer embrión de Cosechas y Siembras<sup>334</sup>. Permaneció más bien tibia hasta la reflexión del 13 de diciembre (hace un mes y un día), en la nota “La violencia del justo – o la liberación” (nº 141). Fue la primera vez en mi vida, creo, que consagré una reflexión, por sumaria que fuera, a los casos en que yo mismo he ejercido y he hecho sufrir una “violencia sin causa”, la violencia “que supera el entendimiento”. A veces he pensado en eso durante estos últimos años, pero siempre de pasada, sin detenerme en ello, y sobre todo: sin consagrarle una reflexión escrita.

Sin embargo, la violencia-que-no-dice-su-nombre había marcado profundamente mi vida – ésa era una de las cosas cruciales, incluso *la* cosa crucial entre todas que tenía que comprender tan profundamente como pudiera, para comprender mi vida, y “la vida” en general, la vida humana. Pero que eso es así, cosa

---

Como ya he subrayado en alguna parte (en la subnota nº 1061 de la nota “El músculo y la tripa”), la realidad de esa “nueva perspectiva” y su alcance, es totalmente independiente de la cuestión (que permanece en los nimbos del futuro) de si esa conjetura se revela verdadera, o falsa. Una conjetura, para mí, no es una *apuesta* (que se gana o se pierde), sino un *golpe de sonda* – y sea cual sea la respuesta, sólo podemos salir “ganando”, quiero decir: con un conocimiento renovado. (Comparar con la reflexión de la sección “Error y descubrimiento”, nº 2). Suponiendo que la conjetura se revele falsa, ya veo en la punta de la nariz dos o tres variantes, “menos optimistas”, que la afinan, y de las cuales la más débil es prácticamente equivalente a la existencia de una teoría “razonable” de motivos semisimples sobre un cuerpo.

Desentrañar esas variantes, para alguien que esté un poco en el ajo, es un ejercicio de una tarde o dos (y tal vez punto de partida para un largo viaje en lo desconocido...). Desentrañar el primer enunciado (inspirándome, como de costumbre, en una idea de Serre, expuesta en su artículo “Anlogues kähleriens des conjectures de Weil”), no fue un ejercicio, sino *un descubrimiento*; o también (retomando la expresión de la carta de Zoghman Mebkhout, citada en la nota “Fracaso de una enseñanza – o creación y vanidad”, nº 44') una *creación*. Y eso era un eufemismo, cuando Zoghman se atrevió tímidamente a decir que “mis alumnos no saben muy bien lo que es una creación” – o más bien yo diría: que lo supieron pero lo han olvidado, de lo ocupados que están en empujar las ruedas de un carruaje fúnebre...

<sup>332</sup>Comparar con la nota “El niño y el mar – o fe y duda”, nº 103.

<sup>333</sup>Ver la nota “Cien hierros en el fuego, o: ¡de nada sirve hacer novillos!”, nº 32.

<sup>334</sup>Ver la nota (nº 2) que se refiere a la sección (de junio de 1983) “Infalibilidad (de otros) y desprecio (de sí mismo)” (nº 4).

sin embargo evidente en cuanto me tomo la molestia de pensar en ella, permanecía oculto. Eso terminó por emerger, como por casualidad, al margen de la reflexión de los días que precedieron a la del 13 de diciembre, realizada en las cuatro notas reunidas bajo el nombre “La garra de terciopelo” (n<sup>o</sup>s 133-136). Es en esas notas cuando por primera vez en Cosechas y Siembras es nombrada “*la violencia*”, y se vuelve objeto de una atención. Permanece en el centro de la atención hasta ahora, o al menos hasta la nota del 7 de enero (hace una semana), “La causa de la violencia sin causa”.

Ese prometedor título puede dar la impresión de que esta última nota es una especie de culminación de la reflexión sobre la violencia, realizada a lo largo del último mes. Es cierto que es uno de sus principales frutos. No obstante, bien sé que si hubo esa repentina aparición de esa nueva perspectiva, y ese sentimiento de íntima convicción sobre cierto lazo repentinamente entrevisto, es porque *mi propia persona* estaba implicada directamente en eso que acababa de aparecer, entre esa “infinidad de impresiones parciales y heteróclitas almacenadas a lo largo de mi vida”. La última y la más fresca de esas impresiones, sentida entonces como muy “parcial” e insuficiente en efecto, se remontaba justamente a esa reflexión del 13 de diciembre sobre la *violencia en mí mismo*. Esa reflexión, que a un lector superficial puede parecerle como una digresión entre muchas otras en la investigación sobre el Entierro, me parece por contra, ahora y con perspectiva, como un momento neurálgico y un viraje crucial (al menos en potencia) en mi reflexión sobre mí mismo. Además ese mismo día, sentía que acababa de dar, al fin, un primer paso en una dirección que hasta entonces había eludido, y que me llevaría derecho al corazón del conflicto en mi persona. Ese “hiero tibio” que había puesto ahí como para tomar nota hacía ya diez meses, de repente se puso al rojo – bastaba que me detuviera a soplar y golpear, para que se volviera al rojo vivo y me revelase una forma y un mensaje. Y hoy todavía es así.

Pero está claro que éste no es lugar para trabajar ese hierro. De todos los que han aparecido en Cosechas y Siembras ciertamente es el más candente para mí, y después de él, el de “La causa de la violencia sin causa”, estrechamente relacionado. Si el niño no tuviera subido a la espalda un patrón terriblemente adulto, obstinadamente apegado a tareas de largo alcance y a las “prioridades” que ellas imponen, seguramente sería en esa dirección, que lleva directamente al corazón del conflicto en mí mismo y en los demás, en la que ahora me lanzaría, ¡sin pensármelo dos veces! Pero como su nombre indica, casi siempre es el patrón, y no el niño, el que manda y el que decide las prioridades. El “enigma del Mal” esperará pues el momento propicio en que el patrón esté de vacaciones (cosa de lo más rara), o cuando no esté demasiado abrumado por las “prioridades” punteras, ¡como la de terminar por fin la escritura de Cosechas y Siembras!

(162'') Pero antes de volver al Entierro, quisiera al menos apuntar una de las asociaciones de ideas suscitadas por la reflexión de hace una semana – una asociación quizás menos evidente que otras, y que por eso tiene el peligro de desaparecer sin dejar rastro si no la anoto ahora. Está ligada a la idea hinduista del karma, y va en el mismo sentido que la asociación aparecida en la nota “El Hermano enemigo – o la trasmisión” (n<sup>o</sup> 156): en el sentido de la tenue intuición de una especie de “ley de *conservación del karma*”.

Ese difuso rencor original en una persona, que se traduce después en impulsos de agresividad y violencia en apariencia “gratuitas”, no nace de la nada. Es la respuesta a profundas agresiones sufridas realmente, y sobre todos a las sufridas en la primera infancia. Es cierto que se puede considerar que muchas de esas agresiones, de naturaleza represiva, no son “actos de violencia” en el sentido estricto del término, es decir, surgidos de una intención de herir o lesionar, especialmente en el caso de los padres hacia sus hijos. También es verdad que tal intención (casi siempre inconsciente) sin embargo está presente en muchos más casos de los que admiten los consensos corrientes. Pero tal vez desde la óptica de la creatividad o de la trasmisión del karma, la cuestión de las *intenciones* o *motivaciones* (manifiestas o secretas) sea accesoria, cuando la “violencia” realmente tiene lugar, inflige “un mal”, causa un “daño”. No sabría decirlo.



El caso es que en la mayoría de los casos, una mirada superficial puede hacerse la ilusión de que cierto “mal” sufrido es nulo y no ha ocurrido, que es encajado y que una vez encajado, ha “desaparecido” sin dejar rastro. Y es un hecho que no es muy corriente que aquellos que han sembrado en sus hijos sus angustias y sus impotencias, terminen por cosechar directamente, a manos de sus propios hijos, lo que antes sembraron; o al menos, ¡se tiene la impresión de que sólo cosechan una parte ínfima! O dicho de otro modo, del rencor difuso que han suscitado en sus hijos, sólo hay una porción ínfima que se condensa en un rencor “duro”, dirigido hacia ellos – y del que se quejan a voz en grito, como de la más negra de las ingratitudes, ¡por supuesto! Pero el resto de ese rencor, o de ese karma acumulado, sin embargo no se ha perdido. Encuentra dónde emplearse eficazmente, y de manera que puede parecer inexplicable, con ese mecanismo de “desplazamiento” del rencor hacia blancos de fortuna; blancos erráticos a veces, y también a veces blancos especialmente adecuados, designados, mimados por así decir, ¡incubados durante toda una vida!

Normalmente ese intenso trabajo del karma, cual un profundo absceso implantado en la vida de los hombres, se realiza en la penumbra, y cada uno se impone el deber de ignorarlo, de no consentir más que en verlo como un “borrón” ocasional aquí o allá, respecto de lo que se considera como normal y decente.

Es en los tiempos excepcionales, cuando reina la guerra o la miseria (o en lugares excepcionales, como las penitenciarías o los asilos) cuando ese trabajo subterráneo irrumpe y se despliega libremente a plena luz del día, en una desenfrenada llamarada de desprecio y de locura mortífera, exaltada por grandilocuentes banderas encima de los osarios y de ciudades desnudas y frías...